Edouard Schure

LOS GRANDES INICIADOS

Les Grands Initiés - 1889



Digitalización y Arreglos

BIBLIOTECA UPASIKA

"Colección Esoterismo II"

ÍNDICE

Libro VII: PLATÓN (Los Misterios de Eleusis)

Libro VIII: JESÚS (La Misión del Cristo)

APÉNDICE

ZOROASTRO (Las Etapas del Verbo Solar)

BUDHA (La India)

JESÚS Y LOS ESENIOS (La Secreta Enseñanza de Jesús)

DEDICATORIA

A LA MEMORIA
DE
MARGHERITA ALBANA MIGNATY

Sin ti, ¡Oh grande alma amada!, este libro no hubiera salido a la luz. Tú lo has incubado con tu numen poderoso, lo has alimentado con tu dolor y bendecido con esperanzas divinas. Tú tenías la Inteligencia, que ve la Belleza y la Verdad eternas sobre las efímeras realidades; tuya era la Fe, que transporta las montanas; tuyo el Amor, que despierta y crea las almas; tu entusiasmo abrasaba como fuego ardiente.

Te has extinguido y desapareciste. Con sus alas sombrías, la Muerte te ha llevado a lo Desconocido... Pero, aunque no pueden verte ya mis ojos, se que estás más llena de vida que nunca. Libre de las cadenas terrestres, desde el seno de la celestial luz donde moras, no has dejado de seguir mi obra y he sentido tu radiación fiel velar hasta el final sobre su floración predestinada.

Si algo mío debiera sobrevivir y conservarse entre mis hermanos, en este mundo donde todo pasa, quisiera lo fuese este libro, testimonio de una fe conquistada y compartida. ¡Como antorcha de Eleusis adornada con ciprés negro y estrellado narciso, lo dedico al alma alada de aquella que me condujo hasta el fondo de los Misterios, para que propague el fuego sagrado y anuncie la aurora de la grande Luz!.

PREFACIO

Los Grandes Iniciados ha tenido un destino extraño. La primera edición de este libro se remonta a 1889, y fue recibida con un silencio glacial de la prensa. Sin embargo, al poco tiempo, las ediciones subsecuentes se multiplicaron y crecieron año tras año. Sus ideas resultaban sorprendentes para la mayoría de los lectores, y provocaban tanto la ira de las Universidades como de la Iglesia. Esa frialdad y el desprecio de los jueces más autorizados no impidieron su triunfo europeo.

El libro lo había obtenido por sus propios medios y siguió modesta pero seguramente su camino en la oscuridad. Tuve la prueba de ello a través de los mensajes de simpatía que me llegaban de todos los rincones del mundo, de los cinco continentes. Este movimiento tuvo su reflujo en Francia. Durante la guerra de 1914 a 1916, innumerables cartas de felicitación y de preguntas llegaron a mis manos. Las más serias venían del frente de combate. Después de esto, hubo tal aceleración en la venta de la obra, que mi distinguido y juicioso amigo, Andrés Bellessort, me señaló un día: "No has conquistado solamente ***tú*** publico, sino ***el*** público."

Los Grandes Iniciados ha llegado hoy a su 91a. edición. Y, como las planchas que han servido para todas las sucesivas reimpresiones están gastadas, la librería Perrin ha hecho recomponer la obra en una versión revisada y corregida. Aprovecho esta ocasión para rendir homenaje a la memoria de Paul Perrin, erudito de un juicio penetrante y seguro, que fue el primer editor de este libro y su defensor más entusiasta. Debo extender también un caluroso agradecimiento a mis amigos Alphonse Roux y Robert Veyssié, los primeros en hacer un estudio en profundidad de mi obra, y a Madame Jean Dornis, cuya brillante obra ***Un Celte d'Alsace*** ha dado un repaso a mi esfuerzo literario y poético. ***(Alphonse Roux y Robert Veyssié, Edouard Schuré, son oeuvre et sa pensée, París, Perrin, 1914. Jean Dornis, Un Celte d'Alsace, la vie et la pensée d'Edouard Schuré, París, Perrin, 1923).***

Como ***Los Grandes Iniciados*** ha seguido su marcha, marcha ascendente, y franqueado todos los obstáculos, a pesar de los prejuicios tradicionales que se alzaban en su camino, debo llegar a la conclusión de que hay una fuerza vital en su pensamiento central. Este pensamiento no es otro que una aproximación lúcida y decisiva a la Ciencia y la Religión, cuyo

dualismo ha minado las bases de nuestra civilización y nos amenaza con sus piras catrastróficas.

Esta reconciliación no puede operar más que por medio de una nueva contemplación sintética del mundo visible e invisible, por medio de la Intuición intelectual y de la Videncia psíquica. Sólo la certidumbre el Alma inmortal puede convertirse en la base sólida de la vida terrestre, y sólo la unión de las grandes Religiones, por medio de un retorno a su fuente común de inspiración, puede asegurar la fraternidad de los pueblos y el porvenir de la humanidad.

***E. S.*, 1926**

INTRODUCCIÓN A LA DOCTRINA ESOTÉRICA

Persuadido estoy de que llegará día en que el fisiólogo, el poeta y el filósofo hablarán el mismo lenguaje y se entenderán todos.

Claude Bernard

El mayor mal de nuestro tiempo es que la Ciencia y la Religión aparecen como fuerzas enemigas e irreductibles. Mal intelectual, tanto más pernicioso cuanto que viene de lo alto y se infiltra cautelosamente en todos los espíritus, como sutil ponzoña que se respira en el aire. Y todo mal de la inteligencia viene a ser a la larga un mal del alma y, por consecuencia, un mal social.

Mientras el cristianismo no hizo otra cosa que afirmar sencillamente la fe cristiana, en una Europa aún semibárbara, como ocurría en la Edad Media, él fue la mayor de las fuerzas morales y formó el alma del hombre moderno. En tanto que la ciencia experimental, reconstituida en el siglo XVI, reivindicó sólo los derechos legítimos de la razón y su ilimitada libertad, ella fue la mayor de las fuerzas intelectuales, renovó la faz del mundo libertando al hombre de las seculares cadenas, y proveyó al espíritu humano de bases indestructibles.

Pero desde el momento que la Iglesia, no pudiendo probar ya su dogma primitivo ante las objeciones científicas, se encierra en aquél como en una casa sin ventanas, oponiendo la fe a la razón de modo absoluto e indiscutible; desde que la Ciencia enajenada por sus descubrimientos en el mundo físico, hace abstracción del psíquico e intelectual y se ha hecho agnóstica y materialista en sus principios y finalidad; desde que la Filosofía, desorientada e impotente entre ambas, ha abdicado en cierto modo de sus derechos para caer en un escepticismos trascendente, una escisión profunda se ha operado en el alma de la sociedad al igual que en la de los individuos. Este conflicto, al principio necesario y útil, puesto que estableció los derechos de la Razón y de la Ciencia, ha terminado por ser causa de Impotencia y agotamiento. La Religión responde a las necesidades del corazón: de ahí su magia eterna; la

Ciencia, a las del espíritu: de donde su fuerza invencible. Pero desde hace mucho tiempo estas dos potencias no saben entenderse y convivir. La Ciencia sin esperanzas y la Religión sin prueba, se alzan una frente a la otra y se desafían sin poderse vencer.

De ahí deriva una profunda contradicción, una guerra sorda, no solamente entre el Estado y la Iglesia, sino también dentro de la misma Ciencia, en el seno de todas las Iglesias y hasta en la conciencia de todos los que piensan. Porque quienquiera que seamos, a cualquier escuela filosófica, estética o social a que podamos pertenecer, todos llevamos en nosotros mismos estos dos mundos enemigos, en apariencia irreconciliables, que nacen de dos necesidades indestructibles en el hombre: la necesidad científica y la necesidad religiosa. Esta situación que persiste desde hace más de un siglo, no ha contribuido ciertamente en poco a desarrollar las humanas facultades, poniéndolas en tensión unas con otras. Ella ha inspirado a la poesía y a la música acentos de un patetismo y grandiosidad inauditos. Pero hoy la tensión prolongada y sobreaguada ha producido el efecto contrario.

Así como el abatimiento sucede a la fiebre en un enfermo, aquella tensión se ha convertido en marasmo, en tedio, en impotencia. La Ciencia no se ocupa más que del mundo físico y material; la filosofía moral ha perdido la dirección de las inteligencias; la Religión gobierna aún en cierto modo a las masas, pero no reina ya sobre las ciencias sociales, y siempre grande por la caridad, no brilla ya por la Fe. Los guías intelectuales de nuestro tiempo son incrédulos o escépticos, perfectamente sinceros y leales, pero que dudan de su arte y se miran sonriendo como los augures romanos. En público, en privado, predicen las catástrofes sociales sin encontrar el remedio, o envuelven sus sombríos oráculos en eufemismos prudentes. Bajo tales auspicios, la literatura y el arte han perdido el sentido de lo divino. Deshabituada de los horizontes eternos, una gran parte de la juventud se ha alistado en lo que sus maestros llaman el naturalismo, degradando así el bello nombre de Naturaleza. Porque lo que decoran con este vocablo, sólo es la apología de los bajos instintos, el fango del vicio o la pintura complaciente de nuestra lacras sociales; en una palabra, la negación sistemática del alma y de la inteligencia. Y la pobre Psiquis, perdidas sus alas, gime y suspira de extraño modo en el fondo de aquellos mismos que la insultan y la niegan.

A fuerza de materialismo, de positivo y de escepticismo, este siglo ha llegado a una falsa idea de la Verdad y del Progreso.

Nuestros sabios, que practican el método experimental de Bacon para el estudio del Universo visible, con precisión maravillosa y admirables

resultados, se forman de la Verdad una idea completamente externa y material. Creen que a ella nos aproximamos a medida que se acumula un mayor número de los hechos. En su punto de vista tienen razón. Pero lo más grave es que nuestros filósofos y moralistas han terminado pensando lo mismo y, de este modo, las causas primeras y los fines últimos serán para siempre impenetrables al espíritu humano. Porque suponed que llegamos a saber exactamente lo que pasa, materialmente hablando, en todos los planetas del sistema solar, lo que, entre paréntesis, sería una magnífica base de inducción; suponed, además, que sepamos qué especie de habitantes contienen los satélites de Sirio y de varias estrellas de la Vía Láctea; seguramente sería maravilloso saber todo esto, pero ¿Sabríamos por ello más acerca de nuestra bruma estelar, sin hablar de la nebulosa de Andrómeda y de la de Magallanes?. — No, y ello es causa de que nuestro tiempo conciba el desarrollo de la humanidad, como la eterna marcha hacia una verdad indefinida, indefinible y a la que jamás tendrá acceso.

Esta es la concepción de la filosofía positiva de Auguste Comte y Herbert Spencer, que ha prevalecido en nuestros días.

La Verdad era otra cosa muy distinta para los sabios y teósofos del Oriente y de Grecia. Ellos, sin duda, sabían que no se la puede abarcar ni equilibrar sin un sumario conocimiento del mundo físico; pero también sabían que reside ante todo en nosotros mismos, en los principios intelectuales y en la vida espiritual del alma. Para ellos el alma era la sola, la divina realidad y la llave del Universo. Reconcentrando su voluntad, desarrollando sus facultades latentes, alcanzaban el luminar vivo que llamaban Dios, cuya luz hace comprender a los hombres y a los seres. Para ellos lo que llamamos el Progreso, es decir, la historia del mundo y de los hombres, no era más que la evolución en el Tiempo y en el Espacio de esta Causa central y de este Fin último. — ¿Creéis que estos teósofos fueron puros contemplativos, soñadores impotentes, fakires subidos a sus columnas?. Error. El mundo no ha conocido hombres más grandes de acción, en el sentido más fecundo, el más incalculable de la palabra.

Brillan ellos como estrellas de primera magnitud en el cielo de las almas. Se llaman: Krishna, Budha, Zoroastro, Hermes, Moisés, Pitágoras, Jesús, y fueron poderosos moldeadores de espíritus, formidables vivificadores de almas, saludables organizadores de Sociedades. No viviendo más que para su idea, prestos siempre a morir y sabiendo que la muerte por la Verdad es la acción eficaz y suprema, ellos han creado las ciencias y las religiones, por consiguiente las letras y las artes, cuyo jugo nos nutre aún y nos da la vida.

¿Qué va a producir el positivismo y escepticismo de nuestros días?. Una generación seca, sin ideal, sin luz y sin fe; no creyente en el alma ni en Dios, ni en el provenir de la Humanidad, ni en esta vida ni en la otra; sin energía en la voluntad, dudando dé sí misma y de la libertad humana.

“Por sus frutos los juzgaréis”, decía Jesús. Esta frase del Maestro de los Maestros, se puede aplicar lo mismo a las doctrinas que a los hombres. Sí; este pensamiento se impone: o la Verdad es para siempre inaccesible al hombre, o ha sido poseída en gran parte por los más grandes sabios y los primeros iniciadores de la tierra. Ella se encuentra, por lo tanto, en el fondo de todas las grandes religiones y en los libros sagrados de todos los pueblos. Sólo que es preciso saberla encontrar y extraer.

Si se contempla la historia de las religiones con los ojos iluminados por la verdad central, que sólo la iniciación interna puede dar, queda uno a la vez sorprendido y maravillado. Lo que entonces se advierte no semeja casi en nada a lo que enseña la Iglesia, que limita la revelación al cristianismo y no la admite más que en su sentido primario; pero se parece también muy poco a la que se enseña en nuestras Universidades, a la ciencia puramente naturalista, aunque ésta se coloca, sin embargo, en un punto de vista más amplio, puesto que pone a todas las religiones en la misma línea y les aplica un método único de investigación. Su erudición es profunda, su celo admirable, pero aún no se ha elevado ***hasta el punto de vista del esoterismo comparado,*** que muestra a la historia de las religiones y de la Humanidad en un aspecto completamente nuevo. Desde esta altura, he aquí lo que se distingue.

Todas las grandes religiones tienen una historia exterior y otra interior; la una aparente, la otra secreta. Por historia exterior yo entiendo los dogmas y mitos enseñados públicamente en templos y escuelas, reconocidos en el culto y en las supersticiones populares. Por historia interna entiendo yo la ciencia profunda, la doctrina secreta, la acción oculta de los grandes iniciados, profetas o reformadores que han creado, sostenido, propagado esas mismas religiones. La primera, la historia oficial, la que se lee en todas las partes, tiene lugar a la luz del día; ella no es, sin embargo, menos oscura, embrollada, contradictoria. La segunda, que yo llamo la tradición esotérica o doctrina de los Misterios, es muy difícil de desentrañar. Porque ésta se prosigue en el fondo de los templos, en las cofradías secretas, y sus dramas se desenvuelven por entero en el alma de los grandes profetas, que no han confiado a ningún pergamino ni a ningún discípulo sus crisis supremas, sus éxtasis divinos. Hay que adivinarla. Pero una vez que se la ve, aparece luminosa, orgánica, siempre en armonía consigo misma. Se la podría llamar la historia de la religión eterna

y universal. En ella se muestra el porqué de las cosas, el ***emplazamiento*** de la humana conciencia, del que la historia no nos ofrece más que un ***reverso*** laborioso. Allí alcanzamos el punto generador de la Religión y de la Filosofía, que se reúnen al otro extremo de la elipse por medio de la ciencia integral. Este punto corresponde a las verdades trascendentes. Allí encontramos la causa, el origen y el fin del prodigioso trabajo de los siglos, la Providencia en sus agentes terrestres. Tal historia es la única de que me ocupo en este libro.

Para la raza aria, el germen y núcleo de dicha historia esotérica se halla en los Vedas. Su primera cristalización histórica aparece en la doctrina trinitaria de Krishna, que da al brahmanismo su potencia, a la religión de la India su sello indeleble. Budha, que según la cronología de los brahmanes fue posterior a Krishna en dos mil cuatrocientos años, no hace más que descubrir otro aspecto de la doctrina oculta, el de la metempsícosis y de la serie de existencias eslabonadas por la ley del Karma. Aunque el budhismo fue una revolución democrática, social y moral, contra el brahmanismo aristocrático y sacerdotal, su fondo metafísico es el mismo, aunque menos completo.

La antigüedad de la doctrina sagrada no es menos asombrosa en Egipto, cuyas tradiciones se remontan a una civilización muy anterior a la aparición de la raza aria en la escena histórica. Se podía suponer, hasta estos últimos tiempos, que el monismo trinitario expuesto en los libros griegos de Hermes Trismegisto, era una complicación de la escuela de Alejandría bajo la doble influencia judeo cristiana y neo-platónica. De común acuerdo, creyentes e Incrédulos, historiadores y teólogos, no han cesado de afirmarlo hasta el día. Mas esta doctrina cae hoy ante los descubrimientos de la epigrafía egipcia. La autenticidad fundamental de los libros de Hermes como documentos de la antigua sabiduría de Egipto, resalta triunfalmente de los jeroglíficos descifrados. No solamente las inscripciones de los obeliscos de Tebas y de Menfis confirman toda la cronología de Manethón, sino que demuestran que los sacerdotes de Ammón-Ra profesaban la alta metafísica que enseñaba bajo otras formas a orillas del Ganges. ***(Véanse los hermosos trabajos de Francois Lenormand y de M. Maspéro).*** Se puede decir aquí, con el profeta hebreo, que “la piedra habla y que el muro grita”. Así como el sol de “media noche” que lucía, se dice, en los Misterios de Isis y de Osiris, el pensamiento de Hermes, la antigua doctrina del verbo solar ha vuelto a brillar en las tumbas de los reyes y hasta de los papiros del ***Libro de los Muertos*** conservados por momias de cuatro mil años.

En Grecia, el pensamiento esotérico está a la vez más visible y más envuelto que en otra parte; más visible, porque se manifiesta a través de una

mitología humana embelesadora, porque fluye como sangre ambrosiaca por las venas de aquella civilización, y brota por todos los poros de sus Dioses como un perfume y como un rocío celeste. Por otra parte, el pensamiento profundo y científico que presidió a la concepción de todos esos mitos, es con frecuencia más difícil de penetrar a causa de su seducción misma y de los embellecimientos que han añadido los poetas. Pero los principios sublimes de la teosofía dórica y de la sabiduría de Delfos están inscritos con letras de oro en los fragmentos órficos y en la síntesis de Pitágoras, así como en la vulgarización dialéctica y un poco caprichoso de Platón. La escuela de Alejandría nos proporciona también claves útiles. Ella fue la primera en publicar en parte y comentar el sentido de los misterios, en medio del relajamiento de la religión griega y enfrente de los progresos del cristianismo.

La tradición oculta de Israel, que procede a la vez de Egipto, de Caldea y de Persia, nos ha sido conservada bajo formas raras y oscuras, pero en toda su profundidad y extensión, por la ***Cábala*** o tradición oral, desde el ***Zohar*** y el ***Sepher Yezirah*** atribuido a Simón Ben Yochai hasta los comentarios de Maimónides. Misteriosamente encerrada en el Génesis y en el simbolismo de los profetas, resalta de una manera asombrosa en el admirable trabajo de Fabre d'Olivet sobre ***la lengua hebrea reconstituida,*** que tiende a reconstruir la verdadera cosmogonía de Moisés, según el método egipcio, tomando el triple sentido de cada versículo y casi de cada palabra en los diez primeros capítulos del Génesis.

En cuanto al esoterismo cristiano, brilla por si mismo en los Evangelios ilustrados por las tradiciones esénicas y gnósticas. El brota como de un manantial vivo de la palabra de Cristo, de sus parábolas, del fondo mismo de esa alma incomparable y realmente divina. Al mismo tiempo, el Evangelio de San Juan nos da las claves de la enseñanza íntima y superior de Jesús con el sentido y el alcance de su promesa. Volvemos a encontrar allí aquella doctrina de la Trinidad y del Verbo divino, ya enseñada hacía miles de años en los templos del Egipto y de la India, pero animada, personificada por el príncipe de los iniciados, por el más grande de los hijos de Dios.

La aplicación del método que he llamado esoterismo comparado a la historia de las religiones, nos conduce, por lo tanto, a un resultado de la mayor importancia, que se resume así: la antigüedad, la continuidad y la unidad esencial de la doctrina esotérica. Hay que reconocer que éste es un hecho bien digno de tenerse en cuenta, porque supone que los sabios y profetas de los tiempos más diversos han llegado a conclusiones idénticas en el fondo, aunque diferentes en la forma, sobre las verdades primeras y últimas, y ello siempre

por la misma vía de la iniciación interior y de la meditación. Agreguemos que esos sabios y esos profetas fueron los mayores bienhechores de la humanidad, los salvadores cuya fuerza redentora arrancó a los hombres del abismo de la naturaleza inferior y de la negación.

¿No es preciso decir después de esto que hay, según la expresión de Leibnitz, una especie de filosofía eterna, ***pererrnis quoedam philosophia,*** que constituye el lazo primordial de la ciencia y de la religión y su unidad final?.

La teosofía antigua, profesada en la India, Egipto y Grecia, constituía una verdadera enciclopedia, dividida generalmente en cuatro categorías: 1. la ***Teogonía*** o ciencia de los principios absolutos, idéntica a la ***ciencia de los Números*** aplicada al universo, o las matemáticas sagradas; 2. la ***Cosmogonía,*** realización de los principios eternos en el espacio y el tiempo, o ***involución*** del espíritu en la materia, períodos de mundo; 3. la ***Psicología,*** constitución del hombre, ***evolución*** del alma a través de la cadena de existencias; 4. la ***Física,*** ciencia de los reinos de la naturaleza terrestre y de sus propiedades. El método inductivo y el método experimental se combinaban y se fiscalizaban uno a otro en esos diversos órdenes de ciencias, y a cada una de ellas correspondía un arte. Estos eran, tomándolos en orden inverso y empezando su enumeración por las ciencias físicas: 1. una ***Medicina especial*** fundada en el conocimiento de las propiedades ocultas de los minerales, las plantas y los animales; la ***Alquimia*** o transmutación de los metales, desintegración y reintegración de la materia por medio del agente universal, arte practicado en el Egipto antiguo según Olimpiodoro y llamado por él crisopeya y argiropeya, fabricación del oro y de la plata; 2. las ***Artes psicúrgicas*** que se referían a las fuerzas del alma, magia y adivinación; 3. la ***Genetliaca celeste*** o astrología, o el arte de descubrir la relación entre los destinos de los pueblos o de los individuos y los movimientos del universo marcados por las revoluciones de los astros; 4. la ***Teurgia,*** el arte supremo del mago, tan raro como peligroso y difícil, el de poner el alma en relación consciente con los diversos órdenes de espíritus y obrar sobre ellos.

Se ve que, ciencias y artes, todo se ligaba y armonizaba en esta teosofía derivada de un mismo principio que llamaré en lenguaje moderno ***monismo intelectual espiritualismo evolutivo y trascendente.*** Se pueden formular como siguen los principios esenciales de la doctrina esotérica: - El espíritu es la sola realidad. La materia no es más que su expresión inferior, cambiante, efímera: su dinamismo en el espacio y el tiempo. - La creación es eterna y continua como la vida. El microcosmo-hombre es ternario por su constitución (espíritu, alma y cuerpo), imagen y espejo del macro-cosmos-universo (mundo divino,

humano y natural), que es por sí mismo el órgano del Dios inefable, del Espíritu absoluto, que es por su naturaleza Padre, Madre e Hijo (esencia, sustancia y vida). - He aquí por qué el hombre, imagen de Dios, puede llegar a ser su verbo vivo. La gnosis, o mística racional de todos los tiempos, es el arte de encontrar a Dios en sí, desarrollando las profundidades ocultas, las facultades latentes de la conciencia. El alma humana, la individualidad, es inmortal por esencia. Su desenvolvimiento tiene lugar en planos alternativamente ascendentes y descendentes, por medio de existencias por turnos espirituales y corporales. La reencarnación es su ley evolutiva. Llegada a lo perfecto, se libra de esa ley y vuelve al Espíritu puro, a Dios en la plenitud de su conciencia. Del mismo modo que el alma se eleva sobre la ley de la lucha por la vida cuando adquiere conciencia de su humanidad, igualmente se eleva sobre la ley de la reencarnación cuando adquiere conciencia de su divinidad.

Las perspectivas que aparecen en el umbral de la Teosofía son inmensas, sobre todo cuando se las compara con el estrecho y desolado horizonte en que el materialismo encierra al hombre, o con los datos infantiles e inaceptables de la teología clerical. Al contemplarlas por vez primera, se experimenta el deslumbramiento, el escalofrío de lo infinito. Los abismos de lo inconsciente se abren en nosotros, mostrándonos la sima de donde salimos, las alturas vertiginosas a que aspiramos. Embelesados ante esta inmensidad, pero atemorizados del viaje, deseamos no existir más, ¡llamamos al ***Nirvana***!. Luego, nos damos cuenta de que esta debilidad es lo que el cansancio del marino presto a soltar el remo en medio de la borrasca. Alguien ha dicho: el hombre ha nacido en un hueco de onda y no sabe nada del vasto océano que se extiende ante él y a sus espaldas. Eso es verdad: pero la mística trascendente empuja nuestra barca hacia la cresta de la ola y allí, siempre azotados por la furia de la tempestad, percibimos su ritmo grandioso; y la mirada, midiendo la bóveda del cielo, reposa en la calma del firmamento azul.

La sorpresa aumenta, si, volviendo a las ciencias modernas, nos damos cuenta de que desde Bacon y Descartes; ellas tienden involuntariamente, pero de un modo seguro, a volver a las referencias de la antigua teosofía. Sin abandonar la hipótesis de los átomos, la física moderna ha llegado insensiblemente a identificar la idea de fuerza, lo cual es un paso hacia el dinamismo espiritualista. Para explicar la luz, el magnetismo, la electricidad, los sabios han tenido que admitir una materia sutil y absolutamente imponderable, que llena el espacio y penetra todos los cuerpos, materia que han llamado éter, lo que significa una aproximación a la antigua idea teosófica

del alma del mundo, en cuanto a la impresionabilidad, a la inteligente docilidad de esa materia, resalta de un reciente experimento que prueba la transmisión del sonido por la luz, de todas las ciencias, las que parecen haber puesto en mayor apuro al espiritualismo son la zoología comparada y la antropología. En realidad, ellas han sido sus servidoras, mostrando la ley y el modo de intervención del mundo inteligible en el mundo animal. Darwin dio el golpe de gracia a la idea infantil de la creación según la teología primaria. En este aspecto, no hizo otra cosa que volver a las ideas de la antigua teosofía. Pitágoras había ya dicho: "el hombre es pariente del animal". Darwin mostró las leyes a que obedece la naturaleza para ejecutar el plan divino, leyes instrumentales que son: la lucha por la vida, la herencia y la selección natural. El probó la variabilidad de las especies, redujo su número por la clasificación, y estableció su jerarquía. Pero sus discípulos, los teóricos del transformismo absoluto, que han querido hacer salir todas las especies de un solo prototipo y hacen depender su aparición de las únicas influencias de los medios, han forzado los hechos en favor de una concepción puramente externa y materialista de la naturaleza. No; los medios no explican las especies, como las leyes físicas no explican las leyes químicas, como la química no explica el principio evolutivo de vegetal, ni éste el principio evolutivo de los animales. En cuanto a las grandes familias de animales, ellas corresponden a los tipos eternos de la vida, signos del Espíritu que marcan la escala de la conciencia. La aparición de los mamíferos después de los reptiles y pájaros no tiene razón de ser en un cambio de medio terrestre; éste no es más que la condición. Esto supone una nueva embriogenia; por consiguiente, una fuerza intelectual y anímica nueva, obrando dentro y en el fondo de la naturaleza, que nosotros llamamos el más allá relativamente a la percepción de los sentidos. Sin esta fuerza intelectual y anímica, no se explicará tan sólo la aparición de una célula organizada en el mundo inorgánico. En fin, el hombre, que resume y corona la serie de los seres, revela todo el pensamiento divino por la armonía de los órganos y la perfección de la forma, efigie viva del alma universal, de la inteligencia activa. Condensando todas las leyes de la evolución y toda la naturaleza en su cuerpo, él la domina y se eleva sobre ella, para entrar, por la conciencia y por la libertad, en el reino infinito del Espíritu. La psicología experimental apoyada sobre la fisiología, que tiende desde el principio del siglo a volver a ser una ciencia, ha conducido a los sabios contemporáneos hasta el pórtico de un mundo distinto, el mundo propio del alma, donde, sin que las analogías cesen, rigen nuevas leyes. Oigo hablar de los estudios y certificaciones médicas de este siglo sobre el magnetismo animal, el

sonambulismo y todos los estados de alma diferentes del de la vigilia, desde el sueño lúcido a través de la doble vista, hasta el éxtasis. La ciencia moderna no ha hecho aún más que tanteos en este terreno, donde la ciencia de los templos antiguos había sabido orientarse, porque poseía los principios y las claves necesarias. No es menos cierto que aquélla ha descubierto todo un orden de hechos que le han parecido extraños, maravillosos, inexplicables, porque contradicen claramente las teorías materialistas bajo el imperio de las que se ha habituado a pensar y experimentar. Nada más instructivo que la incredulidad indignada de ciertos eruditos materialistas ante todos los fenómenos que tienden a probar la existencia de un mundo Invisible y espiritual. Hoy si se le ocurre a alguien probar la existencia del alma, escandaliza a la ortodoxia del ateísmo, como antes se escandalizaba a los ortodoxos de la Iglesia al negar a Dios. No se arriesga ya la vida, es verdad, pero se arriesga la reputación. - De todos modos, lo que resalta del más simple fenómeno de sugestión mental a distancia y por el pensamiento puro, fenómeno comprobado mil veces en los anales del magnetismo, ***(Véase el hermoso libro de M. Ochorowitz sobre la sugestión mental)*** es la acción del espíritu y la voluntad fuera de las leyes físicas del mundo visible. La puerta de lo Invisible está, pues, abierta -En los altos fenómenos del sonambulismo, este mundo se abre por completo. Pero me detengo aquí, sólo en lo que está comprobado por la ciencia oficial.

Si pasamos de la psicología experimental y objetiva a la psicología íntima y subjetiva de nuestro tiempo, que se expresa por la poesía, música y literatura, vemos que un inmenso soplo de esoterismo inconsciente las penetra. Nunca la aspiración a la vida espiritual, al mundo invisible, rechazado por las teorías materialistas de los sabios y por la opinión general, ha sido más seria y más real. Se ve esta aspiración en los lamentos, en las dudas, en las negras melancolías y hasta en las blasfemias de nuestros escritores naturalistas y de nuestros poetas decadentes. Jamás tuvo el alma humana un sentimiento más profundo de la insuficiencia, de la miseria, de lo Irreal de su vida presente; jamás aspiró de más ardiente modo a lo invisible del más allá, sin llegar a creer en su existencia. A veces hasta llega su intuición a formular verdades trascendentes, que no forman parte del sistema admitido por la razón, que contradicen sus opiniones de superficie y que son involuntarias fulguraciones de su conciencia oculta. Citaré como prueba el pasaje de un pensador poco común, que ha sentido toda la amargura y toda la soledad moral de este tiempo. “Cada esfera del ser, dice Frédéric Amiel, tiende a una esfera más elevada y tiene ya de ellas revelaciones y presentimientos. El ideal, bajo todas

sus formas, es la anticipación, la visión profética de esa existencia superior a la suya, a la que cada ser aspira siempre. Esa existencia superior en dignidad, es más Interior por su naturaleza, es decir, más espiritual. Como los volcanes nos traen los secretos del interior por su naturaleza, es decir, más espiritual. Como los volcanes nos traen los secretos del interior del globo, el entusiasmo, el éxtasis, con explosiones pasajeras de ese mundo interior del alma, y la vida humana no es más que la preparación y el advenimiento a esa vida espiritual. Los grados de la iniciación son innumerables. Vela, pues, discípulo de la vida, crisálida de un ángel, trabaja en tu florescencia futura, pues la Odisea divina no es más que una serie de metamorfosis más y más etéreas, en que cada forma, resultado de las precedentes, es la condición de las que sigue. La vida divina es una serie de muertes sucesivas, donde el espíritu arroja sus imperfecciones y sus símbolos y cede a la atracción creciente del centro de gravitación inefable, del sol de la Inteligencia y del amor". Habitualmente, Amiel sólo era un hegeliano muy Inteligente, un moralista superior. El día que escribió estas líneas inspiradas, fue profundamente teósofo, pues no se podría exponer, de un modo más profundo y luminoso, la esencia misma de la verdad esotérica.

Estos extractos bastan para demostrar que la ciencia y el espíritu moderno se preparan, sin saberlo y sin quererlo, a una reconstitución de la antigua teosofía con instrumentos más preciosos y sobre una base más sólida. Según la expresión de Lamartine, "la humanidad es un tejedor que trabaja hacia atrás en la trama del tiempo". Día llegará en que pasando del otro lado del lienzo, contemplará el cuadro magnífico y grandioso, que ella misma había tejido durante siglos con sus propias manos sin ver otra cosa que el embrollo de los hilos entrecruzados. Aquel día saludará a la Providencia en sí misma manifestada. Entonces se confirmarán las palabras de un escritor hermético contemporáneo, y no parecerán demasiado audaces a los que han penetrado bastante profundamente en las tradiciones ocultas para sospechar sus maravillosa unidad: "La doctrina esotérica no es solamente una ciencia, una filosofía, una moral, una religión. Ella es la ciencia, la filosofía, la moral y la religión, de que todas las otras no son más que preparaciones o degeneraciones, expresiones parciales o falsedades, según que a ella se encaminan o de ella se desvían". ***(The perfect way of finding Christ, por Anna Kingsford y Maltland. Londres, 1882).***

Lejos de mí el vano pensamiento de haber dado de esta ciencia de las ciencias una demostración completa. Se precisaría, no menos que el edificio de las ciencias conocidas y desconocidas, reconstituidas en su cuadro

jerárquico y reorganizadas en el espíritu del esoterismo. Todos los que creo haber probado es que la doctrina de los Misterios está en las fuentes de nuestra civilización; que ella ha creado las grandes religiones, lo mismo arias que semíticas; que el cristianismo conduce al progreso del género humano por su reserva esotérica; que la ciencia moderna tiende a lo mismo providencialmente por el conjuro de su marcha, y que, en fin, ciencia y religión deben volverse a encontrar, como en su puerto de conjunción, en su síntesis.

Se puede decir que allí donde se halla un fragmento cualquiera de la doctrina esotérica, ésta existe virtualmente en su totalidad, puesto que cada una de sus partes presupone o engendra las otras. Los grandes sabios, los verdaderos profetas, todos la han poseído, y los del porvenir la poseerán como los del pasado. La luz puede ser más o menos intensa, pero siempre es la misma luz. La forma, los detalles, las aplicaciones, pueden variar hasta el Infinito; el fondo, es decir, los principios y el fin, nunca. En este libro se encontrará una especie de desarrollo gradual, de revelación sucesiva de la doctrina en sus diversas partes, y ello a través de todos los grandes iniciados, de los que cada uno representa una de las grandes religiones que han contribuido a la constitución de la humanidad actual; cuya serie marca la línea de evolución descrita por ella en el presente ciclo desde el antiguo Egipto y los primeros tiempos arios. Se la verá, pues, salir, no de una exposición abstracta y escolástica, sino del alma en fusión de esos grandes inspirados y de la acción viva de la historia. En esta serle, Rama no hace ver más que las proximidades del templo. Krishna y Hermes dan la clave. Moisés, Orfeo y Pitágoras, muestran el interior. Jesucristo representa el santuario.

Este libro ha salido, todo entero, de una sed ardiente por la verdad superior, total, eterna, sin la que las verdades parciales no son más que una ficción. Me comprenderán aquellos que tienen, como yo, la conciencia de que el momento presente de la historia, con sus riquezas materiales, no es más que un triste desierto desde el punto de vista del alma y de sus Inmortales aspiraciones. La hora es de las más graves y las consecuencias extremas del agnosticismo comienzan a hacerse sentir por la desorganización social. Se trata para nuestra Francia, como para Europa, de ser o de no ser. Se trata de asentar sobre sus bases indestructibles, las verdades centrales, orgánicas, o de desembocar definitivamente en el abismo del materialismo y de la anarquía.

La Religión y la Ciencia, estos guardianes supremos de la civilización, han perdido una y otra su don supremo, su magia, la de la grande y fuerte educación. Los templos de la India y del Egipto han producido los más grandes sabios de la tierra. Los templos griegos han moldeado héroes y poetas.

Los apóstoles de Cristo han sido mártires sublimes y han hecho brotar otros mil. La Iglesia de la Edad Media, a pesar de su teología primaria, ha hecho santos y caballeros porque creía, y por intervalos el espíritu de Cristo palpitaba en ella. Hoy, ni la Iglesia aprisionada en su dogma, ni la Ciencia encerrada en la materia, saben hacer hombres completos. El Arte de crear y de formar las almas se ha perdido, y no se volverá a encontrar hasta tanto que la Ciencia y la Religión, refundidas en una fuerza viva, se apliquen juntas y de común acuerdo al bien y la salvación de la humanidad. Para eso, la Ciencia no tiene que cambiar de método, sino extender su dominio; ni el cristianismo de tradición, sino de tratar de entender los orígenes, el espíritu y el alcance.

Ese tiempo de regeneración intelectual y de transformación social, llegará, de ello estamos seguros. Ya presagios ciertos lo anuncian. Cuando la Ciencia sepa, la Religión podrá, y el Hombre laborará con una nueva energía. El Arte de la vida y todas las Artes no pueden renacer más que por su mutuo acuerdo.

Pero, entretanto, ¿Qué hacer en estos tiempos que parecen el descenso en una sima sin fondo, con un crepúsculo amenazador, precisamente cuando su principio había parecido el ascenso hacia las libres cumbres, bajo una brillante aurora?. La fe, ha dicho un gran doctor, es el valor del espíritu que se lanza adelante, seguro de encontrar la verdad. Esa fe no es la enemiga de la Razón, sino su antorcha; es la de Cristóbal Colón y de Galileo, que desea la prueba y la objeción, ***provando e ripovando,*** y es la sola posible en el día.

Para los que la han perdido de un modo irrevocable, y son muchos - porque el ejemplo ha venido de arriba -, el camino es fácil y está completamente trazado; seguir la corriente del día, sufrir a su siglo en vez de luchar contra él, resignarse a la duda y a la negación, consolarse de todas las miserias humanas y de los próximos cataclismos con una sonrisa de desdén, y recubrir la nada profunda de las cosas - en que sólo se cree - con un velo brillante que se adorna con el hermoso nombre de ideal, pensando al mismo tiempo que éste no es más que una quimera útil.

En cuanto a nosotros, pobres seres perdidos, que creemos que el Ideal es la sola Realidad y la sola Verdad en medio de un mundo cambiante y fugitivo; que creemos en la sanción y el cumplimiento de sus promesas, en la historia de la humanidad como en la vida futura; que sabemos que esa sanción es necesaria; que ella es la recompensa de la fraternidad humana, como la razón del Universo y la lógica de Dios; - para nosotros, que tenemos esa convicción, sólo hay un partido, que debemos abrazar: afirmemos esa Verdad sin temor y tan alto como sea posible; echémonos por ella y con ella en la palestra de la

acción, y por encima de la batalla confusa, tratemos de penetrar por la meditación y la Iniciación individuales, en el Templo de las Ideas inmutables, para armarnos allí con los principios infrangibles.

Es lo que he tratado de hacer en este libro, esperando que otros me sigan y lo hagan mejor que yo.

LIBRO PRIMERO
RAMA
EL CICLO ARIO

Zoroastro preguntó a Ormuzd, el gran creador: ¿Quién es el primer hombre que habló contigo?.

Ormuzd respondió: Es el hermano Yima, el que estaba a la cabeza de los Valientes.

Yo le he dicho que vele sobre los mundos que me pertenecen y le di una espada de oro, una espada de victoria.

Y Yima avanzó por el camino del Sol y reunió los hombres valerosos en el célebre Airyana-Vaéja, oreado puro.

Zend Avesta (Vendidad-Sadé, 2º Fargard).

¡Oh, Agni!. ¡Fuego sagrado!. ¡Fuego purificador!. Tú que duermes en el leño y subes en llamas brillantes sobre el altar, tú eres el corazón del sacrificio, el vuelo osado de la plegaria, la chispa escondida en todas las cosas y el alma gloriosa del Sol.

Himno védico.

I
LAS RAZAS HUMANAS Y LOS ORÍGENES DE LA RELIGIÓN

"***El Cielo es mi Padre,*** él me ha engendrado. Tengo por familia todo este acompañamiento celeste. ***Mi Madre es la gran Tierra.*** La parte más alta de su superficie es su matriz; allí ***el Padre fecunda el seno de aquélla, que es su esposa y su hija***".

He ahí lo que cantaba, hace cuatro o cinco mil años, delante de un altar de tierra donde flameaba un fuego de hierbas secas, el poeta védico. Una adivinación profunda, una conciencia grandiosa respira en esas palabras extrañas. Ellas encierran el secreto del doble origen de la humanidad. Anterior y superior a la tierra es el tipo divino del hombre; celeste es el origen de su alma. Pero su cuerpo es el producto de los elementos terrestres fecundados por una esencia cósmica. Los besos de Uranos y de la gran Madre significan, en el lenguaje de los Misterios, las lluvias de almas o de mónadas espirituales, que vienen a fecundar los gérmenes terrestres: los principios organizadores, sin los que la materia sólo sería una masa inerte y difusa. La parte más alta de la superficie terrestre, que el poeta védico llama la matriz de la Tierra, designa los continentes y las montañas, cuna de las razas humanas. En cuanto al cielo, ***Varuna,*** el Urano de los griegos, representa el orden invisible, hiperfísico, eterno e intelectual, que abraza todo el Infinito del Espacio y del Tiempo.

En este capítulo sólo nos ocuparemos de los orígenes terrestres de la humanidad según las tradiciones esotéricas, confirmadas por la ciencia antropológica y etnológica de nuestros días.

Las cuatro razas que comparten actualmente el Globo son hijas de tierras y zonas distintas. Por creaciones sucesivas, lentas elaboraciones de la tierra en su crisol, los continentes han emergido de los mares a intervalos de tiempo considerables, que los sacerdotes antiguos de la India llamaban ciclos antediluvianos. A través de millares de años, cada continente ha engendrado su flora y su fauna, coronada por una raza humana de color diferente.

El continente austral, tragado por el último gran diluvio, fue la cuna de la raza roja primitiva, de la que los Indios de América no son más que los restos, derivados de los trogloditas que se salvaron en los picos de los montes,

cuando el continente se hundió. El África es la madre de la raza negra llamada etiópica por los griegos. El Asia ha elaborado la raza amarilla que se conserva en China. La última en nacer, la raza blanca, salió de los bosques de Europa, entre las tempestades del Atlántico y las brisas del Mediterráneo. Todas las variedades humanas resultan de las mezclas, de las combinaciones, de generaciones o selecciones de esas cuatro grandes razas. En los ciclos anteriores, la roja y la negra han reinado sucesivamente por medio de potentes civilizaciones que han dejado huellas en las construcciones ciclópeas y en la arquitectura de México. Los templos de la India y Egipto tenían acerca de esas civilizaciones desvanecidas, cifras y tradiciones escasas. En nuestro ciclo la raza blanca domina, y si se mide la antigüedad probable del Egipto y la India, se hará remontar su preponderancia a siete u ocho mil años. ***(Esa división de la humanidad en cuatro razas sucesivas y originarias, era admitida por los más antiguos sacerdotes de Egipto. Ellas están representadas por cuatro figuras de tipos y tez diferentes en las pinturas de la tumba de Setis I en Tebas. La raza roja lleva el nombre de Rot; la raza asiática, de piel amarilla, el de Aruc; la africana o negra, el de Halasiu; la líbico-europea o blanca, de cabellos rubios, es de Tamahu. - Lenormant, Histoire des peuples d'Orient, c. I.)***

Según las tradiciones brahmánicas, la civilización ha comenzado sobre la tierra hace cincuenta mil años, con la raza roja, sobre el continente austral, cuando Europa entera y parte del Asia estaban aún bajo el agua. Esas mitologías hablan también de una raza de gigantes anterior. Se han encontrado en ciertas cavernas del Thibet, osamentas humanas gigantescas, cuya conformación semeja más al mono que al hombre. Ellas se relacionan con una humanidad primitiva, intermedia, aun vecina de la animalidad, que no poseía ni lenguaje articulado, ni organización social, ni religión. Porque estas tres cosas brotan siempre a la par: y ese es el sentido de aquella notable tríada bárdica que dice: "Tres cosas son primitivamente contemporáneas: Dios, la luz y la libertad". Con el primer balbuceo de la palabra nació la sociedad y la sospecha vaga de un orden divino. Es el soplo de Jehovah en la boca de Adán, el verbo de Hermes, la ley del primer Manú, el fuego de Prometeo. Un Dios palpita en la fauna humana. La raza roja, ya lo hemos dicho, ocupaba el continente astral, hoy sumergido, llamado Atlántida por Platón, según las tradiciones egipcias. Un gran cataclismo le destruyó en parte y dispersó sus restos. Varias razas polinésicas, al igual que los Indios de la América del Norte y los Aztecas que Hernán Cortés encontró en México, son los supervivientes de la antigua raza roja, cuya civilización, perdida para siempre, tuvo sus días de

gloria y de esplendor materiales. Todos esos pobres retrasados llevan en sus almas la incurable melancolía de las viejas razas que mueren sin esperanza.

Después de la raza roja, la raza negra dominó sobre el globo. Hay que buscar su tipo superior, no en el negro degenerado, sino en el abisinio y el nubio, en quienes se conserva el molde de esta raza llegada a su apogeo. Los negros invadieron el sur de Europa en tiempos prehistóricos y fueron rechazados por los blancos. Su recuerdo se ha borrado completamente de nuestras tradiciones populares. Sin embargo, han dejado dos huellas indelebles: horror al dragón que fue el emblema de sus reyes y la idea de que el diablo es negro. Los negros devolvieron el insulto a la raza rival haciendo blanco a su diablo. En los tiempos de su soberanía, los negros tuvieron centros religiosos en el Alto Egipto y la Judea. Sus ciudades ciclópeas coronaban las montañas del Cáucaso, de África y del Asia central. Su organización social consistía en una teocracia absoluta. En la cima, sacerdotes temidos como dioses; abajo, tribus revoltosas, sin familia reconocida, las mujeres esclavas. Esos sacerdotes tenían conocimientos profundos, el principio de la unidad divina del universo y el culto de los astros que, bajo el nombre de sabeísmo, se infiltró entre los pueblos blancos. ***(Véanse los historiadores árabes, así como Abul-Ghari, historia genealógica de los Tártaros, y Mohammed-Mosen, historiador de los Persas. William Jones, Asiatic Research, L Discours sur les Tartares et les Penans).***

Pero entre la ciencia de los sacerdotes negros y el fetichismo grosero de las masas no había punto intermedio, arte idealista, mitología sugestiva. Por lo demás, una industria ya sabia, el arte de manejar piedras colosales y de fundir los metales en hornos inmensos en que se hacía trabajar a los prisioneros de guerra. En esta raza poderosa por la resistencia física, la energía pasional y la capacidad de asimilación, la religión fue, pues, el reino de la fuerza por el terror. La Naturaleza y Dios no aparecieron casi a la conciencia de esos pueblos-niños más que bajo la forma del dragón, del terrible animal antediluviano que los reyes hacían pintar en sus banderas y los sacerdotes esculpían en la puerta de sus templos.

Si el sol de África ha incubado la raza negra, se diría que los hielos del polo ártico han visto la florescencia de la raza blanca. Son los Hiperbóreos de que habla la mitología griega. Esos hombres de cabellos rojos, de ojos azules, vinieron del Norte a través de las selvas, iluminadas por auroras boreales, acompañados por perros y renos, mandados por jefes temerarios y animados, empujados por mujeres videntes. Cabellos de oro y ojos de azul: colores predestinados. Esa raza debía inventar el culto del sol y del fuego sagrado y

traer al mundo la nostalgia del cielo. Tan pronto ella se rebela contra éste hasta quererle escalar, como se prosternará ante sus esplendores en una adoración absoluta.

Como las otras, la raza blanca tuvo que libertarse del estado salvaje antes de adquirir conciencia de sí misma. Tiene ella por signos distintivos el gusto de la libertad individual, la sensibilidad reflexiva que crea el poder de la simpatía, y el predominio del intelecto, que da a la imaginación un sello idealista y simbólico. La sensibilidad anímica trajo la afección, la preferencia del hombre por una mujer; de ahí la tendencia de esta raza a la monogamia, el principio conyugal y la familia. La precisión de libertad, unida a la sociabilidad, creó el clan con su principio electivo. La imaginación ideal creó el culto de los antepasados, que forma la raíz y el centro de la religión de los pueblos blancos. El principio social y político, se manifiesta el día que un cierto número de hombres semisalvajes, ante el ataque de enemigos, se reúnen instintivamente y eligen al más fuerte y más inteligente entre ellos, para defenderles y mandarles: aquel día la sociedad nació. El jefe es un rey en germen; sus compañeros, nobles futuros; los viejos deliberantes, pero incapaces de andar, de la fatiga, forman ya una especie de Senado o asamblea de ancianos. Pero ¿Cómo nació la religión?. Se ha dicho que era el temor del hombre primitivo ante la Naturaleza. Pero el temor nada de común tiene con el respeto y el amor: aquél no liga el hecho a la idea, lo visible a lo invisible, el hombre a Dios. Mientras que el hombre sólo tembló ante la Naturaleza, no fue aún un hombre. Lo fue sólo el día que asió el lazo que le relacionaba al pasado y al porvenir, a algo de superior y bienhechor, y donde él adoró esa misteriosa incógnita. Pero ¿cómo adoró él por vez primera?.

Fabre d'Olivet lanza una hipótesis eminentemente genial y sugestiva sobre el modo de establecer el culto a los antepasados en la raza blanca. **(*Histoire philosophique du genre humain, tomo I*).** En un clan belicoso, dos guerreros rivales se querellan. Furiosos, van a matarse, ya han llegado a las manos. En ese momento, una mujer con el cabello en desorden se interpone entre los dos y los separa. Es la hermana de uno y la mujer del otro. Sus ojos arrojan llamas, su voz tiene el acento del mando. Ella dice en frases entrecortadas, incisivas, que ha visto en la selva al Antepasado de la raza, el guerrero victorioso de tiempos remotos, el heroll que se le ha aparecido. Él no quiere que dos guerreros hermanos luchen, sino que se unan contra el enemigo común."Es la sombra del gran Abuelo, el heroll me lo ha dicho, clama la mujer exaltada; ¡Él me ha hablado!. ¡Le he visto!" Lo que ella dice,

lo cree. Convencida, convence. Emocionados, admirados y como abrumados por una fuerza invencible, los adversarios reconciliados se dan la mano y miran a esa mujer inspirada como una especie de divinidad.

Inspiraciones tales, seguidas de bruscas reacciones, debieron producirse en gran número y bajo formas muy diferentes en la vida prehistórica de la raza blanca. En los pueblos bárbaros, la mujer es quien, por su sensibilidad nerviosa, presiente antes lo oculto, afirma lo invisible. Que se considere ahora cuáles serían las consecuencias inesperadas y prodigiosas de un acontecimiento semejante al que hemos relatado. En el clan, en la tribu, todos hablan del hecho maravilloso. La encina, donde la mujer inspirada ha visto la aparición, se convierte en árbol sagrado. Se la conduce allá de nuevo; y, bajo la influencia magnética de la luna, que la coloca en un estado visionario, continúa profetizando en nombre del gran Abuelo. Pronto esta mujer y otras semejantes, de pie sobre las rocas, en medio dé los claros del bosque, al ruido del viento y del océano, evocarán las almas diáfanas de los antepasados ante las multitudes palpitantes, que las verán, o creerán verlas, atraídas por mágicos encantos en las brumas flotantes de las transparencias lunares. El último de los grandes celtas, Ossián, evocará a Fingal y sus compañeros en las nubes compactas. Así, en el origen mismo de la vida social, el culto de los antepasados se establece en la raza blanca. El gran antepasado llega a ser el Dios de la tribu. He ahí el comienzo de la religión.

Pero eso no es todo. Alrededor de la profetisa se agrupan ancianos que la observan en sus sueños lúcidos, en sus éxtasis proféticos. Ellos estudian sus estados diversos, finalizan sus revelaciones, interpretan sus oráculos. Notan ellos que cuando profetiza en el estado visionario, su cara se transfigura, su palabra se vuelve rítmica y su voz elevada profiere sus oráculos cantando una melodía grave y significativa. **(*Todos los que han visto una verdadera sonámbula, han quedado admirados de la singular exaltación intelectual que se produce en su sueño lúcido. Para aquellos que no han sido testigos de tales fenómenos y que duden de ellos, citaremos un pasaje del célebre David Strauss, que no puede ser sospechoso de superstición. El vio en casa de su amigo el doctor Justinus Kerner a la célebre "vidente de Prévorst" y la describe así: "Poco después, la visionaria cayó en un sueño magnético. Contemplé por vez primera el espectáculo de ese estado maravilloso, y, puedo decirlo, en su más pura y bella manifestación. Era una cara con expresión de sufrimiento, pero elevada y tierna como inundada de un rayo celeste: una palabra pura, solemne, musical, una espede de recitado"; una abundancia de sentimientos que*

desbordaban y que se hubieran podido comparar a bandas de nubes, tan pronto luminosas como sombrías, resbalando sobre su alma, o también a brisas melancólicas y serenas impregnadas en las cuerdas de una maravillosa arpa eoliana. (Trad. R. Lindau. Biographie genérale: art. Kerner).

De ahí el verso, la estrofa, la poesía y la música, cuyo origen pasa por divino en todos los pueblos de raza aria. La idea de la revelación no podía producirse más que a propósito de hechos de este orden. Al mismo tiempo vemos brotar la religión y el culto, los sacerdotes y la poesía.

En Asia, en el Irán y en la India, donde los pueblos de raza blanca fundaron las primeras civilizaciones arias, mezclándose a pueblos de color diferente, los hombres adquirieron pronto supremacía sobre las mujeres en cuestiones de inspiración religiosa. Allí no oímos hablar más que de sabios, de rishis, de profetas. La mujer rechazada, sometida, ya no es sacerdotisa más que del hogar. Pero en Europa la huella del papel preponderante de la mujer se encuentra en los pueblos de igual origen, que fueron bárbaros durante millares de años. Aparece en la Pitonisa escandinava, en la Voluspa del Edda, en las druidas célticas, en las mujeres adivinadoras que acompañan a los ejércitos germanos y decidían sobre el día de las batallas, ***(Véase la última batalla entre Ariovisto y Cesar en los Comentarios de éste)*** y hasta en las Bacantes tracias que sobrenadan en la leyenda de Orfeo. La Vidente prehistórica se continúa con la Pythia de Delfos.

Las profetisas primitivas de la raza blanca se organizaron en colegios de druidesas, bajo la vigilancia de los ancianos instruidos o druidas, los hombres de la encina. Ellas fueron al principio bienhechoras. Por su intuición, su adivinación, su entusiasmo, dieron un vuelo inmenso a la raza que estaba sólo en el comienzo de su lucha, varias veces secular, contra los negros. Pero la corrupción rápida y los enormes abusos de esta institución eran inevitables. Sintiéndose dueñas de los destinos de los pueblos, las druidesas quisieron dominarlos a toda costa. Faltándoles la inspiración, quisieron dominar por el terror. Exigieron los sacrificios humanos e hicieron de ellos un elemento esencial de su culto. Los instintos heroicos de su raza los favorecían. Los Blancos eran valientes; sus guerreros despreciaban la muerte; a la primera llamada venían voluntariamente y por bravata a colocarse bajo el cuchillo de las sanguinarias sacerdotisas. Por medio de hecatombes humanas se lanzaban los vivos hacia los muertos como mensajeros, y se creía obtener así los favores de los antepasados. Esa amenaza perpetua, colocada sobre la cabeza de los primeros jefes por boca de las profetisas y de los druidas, se volvió entre sus manos un formidable instrumento de dominio.

Primer ejemplo de la perversión que sufren fatalmente los más nobles instintos de la naturaleza humana, cuando no son dirigidos por una sabia autoridad, encaminados al bien por una conciencia superior. Dejada al azar de la ambición y la pasión personal, la inspiración degenera en superstición, el valor en ferocidad, la idea sublime del sacrificio en instrumento de tiranía, en explotación pérfida y cruel.

Pero la raza blanca estaba aún en su infancia violenta y loca. Apasionada en la esfera anímica, debía atravesar otras muchas y sangrientas crisis. Acababa de ser despertada por los ataques de la raza negra, que comenzaba a invadir el sur de Europa. Lucha desigual al principio. Los Blancos medio salvajes, salidos de sus bosques y habitaciones lacustres, no tenían otro recurso que sus arcos, sus lanzas y sus flechas con puntas de piedra. Los Negros tenían armas de hierro, armaduras de bronce, todos los recursos de una civilización industriosa y sus ciudades ciclópeas. Aplastados en el primer choque, los Blancos llevados cautivos empezaron a ser en masa esclavos de los Negros, que les forzaron a trabajar la piedra y a llevar el mineral a sus hornos. Pero algunos cautivos escapados llevaron a su patria los usos, las artes y fragmentos de ciencia de sus vencedores. Aprendieron ellos de los Negros dos cosas capitales: la fundición de los metales y la escritura sagrada, es decir, el arte de fijar ciertas ideas por medio de signos misteriosos y jeroglíficos sobre pieles de animales, sobre piedra o corteza de fresnos; de ahí las runas de los celtas. El metal fundido y forjado era el instrumento de la fuerza; la escritura sagrada fue el origen de la ciencia y de la tradición religiosa. La lucha entre la raza blanca y la raza negra osciló durante siglos desde los Pirineos al Cáucaso y desde el Cáucaso al Himalaya. La salvación de los Blancos se debió a sus selvas, donde, como las fieras, podían esconderse para salir de nuevo en el momento oportuno. Enardecidos, aguerridos, mejor armados de siglo en siglo, los arrojaron de las costas de Europa e invadieron a su vez todo el norte de África y el centro de Asia, ocupada por tribus diversas.

La mezcla de las dos razas se operó de dos modos distintos, por colonización pacífica o por conquista belicosa. Fabre d'Olivet, ese maravilloso vidente del pasado prehistórico de la humanidad, parte de esa idea para emitir una visión luminosa sobre el origen de los pueblos llamados semíticos y de los pueblos arios. Allí donde los colonos blancos se habían sometido a los pueblos negros aceptando su dominación y recibiendo de sus sacerdotes la iniciación religiosa, allí se formaron los pueblos semíticos, como los Egipcios anteriores a Menes, los Árabes, los Fenicios, los Caldeos y los Judíos. Las

civilizaciones arias, al contrario, se formaron allí donde los Blancos habían reinado sobre los Negros por la guerra o la conquista, como los Iranios, los Hindúes, los Griegos, los Etruscos. Agreguemos a esto que bajo la denominación de pueblos arios comprendemos también a todos los pueblos blancos que habían quedado en estado salvaje y nómada en la antigüedad, tales como los Escitas, los Getas, los Sármatas, los Celtas y más tarde los Germanos. Por este medio pudiera explicarse la diversidad fundamental de las religiones y también de la escritura en esas dos grandes categorías de naciones. Entre los Semitas, donde la intelectualidad de la raza negra dominó al principio, se nota, sobre la idolatría popular, una tendencia al monoteísmo, el principio de la unidad del Dios oculto, absoluto y sin forma que fue uno de los dogmas esenciales de los sacerdotes de la raza negra y de su iniciación secreta. Entre los Blancos vencedores, o conservadores puros, se nota, al contrario, la tendencia al (politeísmo, a la mitología, a la personificación de la divinidad, que proviene de su amor a la Naturaleza y de su culto apasionado por los antepasados.

La diferencia principal entre la manera de escribir de los Semitas y los Arios, se explicará por la misma causa. ¿Por qué todos los pueblos semitas escriben de derecha a izquierda, y los arios de izquierda a derecha?. La razón que de ello da Fabre d'Olivet es tan curiosa como original, y evoca ante nuestros ojos una verdadera visión de ese pasado perdido.

Todo el mundo sabe que en los tiempos prehistóricos no había escritura vulgar. El uso de ella no se generalizó hasta la escritura fonética o arte de figurar por letras el sonido mismo de las palabras. Pero la escritura jeroglífica, o arte de representar las cosas por signos cualesquiera, es tan vieja como la civilización humana. Y siempre en esos tiempos primitivos, fue el privilegio del sacerdocio, como función religiosa y primitivamente como inspiración divina. Cuando en el hemisferio austral, los sacerdotes de la raza negra o meridional trazaban sobre pieles de animales o sobre tablas de piedra sus signos misteriosos, tenían por costumbre volverse hacia el polo sur; su mano se dirigía hacia el Oriente, fuente de luz. Escribían, pues, de derecha a izquierda. Los sacerdotes de la raza blanca o Septentrional aprendieron la escritura de los Negros y comenzaron por escribir como ellos. Pero cuando el sentimiento de su origen se hubo desarrollado con la conciencia nacional y el orgullo de la raza, inventaron signos propios y en lugar de volverse hacia el Sur, hacia el país de los Negros, dieron cara al Norte, el país de los Antepasados, continuando la escritura hacia Oriente. Sus caracteres corren, pues, de izquierda a derecha. De ahí la dirección de las runas célticas, del zend, del sánscrito, del griego, del

latín y de todas las escrituras de las razas arias. Ellas corren hacia el Sol, fuente de la vida terrestre; pero miran al Norte, patria de los antepasados y fuente misteriosa de las auroras celestes.

La corriente semita y la corriente aria: he ahí los dos ríos por donde nos han llegado todas nuestras ideas, mitologías y religiones, artes, ciencias y filosofías. Cada una de estas corrientes lleva consigo una concepción opuesta de la vida, cuya reconciliación y equilibrio sería la verdad misma. La corriente semítica contiene los principios absolutos y superiores: la idea de la unidad y de la universalidad en nombre de un principio supremo que conduce, en su aplicación, a la unificación de la familia humana. La corriente aria contiene la idea de la evolución ascendente en todos los reinos terrestres y supraterrestres, y conduce, en su aplicación, a la diversidad infinita de los desarrollos, en nombre de la riqueza de la Naturaleza y de las aspiraciones múltiples del alma. El genio semita desciende de Dios al hombre; el genio ario sube del hombre a Dios. El uno se representa por el arcángel justiciero, que desciende sobre la tierra armado de la espada y del rayo; el otro por Prometeo, quien tiene en la mano el fuego robado del cielo y mide el Olimpo con la mirada para transferirlo luego a la tierra.

Nosotros llevamos esos dos genios en nuestro interior. Pensamos y obramos por turno bajo el imperio de uno u otro. Pero están entretejidos, no fundidos en nuestra intelectualidad. Ellos se contradicen y se combaten en nuestros íntimos sentimientos y en nuestros pensamientos sutiles, como en nuestra vida social y en nuestras instituciones. Ocultos bajo formas múltiples, que se podrían resumir bajo los nombres genéricos de espiritualismo y naturalismo, dominan nuestras discusiones y nuestras luchas. Irreconciliables e invencibles los dos, ¿quién los unirá?. Y sin embargo, el avance, la salvación de la humanidad dependen de su conciliación y de su síntesis. Por tal razón, en este libro quisiéramos remontarnos hasta la fuente de las dos corrientes, al nacimiento de los dos genios. Sobre las luchas históricas, las guerras religiosas, las contradicciones de los textos sagrados, pasaremos al interior de la conciencia misma de los fundadores y de los profetas que dieron a las religiones su movimiento inicial. Ellos tuvieron la intención profunda y la inspiración de lo alto, la luz viva que da la acción fecunda. Sí, la síntesis preexistía en ellos. El rayo divino palideció y se oscureció entre sus sucesores; pero reaparece, brilla, cada ver que desde un punto cualquiera de la historia un profeta, un héroe o un vidente remonta a su foco. Porque sólo desde el punto de partida se divisa el objetivo. Desde el Sol radiante, el curso de los planetas.

Tal es la revelación en la historia, continua, graduada, multiforme como la Naturaleza; pero idéntica en su manantial, una como la verdad, inmutable como Dios.

Remontando el curso de la corriente semita, llegamos por Moisés a Egipto, cuyos templos poseían, según Manetón, una tradición de 30.000 años. Remontando el curso de la corriente aria, llegamos a la India, donde se desenvolvió la primera grande civilización resultante de una conquista de la raza blanca. La India y Egipto fueron dos madres de religiones. Los dos países tuvieron el secreto de la gran iniciación. Entraremos en sus santuarios.

Pero sus tradiciones nos hacen remontar más alto aun, a una época anterior, donde los dos genios opuestos de que hemos hablado nos aparecen unidos en una inocencia primera y en una armonía maravillosa. Es la época aria primitiva. Gracias a los admirables trabajos de la ciencia moderna, gracias a la filología, a la mitología, a la etnología comparada, hoy nos es permitido entrever esa época. Ella se dibuja a través de los himnos védicos, que no son, sin embargo, más que su reflejo, con una sencillez patriarcal y una grandiosa fuerza de líneas, Edad viril y grave que se parece a la edad de oro que soñaron los, poetas. El dolor y la lucha existen sin embargo; pero hay en los hombres una confianza, una fuerza, una serenidad, que la humanidad no ha vuelto jamás a encontrar.

En la India el pensamiento se hará profundo, los sentimientos se afinarán. En Grecia las pasiones y las ideas se cubrirán con el prestigio del arte y el vestido mágico de la belleza. Pero ninguna poesía sobrepuja a ciertos himnos védicos en elevación moral, en alteza y amplitud intelectual. Hay allí el sentimiento de lo divino en la Naturaleza, de lo invisible que la rodea y de la grande unidad que penetra el todo.

¿Cómo nació civilización semejante?. ¿Cómo se desarrolló tan alta intelectualidad en medio de guerras de raza y de la lucha contra la Naturaleza?. Aquí se detienen las investigaciones y las conjeturas de la ciencia contemporánea. Pero las tradiciones religiosas de los pueblos, interpretadas en su sentido esotérico, van más lejos y nos permiten adivinar que la primera concentración del núcleo ario en el Irán se hizo por una especie de selección operada en el seno mismo de la raza blanca, bajo la égida de un conquistador y legislador, que dio a su pueblo una religión y una ley conformes con el genio de la raza.

En efecto, el libro sagrado de los Persas, el Zend-Avesta, habla de ese antiguo legislador bajo el nombre de Yima, y Zoroastro, al fundar una

religión nueva, apela a ese predecesor como al primer hombre a quien habló Ormuzd, el Dios vivo, como Jesucristo apeló a Moisés. — El poeta persa Firdousi llama a ese mismo legislador Djem, el conquistador de los Negros —. En la epopeya india, en el Rámáyana, él aparece con el nombre de Rama, vestido de rey indio, rodeado de los esplendores de una civilización avanzada; pero conserva sus dos caracteres distintos de conquistador, renovador e iniciado. — En las tradiciones egipcias la época de Rama es designada por el reino de Osiris, el señor de la luz, que precede al reino de Isis, la reina de los misterios —. En Grecia, en fin, el antiguo héroe semidiós era honrado bajo el nombre de Dionisos, que viene del sánscrito Deva Nahousha, el divino renovador. Orfeo dio ese nombre a la Inteligencia divina y el poeta Nonnus cantó la conquista de la India por Dionisos, según se contiene en las tradiciones de Eleusis.

Como los radios de un mismo círculo, todas esas tradiciones designan un centro común. Siguiendo su dirección, se puede llegar a él. Entonces por encima de los Vedas, sobre el Irán de Zoroastro, en el alba crepuscular de la raza blanca se ve salir de los bosques de la antigua Escitia al primer creador de la religión aria, ceñido con su doble tiara de conquistador y de iniciado, llevando en su mano el fuego místico, el fuego sagrado que iluminará a todas las razas.

A Fabre d'Olivet pertenece el honor de haber encontrado ese personaje ***(Histoire philosophique du genre humain, tomo I)*** y de trazar la vía luminosa que a él conduce; siguiéndola, trataré a mi vez, de evocarle.

II
LA MISIÓN DE RAMA

Cuatro o cinco mil años antes de nuestra era, espesas selvas cubrían aún la antigua Escitia, que se extendía desde el Océano Atlántico a los mares polares. Los Negros habían llamado a ese continente, que habían visto nacer isla por isla: “la tierra emergida de las olas”. ¡Cuánto contrastaba con su suelo blanco, quemado por el Sol, esta Europa de verdes costas, bahías húmedas y profundas, con sus ríos de ensueño, sus sombríos lagos y sus brumas adheridas a los flancos de las montañas!. En las praderas y llanuras herbosas, sin cultivo, vastas como las pampas, no se oía otra cosa que el grito de las fieras, el mugido de los búfalos y el galope indómito de las grandes manadas de caballos salvajes, pasando veloces con la crin al viento. El hombre blanco que habitaba en esas selvas, no era ya el hombre de las cavernas; podía ya llamarse dueño de su tierra. Había inventado los cuchillos y hachas de sílex, el arco y la flecha, la honda y el lazo. En fin, había encontrado compañeros de lucha, dos amigos excelentes, incomparables y abnegados, hasta la muerte: el perro y el caballo. El perro doméstico, convertido en guardián fiel de su casa de madera, le había dado seguridad en el hogar. Domando al caballo, había conquistado la tierra, sometido a los otros animales; había llegado a ser el rey del espacio. Montados sobre caballos salvajes, estos hombres rojos recorrían la comarca como una tromba. Herían al oso, al lobo, al auroch, aterrorizaban a la pantera y al león, que entonces habitaban en nuestros bosques.

La civilización había comenzado; la familia rudimentaria, el clan, la tribu existían. En todas partes los Escitas, hijos de los Hiperbóreos, elevaban a sus antepasados menhires monstruosos.

Cuando un jefe moría, se enterraban con él sus armas y caballo, a fin, decían, de que el guerrero pudiese cabalgar sobre las nubes y expulsar al dragón de fuego en el otro mundo. De ahí la costumbre del sacrificio del caballo que juega un papel tan preponderante en los Vedas y en los Escandinavos. La religión comenzaba así por el culto a los antepasados.

Los Semitas encontraron al Dios único — el Espíritu Universal —, en el desierto, en la cumbre de las montañas, en la inmensidad de los espacios estelares. Los Escitas y los Celtas encontraron los Dioses, los espíritus múltiples, en el fondo de sus bosques. Allí oyeron voces, allí tuvieron los

primeros escalofríos de lo Invisible, las visiones del más allá. Por esta razón el bosque encantado o terrible ha quedado como algo querido de la raza blanca. Atraída por la música de las hojas y la magia lunar, ella vuelve allí siempre en el curso de las edades, como a su fuente de Juvencia, al templo de la gran madre Herta. Allí duermen sus dioses, sus amores, sus misterios perdidos.

Desde los tiempos más remotos, mujeres visionarias profetizaban bajo los árboles. Cada tribu tenía su gran profetisa, como la Voluspa de los Escandinavos con su colegio de druidesas. Pero estas mujeres, al principio noblemente inspiradas, habían llegado a ser ambiciosas y crueles. Las buenas profetisas se convirtieron en malas magas. Ellas instituyeron los sacrificios humanos, y la sangre, de los herolls corría sin cesar sobre los dólmenes, al son siniestro de los cánticos de los sacerdotes, ante las aclamaciones de los Escitas feroces.

Entre esos sacerdotes se encontraba un joven en la flor de la edad, llamado Ram, que se destinaba al sacerdocio, pero cuya alma recogida y espíritu profundo se revelaban contra ese culto sanguinario. El joven druida era dulce y grave. Había mostrado desde edad temprana una aptitud singular en el conocimiento de las plantas, de sus virtudes maravillosas, de sus jugos destilados y preparados, no menos que para el estudio de los astros y de sus influencias. Parecía adivinar, ver las cosas lejanas. De ahí su autoridad precoz sobre los viejos druidas. Una grandeza benévola emanaba de sus palabras, de su ser. Su sabiduría contrastaba con la locura de las druidesas, las inspiradoras de maldiciones, que proferían sus oráculos nefastos en las convulsiones del delirio. Los druidas le habían llamado "el que sabe"; el pueblo le nombraba "el inspirado de la paz".

Ram, que aspiraba a la ciencia divina, había viajado por toda la Escitia y por los países del Sur. Seducidos por su sabiduría personal y su modestia, los sacerdotes de los Negros le habían hecho copartícipe de sus conocimientos secretos. Vuelto al país del Norte, Ram se aterrorizó al ver los sacrificios humanos cada vez más frecuentes entre los suyos. E1 vio en esto la pérdida de su raza. Pero ¿Cómo combatir esa costumbre propagada por el orgullo de las druidesas, por la ambición de los druidas y la superstición del pueblo?. Entonces otra plaga cayó sobre los Blancos, y Ram creyó ver en ella un castigo celeste del culto sacrilego. De sus incursiones a los países del Sur y de su contacto con los Negros, los Blancos habían contraído una horrible enfermedad, una especie de peste, que corrompía al hombre por la sangre, por las fuentes de la vida. El cuerpo entero se cubría de

manchas negras, el aliento se volvía fétido, los miembros hinchados y corroídos por úlceras se deformaban, y el enfermo expiraba entre horribles sufrimientos. El aliento de los vivos y el hedor de los muertos propagaban el azote. Los Blancos consternados caían y agonizaban por millares en sus selvas, abandonados hasta por las aves de rapiña. Ram, afligido, buscaba en vano un medio de salvación.

Tenía él la costumbre de meditar bajo una encina en un claro del bosque. Una noche que había meditado largo tiempo sobre los males de su raza, se durmió al pie del árbol. En su sueño le pareció que una voz fuerte pronunciaba su nombre y creyó despertar. Entonces, vio ante él un hombre de majestuosa estatura, vestido como él mismo lo estaba, con el ropaje blanco de los druidas. Llevaba una varita alrededor de la cual se enroscaba una serpiente. Ram, admirado, iba a preguntar al desconocido lo que aquello quería decir. Pero éste cogiéndole de la mano le hizo levantar y le mostró sobre el árbol mismo, al pie del que estaba acostado, una hermosa rama de muérdago. — "¡Oh Ram!, le dijo, el remedio que tú buscas, aquí lo tienes". Y sacando de su seno un podón de oro, cortó con él la rama y se la dio. Después murmuró algunas palabras acerca del modo de preparar el muérdago y desapareció.

Entonces Ram se despertó por completo y se sintió muy confortado. Una voz interna le decía que había encontrado la salvación. No dejó de preparar el muérdago según los consejos de su divino amigo el de la hoz de oro. Hizo beber el brebaje a un enfermo en un licor fermentado, y el enfermo curó. Las curas maravillosas que operó así, hicieron a Ram célebre en toda la Escitia. De todas partes se le llamaba para curar. Consultado por los druidas de su tribu, les dio cuenta de su descubrimiento, agregando que éste debía ser un secreto de la casta sacerdotal para afirmar su autoridad. Los discípulos de Ram, viajando por toda la Escitia con ramas de muérdago, fueron considerados como mensajeros divinos y su maestro como un semidiós.

Ese acontecimiento fue el origen de un culto nuevo. Desde entonces el muérdago se consideró como una planta sagrada. Ram consagró su memoria, instituyendo la fiesta de Navidad o de la nueva salvación, que colocó al comienzo del año y que llamó la Noche-Madre (del nuevo Sol), o la grande ' renovación. En cuanto al Ser misterioso que Ram había visto en sueños y que había mostrado el muérdago, se le llamó en la tradición esotérica de los Blancos europeos, Aesc-hely-hopa, lo que significa: "la esperanza de la salvación está en el bosque". Los Griegos hicieron de él su Esculapio, el genio de la medicina, que tiene la varita mágica bajo forma de caduceo.

Pero Rama, el "inspirado de la paz", tenía más vastas miras. Quería curar a su pueblo de una plaga moral, más nefasta que la peste. Elegido jefe de los sacerdotes de su pueblo, dio la orden a todos los druidas varones y hembras de dar fin a los sacrificios humanos. Esta noticia corrió hasta el Océano, saludada como un fuego regocijante por unos, como un sacrilegio atentatorio por otros. Las druidesas, amenazadas con su poder, lanzaron sus maldiciones contra el audaz, fulminaron contra él sentencias de muerte. Muchos druidas, que veían en los sacrificios humanos el solo medio de reinar, se pusieron de su parte. Ram, exaltado por un gran partido, fue execrado por el otro. Pero lejos de retroceder ante la lucha, la acentuó enarbolando un nuevo símbolo.

Cada pueblo blanco tenía entonces su signo de reconocimiento y unión bajo la forma de un animal que simbolizaba sus cualidades preferidas. Entre los jefes, los unos clavaban grullas, águilas o buitres, otros cabezas de jabalí o de búfalo, sobre la cima de sus palacios de madera; origen primero del blasón. Pero el estandarte preferido por los Escitas era el Toro, que llamaban Thor, el signo de la fuerza brutal y de la violencia. Al Toro, Ram opuso el Carnero, el jefe valiente y pacífico del rebaño, e hizo de él signo de unión de todos sus partidarios. Este estandarte, enarbolado en el centro de la Escitia, fue como el principio de un tumulto general y de una verdadera revolución en los espíritus. Los pueblos blancos se dividieron en dos campos. El alma misma de la raza blanca se separaba en dos para desagregarse de la animalidad rugiente y subir el escalón primero del santuario invisible, que conduce a la humanidad divina. "¡Muera el Carnero!", gritaban los partidarios de Thor. "¡Guerra al Toro!", gritaban los amigos de Ram. Una guerra formidable era inminente.

Ante tal eventualidad, Ram vaciló. Desencadenar esta guerra, ¿No sería empeorar el mal y obligar a su raza a destruirse por sí misma?. Entonces tuvo un nuevo sueño.

El cielo tempestuoso estaba cargado de nubes sombrías que cabalgaban sobre las montañas y rebasaban en su vuelo las cimas agitadas de las selvas. En pie, sobre una roca, una mujer con el pelo en desorden se preparaba a herir a un soberbio guerrero, atado ante ella. "¡En nombre de los antepasados deten tu brazo!", gritó Ram lanzándose sobre la mujer. La druidesa, amenazando al adversario, le lanzó una mirada aguda como la hoja de un puñal. Pero el trueno retumbó en los espesos nubarrones, y en un relámpago, una figura radiante apareció. La selva se iluminó, la druidesa cayó como herida por el rayo, y habiéndose roto los lazos del cautivo, éste miró al gigante luminoso con un gesto de desafío. Ram no temblaba, pues en los rasgos de la aparición

reconoció al ser divino, que ya le había hablado bajo la encina. Esta vez le pareció más hermoso, pues todo su cuerpo resplandecía de luz, y Ram vio que se encontraba ante un templo abierto, de ancha columnata. En el lugar de la piedra del sacrificio se elevaba un altar. Al lado estaba el guerrero cuyos ojos continuaban desafiando a la muerte. La mujer echada sobre el pavimento parecía muerta. El Genio celeste llevaba en su diestra una antorcha, en su izquierda una copa; sonrió con benevolencia y dijo: — "Ram, estoy contento de ti. ¿Ves esta antorcha? Es el fuego sagrado del Espíritu divino. ¿Ves esta copa?. Es la copa de la Vida y del Amor. Da la antorcha al hombre y la copa a la mujer". Ram hizo lo que le ordenaba su Genio. Apenas la antorcha estuvo en manos del hombre y la copa en las de la mujer, un fuego se encendió, espontáneamente sobre el altar, y ambos irradiaron transfigurados a su luz, como Esposo y Esposa divinos. Al mismo tiempo el templo se ensanchó; sus columnas subieron hasta el cielo; su bóveda se convirtió en el firmamento. Entonces, Ram, llevado por su sueño, se vio transportado al vértice de una montaña bajo el cielo estrellado. En pie, cerca de él, su Genio le explicaba el sentido de las constelaciones y le hacía leer en los signos llameantes del Zodíaco los destinos de la humanidad.

— "Espíritu maravilloso, ¿quién eres tú?", dijo Ram a su Genio. Y el Genio respondió: — "Me llaman Deva Nahousha, la Inteligencia divina. Tú difundirás mi radiación sobre la tierra y yo acudiré siempre que me llames. Ahora, sigue tu camino, ¡ve!". Y, con su mano, el Genio mostró el Oriente.

III
EL ÉXODO Y LA CONQUISTA

En este sueño, como bajo una luz fulgurante, Ram vio su misión y el inmenso destino de su raza. Desde entonces ya no dudó. En lugar de encender la guerra entre las tribus de Europa, decidió llevarse la flor de su pueblo al corazón del Asia. Anunció a los suyos que instituiría el culto del fuego sagrado, que haría la felicidad de los hombres; que los sacrificios humanos serían para siempre abolidos; que los antepasados serían invocados, no ya por sacerdotisas sanguinarias sobre rocas salvajes impregnadas de sangre humana, sino en cada hogar, por el esposo y la esposa unidos en una misma oración, en un himno de adoración, al lado del fuego que purifica. Sí; el fuego visible del altar, símbolo y conducto del fuego celestial invisible, uniría a la familia, al clan, a la tribu y a todos los pueblos, cual centro del Dios viviente sobre la tierra. Pero para recoger esa cosecha, era preciso separar el grano bueno del malo; preciso era que todos los audaces se preparasen a dejar la tierra de Europa para conquistar una tierra nueva, una tierra virgen. Allá, él daría su ley; allá, fundaría el culto del fuego renovador.

Esta proposición fue acogida con gran entusiasmo por un pueblo joven y ávido de aventuras. Hogueras encendidas durante varios meses en las montañas fueron la señal de la emigración en masa para todos aquellos que querían seguir a la insignia adoptada: el Carnero. La formidable emigración, dirigida por ese gran pastor de pueblos, se movió lentamente hacia el centro de Asia. A lo largo del Cáucaso, tuvo que tomar varias fortalezas ciclópeas de los Negros. En recuerdo de esas victorias, las colonias blancas esculpieron más tarde gigantescas cabezas de carnero en las rocas del Cáucaso. Ram se mostró digno de su alta misión. El allanaba las dificultades, penetraba los pensamientos, preveía el porvenir, curaba las enfermedades, apaciguaba a los rebeldes, inflamaba el valor. Así, las potencias celestes, que llamamos la Providencia, querían la dominación de la raza boreal sobre la tierra y lanzaban, por medio del genio de Ram, rayos luminosos en su camino. Esa raza había ya tenido sus inspirados de segundo orden para arrancarla del estado salvaje. Pero Ram, que, el primero, concibió la ley social como una expresión de la ley divina, fue un inspirado directo y de primer orden.

Ram hizo amistad con los Turianos, viejas tribus escíticas cruzadas con

sangre amarilla, que ocupaban la alta Asia, y los arrastró a la conquista del Irán, de donde rechazó por completo a los Negros, logrando que un pueblo de raza blanca ocupase el centro del Asia y viniese a ser para todos los otros el foco luminoso. Fundó allí la ciudad de Ver, ciudad admirable, dice Zoroastro. Enseñó a trabajar y sembrar la tierra, y fue el padre del cultivo del trigo y de la vid. Creó las castas, según las ocupaciones, y dividió al pueblo en sacerdotes, guerreros, trabajadores y artesanos. En el origen esas castas no fueron rivales; el privilegio hereditario, manantial de odio y de celos, se introdujo más tarde. Ram prohibió la esclavitud, así como el homicidio, afirmando que la dominación del hombre por el hombre era la fuente de todos los males. En cuanto al clan, esa agrupación primitiva de la raza blanca, lo conservó tal como era y le permitió elegir sus jefes y sus jueces.

La obra maestra de Ram, el instrumento civilizador por excelencia, creado por él, fue el nuevo papel que dio a la mujer. Hasta entonces, el hombre no había conocido a la mujer más que bajo una doble forma: o esclava miserable de su choza, que él oprimía y maltrataba brutalmente, o turbadora sacerdotisa de la encina y de la roca cuyos favores buscaba, y que le dominaba a su pesar; maga fascinadora y terrible cuyos oráculos temía, y ante quien temblaba su alma supersticiosa. El sacrificio humano era un desquite de la mujer contra el hombre, cuando ella hundía el cuchillo en el corazón de un tirano feroz. Proscribiendo ese culto horrible y elevando a la mujer ante el hombre en sus funciones divinas de esposa y de madre, Ram la convirtió en sacerdotisa del hogar, guardiana del fuego sagrado, igual al esposó, invocando con él el alma de los antepasados.

Como todos los grandes legisladores, Ram no hizo más que desarrollar, organizándolos, los instintos superiores de su raza. A fin de adornar y embellecer la vida, Ram ordenó cuatro grandes fiestas en el año. La primera fue de la primavera o de las generaciones. Estaba consagrada al amor del esposo y la esposa. La fiesta del verano o de las cosechas pertenecía a los niños y niñas, que ofrendaban las gavillas del trabajo a los padres. La fiesta del otoño la celebraban los padres y las madres; éstos daban entonces frutas a los niños en signo de regocijo. La más santa y más misteriosa de las fiestas era la de Navidad o de las grandes sementeras. Ram la consagró a la vez a los niños recién nacidos, a los frutos del amor concebidos en la primavera y a las almas de los muertos, a los antepasados. Punto de conjunción entre lo visible y lo invisible, esta solemnidad religiosa era a la vez el adiós a las almas ausentes y el saludo místico a las

que vuelven a encarnar en las madres y renacer en los niños. En esa noche santa, los antiguos Arios se reunían en los santuarios del Ailyana-Vaeia, como antes lo habían hecho en sus bosques. Con hogueras y cánticos celebraban el nuevo principio del año terrestre y solar, la germinación de la Naturaleza en el corazón del invierno, la palpitación de la vida en el fondo de la muerte. Cantaban el universal beso del cielo a la tierra y el acto de engendrarse el nuevo sol en la gran Noche-Madre.

Ram ligaba de este modo la vida humana al ciclo de las estaciones, a las revoluciones astronómicas. Al mismo tiempo hacía resaltar su sentido divino. Por haber fundado tan fecundas instituciones, Zoroastro le llama "el jefe de los pueblos, el muy afortunado monarca". Por la misma razón el poeta indio Valmiki, que transporta el antiguo héroe a una época mucho más reciente y como hijo de una civilización más avanzada, le conserva sin embargo los rasgos de tan alto ideal". "Rama, el de los ojos de loto azul — dice Valmiki —, era el señor del mundo, el dueño de su alma y del amor de los hombres, el padre y la madre de sus súbditos. ***Él supo dar a todos los seres la cadena del amor***".

Establecida en el Irán, a las puertas del Himalaya, la raza blanca no era aún dueña del mundo. Era preciso que su vanguardia se infiltrase en la India, centro capital de los Negros, los antiguos vencedores de la raza roja y de la raza amarilla. El ***Zend-avesta*** habla de esta marcha de Rama sobre la India. **(*Es muy digno de notarse que el Zend-avesta, el libro sagrado de los parsis, aunque considerando a Zoroastro como el inspirado de Ormuzd, el profeta de la ley de Dios, lo presenta como continuador de un profeta mucho más antiguo. Bajo el simbolismo de los antiguos templos, se encuentra aquí el hilo de la gran revelación de la humanidad que liga entre sí a los verdaderos iniciados. He aquí este pasaje importante:***

Zarathustra (Zoroastro) preguntó a Ahura-Mazda (Ormuzd, el Dios de la luz): Ahura-Mazda, tú, santo y muy sagrado creador de todos los seres corporales y muy puros.

¿Quién es el primer hombre con quien primero has hablado, tú que eres Ahura-Mazda?.

4 Entonces Ahura-Mazda respondió: "Es el hermoso Yima, el que estaba a la cabeza de una agrupación digna de elogios, ¡Oh, puro Zarathustra!".

13. Y yo le dije: "Vela sobre los mundos que son míos vuélvelos fértiles en su cualidad de protector".

17. Y yo le traje las armas de la victoria, yo que soy Ahura-Mazda.

18. Una lanza de oro y una espada de oro.

31. Entonces Yima se elevó hasta las estrellas hacia el Mediodía, sobre el camino que sigue el Sol.

37. Él marchó sobre esta tierra que había vuelto fértil. Ella fue de un tercio más considerable que antes.

43. Y el brillante y bello Yima reunió la asamblea de los hombres más virtuosos en el célebre Airyana-Vacia, cread puro. (Vendidad-Sadé, 2 Fargard. — Traducción de Anqueti Duperron).

La epopeya india la convierte en uno de sus temas favoritos. Rama fue el conquistador de la tierra que cierra el Himavat, la tierra de los elefantes, los tigres y las gacelas. Él ordenó el primer choque y condujo el primer empuje de esta lucha gigantesca en que dos razas se disputaban inconscientemente el cetro del mundo. La tradición poética de la India, reforzada por las tradiciones ocultas de los templos, ha simbolizado en ello la lucha de la magia blanca y la magia negra. En su guerra contra los pueblos y los reyes del país de los Djambous, como se le llamaba entonces, Ram o Rama, como le llamaron los orientales, desplegó medios milagrosos en apariencia, porque están por encima de las facultades ordinarias de la humanidad, y que los grandes iniciados deben al conocimiento y manejo de las fuerzas ocultas de la Naturaleza. Aquí la tradición le representa como haciendo brotar manantiales de un desierto, allá encontrando recursos inesperados en una especie de maná cuyo uso enseñó; por otra parte, haciendo cesar una epidemia con la planta llamada ***hom,*** el ***amomos*** de los Griegos, la ***persea*** de los Egipcios, de la que sacó un jugo salutífero. Esta planta llegó a ser sagrada entre sus sectarios, y reemplazó al muérdago de la encina, conservado por los celtas de Europa.

Rama usaba contra sus enemigos, de toda clase de prestigios. Los sacerdotes de los Negros no reinaban ya más que por medio de un bajo culto. Tenían ellos la costumbre de alimentar en sus templos enormes serpientes y pterodáctilos, raros supervivientes de animales antediluvianos, que hacían adorar como a dioses y que aterrorizaban a la multitud A esas serpientes daban de comer la carne de los cautivos. A veces Rama aparecía de improviso en esos templos, con antorchas, arrojando, aterrorizando, domando y sojuzgando a serpientes y sacerdotes. A veces se mostraba en el campo enemigo, exponiéndose sin defensa a aquellos que buscaban su muerte, y volvía a partir sin que ninguna persona hubiese osado tocarle. Cuando se interrogaba a los que le habían dejado huir, respondían que habiendo encontrado su mirada, se habían sentido petrificados; o bien, mientras que hablaba, una montaña de

bronce se había interpuesto entre ellos y él, y habían cesado de verle. En fin, como coronamiento de su obra, la tradición épica de la India, atribuye a Rama la conquista de Ceilán, último refugio del mago negro Rávana, sobre quien el mago blanco hace llover una lluvia de fuego, después de haber echado un puente sobre un brazo de mar con un ejército de monos, el cual se puede reducir a alguna tribu primitiva de bimanos salvajes, inducida y entusiasmada por este gran encantador de las naciones.

IV
EL TESTAMENTO DEL GRAN ANTEPASADO

Por su fuerza, por su genio, por su bondad, dicen los libros sagrados del Oriente, Rama había llegado a ser el dueño de la India y el rey espiritual de la Tierra. Los sacerdotes, los reyes y los pueblos se inclinaban ante él como ante un bienhechor celeste. Bajo el signo del carnero, sus emisarios divulgaron a lo lejos la luz aria que proclamaba la igualdad de vencedores y vencidos, la abolición de los sacrificios humanos y de la esclavitud, el respeto de la mujer en el hogar, el culto de los ante pasados y la institución del fuego sagrado, símbolo visible del Dios innominado.

Rama se había vuelto viejo. Su barba era ya blanca; pero el vigor no había abandonado su cuerpo, y la majestad de los pontífices de la verdad reposaba sobre su frente. Los reyes y los enviados de los pueblos le ofrecieron el poder supremo. Él pidió un año para reflexionar y de nuevo tuvo un sueño; el Genio que le inspiraba le habló mientras dormía.

Le vio de nuevo en las selvas de su juventud. De nuevo era joven y llevaba el vestido de lino de los druidas. Era noche de luna. Era la noche santa, la Noche-Madre en que los pueblos esperan el renacimiento del sol y del año. Rama marchaba bajo las encinas, prestando atención como antes a las voces evocadoras del bosque. Una mujer bella se le acercó; llevaba una magnífica corona, la cabellera tenía el color del oro, su piel la blancura de la nieve y sus ojos el brillo profundo del azul del cielo después de la tempestad. Ella le dijo: "Yo era la druidesa salvaje; por ti he llegado a ser la Esposa radiante. Y ahora me llamo Sita. Soy la mujer glorificada por ti, soy la raza blanca, soy tu esposa: ¡Oh mi dueño y mi rey!: ¿no es por mí por quien tú has franqueado los ríos, encantado a los pueblos y dominado a los reyes?. He aquí la recompensa. Toma esta corona de mi mano, colócala sobre tu cabeza y reina conmigo sobre el mundo". Se había arrodillado en una actitud humilde y sumisa, ofreciendo la corona de la Tierra. Sus piedras preciosas lanzaban mil fuegos; la embriaguez del amor sonreía en los ojos de la mujer. Y el alma del gran Rama, del pastor de pueblos, se emocionó. Pero sobre lo alto de las selvas, Deva Nahousha, su Genio, se le apareció y le dijo: "Si pones esa corona sobre tu cabeza, la inteligencia divina te dejará y no me verás ya. Si abrazas a esa mujer, morirá de tu felicidad. Si renuncias a poseerla, ella vivirá dichosa y

libre sobre la Tierra y tu espíritu invisible reinará sobre ella. Elige: escúchala o sígueme". Sita, aún de rodillas, miraba a su dueño con ojos llenos de amor, y suplicante esperaba la respuesta. Rama guardó silencio un instante. Su mirada, sumergida en los ojos de Sita, medía el abismo que separa la posesión completa del eterno adiós. Pero sintiendo que el amor supremo es una renuncia, la bendijo y la dijo: "Adiós. Sé libre y no me olvides". En seguida la mujer desapareció como un fantasma lunar. La joven Aurora levantó su varita mágica sobre la vieja selva. El rey de nuevo era viejo. Un rocío de lágrimas bañaba su barba blanca y desde el fondo de los bosques una voz triste llamaba: "Ráma! ¡Rama!".

Pero Deva Nahousha, el Genio resplandeciente de luz, exclamó: — ¡A mí! — y el espíritu divino llevó a Rama sobre una montaña, al norte del Himavat.

Después de este sueño que le indicaba el cumplimiento de su misión, Rama reunió a los reyes y a los enviados de los pueblos y les dijo: "No quiero el poder supremo que me ofrecéis. Guardad vuestras coronas y observad mi Ley. Mi labor ha terminado. Me retiro para siempre con mis hermanos iniciados a una montaña del Airyana-Vaeia. Desde allí velaré sobre vosotros. Guardad el fuego divino. Si llegara a apagarse, volvería a aparecer como juez y como vengador temible." Después se retiró con los suyos al monte Albori, entre Balk y Bamyán, a un sitió conocido solamente por los iniciados. Allí enseñaba a sus discípulos lo que sabía de los secretos de la Tierra y del gran Ser. Aquéllos fueron a llevar a lo lejos, al Egipto y hasta Occidente, el fuego sagrado, símbolo de la unidad divina de las cosas, y los cuernos de carnero, emblema de la religión aria. Esos cuernos llegaron a ser las insignias de la iniciación y por consiguiente del poder sacerdotal y real. ***(Los cuernos de carnero se vuelven a encontrar sobre la cabeza de una multitud de personajes en los monumentos egipcios. Ese tocado de los reyes y de los grandes sacerdotes es el signo de la iniciación sacerdotal y real. Los dos cuernos de la tiara papal tienen ese origen).*** Desde lejos Rama continuaba velando sobre sus pueblos y sobre su querida raza blanca. Los últimos años de su vida los empleó en fijar el calendario de los arios. A él debemos los signos del Zodíaco. Aquél fue el testamento del patriarca de los iniciados. ¡Extraño libro, escrito con estrellas, en jeroglíficos celestes, en el firmamento sin fondo y sin límites por el Anciano de los días de nuestra raza!. Al fijar los doce signos del Zodíaco, Rama les atribuyó un triple sentido. El primero se relacionaba con las influencias del sol y en los doce meses del año; el segundo relataba en cierto modo su propia historia; el tercero indicaba los medios ocultos de que

se había valido para alcanzar su objeto. He aquí por qué estos signos leídos en el orden inverso llegaron a ser más tarde los emblemas secretos de la iniciación graduada. ***(He aquí cómo los signos del Zodíaco representan la historia de Rama, según Fabre d'Olivet, ese pensador de genio que supo interpretar los símbolos del pasado según la tradición esotérica — 1. El Carnero que huye con la cabeza vuelta atrás, indica la situación de Rama abandonando su patria, con los ojos fijos sobre el país que deja. — 2. El toro furioso se opone a su marcha, pero la mitad de su cuerpo hundido en el fango le priva de ejecutar su designio; cae sobre sus rodillas. Son los Celtas designados por su propio símbolo, que, a pesar de sus esfuerzos, acaban por someterse. 3. Géminis expresa la alianza de Rama con los Turanios. — 4. Cáncer, sus meditaciones y reflexiones sobre lo hecho. 5. Leo, los combates contra sus enemigos. — 6. La Virgen alada, la victoria. — 7. Libra, la igualdad entre los vencedores y los vencidos. — 8. Escorpio, la revolución y la traición. 9. Sagitario, la venganza que emplea. —10. Capricornio. — 11. Acuario. — 12. Piscis, se relacionan con la parte moral de su historia. — Se puede encontrar esa explicación del Zodíaco tan atrevida como rara. Sin embargo, jamás astrónomo alguno ni ningún mitólogo nos han explicado, ni de un modo lejano, el origen y el sentido de esos signos misteriosos de la carta celeste, adoptados y venerados por los pueblos desde el origen de nuestro ciclo ario. La hipótesis de Fabre d'Olivet tienen por lo menos el mérito de abrir al espíritu nuevas y vastas perspectivas. — He dicho que estos signos leídos en el orden inverso marcaron más tarde en Oriente y en Grecia los diver sos grados que era preciso subir para llegar a la iniciación suprema. Recordemos solamente los más célebres de esos emblemas: la Virgen alada significa la castidad que da la victoria; el León, la fuerza moral; los Gemelos, la unión de un hombre y de un espíritu divino, que forman juntos dos luchadores invencibles; el Toro domado, el dominio sobre la Naturaleza; Aries, el asterismo del Fuego o del Espíritu universal que confiere la iniciación suprema por el conocimiento de la Verdad).***

Ordenó a los suyos que ocultaran su muerte y continuaran su obra perpetuando su fraternidad. Durante siglos, los pueblos creyeron que Rama llevando la tiara de cuernos de carnero, vivía siempre en su montaña santa. En los tiempos védicos el Gran antepasado se convirtió en Yama, el juez de los muertos, el Hermes psicopómpico de los Indos.

V
LA RELIGIÓN VÉDICA

Por su genio organizador, el gran iniciador de los Arios había creado en el centro del Asia, en el Irán, un pueblo, una sociedad, un torbellino de vida que debía irradiar en todos sentidos. Las colonias de los Arios primitivos se repartieron por el Asia y por Europa, llevando consigo sus costumbres, sus cultos y sus dioses. De todas esas colonias, la rama de los Arios de la India es la que más se aproxima a los Arios primitivos.

Los libros sagrados de los Hindúes, los Vedas, tienen para nosotros un triple valor. En primer término nos conducen al foco de la antigua y pura religión aria, cuyos himnos védicos son sus rayos brillantes. Ellos nos dan en seguida la clave de la India. En fin, nos muestran una primera cristalización de las ideas madres de la doctrina esotérica y de todas las religiones arias.

Aquí nos limitaremos a un breve resumen de la parte externa y del núcleo de la religión védica. **(*Los brahmanes consideran a los Vedas como sus libros sagrados por excelencia. Ven en ellos la ciencia de las ciencias. La palabra Veda significa saber. Los sabios de Europa han sido justamente atraídos hacia esos textos por una especie de fascinación. Al principio no han visto en ellos más que una poesía patriarcal; luego han descubierto allí no solamente el origen de los grandes mitos indo-europeos y de nuestros dioses clásicos, sino también un culto sabiamente organizado, un profundo sistema religioso y metafísico. (Véase Bergaine, La religión des Vedas, así como el bello y luminoso trabajo de M. Auguste Barth, Les religións de l'Inde). — El porvenir les reserva quizá una última sorpresa, que será la de encontrar en los Vedas la definición de las fuerzas ocultas de la Naturaleza, que la ciencia moderna está próxima a descubrir*).**

Nada más sencillo y más grande que aquella religión, en la que un profundo naturalismo se mezcla con un espiritualismo trascendente. Antes del nacimiento del día, un hombre, un jefe de familia se halla en pie ante un altar de tierra, donde arde el fuego encendido con dos trozos de madera. En sus funciones, este jefe es a la vez padre, sacerdote y rey del sacrificio. Mientras la aurora se descubre, dice un poeta védico, "como una mujer que sale del baño y ha tejido la más hermosa de las telas", el jefe pronuncia una oración, una invocación a Ousha (la Aurora), a Savitri (el Sol), a los Asuras (a los

espíritus de vida). La madre y los hijos vierten licor fermentado de la asclepia, el ***soma,*** en ***Agni,*** el fuego. Y la llama que sube, lleva a los dioses invisibles la oración purificada que sale de los labios del patriarca y del corazón de la familia.

El estado de alma del poeta védico está igualmente alejado del sensualismo helénico (hablo de los cultos populares de la Grecia, no de la doctrina de los iniciados griegos), que representa a los dioses cósmicos con hermosos cuerpos humanos, y del monoteísmo judaico, que adora al Eterno sin forma, como presente en todas partes. Para el poeta védico, la Naturaleza semeja a un velo transparente, detrás del cual se mueven fuerzas imponderables y divinas. A estas fuerzas es a las que invoca, a las que adora, a las que personifica; pero sin engañarse sobre el significado de sus metáforas. Para él, Savitri significa menos el Sol que Vivasvat, la potencia creadora de vida que le anima y que pone en movimiento al sistema solar. Indra, el guerrero divino que sobre su carro dorado recorre el cielo, lanza el rayo y disuelve las nubes, personifica la potencia de ese mismo sol en la vida atmosférica, en "el gran transparente de los aires". Cuando ellos invocan a Varuna (el Urano de los griegos), el Dios del cielo inmenso, luminoso, que abarca todas las cosas, los poetas védicos se remontan más aun. "Si Indra representa la vida activa y militante del cielo, Varuna representa su inmutable majestad. Nada iguala a la magnificencia de las descripciones que de Él hacen los Himnos. El sol es su ojo, el cielo su vestido, el huracán su soplo. Él es quien ha establecido sobre cimientos inconmovibles el cielo y la tierra y quien los mantiene separados. Él ha hecho todo y conserva todo. Nada podría alterar las obras de Varuna. Nadie le penetra, pero sabe todo y ve todo lo que es y lo que será. Desde las cumbres del cielo, donde reside en un palacio de mil puertas, Él distingue la huella de los pájaros en el aire y la de los navios sobre las olas. Desde allí, desde lo alto de su trono de oro con cimientos de bronce, contempla y juzga las obras de los hombres. Él es quien mantiene el orden en el Universo y en la sociedad; Él castiga al culpable; Él es misericordioso con el hombre que se arrepiente. Por eso hacia Él se eleva el grito de angustia del remordimiento; ante su casa el pecador va a descargarse del peso de su falta. Por otra parte, la religión védica es ritualista, a veces altamente especulativa. Con Varuna, desciende a las profundidades de la conciencia y realiza la noción de la santidad". Agreguemos que esta religión se eleva a la pura noción de un Dios único que penetra y domina al gran Todo.

Sin embargo, las imágenes grandiosas que los himnos arrojan en anchas ondas como ríos generosos, no nos presentan más que la envoltura externa de

los Vedas. Con la noción de Agni, del fuego divino, tocamos el nudo de la doctrina, a su fondo esotérico y trascendente. En efecto, Agni es el agente cósmico, el principio universal por excelencia. "No es solamente el fuego terrestre del relámpago y del sol. Su verdadera patria es el cielo invisible, místico, estancia de su eterna luz y de los primeros principios de todas las cosas. Sus nacimientos son infinitos: bien que brote del trozo de madera en el que duerme como el embrión en la matriz, bien que, "Hijo de las Ondas", se lance, con el ruido del trueno, desde los ríos celestiales donde los Acvinos (los jinetes celestes) le han engendrado con aranis de oro. El es el ***hermano mayor de los dioses,*** pontífice en el cielo como en la tierra, y él ofició en la morada de Vivasvat (el cielo o el sol) mucho antes que Matharicva (el relámpago) lo hubiese traído a los mortales y que Atharván y los Angiras, los antiguos sacrificadores, le hubiesen instituido aquí como protector, huésped y amigo de los hombres. Amo y generador del sacrificio, Agni viene a ser el portador de todas las especulaciones místicas cuyo objeto es el sacrificio. ***Él engendra a los dioses,*** organiza al mundo, produce y conserva la vida universal; en una palabra, es la ***potencia cosmogónica.***

"Soma es el compañero de Agni. En realidad es el brebaje de una planta fermentada vertido en libación a los dioses en el sacrificio. Pero, al igual que Agni, tiene una existencia mística. Su residencia suprema está en las profundidades del tercer cielo, donde Surya, la hija del sol, le ha infiltrado, donde la ha encontrado Pushán, el Dios alimentador. De allí es de donde el Halcón, un símbolo del rayo, o Agni mismo han ido a arrebatárselo al Arquero celeste, al Gandharva su guardián, y le han traído a los hombres. Los dioses le han bebido y han llegado a ser inmortales; los hombres lo serán a su vez cuando lo beban en la mansión de Yama, en la estancia de los bienaventurados. Mientras eso no llegue, él les da aquí abajo el vigor y la plenitud de sus días; él es la ambrosía y el agua de juventud. Él nutre, penetra a las plantas, vivifica la semilla de los animales, inspira al poeta y da su vuelo a la oración. ***Alma del cielo y de la tierra, de Indra y de Vishnú, él forma con Agni un par inseparable; esa pareja ha encendido el sol y las estrellas". (A. Barth. Les religions de l'Inde).***

La noción de Agni y de Soma contiene los dos principios esenciales del universo, según la doctrina esotérica y según toda filosofía viva. Agni es el ***Eterno masculino,*** el Intelecto creador, el Espíritu puro; Soma es el ***Eterno femenino,*** el Alma del mundo o substancia etérea, matriz de todos los mundos visibles e invisibles a nuestros ojos, la Naturaleza, en fin, o la materia sutil en sus infinitas transformaciones. ***(Lo que prueba indudablemente que***

Soma representaba el principio femenino absoluto, es que los brahmanes lo identificaron más tarde con la luna. La luna simboliza el principio femenino en todas las religiones antiguas, así como el sol simboliza el principio masculino).

La unión perfecta de esos dos seres constituye el Ser supremo, la esencia de Dios.

De esas dos ideas capitales brota una tercera no menos fecunda. Los Vedas hacen del ***acto cosmogónico un sacrificio perpetuo.*** Para producir todo lo existente, el Ser supremo se inmola a sí mismo; se divide para salir de su unidad. Ese sacrificio es, pues, considerado como el punto vital de todas las fusiones de la Naturaleza. Esta idea sorprende al principio; mas es muy profunda cuando se reflexiona sobre ella y contiene en germen toda la doctrina teosófica de la evolución de Dios en el mundo, la síntesis esotérica del politeísmo y del monoteísmo. Ella dará vida a la doctrina dionisíaca de la caída y de la redención de las almas, que florecerá en Hermes y en Orfeo. De ahí brotará la doctrina del Verbo divino proclamada por Krishna, predicada por Jesús Cristo.

El sacrificio del fuego con sus ceremonias y sus plegarias, centro inmutable del culto védico, se convierte así en la imagen del gran acto cosmogónico. Los Vedas dan una importancia capital a la oración, a la fórmula de invocación que acompaña al sacrificio. Por esta razón, consideran a la plegaria como una diosa: Brahmanaspati. La fe en el poder evocador y creador de la palabra humana, acompañada del movimiento poderoso del alma, o de una intensa proyección de la voluntad, es la fuente de todos los cultos y la razón de la doctrina egipcia y caldea de la magia. Para el sacerdote védico y brahmánico, los Asuras, los señores invisibles, y los Pitris o almas de los antepasados, se sientan sobre el césped durante el sacrificio, atraídos por el fuego, los cánticos y la oración. La ciencia que se relaciona con esta parte del culto es la de la jerarquía de los espíritus de todo orden.

En cuanto a la inmortalidad del alma, los Vedas la afirman tan alta y claramente como es posible hacerlo. "Es una parte inmortal del hombre; ella es, ¡Oh, Agni!, la que es preciso calientes con tus rayos, inflames con tus fuegos. ¡Oh Jatavedas!, transpórtala al mundo de los piadosos, en el cuerpo glorioso formado por ti". Los poetas védicos no indican solamente el destino del alma, sino que también se inquietan sobre su origen. ¿De dónde ha nacido el alma?. "Las hay que vienen hacia nosotros y se vuelven a ir, que se van y vuelven a venir". He ahí en dos palabras la doctrina de la reencarnación que jugará un papel capital en el brahmanismo y el buddhismo, entre los Egipcios y

los Órficos, en la filosofía de Pitágoras y de Platón, el misterio de los misterios, el arcano de los arcanos.

¿Cómo no reconocer, después de esto, en los Vedas las grandes líneas de un sistema religioso orgánico, de una concepción filosófica del universo?. No hay allí solamente la intuición profunda de las verdades intelectuales anteriores y superiores a la observación; hay, además, unidad y amplitud de miras en la comprensión de la Naturaleza, en la coordinación de sus fenómenos. Como un hermoso cristal de roca, la conciencia del poeta védico refleja el sol de la eterna verdad, y en ese prisma brillante se juntan ya todos los rayos de la teosofía universal. Los principios de la doctrina permanente son todavía más visibles aquí que en los otros libros sagrados de la India, y en las otras religiones semíticas o arias, a causa de la singular franqueza de los poetas védicos y de la transparencia de esa religión primitiva, tan alta y tan pura. En aquella época, la distinción entre los misterios y el culto popular no existía. Pero leyendo atentamente los Vedas, detrás del padre de familia o el poeta oficiante de los himnos, se ve ya otro personaje más importante: el Rishi, el sabio, el iniciado, de quien ha recibido la verdad. Se ve también que esa verdad se ha transmitido por una tradición ininterrumpida que se remonta a los orígenes de la raza aria.

He ahí, pues, al pueblo ario lanzado en la carrera de conquista y civilización, a lo largo del Indus y del Ganges. El genio invisible de Rama, la inteligencia de las cosas divinas, Deva Nahousha, reina sobre él. Agni, el fuego sagrado, circula por sus venas. Una aurora rosada envuelve a esta edad de juventud, de fuerza, de virilidad. La familia está constituida, la mujer respetada. Sacerdotisa en el hogar, a veces compone y canta ella misma los himnos. "Que el marido de esta esposa viva cien otoños", dice un poeta. Se ama a la vida; pero se cree también en su más allá. El rey habita en un castillo sobre la colina que domina al pueblo. En la guerra va montado en un carro brillante, vestido con armas relucientes, coronado con una tiara, y resplandece como el dios Indra.

Más tarde, cuando los brahmanes hayan establecido su autoridad, se verá elevarse cerca del palacio espléndido del ***Maharaja,*** o gran rey, la pagoda de piedra de donde saldrán las artes, la poesía y el drama de los dioses, gesticulado y cantado por las bailarinas sagradas. Por el momento las castas existen, pero sin rigor, sin barrera absoluta. El guerrero es sacerdote y el sacerdote guerrero, más frecuentemente servidor oficiante del jefe o del rey.

Más he aquí un personaje de aspecto pobre y de gran porvenir. Cabellos y barba incultos, medio desnudo, cubierto de harapos rojos. Ese ***muní,*** ese solitario habita cerca de los lagos sagrados, en las soledades salvajes, donde se

dedica a la meditación y a la vida ascética. De cuando en cuando viene para amonestar al jefe o al rey. Frecuentemente le rechazan, le desobedecen; pero le respetan y le temen. Ejerce ya un poder temible.

Entre aquel rey, sobre su carro dorado, rodeado por sus guerreros, y este ***muní*** casi desnudo, sin otras armas que su pensamiento, su palabra y su mirada, habrá una lucha, y el vencedor formidable no será el rey; será el solitario, el mendigo descarnado, porque tendrá la ciencia y la voluntad.

La historia de esa lucha es la del brahmanismo, como más tarde será la del buddhismo, y en ella se resume casi toda la historia de la India.

LIBRO II
KRISHNA
LA INDIA Y LA INICIACIÓN BRAHMÁNICA

El que crea sin cesar los mundos, es triple. El es Brahma, el Padre; él es Maya, la Madre; él es Vishnú, el Hijo Esencia, Substancia y Vida. Cada uno contiene a los otros dos, y los tres son uno en lo Inefable.

Doctrina brahmánica. Upanishads.

Tú llevas en ti mismo un amigo sublime que no conoces. Porque Dios reside en el interior de todo hombre, pero pocos saben encontrarle. El hombre que hace sacrificio de sus deseos y de sus obras al Ser de donde proceden los principios de toda cosa y por quien el Universo ha sido formado, obtiene por tal sacrificio la perfección. Porque quien encuentra en sí mismo su felicidad, su gozo, y en sí mismo también su luz, es uno con Dios, y sábelo: el alma que ha encontrado a Dios se libra del renacimiento y de la muerte, de la vejez y del dolor, y bebe el agua de la inmortalidad.

Baghavad Gita

I
LA INDIA HEROICA - LOS HIJOS DEL SOL Y LOS HIJOS DE LA LUNA

De la conquista de la India por los Arios salió una de las más brillantes civilizaciones que ha conocido la tierra. El Ganges y sus afluentes vieron nacer grandes imperios e inmensas capitales, como Ayodhya, Hastinapura e Indrapechta. Las narraciones épicas del ***Mahabharata*** y las cosmogonías populares de los ***Puranas,*** que encierran las más viejas tradiciones de la India, hablan con admiración de la opulencia real, de la grandeza heroica y del espíritu caballeresco de esos tiempos remotos. Nadie más orgulloso, pero tampoco más noble, que uno de esos reyes arios de la India, en pie sobre un carro de guerra, ejerciendo su mando sobre ejércitos de elefantes, de caballos y de soldados. Un sacerdote védico consagra así a su rey ante la multitud reunida: "Te he traído ante nosotros. Todo el pueblo te espera. El cielo es firme; la tierra es firme; esas montañas son firmes; que el rey de las familias sea firme también". En un código de leyes posterior, el Manava-Dharma-Sastra, se lee: "Esos amos del mundo que, ardientes para deshacerse unos a otros, despliegan su vigor en la batalla sin jamás volver la cara, suben, después de su muerte, directamente al cielo". De hecho, se llaman descendientes de los dioses, se creen sus rivales y se preparan a serlo. La obediencia filial, el valor militar con un sentimiento de protección generosa hacia todos, he ahí el ideal del hombre. En cuanto a la mujer, la epopeya india, humilde sierva de los brahmanes, no nos la muestra más que bajo los rasgos de la esposa fiel. Ni la Grecia ni los pueblos del Norte han imaginado en sus poemas esposas tan delicadas, tan nobles, tan exaltadas como la apasionada Sita o la tierna Damayanti.

Lo que la epopeya india no nos dice es el misterio profundo de las mezclas de razas y la lenta incubación de las ideas religiosas que trajeron los cambios profundos en la organización social de la India védica. Los Arios, conquistadores de raza pura, se encontraban en presencia de razas muy mezcladas y muy inferiores, en que el tipo amarillo y rojo se cruzaban, sobre un fondo negro, en matices múltiples. La civilización india nos aparece así como una formidable montaña, llevando en su base una raza melaniana, mestizos a sus lados y los arios puros en el vértice. La separación de castas no era rigurosa en

la época primitiva, y grandes mezclas tuvieron lugar entre aquellos pueblos. La pureza de la raza conquistadora se alteró de más en más con los siglos; pero hasta nuestros días se nota el predominio del tipo ario en las clases elevadas y del tipo melaniano en las clases inferiores. De los bajos fondos turbios de la sociedad india se elevó siempre, como los miasmas de la maleza mezclados de olor de las fieras, un vapor ardiente de pasiones, una mezcla de languidez y de ferocidad. La sangre negra excesiva ha dado a la India su color especial. Ella ha afinado y afeminado a la raza. Lo maravilloso es que, a pesar de estas mezclas, las ideas dominantes de la raza blanca hayan podido mantenerse en el vértice de aquella civilización, a través de tantas y tan complicadas revoluciones.

He aquí, bien definida, la base étnica de la India: por una parte, el genio de la raza blanca con su sentido moral y sus sublimes aspiraciones metafísicas; por otra parte, el genio de la raza negra con sus energías pasionales y su fuerza disolvente. ¿Cómo se tradujo ese doble genio en la antigua historia religiosa de la India?. Las más antiguas tradiciones hablan de una dinastía solar y de una dinastía lunar. Los reyes de la dinastía solar pretendían descender del sol; otros se decían hijos de la luna. Pero ese lenguaje simbólico ocultaba dos concepciones religiosas opuestas y significaba que las dos categorías de soberanos se relacionaban con cultos diferentes. E1 culto solar daba al Dios del universo el sexo masculino. Alrededor de él se agrupaba todo lo que había de más puro en la tradición védica: la ciencia del fuego sagrado y de la oración, la noción esotérica del Dios supremo, el respeto a la mujer el culto de los antepasados, la monarquía electiva y patriarcal. El culto lunar atribuía a la divinidad el sexo femenino, bajo cuyo signo las religiones del ciclo ario siempre han adorado a la naturaleza y frecuentemente a la naturaleza ciega, inconsciente, en todas sus manifestaciones violentas y terribles. Este culto se inclinaba hacia la idolatría y la magia negra, favorecía la poligamia y la tiranía, apoyadas ambas en las pasiones populares. La lucha entre los hijos del sol y los hijos de la luna, entre los Pandavas y los Kuravas, forma el argumento mismo de la gran epopeya india, el Mahábhárata, especie de resumen en perspectiva de la historia de la India aria antes de la constitución definitiva del brahmanismo. Esta lucha abunda en combates encarnizados, en aventuras extrañas e interminables. En medio de la gigantesca epopeya, los Kuravas, los reyes lunares, vencen. Los Pandavas, los nobles hijos del sol, los guardianes de los ritos puros, son destronados y proscritos. Desterrados, se esconden en los bosques, se refugian entre los anacoretas, con trajes de corteza de árbol y bastones de ermitaño.

¿Van a triunfar los bajos instintos?. Las potencias de las tinieblas, representadas en la epopeya india por los Rakshasas negro, ¿Van a vencer a los Devas luminosos?. ¿Va a aplastar la tiranía a los escogidos, bajo su carro de guerra, y el ciclón de las malas pasiones destruirá el altar védico, extinguirá el fuego sagrado de los antepasados?.

No: la India no hace más que comenzar su evolución religiosa. Ella va a desplegar su genio metafísico y organizador en la institución del brahmanismo. Los sacerdotes que utilizaban los reyes y los jefes con el nombre de ***purohilas*** (dedicados al sacrificio del fuego), habían ya llegado a ser sus consejeros y sus ministros. Tenían grandes riquezas; pero no hubieran podido dar a su casta esa autoridad soberana, esa posición inatacable por encima del poder real mismo, sin el auxilio de otra clase de hombres que personifican el espíritu de la India en lo que tiene de más original y de más profundo. Éstos son los sabios y puros anacoretas.

Desde tiempo inmemorial, esos ascetas habitaban ermitas en el fondo de las selvas, en las orillas de los ríos o en las montañas, cerca de los lagos sagrados. Se les veía tan pronto solos como en asambleas o cofradías, pero siempre unidos en un mismo espíritu. Se reconoce en ellos a los reyes espirituales, los amos verdaderos de la India. Herederos de los antiguos arios, de los rishis, ellos solos poseían la interpretación secreta de los Vedas. En ellos vivía el genio del ascetismo, de la ciencia oculta, de los poderes trascendentes. Para alcanzar esta ciencia y este poder, desafían todo: el hambre, el frío, el sol abrasador, el horror de las malezas. Sin defensas, en sus cabañas de madera, viven de oración y meditación. Con la voz, con la mirada, llaman o alejan a las serpientes, apaciguan a los leones y a los tigres. ¡Dichosas las gentes que tienen la bendición, pues tendrán a los Devas por amigos!. Desdichado quien los maltrate o los mate: su maldición, dicen los poetas, persigue al culpable hasta su tercera encarnación. Los reyes tiemblan ante sus amenazas, y, cosa curiosa, esos ascetas causan temor a los mismos dioses. En el Rámáyana, Vicvamitra, un rey que se ha hecho asceta, adquiere tal poder por sus austeridades y sus meditaciones, que los dioses tiemblan por su propia existencia. Entonces Indra le envía a la más encantadora de las Apsaras que van a bañarse al lago, ante la choza del santo. El anacoreta es seducido por la ninfa celeste: un héroe nace de su unión, y, por algunos millares de años, la existencia del Universo queda garantizada. Bajo estas exageraciones poéticas, se adivina el poder real y superior de los anacoretas de la raza blanca, que con adivinación profunda y voluntad intensa gobiernan el alma tempestuosa y pasional de la India desde el fondo de sus selvas.

Del seno de la cofradía de los anacoretas debía salir la revolución sacerdotal, que hizo de la India la más formidable de las teocracias. La victoria del poder espiritual sobre el poder temporal, del anacoreta sobre el rey, de donde nació la potencia del brahmanismo, fue conseguida por un reformador de primer orden. Reconciliando los dos genios en lucha, el de la raza blanca y el de la raza negra, los cultos solares y los cultos lunares, ese hombre divino fue el verdadero creador de la religión nacional de la India. Además, por su doctrina, ese potente genio lanzó al mundo una idea nueva de un alcance inmenso: la del verbo divino, o de la divinidad encarnada y manifestada por el hombre. Este primer Mesías, este hermano mayor de los hijos de Dios, fue Krishna.

La leyenda tiene como interés capital el que resume y dramatiza toda la doctrina brahmánica, aunque ha quedado como esparcida y flotante en la tradición, por razón de que la fuerza plástica falta absolutamente en el genio indio. La narración confusa y mítica del ***Vishnú Purána*** contiene, sin embargo, datos históricos sobre Krishna, de un carácter individual y saliente. Por otra parte, el ***Bhagavad Gita,*** ese maravilloso fragmento interpolado en el gran poema del ***Mahabhárata,*** y que los brahmanes consideran como uno de sus libros más sagrados, contiene en toda su pureza la doctrina que se le atribuye. Leyendo esos dos libros, la figura del gran iniciador religioso de la India se me ha aparecido con la persuasión de los seres vivos. Contaré, pues, la historia de Krishna, extrayendo mis materiales de esas dos abundantes fuentes, de las que una representa la tradición popular y la otra la de los iniciados.

II
EL REY DE MADURA

Al comienzo de la edad del Kali-yuga, hacia el año 3000 antes de nuestra era (según la cronología de los brahmanes), la sed del oro y del poder invadió el mundo. Durante varios siglos, dicen los antiguos sabios, Agni, el fuego celeste que forma el cuerpo glorioso de los Devas y que purifica el alma de los hombres, había esparcido sobre la tierra sus efluvios etéreos. Pero el soplo ardiente de Kali, la diosa del Deseo y de la Muerte, que sale de los abismos de la tierra como ígneo aliento, pasaba entonces sobre todos los corazones. La justicia había reinado con los nobles hijos de Pándu, los reyes solares que obedecen a la voz de los sabios, y vencedores, perdonaban a los vencidos y les trataban como iguales. Pero después que los hijos del sol fueron exterminados o arrojados de sus tronos y que sus pocos descendientes se ocultaban entre los anacoretas, la injusticia, la ambición y el odio habían dominado. Variables y falsos como el astro nocturno, cuyo símbolo adoptaron, los reyes lunares se hacían una guerra sin piedad. Uno de ellos, sin embargo, había logrado dominar a todos los otros por medio del terror y de prestigios singulares.

En el norte de la India, a la orilla de un ancho río, brillaba una ciudad poderosa. Tenía ella doce pagodas, diez palacios y cien puertas flanqueadas por torres. Multicolores estandartes, semejantes a serpientes aladas, flotaban sobre sus altos muros. Era la altiva Madura, inexpugnable como la fortaleza de Indra. Allí reinaba Kansa, de corazón tortuoso y alma insaciable. El rey no sufría a su lado más que a los esclavos, no creía poseer más que lo que había sometido, y lo que poseía no le parecía nada al lado de lo que le quedaba por conquistar. Todos los reyes que reconocían los cultos lunares le habían rendido vasallaje. Pero Kansa pensaba someter toda la India, desde Lanka hasta el Himavat. Para llevar a cabo este proyecto, se alió con Kalayeni, señor de los montes Vyndhia, el poderoso rey de los Yavanas, los hombres de cara amarilla. Como sectario de la diosa Kali, Kalayeni se había dedicado a las tenebrosas artes de la magia negra. Se le llamaba "amigo de los Rakshasas" o demonios noctivagos, y rey de las serpientes, porque se servía de esos animales para aterrorizar a su pueblo y a sus enemigos. En el fondo de una espesa selva, se encontraba el templo de la diosa Kali excavado en una montaña: inmensa caverna negra cuyo fondo se ignoraba y cuya entrada estaba guardada por colosos con cabezas de animales

tallados en la roca. Allí se llevaba a los que querían rendir homenaje a Kalayeni, para obtener de él algún poder secreto. Aparecía él en la entrada del templo en medio de una multitud de serpientes monstruosas, que se enroscaban alrededor de su cuerpo y se enderezaban al mando de su cetro, y obligaba a sus tributarios a prosternarse ante aquellos animales, cuyas cabezas entretejidas aparecían por encima de la suya. Al mismo tiempo, murmuraba una fórmula misteriosa. Los que habían ejecutado ese rito y adorado a las serpientes obtenían, a lo que se decía, inmensos favores y todo lo que deseaban. Pero caían irrevocablemente bajo el poder de Kalayeni y, de lejos o de cerca, eran ya sus esclavos. En cuanto trataban de desobedecerle, creían ver ante ellos al terrible mago rodeado por sus reptiles, y se veían cercados por sus cabezas silbantes, paralizados por sus ojos fascinadores. Kansa pidió a Kalayeni su alianza. El rey de los Yavanas le prometió el imperio de la tierra con la condición de casarse con su hija.

Altiva como un antílope y flexible como una serpiente era la hija del rey mago, la hermosa Nysumba, con sus arracadas de oro y sus senos de ébano. Su casa parecía una nube sombría matizada por la luna con reflejos azulados, sus ojos dos relámpagos, su boca ávida la pulpa de un fruto rojo con piñones blancos en su interior. Se hubiese dicho que era Kali misma, la diosa del Deseo. Bien pronto ella reinó como señora en el corazón de Kansa, y soplando sobre todas sus pasiones las convirtió en hoguera ardiente. Kansa tenía un palacio lleno de mujeres de todos los colores, pero no escuchaba más que a Nysumba.

"— Tenga yo un hijo de ti, le dijo él, y será mi heredero. Entonces seré el dueño de la tierra y no temeré a nadie".

Más Nysumba no tenía hijos, y su corazón se irritaba. Envidiaba ella a las otras mujeres de Kansa, cuyos amores habían sido fecundos; hacía multiplicar a su padre los sacrificios a Kali; pero su seno continuaba estéril como la arena de un suelo tórrido. Entonces, el rey de Madura ordenó que se hiciera ante toda la ciudad el gran sacrificio del fuego, invocando a todos los Devas. Las mujeres de Kansa y el pueblo asistieron con gran pompa. Prosternados ante el fuego, los sacerdotes invocaron con sus cantos al gran Varuna, a Indra, los Acwins y los Maruts. La reina Nysumba se aproximó y arrojó al fuego un puñado de perfumes con gesto de desafío, pronunciando una fórmula mágica en idioma desconocido. El humo se espesó, las llamas subieron en torbellino, y los sacerdotes espantados, exclamaron:

"— ¡Oh reina!. No son los Devas, sino los Rakshasas quienes han

pasado por el fuego. Tu seno permanecerá estéril".

Kansa se aproximó al fuego a su vez, y dijo al sacerdote:

"— Entonces, dime: ¿De cuál de mis mujeres nacerá el dueño del mundo?".

En este momento, Devaki, la hermana del rey, se aproximó al fuego. Era una virgen de corazón sencillo y puro, que había pasado su infancia hilando y tejiendo, y que vivía como en un sueño. Su cuerpo estaba en la tierra, su alma parecía estar siempre en el cielo. Devaki se arrodilló humildemente, rogando a los Devas que diesen un hijo a su hermano y a la hermosa Nysumba. El sacerdote miró alternativamente al fuego y a la virgen. De repente, exclamó lleno de admiración:

"— ¡Oh, rey de Madura!. Ninguno de tus hijos será el dueño del mundo. Éste nacerá en el seno de tu hermana, que aquí tienes".

Grande fue la consternación de Kansa y la cólera de Nysumba al oír estas palabras. Cuando la reina se encontró a solas con el rey, le dijo:

"— Es necesario que Devaki perezca inmediatamente".

"— ¡Cómo! — respondió Kansa —. ¿Voy a hacer morir a mi hermana?. Si los Devas la protegen, su venganza recaerá sobre mí".

"— Entonces — dijo Nysumba llena de furor —, que ella reine en mi lugar, y que tu hermana de al mundo quien te haga perecer vergonzosamente. Yo no quiero reinar ya con un cobarde que tiene miedo a los Devas, y vuelvo a casa de mi padre Kalayeni". Los ojos de Nysumba lanzaban fuegos oblicuos sus collares de oro se agitaban sobre su cuello negro y reluciente. Se arrojó a tierra, y su hermoso cuerpo se retorció como una serpiente furiosa. Kansa, ante la amenaza de perderla, y fascinado por una voluptuosidad terrible, quedó sobrecogido de miedo y de deseo.

"— Bueno — dijo —: Devaki morirá; pero no me dejes".

Un relámpago de triunfo brilló en los ojos de Nysumba, una oleada de sangre enrojeció su carne negra. Se levantó de un salto, y abrazó al tirano domado, con sus brazos flexibles. Después, rozándole con su pecho de ébano, del que se exhalaban embriagadores perfumes, y tocándole con sus labios ardientes, murmuró en voz baja:

"— Ofreceremos un sacrificio a Kali, la Diosa del Deseo y de la Muerte, y ella nos dará un hijo que será el dueño del mundo".

Aquella misma noche, el purohita, jefe del sacrificio, vio en sueños al rey Kansa que sacaba la espada contra su hermana. En seguida fue a casa de la virgen Devaki, le anunció que un peligro de muerte la amenazaba, y la ordenó que huyese sin tardanza al refugio de los

anacoretas. Devaki, instruida por el sacerdote del fuego, disfrazada de penitente, salió del palacio de Kansa y huyó de la ciudad de Madura sin que nadie se apercibiera. Por la mañana los soldados buscaron a la hermana del rey para matarla, pero encontraron su habitación vacía. El rey interrogó a las guardias de la ciudad, quienes respondieron que las puertas habían estado cerradas, toda la noche. Pero en su sueño, habían visto quebrarse bajo un rayo de luz sombríos muros de la fortaleza, y en aquel rayo, una mujer que salía de la ciudad. Kansa comprendió que una potencia invencible protegía a Devaki. Desde entonces el miedo entró en su alma y odió a su hermana con un odio mortal.

III
LA VIRGEN DEVAKI

Cuando Devaki, vestida de cortezas de árbol, que ocultaban su hermosura, entró en las vastas soledades de los bosques gigantescos, vacilaba, rendida por la fatiga y el hambre. Mas apenas hubo sentido la sombra de aquellos bosques admirables, gustado los frutos del mango y respirado la frescura de un manantial, se reanimó como una flor. Al principio penetró bajo bóvedas enormes, formadas por troncos macizos, cuyas ramas se replantaban en el suelo y multiplicaban al infinito sus arcadas. Durante largo tiempo marchó por allí al abrigo del sol, como a través de una pagoda sombría y sin salida. El zumbido de las abejas, el grito de los pavos reales en celo, el canto de los kokilas y de mil pájaros, la atraían y animaban más y más. Los árboles aparecían más inmensos, la selva más profunda y más enmarañada. Los troncos se sucedían, los follajes se combaban en cúpulas, en portadas más y más grandes. A veces Devaki se deslizaba por verdes senderos, por donde el sol penetraba en torrentes de luz y donde yacían troncos derribados por la tempestad. A veces se detenía bajo glorietas de mangos y de asokas, de las que pendían guirnaldas de lianas y lluvias de flores. Los gamos y las panteras saltaban en la maleza; con frecuencia también los búfalos rompían las ramas, o bien una horda de monos pasaba por los follajes, lanzando gritos. Marchó ella así durante todo el día. Hacia la noche, sobre un bosquecillo de bambúes, advirtió la cabeza inmóvil de un prudente elefante que miró a la virgen con aire inteligente y protector, y levantó su trompa como para saludarla. Entonces el bosque se llenó de luz y Devaki vio un paisaje lleno de paz profunda, de un encanto celeste y paradisíaco.

Ante ella se extendía un estanque sembrado de lotos y nenúfares azules: su reflejo azulado se abría paso en la gran selva como otro cielo. Púdicas cigüeñas dormitaban inmóviles en sus orillas y dos gacelas bebían en sus aguas. Al otro lado se veía, al abrigo de las palmeras, la ermita de los anacoretas. Una luz rosada y tranquila bañaba el lago, los bosques y la morada de los santos rishis. En el horizonte, la cima blanca del monte Meru dominaba el océano de las selvas. El aliento de un río invisible animaba a las plantas, y el estruendo atenuado de una catarata lejana vagaba en la brisa como una caricia o como una melodía.

Al borde del estanque, Devaki vio una barca. En pie y a su lado, un hombre de edad madura, un anacoreta, parecía esperar. Silenciosamente hizo señal a la virgen de entrar en la barca y cogió los remos. Mientras la canoa partía, rozando a los nenúfares, Devaki vio nadar en el estanque a la hembra de un cisne; con vuelo atrevido un cisne macho llegado por los aires empezó a describir grandes círculos a su alrededor y luego se metió en el agua al lado de su compañera, estremeciendo su plumaje de nieve. Al ver esto. Devaki se inmutó profundamente sin saber por qué. Entre tanto, la barca había tocado la orilla opuesta, y la virgen de ojos de loto se encontró ante el rey de los anacoretas: Vasichta. Sentado sobre una piel de gacela y vestido con otra de antílope negro, tenía el aire venerable de un dios más bien que de un hombre. Desde la edad de sesenta años sólo se alimentaba de frutos silvestres. Su cabellera y su barba eran blancas como la: cimas del Himavat, su piel transparente, la mirada de sus ojos vagos vuelta hacia sí por la meditación. Al ver a Devaki se levantó y la saludó con estas palabras: "Devaki, hermana del ilustre Kansa, sé bienvenida entre nosotros. Guiada por Mahadeva, el maestro supremo, has dejado el mundo de las miserias para venir al de las delicias. Porque ahora estás al lado de los santos rishis, dueños de sus sentidos, dichosos con su destino y deseosos del camino del cielo. Hace largo tiempo que te esperábamos como la noche a la aurora. Nosotros somos el ojo de los Devas, fijo sobre el mundo; nosotros que vivimos en lo más profundo de las selvas. Los hombres no nos ven, mas nosotros vemos a los hombres y seguimos sus acciones. La edad sombría del deseo, de la sangre y del crimen se cierne sobre la Tierra. Te hemos elegido para la obra de liberación, y los Devas te han escogido por mediación nuestra. En el seno de una mujer el rayo del esplendor divino debe recibir una forma humana".

En este momento, los rishis salían de la ermita para la oración de la tarde. El viejo Vasichta les ordenó que se inclinaran hasta tierra ante Devaki. Así lo hicieron, y Vasichta dijo: "Ésta será nuestra madre, porque de ella nacerá el espíritu que debe regenerarnos." Después, volviéndose hacia ella, prosiguió: "Vete, hija mía: los rishis te llevarán al estanque vecino donde viven las hermanas penitentes. Vivirás entre ellas y los misterios se cumplirán".

Devaki fue a vivir a una ermita rodeada de lianas, entre mujeres piadosas que alimentan a las gacelas domesticadas, dedicando su vida a las abluciones y a la oración. Tomaba ella parte en sus sacrificios: una mujer de edad madura le daba las instrucciones secretas. Aquellas penitentes habían recibido la orden de vestirla como a una reina, con telas exquisitas y perfumadas, y dejarla vagar sola en pleno bosque. La selva, llena de perfumes, de voces y de misterios, atraía

a la joven. A veces encontraba cortejos de viejos anacoretas que volvían del río. Al verla, se arrodillaban ante ella, y después proseguían su camino. Un día, al lado de una fuente velada por lotos rosados, vio a un joven anacoreta que oraba. Él se levantó cuando se aproximaba, lanzó sobre ella una mirada triste y profunda, y se alejó en silencio. Las figuras graves de los viejos, la imagen de los cisnes y la mirada del joven anacoreta, eran el tema de los sueños de la virgen. Cerca del manantial había un árbol de edad inmemorial y grandes ramas, que los santos rishis llamaban "el árbol de vida". Devaki gustaba de sentarse a su sombra. Con frecuencia dormitaba allí, visitada por visiones extrañas. Tras de las ramas, oía coros que cantaban: "¡Gloria a ti, Devaki!. Vendrá, coronado de luz, ese fluido puro emanado de la grande alma, y las estrellas palidecerán ante su esplendor. Vendrá, y la vida desafiará a la muerte, y él rejuvenecerá la sangre de todos los seres. Vendrá, más dulce que la miel y el amrita, más puro que el cordero sin mancha y la boca de una virgen, y todos los corazones se sentirán transportados de amor. ¡Gloria, gloria, gloria a ti. Devaki!. ***(Atharva Veda).*** ¿Eran los anacoretas?. ¿Eran los Devas quienes cantaban así?. A veces, le parecía que una influencia lejana o una presencia misteriosa, como una mano invisible extendida sobre ella, la obligaba a dormir. Entonces caía en un sueño profundo, suave, inexplicable, del que salía confusa y turbada. Se volvía como para buscar a alguien, pero a nadie veía. Solamente encontraba, a veces, rosas sembradas sobre su lecho de hojas, o una corona de loto entre sus manos.

Un día, Devaki cayó en un éxtasis más profundo. Oyó ella una música celeste, como un océano de arpas y de voces divinas. De repente, el cielo se abrió en abismos de luz. Miles de seres espléndidos la miraban, y en el fulgor de un rayo deslumbrante, el sol de los soles, Mahadeva, se le apareció en forma humana. Iluminada por el Espíritu de los mundos, perdió el conocimiento, y en el olvido de la tierra, en una felicidad sin límites, concibió al niño divino. ***(Una nota es indispensable acerca del sentido simbólico de la leyenda y sobre el origen real de aquellos que han llevado en la historia el nombre de hijos de Dios. Según la doctrina secreta de la India, que fue también la de los iniciados de Egipto y de Grecia, el alma humana es hija del cielo, puesto que, antes de nacer sobre la tierra, ha tenido una serie de existencias corporales y espirituales. El padre y la madre no engendran, pues, más que el cuerpo del niño, porque su alma viene de otra parte. Esta ley universal se impone a todos, y los más grandes profetas no escapan a ella. Lo que importa creer es que el profeta viene de un mundo divino, y eso, los verdaderos hijos de Dios lo prueban por su vida y por su muerte. Pero los***

iniciados antiguos no han creído deber comunicar tales cosas al vulgo. Algunos de los que han aparecido en el mundo como enviados divinos fueron hijos de iniciados).

Cuando siete lunas hubieron descrito sus círculos mágicos alrededor de la selva sagrada, el jefe de los anacoretas llamó a Devaki. “La voluntad de los Devas se ha cumplido — dijo —. Has concebido en la pureza del corazón y en el amor divino. Virgen y madre, te saludamos. Un hijo nacerá de ti, que será el salvador del mundo. Tu hermano Kansa te busca para matarte, con el tierno fruto que llevas en tu seno. Es necesario escapar a su persecución. Los hermanos van a guiarte a las viviendas de los pastores que habitan al pie del monte Meru, bajo los cedros olorosos, en el aire puro del Himavat. Allí darás a luz tu hijo divino, y le llamarás Krishna, el consagrado. Que él ignore su origen y el tuyo; no le hables de ello nunca. Ve sin temor, pues velaremos por ti”.

Y Devaki se fue a vivir con los pastores del monte Meru.

IV
LA JUVENTUD DE KRISHNA

Al pie del monte Meru se extendía un fresco valle lleno de praderas y dominado por vastos bosques de cedros, por donde pasaba el soplo puro del Himavat. En este alto valle habitaba un pueblo de pastores sobre el cual reinaba el patriarca Nanda, amigo de los anacoretas. Allí Devaki encontró un refugio contra las persecuciones del tirano de Madura; y allí, en la morada de Nanda, nació su hijo Krishna. A excepción de Nanda, nadie supo quién era la extranjera y de dónde procedía aquel hijo. Las mujeres del país dijeron únicamente: "Es un hijo de los Gandharvas. ***(Son los genios que, en toda la poesía india, se supone presiden a los matrimonios de amor).*** Porque los músicos de Indra deben haber presidido a los amores de esa mujer que parece una ninfa celeste, una Apsara". El hijo maravilloso de la mujer desconocida creció entre los rebaños y los pastores, ante los ojos de su madre. Le llamaban "el Radiante", porque su sola presencia, su sonrisa y sus grandes ojos tenían el don de difundir la alegría. Animales, niños, mujeres, hombres, todo el mundo le quería, y él parecía querer a todo el mundo, sonriendo a su madre, jugando con las ovejas y los niños de su edad o hablando con los viejos. El niño Krishna no tenía temor alguno; lleno de audacia ejecutaba acciones sorprendentes. A veces se le encontraba en los bosques, recostado sobre el musgo, abrazando a jóvenes panteras y abriéndoles la boca sin que se atreviesen a morderle. Tenía también inmovilidades repentinas, admiraciones profundas, tristezas extrañas. Entonces se apartaba de todos, y grave, absorto, miraba sin responder. Pero sobre todas las cosas y todos los seres, Krishna adoraba a su joven madre, tan bella, tan radiante, que le hablaba del cielo de los Devas, de combates heroicos y de cosas maravillosas que ella había aprendido con los anacoretas. Y los pastores que conducían sus rebaños bajo los cedros del monte Meru decían: "¿Quién es esta madre y quién su hijo?. Aunque vestida como nuestras mujeres, parece una reina. El hijo maravilloso se ha criado con los nuestros, y sin embargo no se les parece. ¿Es un genio?. ¿Es un dios?. Quienquiera que sea, nos traerá felicidad".

Cuando Krishna tuvo quince años, su madre Devaki fue vuelta a llamar por el jefe de los anacoretas. Un día desapareció sin decir adiós a su hijo.

Krishna, no viéndola ya, fue a buscar al patriarca Nanda y le dijo:

— ¿Dónde está mi madre?.

Nanda respondió, inclinando la cabeza: — Hijo mío, no me lo preguntes. Tu madre ha partido para un largo viaje. Ha vuelto al país de donde vino, y no sé cuándo volverá.

Krishna no respondió nada, pero cayó en una meditación tan profunda que todos los niños se apartaban de él como sobrecogidos por un temor supersticioso. Krishna abandonó a sus compañeros, dejó sus juegos, y perdido en sus pensamientos, se fue solo por el monte Meru y erró así durante varias semanas. Una mañana llegó a una alta cima cubierta de árboles, desde donde la vista se extendía sobre la cordillera del Himavat. De repente divisó cerca de él un anciano, de elevada estatura, vestido con el traje blanco de los anacoretas, en pie bajo los cedros gigantescos, bañado por la luz matutina. Parecía un centenario; su barba de nieve y su frente brillaban con majestad. El joven lleno de vida y el anciano se miraron largo tiempo. Los ojos del viejo se posaban con complacencia sobre Krishna. Éste quedó tan maravillado al verle, que enmudeció lleno de admiración. Aunque por primera vez le veía, pareció conocerle.

— ¿A quién buscas? — le dijo por fin el anciano.

— A mi madre.

— Tu madre no está ya aquí.

— ¿Dónde la encontraré?.

— Al lado de Aquel que no cambia nunca.

— Pero ¿cómo encontrar a Aquel?.

— Busca.

— Y a ti, ¿te volveré a ver?.

— Sí; cuando la hija de la Serpiente incite al crimen al hijo del Toro, entonces me volverás a ver en una aurora de púrpura. Entonces matarás al Toro y aplastarás la cabeza de la Serpiente. Hijo de Mahadeva, sabe que tú y yo no formamos más que uno solo en Aquél. ¡Busca, busca, busca siempre!.

Y el centenario extendió las manos en signo de bendición. Después se volvió dando algunos pasos bajo los altos cedros, en dirección del Himavat. De pronto pareció a Krishna que su forma majestuosa se volvía transparente, después temblorosa, y desapareció en el brillo de las finas hojas de las ramas, en una vibración luminosa. ***(Es una creencia constante en la India que los grandes ascetas pueden manifestarse a distancia bajo una apariencia visible, mientras su cuerpo queda sumergido en un sueño cataléptico).***

Cuando Krishna descendió del monte Meru, parecía como transformado.

Una energía nueva irradiaba de su ser. Reunió a sus compañeros y les dijo: “Vamos a luchar contra los toros y las serpientes; vamos a defender a los buenos y a subyugar a los malvados”.

Con el arco en la mano y la espada al cinto, Krishna y sus amigos, los hijos de sus pastores, convertidos en guerreros, comenzaron a batir las selvas luchando contra las bestias feroces. En el fondo de los bosques, se oían los aullidos de las hienas, los chacales, los tigres, y los gritos de triunfo de los jóvenes. Krishna mató y domó leones, hizo la guerra a reyes y libertó a tribus oprimidas. Más la tristeza invadía el fondo de su corazón. Su alma sólo tenía un deseo profundo, misterioso, oculto: encontrar a su madre y volver a hallar al extraño y sublime anciano. Recordaba sus palabras: “¿No me prometió que le vería cuando aplastase la cabeza de la serpiente?. ¿No me dijo que encontraría a mi madre al lado de Aquel que no cambia nunca?”. Pero por mucho que luchaba y vencía, no había vuelto a ver ni al viejo sublime ni a su madre radiante. Un día oyó hablar de Kalayeni, el rey de las serpientes, y pidió luchar con el más terrible de sus animales en presencia del mago negro. Se decía que aquel animal, adiestrado por Kalayeni, había ya devorado centenares de hombres, y que su mirada helaba de espanto a los más valientes. Del fondo del templo tenebroso de Kali, Krishna vio salir, a la voz de Kalayeni, un largo reptil azul verdoso. La serpiente enderezó lentamente su cuerpo grueso, hinchó su cresta rojiza, y sus ojos penetrantes se encendieron en su cabeza monstruosa, cubierta de conchas relucientes. “Esta serpiente, dijo Kalayeni, sabe muchas cosas, es un demonio poderoso. No se las dirá más que a quien la mate; ella mata a los vencidos. Te ha visto, te mira, estás en su poder. Sólo te resta adorarla o perecer en una lucha insensata”. A estas palabras, Krishna se indignó, porque sentía que su corazón era como la punta del rayo. Miró a la serpiente y se lanzó sobre ella, cogiéndola por debajo de la cabeza. Hombre y serpiente rodaron por las escaleras del templo. Pero antes que el reptil se le hubiese enroscado, Krishna le cortó la cabeza con su espada y, desembarazándose del cuerpo, que se retorcía aún, el joven vencedor levantó, con aire de triunfo, la cabeza de la serpiente en su mano izquierda. Aquella cabeza vivía aún; miraba a Krishna y le dijo: “¿Por qué me has matado, hijo de Mahadeva? ¿Crees encontrar la verdad matando a los vivos?. ¡Insensato: no la encontrarás más que agonizando tú mismo. La muerte está en la vida, la vida está en la muerte. Teme a la hija de la serpiente y a la sangre vertida. ¡Guárdate! ¡Ten cuidado!”. Hablando así, la serpiente murió. Krishna dejó caer la cabeza del reptil y se marchó lleno de horror. Kalayeni dijo: “No puedo nada sobre este

hombre; sólo Kali podría dominarle con un encanto".

Tras un mes de abluciones y de oración en la orilla del Ganges, luego de haberse purificado en la luz del sol y en el pensamiento de Mahadeva, Krishna volvió a su país natal, entre los pastores del monte Meru.

La luna de otoño mostraba sobre los bosques de cedros su globo resplandeciente; de noche el aire se embalsamaba con el perfume de los lirios silvestres, donde las abejas murmuraban durante el día. Sentado bajo un gran cedro, al borde de una pradera, Krishna, cansado de los varios combates de la tierra, soñaba en combates celestes y en lo infinito del cielo. Cuanto más pensaba en su radiante madre y en el anciano sublime, más sus hazañas juveniles le parecían despreciables, y más las cosas del cielo se le hacían vivas. Un encanto consolador, una divina reminiscencia, le inundaban por completo. Un himno de reconocimiento a Mahadeva subió de su corazón y desbordó de sus labios en una melodía, suave y angélica. Atraídas por aquel canto maravilloso, las Gopis, las hijas y las mujeres de los pastores, salieron de sus moradas. Las primeras, al ver a las mayores de la familia en su camino, volvieron a entrar en seguida, después de simular que cogían flores. Algunas se aproximaron más, llamando: ¡Krishna!, ¡Krishna!, y después huyeron avergonzadas. Animándose poco a poco, las mujeres rodearon a Krishna por grupos, como gacelas tímidas y curiosas encantadas por sus melodías. Él, abstraído en el sueño de los dioses, no las veía. Atraídas más y más por su canto, las Gopis comenzaron a impacientarse de que no se fijara en ellas. Nichdali, la hija de Nanda, con los ojos cerrados, había caído en una especie de éxtasis. Su hermana Sarasvati, más atrevida, se deslizó al lado del hijo de Devaki, y le dijo con voz cariñosa:

— ¡Oh, Krishna!. ¿No ves que te escuchamos y que no podemos dormir en nuestras moradas?. Tus melodías nos han embelesado, ¡Oh, héroe adorable!, y henos aquí, encadenadas a tu voz, y no pudiendo ya vivir sin ti.

— Canta más — dijo una joven —; enséñanos a modular nuestras voces.

— Enséñanos la danza — dijo una mujer, y Krishna, saliendo de su sueño, lanzó sobre las Gopis benévolas miradas. Les dirigió palabras amables, y cogiéndolas de la mano, las hizo sentar sobre el césped, a la sombra de los grandes cedros, bajo la luz de la luna brillante. Entonces les contó lo que había visto en su ensimismamiento: la historia de los dioses y de los héroes, las guerras de Indra, y las hazañas del divino Rama. Mujeres y mozas escuchaban encantadas. Aquellas narraciones duraban hasta el alba. Cuando la rosada aurora subía tras el monte Meru, y los kokilas comenzaban a cantar bajo los cedros, las hijas y las mujeres de los Gopis volvían furtivamente a sus

viviendas. Pero al día siguiente, en cuanto la luna mágica mostraba su creciente, volvían más ávidas dé escucharle. Krishna, al ver que se exaltaban con sus relatos, las enseñó a cantar con sus voces y a figurar con sus gestos las acciones sublimes de los héroes y de los dioses. A las unas dio vinas, de cuerdas vibrantes como almas; a las otras, címbalos, sonoros como los corazones de los guerreros, y tambores, que imitaban el trueno. Eligiendo a las más bellas, las animaba con sus pensamientos, y, con los brazos extendidos, andando y moviéndose en un sueño divino, las bailarínas sagradas representaban la majestad de Varuna, la cólera de Indra matando al dragón, o la desesperación de Maya abandonada. De este modo, los combates y la gloria eterna de los dioses, que Krishna había contemplado en sí mismo, revivían en aquellas mujeres dichosas y transfiguradas.

Una mañana, las Gopis se habían dispersado. Los timbres de sus instrumentos variados, de sus voces musicales y alegres se habían perdido a lo lejos. Krishna, solo bajo el gran cedro, vio venir a las dos hijas de Nanda: Sarasvati y Nichdali, que se sentaron a su lado. Sarasvati, echando sus brazos alrededor del cuello de Krishna, y haciendo ruido con sus brazaletes, le dijo: “Al enseñarnos los cantos y las danzas sagradas, has hecho de nosotras las más dichosas de las mujeres; pero seremos las más desdichadas cuando te marches. ¿Qué será de nosotras cuando no te veamos más?. ¡Oh Krishna!. Sé nuestro esposo: mi hermana y yo seremos tus mujeres fieles, y nuestros ojos no tendrán el dolor de perderte”. Mientras Sarasvati hablaba así, Nichdali cerró los párpados como si cayera en éxtasis.

— Nichdali; ¿Por qué cierras los ojos? — preguntó Krishna.

— Está celosa — respondió Sarasvati riendo —. No quiere ver mis brazos rodeando tu cuello.

— No — respondió Nichdali ruborizándose —: cierro los ojos para contemplar tu imagen que está grabada en el fondo de mí misma. Krishna, puedes marchar: no te perderé nunca. Krishna estaba pensativo. Rechazó sonriendo los brazos de Sarasvati, que apasionadamente oprimían su cuello, y mirando alternativamente a las dos mujeres, pasó sus brazos alrededor de sus talles. Primero posó su boca sobre los labios de Sarasvati, luego sobre los ojos de Nichdali. En esos dos largos besos, el joven Krishna pareció sondear y saborear todas las voluptuosidades de la tierra. Más, de repente, se estremeció y dijo:

— Eres hermosa, ¡Oh, Sarasvati!, tú cuyos labios tienen el perfume del ámbar y de todas las flores; eres adorable, ¡Oh Nichdali!, tú cuyos párpados velan profundos ojos y sabes sondear tu propia alma. Os amo a las dos. Pero

¿Cómo voy a ser vuestro esposo, puesto que mi corazón tendría que dividirse entre ambas?.

— ¡No amará nunca! — dijo Sarasvati con despecho.

— Sólo amaré con amor eterno...

— ¿Y qué es preciso para que ames así? — dijo Nichdali con ternura.

Krishna se había levantado; sus ojos llameaban.

— ¿Para amar con amor eterno? — dijo —. ¡Es preciso que la luz del día se extinga, que el rayo caiga en mi corazón, y que un alma se lance fuera de mí hasta el fondo del cielo!.

Mientras hablaba, pareció a las jóvenes que crecía de un codo. De repente, tuvieron miedo de él, y volvieron a su casa llorando. Krishna tomó solo el camino del monte Meru. La noche siguiente, las Gopis se reunieron para sus juegos, pero en vano esperan a su maestro. Había desaparecido, no dejando más que una esencia, un perfume de su ser: los cantos y las danzas sagradas.

V
INICIACIÓN

Entre tanto, el rey Kansa, al saber que su hermana Devaki había vivido con los anacoretas, sin haberla podido descubrir, empezó a perseguirlos como a bestias feroces, teniendo aquéllos que refugiarse en la parte más recóndita y más salvaje de la selva. Entonces su jefe, el viejo Vasichta, el centenario, se puso en camino para hablar al rey de Madura. Los guardias vieron con admiración aparecer ante las puertas del palacio a un anciano ciego, guiado por una gacela que llevaba atada. Llenos de respeto al rishi, le dejaron pasar. Vasichta se aproximó al trono, donde Kansa estaba sentado al lado de Nysumba, y le dijo:

— Kansa, rey de Madura, desgraciado de ti, hijo del Toro, que persigues a los solitarios de la selva santa. Desgraciada de ti, hija de la Serpiente, que le inspiras el odio. Vuestro castigo está próximo. Sabed que el hijo de Devaki vive. Vendrá cubierto con una armadura invulnerable y te arrojará desde tu trono a la ignominia. Ahora, temblad y temed; es el castigo que los Devas os asignan.

Los guerreros, los guardias, los servidores, se habían prosternado ante el santo centenario, que volvió a salir conducido por su gacela, sin que nadie se atreviera a tocarle. Pero a partir de aquel día, Kansa y Nysumba pensaron en los medios de hacer morir secretamente al rey de los anacoretas. Devaki había muerto, y nadie aparte de Vasichta sabía que Krishna era su hijo. El ruido de las hazañas de éste había llegado a oídos del rey. Kansa pensó: "Tengo necesidad de un hombre fuerte para defenderme!. El que ha matado a la gran serpiente de Kalayeni, no tendrá miedo del anacoreta". Kansa mandó decir al patriarca Nanda: "Envíame al joven héroe Krishna para que sea el conductor de mi carro y mi primer consejero". ***(En la India antigua, esas dos funciones estaban con frecuencia reunidas en una misma persona. Los conductores de los carros de los reyes eran grandes personajes y frecuentemente los ministros de los monarcas. Los ejemplos son numerosísimos en la poesía indostánica).*** Nanda comunicó a Krishna la orden del rey y Krishna respondió: "Iré." Aparte pensaba: "¿El rey de Madura será Aquel que no cambia jamás?. Por él sabré dónde está mi madre". Kansa, viendo la fuerza, la destreza y la inteligencia de Krishna, le

estimaba mucho y le confió la guardia de su reino. Nysumba, al ver al héroe del monte Meru, se estremeció en su carne con un deseo impuro, y su espíritu sutil tramó un proyecto tenebroso a la luz de un pensamiento criminal.

Sin que el rey lo supiera, llamó a su gineceo al conductor del carro. Como maga que era, poseía el arte de rejuvenecerse momentáneamente por medio de filtros poderosos. El hijo de Devaki encontró a Nysumba, la de los senos de ébano, casi desnuda, sobre un lecho de púrpura: anillos de oro ceñían sus tobillos y sus brazos; una diadema de piedras preciosas chispeaba sobre su cabeza. A sus pies ardía un pebetero de cobre, del que se escapaba una nube de perfumes.

—Krishna — dijo la hija del rey de las serpientes —, tu frente es más tranquila que la nieve del Himavat y tu corazón es como la punta del rayo. En tu inocencia resplandeces sobre los reyes de la, tierra. Aquí, nadie te ha reconocido; tú te ignoras a ti mismo. Yo sola sé quién eres; los Devas han hecho de ti el dueño de los hombres; yo sola puedo hacer de ti el dueño del mundo. ¿Quieres?.

— Si Mahadeva habla por tu boca — dijo Krishna con grave acento — me dirás, dónde está mi madre y dónde encontraré al gran anciano que me habló bajo los cedros del monte Meru.

— ¿Tu madre? — dijo Nysumba con desdeñosa sonrisa —; no soy yo ciertamente quien te lo enseñará; en cuanto a tu anciano, no le conozco. ¡Insensato!, persigues sueños y no ves los tesoros de la tierra que yo te ofrezco. Hay seres que llevan la corona y que no son reyes. Hay hijos de pastores que llevan la realeza en su frente y que no conocen su fuerza. Tú eres fuerte, joven, bello; los corazones están contigo. Mata al rey durante su sueño y yo pondré la corona sobre tu cabeza y serás el dueño del mundo. Porque yo te amo y me estás predestinado. Lo quiero, lo ordeno.

Mientras hablaba así, la reina se, había levantado imperiosa, fascinante, terrible como una hermosa serpiente. En pie sobre su lecho, lanzó con sus ojos negros una llama tan sombría en los ojos límpidos de Krishna, que éste se estremeció espantado. En aquella mirada, el infierno se le apareció. Vio el abismo del templo de Kali, diosa del Deseo y de la Muerte, y las serpientes que allí se retorcían en una agonía eterna. Entonces, repentinamente, los ojos de Krishna parecieron como dos dagas. Sus miradas traspasaron a la reina de parte a parte, y el héroe del monte Meru exclamó:

— Soy fiel al rey que me ha tomado por defensor; pero tú, sábelo: morirás.

Nysumba lanzó un grito penetrante, y rodó sobre su cama, mordiendo la púrpura. Toda su juventud ficticia se había desvanecido, volviéndose vieja y arrugada. Krishna, dejándola con su cólera, salió.

Perseguido noche y día por las palabras del anacoreta, el rey de Madura dijo a su conductor de carro:

— Desde que el enemigo ha puesto el pie en mi palacio, no duermo ya en paz sobre mi trono. Un mago infernal llamado Vasichta, que vive en una profunda selva, ha venido a lanzarme su maldición. Desde entonces, no respiro: el anciano ha emponzoñado mis días. Pero contigo no temo nada, no le temo. Ven conmigo a la selva maldita. Un espía que conoce todos los senderos nos conducirá.

"En cuanto lo veas, corre hacia él y hiérelo, sin darle tiempo a decirte una palabra o lanzarte una mirada. Cuando esté herido mortalmente, pregúntale dónde está el hijo de mi hermana Devaki, y cuál es su nombre. La paz de mi reino depende de este misterio".

— En verdad — respondió Krishna —, no he tenido miedo de Kalayeni ni de la serpiente de Kali. ¿Quién podría hacerme temblar ahora?. Por poderoso que sea ese hombre, sabré lo que te oculta.

Disfrazados de cazadores, marchaban sobre un carro tirado por caballos fogosos; el espía que había explorado la selva iba detrás. Era el principio de la estación de lluvias. Los ríos se henchían, las plantas recubrían los caminos, y la línea blanca de las cigüeñas surcaba las brumas. Cuando se aproximaron al bosque sagrado, el horizonte se ensombreció, el sol se veló, la atmósfera se llenó de una niebla cobriza. Del cielo tempestuoso pendían nubes como trombas, sobre la cabellera asustada de los bosques.

— ¿Por qué — dijo Krishna al rey — el cielo se ha oscurecido de repente, y la selva se pone negra?.

— Lo sé — dijo el rey de Madura —; es Vasichta, el malvado solitario, que ensombrece el cielo y eriza contra mí el bosque maldito. Pero, Krishna, ¿tienes miedo?.

— Aunque el cielo cambie de aspecto y la tierra de color, nada temo.

— Entonces, avanza.

Krishna fustigó a los caballos, y el carro entró bajo la sombra espesa de las baobabs, corriendo algún tiempo con velocidad maravillosa. Pero la selva se volvía cada vez más salvaje y más terrible. Los relámpagos la iluminaron; el trueno retumbó.

— Jamás — dijo Krishna — he visto el cielo tan negro ni retorcerse así los árboles. ¡Bien poderoso es tu mago!.

— Krishna, matador de serpientes, héroe del monte Meru, ¿Tienes miedo?.

— Aunque la tierra tiemble y el cielo se hunda, no tengo miedo.

— Entonces, ¡adelante!.

De nuevo el intrépido conductor fustigó a los caballos, y el carro continuó su carrera. Entonces, la tempestad se volvió tan espantosa que los árboles gigantes se inclinaron. La selva sacudida gimió como estremecida por el alarido de mil demonios. El rayo cayó al lado de los viajeros; un boabab roto obstruyó el camino; los caballos se detuvieron, y la tierra tembló.

— ¿Es, pues, un dios tu enemigo? — dijo Krishna —. Porque Indra mismo le protege.

— Tocamos al objetivo — dijo el espía al rey —. Mira este sendero entre el césped. Al final se ve una cabaña miserable. Allí habita Vasichta, el gran muni, el que alimenta a los pájaros, temido por las fieras y protegido por una gacela, Pero ni por una corona de rey daré un paso más.

A estas palabras, el rey de Madura se había puesto lívido. "¿Es allí realmente, detrás de aquellos árboles?". Y cogiéndose tembloroso a Krishna, murmuró en voz baja, estremeciéndose todos sus miembros:

— Vasichta, Vasichta, el que medita mi muerte, está allí. Me ve desde el fondo de su retiro... Su ojo me persigue. ¡Líbrame de él!.

— Sí, por Mahadeva — dijo Krishna, bajando del carro y saltando por encima del tronco del baobab —, quiero ver al que te hace temblar así.

El muni centenario Vasichta vivía hacía un año en aquella cabaña escondida en lo más profundo de la selva santa, esperando la muerte. Antes de morir el cuerpo, se había libertado de la prisión de la materia. Sus ojos se habían extinguido, pero veía por el alma. Su piel percibía apenas el calor y el frío, pero su espíritu vivía, en una unidad perfecta con el Espíritu soberano. No veía ya las cosas de este mundo más que a través de la luz de Brahma, rezando, meditando sin cesar. Un discípulo fiel le llevaba diariamente a la ermita los granos de arroz de que vivía. La gacela que comía en su mano, le advertía bramando de la proximidad de las fieras. Entonces las alejaba murmurando un mantra, y extendiendo su bastón de bambú de siete nudos. En cuanto a los hombres, quienesquiera que fuesen, los veía por medio de su mirada interna, desde varias leguas de distancia.

Krishna, marchando por el estrecho sendero, se, encontró de repente frente a Vasichta. El rey de los anacoretas estaba sentado, las piernas cruzadas sobre una estera, apoyado contra el poste que sostenía su cabaña, en una paz profunda. De sus ojos de ciego salía un resplandor interno de vidente. En

cuanto Krishna le vio, reconoció que era "¡el sublime anciano!". Sintió una conmoción de alegría, y el respeto inclinó hacia él su alma entera. Olvidando al rey, su carro y su reino, se arrodilló ante el santo y le adoró.

Vasichta parecía verle. Su cuerpo, apoyado en la cabaña, se enderezó por una ligera oscilación, extendió los dos brazos para bendecir a su huésped y sus labios murmuraron la sílaba sagrada: **¡AUM!.** ***(En la iniciación brahmánica significa: el Dios supremo, el Dios Espíritu. Cada una de estas letras corresponde a una de las facultades divinas, popularmente hablando a una de las personas de la Trinidad).*** El rey Kansa, al no oír nada, ni ver volver a su conductor, se deslizó con furtivo paso por el sendero y quedó petrificado de asombro viendo a Krishna arrodillado ante el santo anacoreta. Éste dirigió a Kansa sus ojos de ciego y, levantando su bastón, dijo:

— Rey de Madura, vienes a matarme; está bien.

Porque vas a libertarme de la miseria de este cuerpo. ¿Quieres saber dónde está el hijo de tu hermana Devaki, que ha de destronarte?. Helo aquí, indinado ante mí y ante Mahadeva, y es Krishna, tu propio conductor. Considera cuán insensato eres y cuán maldito, puesto que tu enemigo más terrible es ese mismo. Me lo has traído para que yo le diga que es el predestinado. ¡Tiembla!. Estás perdido, pues tu alma infernal va a ser la presa de los demonios.

Kansa escuchaba estupefacto. No osaba mirar al anciano cara a cara; pálido de ira y viendo a Krishna de rodillas, cogió su arco, y tendiéndolo con toda su fuerza, lanzó una flecha contra el hijo de Devaki. Pero el brazo había temblado, y la flecha se desvió, yéndose a clavar en el pecho de Vasichta, que, con los brazos en cruz, parecía esperarla como en éxtasis.

Un grito se oyó, un grito terrible, no del pecho del anciano, sino del de Krishna. E1 había sentido vibrar la flecha en su oído, la había visto en la carne del santo… y le parecía que se había clavado en su propio corazón; de tal modo su alma en ese instante se había identificado con la del rishi. Con esta flecha aguda, todo el dolor del mundo traspasó el alma de Krishna, la desgarró hasta sus profundidades.

Entre tanto, Vasichta con la flecha en su pecho, sin cambiar de postura, agitaba aún los labios y murmuró:

— Hijo de Mahadeva, ¿Por qué lanzar ese grito?.

Matar es vano. La flecha no puede herir al alma, y la víctima es el vencedor del asesino. Triunfa, Krishna; el destino se cumple; yo vuelvo a Aquel que no cambia jamás. Que Brahma reciba mi alma. Pero tú, su elegido, salvador del mundo, ¡en pie!, ¡Krishna!, ¡Krishna!.

Krishna se levantó con la mano en su espada; quiso volverse contra el rey. Pero Kansa había huido.

Entonces un resplandor hendió el negro cielo, y Krishna cayó a tierra como herido por el rayo bajo una luz deslumbradora. Mientras su cuerpo permanecía insensible, su alma, unida a la del anciano, por el poder de la simpatía, subió en los espacios. La tierra, con sus ríos, sus mares, sus continentes, desapareció como una negra esfera y los dos se levantaron al séptimo cielo de los Devas, hasta el Padre de los seres, el sol de los soles, Mahadeva, la inteligencia divina. Ambos se sumergieron en un océano de luz que se abría ante ellos. En el centro de la esfera, Krishna vio a Devaki, su madre radiante, su madre glorificada, que con sonrisa inefable, le tenía los brazos, le atraía a su seno. Millares de Devas venían a beber en la radiación de la Virgen-Madre, como en un foco incandescente. Y Krishna se sintió reasorbido en una mirada de amor de Devaki. Entonces, del corazón de la madre luminosa, su ser irradió a través de todos los cielos. Sintió que él era el Hijo, el alma divina de todos los seres, la Palabra de Vida, el Verbo creador superior a la vida universal; él la penetraba, sin embargo por la esencia del dolor, por el fuego de la oración y la felicidad de un divino sacrificio.

Cuando Krishna volvió en sí, el trueno retumbaba aún en el cielo, la selva estaba sombría y torrentes de lluvia caían sobre la cabaña. Una gacela lamía la sangre sobre el cuerpo del asceta atravesado. “El anciano sublime” ya no era más que un cadáver. Pero Krishna se levantó como resucitado. Un abismo le separaba del mundo y de sus vanas apariencias. El había percibido la gran verdad y comprendido su misión. En cuanto al rey Kansa, lleno de espanto, huía sobre su carro perseguido por la tempestad, y sus caballos se encabritaban como fustigados por mil demonios.

**(*La leyenda de Krishna nos lleva a la fuente misma de la idea de la Virgen-Madre, el Hombre-Dios y de la Trinidad. En la India, esta idea aparece, desde el origen, en su simbolismo transparente, con su profundo sentido metafísico. En el libro Y, capítulo II, él Vishnu-Purana, después de contar la concepción de Krishna por Devaki, añade: “Nadie podía mirar a Devaki a causa de la luz que la envolvía, y los que contemplaban su esplendor sentían su espíritu turbado; los dioses, invisibles a los mortales, celebraban continuamente sus alabanzas desde que Vishnú estaba encerrado en su persona”. Ellos decían: “Tú eres esa Prakriti infinita y sutil y que llevó antes a Brahma en su seno; tú fuiste luego la diosa de la Palabra, la*

energía del Creador del universo y la madre de los Vedas. ¡Oh, tú!, ser eterno, que comprendes en tu substancia la esencia de todas las cosas creadas, tú eres idéntica con la creación, tú eres el sacrificio de donde procede cuanto produce la tierra; tú eres la madera que por el frotamiento engendra el fuego. Como Aditi, eres la madre de los dioses; como Diti, eres la de los Daytas, sus enemigos. Tú eres la luz de donde nace el día, eres la humildad, madre de la verdadera sabiduría, tú eres la política de los reyes, madre del orden; tú eres el deseo de que nace el amor; tú eres la satisfacción de donde la resignación deriva; tú eres la inteligencia, madre de la ciencia; tú eres la paciencia, madre del valor; todo el firmamento y las estrellas son tus hijos; de ti procede todo cuanto existe... Tú has descendido a la tierra para la salvación del mundo. Ten compasión de nosotros, ¡Oh Diosa!, y muéstrate favorable al universo; sé orgullosa de llevar en ti al Dios que sostiene al mundo". Este pasaje prueba que los brahmanes identificaban a la madre de Krishna con la substancia universal y el principio femenino de la Naturaleza. De éste hicieron ellos la segunda persona de la Trinidad divina, de la tríada inicial y no manifestada. El Padre, Nara (Eterno-Masculino); la Madre, Nari (Eterno-Femenino) y el hijo, Viradi (Verbo-Creador), tales son las facultades divinas. En otros términos: el principio intelectual, el principio plástico, el principio productor. Los tres juntos constituyen la natura naturans, para emplear un término de Spinoza. El mundo organizado, el universo vivo, natura naturata, es el producto del verbo creador, que se manifiesta a su vez bajo sus formas: Brahma, el Espíritu, corresponde al mundo divino; Vishnú, el alma, responde al mundo humano; Siva, el cuerpo, se refiere al mundo natural. En estos tres mundos, el principio masculino y el principio femenino (esencia y substancia) son igualmente activos, y el Eterno femenino se manifiesta a la vez en la naturaleza terrestre, humana y divina. Isis es triple, Cibeles también. Se ve, así concebida, que la doble trinidad, la de Dios y la del Universo, contiene los principios y el cuadro de una teodicea y de una cosmogonía. Es justo reconocer que esta idea-madre ha salido de la India. Todos los templos antiguos, todas las grandes religiones y varias filosofías célebres, la han adoptado. Desde el tiempo de los apóstoles y en los primeros siglos del cristianismo, los iniciados cristianos reverenciaban el principio femenino de la naturaleza visible e invisible, bajo el nombre de Espíritu Santo, representado por una paloma, signo de la potencia femenina en todos los templos de Asia y de Europa.

Si después la Iglesia ha ocultado y perdido la clave de sus misterios, su sentido se halla aún escrito en sus símbolos.

VI
LA DOCTRINA DE LOS INICIADOS

Krishna fue saludado por los anacoretas como el sucesor esperado y predestinado de Vasichta. Se celebró el srada, o ceremonia fúnebre del santo anciano, en la selva sagrada, y el hijo de Devaki recibió el bastón de siete nudos, signo de mando, después de haber hecho el sacrificio del fuego en presencia de los más antiguos anacoretas, de los que saben de memoria los tres Vedas. En seguida, Krishna se retiró al monte Meru para meditar allí su doctrina y el camino de salvación para los hombres. Sus meditaciones y sus austeridades duraron siete años. Entonces sintió que había dominado a su naturaleza terrestre por medio de su naturaleza divina, y que se había identificado suficientemente, con el Sol de Mahadeva para merecer el nombre de hijo de Dios. Entonces llamó a su lado a los anacoretas jóvenes y ancianos para revelarles su doctrina. Encontraron ellos a Krishna purificado y engrandecido: el héroe se había transformado en santo; no había perdido la fuerza de los leones, pero había ganado la dulzura de las palomas. Entre los que acudieron en primer término se encontraba Arjuna, un descendiente de los reyes solares, uno de los Pandavas destronados por los Kuravas o reyes lunares. El joven Arjuna era apasionado, lleno de fuego, pero pronto a descorazonarse y caer en la duda, y se entusiasmó apasionadamente con las doctrinas de Krishna.

Sentado bajo los cedros del monte Meru, frente al Himavat, Krishna comenzó a hablar a sus discípulos de las verdades inaccesibles a los hombres que viven en la esclavitud de los sentidos. Les enseñó la doctrina del alma inmortal, de sus renacimientos, y de su unión mística con Dios. “El cuerpo —decía —, envoltura del alma que en él mora, es una cosa finita; pero el alma que le habita es invisible, imponderable, incorruptible, eterna. ***(El enunciado de esta doctrina, que fue más tarde la de Platón, se encuentra en el libro I del Bhagavad Gita en forma de diálogo entre Krishna y Arjona).***

El hombre terrestre es triple como la divinidad que refleja: inteligencia, alma y cuerpo. Si el alma se une a la inteligencia, alcanza Satwa, la sabiduría y la paz; si el alma permanece incierta entre la inteligencia y el cuerpo, entonces está dominada por Raja, la pasión, y va de objeto a objeto en un círculo fatal; si, finalmente, el alma se abandona al cuerpo, entonces cae en

Tama, la sinrazón, la ignorancia y la muerte temporal. He ahí lo que cada hombre puede observar en tí mismo y a su alrededor. ***(Libros XIII a XVIII Bhagavad Gita).***

— Pero — preguntó Arjona — ¿Cuál es el destino del alma después de la muerte?. ¿Obedece siempre a la misma ley, o puede escapar de ella?.

— Jamás la escapa y obedece siempre — respondió Krishna —. He ahí el misterio de los renacimientos. Como las profundidades del cielo se abren a los rayos de las estrellas, así las profundidades de la vida se iluminan a la luz de esta verdad. "Cuando el cuerpo se disuelve, y Satwa (la sabiduría) domina, el alma se eleva a las regiones de esos seres puros que tienen el conocimiento del Altísimo. Cuando el cuerpo experimenta esta disolución, mientras Raja (la pasión) reina, el alma vuelve a habitar de nuevo entre los que están apegados a las cosas de la tierra. Del mismo modo, si el cuerpo es destruido cuando Tama (la ignorancia) predomina, el alma oscurecida por la materia es de nuevo atraída por alguna matriz de seres irracionales". ***(Ibid, Libro XIV).***

— Eso es justo — dijo Arjona —. Pero enséñanos ahora lo que es, en el curso de los siglos, de los que han seguido la sabiduría y van a habitar después de su muerte en los mundos divinos.

— El hombre sorprendido por la muerte en la devoción — respondió Krishna —, luego de haber gozado durante varios siglos de las recompensas debidas a sus virtudes, en las regiones superiores, vuelve a habitar en una familia santa y respetable. Pero esta clase de regeneración en esta vida es muy difícil de obtener. El hombre así nacido de nuevo, se encuentra con el mismo grado de aplicación y de progreso, en cuanto al entendimiento, que los que tenía en su primer cuerpo, y comienza otra vez a trabajar para perfeccionarse en devoción. ***(Ibid, libro Y).***

— De modo — dijo Arjuna — que aun los buenos se ven forzados a renacer y recomenzar la vida del cuerpo. Pero enséñanos, ¡Oh señor de la vida!, si para aquel que desea la sabiduría no hay fin a los eternos renacimientos.

— Escuchad, pues — dijo Krishna —, un grandísimo y profundo secreto, el misterio soberano, sublime y puro. Para alcanzar la perfección hay que conquistar la ciencia de la unidad, que está por encima de la sabiduría; hay que elevarse al ser divino que está por encima del alma, sobre la inteligencia misma. Mas este ser divino, este amigo sublime, está en cada uno de nosotros. Porque Dios reside en el interior de todo hombre, pero pocos saben encontrarle. He ahí la vía de salvación. Una vez que

hayas presentido al ser perfecto que está sobre el mundo y en ti mismo, decídete a abandonar al enemigo, que toma la forma del deseo. Domad vuestras pasiones. Los goces que procuran los sentidos son como las matrices de los sufrimientos que han de venir. No hagáis solamente el bien: sed buenos. Que el motivo esté en el acto y no en sus frutos. Renunciad al fruto de vuestras obras, pero que cada una de vuestras acciones sea como una ofrenda al Ser supremo. El hombre que hace sacrificio de sus deseos y de sus obras al ser de que proceden los principios de todas las cosas y por quien el universo ha sido formado, obtiene por este sacrificio la perfección. Unido espiritualmente, alcanza esa sabiduría espiritual que está por encima del culto de las ofrendas, y siente una felicidad divina. Porque el que encuentra en si mismo su felicidad, su gozo, y al mismo tiempo también su luz, es Uno con Dios. Y, sabedlo: el alma que ha encontrado a Dios, queda libertada del renacimiento y de la muerte, de la vejez y del dolor, y bebe el agua de la inmortalidad. ***(Bhagavad Gita, passim).***

De este modo, Krishna explicaba su doctrina a sus discípulos y por la contemplación interna les elevaba, poco a poco, a las sublimes verdades que se le habían revelado bajo el relámpago de la visión. Cuando hablaba de Mahadeva, su voz se volvía más grave, sus facciones se iluminaban. Un día, Arjuna, lleno de curiosidad y de audacia, le dijo: — Haznos ver a Mahadeva en su forma divina. ¿No pueden nuestros ojos contemplarle?.

Entonces Krishna, levantándose, comenzó a hablar del ser que respira en todos los seres, el de las cien mil formas, el de innumerables ojos, el de caras vueltas hacia todos lados, y que, sin embargo, las sobrepasa con toda la altura del infinito; el que, en su cuerpo inmóvil y sin límites, encierra al universo moviente con todas sus divisiones. “Si en los cielos brillara al mismo tiempo el resplandor de mil soles, dijo Krishna, esto se parecería apenas al resplandor del único Todopoderoso”. Mientras hablaba así de Mahadeva, un rayo tal brotó de los ojos de Krishna, que los discípulos no pudieron sostener su brillo y se prosternaron a sus pies. Los cabellos de Arjuna se erizaron sobre su cabeza y encorvándose dijo, juntando las manos: “Maestro, tus palabras nos espantan y no podemos sostener la vista del gran Ser que tú evocas ante nuestros ojos. Ella nos abruma”. ***(Véase esta transfiguración de Krishna en el Libro XI del Bhagavad Gita. Se la puede comparar con la transfiguración de Jesús, XVI, San Mateo. Véase el libro VIII de esta obra).***

Krishna continuó: “Escuchad lo que él nos dice por mi boca: Yo y vosotros hemos tenido varios renacimientos. Los míos sólo de mí son

conocidos, pero vosotros no conocéis ni tan siquiera los vuestros. Aunque yo no estoy, por mi naturaleza, sujeto al nacimiento y a la muerte y soy el dueño de todas las criaturas, sin embargo, como mando en mi naturaleza, me hago visible por mi propia potencia y cuantas veces la virtud declina en el mundo y el vicio y la injusticia dominan, me hago visible, y así me encuentro de edad en edad, para la salvación del justo, la destrucción del malvado y el restablecimiento de la virtud. El que conoce, según la verdad, mi naturaleza y mi obra divina, al dejar su cuerpo no vuelve a renacer de nuevo, sino que viene a mí". ***(Bhagavad Gita, libro IV. Traducción de Emile Bournouf. Cf. Schlegel et Wilkins).***

Hablando así, Krishna miró a sus discípulos con dulzura y benevolencia. Arjuna exclamó:

— ¡Señor!, tú eres nuestro dueño, tú eres el hijo de Mahadeva. Lo veo en tu bondad, en tu encanto inefable aun más que en tu resplandor terrible. No es en los vértigos del infinito donde los Devas te buscan y te desean; es bajo la forma humana como te quieren y te adoran. Ni la penitencia, ni las limosnas, ni los Vedas, ni el sacrificio valen lo que una sola de tus miradas. Tú eres la Verdad. Condúcenos a la lucha, al combate, a la muerte. A dondequiera que sea, te seguiremos.

Sonrientes y encantados, los discípulos se agrupaban alrededor de Krishna, diciendo:

— ¿Cómo no lo hemos visto antes?. Es Mahadeva quien habla en ti.

Él respondió:

— Vuestros ojos no estaban abiertos. Os he comunicado el gran secreto. No lo digáis más que a quienes puedan comprenderlo. Sois mis elegidos; vosotros veis el objetivo; la multitud no ve más que una pequeña porción del camino. Y ahora vamos a predicar al pueblo la vía de la salvación.

VII
EL TRIUNFO Y LA MUERTE

Después de haber instruido a sus discípulos en el monte Meru, Krishna fue con ellos a las orillas del Djamuna y del Ganges, para convertir al pueblo. Entraba en las cabañas y se detenía en las poblaciones. Al atardecer, en los alrededores de las aldeas, la multitud se agrupaba a su alrededor. Lo que predicaba ante todo el pueblo era la caridad hacia el prójimo. "Los males con que afligimos a nuestros semejantes, decía, nos persiguen como la sombra al cuerpo. Las obras que tienen como base el amor al prójimo, son las que deben ser ambicionadas por el justo, pues serán las que pesen más en la balanza celeste. Si acompañas a los buenos, tus ejemplos serán inútiles; no temas el vivir entre los malos para conducirlos hacia el bien. El hombre virtuoso es semejante al árbol gigantesco, cuya bienhechora sombra da a las plantas que le rodean la frescura de la vida". A veces, Krishna, cuya alma desbordaba ahora un perfume de amor, hablaba de la abnegación y del sacrificio con suave voz e imágenes seductoras: "Como la tierra soporta a quienes la pisotean y desgarran su seno al labrarla, así debemos devolver el bien por el mal. El hombre honrado debe caer bajo los golpes de los perversos como el árbol sándalo, que cuando se le corta, perfuma el hacha que le ha herido". Cuando los semisabios, los incrédulos, le pedían les explicara la naturaleza de Dios, respondía con sentencias como ésta: "La ciencia del hombre sólo es vanidad: todas sus buenas acciones son ilusorias cuando no sabe relacionarlas a Dios. El que es humilde de corazón y de espíritu, es amado por Dios y no tiene necesidad de otra cosa. El infinito y el espacio pueden únicamente comprender lo infinito; sólo Dios puede comprender a Dios".

No eran esas las únicas cosas nuevas de sus enseñanzas. Embelesaba y arrastraba a la multitud, sobre todo por lo que decía del Dios vivo, de Vishnú. Enseñaba que el señor del universo se había encarnado ya más de una vez entre los hombres; se había manifestado sucesivamente en los siete rishis, Vyasa y en Vasichta, y se manifestaría aún de nuevo. Pero Vishnú, al decir de Krishna, gustaba a veces de hablar por boca de los humildes: en un mendigo, en una mujer arrepentida, en un niño. Contaba al pueblo la parábola del pobre pescador Durga, que había encontrado a un niño medio muerto de hambre bajo un tamarindo. El buen Durga, aunque abrumado por la miseria y cargado

de numerosa familia, que no sabía cómo alimentar, se emocionó de piedad por el pobre niño y le llevó a su casa. El sol se había puesto, la luna subía sobre el Ganges, la familia había pronunciado la oración de la noche, cuando el niño murmuró a media voz: “El fruto del kataca purifica el agua; de igual modo las buenas acciones purifican el alma. Toma tus redes, Durga; tu barca flota sobre el Ganges”. Durga echó sus redes y cuando las retiró se rompían bajo el peso del pescado. El niño había desaparecido. Así, decía Krishna, cuando el hombre olvida su propia miseria por la de los demás, Vishnú se manifiesta y le hace dichoso en su corazón. Por medio de tales ejemplos, Krishna predicaba el culto de Vishnú. Todos se maravillaban de encontrar a Dios tan cerca de su corazón cuando hablaba el hijo de Devaki.

El renombre del profeta del monte Meru se difundió por la India. Los pastores que le habían visto crecer y habían asistido a sus primeras hazañas, no podían creer que aquel santo personaje fuera el héroe impetuoso que habían conocido. Él viejo Nanda había muerto. Pero sus dos hijas Sarasvati y Nichdali, que Krishna amaba, vivían aún. Diverso había sido su destino. Sarasvati, irritada por la partida de Krishna, había buscado el olvido en el matrimonio; había sido la mujer de un hombre de casta noble, que la tomó por su belleza, pero en seguida la había repudiado y vendido a un wayshia o comerciante. Sarasvati había dejado por desprecio a aquel hombre, para convertirse en una mujer de mala vida. Luego, un día, desolada en su corazón, llena de remordimientos y de asco, volvió hacia su país y fue a buscar secretamente a su hermana Nichdali.

Ésta, pensando siempre en Krishna como si estuviera presente, no se había casado, y vivía con un hermano como sirvienta. Sarasvati le contó sus infortunios y su vergüenza, y Nichdali le respondió:

— ¡Pobre hermana mía!. Te perdono; pero mi hermano no te perdonará. Sólo Krishna podría salvarte.

Una llama brilló en los apagados ojos de Sarasvati.

— ¡Krishna! — dijo —. ¿Qué ha sido de él?.

— Es un santo, un gran profeta. Ahora predica en las orillas del Ganges.

— Vamos a buscarle — dijo Sarasvati —. Y las dos hermanas se pusieron en camino: la una agostada por las pasiones, la otra perfumada de inocencia, y, sin embargo, las dos consumidas por un mismo amor.

Krishna se disponía a enseñar su doctrina a los guerreros o kchatryas. Porque por turno predicaba a los brahmanes, a los hombres de la casta militar y al pueblo. A los brahmanes les explicaba, con la calma de la edad madura, las verdades profundas de la ciencia divina; ante los rajas celebraba las virtudes

guerreras y familiares con el fuego de la juventud; al pueblo le hablaba, con la sencillez de la infancia, de caridad, de resignación y de esperanza.

Krishna estaba sentado a la mesa de un festín, en casa de un jefe renombrado, cuando dos mujeres pidieron ser presentadas al profeta. Las dejaron entrar a causa de su traje de penitentes. Sarasvati y Nichdali fueron a postrarse ante los pies de Krishna. Sarasvati exclamó con emoción e inundada en lágrimas:

— Desde que nos dejaste, he pasado mi vida en el error y el pecado; pero si tú lo quieres, Krishna, puedes salvarme... Nichdali añadió:

— ¡Oh Krishna!. Cuando te oí en otro tiempo, supe que te amaba para siempre; ahora que te vuelvo a encontrar en tu gloria, sé que eres el hijo de Mahadeva.

Y las dos besaron sus pies. Las rajas dijeron: — ¿Por qué, santo rishi, dejas a esas mujeres del pueblo insultarte con sus palabras insensatas?. Krishna les respondió:

— Dejadlas expansionar su corazón: valen ellas más que vosotros. Porque ésta tiene la fe y la otra el amor. Sarasvati, la pecadora, queda salvada desde este momento, porque ha creído en mí, y Nichdali, en su silencio, ha amado más a la verdad que vosotros con todos vuestros gritos. Sabed, pues, que mi madre radiante, que vive en el sol de Mahadeva, le enseñará los misterios del amor eterno, cuando todos vosotros estéis aún sumergidos en las tinieblas de las vidas inferiores.

A partir de aquel día, Sarasvati y Nichdali siguieron los pasos de Krishna con sus discípulos. E inspiradas por él, enseñaron a las otras mujeres.

Kansa reinaba aún en Madura. Después del asesinato del anciano Vasichta, el rey no había encontrado paz sobre su trono. La profecía del anacoreta se había realizado: el hijo de Devaki vivía. El rey le había visto, y ante su mirada había sentido fundirse su fuerzo y su reinado. Temblaba por su vida como una hoja seca, y frecuentemente, a pesar de sus guardias, se volvía bruscamente, esperando ver al joven héroe, terrible y radiante, ante su puerta. Por su parte, Nysumba, acostada en su lecho, en el fondo del gineceo, pensaba en sus poderes perdidos. Guando supo que Krishna profeta predicaba en las orillas del Ganges, persuadió al rey a que enviara contra él una tropa, para que lo trajeran atado. Cuando Krishna vio a los soldados, sonrió y les dijo:

— Sé quienes sois y por qué venís. Presto estoy a seguiros ante vuestro rey; pero antes dejadme hablaros del rey del cielo, que es el mío.

Y comenzó a hablar de Mahadeva, de su esplendor y de sus

manifestaciones. Cuando terminó, los soldados rindieron sus armas a Krishna, diciendo:

— No te llevaremos prisionero ante nuestro rey, sino que te seguiremos ante el tuyo.

Y quedaron con él. Kansa, al saber esto, quedó aterrado. Nysumba le dijo:

— Envíale los personajes principales del reino. Así se hizo. Fueron a la población en que Krishna predicaba. Habían prometido no escucharle. Pero cuando vieron el brillo de su mirada, la majestad de su aspecto, y el respeto que le tenía la muchedumbre, no pudieron privarse de escucharle. Krishna les habló de la servidumbre interior de los que hacen el mal, y de la libertad celeste de los que hacen el bien.

Los kchatryas quedaron sobrecogidos de gozo y de sorpresa, porque se sintieron como libertados de un peso enorme.

— En verdad, eres un gran mago — dijeron —, porque habíamos jurado conducirte ante el rey con cadenas de hierro; pero nos es imposible hacerlo, puesto que nos has libertado de las nuestras.

Fueron, pues, ante Kansa y le dijeron:

— No podemos traerte ese hombre. Es un profeta muy grande, y no tienes nada que temer de él.

El rey, viendo que todo era inútil, hizo triplicar sus guardias y poner férreas cadenas a todas las puertas de su palacio. Sin embargo, un día oyó un gran ruido en la ciudad, gritos de alegría y de triunfo. Los guardias vinieron a decirle: “Es Krishna, que entra en Madura. El pueblo hunde las puertas y rompe las cadenas de hierro”. Kansa quiso huir, pero los guardias mismos le obligaron a permanecer en su trono.

En efecto: Krishna, seguido de sus discípulos y de un gran número de anacoretas, hacía su entrada en Madura, empavesada con estandartes, en medio de una multitud nutrida de hombres, que parecía un mar agitado por el viento. Entraba bajo una lluvia de guirnaldas y de flores. Todos le aclamaban. Ante los templos, los brahmanes se agrupaban bajo los plátanos sagrados, para saludar al hijo de Devaki, al vencedor de la serpiente, al héroe del monte Meru; pero sobre todo al profeta de Vishnú. Seguido de brillante cortejo, y saludado como un libertador por el pueblo y los kchatryas, Krishna se presentó ante el rey y la reina.

— Sólo has reinado por la violencia y el mal — dijo Krishna a Kansa — y has merecido mil muertes, porque has matado al santo anciano Vasichta. Sin embargo, no morirás aún. Quiero probar al mundo que no es

quitándoles la vida como se triunfa de los enemigos vencidos, sino perdonándoles.

— Mago malvado — dijo Kansa —, me has robado mi corona y mi reino. Mátame.

— Hablas como un insensato — dijo Krishna —. Porque si murieras en tu estado de locura, de endurecimiento y de crimen, serías irremediablemente perdido en la otra vida. Si, al contrario, comienzas a comprender tu locura y a arrepentirte de ella, tu castigo será menor, y por la intercesión de los espíritus puros, Mahadeva te salvará un día.

Nysumba, inclinada al oído del rey, murmuró:

— ¡Insensato!, aprovecha la locura de su orgullo. En tanto que se vive, queda la esperanza de vengarse.

Krishna comprendió lo que había dicho, sin haberlo oído, y la lanzó una mirada severa, de penetrante piedad.

— ¡Ah, desgraciada!; siempre tu veneno. Corruptora, maga negra, tú no tienes ya en tu corazón más que el veneno de las serpientes. Extírpatelo, o algún día me veré obligado a aplastar tu cabeza. Y ahora irás con el rey a un lugar de penitencia para expiar tus crímenes, bajo la vigilancia de los brahmanes.

Después de estos acontecimientos, Krishna, con el consentimiento de los grandes del reino y del pueblo, consagró a Arjuna, su discípulo, el más ilustre descendiente de la raza solar, como rey de Madura, y dio la autoridad suprema a los brahmanes, que se convirtieron en instructores de los reyes. Krishna continuó siendo el jefe de los anacoretas, que formaron el conjunto superior de los brahmanes. A fin de substraer este consejo a las persecuciones, hizo construir para ellos y para sí una ciudad fuerte en medio de las montañas, defendida por una alta muralla y por población escogida. Se llamaba Dwarka. En el centro de esta ciudad se encontraba el templo de los iniciados, cuya parte más importante estaba oculta en los subterráneos. ***(El Vishnu-Purana, libro Y, capítulos XXII y XXX, habla en términos bastante transparentes de esta ciudad: "Krishna decidió, pues, construir una ciudadela donde la tribu Yada encontraría un refugio seguro, y que fuera tan fuerte, que las mismas mujeres pudiesen defenderla. La ciudad de Dwarka estaba protegida por elevadas murallas, embellecida por jardines y estanques, y era tan espléndida como Amaravati, la ciudad de Indra". En aquella ciudad plantó el árbol Parijata "cuyo suave olor perfuma a lo lejos la tierra. Todos los que se aproximaban a él se encontraban en disposición de acordarse de su existencia anterior". Ese árbol es evidentemente el símbolo de la ciencia divina y de la iniciación: el mismo***

que volvemos a encontrar en la tradición caldea, y que pasó desde ella al Génesis hebraico. Después de la muerte de Krishna, la ciudad queda sumergida, el árbol sube al cielo; pero el templo queda. Si todo ello tiene un sentido histórico, quiere decir, para quien conozca el lenguaje ultrasimbólico y prudente de los indios, que un sicario cualquiera arrasó la ciudad, y que la iniciación fue cada vez más secreta).

Entre tanto, cuando los reyes del culto lunar supieron que un rey del culto solar había subido al trono de Madura y que los brahmanes iban a ser los dueños de la India, formaron entre sí una poderosa liga para arrojarle del trono. Arjuna, por su parte, agrupó a su alrededor todos los reyes del culto solar, de la tradición blanca, aria, védica. Desde el fondo del templo de Dwarka, Krishna les seguía, les dirigía. Los dos ejércitos se encontraban en presencia, y la batalla decisiva era inminente. Sin embargo, Arjuna, al faltarle a su lado el maestro, sentía turbarse su espíritu y debilitarse su valor. Una mañana, al romper el día, Krishna apareció ante la tienda del rey, su discípulo.

— ¿Por qué — dijo severamente el maestro — no has comenzado el combate que ha de decidir si los hijos del sol o los de la luna van a reinar sobre la tierra?.

— Sin ti no puedo hacerlo — dijo Arjona —. Mira esos dos ejércitos inmensos y esas multitudes que van a perecer.

Desde la eminencia en que estaban colocados, el señor de los espíritus y el rey de Madura contemplaron los dos ejércitos innumerables, alineados en orden, uno frente al otro. Se veían brillar las cotas de malla dorada de los jefes; millares de guerreros, caballos y elefantes, esperaban la señal del combate. En este momento, el jefe del ejército enemigo, el más anciano de los Kuravas, sopló en su caracola marina, en la gran caracola cuyo sonido parecía el rugido de un león. A este ruido pronto se oyó sobre el vasto campo de batalla un inmenso rumor, el relinchar de los caballos, un ruido confuso de armas, de tambores y de trompas. Arjuna no tenía más que montar sobre su carro arrastrado por caballos blancos y soplar en su caracola azulada, de un azul celeste, para dar la señal de combate 'a los hijos del Sol. Pero, he ahí que el rey sintió fundirse su corazón, sumergido en la piedad, y dijo muy abatido:

— Al ver esta multitud venir a las manos, siento decaer mis miembros: mi boca se seca, ni cuerpo tiembla, mis cabellos se erizan sobre mi cabeza, mi piel arde, mi espíritu gira en torbellinos. Veo malos augurios. Ningún bien puede venir de esta matanza. ¿Qué haremos con reinos, placeres, y aun con la misma vida?. Aquellos para quienes deseamos reinos, placeres y alegrías, en

pie están ahí para batirse, olvidando su vida y sus bienes. Preceptores, padres, hijos, abuelos, nietos, tíos, parientes, van a degollarse. No tengo gana de hacerlos morir para reinar sobre los tres mundos, y mucho menos aun para reinar sobre esta tierra. ¿Qué placer experimentaría yo en matar a mis enemigos?. Una vez muertos los traidores el pecado recaerá sobre nosotros.

— ¿Cómo te ha sorprendido — dijo Krishna — ese azote del miedo, indigno del sabio, fuente de infamia que nos arroja del cielo?. No seas afeminado. ¡En pie!.

Pero Arjuna, descorazonado, se sentó en silencio y dijo:

— No combatiré.

Entonces Krishna, el rey de los espíritus, replicó con ligera sonrisa:

— ¡Oh, Arjuna!. Te he llamado el rey del sueño para que tu espíritu esté siempre en vela. Pero tu espíritu se ha dormido, y tu cuerpo ha vencido a tu alma. Lloras sobre lo que no se debiera llorar, y tus palabras están desprovistas de sabiduría. Los hombres instruidos no se lamentan ni por los vivos ni por los muertos. Yo y tú y esos conductores de hombres, siempre hemos existido, y jamás dejaremos de ser en el futuro. De igual modo que el alma experimenta la infancia, la juventud y la vejez en este cuerpo, así también las sufrirá en otros cuerpos. Un hombre de discernimiento no se turba por ello. ¡Hijo de Bhárata!, soporta la pena y el placer con ecuanimidad. Aquellos a quienes estas cosas no alcanzan ya, merecen la inmortalidad. Los que ven la esencia real, ven la verdad eterna que domina al alma y al cuerpo. Sábelo, pues: lo que impregna todas las cosas, está por encima de la destrucción. Nadie puede destruir lo Inagotable. Todos esos cuerpos no durarán: tú lo sabes. Pero los videntes saben también que el alma encarnada es eterna, indestructible e infinita. Por tal razón, ¡Ve al combate, descendiente de Bhárata!. Los que creen que el alma mata o muere, se engañan igualmente. Ni mata, ni puede ser muerta. Ella no ha nacido y no muere, y no puede perder el ser que siempre ha tenido. Al modo como una persona se quita vestidos viejos para tomar otros nuevos, así el alma encarnada rechaza su cuerpo para tomar otros. Ni la espada la corta, ni el fuego la quema, ni el agua la moja, ni el aire la seca. Es impermeable e incombustible. Duradera, firme, eterna, ella atraviesa todo. Tú no debieras, pues, inquietarte del nacimiento ni de la muerte, ¡Oh Arjuna!, porque para el que nace, la muerte es cierta, y para el que muere, lo es el renacimiento. Da frente a tu deber sin pestañear; porque para un kchatrya nada hay mejor que un combate justo. ¡Dichosos los guerreros que consideran la batalla como una puerta abierta para el cielo!. Pero si no quieres combatir en este justo combate,

caerás en el pecado, abandonando tu deber y tu fama. Todos los seres hablarán de tu infamia eterna, y la infamia es peor que la muerte para el que ha sido elevado a los hombres. ***(Principio del Bhagavad Gita).***

A estas palabras del maestro, Arjuna quedó sobrecogido de vergüenza, y sintió hervir su sangre real con su valor. Entonces se lanzó sobre su carro y dio la señal del combate. Krishna dijo adiós a su discípulo y dejó el campo de batalla, porque estaba seguro de la victoria de los hijos del Sol.

Krishna había comprendido que, para hacer aceptar su religión a los vencidos, le era preciso ganar sobre su alma una última victoria, más difícil que la de las armas. De igual modo que el santo Vasichta había muerto atravesado por una flecha por revelar la verdad suprema a Krishna, así Krishna debía morir voluntariamente bajo los golpes de su enemigo mortal, para implantar hasta en el corazón de sus adversarios la fe que él había predicado a sus discípulos y al mundo. Sabía que el antiguo rey de Madura, lejos de hacer penitencia, se había refugiado en casa de su suegro Kalayeni, el rey de las serpientes. En su odio, siempre excitado por Nysumba, hacía vigilar a Krishna por espías, acechando la hora propicia para matarle. Krishna sentía, por otra parte, que su misión había terminado, y no pedía para ser completa más que el sello supremo del sacrificio. Por esta razón, cesó de evitar y de paralizar a su enemigo por el poder de su voluntad. Sabía que, si cesaba de defenderse por esta fuerza oculta, el golpe por largo tiempo meditado le alcanzaría en la sombra. Pero el hijo de Devaki quería morir lejos de los hombres, en las soledades del Himavat. Allí se sentiría más cerca de su madre radiante, del sublime anciano, y del sol de Mahadeva.

Krishna partió, pues, para una ermita que se encontraba en un lugar silvestre y desolado, al pie de las altas cimas del Himavat. Ninguno de sus discípulos había penetrado sus designios. Sólo Sarasvati y Nichdali los leyeron en los ojos del maestro por la adivinación que reside en la mujer y en el amor. Cuando Sarasvati comprendió que él quería morir, se echó a sus pies, los besó con fuerza, y exclamó:

— ¡Maestro, no nos dejes!.

Nichdali le miró, y le dijo sencillamente:

— Sé a donde vas. Puesto que te hemos amado, déjanos seguirte.

Krishna respondió:

— En mi cielo, nada se rehusará al amor. Venid.

Después de un largo viaje, el profeta y las santas mujeres llegaron a unas cabañas agrupadas alrededor de un gran cedro sin hojas, sobre una montaña amarillenta y rocosa. Por un lado, las inmensas cúpulas de nieve del Himavat.

Del otro, en la profundidad, un dédalo de montañas; a lo lejos, la llanura, la India perdida como un sueño en una bruma dorada. En aquella ermita vivían algunos penitentes vestidos con cortezas de árbol, con los cabellos en desorden y la barba larga sobre un cuerpo lleno de fango y de polvo, con miembros desecados por el soplo del viento y el calor del sol. Algunos sólo tenían su piel seca sobre el esqueleto. Viendo aquel lugar triste, Sarasvati exclamó:

— La tierra está lejos y el cielo es mudo. Señor, ¿Por qué nos has conducido a este desierto abandonado de Dios y de los hombres?.

— Ora — respondió Krishna —, si quieres que la tierra se acerque y que el cielo te hable.

— Contigo el cielo siempre está presente — dijo Nichdali —; pero, ¿Por qué el cielo quiere abandonarnos?.

— Es preciso — dijo Krishna — que el hijo de Mahadeva muera atravesado por una flecha, para que el mundo crea en su palabra.

— Explícanos ese misterio.

— Ya lo comprenderéis después de mi muerte. Oremos.

Durante siete días hicieron rezos y abluciones. El semblante de Krishna se transfiguraba y parecía más radiante. El séptimo día, hacia la puesta del sol, las dos mujeres vieron a unos arqueros subir hada la ermita.

— Ahí están los arqueros de Kansa que te buscan — dijo Sarasvati —. Maestro, defiéndete.

Pero Krishna, de rodillas al lado del cedro, no salía de su oración. Los arqueros llegaron y miraron a las mujeres y a los penitentes. Eran soldados rudos, de caras amarillas y negras. Al ver la figura extática del santo, se detuvieron. Al pronto, trataron de sacarle de su éxtasis dirigiéndole preguntas, injuriándole y arrojándole piedras. Pero nada pudo hacerle salir de su inmovilidad. Entonces se arrojaron sobre él y le ataron al tronco del cedro. Krishna dejó hacer todo esto como en un sueño. Luego, los arqueros, colocándose a distancia, se pusieron a tirar sobre él, excitándose los unos a los otros. A la primera flecha que le atravesó, brotó la sangre, y Krishna exclamo: “Vasichta, los hijos del Sol han vencido”. Cuando la segunda flecha vibró en su carne, dijo: “Madre mía radiante, que los que me aman entren conmigo en tu luz”. A la tercera, dijo solamente: “¡Mahadeva!” Y luego, con el nombre de Brahma, entregó el espíritu.

Se había puesto el Sol. Un gran viento se elevó, una tempestad de nieve bajó del Himavat sobre la tierra. El cielo se veló. Un torbellino negro barrió las montañas. Aterrados de lo que habían hecho, los asesinos huyeron, y las

dos mujeres, heladas de espanto, rodaron desvanecidas sobre el suelo, como bajo una lluvia de sangre. El cuerpo de Krishna fue quemado por sus discípulos en la ciudad santa de Dwarka. Sarasvati y Nichdali se arrojaron a la hoguera para unirse a su dueño y maestro, y la multitud creyó ver al hijo de Mahadeva lleno de luz, con sus dos esposas.

Después de esto, una gran parte de la India adopto el culto de Vishnú, que conciliaba los cultos solares y lunares en la religión de Brama.

VIII
IRRADIACIÓN DEL VERBO SOLAR

Tal es la leyenda del Krishna, reconstruida en su conjunto orgánico y colocada en la perspectiva de la historia.

Ella arroja una viva luz sobre los orígenes del Brahmanismo. Claro que es imposible probar por documentos positivos que tras del mito de Krishna se oculta un personaje real. El triple velo qué cubre el embrión de todas las religiones orientales, es más espeso en la India que en parte alguna, porque los brahmanes, dueños absolutos de la sociedad india, únicos guardianes de sus tradiciones, las han modelado y reformado con frecuencia en el curso de las edades. Pero es justo añadir que han conservado fielmente todos los elementos constitutivos, y que, si su doctrina sagrada se ha desarrollado con los siglos, su centro no se ha desplazado jamás. No podemos, pues, como lo hace la mayor parte de los sabios europeos, explicar una figura como la de Krishna, diciendo: "Es un cuento de nodriza injertado en un mito solar, con una fantasía filosófica hilvanada sobre el conjunto". No es así, creemos, como se funda una religión que dura miles de años, engendra una poesía maravillosa, varias grandes filosofías, resiste al ataque formidable del buddhismo, a las invasiones mongolas, mahometanas, a la conquista inglesa, y conserva hasta en su decadencia profunda el sentimiento de su inmemorial y alto origen. **(*La grandeza de Sakhia Muni reside en su caridad sublime, en su reforma moral, y en la revolución social que trajo por la caída de las castas osificadas. E1 Buddha dio al Brahmanismo envejecido una sacudida semejante a la que el protestantismo dio al catolicismo de hace trescientos años: le obligó a prepararse para la lucha y a regenerarse. Pero Sakhia Muni no añadió nada a la doctrina esotérica de los brahmanes, y divulgó solamente algunas de sus partes. Su psicología es, en el fondo, la misma, aunque siga un camino diferente. (Véase mi artículo sobre la Leyenda de Budha. Revue des Deux-Mondes, 1º de julio de 1885.***

Si el Budha no figura en este libro, no es porque desconozcamos su lugar en la cadena de los grandes iniciados, sino a causa del plan especial de esta obra. Cada uno de los reformadores o filósofos que hemos elegido, está destinado a mostrar a la doctrina de los misterios bajo una nueva faz, y en cierta etapa de su evolución. Desde este punto

de vista, el Budha hubiera resultado duplicado: por una parte con Pitágoras, a través de quien he desarrollado la teoría de la reencarnación y de la evolución de las almas; por otra, con Jesucristo, que promulgó, tanto para el Occidente como para el Oriente, la fraternidad y la caridad universales.

En cuanto al libro, muy interesante por otra parte y muy digno de ser leído; "El Budhismo Esotérico", de Sinnett, cuyo origen algunas personas atribuyen a pretendidos adeptos que viven actualmente en el Tibet, me es imposible hasta nueva orden, ver en él otra cosa que una muy hábil compilación del Brahmanismo y del Budhismo, con ciertas ideas de la Kábala, de Paracelso, y algunos datos de la ciencia moderna).

No: siempre hay un grande hombre en el origen de una gran institución. Considerando el papel predominante del personaje Krishna en la tradición épica y religiosa, sus aspectos humanos por una parte, y por la otra, su identificación constante con Dios manifestado o Vishnú, fuerza nos es creer que él fue el creador del culto Vishnuita, que dio al Brahmanismo su virtud y su prestigio. Es, pues, lógico admitir que en medio del caos religioso y social que creaba en la India primitiva la invasión de los cultos naturalistas y apasionados, apareció un reformador luminoso que renovó la pura doctrina aria por la idea de la Trinidad y del Verbo divino manifestado, que puso el sello a su obra por el sacrificio de su vida, y dio así a la India su alma religiosa su forma nacional y su organización definitiva.

La importancia de Krishna nos parecerá aun mayor y de un carácter realmente universal, si notamos que su doctrina encierra dos ideas madres, dos principios organizadores de las religiones y de la filosofía esotérica. Estos son: la doctrina orgánica de la inmortalidad del alma o de las existencias progresivas por la reencarnación, la que corresponde a la Trinidad o Verbo divino revelado en el hombre. No he hecho más que indicar ***(Véase la nota sobre Devaki a propósito de la visión de Krishna),*** el alcance filosófico de esta concepción central, que, bien comprendida, tiene su repercusión animadora en todos los dominios de la ciencia, del arte y de la vida. Debo limitarme, para concluir, a una nota histórica.

La idea de que Dios, la Verdad, la Belleza y la Bondad infinitas se revelan en el hombre consciente con un poder redentor que resalta hacia las profundidades del cielo por la fuerza del amor y del sacrificio, esa idea fecunda entre todas, aparece por primera vez en Krishna. Ella se personifica en el momento en que, saliendo de su juventud aria, la humanidad va a hundirse

más y más en el culto de la materia. Krishna le revela la idea del Verbo divino; ella no lo olvidará ya. Y tendrá tanta más sed de redentores y de hijos de Dios cuanto más profundamente sienta su descenso. Después de Krishna, hay como una poderosa irradiación del verbo solar a través de los templos de Asia, de África y de Europa. En Persia, es Mithras, el reconciliador del luminoso Ormuzd y del sombrío Ahrimán; en Egipto, es Horus, el hijo de Osiris y de Isis; en Grecia, es Apolo, el Dios del Sol y de la Tierra; es Dionisos, el resucitador de las almas. En todas partes el dios solar es un dios mediador, y la luz es también la palabra de vida. ¿No es de ella también de donde brotó la idea mesiánica?. Sea de ello lo que quiera, por Krishna entró esa idea en el mundo antiguo; por Jesús irradiará sobre toda la tierra.

Mostraré en lo que sigue de esta historia secreta de las religiones, cómo la doctrina del ternario divino se liga a la del alma y de su evolución, cómo y por qué ellas se suponen y se completan recíprocamente. Digamos ante todo que su punto de contacto forma el centro vital, el foco luminoso de la doctrina esotérica. A no considerar las grandes religiones de la India, del Egipto, de Grecia y de Judea más que por el lado exterior, no se ve otra cosa que discordia, superstición, caos. Pero sondead los símbolos, interrogad a los misterios, buscad la doctrina madre de los fundadores y de los profetas, y la armonía se hará en la luz. Por diversos caminos, con frecuencia tortuosos, se llegará al mismo punto; de suerte que penetrar en el arcano de una de esas religiones, es también penetrar en los de las otras. Entonces sé produce un fenómeno extraño. Poco a poco, pero en una esfera creciente, se ve brillar la doctrina de los iniciados en el centro de las religiones, como un sol que disipa su nebulosa. Cada religión aparece como un planeta distinto. Con cada una de ellas cambiamos de atmósfera y de orientación celeste, pero siempre el mismo Sol nos ilumina. La India, la gran soñadora, nos sumerge con ella en el sueño de la eternidad. El Egipto grandioso, austero como la muerte, nos invita al viaje de ultratumba. La Grecia encantadora nos arrastra a las fiestas mágicas de la vida, y da a sus misterios la seducción de las formas, tan pronto encantadoras como terribles, de su alma siempre apasionada. Pitágoras, en fin, formula científicamente la doctrina esotérica, le da quizá la expresión más completa y más sólida que haya jamás tenido; Platón y los Alejandrinos no fueron más que sus vulgarizadores. Acabamos de remontarnos hasta su fuente en los juncares del Ganges y las soledades del Himalaya.

LIBRO III
HERMES
LOS MISTERIOS DE EGIPTO

¡Oh, alma ciega!, ármate con la antorcha de los Misterios, y en la noche terrestre descubrirás tu Doble luminoso, tu alma celeste. Sigue a ese divino guia, y que él sea tu Genio. Porque él tiene la clave de tus existencias pasadas y futuras.

Llamada a los iniciados,
(del Libro de los Muertos).

Escuchad en vosotros mismos y mirad en el Infinito del Espacio y del Tiempo. Allí se oye el canto de los Astros, la voz de los Números, la armonía de las Esferas.

Cada sol es un pensamiento de Dios y cada planeta un modo de este pensamiento. Para conocer el pensamiento divino, ¡Oh, almas!, es para lo que bajáis y subís penosamente el camino de los siete planetas y de sus siete cielos.

¿Qué hacen los astros?. ¿Qué dicen los números?. ¿Qué ruedan las Esferas? ¡Oh, almas perdidas o salvadas!: ¡ellos dicen, ellos cantan, ellas ruedan, vuestros destinos!.

Fragmento
(de Hermes).

I
LA ESFINGE

Frente a Babilonia, metrópoli tenebrosa del despotismo, Egipto fue en el mundo antiguo una verdadera ciudadela de la ciencia sagrada, una escuela para sus más ilustres profetas, un refugio y un laboratorio de las más nobles tradiciones de la Humanidad. Gracias a excavaciones inmensas, a trabajos admirables, el pueblo egipcio nos es hoy mejor conocido que ninguna de las civilizaciones que precedieron a la griega, porque nos vuelve a abrir su historia, escrita sobre páginas de piedra. **(*Champollion, L'Egypte sous les Pharaoro; Bunsen, Aegyptiscfae Alterthümer; Lepsius, Denlunaeler; Paul Pierret, Le livre des Morts; Francois Lenormant, Histoire des Peuples de l'Orient; Máspero, Histoire andenne des Peuples de l'Orient, etc.*).** Se desentierran sus monumentos, se descifran sus jeroglíficos, y sin embargo, nos falta aún penetrar en el más profundo arcano de su pensamiento. Ese arcano es la doctrina oculta de sus sacerdotes. Aquella doctrina, científicamente cultivada en los templos, prudentemente velada bajo los misterios, nos muestra al mismo tiempo el alma de Egipto, el secreto de su política, y su capital papel en la historia universal.

Nuestros historiadores hablan de los faraones en el mismo tono que de los déspotas de Nínive y de Babilonia. Para ellos, Egipto es una monarquía absoluta y conquistadora como Asiria, y no difiere de ésta más que porque aquélla duró algunos miles de años más. ¿Sospechan ellos que en Asiria la monarquía aplastó al sacerdocio para hacer de él un instrumento, mientras que en Egipto el sacerdocio disciplinó a los reyes, no abdicó jamás ni aun en las peores épocas, arrojando del trono a los déspotas, gobernando siempre a la nación; y eso por una superioridad intelectual, por una sabiduría profunda y oculta, que ninguna corporación educadora ha igualado jamás en ningún país ni tiempo?. Cuesta trabajo creerlo. Porque, bien lejos de deducir las innumerables consecuencias de ese hecho esencial, nuestros historiadores lo han entrevisto apenas, y parecen no concederle ninguna importancia. Sin embargo, no es preciso ser arqueólogo o lingüista para comprender que el odio implacable entre Asiria y Egipto procede que los dos pueblos representaban en el mundo dos principios opuestos, y que el pueblo egipcio debió su larga duración a una armazón religiosa y

científica más fuerte que todas las revoluciones.

Desde la época aria, a través del período turbulento que siguió a los tiempos védicos hasta la conquista persa y la época alejandrina, es decir, durante un lapso de más de cinco mil años, Egipto fue la fortaleza de las puras y altas doctrinas cuyo conjunto constituye la ciencia de los principios y que pudiera llamarse la ortodoxia esotérica de la antigüedad. Cincuenta dinastías pudieron sucederse y el Nilo arrastrar sus aluviones sobre ciudades enteras; la invasión fenicia pudo inundar el país y ser de él expulsada: en medio de los flujos y reflujos de la historia, bajo la aparente idolatría de su politeísmo exterior, el Egipto guardó el viejo fondo de su teogonía oculta y su organización sacerdotal. Ésta resistió a los siglos, como la pirámide de Gizeh medio enterrada entre la arena, pero intacta. Gracias a esa inmovilidad de esfinge que guarda su secreto, a esa resistencia de granito, el Egipto llegó a ser el eje alrededor del cual evolucionó el pensamiento religioso de la Humanidad al pasar de Asia a Europa. La Judea, la Grecia, la Etruria, son otras tantas almas de vida que formaron civilizaciones diversas. Pero, ¿De dónde extrajeron sus ideas madres, sino de la reserva orgánica del viejo Egipto?. Moisés y Orfeo crearon dos religiones opuestas y prodigiosas: la una por su austero monoteísmo, la otra por su politeísmo deslumbrador. Pero, ¿Dónde se moldeó su genio?. ¿Dónde encontró el uno la fuerza, la energía, la audacia de refundir un pueblo salvaje como se refunde el bronce en un horno, y dónde encontró el otro la magia de hacer hablar a los dioses como una lira armonizada con el alma de sus bárbaros embelesados?. — En los templos de Osiris, en la antigua Thebas, que los iniciados llamaban la ciudad del Sol o el Arca solar, porque contenía la síntesis de la ciencia divina y todos los secretos de la iniciación.

Todos los años, en el solsticio de verano, cuando caen las lluvias torrenciales en la Abisinia, el Nilo cambia de color y toma ese matiz de sangre de que habla la Biblia. El río crece hasta el equinoccio de otoño, y sepulta bajo sus ondas el horizonte de sus orillas. Pero, en pie sobre sus mesetas graníticas, bajo el sol que ciega, los templos tallados en plena roca, las necrópolis, las portadas, las pirámides, reflejan la majestad de sus ruinas en el Nilo convertido en mar. Así, el sacerdote egipcio atravesó los siglos con su organización y sus símbolos, arcanos impenetrables de su ciencia, en aquellas criptas y en aquellas pirámides se elaboró la admirable doctrina del Verbo Luz, de la Palabra Universal, que Moisés encerrará en su arca de oro, y cuya antorcha viva será Cristo.

La verdad es inmutable en sí misma, y sólo ella sobrevive a todo; pero

cambia de moradas como de formas y sus revelaciones son intermitentes. “La Luz de Osiris”, que en la antigüedad iluminaba para los iniciados las profundidades de la naturaleza y las bóvedas celestes, se ha extinguido para siempre en las criptas abandonadas. Se ha realizado la palabra de Hermes a Asklepios: “¡Oh Egipto, Egipto!, sólo quedarán de ti fábulas increíbles para las generaciones futuras, y nada durará de ti más que palabras grabadas en piedras”.

Sin embargo, un rayo de aquel misterioso sol de los santuarios es lo que quisiéramos hacer revivir siguiendo la vía secreta de la antigua iniciación egipcia, en cuanto lo permite la intuición esotérica y la refracción de las edades.

Pero antes de entrar en el templo, lancemos una ojeada sobre las grandes fases que atravesó el Egipto antes del tiempo de los Hicsos.

Casi tan vieja como la armazón de nuestros continentes, la primera civilización egipcia se remonta a la antiquísima raza roja. ***(En una inscripción de la cuarta dinastía, se habla de la esfinge como de un monumento cuyo origen se perdía en la noche de los tiempos, y que había sido encontrado fortuitamente en el reinado de aquel príncipe, enterrado bajo la arena del desierto, donde estaba olvidado después de muchas generaciones. Véase Pr. Lenorman, Histoire d’Orient, II, 55. Y la cuarta dinastía nos lleva a unos 4000 años antes de J. C. Júzguese por ese dato cuál será la antigüedad de la Esfinge).***

La esfinge colosal de Gizeh, situada junto a la gran pirámide, es obra suya. En tiempos en que el Delta (formado más tarde por los aluviones del Nilo) no existía aún, el animal monstruoso y simbólico estaba ya tendido sobre su colina de granito, ante la cadena de los montes líbicos, y miraba el mar romperse a sus pies, allí donde se extiende hoy la arena del desierto. La esfinge, esa primera creación del Egipto, se ha convertido en su símbolo principal, su marca distintiva. El más antiguo sacerdocio humano la esculpió, imagen de la Naturaleza tranquila y terrible en su misterio. Una cabeza de hombre sale de un cuerpo de toro con garras de león, y repliega sus alas de águila a los costados. Es la Isis terrestre, la Naturaleza en la unidad viviente de sus reinos. Porque ya aquellos sacerdotes inmemoriales sabían y señalaban que en la gran evolución, la naturaleza humana emerge de la naturaleza animal. En ese compuesto del toro, del león, del águila y del hombre están también encerrados los cuatro animales, de la visión de Ezequiel, representando cuatro elementos constitutivos del microcosmos y del macrocosmos: el agua, la tierra, el aire y el fuego, base de la ciencia oculta.

Por esta razón, cuando los iniciados vean el animal sagrado tendido en el pórtico de los templos o en el fondo de las criptas, sentirán vivir aquel misterio en sí mismos y replegarán en silencio las alas de su espíritu sobre la verdad interna. Porque antes de Aedipo, sabrán que la clave del enigma de la esfinge es el hombre, el microcosmos, el agente divino, que reúne en sí todos los elementos y todas las fuerzas de la naturaleza.

La raza roja no ha dejado otro testigo que la esfinge de Gizeh; prueba irrecusable de que había formulado y resuelto a su manera el gran problema.

II
HERMES

La raza negra que sucedió a la raza roja austral en la dominación del mundo, hizo del alto Egipto su principal santuario. El nombre de Hermes Toth, ese misterioso y primer iniciador del Egipto en las doctrinas sagradas, se relaciona sin duda con una primera y pacífica mezcla de la raza blanca y de la raza negra en las regiones de la Etiopía y del alto Egipto, largo tiempo antes de la época aria. Hermes es un nombre genérico como Manú y Buddha pues designa a la vez a un hombre, a una casta y a un Dios. Como hombre, Hermes es el primero, el gran iniciador del Egipto; como casta, es el sacerdocio depositario de las tradiciones ocultas; como Dios, es el planeta Mercurio, asimilado con su esfera a una categoría de espíritus, de iniciadores divinos; en una palabra: Hermes preside a la región supraterrena de la iniciación celeste. En la economía espiritual del mundo, todas esas cosas están ligadas por secretas afinidades como por un hilo invisible. El nombre de Hermes es un talismán que las resume, un sonido mágico que las evoca. De ahí su prestigio. Los griegos, discípulos de los egipcios, le llamaron Hermes Trismegisto o tres veces grande, porque era considerado como rey, legislador y sacerdote. Él caracteriza a una época en que el sacerdocio, la magistratura y la monarquía se encontraban reunidos en un solo cuerpo gobernante. La cronología egipcia de Manetón llama a esa época el reino de los dioses. No había entonces ni papiros ni escritura fonética, pero la ideografía existía ya: la ciencia del sacerdocio estaba inscrita en jeroglíficos sobre las columnas y los muros de las criptas. Considerablemente aumentada, pasó más tarde a las bibliotecas de los templos. Los egipcios atribuían a Hermes cuarenta y dos libros sobre la ciencia oculta. El libro griego conocido por el nombre de ***Hermes Trismegisto*** encierra ciertamente restos alterados, pero infinitamente preciosos, de la antigua teogonía, que es como el fíat lux de donde Moisés y Orfeo recibieron sus primeros rayos. La doctrina del Fuego Principio y del Verbo Luz, encerrada en la ***Visión de Hermes,*** será como la cúspide y el centro de la iniciación egipcia.

Trataremos ahora de encontrar esta visión de los maestros, en rosa mística que se abre en la noche del santuario y en el arcano de las grandes

religiones. Ciertas palabras de Hermes, impregnadas de sabiduría antigua, son propias para prepararnos a ello. "Ninguno de nuestros pensamientos — dice a su discípulo Asklepios — puede concebir a Dios, ni lengua alguna puede definirle. Lo que es incorpóreo, invisible, sin forma, no puede ser percibido por nuestros sentidos; lo que es eterno, no puede ser medido por la corta regla del tiempo: Dios es, pues, inefable. Dios puede, es verdad, comunicar a algunos elegidos la facultad de elevarse sobre las cosas naturales para percibir alguna radiación de su perfección suprema; pero esos elegidos no encuentran palabra para traducir en lenguaje vulgar la Visión inmaterial que les ha hecho estremecer. Ellos pueden explicar a la humanidad las causas secundarias de las creaciones que pasan bajo sus ojos como imágenes de la vida universal, pero la causa primera queda velada y no llegaríamos a comprenderla más que atravesando la muerte". Así hablaba Hermes del Dios desconocido, en el pórtico de las criptas. Los discípulos que penetraban con él en sus profundidades, aprendían a conocerle como ser viviente. ***(La teología sabia, esotérica — dice M. Maspéro — es monoteísta desde los tiempos del antiguo Imperio. La afirmación de la unidad fundamental del ser divino, se lee expresada en términos formales y de una gran energía en los textos que se remontan a aquella época. Dios es el Uno único, el que existe por esencia, el solo que vive en substancia, el solo generador en el cielo y en la tierra que no haya sido engendrado. A la vez Padre, Madre e Hijo, él engendra, concibe y es perpetuamente; y esas tres personas, lejos de dividir la unidad de la naturaleza divina, concurren a su infinita perfección. Sus atributos son: la inmensidad, la eternidad, la independencia, la voluntad todopoderosa, la bondad sin límites. "Él crea sus propios miembros que son los dioses", dicen los viejos textos. Cada uno de esos dioses secundarios, considerados como idénticos al Dios Uno, puede formar un tipo nuevo de donde emanan a su vez, y por el mismo procedimiento, otros tipos inferiores. — Histoire andenne des penpla de l'Orient).***

El libro habla de su muerte como de la partida de un dios. "Hermes vio el conjunto de las cosas, y habiendo visto, comprendió, y habiendo comprendido, tenía el poder de manifestar y de revelar. Lo que pensó lo escribió; lo que escribió lo ocultó en gran parte, callándose con prudencia y hablando a la vez, a fin de que toda la duración del mundo por venir buscase esas cosas. Y así, habiendo ordenado a los dioses sus hermanos que le sirvieran de cortejo, subió a las estrellas".

Se puede, en rigor, aislar la historia política de los pueblos, mas no

así su historia religiosa. Las religiones de la Asiria, Egipto, Judea y Grecia no se comprenden más que cuando se vislumbra su punto de unión con la antigua religión indoaria. Tomadas aparte, son otros tantos enigmas y charadas; vistas en conjunto y desde arriba, con una soberbia evolución donde se domina y se explica recíprocamente. En una palabra, la historia de una religión será siempre estrecha, supersticiosa y falsa; sólo hay verdad en la historia religiosa de la humanidad. Desde tal altura no se sienten más que las corrientes que dan la vuelta al globo. El pueblo egipcio, el más independiente y el más cerrado de todos a las influencias exteriores, no pudo substraerse a esta ley universal. Cinco mil años antes de nuestra era, la luz de Rama, encendida en el Irán, irradió sobre el Egipto y vino a ser la ley de Ammón-Rá, el dios solar de Thebas. Esa constitución le permitió desafiar tantas revoluciones. Menes fue el primer rey de justicia, el primer faraón ejecutor de aquella ley. Él se guardó bien de arrebatar al Egipto su antigua teología, que era la suya también, y no hizo más que confirmarla y ensancharla, añadiéndole una organización social nueva: el sacerdocio, es decir, la enseñanza, en un primer consejo; la justicia en otro; el gobierno en los dos; la monarquía concebida como delegada y sometida a su fiscalización; la independencia relativa de los nomos o municipalidades, como base de la sociedad. Es lo que podemos llamar el gobierno de los iniciados. Tenía por clave de bóveda una síntesis de las ciencias conocidas bajo el nombre de Osiris (O-Sir-Is), el señor intelectual. La gran pirámide es un símbolo y su gnomon matemático. El faraón que recibía su nombre de iniciación en el templo, que ejercía el arte sacerdotal y real sobre el trono, era, pues, un personaje bien distinto del déspota asirio, cuyo poder arbitrario estaba cimentado sobre el crimen y la sangre. El faraón era el iniciado coronado, o por lo menos, el discípulo y el instrumento de los iniciados. Durante siglos, los faraones defenderán, contra el Asia despótica y contra la Europa anárquica, la ley del Morueco, que representaba entonces los derechos de la justicia y del arbitraje internacional según enseñara Rama con su ejemplo.

Hacia el año 2200 antes de Jesucristo, el Egipto sufrió la crisis más temible por que un pueblo puede atravesar: la de la invasión extranjera y de una semiconquista. La invasión fenicia era en sí misma la consecuencia del gran cisma religioso en Asia, que había sublevado a las masas populares, sembrado la discordia en los templos. Conducida por los reyes pastores llamados Hicsos, esa invasión lanzó un diluvio sobre el Delta y el Egipto medio. Los reyes cismáticos traían consigo una civilización corrompida, la

malicia jónica, el lujo del Asia, las costumbres del harén, una idolatría grosera. La existencia nacional del Egipto estaba comprometida, su intelectualidad en peligro, su misión universal amenazada. Pero llevaba en sí un alma de vida, es decir, un cuerpo orgánico de iniciados, depositarios de la antigua ciencia de Hermes y de Am-món-Rá. ¿Qué hizo aquella alma?. Retirarse al fondo de sus santuarios, replegarse en sí misma para resistir mejor al enemigo. En apariencia, el sacerdocio se inclinó ante la invasión y reconoció a los usurpadores que llevaban la ley del Toro y el culto del buey Apis. Sin embargo, ocultos en los templos, los dos consejos guardaron allí, como un depósito sagrado, su ciencia, sus tradiciones, la antigua y pura religión, y con ella la esperanza de una restauración de la dinastía nacional. En esta época fue cuando los sacerdotes difundieron entre el pueblo la leyenda de Isis y de Osiris, del desmembramiento de este último y de su resurrección próxima por su hijo Horus, que volvería a encontrar sus miembros dispersos arrastrados por el Nilo. Se excitó la imaginación de la multitud por la pompa de las ceremonias públicas. Se sostuvo su amor a la vieja religión representándole las desgracias de la Diosa, sus lamentos por la pérdida de su esposo celeste, y la esperanza que ella tenía en su hijo Horus, el divino mediador. Pero al mismo tiempo, los iniciados juzgaron necesario hacer inatacable la verdad esotérica recubriéndola con un triple velo. A la difusión del culto popular de Isis y de Osiris corresponde la organización interior y sabia de los pequeños y de los grandes Misterios. Se les rodeó de barreras casi infranqueables, de peligros tremendos. Se inventaron las pruebas morales, se exigió el juramento del silencio, y la pena de muerte fue rigurosamente aplicada contra los iniciados que divulgaban el menor detalle de los Misterios. Gracias a esta organización severa, la iniciación egipcia llegó a ser, no solamente el refugio de la doctrina esotérica, sino también el crisol de una resurrección nacional y la escuela de las religiones futuras. Mientras los usurpadores coronados reinaban en Memphis, Thebas se preparaba lentamente para la regeneración del país. De su templo, de su arca solar, salió el salvador del Egipto, Amos, que arrojó a los Hicsos del país después de nueve siglos de dominación, restauró la ciencia egipcia en sus derechos y la religión viril de Osiris.

De este modo los Misterios salvaron el alma del Egipto de la tiranía extranjera, y esto para bien de la humanidad. Porque tal era entonces la fuerza de su disciplina, el poder de su iniciación, que encerraba en sí una mejor fuerza moral, su más alta selección intelectual. La iniciación antigua reposaba sobre una concepción del hombre a la vez más sana y más elevada

que la nuestra. Nosotros hemos disociado la educación del cuerpo de la del alma y del espíritu. Nuestras ciencias físicas y naturales, muy avanzadas en sí mismas, hacen abstracción del principio del alma y de su difusión en el universo; nuestra religión no satisface las necesidades de la inteligencia, nuestra medicina no quiere saber nada ni del alma ni del espíritu. El hombre contemporáneo busca el placer sin la felicidad, la felicidad sin la ciencia, y la ciencia sin la sabiduría. La antigüedad no admitía que se pudiesen separar tales cosas. En todos los dominios, ella tenía en cuenta la triple naturaleza del hombre. La iniciación era un adiestramiento gradual de todo el ser humano hacia las cimas vertiginosas del espíritu, desde donde se puede dominar la vida. "Para alcanzar la maestría — decían los sabios de entonces — el hombre tiene necesidad de una refundición total de su ejercicio simultáneo de la voluntad, de la intuición y del razonamiento. Por su completa concordancia, el hombre puede desarrollar sus facultades hasta límites incalculables. El alma tiene sentidos dormidos: la iniciación los despierta. Por medio de un estudio profundo, una aplicación constante, el hombre puede ponerse en relación consciente con las fuerzas ocultas del universo. Por un esfuerzo prodigioso, puede alcanzar la perfección espiritual directa, abrirse las vías del más allá, y hacerse capaz de dirigirse a ellas. Entonces, solamente, puede decir que ha vencido al destino y conquistado su libertad divina. Entonces sólo, el iniciado puede llegar a ser iniciador, profeta y teurgo, es decir: vidente y creador de almas. Porque sólo el que se domina a sí mismo puede dirigir a los otros; sólo es libre el que puede libertarse, únicamente puede emancipar el que está emancipado.

Así pensaban los iniciados antiguos. Los más grandes de entre ellos vivían y obraban en consecuencia. La verdadera iniciación era una cosa bien distinta a un sueño nuevo, y mucho más que una simple enseñanza científica, era la creación de un alma por sí misma, su germinación sobre un plano superior, su floración en el mundo divino.

Trasladémonos al tiempo de los Ramsés, a la época de Moisés y de Orfeo, hacia el año 1300 antes de nuestra era, y tratemos de penetrar en el corazón de la iniciación egipcia. Los monumentos figurados, los libros de Hermes, la tradición judía y griega, **(IAMBAIXOT, περί Μυστηρίων λόγος),** permiten hacer revivir sus fases ascendentes y formarnos una idea de su más alta revelación.

III
ISIS - LA INICIACIÓN - LAS PRUEBAS

En tiempo de los Ramsés, la civilización egipcia resplandecía en el apogeo de su gloria. Los faraones de la XX dinastía, discípulos y portaespadas de los santuarios, sostenían como verdaderos héroes la lucha contra Babilonia. Los arqueros egipcios hostigaban a los Libios, los Bodrones y los Númidas, hasta en el centro del África. Una flota de cuatrocientas velas perseguía a la liga de los cismáticos hasta las bocas del Indus. Para resistir mejor al choque de la Asiria y de sus aliados, los Ramsés habían trazado caminos estratégicos hasta el Líbano, y construido una cadena de fuertes entre Mageddo y Karkemish. Interminables caravanas afluían por el desierto, de Radasich a Elefantina. Los trabajos de arquitectura continuaban sin descanso y ocupaban a obreros de tres continentes. La sala hipóstila de Karnak, cuyos pilares alcanzan la altura de la columna Vendóme, era reparada; el templo de Abydos se enriquecía con maravillas escultóricas, y el valle de les reyes con monumentos grandiosos. Se construía en Bubasta, en Luksor, en Speos e Ibsambul. En Thebas un arco de triunfo recordaba la toma de Kadesh. En Memphis el Rameseum se elevaba rodeado de un bosque de obeliscos, de estrellas, de monolitos gigantescos.

En medio de aquella actividad febril, de aquella vida deslumbradora, más de un extranjero aspirante a los Misterios, venido de las playas lejanas del Asia Menor o de las montañas de la Tracia, llegaba a Egipto, atraído por la reputación de sus templos. Una vez en Memphis, quedaba asombrado. Monumentos, espectáculos, fiestas públicas, todo le daba la impresión de la opulencia, de la grandeza. Después de la ceremonia de la consagración real, que se hacía en el secreto del santuario, veía al faraón salir del templo, ante la multitud, y subir sobre su pavés llevado por doce oficiales de su estado mayor. Ante él, doce jóvenes ministros del culto llevaban, sobre cojines bordados en oro, las insignias reales: el cetro de los árbitros con cabeza de morueco, la espada, el arco y la maza de armas. Detrás iba la casa del rey y los colegios sacerdotales, seguidos de los iniciados en los grandes y pequeños misterios. Los pontífices llevaban la tiara blanca, y su pectoral chispeaba con el fuego de las piedras simbólicas. Los dignatarios de la corona llevaban

las condecoraciones del Cordero, del Morueco, del León, del Lys, de la Abeja, suspendidas de cadenas macizas admirablemente trabajadas. Las corporaciones cerraban la marcha con sus emblemas y sus banderas desplegadas. ***(Véanse las pinturas murales de los templos de Thebas reproducidas en el libro de Francois Lenormant, y el capitulo sobre Egipto en La mission des Juifs, de M. Saínt-Yves d'Alveydre).***

Por la noche, barcas magníficamente empavesadas paseaban sobre lagos artificiales a las reales orquestas, en medio de las cuales se perfilaban, en posturas hieráticas, las bailarinas y tocadoras de tiorba.

Pero aquella pompa aplastante no era lo que él buscaba. El deseo de penetrar el secreto de las cosas, la sed de saber: he ahí lo que le traía de tan lejos. Se le había dicho que en los santuarios de Egipto vivían magos, hierofantes en posesión de la ciencia divina. Él también quería entrar en el secreto de los dioses. Había oído hablar a un sacerdote de su país del ***Libro de los muertos,*** de su rollo misterioso que se ponía bajo la cabeza de las momias como un viático, y que contaba, bajo una forma simbólica, el viaje de ultratumba del alma, según los sacerdotes de Ammón-Rá. Él había seguido con ávida curiosidad y un cierto temblor interno mezclado de duda, aquel largo viaje del alma después de la vida; su expiación en una región abrasadora; la purificación de su envoltura sideral; su encuentro con el mal piloto sentado en una barca con la cabeza vuelta, y con el buen piloto que mira de frente; su comparecencia ante los cuarenta y dos jueces terrestres; su justificación por Toth; en fin, su entrada y transfiguración en la luz de Osiris. Podemos juzgar del poder de aquel libro y de la revolución total que la iniciación egipcia operaba a veces en los espíritus, por este pasaje del ***Libro de los muertos:*** "Este capítulo fue encontrado en Hermópolis en escritura azul sobre una losa de alabastro, a los pies del Dios Toth (Hermes), del tiempo del rey Menkara, por el príncipe Hastatef, cuando iba de viaje para inspeccionar los templos. Llevó él la piedra al templo real. ¡Oh gran secreto!; él no vio más ni oyó más cuando leyó aquel capítulo puro y santo; no se aproximó más a ninguna mujer ni comió más carne ni pescado". ***(Libro de los muertos, capítulo LXIV).*** Pero ¿Qué había de verdadero en aquellas narraciones turbadoras, en aquellas imágenes hieráticas tras las cuales se esfumaba el terrible misterio de ultratumba? — Isis y Osiris lo saben — le decían. Pero ¿Quiénes eran aquellos dioses de quienes sólo se hablaba con un dedo sobre los labios?. Para saberlo el extranjero llamaba a la puerta del gran templo de Thebas o de Memphis. Varios servidores le conducían bajo el pórtico de un patio

interior, cuyos pilares enormes parecían lotos gigantescos, sosteniendo por su fuerza y pureza al arca solar, el templo de Osiris. El hierofante se aproximaba al recién llegado. La majestad de sus facciones, la tranquilidad de su rostro, el misterio de sus ojos negros, impenetrables, pero llenos de luz interna, inquietaban ya algo al postulante. Aquella mirada penetraba como un punzón. El extranjero se sentía frente a un hombre a quien sería imposible ocultar nada. El sacerdote de Osiris interrogaba al recién llegado sobre su ciudad natal, sobre su familia y sobre el templo donde había sido instruido. Si en aquel corto pero incisivo examen se le juzgaba indigno de los misterios, un gesto silencioso, pero irrevocable, le mostraba la puerta. Pero si el sacerdote encontraba en el aspirante un deseo sincero de la verdad, le rogaba que le siguiera. Atravesaba pórticos, patios interiores, luego una avenida tallada en la roca a cielo abierto y bordeada de obeliscos y de esfinges, y por fin se llegaba a un pequeño templo que servía de entrada a las criptas subterráneas. La puerta estaba oculta por una estatua de Isis de tamaño natural. La diosa sentada tenía un libro cerrado sobre sus rodillas, en una actitud de meditación y de recogimiento. Su cara estaba cubierta con un velo. Se leía bajo la estatua:

"Ningún mortal ha levantado mi velo".

— Aquí está la puerta del santuario oculto — decía el hierofante —. Mira esas dos columnas. La roja representa la ascensión del espíritu hacia la luz de Osiris; la negra significa la cautividad en la materia, y en esta caída puede llegarse hasta el aniquilamiento. Cualquiera que aborde nuestra ciencia y nuestra doctrina, juega en ello su vida. La locura o la muerte: he ahí lo que encuentra el débil o el malvado; los fuertes y los buenos únicamente encuentran aquí la vida y la inmortalidad. Muchos imprudentes han entrado por esa puerta y no han vuelto a salir vivos. Es un abismo que no muestra la luz más que a los intrépidos. Reflexiona bien en lo que vas a hacer, en los peligros que vas a correr, y si tu valor no es un valor a toda prueba, renuncia a la empresa. Porque una vez que esa puerta se cierre, no podrás volverte atrás. — Si el extranjero persistía en su voluntad, el hierofante le volvía a llevar al patio exterior y le dejaba en manos de los servidores del templo, con los que tenía que pasar una semana, obligado a hacer los trabajos más humildes, escuchando los himnos y haciendo las abluciones. Se le ordenaba el silencio más absoluto.

Llegaba la noche de la prueba. Dos neócoros ***(Empleamos aquí como más inteligible la traducción griega de los términos egipcios)*** u oficiantes volvían a llevar al aspirante a la puerta del santuario oculto. Se entraba en un vestíbulo negro sin salida aparente. A los dos lados de aquella sala lúgubre, a la luz de las antorchas el extranjero veía una fila de estatuas con cuerpos de hombre y cabezas de animales; de leones, de toros, de aves de rapiña, de serpientes que parecían mirar su paso sonriendo con ironía. Al fin de aquella siniestra avenida, que se atravesaba en el más profundo silencio, había una momia y un esqueleto humanos en pie y frente a frente. Y con un gesto mudo los dos neócoros mostraban al novicio un agujero en la pared, frente a él. Era la entrada de un pasadizo tan bajo que no se podía penetrar en él más que arrastrándose.

— Aún puedes volver atrás — decía uno de los oficiantes —. La puerta del santuario aún no se ha vuelto a cerrar. Si no quieres, tienes que continuar tu camino por ahí y sin volver atrás.

— Me quedo — decía el novicio, reuniendo todo su valor.

Se le daba entonces una pequeña lámpara encendida. Los neócoros se marchaban y cerraban con estrépito la puerta del santuario. Ya no había que dudar: era preciso entrar en el pasadizo. Apenas se había deslizado en él, arrastrándose de rodillas con su lámpara en la mano, cuando oía una voz en el fondo del subterráneo: “Aquí perecen los locos que codician la ciencia y el poder”. Gracias a un maravilloso efecto de acústica, aquellas palabras eran repetidas siete veces por ecos distanciados. Era preciso avanzar sin embargo; el pasadizo se ensanchaba, pero descendía en pendiente cada vez más rápida. En fin, el viajero se encontraba frente a un embudo que conducía a un agujero: una escala de hierro se perdía en él; el novicio se aventuraba a bajar. En el último escalón, su mirada asustada se hundía en un pozo horrible. Su pobre lámpara de nafta, que apretaba convulsamente en su temblorosa mano, proyectaba un vago resplandor en tinieblas sin fondo... ¿Qué hacer?. Sobre él, la vuelta imposible; bajo él, la caída en el vacío, la noche espantosa. En aquella angustia, distinguía una grieta en el terreno por su izquierda. Agarrado con una mano a la escala, extendiendo su lámpara con la otra, veía unos escalones. ¡Una escalera!, era la salvación. Se lanzaba por ella; subía, se escapaba del abismo. La escalera, atravesando la roca como una barrena, subía en espiral. En fin, el aspirante se encontraba ante una reja de bronce que daba a una ancha galería sostenida por grandes cariátides. En los intervalos, sobre el muro, se veían dos filas de frescos simbólicos. Había once en cada lado, dulcemente iluminados por lámparas de cristal que tenían en sus

manos las bellas cariátides.

Un mago llamado ***pastophoro*** (guardián de los símbolos sagrados) abría la verja al novicio y le acogía con una sonrisa benévola. Lo felicitaba por haber soportado con felicidad la primera prueba, y luego, conduciéndole a través de la galería, le explicaba las pinturas sagradas. Bajo cada una de aquellas pinturas había una letra y un número. Los veintidós símbolos representaban los veintidós primeros arcanos y constituían el alfabeto de la ciencia oculta, es decir, los principios absolutos, las claves universales que, aplicadas por la voluntad, se convierten en la fuente de toda sabiduría y de todo poder. Esos principios se fijaban en la memoria por su correspondencia con las letras de la lengua sagrada y con los números que se ligan a esas letras. Cada letra y cada número expresa en aquella lengua una ley ternaria, que tiene su repercusión en el ***mundo divino,*** en el ***mundo intelectual*** y en el ***mundo físico.*** Del mismo modo que el dedo que toca una cuerda de la lira hace resonar una nota de la gama y vibrar todas sus armónicas, así el espíritu que contempla todas las virtualidades de un número y la voz que pronuncia una letra con la conciencia de su alcance, evocan un poder que repercute en los tres mundos.

De este modo, la letra A, que corresponde al número 1, expresa ***en el mundo divino:*** el Ser absoluto que emanan todos los seres; ***en el mundo intelectual:*** la unidad, manantial y síntesis de los números; ***en el mundo físico:*** el hombre, cúspide de los seres relativos que, por la expresión de sus facultades, se eleva en las esferas concéntricas del infinito. El arcano 1 se representaba entre los egipcios por un mago vestido de blanco, con un cetro en la mano y la frente ceñida por una corona de oro. El ropaje blanco significaba la pureza, el cetro el dominio, la corona de oro la luz universal.

El novicio se hallaba lejos de comprender todo lo que oía de extrañó y de nuevo; pero desconocidas perspectivas se entreabrían ante él a las palabras del pastóphoro, ante aquellas hermosas pinturas que le miraban con la impasible gravedad de los dioses. Tras cada una de ellas, entreveía por relámpagos de intuición toda una serie de pensamientos y de imágenes súbitamente evocadas. Sospechaba por la primera vez la ***parte interna*** del mundo por la cadena misteriosa de las causas. Así, de letra en letra, de número en número, el maestro explicaba al discípulo el sentido de los arcanos, y le conducía por ***Isis Urania*** al ***Carro de Osiris;*** por la ***torre derribada por el rayo*** a ***la estrella flamígera,*** y, en fin, a ***la corona de los magos.*** "Y sábelo bien — decía el pastóphoro — lo que significa esa corona: toda voluntad que se une a Dios para manifestar la verdad y obrar la justicia,

entra desde esta vida en participación del poder divino sobre los seres y sobre las cosas, recompensa eterna de los espíritus libertados". Al oír hablar al maestro, el neófito experimentaba una mezcla de sorpresa, de temor y de admiración. Eran los primeros resplandores del santuario, y la verdad entrevista le parecía la aurora de una divina reminiscencia. Pero las pruebas no habían terminado. Al concluir de hablar, el pastóphoro abría una puerta que daba acceso a una nueva bóveda estrecha y larga, a cuya extremidad chisporroteaba una enorme hoguera. "Pero ¡eso es la muerte!", decía el novicio, y miraba a su guía temblando. "Hijo mío — respondía el pastophoro —, la muerte sólo espanta a las naturalezas abortadas. Yo he atravesado en otros tiempos aquella llama como un campo de rosas". Y la verja de la galería de los arcanos se volvía a cerrar tras el postulante. Al aproximarse a la barrera de fuego, se daba cuenta de que la hoguera se reducía a una ilusión óptica creada por maderas resinosas, dispuestas al tresbolillo sobre unas rejas. Un sendero trazado en medio le permitía pasar rápidamente al otro lado. A ***la prueba de fuego*** sucedía ***la prueba del agua.*** El aspirante tenía que atravesar una agua muerta y negra al resplandor de un incendio de nafta que se encendía tras de él, en la cámara del fuego. Después de esto, los oficiantes le conducían, tembloroso aún, a una gruta oscura en la que no se veía más que un lecho mullido, misteriosamente iluminado por la semioscuridad de una lámpara de bronce suspendida en la bóveda. Le secaban, rociaban su cuerpo con esencias exquisitas, le revestían con un traje de fino lienzo y le dejaban solo, después de haberle dicho: "Descansa, medita y espera al hierofante". El novicio extendía sus miembros fatigados sobre el tapiz suntuoso de su lecho. Después de las emociones diversas, aquel momento de calma le parecía dulce. Las pinturas sagradas que había visto, todas aquellas figuras extrañas, las esfinges, las cariátides, volvían a pasar ante su imaginación. ¿Por qué una de aquellas pinturas le obsesionaba como una alucinación?. Veía obstinadamente el arcano X representado por una rueda suspendida por su eje entre dos columnas. De un lado sube Hesmanubis, el genio del Bien, bello como un joven efebo; del otro, Tiphón, el genio del Mal, que con la cabeza hacia abajo se precipita al abismo. Entre los dos, en la parte superior de la rueda, se hallaba sentada una esfinge con una espada en sus garras.

El vago zumbido de una música lasciva que parecía partir del fondo de la gruta, hacía desvanecer aquella imagen. Eran sones ligeros e indefinidos, de una languidez triste e incisiva. Un tañido metálico excitaba su oído, mezclado

con arpegios y so nidos de flauta, suspiros jadeantes como un aliento abrasador. Envuelto en un sueño de fuego, el extranjero cerraba los ojos. Al volverlos a abrir, veía a algunos pasos de su lecho una aparición trastornadora de vida y de infernal seducción. Una mujer de Nubia, vestida con gasa de púrpura transparente, un collar de amuletos a su cuello, parecida a las sacerdotisas de los misterios de Mylitta, estaba allí en pie, cubriéndole con su mirada y manteniendo en su mano una copa coronada de rosas. Tenía ese tipo nubio cuya sensualidad intensa y chispeante concentra todas las potencias del animal femenino: pómulos salientes, nariz dilatada, labios gruesos como un fruto rojo y sabroso. Sus ojos negros brillaban en la penumbra. El novicio se había levantado y, sorprendido, no sabiendo si debía temblar o regocijarse, cruzaba instintivamente sus manos sobre el pecho. Pero la esclava avanzaba a pasos lentos, y, bajando los ojos, murmuraba en voz baja: "¿Tienes miedo de mí, bello extranjero?. Te traigo la recompensa de los vencedores, el olvido de las penas, la copa de la felicidad…". Él novicio dudaba; entonces, como llena de cansancio, la nubia se sentaba sobre el lecho y envolvía al extranjero en una mirada suplicante como una larga llama. ¡Desgraciado de él si se atrevía a desafiarla, si se inclinaba sobre aquella boca, si se embriagaba con los pesados perfumes que subían de aquellos hombros bronceados!. Una vez que había cogido su mano, y tocado con los labios aquella copa, estaba perdido... Rodaba sobre el lecho enlazado en un abrazo abrasador. Pero después de satisfacer el deseo salvaje, el líquido que había bebido le sumergía en un pesado sueño. Cuando despertaba, se encontraba solo, angustiado. La lámpara lanzaba una luz fúnebre sobre su lecho en desorden. Un hombre estaba en pie ante él; era el hierofante, que le decía:

— Has vencido en las primeras pruebas. Has triunfado de la muerte, del fuego y del agua; pero no has sabido vencerte a ti mismo. Tú que aspiras a las alturas del espíritu y del conocimiento, has sucumbido a la primera tentación de los sentidos, y has caído en el abismo de la materia. Quien vive esclavo de los sentidos, vive en las tinieblas. Has preferido las tinieblas a la luz; quédate, pues, en las tinieblas. Te advertí de los peligros a que te exponías. Has salvado tu vida; pero has perdido tu libertad. Quedarás bajo pena de muerte, como esclavo del templo.

Si al contrario, el aspirante había tirado la copa y rechazado a la pecadora, doce neócoros provistos de antorchas, llegaban para rodearle y conducirle triunfalmente al santuario de Isis, donde los magos, colocados en hemiciclo y vestidos de blanco, le esperaban en asamblea plena. En el fondo del templo espléndidamente iluminado, veía la estatua colosal de Isis,

en metal fundido, con una rosa de oro en el pecho, coronada con una diadema de siete rayos y sosteniendo en sus brazos a su hijo Horus. Ante la diosa, el hierofante recibía al recién llegado y le hacía prestar, bajo las imprecaciones más tremendas, el juramento del silencio y de la sumisión. Entonces le saludaba en nombre de toda la asamblea como a un hermano y futuro iniciado. Ante aquellos maestros augustos, el discípulo de Isis se creía en presencia de dioses. Engrandecido ante sí mismo, entraba por la primera vez en la esfera de la Verdad.

IV
OSIRIS - LA MUERTE Y LA RESURRECCIÓN

Y, sin embargo, sólo quedaba admitido a su umbral. Porque ahora empezaban los largos años de estudio y de aprendizaje. Antes de elevarse a Isis Urania tenía que conocer la Isis terrestre, instruirse en las ciencias físicas y androgónicas. El tiempo lo repartía entre las meditaciones en su celda, el estudio de los jeroglíficos en las salas y patios del templo, tan vasto como una ciudad, y las lecciones de los maestros. Aprendía la ciencia de los minerales y de las plantas, la historia del hombre y de los pueblos, la medicina, la arquitectura y la música sagrada. En aquel largo aprendizaje no tenía sólo que conocer, sino devenir: ganar la fuerza por medio del renunciamiento. Los sabios antiguos creían que el hombre no posee la verdad más que cuando ésta llega a ser una parte de su ser íntimo, un acto espontáneo del alma. Pero en ese profundo trabajo de asimilación, se dejaba al discípulo abandonado a sí mismo. Sus maestros no le ayudaban en nada, y con frecuencia le chocaba su frialdad, su indiferencia. Le vigilaban con atención; le obligaban a seguir reglas inflexibles; se exigía de él una obediencia absoluta; pero no le revelaban nada más allá de ciertos límites. A sus inquietudes, a sus preguntas, se le respondía: “Espera y trabaja”. Entonces se manifestaban en él rebeldías repentinas, pesares amargos, sospechas horribles. ¿Se había convertido en esclavo de audaces impostores o de magos negros, que subyugaban su voluntad con un fin infame?. La verdad huía; los dioses le abandonaban; estaba solo y era prisionero del templo. La verdad se le había aparecido bajo la figura de una esfinge. Ahora la esfinge le decía: “Yo soy la duda”. Y la bestia alada con su cabeza de mujer impasible y sus garras de león, se lo llevaba para desgarrarlo en la arena ardiente del desierto.

Pero a esas pesadillas sucedían horas de calma y de presentimiento divino. Comprendía entonces el sentido simbólico de las pruebas por que había atravesado al entrar en el templo. Porque el pozo sombrío donde había estado a punto de caer, era menos negro que el abismo de la insondable verdad; el fuego que había atravesado, era menos terrible que las pasiones que quemaban aún su carne; el agua helada y tenebrosa en que había tenido que sumergirse, era menos fría que la duda en que su espíritu se hundía y se

ahogaba en las malas horas.

En una de las salas del templo se alineaban en dos filas aquellas mismas pinturas sagradas que le habían explicado en la cripta durante la noche de las pruebas, y que representaban los veintidós arcanos. Aquellos arcanos que se dejaban entrever en el umbral mismo de la ciencia oculta, eran las columnas de la teología; pero era preciso haber atravesado toda la iniciación para comprenderlos. Después, ninguno de los maestros le había vuelto a hablar más de aquello. Le permitían solamente pasearse en aquella sala y meditar sobre aquellos signos. Pasaba allí largas horas solitarias. Por aquellas figuras castas como la luz, graves como la Eternidad, la verdad invisible e impalpable se infiltraba lentamente en el corazón del neófito. En la muda sociedad de aquellas divinidades silenciosas y sin nombre, de las que cada una parecía presidir a una esfera de la vida, comenzaba a experimentar algo nuevo: al principio, una reconcentración en el fondo de su ser; luego, una especie de desligamiento del mundo que le hacía elevarse por encima de las cosas. A veces, preguntaba a uno de los magos: "¿Se me permitirá algún día respirar la rosa de Isis y ver la luz de Osiris?". Se le respondía: "Eso no depende de nosotros. La verdad no se da. Se la encuentra. Nosotros no podemos hacer de ti un adepto: hay que llegar por el trabajo propio. El loto crece bajo el río largo tiempo antes de abrirse en flor. No apresures el florecimiento de la flor divina. Si ella tiene que venir, vendrá a su debido tiempo. Trabaja y ora". Y el discípulo volvía a sus estudios, a sus meditaciones, con un triste gozo. Gustaba del encanto austero y suave, de esa soledad por donde pasa como un soplo el ser de los seres. Así transcurrían los meses y los años. Sentía operarse en su ser una transformación lenta, una metamorfosis completa. Las pasiones que le habían asaltado en su juventud se alejaban como sombras, y los pensamientos que le rodeaban ahora le sonreían como inmortales amigos. Lo que experimentaba por momentos era la desaparición de su yo terrestre y el nacimiento de otro yo más puro y más etéreo. En este sentimiento, a veces ocurría que se prosternaba ante las escaleras del cerrado santuario. Entonces ya no había en él rebeldía, ni un deseo cualquiera, ni un pesar. Sólo había un abandono completo de su alma a los Dioses, una oblación perfecta a la verdad. "¡Oh Isis! — decía él en su oración — puesto que mi alma sólo es una lágrima de tus ojos, que ella caiga en rocío sobre otras almas, y que al morir por ello, sienta yo su perfume subir hacia ti. Heme aquí presto al sacrificio".

Después de una de aquellas oraciones mudas, el discípulo en semiéstasis veía en pie a su lado, como una visión salida del suelo, al hierofante envuelto

en los cálidos resplandores del poniente. El maestro parecía leer todos los pensamientos del discípulo, penetrar todo el drama de su vida interior.

— Hijo mío — decía —, la hora se aproxima en que se te revelará la verdad. Porque tú la has presentido ya, descendiendo al fondo de ti mismo y encontrando allí la vida divina. Vas a entrar en la grande, en la inefable comunión de los iniciados. Porque eres digno de ello por la pureza de tu corazón, por tu amor a la verdad y tu fuerza de renunciamiento. Pero nadie franquea el umbral de Osiris sin pasar por la muerte y por la resurrección. Vamos a acompañarte a la cripta. No temas, pues eres ya uno de nuestros hermanos.

Al llegar el crepúsculo, los sacerdotes de Osiris, llevando antorchas, acompañaban al nuevo adepto a una cripta baja sostenida por cuatro columnas apoyadas sobre esfinges. En un extremo se encontraba un sarcófago abierto, tallado en mármol. ***(Los arqueólogos han visto durante largo tiempo en el sarcófago de la gran pirámide de Giseh, la tumba del rey Sesostris, basados en Herodoto, que no era iniciado, y a quien los sacerdotes egipcios no han confiado casi más que narraciones sin valor y cuentos populares. Pero los reyes de Egipto tenían sus sepulturas en otras partes. La estructura interior tan rara de la pirámide prueba que debía servir para las ceremonias de la iniciación y prácticas secretas de los sacerdotes de Osiris. Se encuentran allí el Pozo de la verdad, que hemos descrito; la escalera ascendente; la sala de los arcanos... La cámara llamada del Rey, que encierra el sarcófago, era aquella donde se conducía al adepto la víspera de su grande iniciación. Estas mismas disposiciones estaban reproducidas en los grandes templos del Egipto alto y medio).***

— Ningún hombre — decía el hierofante — escapa a la muerte, y toda alma viviente está destinada a la resurrección. El adepto pasa en vida por la tumba para entrar desde ahora en la luz de Osiris.

Acuéstate pues en esa tumba, y espera la luz. Esta noche franquearás la puerta del Espanto y alcanzarás el umbral de la Maestría.

El adepto se acostaba en el sarcófago abierto; el hierofante extendía la mano sobre él para bendecirle, y el cortejo de los iniciados se alejaba en silencio de la cripta. Una pequeña lámpara depositada en tierra ilumina aún, con su resplandor dudoso, las cuatro esfinges que soportan las columnas pequeñas de la cripta. Se oye un coro de voces profundas, bajo y velado. ¿De dónde viene?. ¡El canto de los funerales!… Ya expira; la lámpara arroja un último resplandor y se apaga por completo. El adepto queda solo en las tinieblas: el frío del sepulcro pasa sobre él, hiela todos sus miembros. Pasa

gradualmente por las sensaciones dolorosas de la muerte, y queda aletargado. Su vida desfila ante él y cuadros sucesivos como una cosa irreal, y su conciencia terrestre se vuelve cada vez más vaga y difusa. Pero, a medida que siente su cuerpo disolverse, la parte etérea, fluida, de su ser, se destaca. Entra en éxtasis...

¿Qué es ese punto brillante y lejano que aparece imperceptible sobre el fondo negro de las tinieblas?. Se aproxima, se agranda, se convierte en una estrella de cinco puntas cuyos rayos tienen todos los colores del arco iris, y que lanza en las tinieblas descargas de luz magnética. Ahora es un sol quien le atrae en la blancura de su centro incandescente.

— ¿Es la magia de los maestros la que produce aquella visión?. ¿Es lo invisible que se hace visible?. ¿Es el presagio de la verdad celeste, la estrella flamígera de la esperanza y de la inmortalidad?. — La visión desaparece, y en su lugar un capullo brota en la noche: una flor inmaterial, pero sensible y dotada de un alma. Porque se abre ante él como una rosa blanca y extiende sus pétalos; ve vibrar sus hojas vivas y enrojecerse su cáliz inflamado. — ¿Es flor de Isis, la Rosa mística de la sabiduría que encierra el Amor en su corazón?. — Más he aquí que la rosa se evapora como una nube de perfumes. Entonces, el extático se siente inundado por un soplo cálido y acariciador. Después de haber tomado formas caprichosas, la nube se condensa y se vuelve una figura humana. Es la de una mujer, la Isis del santuario oculto; pero más joven, sonriente y luminosa. Un velo transparente se arrolla en espiral a su alrededor, y su cuerpo brilla a través. En su mano sostiene un rollo de papiros. Se aproxima despacio, se inclina sobre el iniciado acostado en la tumba, y le dice: "Soy tu hermana invisible, soy tu alma divina, y éste es el libro de tu vida. Él contiene las páginas completas de tus existencias pasadas y las páginas blancas de tus vidas futuras. Un día las desarrollaré todas ante ti. Me conoces ahora: llámame y volveré". Y mientras habla, un rayo de ternura ha brotado de sus ojos… ¡Oh presencia de un doble angélico, promesa inefable de lo divino, fusión en el impalpable más allá!...

Pero todo se quiebra, la visión se borra. Un desgarramiento atroz, y el adepto se siente precipitado en su cuerpo como en un cadáver. Vuelve al estado de letargo consciente; círculos de hierro retienen sus miembros; un peso terrible pesa sobre su cerebro; se despierta..., y en pie ante él está el hierofante acompañado de los magos. Le rodean, le hacen beber un cordial, se levanta.

— Ya has resucitado — dice el sacerdote —: ven a celebrar con nosotros el banquete de los iniciados, y cuéntanos tu viaje en la luz de Osiris. Porque

eres desde ahora uno de los nuestros.

Transportémonos ahora con el hierofante y el nuevo iniciado sobre el observatorio del templo, en el tibio esplendor de una noche egipcia. Allí es donde el jefe del templo daba al reciente adepto la grande revelación, contándole la visión de Hermes. Esta visión no estaba escrita en ningún papiro. Estaba en las estelas de la cripta secreta, conocida sólo por el hierofante. De pontífice en pontífice, la explicación se transmitía verbalmente.

— Escucha bien — decía el hierofante —: esta visión encierra la historia eterna del mundo y el círculo de las cosas.

V
LA VISIÓN DE HERMES

(La visión de Hermes se encuentra al comienzo de los libros de Hermes Trismegisto bajo el nombre de Poimandres. La antigua tradición egipcia sólo nos ha llegado bajo una forma alejandrina ligeramente alterada. Yo he tratado de reconstituir ese fragmento capital de la doctrina hermética, en el sentido de la alta iniciación y de la síntesis esotérica que representa).

"Un día Hermes se quedó dormido después de reflexionar sobre el origen de las cosas. Una pesada torpeza se apoderó de su cuerpo; pero a medida que su cuerpo se embotaba, su espíritu subía por los espacios. Entonces le pareció que un ser inmenso, sin forma determinada, le llamaba por su nombre.

— ¿Quién eres? — dijo Hermes asustado.

— Soy Osiris, la inteligencia soberana, y puedo revelarte todas las cosas. ¿Qué deseas?.

— Deseo contemplar la fuente de los seres, ¡Oh divino Osiris!, y conocer a Dios.

— Quedarás satisfecho.

En este momento Hermes se sintió inundado por una luz deliciosa. En sus ondas diáfanas pasaban las formas encantadoras de todos los seres. Pero de repente, espantosas tinieblas de forma sinuosa descendieron sobre él. Hermes quedó sumergido en un caos húmedo lleno de humo y de un lúgubre zumbido. Entonces una voz se elevó del abismo. Era ***el grito de la luz.*** En seguida un fuego sutil salió de las húmedas profundidades y alcanzó las alturas etéreas. Hermes subió con él y se volvió a ver en los espacios. El caos sé despejaba en el abismo; coros de astros se esparcían sobre su cabeza, y la ***voz de la luz*** llenaba lo infinito.

— ¿Has comprendido lo que has visto? — dijo Osiris a Hermes encadenado en su sueño y suspendido entre tierra y cielo

— No — dijo Hermes —. Bueno: pues vas a saberlo. Acabas de ver lo que es desde toda la eternidad. La luz que has visto al principio, es la inteligencia divina que contiene todas las cosas en potencia y encierra los modelos de todos los seres. Las tinieblas en que has sido sumergido en

seguida, son el mundo material en que viven los hombres de la tierra; el fuego que has visto brotar de las profundidades, es el Verbo divino. Dios es el Padre, el Verbo es el Hijo, su unión es la Vida.

— ¿Qué sentido maravilloso se ha abierto en mí? — dijo Hermes —. Ya no veo con los ojos del cuerpo, sino con los del espíritu. ¿Cómo ocurre eso?.

— Hijo de la tierra — respondió Osiris — es porque el Verbo está en ti. Lo que en ti oye, ve, obra, es el Verbo mismo, el fuego sagrado, la palabra creadora.

— Puesto que así es — dijo Hermes —, hazme ver la vida de los mundos, el camino de las almas, de dónde viene el hombre y adonde vuelve.

— Hágase todo según tu deseo.

Hermes se volvió más pesado que una piedra y cayó a través de los espacios como un aerolito. Por fin se vio en la cumbre de una montaña. Estaba oscura; la tierra era sombría y desnuda; sus miembros le parecían pesados como hierro.

— ¡ Levanta los ojos y mira!. — dijo la voz de Osiris.

Entonces, Hermes vio un espectáculo maravilloso. El espacio infinito, el cielo estrellado le envolvían en siete esferas luminosas. De una sola mirada, Hermes vio los siete cielos escalonados sobre su cabeza como siete globos transparentes y concéntricos, cuyo centro sideral él ocupaba. El último tenía como cintura la vía láctea. En cada esfera giraba un planeta acompañado de una forma, signo y luz diferente. Mientras que Hermes deslumbrado contemplaba esta floración esparcida y sus movimientos majestuosos, la voz dijo:

— Mira, escucha y comprende. Tú ves las siete esferas de toda vida. Al través de ellas tiene lugar la caída de las almas y su ascensión. Los siete planetas con sus Genios son los siete rayos del Verbo Luz. Cada uno de ellos domina en una esfera del Espíritu, en una fase de la vida de las almas. El más aproximado a ti es el Genio de la Luna, el de inquietante sonrisa y coronado por una hoz de plata. Éste preside a los nacimientos y a las muertes. El desagrega las almas de los cuerpos y las atrae en su rayo. Sobre él, el pálido Mercurio muestra el camino a las almas descendentes o ascendentes, con su caduceo que contiene la ciencia. Más arriba la brillante Venus sostiene el espejo del Amor, donde las almas por turno se olvidan y se reconocen. Sobre éste, el Genio del Sol eleva la antorcha triunfal de la eterna Belleza. Más arriba aún, Marte blande la espada de la justicia. Reinando sobre la esfera azulada, Júpiter sostiene el cetro del poder supremo, que es la Inteligencia divina. En los límites del mundo, bajo los signos del Zodíaco,

Saturno lleva el globo de la sabiduría universal. ***(Desde luego que estos dioses tenían otros nombres en la lengua egipcia. Pero los siete dioses cosmogónicos se corresponden en todas las mitologías por su sentido y sus atributos. Ellos tienen su raíz común en la antigua tradición esotérica. Como la tradición occidental ha adoptado los nombres latinos, nosotros los conservamos para mayor claridad).***

— Veo — dijo Hermes — las siete regiones que comprenden el mundo visible e invisible; veo los siete rayos del Verbo Luz, del Dios único que los atraviesa y gobierna. Pero ¡Oh maestro mío!, ¿En qué forma tiene lugar el viaje de los hombres a través de todos esos mundos?.

— ¿Ves — dijo Osiris — una simiente luminosa caer de las regiones de la vía láctea en la séptima esfera?. Son gérmenes de almas. Ellas viven como vapores ligeros en la región de Saturno, dichosas, sin preocupación, ignorantes de su felicidad. Pero al caer de esfera a esfera revisten envolturas cada vez más pesadas. En cada encarnación adquieren un nuevo sentido corporal, conforme al medio en que habitan. Su energía vital aumenta; pero a medida que entran en cuerpos más espesos, pierden el recuerdo de su origen celeste. Así tiene lugar la caída de las almas procedentes del divino Éter. Más y más prisioneras de la materia, más y más embriagadas por la vida, se precipitan como una lluvia de fuego, con estremecimientos de voluptuosidad, a través de las regiones del Dolor, del Amor y de la Muerte, hasta su prisión terrestre, donde tú gimes retenido por el centro ígneo de la tierra y donde la vida divina parece un vano sueño.

— ¿Pueden morir las almas? — preguntó Hermes.

— Sí — respondió la voz de Osiris —; muchas perecen en el descenso fatal. El alma es hija del cielo y su viaje es una prueba. Si en su amor desenfrenado de la materia pierde el recuerdo de su origen, la brasa divina que en ella estaba y que hubiera podido llegar a ser más brillante que una estrella, vuelve a la región etérea, átomo sin vida, y el alma se desagrega en el torbellino de los elementos groseros.

A esas palabras de Osiris, Hermes se estremeció. Porque una tempestad rugiente le envolvió en una nube negra. Las siete esferas desaparecieron bajo espesos vapores. Vio allí espectros humanos lanzando extraños gritos, llevados y desgarrados por fantasmas de monstruos y de animales, en medio de gemidos y de blasfemias sin nombre.

— Tal es — dijo Osiris — el destino de las almas irremediablemente bajas y malvadas. Su tortura sólo termina con su destrucción, que es la pérdida de toda conciencia. Pero mira: los vapores se disipan, las siete esferas

reaparecen bajo el firmamento. Mira de este lado. ¿Ves aquel enjambre de almas que tratan de remontarse a la región lunar?. Las unas son rechazadas hacia la tierra, como torbellinos de pájaros bajo los golpes de la tempestad. Las otras alcanzan a grandes aletazos la esfera superior, que las arrastra en su rotación, una vez llegadas allá, recobran la visión de las cosas divinas. Pero esta vez no se contentan con reflejarlas en el sueño de una felicidad imponente. Ellas se impregnan de aquellas cosas con la lucidez de la conciencia iluminada por el dolor, con la energía de la voluntad adquirida en la lucha. Ellas se vuelven luminosas, porque poseen lo divino en sí mismas y lo irradian en sus actos. Templa, pues, tu alma, ¡Oh Hermes!, y serena tu espíritu oscurecido, contemplando esos vuelos lejanos de almas que remontan las siete esferas y allí se esparcen como haces de chispas. Porque tú también puedes seguirlas; basta quererlo para elevarse. Mira como ellas se enjambran y describen coros divinos. Cada una se coloca bajo su genio preferido. Las más bellas viven en la región solar, las más poderosas se elevan hasta Saturno. Algunas se remontan hasta el Padre: entre las potencias, potencias ellas mismas. Porque allí donde todo acaba, todo comienza eternamente, y las siete esferas dicen juntas: "¡Sabiduría!, ¡Amor!, ¡Justicia!, ¡Belleza!, ¡Esplendor!, ¡Ciencia!, ¡Inmortalidad!".

— "He ahí — decía el hierofante — lo que ha visto el antiguo Hermes y lo que sus sucesores nos han transmitido. Las palabras del sabio son como las siete notas de la lira que contienen toda la música, con los números y las leyes del universo. La visión de Hermes se asemeja al cielo estrellado cuyas profundidades insondables están sembradas de constelaciones. Para el niño, sólo es una bóveda con clavos de oro; para el sabio es el espacio sin límites, donde giran los mundos con sus ritmos y sus signos evocadores y las claves mágicas; cuanto más aprendas a contemplarla y a comprenderla, más verás extenderse sus límites, porque la misma ley orgánica gobierna todos los mundos". Y el profeta del templo comentaba el texto sagrado. Él explicaba que la doctrina del Verbo Luz representa la divinidad ***en el estado estático,*** en su equilibrio perfecto. Él demostraba su triple naturaleza, que es a la vez inteligencia, fuerza y materia; espíritu, alma y cuerpo; luz, verbo y vida. La esencia, la manifestación y la substancia, son tres términos que se suponen recíprocamente. Su unión constituye el principio divino e intelectual por excelencia, la ley de la unidad ternaria, que de arriba abajo domina la creación.

Habiendo conducido así a su discípulo al centro ideal del universo, al principio generador del Ser, el Maestro lo difundía en el tiempo y el espacio,

lo sacudía en floraciones múltiples. Porque la segunda parte de la visión representa a la divinidad en estado dinámico, es decir, en evolución activa; en otros términos: el universo visible e invisible, el acto viviente. Las siete esferas relacionadas con siete planetas simbolizan siete principios, siete estados diferentes de la materia y del espíritu, siete mundos diversos que cada hombre y cada humanidad se ven forzados a atravesar en su evolución a través de un sistema solar. Los siete Genios, o los siete Dioses cosmogónicos, significaban los espíritus superiores y directores de todas las esferas, salidos también de la evolución inevitable. Cada gran Dios era, para un iniciado antiguo, el símbolo y el patrón de legiones de espíritus que reproducían su tipo bajo mil variantes, que, desde su esfera, podían ejercer una acción sobre el hombre y sobre las cosas terrestres. Los siete Genios de la visión de Hermes son los siete Devas de la India, los siete Amshapands de Persia, los siete grandes Ángeles de la Caldea, los siete Séphiroths ***(Hay diez Séphiroths en la Kábala. Los tres primeros representan el ternario divino, los otros siete la evolución del universo)*** de la Cabala, los siete Arcángeles del Apocalipsis cristiano. Y el gran septenario que abarca el universo no vibra únicamente en los siete colores del arco iris, en las siete notas de la escala musical; se manifiesta también en la constitución del hombre, que es triple por esencia, pero séptuple por su evolución. ***(Daremos aquí los términos egipcios de esa constitución septenaria del hombre que se vuelve a encontrar en la Kábala: Chat, cuerpo material Anch, fuerza vital; Ka, doble etéreo o cuerpo astral; Hati, alma animal; Bai, alma racional; Cheibi, alma espiritual; Ku, espíritu divino. Veremos el desarrollo de las ideas fundamentales de la doctrina esotérica en el libro de Orfeo y, sobre todo, en el de Pitágoras).***

De modo — decía el hierofante para terminar — que has penetrado hasta el umbral del gran arcano. La vida divina se te ha aparecido bajo los fantasmas de la realidad. Hermes te ha hecho conocer el cielo invisible, la luz de Osiris, el Dios oculto del universo que respira por millones de almas, anima los globos errantes y los cuerpos en movimiento. Ahora puedes tú dirigirte a él y elegir tu camino para ascender hasta el Espíritu puro. Porque tú perteneces desde ahora a los ***resucitados en vida.*** Recuerda que hay dos clases principales en la ciencia. He aquí la primera: “Lo externo es como lo interno de las cosas; lo pequeño es como lo grande: sólo hay una ley, y el que trabaja es Uno. Nada hay pequeño ni grande en la economía divina”. He aquí la segunda: “Los hombres son dioses mortales, y los dioses son los hombres inmortales, dichoso el que comprende estas palabras porque posee

la clave de todas las cosas. Recuerda que la ley del misterio cubre la gran verdad. El conocimiento total sólo puede ser revelado a nuestros hermanos que han atravesado por las mismas pruebas que nosotros. Es preciso medir la verdad según las inteligencias: velarla a los débiles, a los que volvería locos, ocultarla a los malvados que sólo pueden percibir fragmentos que emplearían como armas de destrucción. Enciérrala en tu corazón y que te hable por tu obra. La ciencia será tu fuerza, la fe tu espada y el silencio tu armadura infrangible".

Las revelaciones del profeta de Ammón-Rá, que abrían al nuevo iniciado tan vastos horizontes sobre sí mismo y sobre el universo, producían sin duda una impresión profunda cuando eran dichas sobre el observatorio de un templo de Thebas, en la calma lúcida de una noche egipcia. Los arcos, las bóvedas y las terrazas blancas de los templos dormían a sus pies, entre los macizos negros de los nopales y los tamarindos. A distancia, grandes monolitos, estatuas colosales de los Dioses, fijas como jueces incorruptibles, sobre el lago silencioso. Tres pirámides, figuras geométricas del tetragrámaton y del septenario sagrado, se perdían en el horizonte, espaciando sus triángulos en el tenue gris del aire. El insondable firmamento hormigueaba de estrellas. ¡Con qué nuevos ojos miraba aquellos astros que le pintaban como moradas futuras!. Cuando, en fin, el esquife dorado de la luna emergía del sombrío espejo del Nilo, que se perdía en el horizonte como una larga serpiente azulada, el neófito creía ver la barca de Isis que navegaba sobre el río de las almas y las lleva hacia el sol de Osiris. Él se acordaba del ***Libro de los muertos,*** y el sentido de todos aquellos símbolos se revelaba ahora a su espíritu. Después de lo que había visto y aprendido, podía creerse en el reino crepuscular del Amenti, misterio interregno entre la vida terrestre y la vida celeste, donde los difuntos, al principio sin ojos y sin palabra, recobran poco a poco la vista y la voz. Él también iba a emprender el gran viaje, el viaje del infinito, a través de los mundos y las existencias. Ya Hermes le había absuelto y juzgado digno. Él le había dicho la clave del gran enigma: "Una sola alma, la grande alma del Todo, ha engendrado, al repartirse, todas las almas que se agitan en el universo". Armado con el gran secreto, él subía a la barca de Isis, que partía. Elevada a los espacios etéreos, ella flotaba en las regiones intersiderales. Ya los anchos rayos de una inmensa aurora traspasaban los velos azulados de los horizontes celestes; ya el coro de los espíritus gloriosos, de los Akhium Seku que han llegado al eterno reposo, cantaba: "¡Levántate, Ra Hermakuti, sol de los espíritus!. Los que están en tu barca, están en exaltación. Ellos lanzan exclamaciones en ***la barca de los millones de años.***

El gran ciclo divino se colma de gozo devolviendo gloria a la gran barca sagrada. Se celebran regocijos en la capilla misteriosa. ¡Levántate, Ammón-Rá Hermakuti, sol que se crea a sí mismo!". Y el iniciado respondía con estas orgullosas palabras: "He alcanzado el punto de la verdad y de la justificación. Yo resucito como un Dios vivo e irradio en el coro de los Dioses que habitan en el cielo, porque soy de su raza".

Tales pensamientos y tan audaces esperanzas podían pasar por el espíritu del adepto en la noche que seguía a la ceremonia mística de la resurrección. Al día siguiente, en las avenidas del templo, bajo la luz que ciega, aquella noche sólo le parecía un sueño; pero ¡qué sueño inolvidable aquel primer viaje en lo impalpable y lo invisible!. De nuevo leía la inscripción de la estatua de Isis: "Ningún mortal ha levantado mi velo." Una punta del velo se había levantado, sin embargo, pero para volver a caer en seguida, y él se había despertado en la tierra de las tumbas. ¡Qué lejos estaba del término soñado!. Porque es bien largo el viaje en la barca de los millones de años. Pero, por lo menos, había entrevisto el objetivo final. Su visión del otro mundo, aunque no fuera más que un sueño, un bosquejo infantil de su imaginación aún llena de los vapores de la tierra, ¿Podía hacerle dudar de esa otra conciencia que había sentido germinar en sí mismo, de ese doble misterioso, de ese Yo celeste que se le había aparecido en su belleza astral como una forma viva, y que le había hablado en su sueño?. ¿Era un alma hermana, era un genio, o sólo era un reflejo de su espíritu íntimo, presentimiento de un ser futuro?. Maravilla y misterio. Seguramente era una realidad, y si aquella alma era la suya, era la verdadera. Para volverla a encontrar, ¿Qué no haría?. Viviría millones de años, pero no olvidaría aquella hora divina en que había visto a su otro Yo puro y radiante. ***(En la doctrina egipcia el hombre era considerado como no teniendo conciencia en esta vida mas que del alma animal y del alma racional, llamadas batí y bal. La parte superior de su Ser, el alma espiritual y el espíritu divino, cheybi y Ku, existen en él en estado de germen inconsciente, y se desarrollan después de esta vida, cuando el hombre llega a ser un Osiris).***

La iniciación había terminado. El adepto era consagrado sacerdote de Osiris. Si era egipcio, quedaba agregado al templo; si extranjero, le permitían a veces volver a su país para fundar allí un culto o cumplir una misión. Pero antes de partir, prometía solemnemente por un juramento terrible, guardar un silencio absoluto sobre los secretos del templo. Jamás debía revelar lo que había visto u oído, ni divulgar la doctrina de Osiris más que bajo el triple velo

de los símbolos mitológicos o de los misterios. Si violaba ese juramento, una muerte fatal le alcanzaba pronto o tarde, por lejos que estuviese. Pero el silencio era el escudo de su fuerza.

Vuelto a las playas del mar Jónico, a su ciudad turbulenta, bajo el choque de las pasiones furiosas, en aquella multitud de hombres que vivían como insensatos ignorándose a sí mismos, con frecuencia volvía a pensar en el Egipto, en las pirámides, en el templo de Ammón-Rá. Entonces, el sueño de la cripta volvía, y como el loto se balancea allá sobre las ondas del Nilo, así siempre aquella visión blanca sobrenadaba por encima del río fangoso y turbio de la vida En las horas escogidas él escuchaba su voz, que era la voz de la luz. Despertándose en su ser, una música íntima le decía: "El alma es una luz velada. Cuando se la abandona, se oscurece y se apaga; pero cuando se vierte sobre ella el óleo santo del amor, se enciende como una lámpara inmortal".

LIBRO IV
MOISES
LA MISIÓN DE ISRAEL

Nada había velado para él, y cubría con un velo la esencia de todo lo que había visto.

Palabras inscritas bajo la estatua de Phtahiner, gran sacerdote de Memphis.

Museo del Louvre.

El más difícil y más oscuro de los libros sagrados, el Génesis, contiene tantos secretos como palabras, y cada palabra esconde varios.

San Jerónimo.

Hijo del pasado y lleno del porvenir, ese libro (los diez primeros capítulos del Génesis), heredero de toda la ciencia de los Egipcios, lleva aún los gérmenes de las ciencias futuras. Todo lo que la naturaleza tiene de más profundo y misterioso, lo que el espíritu puede concebir de maravillas, lo que la inteligencia tiene de más sublime, él lo posee.

Fabre d'Olivet. — La langue hebraique restituée.
Discurso preliminar.

I
LA TRADICIÓN MONOTEÍSTA Y LOS PATRIARCAS DEL DESIERTO

La revelación es tan vieja como la humanidad consciente. Efecto de la inspiración, se pierde en la noche de los tiempos. Basta haber lanzado una mirada penetrante a los libros sagrados del Irán, de la India y de Egipto, para asegurarse de que las ideas madres de la doctrina esotérica constituyen su fondo oculto, pero viviente. En ella se encuentra el alma invisible, el principio generador de las grandes religiones. Todos los poderosos iniciadores han percibido en un momento de su vida la irradiación de la verdad central; pero la luz que de ella han sacado se ha roto y coloreado según su genio y su misión, según los tiempos y los lugares. Hemos atravesado por la iniciación aria con Rama, la brahmánica con Krishna, la de Isis y de Osiris con los sacerdotes de Thebas. ¿Podremos negar, después de esto, que el principio inmaterial del Dios supremo, que constituye el dogma esencial del monoteísmo y la unidad de la naturaleza, haya sido conocido por los brahmanes y los sacerdotes de Ammón-Rá?. Sin duda, ellos no hacían nacer el mundo de un acto instantáneo, de un capricho de la divinidad, como nuestros teólogos primarios. Pero sabia y gradualmente, por vía de emanación y de evolución, extraían lo visible de lo invisible, el universo de las profundidades insondables de Dios. La dualidad masculino-femenina salía de la unidad primitiva; la trinidad viviente del hombre, de la duada creadora, y así sucesivamente. Los números sagrados constituían el verbo eterno, el ritmo y el instrumento de la divinidad. Contemplados con más o menos lucidez y fuerza, evocaban en el espíritu del iniciado la estructura interna del mundo a través de la suya propia. Del mismo modo, la nota precisa sacada con un arco de una lámina de cristal cubierta de arena, dibuja en pequeño las formas armoniosas de las vibraciones que llenan con sus ondas sonoras el vasto reino del aire. Pero el monoteísmo esotérico de Egipto no salió nunca de los santuarios. Su ciencia sagrada era como privilegio de una pequeña minoría. Los enemigos del exterior comenzaban a batir en brecha aquella antigua ciudadela de la civilización. En la época a que hemos llegado, en el siglo XII antes de J. C, el Asia se hundía en el culto de la materia. La India marchaba

ya a grandes pasos hacia su decadencia. Un poderoso imperio se había levantado en las orillas del Eufrates y del Tigris. Babilonia, esa ciudad colosal y monstruosa, producía vértigos a los pueblos nómadas que merodeaban alrededor. Los reyes de Asiria se proclamaban monarcas de las cuatro regiones del mundo, y aspiraban a poner los límites de su imperio en el mismo fin de la tierra. Aplastaban a los pueblos, los deportaban en masa, los reclutaban y los lanzaban uno contra otro. Ni derecho de gentes, ni respeto humano, ni principio religioso, sino la ambición personal sin freno: tal era la ley de los sucesores de Ninus y de Semíramis. La ciencia de los sacerdotes caldeos era profunda, pero mucho menos pura, menos elevada y menos eficaz que la de los sacerdotes egipcios. En Egipto, la autoridad fue privilegio de la ciencia. El sacerdocio ejerció siempre un poder moderador sobre los reyes. Los faraones eran sus discípulos, y jamás llegaron a ser déspotas odiosos como los reyes de Babilonia. En Babilonia, al contrario, el sacerdocio aplastado, sólo fue desde el principio un instrumento de la tiranía. En un bajo relieve de Nínive, se ve a Nemrod, gigante fornido, estrangular con sus brazos musculosos a un león que tiene apretado contra su pecho. Símbolo parlante: así es como los monarcas de Asiria ahogaron al león iranio, al pueblo heroico de Zoroastro, asesinando a sus pontífices, degollando a los magos de sus colegios, aprisionando a sus reyes. Si los rishis de la India y los sacerdotes de Egipto hicieron reinar en cierto modo la Providencia sobre la tierra por su sabiduría, se puede decir que el reino de Babilonia fue el del destino, es decir, el de la fuerza ciega y brutal.

Babilonia llegó a ser así el centro tiránico de la anarquía universal, el ojo inmóvil de la tempestad social que envolvía al Asia en sus torbellinos; ojo formidable del Destino, siempre abierto, acechando a las naciones para devorarlas.

¿Qué podía hacer Egipto contra el torrente invasor?. Los Hicsos habían estado a punto de hacerlo desaparecer como foco civilizador. El Egipto resistía con valor, pero eso no podía durar siempre. Transcurridos seis siglos, el ciclón persa, que sucedía al ciclón babilónico, iba a barrer sus templos y sus faraones. El Egipto, por otra parte, que poseyó en el más alto grado el genio de la iniciación y de la conservación, no tuvo nunca el de la expansión y de la propaganda. ¿Iban a perecer los tesoros acumulados de su ciencia?. Ciertamente que la mayor parte quedó bajo sus ruinas y cuando llegaron los Alejandrinos, sólo pudieron desenterrar sus fragmentos. Dos pueblos de genio opuesto encendieron, sin embargo, sus antorchas en los santuarios, antorchas de rayos diversos, de las que una aclara las profundidades del cielo, mientras la otra

ilumina y transfigura la tierra: Israel y Grecia.

La importancia del pueblo de Israel para la historia de la humanidad resalta a primera vista, por dos razones. La primera es que representa el monoteísmo; la segunda, que ha dado nacimiento al cristianismo. Pero el objetivo providencial de la misión de Israel sólo aparece al que, abriendo los símbolos del Antiguo y del Nuevo Testamento, se da cuenta de que encierran toda la tradición esotérica del pasado, aunque bajo una forma frecuentemente alterada — en lo que concierne al Antiguo Testamento sobre todo — por los numerosos redactores y traductores, quienes la mayor parte ignoraban el primitivo significado. Entonces el papel de Israel se hace claro. Porque ese pueblo forma así el eslabón necesario entre el antiguo y el nuevo ciclo, entre el Oriente y el Occidente. La idea monoteísta lleva por consecuencia la unificación de la humanidad bajo un mismo Dios y bajo una misma ley. Pero mientras los teólogos se formen una idea infantil y los hombres de ciencia lo ignoren o lo nieguen pura y simplemente, la unidad moral, social y religiosa de nuestro planeta sólo será un piadoso deseo o un postulado de la religión y de la ciencia, impotentes para realizarla. Por el contrario, esa unidad orgánica aparece como posible cuando se reconoce esotérica y científicamente la clave del mundo y de la vida en el principio divino; la del hombre y la de la sociedad en su evolución. En fin, el cristianismo, es decir, la religión del Cristo, sólo nos aparece en su cultura y universalidad al descubrirnos su reserva esotérica. Entonces únicamente se muestra como la resultante de todo lo que ha precedido, como encerrando en sí los principios, el fin y los medios de la regeneración total de la humanidad. Sólo al abrirnos sus misterios últimos es cuando llegará a ser lo que realmente es: la religión de la promesa y del cumplimiento, es decir, de la iniciación universal.

Moisés, iniciado egipcio y sacerdote de Osiris, fue incontestablemente el organizador del monoteísmo. Por él, ese principio hasta allí oculto bajo el triple velo de los misterios, salió del fondo del templo para entrar en el ***círculus*** de la historia. Moisés tuvo la audacia de hacer del más alto principio de la iniciación el dogma único de una religión nacional, y la prudencia de no revelar sus consecuencias más que a un pequeño número de iniciados, imponiéndolo a la masa por el temor. En esto, el profeta del Sinaí tuvo evidentemente intuiciones lejanas que sobrepasaban con mucho los destinos de su pueblo. La religión universal de la humanidad: he ahí la verdadera misión de Israel, que pocos judíos han comprendido, fuera de sus más grandes profetas. Esa misión, para cumplirse, suponía la submersión

del pueblo, que la representaba. La nación judía ha sido dispersada, aniquilada, mientras la idea de Moisés y de los Profetas ha vivido y se ha ensanchado. Desarrollada, transfigurada por el cristianismo, reavivada por el Islam, aunque de un modo inferior, ella debía imponerse al Occidente bárbaro, reaccionar sobre el Asia misma. En adelante la humanidad, por mucho que haga, por mucho que se agite contra sí misma, girará alrededor de esa idea central como la nebulosa alrededor del sol que la organiza. He ahí la obra formidable de Moisés.

Para esa empresa, la más colosal después del éxodo prehistórico de los Aryas, Moisés encontró un instrumento ya preparado en las tribus de los Hebreos, en aquella particularmente que se había fijado en Egipto en el valle de Goshen, viviendo allí en servidumbre bajo el nombre de los Beni-Jacob. Para establecer una religión monoteísta, había tenido también precursores en la persona de esos reyes nómadas y pacíficos que la Biblia nos presenta bajo la figura de Abraham, de Isaac y de Jacob. Lancemos una mirada a esos hebreos y a esos patriarcas. Trataremos en seguida de destacar la figura de su gran Profeta de los espejismos del desierto y de las sombrías noches del Sinaí, donde retumba el trueno del Jehovah legendario.

Se les conocía hacia siglos, miles de años, a esos Ibrim, nómadas infatigables, eternos desterrados. ***(Ibrim, quiere decir: "los del otro lado, los de allá, los que han pasado el río". — Renán, Histoire du peuple d'Israel).***

Hermanos de los Árabes, los Hebreos eran, como todos los Semitas, el resultado de una antigua mezcla de la raza blanca con la raza negra. Se les había visto pasar y repasar por el Norte de África, bajo el nombre de Bodones (Beduinos), los hombres sin asilo y sin lecho, luego plantar sus tiendas móviles en los vastos desiertos entre el mar Rojo y el golfo Pérsico, entre el Eufrates y la Palestina. Ammonitas, Elamitas o Edomitas, todos esos viajeros se parecían. Por vehículo el asno o el camello, por casa la tienda, por único bien rebaños errantes como ellos mismos y pastando siempre en tierra extranjera. Como sus antepasados los Ghibosim, como los primeros Celtas, esos rebeldes tenían odio a la piedra tallada, a la ciudad fortificada, al trabajo impuesto y al templo de piedra, y, sin embargo, las ciudades monstruosas de Babilonia y de Nínive, con sus palacios gigantescos, sus misterios y sus orgías, ejercen sobre esos semisalvajes una invencible fascinación.

Atraídos a sus prisiones de piedra, capturados por los soldados del rey de Asiria, reclutados para sus ejércitos, a veces se lanzaban a las orgías de Babilonia. Otras veces también, los israelitas se dejaban seducir por las

mujeres de Moab, esas zalameras atrevidas de negra piel y ojos brillantes. Ellas les arrastraban a la adoración de los ídolos de piedra y de madera y hasta al horrible culto de Moloch. Pero a veces la sed del desierto les alcanzaba de nuevo y huían. Después de regresar a los valles agrestes donde sólo se oye el rugido de las fieras, a las llanuras inmensas en que es imposible guiarse por otras luces que las de las constelaciones, bajo la fría mirada de aquellos astros que habían adorado sus antepasados, se avergonzaban de sí mismos. Si entonces un patriarca, un hombre inspirado, les hablaba del Dios único, de Elelión, de Aelohim, de Sebaoth, el Señor de los ejércitos que ve todo y castiga al culpable, aquellos hombres salvajes y sanguinarios inclinaban la cabeza y, arrodillándose para orar, se dejaban conducir como corderos.

Y poco a poco, esa idea del gran Aelohim, del Dios único, Todopoderoso, llenaba su alma, como en el Padan-Harram, el crepúsculo confunde todos los accidentes del terreno bajo la línea infinita del horizonte, fundiendo los colores y las distancias bajo la igualdad espléndida del firmamento, y cambiando el universo en una sola masa de tinieblas, cubierta por una esfera chispeante de estrellas.

¿Quiénes eran, pues, los patriarcas?. Abram, Abraham, o el padre Orham, era un rey de Ur, ciudad de Caldea próxima a Babilonia. Los Asirios le representaban, según la tradición, sentado en un sillón con aire benévolo. ***(Renán. Peuple d'Israel).*** Ese personaje muy antiguo que ha pasado a la historia mitológica de todos los pueblos, puesto que Ovidio le cita, ***(Rexit Achaemenias pater Orchamus, isque. Septimus a prisco numeratur origine Belo, Ovidio, Métam. IV, 220)***, es el mismo que la Biblia nos representa como emigrando del país de Ur, al país de Canaán, a la voz del Eterno: "El Eterno se le apareció y le dijo: Yo soy el Dios fuerte, Todopoderoso; marcha ante mi faz y en integridad... Estableceré una alianza entre tú y yo y entre tu posteridad, para ser una alianza eterna, a fin de que yo sea tu Dios y el Dios de tu posteridad después de ti". (Génesis XVI, 17; XVII, 7). Este pasaje, traducido al lenguaje de nuestros días significa que un antiquísimo jefe semita llamado Abraham, que había recibido probablemente la iniciación caldea, se sintió lanzado por la voz interior a conducir su tribu hacia el Oeste y le impuso el culto de Aelohim.

El nombre de Isaac, por el prefijo Is, parece indicar una iniciación egipcia, mientras que los de Jacob y José dejan entrever un origen fenicio. Sea de ello lo que quiera, es probable que los tres patriarcas fueran tres jefes de pueblos diversos que vivieron en épocas distintas. Largo tiempo después

de Moisés, la leyenda israelita los agrupó en una sola familia. Isaac pasó por ser hijo de Abraham, Jacob hijo de Isaac. Esta manera de representar la paternidad intelectual por la paternidad física era muy usada en los antiguos sacerdocios. De esa genealogía legendaria se deduce un hecho capital: la afiliación del culto monoteísta a través de los patriarcas iniciados del desierto. Que esos hombres hayan tenido advertencias interiores, revelaciones espirituales bajo forma de sueño o aun de visiones en estado de vigilia, eso nada tiene de contrario a la ciencia esotérica, ni a la ley psíquica universal que rige las almas y los mundos. Esos hechos han tomado en la narración bíblica la forma sencilla de visitas de ángeles a quienes se da hospitalidad bajo la tienda.

¿Tuvieron esos patriarcas una percepción profunda de la espiritualidad de Dios y de los fines religiosos de la humanidad?. Sin duda alguna. Inferiores en ciencia positiva a los magos de la Caldea, como a los sacerdotes egipcios, les ganaron probablemente por la elevación moral y la amplitud de alma que lleva consigo una vida errante y libre. Para ellos el orden sublime que Aelohim hace reinar en el universo se traduce en el orden social, en culto a la familia, en respeto a sus mujeres, en amor apasionado a sus hijos, en protección a toda la tribu, en hospitalidad para el extranjero. En una palabra, esos "altos padres" son árbitros naturales entre las familias y las tribus. Su bastón patriarcal es un cetro de equidad. Ellos ejercen una autoridad civilizadora y respiran la mansedumbre y la paz. Aquí y allá, bajo la leyenda patriarcal se ve brillar el pensamiento esotérico. Así, cuando, en Bethel, Jacob ve en sueños una escala con Aelohim en la parte más alta y los ángeles que suben y bajan, se reconoce una forma popular, un extracto judaico de la visión de Hermes y de la doctrina de la evolución descendente y ascendente de las almas.

Un hecho histórico de la mayor importancia para la época de los patriarcas, nos aparece en fin, en dos versículos reveladores. Se trata de un encuentro de Abraham con un hermano de iniciación. Después de haber hecho la guerra a los reyes de Sodoma y de Gomorra, Abraham va a rendir homenaje a Melchisedec. Ese rey reside en la fortaleza que será más tarde Jerusalén!. "Melchisedec, rey de Salem, hizo traer pan y vino. Porque él era sacrificador de Aelohim, el Dios soberano. Y él bendijo a Abram, diciendo: "Bendito sea Abram por Aelohim, el Dios soberano, poseedor de los cielos y de la tierra". (Génesis XIV, 18 y 19). He aquí, pues, un rey de Salem, que es el gran sacerdote del mismo Dios que Abraham. Éste le trata como superior, como maestro, y comulga con él bajo las especies del pan y del vino, en

nombre de Aelohim, lo que en el antiguo Egipto era un signo de comunión entre iniciados. Había pues un lazo de fraternidad, signos de reconocimiento y un fin común entre todos los adoradores de Aelohim, desde el fondo de la Caldea hasta Palestina y quizá hasta santuarios de Egipto. Aquella conjuración monoteísta sólo esperaba un organizador.

Así, entre el Toro alado de Asiria y la Esfinge de Egipto que de lejos observan el desierto, entre la tiranía aplastante y el misterio impenetrable de la iniciación, avanzan las tribus elegidas de los Abramitas, de los Jacobelitas, de los Beni Israel. Huyen ellas de las fiestas desvergonzadas de Babilonia; pasan sin detenerse ni hacer caso ante las orgías de Moab, los horrores de Sodoma y de Gomorra y el culto monstruoso de Baal. Bajo la guardia de los patriarcas, la caravana sigue su ruta jalonada de oasis, marcada por raras fuentes y endebles palmeras. Como una larga cinta ella se pierde en la inmensidad del desierto, bajo el ardor del día, bajo la púrpura del poniente y bajo el manto del crepúsculo, que domina Aelohim.

Ni los rebaños, ni las mujeres, ni los ancianos, conocen el objeto del eterno viaje. Pero avanzan con el paso doliente y resignado de los camellos. ¿Adonde van de este modo?. Los patriarcas lo saben; Moisés se lo dirá.

II
INICIACIÓN DE MOISÉS EN EGIPTO
SU HUIDA A CASA DE JETRO

Ramsés II fue uno de los grandes monarcas de Egipto. Su hijo se llamaba Menephtah. Según la costumbre egipcia, recibió su instrucción de los sacerdotes, en el templo de Ammón-Rá en Memphis, puesto que el arte real era entonces considerado como una rama del arte sacerdotal. Menephtah era un joven tímido, curioso y de inteligencia mediocre. Él tenía afición poco inteligente por las ciencias ocultas, lo que le hizo ser más tarde presa de los magos y astrólogos de baja estofa. Tuvo por compañero de estudios a un joven de genio adusto, de carácter extraño y concentrado.

Hosarsiph ***(Primer nombre egipcio de Moisés. Manethón, citado por Philón),*** era el primo de Menephtah, el hijo de la princesa real, hermana de Ramsés II. ¿Hijo adoptivo o natural?. Nunca se ha sabido. ***(El relato bíblico (Éxodo II, 1-10) hace de Moisés un judío de la tribu de Leví, recogido por la hija de Faraón en los juncos del Nilo, donde la astucia materna le había depositado para conmover a la princesa y salvar al niño de una persecución idéntica a la de Herodes.***

Por el contrario, Manethón, el sacerdote egipcio, a quien debemos los datos más exactos sobre las dinastías de los Faraones, datos hoy confirmados por las inscripciones de los monumentos, afirma que Moisés fue un sacerdote de Osiris. Strabon, que había sacado sus noticias de la misma fuente, es decir, de los iniciados egipcios, lo atestigua igualmente.

La fuente egipcia tiene aquí un valor mayor que la fuente judía. Porque los sacerdotes de Egipto no tenían interés alguno en hacer creer a los Griegos o a los Romanos que Moisés era uno de los suyos, mientras que el amor propio nacional de los judíos les ordenaba hicieran del fundador de su nación un hombre de su misma sangre. La narración bíblica reconoce por otra parte que Moisés fue educado en Egipto y enviado por su gobierno como inspector de los judíos de Gosen. Éste es el hecho importante, capital, que establece la filiación secreta entre la religión mosaica y la iniciación egipcia. Clemente de Alejandría creía que Moisés estaba profundamente iniciado en la ciencia de Egipto, y de hecho

la obra del creador de Israel sería incomprensible sin esto). Hosarsiph era ante todo el hijo del templo, porque se había criado entre sus columnas. Dedicado a Isis y a Osiris por su madre, se le había visto desde su adolescencia como levita, en la coronación del Faraón, en las procesiones sacerdotales de las grandes fiestas, llevando el ephod, el cáliz o los incensarios; luego, en el interior del templo, grave y atento, prestando oído a las orquestas sagradas, a los himnos y a las enseñanzas de los sacerdotes. Hosarsiph, era de pequeña estatura, tenía aspecto humilde y pensativo y ojos negros penetrantes, de una fijeza de águila y de una profundidad inquietante. Le habían llamado "el silencioso"; tan concentrado era, casi siempre mudo. Frecuentemente tartamudeaba al hablar, como si buscase las palabras o temiese expresar su pensamiento. Parecía tímido. Luego, de repente un rayo, una idea terrible estallaba en una palabra y dejaba tras ella un surco de relámpagos. Se comprendía entonces que si alguna vez "el silencioso" se lanzaba a obrar por cuenta propia, sería de un atrevimiento terrible. Ya se dibujaba entre sus cejas el pliegue fatal de los hombres predestinados a las grandes empresas; y sobre su frente se cernía una nube amenazadora.

Las mujeres temían la mirada de aquel joven levita, mirada insondable como la tumba, y su cara impasible como la puerta del templo de Isis. Se hubiese dicho que presentían un enemigo del sexo femenino en aquel futuro representante del principio viril en religión, en cuanto tiene de más absoluto y de más intratable.

Entre tanto su madre, la princesa real, soñaba para su hijo el trono de los Faraones. Hosarsiph era más inteligente que Menephtah; él podía esperar una usurpación con el apoyo del sacerdocio. Los Faraones, es cierto, designaban sus sucesores entre sus hijos. Pero algunas veces los sacerdotes anulaban la decisión del príncipe después de su muerte, en interés del Estado. Más de una vez separaron del trono a los indignos y a los débiles para dar el cetro a un iniciado real. Ya Menephtah estaba celoso de su primo; Ramsés tenía fija la mirada sobre él y desconfiaba del levita silencioso.

Un día, la madre de Hosarsiph encontró a su hijo en el Serapeum de Memphis, plaza inmensa, sembrada de obeliscos, de mausoleos, de templos pequeños y grandes, de arcos de triunfo, especie de museo a cielo abierto de las glorias nacionales, adonde se llegaba por una avenida de seiscientas esfinges. Ante su madre real, el levita se inclinó hasta tierra y esperó, según la costumbre, que ella le dirigiese la palabra.

— Vas a penetrar en los misterios de Isis y de Osiris, le dijo. Durante largo tiempo no te veré, hijo mío. Pero no olvides que eres de la sangre de

los Faraones y que soy tu madre. Mira a tu alrededor ..., si tú quieres, algún día... todo esto te pertenecerá.

Y con un gesto circular ella mostraba los obeliscos, los templos, Memphis y todo el horizonte.

Una sonrisa desdeñosa pasó sobre el semblante de Hosarsiph, de costumbre liso e inmóvil como una cara de bronce.

— ¿Quieres, pues, dijo él, que gobierne a este pueblo que adora a dioses con cabeza de chacal, de ibis y de hiena?. De todos esos ídolos, ¿Qué quedará dentro de algunos siglos?.

Hosarsiph se bajó, cogió con su mano un puñado de arena fina y la dejó deslizarse a tierra entre sus dedos, ante los ojos de su madre asombrada.

— Lo que queda aquí, añadió.

— ¿Desprecias, pues, la religión de nuestros padres y la ciencia de nuestros sacerdotes?.

— Al contrario, aspiro a ellas. Pero la pirámide está inmóvil. Es preciso que se ponga en marcha. Yo no seré un Faraón. Mi patria está lejos de aquí... Allá… en el desierto.

— ¡Hosarsiph!, dijo la princesa con reproche, ¿Por qué blasfemas?. Un viento de fuego te ha traído a mi seno y, lo veo bien, la tempestad te llevará. Te he dado la vida y no te conozco. En nombre de Osiris, ¿Quién eres y qué va a hacer?.

— ¿Lo sé yo mismo?. Osiris solo lo sabe y me lo dirá; pero dame tu bendición, ¡Oh madre mía!, para que Isis me proteja y la tierra de Egipto me sea propicia.

Hosarsiph se arrodilló ante su madre, cruzó respetuosamente las manos sobre su pecho e inclinó la cabeza. Quitando de su frente la flor de loto que llevaba según costumbres de las mujeres del templo, ella se la dio a respirar, y viendo que el pensamiento de su hijo sería para ella un eterno misterio, se alejó murmurando una oración.

Hosarsiph atravesó triunfalmente la iniciación de Isis. Alma de acero, voluntad de hierro, las pruebas no hicieron mella en él. Espíritu matemático y universal desplegó una fuerza de gigante en la inteligencia y el manejo de los números sagrados, cuyo simbolismo fecundo y aplicaciones eran entonces casi infinitos. Su espíritu desdeñoso de las cosas que no son más que apariencia y de los individuos que pasan, sólo respiraba con placer en los principios inmutables. De allá arriba, tranquila y seguramente, penetraba, dominaba todo, sin manifestar ni deseo, ni rebeldía, ni curiosidad.

Tanto para sus maestros como para su madre, Hosarsiph era un

enigma. Lo que más les inquietaba es que era entero e inflexible como un principio. Se sentía que no podrían ni doblegarle ni desviarle. El marchaba por su vía desconocida como un cuerpo celeste por su órbita invisible. El pontífice Membra se preguntaba hasta dónde alcanzaría aquella ambición concentrada, y quiso saberlo. Un día, Hosarsiph había llevado con otros tres sacerdotes de Osiris el arca de oro que precedía al pontífice en las grandes ceremonias. Aquella arca contenía los diez libros más secretos del templo, que trataban de magia y de Teurgía.

Después de regresar al santuario con Hosarsiph, Membra le dijo:

— Eres de sangre real. Tu fuerza y tu ciencia son desproporcionadas a tu edad. ¿Qué deseas?.

— Nada, aparte de esto.

Y Hosarsiph puso su mano sobre el arca sagrada que los gavilanes de oro fundido cubrían con sus relucientes alas.

— ¿Quieres, pues, ser pontífice de Ammón-Rá y profeta de Egipto?.

— No: pero quiero saber lo que hay en esos libros.

— ¿Cómo vas a saberlo, si nadie debe conocerlo excepto el pontífice?.

— Osiris habla como quiere, cuando quiere y a quien quiere. Lo que contiene esta arca sólo es letra muerta. Si el Espíritu viviente quiere hablarme, me hablará.

— ¿Qué piensas hacer para eso?.

— Esperar y obedecer.

Estas respuestas sabidas por Ramsés II, aumentaron su desconfianza, pues temió que Hosarsiph aspirase al faraonato a expensas de su hijo Menephtah. El faraón ordenó, en consecuencia, que el hijo de su hermano fuese nombrado escriba sagrado del templo de Osiris. Esta función importante comprendía el simbolismo bajo todas sus formas, la cosmografía y la astronomía, pero le alejaba del trono. El hijo de la princesa real se dedicó con el mismo celo y una sumisión perfecta a sus deberes de hierográmata, a los cuales se ligaba tan bien la función de inspector de los diferentes nomos o provincias del Egipto.

¿Tenía Hosarsiph el orgullo que creían?. Sí, si por orgullo el león cautivo levanta la cabeza y mira al horizonte tras los barrotes de su jaula sin apercibirse tan siquiera dé las gentes que le contemplan. Sí, si por orgullo el águila encadenada se estremece con todo su plumaje y con el cuello extendido, las alas abiertas, mira al sol. Como todos los fuertes designados para una grande obra, Hosarsiph no se creía sometido al Destino ciego; él sentía que una Providencia misteriosa velaba sobre él y le conduciría a sus

fines.

Mientras era escriba sagrado, Hosarsiph fue enviado a inspeccionar el delta. Los hebreos tributarios del Egipto, que habitaban entonces en el valle de Gosen, estaban sometidos a trabajos rudos. Ramsés II unía Pelusium con Heliópolis por medio de una cadena de fuertes. Todos los nomos de Egipto tenían que dar su contingente de obreros para estos trabajos gigantescos. Los Beni-Israel se habían encargado de las labores más pesadas y sobre todo eran tallistas en piedra y constructores de ladrillos. Independientes y orgullosos, no se doblegaban tan fácilmente como los indígenas bajo la vara de los guardias egipcios, sino que sufrían la servidumbre a regañadientes y a veces devolvían los golpes. El sacerdote de Osiris no pudo por menos de experimentar una secreta simpatía hacia aquellos intratables "de dura cerviz", cuyos Ancianos, fieles a la tradición abrámica, adoraban sencillamente al Dios único, que veneraban sus jefes, sus ***hags*** y sus ***zakens,*** pero se rebelaban bajo el yugo y protestaban contra la injusticia. Un día vio a un guardia egipcio apalear bárbaramente a un hebreo indefenso. Su corazón se sublevó, se lanzó sobre el egipcio, le quitó su arma y le mató en el acto. Esa acción, cometida en un hervor de indignación generosa, decidió de su vida. Los sacerdotes de Osiris que cometían un homicidio, eran severísimamente juzgados por el colegio sacerdotal. El faraón sospechaba ya que el hijo de su hermana era un usurpador. La vida del escriba sólo pendía de un hilo. Él prefirió desterrarse e imponerse él mismo su expiación. Todo le lanzaba a la soledad del desierto, hacia el vasto desconocido: su deseo, el presentimiento de su misión y sobre todo esa voz interna, misteriosa, pero irresistible, que dice en ciertas horas: "¡Vé!: es tu destino".

Más allá del mar Rojo y de la península Sinaítica, en el país de Madián, había un templo que no dependía del sacerdocio egipcio. Aquella región se extendía, como una banda verde, entre el golfo alamítico y el desierto de la Arabia. A lo lejos, más allá del brazo de mar, se veían las masas sombrías del Sinaí y su cumbre pelada. Enclavado entre el desierto y el mar Rojo, protegido por un macizo volcánico, aquel país aislado se hallaba al abrigo de las invasiones. Su templo estaba consagrado a Osiris, pero también se adoraba en él al Dios soberano bajo el nombre de Aelohim. Porque aquel santuario, de origen etiópico, servía de centro religioso a los Árabes, a los Semitas y a los hombres de raza negra que buscaban la iniciación. Hacía siglos ya que el Sinaí y el Horeb eran así como el centro místico de un culto monoteísta. La grandeza desnuda y salvaje de la montaña, elevándose aislada entre el Egipto y la Arabia, evocaba la idea del Dios único. Muchos

Semitas iban allí en peregrinación para adorar a Aelohim y residían allí durante algunos días ayunando y orando en las cavernas y las galerías excavadas en las faldas del Sinaí. Antes de esto, iban a purificarse y a instruirse al templo de Madián.

Allí fue donde se refugió Hosarsiph. El gran sacerdote de Madián o Raguel (vigilante de Dios) se llamaba entonces Jetro ***(Éxodo, III, 1),*** que era un hombre de piel negra. ***(Más tarde (Números III, 1), después del éxodo, Aarón y María, hermano y hermana de Moisés, según la Biblia, le reprochaban el haberse casado con un etiope. Jetro, padre de Sephora, era pues de esta raza).*** Él pertenecía al tipo más puro de la antigua raza etiópica, que cuatro o cinco mil años antes de Ramsés había reinado sobre Egipto y que no había perdido sus tradiciones, que se remontaban a las más viejas razas del globo. Jetro no era un inspirado ni un hombre de acción; pero era un sabio. Poseía tesoros de ciencia amontonados en su memoria y en las bibliotecas de piedra de su templo. Además, era el protector de los hombres del desierto, Libios, Árabes, Semitas nómadas. Esos eternos errabundos, siempre los mismos, con su vaga aspiración al Dios único, representaban algo inmutable en medio de los cultos efímeros y de las civilizaciones ruinosas. Se sentía en ellos como la presencia de lo Eterno, el memorial de las edades lejanas, la gran reserva de Aelohim. Jetro era el padre espiritual de aquellos insumisos, de aquellos errabundos, de aquellos libres. Él conocía su alma y presentía su destino. Cuando Hosarsiph vino a pedirle asilo en nombre de Osiris-Aelohim, le recibió con los brazos abiertos. Quizá adivinó en seguida en aquel hombre fugitivo, al predestinado para ser el profeta de los proscritos, el conductor del pueblo de Dios.

Hosarsiph quiso al pronto someterse a las expiaciones que la ley de los iniciados imponía a los homicidas. Cuando un sacerdote de Osiris había causado una muerte, aun involuntaria, se consideraba que perdía el beneficio de su resurrección anticipada “en la luz de Osiris”, privilegio que había obtenido por las pruebas de la iniciación y que le ponía muy por encima del común de los hombres. Para expiar su crimen, para volver a encontrar su luz interna, tenía que someterse a pruebas más crueles, exponerse otra vez más a la muerte. Después de un largo ayuno y por medio de ciertos brebajes se sumergía al paciente en un sueño letárgico; luego le depositaban en una tumba del templo. Su cuerpo quedaba allí durante días, a veces semanas enteras. ***(Varios viajeros de nuestro siglo han visto a fakires indios hacerse enterrar después de sumergirse en el sueño cataléptico, indicando el día preciso en que debían desenterrarlos. Uno de ellos, después de tres***

semanas de estar bajo tierra, fue encontrado vivo, sano y salvo). Durante ese tiempo se consideraba que hacía un viaje en el más allá, en el Erebo o en la región del Amenti, donde flotan las almas de los muertos que no se han desligado aún de la atmósfera terrestre. Allá tenía que buscar a su víctima, sufrir sus angustias, obtener su perdón y ayudarla a encontrar el camino de la luz. Entonces únicamente se le consideraba como habiendo expiado su homicidio, y únicamente entonces su cuerpo astral se había lavado de las negras manchas con que le manchaban el soplo envenenado y las imprecaciones de su víctima. Pero de aquel viaje, real o imaginario, el culpable podía muy bien no volver, y con frecuencia cuando los sacerdotes iban a despertar al expiador de su sueño letárgico, no encontraban más que un cadáver.

Hosarsiph no dudó en sufrir esta prueba y otras más. Bajo la impresión del homicidio que había cometido, comprendió el carácter inmutable de ciertas leyes del orden moral y la turbación profunda que su infracción deja en el fondo de la conciencia. Con entera abnegación ofreció, pues, su ser en holocausto a Osiris demandando la fuerza, si volvía a la luz terrestre, de manifestar la ley de la justicia. Cuando Hosarsiph salió del temible sueño en el subterráneo del templo de Madián, ***(Las siete hijas de Jetro de que habla la Biblia (Éxodo II, 16-22) tienen evidentemente un sentido simbólico, como toda esta narración, que nos ha llegado bajo una forma legendaria y por completo popularizada. Es más que inverosímil que el sacerdote de un gran templo haga a sus hijas apacentar sus ganados y que reduzca a un sacerdote egipcio al papel de pastor. — Las siete hijas de Jetro simbolizan siete virtudes que el iniciado tenía que conquistar para abrir el pozo de la verdad. Ese pozo es llamado en la historia de Agar y de Ismael "el pozo del viviente que me ve"),*** se sintió como transformado. Su pasado se había esfumado, el Egipto había cesado de ser su patria, y ante él la inmensidad del desierto con sus nómadas errantes, se extendía como un nuevo campo de acción. Miró largo tiempo a la montaña de Aelohim en el horizonte, y por primera vez, como en una visión de tempestad en las nubes del Sinaí, la idea de su misión pasó ante sus ojos. Fundir aquellas tribus movedizas en un pueblo de combate que representaría la ley del Dios supremo entre la idolatría de los cultos y la anarquía de las naciones, un pueblo que llevaría a los siglos futuros la verdad encerrada en el arca de oro de la iniciación.

En aquel día y para marcar la nueva era que comenzaba en su vida, Hosarsiph tomó el nombre de Moisés, que significa: "El salvado".

III
EL SEPHER BERESHIT

Moisés se casó con Sephora, la hija de Jetro, y vivió muchos años al lado del sabio de Madián. Gracias a las tradiciones etíopes y caldeas que encontró en su templo, pudo completar y dominar todo cuanto había aprendido en los santuarios egipcios, extender su mirada sobre los más antiguos ciclos de la humanidad y sumergirla por inducción en los horizontes lejanos del porvenir. En casa de Jetro fue donde encontró dos libros de cosmogonía citados en el Génesis: ***Las guerras de Jehovah*** y ***Las generaciones de Adam,*** y se abismó en aquel estudio.

Para la obra que meditaba era preciso estar bien preparado. Antes de él, Rama, Krishna, Hermes, Zoroastro, Fo-Hi habían creado religiones para los pueblos; Moisés quiso crear un pueblo para la religión eterna. Para ese proyecto tan atrevido, tan nuevo, tan colosal, se precisaba una base poderosa. Por este motivo Moisés escribió su ***Sepher Bereshit,*** su ***Libro de los principios,*** síntesis concentrada de la ciencia pasada y esquema de la ciencia futura, clave de los misterios, antorcha de los iniciados, punto de asamblea de toda la nación.

Tratemos de ver lo que fue el Génesis en el cerebro de Moisés. Ciertamente allí irradiaba otra luz, abrazaba mundos mucho más vastos que el mundo infantil y la pequeña tierra que nos aparece en la traducción griega de los Setenta, o en la traducción latina de San Jerónimo.

La exégesis bíblica de este siglo ha puesto de moda la idea de que el Génesis no es la obra de Moisés, que ese profeta mismo pudiera muy bien no haber existido y no ser más que un personaje puramente legendario, fabricado cuatro o cinco siglos más tarde por el sacerdocio judío, para atribuirse un origen divino. La crítica moderna funda esta opinión en la circunstancia de que el Génesis se compone de fragmentos diversos (elohista y jehovista) refundidos, y que su redacción actual es posterior al menos en cuatrocientos años a la época en que Israel salió de Egipto.

Los hechos establecidos por la crítica moderna, en cuanto a la época de la redacción de los textos que poseemos, son exactos; las conclusiones que de ello deduce son arbitrarias e ilógicas. De que los Elohistas y los Jehovistas hayan escrito cuatrocientos años después del éxodo, no se sigue que hayan

sido los inventores del Génesis y que no hayan trabajado sobre un documento anterior quizá mal comprendido. De que el Pentateuco nos dé un relato legendario de la vida de Moisés, no se deduce tampoco que no contenga nada de verdad. Moisés se convierte en un ser viviente, toda su prodigiosa carrera se explica, cuando se comienza por colocarle en su medio natal, el templo solar de Memphis. En fin, las profundidades mismas del Génesis sólo se disipan a la luz de las antorchas que nos dan las iniciaciones de Isis y Osiris.

Una religión no se constituye sin un iniciador. Los Jueces, los Profetas, toda la historia de Israel, prueban que existió Moisés; Jesús mismo no se concibe sin él. El Génesis contiene la esencia de la tradición mosaica y cualesquiera que sean las transformaciones que haya sufrido, la venerable momia debe contener, bajo el polvo de los siglos y los vendajes sacerdotales, la idea madre, el pensamiento vivo, el testamento del profeta de Israel.

Israel gravita alrededor de Moisés tan seguramente, tan fatalmente, como la tierra gira alrededor del sol. Pero dicho esto, otra cosa distinta es el saber cuáles fueron las ideas madres del Génesis, lo que Moisés ha querido legar a la posteridad en aquel testamento secreto del Sepher Bereshit. El problema sólo puede ser resuelto desde el punto de vista esotérico y se plantea de este modo. En su cualidad de iniciado egipcio, la intelectualidad de Moisés debía hallarse a la altura de la ciencia egipcia, que admitía, como la nuestra, la inmutabilidad de las leyes del universo, el desarrollo de los mundos por evolución gradual, y que tenía además sobre el alma y la naturaleza invisible, nociones extensas, precisas, razonadas. Si tal fue la ciencia de Moisés — ¿Y cómo no la hubiera tenido el sacerdote de Osiris?. — ¿Cómo conciliarlo con las ideas infantiles del Génesis sobre la creación del mundo y sobre el origen del hombre?. Esta historia de la creación que tomada a la letra hace sonreír a cualquier estudiante de nuestros días, ¿no ocultará un profundo sentido simbólico y no habrá alguna clave para descifrarla?. ¿Cuál es aquel sentido?. ¿Dónde encontrar esta clave?.

Esta clave se encuentra: 1, en el simbolismo egipcio; 2, en el de todas las religiones del antiguo ciclo; 3, en la síntesis de la doctrina de los iniciados tal como resulta de la comparación de la enseñanza esotérica, desde la India védica hasta los iniciados cristianos de los primeros siglos.

Los sacerdotes de Egipto, nos dicen los autores griegos, tenían tres maneras de expresar su pensamiento. "La primera era clara y sencilla, la segunda simbólica y figurada, la tercera sagrada y jeroglífica. La misma palabra tomaba, según convenía, el sentido propio, figurado o trascendente. Tal era el genio de su lengua. Heráclito ha explicado perfectamente esa

diferencia designándola por los epítetos de ***hablada, significativa y oculta***". ***(Fabre d'Olivet. Vers dores de Pythagore).***

En las ciencias teogónicas y cosmogónicas, los sacerdotes egipcios emplearon siempre la tercera clase de escritura. Sus jeroglíficos tenían entonces tres sentidos correspondientes y distintos. Los dos últimos no se podían comprender sin clave. Esta manera de escribir enigmática y concentrada estaba basada en un dogma fundamental de la doctrina de Hermes, según el cual una misma ley rige el mundo natural, el mundo humano y el mundo divino. Aquel lenguaje, de una concisión prodigiosa, ininteligible para el vulgo, tenía para el adepto una elocuencia singular, puesto que por medio de un solo signo evocaba los principios, las causas y los efectos que de la divinidad irradian en la naturaleza ciega, en la conciencia humana y en el mundo de los espíritus puros. Gracias a aquella escritura, el adepto abarcaba los tres mundos de una sola mirada.

Es indudable, dada la educación que Moisés recibiera, que escribió el Génesis en jeroglíficos egipcios de tres sentidos, confiando a sus sucesores las claves y la explicación oral. Cuando, en tiempo de Salomón, se tradujo el Génesis en caracteres fenicios; cuando, después de la cautividad de Babilonia, Esras lo redactó en caracteres arameos caldaicos, el sacerdocio judío sólo manejaba aquellas claves muy imperfectamente. Cuando, finalmente, vinieron los traductores griegos de la Biblia, éstos sólo tenían una débil idea del sentido esotérico de los textos. San Jerónimo, a pesar de sus serias intenciones y su gran espíritu, cuando hizo la traducción latina según el texto hebreo, no pudo penetrar hasta el sentido primitivo; y, aunque lo hubiese hecho, hubiera tenido que callarse. Luego, cuando leemos el Génesis en nuestras traducciones, sólo encontramos su sentido primario e inferior. Quiéranlo o no, los exégetas y los teólogos mismos, ortodoxos o librepensadores, sólo ven el texto hebreo a través de la Vúlgata. El sentido comparativo y superlativo, que es el sentido profundo y verdadero, se les escapa. Sin embargo, no deja por eso de estar menos misteriosamente oculto en el texto hebreo, que se hunde por sus raíces en la lengua sagrada de los templos, refundida por Moisés; lenguaje en que cada vocal, cada consonante, tenían un sentido universal en relación con el valor acústico de la letra y el estado de alma del hombre que la pronuncia. Para los intuitivos, ese sentido profundo brota a veces del texto como una chispa; para los videntes, reluce en la estructura fonética de las palabras adoptadas o creadas por Moisés: sílabas mágicas donde el iniciado de Osiris fundió su pensamiento, como un metal sonoro en un molde perfecto. Por el estudio de ese fonetismo que lleva la huella de la lengua sagrada de los tiempos antiguos,

por las claves que nos da la Cábala, de las cuales algunas remontan hasta Moisés, en fin por el esoterismo comparado, hoy podemos entrever y reconstruir el Génesis. De este modo, el pensamiento de Moisés saldrá brillante como el oro del crisol de los siglos, de las escorias de una teología primitiva y de las cenizas de la crítica negativa *.

Dos ejemplos van a poner en claro lo que era la lengua sagrada de los antiguos templos, y de qué modo se corresponden los tres sentidos en los símbolos de Egipto y en los del Génesis. En una multitud de monumentos egipcios se ve una mujer coronada, sosteniendo en una mano la cruz ansata, símbolo de la vida eterna, y en la otra un cetro en forma de flor de loto, símbolo de la iniciación. Era la diosa Isis. Pero Isis tiene tres sentidos diferentes. En sentido propio, significa la Mujer, y, por consiguiente, el género femenino universal. En sentido comparativo, personifica el conjunto de la naturaleza terrestre con todas sus potencialidades conceptivas. En el superlativo, simboliza la naturaleza celeste e invisible, el elemento propio de las almas y de los espíritus, la luz espiritual e inteligible por sí misma, que únicamente confiere la iniciación. El símbolo que corresponde a Isis en el texto del Génesis y en la intelectualidad judeo-cristiano es **EVÉ,** Heva, la Mujer eterna. Esta Eva no es solamente la mujer de Adam, sino también la esposa de Dios. Ella constituye las tres cuartas partes de su esencia. Porque el nombre del Eterno **IEVÉ,** que impropiamente hemos llamado Jehovah y Javeh, se compone del prefijo Jod y del nombre de Evé. El gran sacerdote de Jerusalem pronunciaba una vez al año el nombre divino enunciándolo letra por letra de la manera siguiente: Jod, he, vau, he. La primera expresaba el pensamiento divino ***(La natura naturans de Spinoza)*** y las ciencias teogónicas; las tres letras del nombre de Evé expresaban tres órdenes de la naturaleza ***(La natura naturata del mismo Spinoza),*** los tres mundos en que aquel pensamiento se realiza, y, por consiguiente, las ciencias cosmogónicas, psíquicas y físicas que a ello corresponden. ***(He aquí como Favre d'Olivet explica el nombre IEVÉ: "Este nombre presenta por de pronto el signo indicador de la vida, duplicado y formando la raíz esencialmente viva EE*** (הה)***. Esta raíz nunca se emplea como nombre y es la única que goza de esta prerrogativa. Ella es, desde su formación, no solamente un verbo, sino un verbo único del que los otros no son más que derivados: en una palabra, el verbo EVE*** (הוה)***, ser, siendo. Aquí, como se ve y como he tenido cuidado de explicarlo en mi gramática, el signo inteligible Vau está en medio de la raíz de la vida. Moisés, tomando este verbo por excelencia para formar el nombre propio del Ser de los seres, le agrega el signo de la manifestación potencial y de la eternidad***

(י) y obtiene IEVE (יהוה), en el cual el facultativo siendo se encuentra colocado entre un pasado sin origen y un futuro sin término. Este nombre admirable significa, pues, exactamente: El Ser que es, que fue y que será).

Lo Inefable contiene en su profundo seno lo Eterno masculino y lo Eterno femenino. Su unión indisoluble forma su poder y su misterio. He aquí lo que Moisés, enemigo jurado de toda imagen de la divinidad, no decía al pueblo; pero lo ha consignado de un modo figurado en la estructura del nombre divino, explicándolo sólo a sus adeptos. De este modo, la naturaleza velada en el culto judaico se oculta en el nombre mismo de Dios. La esposa de Adam, la mujer curiosa, culpable y encantadora, nos revela sus afinidades profundas con la Isis terrestre y divina, la madre de los dioses que muestra en su seno profundo torbellinos de almas y de astros.

Otro ejemplo: Un personaje que juega gran papel en la historia de Adam y Eva, es la serpiente. El Génesis le llama Nahash. Más ¿Qué significaba la serpiente para los antiguos templos?. Los misterios de la India, de Egipto y de Grecia responden al unísono: La serpiente arrollada en círculo significa la vida universal cuyo mágico agente es la luz astral. En un sentido más profundo aún. Nahash quiere decir la fuerza que pone esta vida en movimiento, la atracción mutua de los seres, en la que Geoffroy Saint-Hilaire veía la razón de la gravitación universal. Los griegos la llamaban Eros, el Amor o el Deseo. Apliquemos estos dos sentidos a la historia de Adam y Eva y de la serpiente, y veremos que la caída de la primera pareja humana, el famoso pecado original viene a ser el vasto desarrollo de la naturaleza divina, universal, con sus reinos, sus géneros y sus especies en el círculo formidable y necesario de la vida.

Estos dos ejemplos nos han permitido lanzar una primera ojeada en las profundidades del Génesis mosaico. Entrevemos ya lo que era la cosmogonía para un iniciado antiguo y lo que la distinguía de una cosmogonía en el sentido moderno.

Para la ciencia moderna, la cosmogonía se reduce a una cosmografía. Se encontrará en ella la descripción de una porción del universo visible con un estudio sobre el encadenamiento de las causas y de los efectos físicos en una esfera dada. Será, por ejemplo, el sistema del mundo de Laplace en que la formación de nuestro sistema solar trata de adivinarse por su funcionamiento actual y se deduce de la sola materia en movimiento, lo cual es sólo una pura hipótesis. Tomemos otro ejemplo en la historia de la tierra, cuyas capas superpuestas son los testigos irrefutables. La ciencia antigua no

ignoraba este desenvolvimiento del universo visible, y si bien precisaba menos que la ciencia moderna, había formulado intuitivamente las leyes generales.

Pero esto no era para los sabios de la India y de Egipto más que el aspecto exterior del mundo, su movimiento reflejo, y buscaban la explicación en su aspecto interno, en su movimiento directo y originario. Ellos la encontraban en otro orden de leyes que se revela a nuestra inteligencia. Para la ciencia antigua el universo sin límites no era una materia muerta regida por leyes mecánicas, sino un todo viviente dotado de una inteligencia, de un alma y de una voluntad. Este gran animal sagrado tenía innumerables órganos correspondientes a sus facultades infinitas. Al modo como en el cuerpo humano los movimientos resultaban del alma que piensa, de la voluntad que obra, así, a los ojos de la ciencia antigua ***el orden visible del universo sólo era la repercusión de un orden invisible,*** es decir, de las fuerzas cosmogónicas y de las mónadas espirituales, reinos, géneros y espacios que, por su perpetua ***involución*** en la materia, producen la ***evolución*** de la vida. Mientras la ciencia moderna sólo considera lo exterior, la corteza del universo, la ciencia de los templos antiguos tenía por objeto revelar lo interior, descubrir sus mecanismos ocultos. Ella no extraía la inteligencia de la materia, sino la materia de la inteligencia. Ella no hacía nacer el universo de la danza ciega de los átomos, sino que generaba los átomos por las vibraciones del alma universal. En una palabra, procedía por círculos concéntricos de lo universal a lo particular, de lo Invisible a lo visible, del Espíritu puro a la Substancia organizada, de Dios al hombre. Este orden descendente de las Fuerzas y de las Almas inversamente proporcional al orden ascendente de la vida y de los Cuerpos, era la ontología o ciencia de los principios inteligibles y constituía el fundamento de la cosmogonía.

Todas las grandes iniciaciones de la India, Egipto, Judea y Grecia, las de Krishna, de Hermes, de Moisés y de Orfeo, han conocido bajo formas diversas este orden de los principios, de los poderes, de las almas, de las generaciones que descienden de la causa primera, del Padre inefable.

El orden descendente de las encarnaciones es simultáneo del orden ascendente de las vidas y sólo esto puede explicarlo. La involución produce la evolución y la hace ver.

En Grecia, los templos masculinos y dóricos, los de Júpiter y de Apolo, sobre todo el de Delphos fueron los únicos que poseyeron a fondo el orden descendente. Los templos jónicos o femeninos sólo los conocieron de un modo imperfecto. Al hacerse jónica toda la civilización griega, la ciencia y el orden dóricos se velaron de más en más. Pero no es por esto menos incontestable

que sus grandes iniciadores, sus héroes y sus filósofos, de Orfeo a Pitágoras, de Pitágoras a Platón y de éste a los Alejandrinos, dependen de este orden. Todos ellos reconocieron a Hermes por maestro.

Volvamos al Génesis. En el pensamiento de Moisés, hijo también de Hermes, los diez primeros capítulos del Génesis constituían una verdadera ontología, según el orden y la filiación de los principios. Todo lo que tiene un comienzo debe tener un fin. El Génesis relata a la vez la evolución en el tiempo y la creación en la eternidad, la única digna de Dios.

Me reservo el exponer en el ***Libro de Pitágoras*** un cuadro viviente de la teogonía y de la cosmogonía esotérica, en un esquema menos abstracto que el de Moisés y más cercano del espíritu moderno. A pesar de la forma politeísta, a pesar de la extrema diversidad de símbolos, el sentido de esta cosmogonía pitagórica, según la iniciación órfica y los santuarios de Apolo, es idéntica en el fondo a la del profeta de Israel. En Pitágoras está como iluminada por su complemento natural: la doctrina del alma y de su evolución. Se enseñaba en los santuarios griegos bajo los símbolos del mito de Perséfona. Se llamaba también ***la historia terrestre y celeste de Psiquis.*** Esta historia que corresponde a lo que el cristianismo llama la ***redención,*** falta por completo en el Antiguo Testamento. No porque Moisés y los profetas lo ignorasen, sino porque la juzgaban demasiado elevada para la enseñanza popular y la reservaban para la tradición oral de los iniciados. La divina Psiquis estuvo tan largo tiempo oculta bajo los símbolos herméticos de Israel, para personificarse al fin en la aparición etérea y luminosa de Cristo.

En cuanto a la cosmogonía de Moisés, tiene la áspera concisión del genio semítico y la precisión matemática del genio egipcio. El estilo del relato recuerda las figuras que revisten el interior de las tumbas de los reyes; rectas, secas y severas, encierran en su dura desnudez un misterio impenetrable. El conjunto hace pensar en una construcción ciclópea; pero acá y allá, como un chorro de agua entre los bloques gigantescos, el pensamiento de Moisés brota con la impetuosidad del fuego inicial entre los versículos temblorosos de los traductores. En los primeros capítulos, de incomparable grandeza, se siente pasar el aliento de Aelohim, que vuelve una a una las pesadas páginas del universo.

Antes de dejarlos, lancemos aún una mirada sobre algunos de esos poderosos jeroglíficos, compuestos por el profeta del Sinaí. Como la puerta de un templo subterráneo, cada uno da paso a una galería de verdades ocultas que iluminan con sus lámparas inmóviles la serie de los mundos y de los tiempos. Tratemos de penetrar en ellos con las claves de la iniciación.

Tratemos de ver esos símbolos extraños, esas fórmulas mágicas en su potencia de fuego de la hoguera de su pensamiento.

En una cripta del templo de Jetro, Moisés, sentado sobre un sarcófago, medita solo. Muros y pilastras están cubiertos de jeroglíficos y de pinturas que representan los nombres y las figuras de los Dioses de todos los pueblos de la tierra. Estos símbolos resumen la historia de los ciclos desvanecidos y predicen los futuros ciclos. Una lámpara de nafta posada en tierra ilumina débilmente aquellos signos, de los que cada uno le habla en su lengua. Pero él ya no ve nada del mundo exterior; busca en sí mismo el Verbo de su libro, la figura de su obra, la Palabra que será la Acción. La lámpara se ha apagado: pero ante su ojo interno, en la oscuridad de la cripta, resplandece este nombre:

IEVÉ

La primera letra I tiene el color blanco de la luz — las otras tres brillan como un fuego cambiante en que se desarrollan todos los colores del arco iris. ¡Y qué extraña vida en aquellos caracteres! Moisés percibe en la letra inicial, el Principio masculino, Osiris, el Espíritu creador por excelencia — en Evé la facultad conceptiva, la Isis celeste que forma una parte. De este modo las facultades divinas, que contiene en potencia todos los mundos, se despliegan y ordenan en el seno de Dios. Por su unión perfecta, el Padre y la Madre inefable forman el Hijo, el Verbo viviente que crea el universo. He aquí el misterio de los misterios, cerrado para los sentidos, pero que habla por el signo del Eterno como el Espíritu habla al Espíritu. Y el tetragrama sagrado brilla con luz más y más intensa. Moisés ve brotar de él, en grandes fulguraciones, los tres mundos, todos los reinos de la naturaleza y el orden sublime de las ciencias. Entonces su mirada ardiente se concentra sobre el signo masculino del Espíritu creador. A él invoca para descender en el orden de las creaciones y tomar de la voluntad soberana la fuerza de llevar a cabo su creación, después de haber completado la obra del Eterno. Y he aquí que en las tinieblas de la cripta reluce el otro nombre divino:

AELOHIM

Este nombre significa para el iniciado: El — los Dioses, el Dios de los Dioses. ***(Aelohim es el plural de Aelo, nombre dado al Ser supremo por los Hebreos y Caldeos, derivándose de la raíz Ael, que pinta la elevación y la potencia expansiva, y que significa, en un sentido universal, Dios. — Hoa,***

es decir, Él, es un hebreo, en caldeo, en siriaco, en etiópico y en árabe, uno de los nombres sagrados de la divinidad. — Fabre d'Olivet, La langue hébraique restituye). Ya no es el Ser replegado en sí mismo y en lo absoluto, sino el Señor de los mundos cuyo pensamiento florece en millones de estrellas, esferas móviles de universos flotantes. "En el principio Dios creó los cielos y la tierra". Pero esos cielos no fueron al principio más que el pensamiento del tiempo y del espacio sin límites, habitados por el espacio y el silencio. "Y el soplo de Dios se movía sobre la faz del abismo?". ***("Ruah Aelohim, el soplo de Dios único, indica figurativamente un movimiento hacia la expansión, la dilatación. Es, en un sentido jeroglífico, la fuerza opuesta a la de las tinieblas. Si la potencia oscuridad caracteriza un poder compresivo, la palabra ruah caracterizará una fuerza expansiva. Se encontrará siempre, en todo caso, ese sistema eterno de dos fuerzas opuestas que los sabios y los eruditos de todos los siglos, desde Parménides y Pitágoras, hasta Descartes y Newton, han visto en la naturaleza y señalado con nombres diferentes". — Fabre d'Olivet. La langue hébraique restituye).*** ¿Qué saldrá al principio de su seno?. ¿Un sol?. ¿Una tierra?. ¿Una nebulosa?. ¿Una substancia cualquiera de este mundo visible?. No. Lo que primero nació de Él fue Aur, la Luz. Pero esta luz no es la luz física, es la luz inteligible nacida del estremecimiento de la Isis celeste en el seno del Infinito; alma universal, luz astral, substancia que hace las almas y adonde ellas se abren como en un fluido etéreo; elemento sutil por el cual el pensamiento se transmite a distancias infinitas, luz divina, anterior y posterior a la de todos los soles. Al principio ella se expansiona en el Infinito, es el poderoso respir de Dios; luego vuelve sobre sí misma con un movimiento de amor profundo, aspir del Eterno. En las ondas del divino éter palpitan, como bajo un velo translúcido, las formas astrales de los mundos y de los seres. Y todo ello se resume para el Mago-Vidente en las palabras que él pronuncia y que relucen en las tinieblas en caracteres chispeantes:

RUA AELOHIM AUR

(Soplo — Aelohim — Luz. Estos tres nombres son el resumen jeroglífico del segundo y tercer versículos del Génesis. He aquí en letras latinas el texto hebreo del tercer versículo: Wa—naemer, Aelohim, iéhi-aur, wa iehi aur. He aquí la traducción literal que de ello da Fabre d'Olivet: "Y dijo Él, el Ser de los seres: será hecha luz, y fue hecha luz (elementización inteligible". — La palabra rua, que significa el soplo, se

encuentra en el segundo versículo. Se notará que la palabra aur, que significa luz, es la palabra rua invertida. El soplo divino volviendo sobre sí mismo crea la luz inteligible).

"Que la luz sea y la luz fue". El soplo de Aelohim es la Luz.

Del seno de esta luz primitiva, inmaterial, brotan los seis primeros días de la Creación, es decir, las semillas, los principios, las formas, las almas de vida de toda cosa. Es el Universo en potencia, anterior a la letra y según el Espíritu. ¿Cuál es la última palabra de la Creación?, la fórmula que resume al Ser en acto, el Verbo vivo en quien aparece el pensamiento primero y último del Ser absoluto. Es:

ADAN-EVA

El Hombre-Mujer. Este último no representa en ningún modo, como lo enseñan las iglesias y lo creen nuestros exégetas, la primera pareja humana de nuestra tierra, sino Dios personificado en el Universo y el género humano tipificado: la Humanidad universal a través de todos los ciclos. "Dios creó el hombre a su imagen; le creó varón y hembra". Esta pareja divina es el verbo universal por el cual Ievé manifiesta su propia naturaleza a través de los mundos. La esfera donde habita primitivamente y que Moisés abarca con su poderoso pensamiento, no es el jardín del Edén, el legendario paraíso terrestre, sino la esfera temporal sin límites de Zoroastro, la tierra superior de Platón, el reino celeste universal, Hedén, Hadana, substancia de todas las tierras. ¿Pero qué será la evolución de la Humanidad en el tiempo y en el espacio?. Moisés la contempla bajo una forma concentrada en la historia de la caída. En el Génesis, Psiquis, el Alma humana se llama Aisha, otro nombre de Eva. ***(Génesis II, 23. Aisha, el Alma, asimilada aquí a la Mujer, es la esposa de Aish, el Intelecto, asimilado al hombre. Ella es tomada por él y constituye su mitad inseparable: su facultad volitiva. — La misma relación existe entre Dionysios y Persephona en los Misterios órficos).***

Su patria es Shamaim, el cielo. Ella vive allí dichosa en el éter divino, pero sin conocimiento de sí misma. Ella goza del cielo sin comprenderlo. Pues para comprenderlo, es preciso haberlo olvidado y recordarlo de nuevo; para amarlo, es preciso haberlo perdido y reconquistado. Ella sólo aprenderá por el sufrimiento y no comprenderá más que por la caída. ¡Y qué caída!; bastante más profunda y trágica que la de la Biblia infantil que leemos. Atraída hacia el abismo tenebroso por el deseo de conocimiento, Aisha se deja caer... Cesa de ser el alma pura, dotada sólo de un cuerpo sideral y viviendo

del divino éter. Se reviste con un cuerpo material y entra en el círculo de las generaciones; y sus encarnaciones no son una, sino ciento, mil, en cuerpos cada vez más groseros según los astros donde habita.

Desciende de mundo en mundo..., desciende y olvida... Un velo negro cubre su ojo interno; sumergida la divina conciencia, oscurecido el recuerdo del cielo en el espeso tejido de la materia. Pálida como perdida esperanza, luce en ella una débil reminiscencia de su antigua felicidad. De esta chispa tendrá que renacer y regenerarse.

Sí, Aisha vive aún en esa pareja desnuda que yace sin defensa sobre una tierra salvaje, bajo un cielo enemigo donde retumba el trueno. ¿Cuál es el paraíso perdido? — La inmensidad del cielo velado, detrás y ante ella.

Moisés contempla así las generaciones de Adam en el universo. ***(En la versión samaritana de la Biblia, al nombre de Adam está unido el epíteto universal, infinito. Es, pues, del género humano de lo que se trata, del reino hominal en todos los ciclos).*** Considera en seguida el destino del hombre sobre la tierra y ve los ciclos pasados y el presente. En el Aisha terrestre, en el alma de la humanidad, la conciencia de Dios había brillado en otro tiempo con el fuego de Agni, en el país de Kush, en las vertientes del Himalaya.

Pero está ya próxima a extinguirse en la idolatría, bajo la tiranía asiria, entre los pueblos disociados y los dioses que se entre devoran. Moisés se jura a sí mismo el despertarla estableciendo el culto de Aelohim.

La humanidad colectiva, así como el hombre individual, debieran ser la imagen de Ievé. ¿Pero dónde encontrar el pueblo que la encarne y que sea el Verbo viviente de la humanidad?.

Entonces Moisés, habiendo concebido su Libro y su Obra, habiendo sondeado las tinieblas del alma humana, declara la guerra a la Eva terrestre, a la naturaleza débil y corrompida. Para combatirla y levantarla de nuevo, invoca al Espíritu, al Fuego original y todopoderoso, Ievé, a cuya fuente acaba de remontarse. Siente que sus efluvios le abrasan y le templan como el acero. Su nombre es Voluntad.

Y en el silencio negro de la cripta, Moisés oye una voz que sale de las profundidades de su conciencia, vibra como una luz y dice: “Ve a la montaña de Dios, hacia Horeb”.

**** (El verdadero restaurador de la cosmogonía de Moisés es un hombre de genio hoy casi olvidado, a quien Francia hará justicia el día en que la ciencia esotérica, que es la ciencia integral y religiosa, quede reedificada sobre bases indestructibles. — Fabre d’Olivet no podía ser***

comprendido por sus contemporáneos, pues se había adelantado en un siglo a su época. Espíritu universal, poseía en el mismo grado tres facultades cuya unión forma las inteligencias trascendentales: la intuición, el análisis y la síntesis. Nacido en Ganges (Herault) en 1767, abordó el estudio de las doctrinas místicas del Oriente, después de haber adquirido una noción profunda de las ciencias, las filosofías y las literaturas del Occidente; Court de Gebelin, en su Monde primitif, le dio los primeros vislumbres sobre el sentido simbólico de los mitos de la antigüedad y la lengua sagrada de los templos. Para iniciarse en las doctrinas de Oriente, aprendió el chino, el sánscrito, el árabe y el hebreo. En 1815, publicó su libro capital: La Langue hébraique restituée. Este libro contiene: 1°, una introducción sobre el origen de la palabra; 2º, una gramática hebrea fundada sobre nuevos principios; 3º, las raíces hebraicas, según la ciencia etimológica; 4º, un discurso preliminar; 5º, una traducción francesa e inglesa de los diez primeros capítulos del Génesis que contiene la cosmogonía de Moisés. A esta traducción acompaña un comentario del mayor interés. Aquí únicamente puedo resumir los principios y la substancia de este libro revelador que está penetrado del más profundo espíritu esotérico, y construido por el método científico más riguroso. El método de que se vale Fabre d'Olivet para penetrar en el sentido íntimo del texto hebraico del Génesis, es la comparación del hebreo con el árabe, el siriaco, el arameo y el caldeo, desde el punto de vista de las raíces primitivas y universales, de las que da un léxico admirable, apoyado por ejemplos tomados en todas las lenguas, léxico que puede servir de clave para los nombres sagrados de todos los pueblos. De todos los libros esotéricos sobre el Antiguo Testamento, el de Fabre d'Olivet nos da las claves más seguras, y, además, una luminosa exposición de la historia de la Biblia, y las razones aparentes por las que el sentido oculto se ha perdido y es, hasta nuestros días, profundamente ignorado por la ciencia y la teología oficiales.

Después de hablar de este libro, diré algunas palabras de otra obra más reciente que procede de aquélla, y que, además de su mérito propio, ha tenido el de llamar la atención de algunos investigadores independientes sobre su primer inspirador. Éste libro es La Muñón des Juifs, de Mr. Saint-Ives d'Alveydre (1884, Calmann Lévy). M. Saint-Ives debe su iniciación filosófica a los libros de Fabre d'Olivet. Su interpretación del Génesis es esencialmente la de la Langue hébraique restituée, su metafísica la de los Versos dorados de Pitágoras, su filosofía de la historia y el cuadro

general de su obra se han extraído de la Histoire philosophique da genre humain. Recogiendo sus ideas principales, uniendo materiales propios y elaborándolos a su modo, ha construido un edificio nuevo, de gran riqueza, de valor desigual y de un género compuesto. Recogiendo sus ideas principales, uniendo materiales propios Su finalidad es doble. Probar que la ciencia y la religión de Moisés fueron la resultante necesaria de los movimientos religiosos que le precedieron en Asia y en Egipto, lo que Fabre d'Olivet había hecho ya ver en sus obras geniales; probar en seguida que el gobierno ternario y arbitral, compuesto de los tres poderes, económico, judicial y religioso o científico, fue en todos los tiempos un corolario de la doctrina de los iniciados y una parte constitutiva de las religiones del antiguo ciclo, anteriores a Grecia. Tal es la idea propia de Mr. Saint-Ives, idea fecunda y digna de la mayor atención. El llama a este gobierno: sinarquía o gobierno según los principios; encuentra en él la ley social orgánica, la única salvación del porvenir. No es éste el sitio de examinar hasta qué punto el autor ha demostrado históricamente su tesis. Mr. Saint-Ives no gusta de citar sus fuentes, procediendo con demasiada frecuencia por simples afirmaciones, sin temer a las hipótesis atrevidas, siempre que favorezcan a su idea preconcebida. Pero su libro, de una rara elevación, de una vasta ciencia esotérica, abunda en páginas de un gran aliento, en cuadros grandiosos, en vislumbres profundos y nuevos. Mis concepciones difieren de las suyas en muchos puntos, sobre todo la de Moisés, a quien Mr. Saint-Ives ha dado, a mi parecer, proporciones demasiado gigantescas y legendarias. Dicho esto me apresuro a reconocer el gran valor de su libro extraordinario, al que mucho debo. Cualquiera que sea la opinión que se tenga de la obra de Mr. Saint-Ives, es preciso reconocerle un mérito ante el cual nos inclinamos: el de una vida entera consagrada a una idea. Véase su Minos des souverains y su France vraie, donde Mr. Saint-Ives ha hecho justicia, aunque un poco tarde, y como a pesar suyo, a su maestro Fabre d'Olivet. La natura naturans de Spinoza. La natura naturata del mismo).

IV
LA VISIÓN DEL SINAÍ

Una sombría masa de granito, tan desnuda, tan abarrancada bajo el esplendor del Sol, que se la diría surcada de relámpagos y esculpida por el rayo. Es la cumbre del Sinaí, el trono de Aelohim, dicen los hijos del desierto. Enfrente, una montaña más baja, las rocas del Serbal, también abrupta y salvaje. En sus vertientes, minas de cobre, cavernas. Entre las dos montañas, un valle negro, un caos de piedras que los árabes llaman el Horeb, el mismo de la leyenda semítica. Es lúgubre este valle desolado cuando la noche cae en él con la sombra del Sinaí; más lúgubre aún cuando la montaña se toca con un casco de nubes, del que se escapan siniestros resplandores. Entonces un viento terrible sopla en el estrecho pasadizo. Se dice que allí Aelohim derriba a los que tratan de luchar con él y les lanza a los abismos donde se hunden las trombas de lluvias. Allí también, dicen los Madianitas, vagan las sombras malhechoras de los gigantes, de los ***Refaim,*** que derrumban las rocas sobre los que tratan de subir al lugar santo. La tradición popular quiere también que el Dios del Sinaí aparezca a veces en el fuego fulgurando como una cabeza de Medusa con plumas de águila. Desgraciados los que ven su rostro. Verlo es morir.

He aquí lo que contaban los nómadas por la noche en sus relatos, bajo la tienda, cuando dormían los camellos y las mujeres. La verdad es que únicamente los más osados de entre los iniciados de Jetro subían a la caverna del Serbal y allí pasaban con frecuencia varios días en el ayuno y la oración. Los sabios de la Idumea habían encontrado allí inspiración. Era un lugar consagrado desde tiempo inmemorial a las visiones sobrenaturales, a los Aelohim o espíritus luminosos. Ningún sacerdote, ningún cazador, hubiese conducido allí a un peregrino.

Moisés había subido sin temor por el barranco de Horeb. Había atravesado intrépidamente el valle de la muerte y su caos de rocas. Como todo esfuerzo humano, la iniciación tiene sus fases de humildad y de orgullo. Al subir las pendientes de la santa montaña, Moisés había llegado a la cumbre del orgullo, porque también tocaba a la cumbre del poder humano y creía ya sentirse uno o unificado con el Ser supremo. El Sol de ardiente púrpura se inclinaba sobre el macizo volcánico del Sinaí, y las sombras violáceas se

ocultaban en los valles, cuando Moisés se encontró ante una caverna, cuya entrada protegía una escasa vegetación de terebintos. Se preparaba a penetrar en ella, pero quedó como cegado por una luz súbita que le envolvió. Le pareció que el suelo ardía bajo él y que las montañas de granito se habían transformado en un mar de llamas. A la entrada de la gruta, una aparición deslumbradora le miraba y con su espada le cerraba el paso. Moisés cayó como herido por el rayo: su cara contra tierra. Todo su orgullo había desaparecido. La mirada del Ángel le había traspasado con su luz. Y además, con ese sentido profundo de las cosas que se despierta en el estado visionario, había comprendido que aquel ser iba a imponerle obligaciones terribles. Hubiese querido escapar a su misión y esconderse bajo tierra como un reptil miserable.

Mas una voz dijo:

— ¡Moisés!. ¡Moisés!.

Y él respondió:

— Heme aquí.

— No te acerques. Descálzate. Porque el lugar donde te encuentras es tierra santa.

Moisés ocultó la cara entre sus manos. Tenía miedo de ver al Ángel y encontrar su mirada.

Y el Ángel le dijo:

— Tú que buscas a Aelohim, ¿Por qué tiemblas ante mí?.

— ¿Quién eres?.

— Un rayo de Aelohim, un Ángel Solar, un mensajero de Aquel que es y que será.

— ¿Qué ordenas?.

— Dirás a los hijos de Israel: el Eterno, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros, para retiraros del país de servidumbre.

— ¿Quién soy — dijo Moisés — para retirar a los hijos de Israel de Egipto?.

— Vé — dijo el Ángel —, porque estaré contigo. Yo pondré el fuego de Aelohim en tu corazón y su verbo en tus labios. Hace cuarenta años que le evocas. Tu voz ha llegado hasta él. Ahora yo te tomo en su nombre. ¡Hijo de Aelohim, me perteneces para siempre!.

Y Moisés, alentado, exclamó:

— ¡Muéstrame a Aelohim!. ¡Que yo vea su fuego viviente!.

Levantó la cabeza. Pero el mar de llamas se había desvanecido como el

relámpago. El sol había descendido sobre los volcanes apagados del Sinaí; un silencio de muerte se extendía sobre el valle de Horeb, y una voz que parecía desarrollarse en lo azul y perderse en el infinito, decía: "Yo soy Aquel que es".

Moisés salió de esta visión como aniquilado. Creyó por un instante que su cuerpo había sido consumido por el fuego del éter. Pero su espíritu era más fuerte. Cuando volvió a descender hacia el templo de Jetro, se encontraba presto para su obra. Su idea llena de vida marchaba ante él como el Ángel armado con la espada de fuego.

V
EL ÉXODO - EL DESIERTO
MAGIA Y TEURGIA

El plan de Moisés era uno de los más extraordinarios, de los más audaces que un hombre haya jamás concebido. Arrancar un pueblo al yugo de una nación tan poderosa como el Egipto, conducirle a la conquista de un país ocupado por poblaciones enemigas y mejor armadas, arrastrarle durante diez, veinte, cuarenta años por el desierto; abrasarle por la sed, extenuarle por el hambre; hostigarle como a un caballo de sangre bajo las flechas de los Hetitas y de los Amalecitas prontos a despedazarle, aislarle con su tabernáculo del Eterno en medio de aquellas naciones idólatras. Imponerle el monoteísmo con violencia de fuego e inspirarle un temor tai, una tal veneración hacia aquel Dios único, que éste se encarnó en su carne, viniendo a ser su símbolo nacional, el objetivo de todas sus aspiraciones y la razón de su existencia. Tal fue la obra inaudita de Moisés.

El éxodo fue concertado y preparado de antemano por el profeta, los principales jefes israelitas y Jetro. Para ejecutar su plan, Moisés aprovechó un momento en que Menephtah, su antiguo compañero de estudios, que era Faraón, tuvo que rechazar la invasión temible del rey de los Libios, Mermaiu. El ejército egipcio, ocupado por completo en la frontera Oeste, no pudo contener a los hebreos, y la emigración en masa se operó con toda tranquilidad.

He aquí pues en marcha a los Beni-Israel. Aquella larga fila de caravanas, llevando las tiendas sobre camellos, seguida de grandes rebaños, se prepara para contornear el mar Rojo. Aun no son más que algunos millares de hombres. Más tarde, la emgiración se engruesa “con toda clase de gentes”, como dice la Biblia: Cananeos, Edomitas, Árabes, Semitas de todo género, atraídos y fascinados por el profeta del desierto, que de todos los extremos del horizonte les evoca para moldearlos a su guisa. El núcleo de aquel pueblo está formado por los Beni-Israel, hombres rectos, pero duros, obstinados y rebeldes. Sus ***hags*** o sus jefes les han enseñado el culto del Dios único, que, constituye entre ellos una alta tradición patriarcal. Pero en aquellas naturalezas primitivas y violentas, el monoteísmo no es aún más que una

conciencia mejor e intermitente. En cuanto sus malas pasiones se despiertan, el instinto del politeísmo, tan natural al hombre, domina. Entonces vuelven a caer en las supersticiones populares, en la brujería y en las prácticas idólatras de las poblaciones vecinas de Egipto y de Fenicia, que Moisés va a combatir con leyes draconianas.

Alrededor del profeta que manda en aquel pueblo, hay un grupo de sacerdotes presididos por Aarón, su hermano de iniciación, y por la profetisa María, que representa ya en Israel la iniciación femenina. Aquel grupo constituye el sacerdocio. Con ellos, setenta jefes elegidos o iniciados laicos, se agrupan alrededor del profeta de Ievé, que les confiará su doctrina secreta y su tradición oral, que les transmitirá una parte de sus poderes y les asociará a veces a sus inspiraciones y a sus visiones.

En el corazón de aquel grupo se lleva el arca de oro; Moisés ha tomado la idea de los templos egipcios en que servía de arcano para los libros teúrgicos; pero la ha hecho refundir sobre un modelo nuevo para sus designios personales. El arca de Israel esta flanqueada por cuatro querubines de oro, parecidos a esfinges y semejantes a los cuatro animales simbólicos de la visión de Ezequiel. Uno tiene cabeza de león, el otro de toro, el tercero de águila y el cuarto una cabeza de hombres. Ellos personifican los cuatro elementos universales: la tierra, el agua, el aire y el fuego; y también los cuatro mundos representados por las letras del tetragrama divino. Con sus alas los querubes cubren el propiciatorio.

Aquella arca será el instrumento de los fenómenos eléctricos y luminosos producidos por la magia del sacerdote de Osiris, fenómenos que, exagerados por la leyenda, engendraron los relatos bíblicos, arca de oro contiene además el Sepher Bereshi o libro de Cosmogonía redactado por Moisés en jeroglíficos egipcios, y la vara mágica del profeta llamada verga por la Biblia. También contendrá el libro de la alianza o la ley del Sinaí. Moisés llama al arca el trono de Aelohim; porque en ella reposa la tradición sagrada, la misión de Israel, la idea de Ievé.

¿Qué constitución política dio Moisés a su pueblo?. Sobre este extremo, es preciso citar uno de los pasajes más curiosos del Éxodo. Este pasaje parece tanto más antiguo y auténtico cuanto que nos muestra el lado débil de Moisés, su tendencia al orgullo sacerdotal y a la tiranía teocrática, reprimida por su iniciador etíope. Dice así:

"Al siguiente día, cuando Moisés juzgaba al pueblo, y el pueblo estaba ante Moisés desde la mañana a la noche. "Habiendo visto el suegro de Moisés todo lo que ordenaba al pueblo, le dijo: ¿Qué haces al pueblo?.

¿De dónde viene que tú solo estás sentado y el pueblo está ante ti desde la mañana a la noche?. "Y Moisés respondió a su suegro: Es que el pueblo viene a mí para preguntarme sobre Dios. "Cuando tienen algún litigio, vienen a mí; entonces yo juzgo entre uno y otro, y les hago oír las leyes de Dios. "Pero el suegro de Moisés le dijo: No haces bien. Ciertamente sucumbirás tú y también el pueblo que contigo está; porque eso es demasiado pesado para ti y no podrás hacerlo tú solo.

"Escucha pues mi consejo; yo te aconsejaré y Dios estará contigo. Sé para el pueblo un enviado de Dios y lleva las causas ante Dios".

"Instrúyeles en las, ordenanzas y las leyes, y hazles escuchar la voz a la que deben obedecer y lo que tienen que ejecutar".

"Elige de entre todo el pueblo hombres virtuosos, temerosos de Dios, hombres verdaderos que odien la ganancia deshonrosa, y establece sobre ellos jefes de millares, jefes de centenas, de cincuenta y de diez".

"Y que ellos juzguen al pueblo en todo tiempo; pero que te lleven todos los asuntos grandes y que juzguen las causas pequeñas. Así aliviarán tu trabajo y llevarán contigo una parte de la carga".

"Si haces esto, y Dios te lo manda, podrás subsistir y todo el pueblo llegará felizmente a su destino".

"Moisés obedeció a la palabra de su suegro, e hizo todo lo que él había dicho". ***(Éxodo XVIII, 13-24. La importancia de este pasaje, desde el punto de vista de la constitución social, ha sido justamente señalada por M. Saint-Ives en su hermoso libro: La Mission des Júifa).***

Se deduce de este pasaje que en la constitución de Israel, establecida por Moisés, el poder ejecutivo era considerado como una emanación del poder judicial y estaba bajo la autoridad sacerdotal.

Tal fue el gobierno legado por Moisés a sus sucesores, siguiendo el sabio consejo de Jetro. Siempre fue el mismo bajo los jueces, desde Josué a Samuel, hasta la usurpación de Saúl. Bajo los Reyes, el sacerdocio deprimido comenzó a perder la verdadera tradición de Moisés, que sólo sobrevivió en los profetas.

Como ya hemos dicho, Moisés no fue un patriota, sino un domador de pueblos que tenía por designio los destinos de la humanidad entera. Israel sólo era un medio; la religión universal era su objetivo, y sobre aquellos grupos nómadas su pensamiento iba a los tiempos futuros. Desde la salida de Egipto hasta la muerte de Moisés, la historia de Israel sólo fue un largo duelo entre el profeta y su pueblo.

Moisés condujo al principio las tribus israelitas al Sinaí, por el árido

desierto, ante la montaña consagrada a Aelohim por todos los semitas, donde había tenido su revelación. Allí donde el Genio se había apoderado del profeta, el profeta quiso apoderarse de su pueblo e imprimirle en la frente el sello de Ievé: los diez mandamientos, poderoso resumen de la ley moral y complemento de la verdad trascendente encerrada en el libro hermético del arca.

Nada más trágico que aquel primer diálogo entre el profeta y su pueblo. Allí ocurrieron escenas extrañas, sangrientas, terribles, que dejaron como la huella de un hierro al rojo en la carne mortificada de Israel. Bajo las amplificaciones de la leyenda bíblica, se adivina la verdad posible de los hechos.

Los hombres escogidos de las tribus están acampados en la meseta de Pharán, a la entrada de una garganta abrupta que conduce a las rocas del Serbal. La cabeza amenazadora del Sinaí domina aquel terreno pedregoso, volcánico. Ante toda la asamblea, Moisés anuncia solemnemente que va a ir a la montaña para consultar a Aelohim y que traerá la ley escrita sobre una tabla de piedra. Ordena al pueblo que vele y ayune, que le espere en la castidad y la oración. Deja el arca portátil, cubierta por la tienda del tabernáculo, bajo la guarda de los setenta Ancianos. Luego desaparece por el desfiladero, no llevando consigo más que a su fiel discípulo Josué.

Pasan días; Moisés no vuelve. El pueblo se inquieta al pronto, luego murmura: "¿Por qué habernos traído a este horrible desierto y habernos expuesto a las flechas de los Amalecitas?. Moisés nos ha prometido conducirnos al país de Canaán donde fluye la leche y la miel, y he aquí que morimos en el desierto. Más valía la servidumbre en Egipto que esta vida miserable. ¡Ojalá tuviésemos aún los platos de carne que comíamos allá!. Si el Dios de Moisés es el verdadero Dios, que lo pruebe, que todos sus enemigos queden dispersados y que entremos en el acto en el país de promisión". Esos murmullos engruesan; los Israelitas se amotinan y los jefes toman parte en la revuelta.

Y he aquí que viene un grupo de mujeres que cuchichean y murmuran entre sí. Son las hijas de Moab, de piel negra, cuerpos flexibles, formas opulentas, concubinas o siervas de algunos jefes Edomitas asociados a Israel. Recuerdan ellas haber sido sacerdotisas de Astaroth y haber celebrado las orgías de la diosa en los bosques sagrados del país natal. Ellas sienten que ha llegado la hora de reconquistar su imperio. Vienen adornadas con oro y trajes vistosos, con la sonrisa en los labios, como una multitud de hermosas serpientes que salieran de tierra haciendo lucir al sol sus formas ondulantes

de reflejos metálicos. Se mezclan con los rebeldes, les miran con sus ojos relucientes, les abrazan, hacen sonar sus anillos de cobre, les seducen con sus lenguas zalameras: "¿Quién es, después de todo, aquel sacerdote de Egipto y su Dios?. Habrá muerto en el Sinaí. Los Refaim le habrán arrojado a un abismo. No es él quien conducirá las tribus al Canaán. Que los hijos de Israel invoquen a los dioses de Moab: Belphegor y Astaroth. ¡Ésos son dioses que se pueden ver, y que hacen milagros!. Ellos les conducirán al país de Canaán". Los revoltosos escuchan a las mujeres moabitas, se excitan unos a otros y este grito parte de la multitud: "Aarón, haznos dioses que marchen ante nosotros, porque nada sabemos de Moisés, el que nos sacó de la tierra de Egipto". Aarón trata en vano de calmar a la multitud. Las hijas de Moab llaman a los sacerdotes fenicios llegados con una caravana. Éstos traen una estatua de Astaroth de madera y la elevan sobre un altar de piedra. Los rebeldes obligan a Aarón, bajo amenaza de muerte, a fundir el becerro de oro, una de las formas de Belphegor. Se sacrifican toros y machos cabríos a los dioses extranjeros, se dedican a beber, a comer, y las danzas lascivas, dirigidas por las hijas de Moab, comienzan alrededor de los ídolos, al son de las zambombas, de los kinnors y de los panderos agitados por las mujeres.

Los setenta Ancianos, elegidos por Moisés para la custodia del arca, han tratado en vano de detener aquel desorden con sus amonestaciones. Ahora se sientan en tierra con la cabeza cubierta de ceniza. Agrupados alrededor del tabernáculo del arca, oyen con consternación los gritos salvajes, los cantos voluptuosos, las invocaciones a los dioses malditos, demonios de lujuria y de crueldad. Ven con horror a aquel pueblo desenfrenado y rebelado contra su Dios. ¿Qué va a ser del Arca, del Libro y de Israel, si Moisés no vuelve?.

Moisés vuelve. De su gran recogimiento, de su soledad en el monte de Aelohim, trae la Ley sobre tabletas de piedra. ***(En la antigüedad, las cosas escritas sobre la piedra pasaban por ser las más sagradas. El hierofante de Eleusis leía a los iniciados, en tablas de piedra, cosas que juraban no decir a nadie y no se encontraban escritas en parte alguna).*** Llegado al campo, ve las danzas, la bacanal de su pueblo ante los ídolos de Astaroth y de Belphegor. A la vista del sacerdote de Osiris, del profeta de Aelohim, las danzas cesan, los sacerdotes extranjeros huyen, los rebeldes vacilan. La cólera hierve en Moisés como un fuego devorador. Rompe las tablas de piedra, y se ve que aniquilaría a todo su pueblo y que Dios está en él.

Israel tiembla, pero los rebeldes lanzan miradas de odio disimuladas bajo el miedo. Una palabra, un gesto de vacilación de parte del jefe profeta, y la hidra de la anarquía idolatra va a elevar contra él sus mil

cabezas y barrer, bajo una granizada de piedras, al arca santa, al profeta y a su idea. Pero Moisés está allí y tras él los poderes invisibles que le protegen. Comprende que es preciso, ante todo, templar el alma de los setenta elegidos, elevarlos a su propia altura y por ellos a todo el pueblo. Él invoca a Aelohim-Ievé, el Espíritu masculino, el Fuego Principio del fondo de sí mismo y del fondo del cielo.

— ¡A mí los setenta! — exclama Moisés —. Que tomen el arca y suban conmigo a la montaña de Dios. En cuanto a este pueblo, que espere y tiemble. Voy a traerle la sentencia de Aelohim.

Los levitas sacan de bajo de la tienda el arca de oro envuelta en sus velos, y el cortejo de los setenta desaparece con el profeta en los desfiladeros del Sinaí. No se sabe quién tiembla más, si los levitas por lo que van a ver, o el pueblo por el castigo que Moisés deja suspendido sobre su cabeza como una espada invisible.

¡Ah, si se pudiera escapar de las manos terribles de aquel sacerdote de Osiris, de aquel profeta de desdicha!, dicen los rebeldes. Y apresuradamente la mitad del campo pliega las tiendas, ensilla los camellos y se prepara a huir. Mas he aquí que un crepúsculo extraño, un velo de polvo se extiende sobre el cielo; una brisa dura sopla del mar Rojo, el desierto toma un color rojizo y lívido, y detrás del Sinaí se amontonan gruesos nubarrones. Por fin, el cielo se ennegrece. El huracán trae torbellinos de arena y los relámpagos hacen estallar en torrentes de lluvia las nubes que envuelven el Sinaí. Pronto el rayo reluce y su voz, repercutida por todas las gargantas del macizo, estalla sobre el campo en detonaciones sucesivas con un estruendo espantoso. El pueblo no vacila en que aquello se debe a la cólera de Aelohim invocada por Moisés. Las hijas de Moab han desaparecido. Los ídolos son derribados, los jefes se prosternan, los niños y las mujeres se esconden bajo el vientre de los camellos. Esto dura toda una noche, todo un día. El rayo ha caído en las tiendas, ha matado hombres y animales y el trueno retumba continuamente.

Hacia el oscurecer la tempestad se calma, las nubes humean aún sobre el Sinaí y el cielo continúa negro. Mas he aquí que a la entrada del campamento reaparecen los setenta, Moisés en cabeza. Y en el vago resplandor del crepúsculo, el semblante del profeta y el de sus elegidos irradia con luz sobrenatural, como si trajeran sobre su cara el reflejo de una visión luminosa y sublime. Sobre el arca de oro, sobre los querubines con alas de fuego, oscila un resplandor eléctrico, como una columna fosforescente. Ante aquel espectáculo extraordinario, los Ancianos y el pueblo, hombres y mujeres se prosternan a distancia.

— Que los que estén por el Eterno, vengan a mí — exclama Moisés.

Las tres cuartas partes de los jefes de Israel se agrupan alrededor de Moisés, los rebeldes continúan escondidos bajo sus tiendas. Entonces el profeta avanza y ordena a sus fieles que pasen a cuchillo a los instigadores del motín y a las sacerdotisas de Astaroth, a fin de que Israel tiemble para siempre ante Aelohim, que se acuerde de la ley del Sinaí y de su primer mandamiento: “Yo soy el Eterno, tu Dios que te ha sacado del país de Egipto, de la tierra de servidumbre. Tú no tendrás otro Dios ante mi faz. No construirás imágenes ni semejanza alguna de las cosas que están arriba en los cielos, ni en las aguas, ni bajo tierra”.

Por esta mezcla de terror y de misterio, Moisés impuso su ley y su culto a su pueblo. Era preciso imprimir la idea de Ievé en letras de fuego sobre su alma, y sin aquellas medidas implacables el monoteísmo no hubiera jamás triunfado del politeísmo invasor de la Fenicia y de Babilonia.

Pero ¿Qué es lo que habían visto los setenta en el Sinaí?. El Deuteronomio (XXXIII, 2) habla de una visión colosal, de millares de santos aparecidos en medio de la tempestad sobre el Sinaí, en la luz de Ievé. ¿Vinieron los sabios del antiguo ciclo, los antiguos iniciados de los Arios, de la India, de Persia y de Egipto, todos los nobles hijos del Asia, para proteger a Moisés en su obra y ejercer una presión decisiva sobre la conciencia de sus asociados?. Las potencias espirituales que velan sobre la humanidad, siempre están presentes, pero el velo que de ellas nos separa no se desgarra más que en las grandes horas y para raros elegidos. Sea de ello lo que quiera, Moisés hizo pasar a los setenta el fuego divino y la energía de su propia voluntad. Ellos fueron el primer templo, antes que el de Salomón: el templo viviente, el templo en marcha, el corazón de Israel, luz real de Dios.

Por medio de las escenas del Sinaí, por la ejecución en masa de los rebeldes, Moisés adquirió autoridad sobre los Semitas nómadas que mantenía bajo su mano de hierro. Pero análogas escenas, seguidas de nuevas represiones por la fuerza, tuvieron que reproducirse durante las marchas y las contramarchas hacia el país de Canaán. Como Mahoma, Moisés tuvo que desplegar a la vez el genio de un profeta, de un hombre de guerra y de un organizador social. Tuvo él que luchar contra los desfallecimientos, las calumnias, las conspiraciones. Después del tumulto popular, tuvo que abatir el orgullo de los sacerdotes-levitas que querían igualar su papel al suyo, darse como él por inspirados directos de Ievé. También tuvo que combatir las conspiraciones más peligrosas de algunos jefes ambiciosos, como Coré, Datan y Abiram, que fomentaban la insurrección popular para derribar al profeta

y proclamar un rey, como lo harán más tarde los Israelitas con Saúl, a pesar de la resistencia de Samuel. En aquella lucha, Moisés tiene alternativas de indignación y de piedad, ternuras de padre y rugidos de león, contra el pueblo que se agita bajo la presión de su espíritu, y que a pesar de todo la sufrirá. De ello encontramos un eco en los diálogos que la narración bíblica relata entre el profeta y su Dios, diálogos que parecen revelar lo que pasaba en el fondo de su conciencia.

En el Pentateuco, Moisés triunfa de todos los obstáculos por los más inverosímiles milagros; Jehovah, concebido como un Dios personal, está siempre a su disposición. Él aparece sobre el tabernáculo como una nube brillante que se llama la gloria del Señor. Sólo Moisés puede entrar allí; los profanos que se aproximan son heridos de muerte. El tabernáculo que contiene el arca, juega en la narración bíblica el papel de una gigantesca batería eléctrica que, una vez cargada con el fuego de Jehovah, aniquila masas humanas. Los hijos de Aarón, los doscientos cincuenta adeptos de Coré y de Datan y catorce mil hombres del pueblo (?) mueren de este modo. Además Moisés provoca a hora fija un temblor de tierra, que engulló a los tres jefes rebeldes con sus tiendas y sus familias. Este último relato es de una poesía terrible y grandiosa. Pero está lleno de tal exageración, de un carácter tan visiblemente legendario, que sería pueril discutir su realidad. Lo que ante todo da un carácter exótico a estas narraciones, es el papel de Dios irascible y cambiante que en todas ellas juega Jehovah. Siempre está preparado para fulminar y destruir, mientras que Moisés representa la misericordia y la prudencia. Una concepción tan contradictoria de la divinidad, no es menos extraña a la conciencia de un iniciado de Osiris que a la de un Jesús.

Y sin embargo, esas colosales exageraciones parecen proceder de ciertos fenómenos debidos a los poderes mágicos de Moisés y que tienen sus análogos en la tradición de los templos antiguos. Éste es el lugar de decir qué es lo que puede creerse de los llamados milagros de Moisés desde el punto de vista de una teosofía racional y de los puntos elucidados de la ciencia oculta. La producción de fenómenos eléctricos bajo diversas formas por la voluntad de poderosos iniciados, no es únicamente atribuida a Moisés por la Antigüedad. La tradición caldea la atribuía a los magos, la tradición griega y latina a ciertos sacerdotes de Júpiter y de Apolo. En casos parecidos, los fenómenos son efectivamente del orden eléctrico. Pero la electricidad de la atmósfera terrestre debía ser puesta en movimiento por una fuerza más sutil y más universal difundida por todas partes, que los grandes adeptos sabían atraer, concentrar y proyectar. ***(Por dos veces un asalto al templo de Delfos fue***

rechazado en condiciones parecidas a las que aparecen en los milagros de Moisés. En 480 (A. de J. C), las tropas de Jerjes lo atacaron y retrocedieron espantadas ante una tempestad, acompañada de llamas que salían del suelo, y de la caída de grandes bloques de roca. (Herodoto). — En 279 (A. de J. C), el templo fue de nuevo atacado por una invasión de Galls o Kimris. Delfos sólo estaba defendido por una pequeña tropa de Focenses. Los bárbaros dieron el asalto; en el momento en que iban a penetrar en el templo, una tempestad estalla y los Focenses rechazaron a los Galls. (Véase la hermosa narración en L'Histoire des Gaulois, de Amadeo Tierry, libro II). Esta fuerza es llamada ***akásha*** por los brahmanes, ***fuego principio*** por los magos de Caldea, ***gran agente mágico*** por los Cabalistas de la Edad Media. Desde el punto de vista de la ciencia moderna, se la puede llamar ***fuerza etérea.*** Se puede bien atraerla directamente, bien evocarla por intermedio de agentes invisibles, conscientes o semiconscientes, que pululan en la atmósfera terrestre y que la voluntad de los magos sabe dominar. Esta teoría nada tiene de contrario a una concepción racional del universo, y aun es indispensable para explicar una multitud de fenómenos, que sin ella serían incomprensibles. Es preciso añadir, únicamente, que estos fenómenos están regidos por leyes inmutables y siempre proporcionadas a la fuerza intelectual, moral y magnética del adepto.

Una cosa antirracional y antifilosófica sería el poner en movimiento la causa primera, Dios, por un ser cualquiera, o la acción inmediata de esta causa por él, lo que vendría a ser una identificación del individuo con Dios. El hombre no se eleva a él, más que relativamente por el pensamiento o por la oración, por la acción o por el éxtasis. Dios sólo ejerce su acción en el universo indirecta y jerárquicamente por medio de las leyes universales e inmutables que expresan su pensamiento, como a través de los miembros de humanidad terrestre y divina que le representan parcial y proporcionalmente en lo infinito del espacio y del tiempo.

Sentados esos puntos, creemos perfectamente posible que Moisés, sostenido por los poderes espirituales que le protegían y manejando la fuerza etérea con una ciencia consumada, haya podido servirse del arca como de una especie de receptáculo, de acumulador atractivo para la producción de fenómenos eléctricos de una potencia tremenda. Él se aislaba con sus sacerdotes y confidentes por medio de vestiduras de lino y perfumes que le protegían de las descargas del fuego etéreo. Pero esos fenómenos debieron ser raros y limitados. La leyenda sacerdotal los exageró. Debió bastar a Moisés herir de muerte a algunos jefes rebeldes o a algunos levitas desobedientes por

una producción de fluido, para aterrorizar y castigar todo el pueblo.

VI
LA MUERTE DE MOISÉS

Cuando Moisés hubo conducido a su pueblo hasta la entrada de Canaán, sintió que su obra se había cumplido. ¿Qué era Ievé-Aelohim para el Vidente del Sinaí?. El orden divino visto desde la altura, a través de todas las esferas del universo y realizado sobre la tierra visible a imagen de las jerarquías celestes y de la eterna verdad. No, no había contemplado en vano la faz del Eterno, que se refleja en todos los mundos. El Libro estaba en el Arca, y el Arca guardada por un pueblo fuerte, templo viviente del Señor. El culto del Dios único estaba fundado sobre la tierra; el nombre de Ievé brillaba en letras resplandecientes en la conciencia de Israel; los siglos podían lanzar sus ondas sobre el alma cambiante de la humanidad, que ya no borrarían el nombre del Eterno.

Habiendo comprendido Moisés todas estas cosas, invocó al Ángel de la Muerte. Impuso las manos a su sucesor, Josué, ante el Tabernáculo, a fin de que el Espíritu de Dios pasase a él; luego bendijo a toda la humanidad a través de las doce tribus de Israel y subió al monte Nebo, seguido solamente de Josué y de los levitas. Ya Aarón había sido "recogido hacia sus padres"; la profetisa María había seguido el mismo camino. Había llegado la vez a Moisés.

¿Cuáles fueron los pensamientos del profeta centenario, cuando vio desaparecer el campo de Israel y subió a la gran soledad de Aelohim?. ¿Qué es lo que experimentó paseando su mirada sobre la tierra prometida, del Galaad a Jericó, la ciudad de las palmeras?. Un verdadero poeta ***(Alfredo de Vigny),*** pintando de mano maestra aquella situación de alma, le hace lanzar este grito:

¡Oh, Señor, he vivido poderoso y solitario!
¡Dejadme ahora dormir el sueño de la tierra!.

Estos versos dicen más sobre el alma de Moisés que los comentarios de un centenar de teólogos. Aquella alma semeja a la gran pirámide de Giseh, maciza, desnuda y cerrada al exterior; pero que encierra en su interior los grandes misterios y lleva en su centro un sarcófago, llamado por los iniciados

el sarcófago de la resurrección. Desde allí, por un pasadizo oblicuo, se veía la estrella polar. De este modo aquel espíritu impenetrable veía desde su centro la finalidad de las cosas.

Sí, todos los poderosos han conocido la soledad que crea la grandeza; pero Moisés se encontró más sólo que los otros, porque su principio fue más absoluto, más trascendente. Su Dios fue el principio viril por excelencia, el Espíritu puro. Para inculcarlo a los hombres tuvo que declarar la guerra al principio femenino, a la diosa Natura, a Hevé, a la Mujer eterna que vive en el alma de la Tierra y en el corazón del Hombre. Tuvo que combatirla sin tregua y sin merced, no para destruirla, sino para someterla y dominarla. ¿Qué hay de asombro en que la Naturaleza y la Mujer, entre quienes reina un pacto misterioso, temblasen ante él?. ¿Por qué admirarse de que se regocijasen de su partida y esperasen para levantar la cabeza a que la sombra de Moisés hubiera cesado de lanzar sobre ellas el presentimiento de la muerte?. Tales fueron sin duda los pensamientos del Vidente, mientras subía al estéril monte Nebo. Los hombres no podían amarle, porque él sólo había amado a Dios. ¿Viviría al menos su obra?. ¿Sería su pueblo siempre fiel a su misión?. ¡Oh, fatal clarividencia de los moribundos, don trágico de los profetas, que levanta todos los velos en la última hora!. A medida que el espíritu de Moisés se desligaba de la tierra, veía la terrible realidad del porvenir; él vio las traiciones de Israel; la anarquía levantando la cabeza; los Reyes sucediendo a los Jueces; los crímenes de los Reyes manchando el templo del Señor, su libro mutilado, incomprendido, su pensamiento escondido, disfrazado, rebajado por sacerdotes ignorantes o hipócritas; las apostasías de los Reyes; el adulterio de Judá con las naciones idólatras; la pura tradición, la doctrina sagrada ahogadas y los profetas, poseedores del verbo viviente, perseguidos hasta el fondo del desierto.

Sentado en una caverna del monte Nebo; Moisés vio todo esto en sí mismo. Pero ya la muerte extendía sus alas sobre su frente y posaba su mano fría sobre su corazón. Entonces aquel corazón de león trató de surgir una vez más. Irritado contra su pueblo, Moisés evocó la venganza de Aelohim sobre la raza de Judá, y elevó su pesado brazo. Josué y los levitas que le asistían oyeron con espanto estas palabras salir de la boca del moribundo profeta: “Israel ha traicionado a su Dios, ¡sea él dispersado a los cuatro vientos del cielo!”.

Entre tanto, Josué y los levitas miraban con terror a su maestro que no daba ya signo de vida. Su última palabra había sido una maldición. ¿Había lanzado con ella el último suspiro?. Pero Moisés abrió los ojos por

última vez y dijo: "Volved a Israel. Cuando el tiempo llegue, el Eterno os enviará un profeta como yo entre vuestros hermanos y pondrá su verbo en su boca y ese profeta os dirá lo que el Eterno le haya ordenado.

"Y a quien no escuche las palabras que os diga, el Eterno le pedirá cuentas". (Deuteronomio XVIII, 18, 19).

Después de estas palabras proféticas, Moisés entregó el espíritu. El Ángel solar de la espada de fuego, que antes le había aparecido en el Sinaí, le esperaba. Él le arrastró al seno profundo de la Isis celeste, a las ondas de esa luz que es la Esposa de Dios. Lejos de las regiones terrestres, atravesaron círculos de almas de creciente esplendor. Por fin, el Ángel del Señor le mostró un espíritu de maravillosa belleza y de una dulzura celeste, pero de tal radiación y de claridad tan fulgurante, que la suya propia no era más que una sombra al lado de ella. No llevaba él la espada del castigo, sino la palma del sacrificio y de la Victoria. Moisés comprendió que aquél terminaría su obra y conduciría a los hombres hacia el Padre, por el poder del Eterno-Femenino, por la Gracia divina y por el Amor perfecto.

Entonces el Legislador se prosternó ante el Redentor, y Moisés adoró a Jesucristo.

LIBRO V
ORFEO
LOS MISTERIOS DE DIONISOS

¡Cómo se agitan en el inmenso universo, cómo se arremolinan y se buscan esas almas innúmeras que brotan de la grande alma del Mundo!. Ellas van de un planeta a otro y lloran en el abismo la patria perdida... Son tus lágrimas, Dionisos... ¡Oh gran Espíritu!, ¡Oh libertador!, vuelve tus hijas a tu seno de luz.

Fragmento órfico.

¡Eurydíce! ¡Oh Luz divina!, dijo Orfeo al morir. — ¡Eurídice!, gimieron al romperse las siete cuerdas de su lira.— Y su cabeza, que rueda para siempre por el río de los tiempos, clama aún: —¡Eurídice!, ¡Eurídice!.

Leyenda de Orfeo.

I
LA GRECIA PREHISTÓRICA - LAS BACANTES
APARICIÓN DE ORFEO

En los santuarios de Apolo, que poseían la tradición órfica, una fiesta misteriosa se celebraba en el equinocio de la primavera. Era el momento en que los narcisos florecían al lado de la fuente de Gastaba. Los trípodes, las liras del templo vibraban por sí mismos y el Dios invisible se decía volver del país de los Hiperbóreos, sobre un carro tirado por cisnes. Entonces la gran sacerdotisa vestida (la Musa, coronada de laureles, la frente ceñida por cintas sagradas, cantaba ante los iniciados solos el ***nacimiento de Orfeo,*** hijo de Apolo y de una sacerdotisa del Dios. Ella invocaba el alma de Orfeo, padre de los mitos, salvador melodioso de los hombres: Orfeo, soberano inmortal y tres veces coronado, en los infiernos, en la tierra y en el cielo; el que marcha con una estrella en la frente por entre los astros y los dioses.

El canto místico de la sacerdotisa de Delfos aludía a uno de los numerosos secretos guardados por los sacerdotes de Apolo e ignorados por la multitud. Orfeo fue el genio animador de la Grecia sagrada, el despertador de su alma divina. Su lira de siete cuerdas abarca el universo. Cada una de ellas responde a una modalidad del alma humana, contiene la ley de una ciencia y de un arte. Hemos perdido la clave de su plena armonía, pero los modos diversos no han cesado de vibrar en nuestros oídos. La impulsión teúrgica y dionysíaca que Orfeo supocomunicar a Grecia, se transmitió por ella a toda Europa. Nuestro tiempo no cree va en la belleza, en la vida. Si a pesar de todo guarda de ella una profunda reminiscencia, una secreta e invencible esperanza, lo debe a aquél sublime Inspirado. Saludemos en él al gran iniciador de Grecia, al Patriarca de la Poesía y de la Música, concebidas como reveladoras de la verdad eterna.

Pero antes de reconstituir la historia de Orfeo, por el fondo mismo de los santuarios, digamos qué era Grecia cuando él apareció.

Era en tiempo de Moisés, cinco siglos antes de Homero, trece siglos antes de Jesucristo. La India se hundía en su ***Kali-Yuga,*** en su ciclo de tinieblas, y no ofrecía más que una sombra de su antiguo esplendor. Asiria, que por la tiranía de Babilonia había desencadenado sobre el mundo el azote

de la anarquía, continuaba tiranizando al Asia. Egipto, muy grande por la ciencia de sus sacerdotes y por sus faraones, resistía con todas sus fuerzas a esta descomposición universal; pero su acción se detenía en el Eufrates y el Mediterráneo. Israel iba a levantar en el desierto el principio del Dios masculino y de la unidad divina por la voz tonante de Moisés; pero la tierra no había aún oído sus ecos.

Grecia estaba profundamente dividida por la religión y por la política.

La península montañosa que muestra sus finos cortes en el Mediterráneo y rodean millares de islas, estaba poblada hacía miles de años por un brote de la raza blanca, emparentada con los Getas, los Escitas y los Celtas primitivos. Aquella raza había sufrido las mezclas, las impulsiones de todas las civilizaciones anteriores. Colonias de la India, de Egipto y Palestina habían enjambrado en aquellas orillas, poblado sus promontorios y sus valles de razas, de costumbres, de divinidades múltiples. Las flotas pasaban a velas des-plegadas bajo las piernas del coloso de Rodas, colocado sobre los dos diques del puerto. El mar de las Cíclades, donde, en los días claros, el navegante ve siempre alguna isla o ribera en el horizonte, era surcado por las proas rojas de los Fenicios y las proas negras de los piratas de Lidia. Ellos llevaban en sus naves todas las riquezas de Asia y África: marfil, objetos pintados de cerámica, telas de Siria, vasos de oro, púrpura y perlas; frecuentemente, mujeres arrebatadas de alguna costa salvaje.

Por medio de aquel cruzamiento de razas se había moldeado un idioma armonioso y fácil, mezcla de celta primitivo, del zend, del sánscrito y del fenicio. Esa lengua, que pintaba la majestad del Océano en el nombre de Poseidón y la serenidad del cielo en la de ***Urano,*** imitaba todas las voces de la Naturaleza, desde el canto de los pajarillos hasta el choque de las espadas y el estruendo de la tempestad. Era multicolor como su mar de un intenso azul de matices cambiantes; multisonante como las olas que murmuran en sus golfos o mugen sobre sus innumerables arrecifes, ***poluphlosboio Thalasa,*** como dice Homero.

Con aquellos comerciantes o aquellos piratas, iban con frecuencia sacerdotes que les dirigían o les mandaban como dueños. Escondían ellos en sus barcas una imagen de madera ele una divinidad cualquiera. La imagen estaba sin duda groseramente tallada, y los marineros de entonces tenían por ella el mismo fetichismo que muchos de nuestros marinos tienen por su madona. Pero aquellos sacerdotes no dejaban de estar en posesión de ciertas ciencias, y la divinidad que llevaban de su templo a un país extranjero representaba para ellos una concepción de la naturaleza, un conjunto de leyes,

una organización civil y religiosa. Porque en aquellos tiempos toda la vida intelectual descendía de los santuarios. Se adoraba a Juno en Argos; a Artemis en Arcadia; a Paphos en Corinto; la Astarté fenicia se había convertido en la Afrodita nacida de la espuma de las olas. Varios iniciadores habían aparecido en el Atica. Una colonia egipcia había llevado a Eleusis el culto de Isis bajo la forma de Deméter (Ceres), madre de los Dioses. Erechtea había establecido entre el monte Hymeto y el Pentélico el culto de una diosa virgen, hija del cielo azul, amiga del olivo y de la sabiduría. Durante las invasiones, a la primera señal de alarma, la población se refugiaba en el Acrópolis y se agrupaba alrededor de la diosa como alrededor de una viviente victoria.

Sobre las divinidades locales reinaban algunos dioses masculinos y cosmogónicos. Pero relegados a las altas montañas, eclipsados por el cortejo brillante de las divinidades femeninas, tenían poca influencia. El Dios solar, Apolo délfico, ***(Según la antigua tradición de los Tracios, la poesía había sido inventada por Olen. Este nombre quiere decir en fenicio el Ser universal. Apolo tiene la misma raíz. Ap Olen o Ap Wholón significa Padre universal. Primtivamente se adoraba en Delfos al Ser universal bajo el nombre de Olen. El culto de Apolo fue introducido por un sacerdote innovador, bajo el impulso de la doctrina del verbo solar que recorría entonces los santuarios de la India y de Egipto. Este reformador identificó al Padre universal con su doble manifestación: la luz hiperfísica y el sol visible. Pero esta reforma no salió casi de las profundidades del santuario. Orfeo fue quien dio un poder nuevo al verbo solar de Apolo, reanimándolo y electrizándolo por medio de los misterios de Dionisos. (Véase Fabre d'Olivet: Les Vers dorés de Pythagore),*** existía ya, pero sólo jugaba un papel secundario y borroso. Había sacerdotes de Zeus el Altísimo al pie de las cimas nevadas del Ida, en las alturas de la Arcadia y bajo las encinas de Dodona. Pero el pueblo prefería al Dios misterioso y universal, las diosas que representaban a la naturaleza en sus potencias seductoras o terribles. Los ríos subterráneos de la Arcadia, las cavernas de las montañas que descienden hasta las entrañas de la tierra, las erupciones volcánicas en las islas del mar Egeo, habían llevado desde remotos tiempos a los griegos hacia el culto de las fuerzas misteriosas de la tierra. En sus alturas como en sus profundidades, la naturaleza era presentida, temida y venerada. Como todas aquellas divinidades no tenían centro social ni síntesis religiosa, se hacían entre sí una guerra encarnizada. Los templos enemigos, las ciudades rivales, los pueblos divididos por el rito, por la ambición de los sacerdotes y de los reyes, se odiaban, desconfiaban unos de otros y se combatían en sangrientas luchas.

Pero tras la Grecia estaba la Tracia salvaje y ruda. Hacia el Norte, enfiladas de montañas cubiertas de robles gigantescos y coronadas de peñascos, se seguián en grupos ondulantes, se desarrollaban en circos enormes o se enmarañaban en macizos nudosos. Los vientos del Septentrión desgastaban sus flancos y un cielo, con frecuencia tempestuoso, barría sus cimas. Los pastores de los valles y los guerreros de las llanuras pertenecían a la fuerte raza blanca, a la gran reserva de los Dorios de Grecia. Raza varonil por excelencia, que se marca en la belleza por la acentuación de los rasgos, la decisión del carácter, y en la fealdad, por lo terrible y grandioso que se encuentra en la careta de las medusas y de las antiguas Gorgonas.

Como todos los pueblos antiguos que recibieron su organización de los Misterios, como Egipto, como Israel, como la Etruria, Grecia tuvo su geografía sagrada, en que cada comarca venía a ser el símbolo de una región puramente intelectual y supraterrena del espíritu. ¿Por qué la Tracia fue siempre considerada por los griegos como el país santo por excelencia, el país de la luz y la verdadera patria de las Musas?. ***(Thrakia, según Fabre d'Olivet, deriva del fenicio Rakhiwa, el espacio etéreo o el firmamento. Lo que hay de cierto es que, para los poetas y los iniciados de Grecia, como Píndaro, Esquilo o Platón, el nombre de la Tracia tenia un sentido simbólico y significaba el país de la pura doctrina y de la poesía sagrada que de ella procede. Esta palabra tenía, pues, para ellos un sentido filosófico e histórico. — Filosóficamente, designaba una región intelectual: el conjunto de las doctrinas y de las tradiciones que hacen proceder al mundo de una inteligencia divina. — Históricamente, aquel nombre recordaba al país y la raza donde la doctrina y la poesía dóricas, este vigoroso brote del antiguo espíritu ario, habían aparecido al principio para florecer en seguida en Grecia por el santuario de Apolo. — El uso de este género de simbolismo está probado por la historia posterior. En Delfos había una clase de sacerdotes tracios. Eran los guardianes de la alta doctrina. El tribunal de los Anfictiones estaba antiguamente defendido por una guardia tracia, es decir, por una guardia de guerreros iniciados. La tiranía de Esparta suprimió aquella falange incorruptible y la reemplazó por los mercenarios de la fuerza bruta. Más tarde, el verbo tracisar fue aplicado irónicamente a los devotos de la antigua doctrina).*** Es porque aquellas altas montañas tenían los más antiguos santuarios de Kronos, de Zeus y de Uranos. De allí habían descendido en ritmos eumólpicos la Poesía, las Leyes y las Artes sagradas. Los poetas fabulosos de la Tracia dan de ello fe. Los nombres de Thamyris, de Linos y de Amphión responden quizá a personajes reales; pero ante todo

personifican, según el lenguaje de los templos, otros tantos géneros de poesía. Cada uno de ellos consagra la victoria de una teología sobre otra. En los templos de entonces sólo alegóricamente se escribía la historia. El individuo no era nada; la doctrina y la obra, todo. Thamyris que cantó la guerra de los Titanes y fue cegado por las Musas, anuncia la derrota de la poesía cosmogónica por nuevas modas. Linos, que introdujo en Grecia los cantos melancólicos del Asía y fue muerto por Hércules, revela la invasión en Tracia de una poesía emocionante, desolada y voluptuosa, que rechazó al principio el viril espíritu de los Dorios del Norte. Significa al mismo tiempo la victoria de un culto lunar sobre un culto solar. Amfión, por el contrario, que según la leyenda alegórica movía las piedras con sus cantos y construía templos a los sones de su lira, representa la fuerza plástica que la doctrina solar y la poesía dórica ortooxa ejercieron sobre las artes y sobre toda la civilización helénica. ***(Estrabón asegura positivamente que la poesía antigua sólo era el lenguaje de la alegoría. Dionisio de Halicarnaso lo confirma y confiesa que los misterios de la naturaleza y las más sublimes concepciones de la moral han sido cubiertos con un velo. No es, pues, por metáfora por lo que la antigua poesía se llamó la Lengua de los Dioses. Ese sentido secreto y mágico, que constituye su fuerza y su encanto, está contenido en su nombre mismo. La mayor parte de los lingüistas han derivado la palabra poesía del verbo griego poiein, hacer, crear. Etimología simple y muy natural en apariencia, pero poco conforme a la lengua sagrada de los templos, de donde salió la poesía primitiva. Es más lógico admitir con Fabre d'Olivet que poiesis viene del fenicio phohe (boca, voz, lenguaje, discurso) y de ish (Ser superior, ser principio, o, en sentido figurado, Dios). El etrusco Aes o Aesa, el galo Aes, el escandinavo Ase, el concepto Os (Señor), el egipcio Osiris tienen la misma raíz).***

Bien distinta es la luz con que relumbra Orfeo. Brilla él a través de las edades con el rayo personal de un genio creador, cuya alma vibra de amor, en sus viriles profundidades, por el Eterno-Femenino — y en sus últimas profundidades le respondió ese Eterno-Femenino que vive y palpita bajo una triple forma en la Naturaleza, en la Humanidad y en el Cielo. La adoración de los santuarios, la tradición de los iniciados, el grito de los poetas, la voz de los filósofos — y más que todo su obra, la Grecia orgánica — atestiguan su viviente realidad.

En aquellos tiempos, la Tracia era presa de una lucha profunda, encarnizada. Los cultos solares y los cultos lunares se disputaban la supremacía. Esta guerra entre los adoradores del sol y de la luna, no era, como

podría creerse, la fútil disputa de dos supersticiones. Estos dos cultos representaban dos teologías, dos cosmonogías, dos religiones y dos organizaciones sociales absolutamente opuestas. Los cultos uránicos y solares tenían sus templos en las alturas y las montañas; sacerdotes varones; leyes severas. Los cultos lunares reinaban en las selvas, en los valles profundos; tenían sacerdotisas-mujeres, ritos voluptuosos, la prác tica desarreglada de las artes ocultas y el gusto de la orgía. Había guerra a muerte entre los sacerdotes del sol y las sacerdotisas de la luna. Lucha de sexos, lucha antigua, inevitable, abierta o escondida, pero eterna entre el principio masculino y el principio femenino entre el hombre y la mujer, que llena la historia con sus alternativas y en la que se juega el secreto de los mundos. Del mismo modo que la fusión perfecta del masculino y del femenino constituye la esencia misma y el misterio de a divinidad, así el equilibrio de estos dos principios puede únicamente producir las grandes civilizaciones.

En toda Tracia, como en Grecia, los dioses masculinos, cosmogónicos y solares habían sido relegados a las altas montañas, a los países desiertos. El pueblo les prefería el cortejo inquietante de las divinidades femeninas que evocaba las pasiones peligrosas y las fuerzas de la naturaleza. Estos últimos cultos atribuían a la divinidad suprema del sexo femenino.

Espantosos abusos comenzaban a resultar de este estado de cosas. — Entre los Tracios las sacerdotisas de la luna o de la triple Hécate habían hecho acto de supremacía apropiándose el viejo culto de Baco, dándole un carácter sangriento y temible. En signo de su victoria, habían tomado el nombre de Bacantes, como para marcar su dominio, el reino soberano de la mujer, su poder sobre el hombre.

Alternativamente magas, seductoras y sacrificadoras sangrientas de víctimas humanas, tenían su santuario en valles salvajes y recónditos. ¿Por qué sombrio encanto, por qué ardiente curiosidad hombres y mujeres eran atraídos hacia aquellas soledades de vegetación tropical y grandiosa?. Formas desnudas — danzas lascivas en el fondo de un bosque..., luego risas, un gran rito — y cien Bacantes se lanzaban sobre el profano que debía jurarles sumisión o perecer. Las Bacantes domesticaban panteras y leones, que hacían aparecer en sus fiestas. Por la noche, con serpientes enroscadas en los brazos, se prosternaban ante la triple Hécate; luego, en rondas frenéticas, evocaban a Baco subterráneo, de doble sexo y de cabeza de toro. Pero desgraciado del extranjero, desgraciado del sacerdote de Júpiter o de Apolo que fuera a espiarlas. Inmediatamente era descuartizado. ***(El Baco con cabeza de toro se vuelve a encontrar en el XXIX himno órfico. Es un recuerdo del antiguo***

culto que en ningún modo pertenece a la pura tradición de Orfeo. Porque éste depuró completamente y transfiguró el Baco popular en Dionisos celeste, símbolo del espíritu divino que evoluciona a través de todos los reinos de la naturaleza. — Cosa curiosa, volvemos a encontrar el Baco infernal de las Bacantes en el Satán de cabeza de toro que adoraban las brujas de la Edad Media en sus aquelarres nocturnos. Es el famoso Baphomet; la Iglesia, para desacreditar a los templarios, les acusó de pertenecer a la secta que le adoraba).

Las Bacantes primitivas fueron pues las druidesas de Grecia. Muchos jefes tracios continuaban fieles a los viejos cultos varoniles. Pero las Bacantes se habían insinuado entre algunos de sus reyes que reunían a las costumbres bárbaras el lujo y los refinamientos del Asia. Ellas les habían seducido por la voluptuosidad y dominado por el terror. De este modo los Dioses habían dividido la Tracia en dos campos enemigos. Pero los sacerdotes de Júpiter y de Apolo, sobre sus cimas desiertas, acompañados por cl rayo, eran impotentes contra Hécate, que vencía en los valles ardientes y que desde sus profundidades comenzaba a amenazar a los altares de los hijos de la luz.

En esta época había aparecido en Tracia un hombre joven, de raza real y dotado de una seducción maravillosa. Se decía que era hijo de una sacerdotisa ele Apolo. Su voz melodiosa tenía un encanto extraño. Hablaba de los dioses en un ritmo nuevo y parecía inspirado. Su blonda cabellera, orgullo de los Dorios, caía en ondas doradas sobre sus hombros y la música que fluía de sus labios prestaba un contorno suave y triste a las comisuras de su boca. Sus ojos, de un profundo azul, irradiaban fuerza, dulzura y magia. Los feroces Tracios evitaban su mirada; pero las mujeres versadas en el arte de los encantos decían que aquellos ojos mezclaban en su filtro de azul las flechas del sol con las caricias de la luna. Las mismas Bacantes, curiosas de su belleza, merodeaban con frecuencia a su alrededor como panteras amorosas, y sonreían a sus palabras incomprensibles.

De repente, aquel joven, que llamaban ***el hijo de Apolo,*** desapareció. Se elijo que había muerto, descendiendo a los infiernos. Había huido secretamente a Samotracia, luego a Egipto, donde había pedido asilo a los sacerdotes de Memphis. Después de atravesar sus Misterios, volvió al cabo de veinte años bajo un nombre de iniciación que había conquistado por sus pruebas y recibido de sus maestros, como un signo de sumisión. Se llamaba ahora ***Orfeo*** o ***Arpha, (Palabra fenicia, compuesta de aur, luz, y de rophae, curación),*** lo que quiere decir: ***Aquel que cura por la luz.***

El más viejo santuario de Júpiter se elevaba entonces sobre el monte

Kaukaión. En otro tiempo sus hierofantes habían sido grandes pontífices. Desde la cumbre de aquella montaña, al abrigo de un golpe de mano, habían reinado sobre toda la Tracia. Pero desde que las divinidades de abajo habían dominado, sus adeptos eran escasos, su templo estaba casi abandonado. Los sacerdotes del monte Kaukaión acogieron como a un salvador al iniciado de Egipto. Por su ciencia y por su entusiasmo, Orfeo arrastró tras sí a la mayor parte de los Tracios, transformó completamente el culto de Baco y subyugó a las Bacantes. Pronto su influencia penetró en todos los santuarios de Grecia. Él fue quien consagró la majestad de Zeus en Tracia, la de Apolo en Delfos, donde ínstituvó las bases del tribunal de los anfictiones que llegó a ser la unidad social de la Grecia. En fin: por la creación de los misterios, formó el alma religiosa de su patria. Porque, en la cumbre de la iniciación, fundió la religión de Zeus con la de Dionisos en un pensamiento universal. Los iniciados recibían por sus enseñanzas la pura luz de las verdades sublimes; y aquella luz llegaba al pueblo más templada, pero no menos bienhechora, bajo el velo de la poesía y de fiestas encantadoras.

De este modo Orfeo había llegado a ser pontífice de Tracia, gran sacerdote del Zeus olímpico, y, para los iniciados, el revelador del Dionisos celeste.

II
EL TEMPLO DE JÚPITER

Cerca de las fuentes del Ebro se eleva el monte Kaukaión. Espesas selvas de encinas le sirven de cintura. Un círculo de rocas y de piedras ciclópeas le coronan. Hace millares de años que aquel lugar es una montaña santa. Los Pelasgos, los Celtas, los Escitas y los Getas, expulsándose unos a otros, han ido allí a adorar a sus Dioses diversos. Pero, ¿No es siempre al mismo Dios a quien busca el hombre cuando sube tan alto?. Sino, ¿Por que construirle tan penosamente una morada en la región del rayo y de los vientos?.

Un templo de Júpiter se eleva ahora en el centro del sagrado recinto, macizo, inabordable como una fortaleza. A la entrada, un peristilo de cuatro columnas dóricas destaca sus fustes enormes sobre un pórtico sombrío.

En el cenit el cielo está sereno; pero la tormenta retumba aún sobre las montañas de la Tracia, que desenvuelven a los lejos sus hondonadas y sus cimas, negro océano convulsionado poderosamente por la tempestad y surcado de luz.

Es la hora de sacrificio. Los sacerdotes de Kaukión no hacen otro más que el del fuego. Ellos descienden los escalones del templo y encienden la ofrenda de madera aromática con una antorcha del santuario. El pontífice sale del templo. Vestido de lino blanco como los otros, va coronado de mirtos y de ciprés. Lleva un cetro de ébano con cabeza de marfil y una cintura de oro en la cual varios cristales incrustados lanzan fuegos sombríos, símbolos de una majestad misteriosa. Es Orfeo.

Llevaba él de la mano a su discípulo, hijo de Delfos, que pálido, tembloroso y encantado, espera las palabras del gran inspirado con el escalofrío de los misterios. Orfeo lo ve y para calmar al novicio elegido de su corazón, pone dulcemente sus brazos sobre sus hombros. Sus ojos sonríen; pero de repente resplandecen. Y mientras que a sus pies los sacerdotes giran alrededor del altar y cantan el himno del fuego, Orfeo, solemnemente, dice al novicio amado palabras de iniciación que caen en el fondo de su corazón como un licor divino.

He aquí las palabras aladas de Orfeo al joven discípulo:

“Repliégate hasta el fondo de ti mismo para elevarte al principio de las

cosas, a la grande Triada que resplandece en el Éter inmaculado. Consume tu cuerpo por el fuego de tu pensamiento; sal de la materia como la llama de la madera que ella devora. Entonces tu espíritu se lanzará en el puro éter de las Causas eternas, como el águila en el trono de Júpiter".

"Voy a revelarte el secreto de los mundos, el alma de la naturaleza, la esencia de Dios. Escucha por lo pronto al gran arcano. Un solo ser reina en el cielo profundo y en el abismo de la tierra, Zeus tonante, Zeus etéreo. Él es consejo profundo, el poderoso odio y el amor delicioso. Él reina en la profundidad de la tierra y en las alturas del cielo estrellado. Soplo de las cosas, fuego indómito, varón y hembra, un Rey, un Poder, un Dios, un gran Maestro".

"Júpiter es el Esposo y la Esposa divina, Hombre y Mujer, Padre y Madre. De su matrimonio sagrado, de sus eternos esponsales salen incesantemente el Fuego y el agua, la Tierra y el Éter, la Noche y el Día, los fieros Titanes, los Dioses inmutables y la semilla flotante de los hombres".

"Los amores del Cielo y de la Tierra no son conocidos de los profanos. Los misterios del Esposo y de la Esposa sólo a los hombres divinos son revelados. Pero yo voy a declararte lo que es verdadero. Hace un momento el trueno conmovía estas rocas, el rayo caía en ellas como un fuego viviente, una llama movible; y los ecos de las montañas retumbaban de gozo. Pero tú temblabas no sabiendo de dónde viene ese fuego ní a dónde hiere. Es el fuego viril, simiente de Zeus, el fuego creador. Él sale del corazón y del cerebro de Júpiter; se agita en todos los seres. Cuando cae el rayo, él brota de su diestra. Pero nosotros, sus sacerdotes, sabemos su esencia; nosotros evitamos y a veces dirigimos y desviamos sus dardos".

"Y ahora, mira el firmamento. Ve aquel círculo brillante de constelaciones sobre el cual está lanzada de banda ligera de la vía láctea, polvo de soles y de mundos. Mira cómo flamea Orión, chispan los Gemelos y resplandece la Lira. Es el cuerpo de la Esposa divina que gira en un vértigo armonioso bajo los cantos del Esposo. Mira con los ojos del espíritu, tú verás su cabeza, sus brazos extendidos y levantarás su velo sembrado de estrellas".

"Júpiter es el Esposo y la Esposa divina. He aquí el primer misterio".

"Pero ahora, hijo de Delfos, prepárate a la segunda iniciación. ¡Estremécete, llora, goza, adora!; porque tu espíritu va a sumergirse en la zona ardiente donde el gran Demiurgo hace la mezcla del alma y del mundo en la copa de la vida. Y saciando la sed en esta copa embriagadora, todos los seres olvidan la mansión divina y descienden al doloroso abismo de las generaciones".

“Zeus es el gran Demiurgo. Dionisos es su hijo, su verbo manifestado. Dionisos, espíritu radiante, inteligencia viva, resplandecía en las mansiones de su padre, en el palacio del Éter inmutable. Un día que contemplaba los abismos del cielo a través de las constelaciones, vio reflejada en la azul profundidad su propia imagen que le tendía los brazos. Pero la imagen huía, huía siempre y le atraía al fondo del abismo. Por fin se encontró en un valle umbroso y perfumado, gozando de las brisas voluptuosas que acariciaban su cuerpo. En una gruta vio a Perséfona. Maia, la bella tejedora, tejía un velo, en el que se veían ondear las imágenes de todos los seres. Ante la Virgen divina se detuvo mudo de admiración. En este momento, los fieros Titanes, las libres Titánidas le vieron. Los primeros, celosos de su belleza, las otras, llenas de un loco amor, se lanzaron sobre él como los elementos furiosos y le despedazaron. Luego, habiéndose distribuido sus miembros, los hicieron hervir en el agua y enterraron su corazón. Júpiter aniquiló con sus rayos a los Titanes, y Minerva llevó al éter el corazón de Dionisos, que allí se convirtió en un sol ardiente. Pero del humo del cuerpo de Dionisos han salido las almas de los hombres que suben hacia el cielo. Cuando las pálidas sombras se hayan unido al corazón flameante del Dios, se encenderán como llamas y Dionisos entero resucitará más vivo y poderoso que nunca en las alturas del Empíreo”.

“He aquí el misterio de la muerte de Dionisos. Ahora escucha el de su resurrección. Los hombres son la carne y la sangre de Dionisos; los hombres desgraciados son sus miembros esparcidos, que se buscan retorciéndose en el crimen y el odio, en el dolor y el amor, a través de millares de existencias. El color ígneo de la tierra, la sima de las fuerzas de abajo, les atrae siempre más hacia el abismo, les desgarra más y más. Pero nosotros los iniciados, nosotros que sabemos lo que hay arriba y lo que está abajo, somos los salvadores de las almas, los Hermes de los hombres. Como imanes les atraemos, atraídos nosotros por los Dioses. De este modo, por celestes encantamientos reconstituimos el cuerpo viviente de la divinidad. Hacemos llorar al cielo y regocijamos a la tierra; y como preciosas joyas llevamos en nuestros corazones las lágrimas de todos los seres para cambiarlas en sonrisas. Dios muere en nosotros, en nosotros renace”.

Así habló Orfeo. El discípulo de Delfos se arrodilló ante su maestro, levantando los brazos con el ademán de los suplicantes. Y el pontífice de Júpiter extendió la mano sobre su cabeza, pronunciando estas palabras de consagración:

“Que Zeus inefable y Dionisos tres veces revelador, en los infiernos, en la tierra y en el cielo, sea propicio a tu juventud y que vierta en tu corazón la

ciencia profunda de los Dioses".

Entonces, el Iniciado, dejando el peristilo del templo, fue a echar styrax al fuego del altar e invocó tres veces a Zeus tonante. Los sacerdotes giraron en un círculo a su alrededor cantando un himno. El pontífice-rey había quedado pensativo bajo el pórtico, el brazo apoyado sobre una estela. El discípulo volvió a él.

— Melodioso Orfeo — dijo —, hijo amado de los Inmortales y dulce médico de las almas: desde el día que te oí cantar los himnos de los Dioses en la fiesta del Apolo délfico, has encantado mi corazón y te he seguido siempre. Tus cantos son como un licor embriagador, tus enseñanzas como un amargo brebaje que alivia el cuerpo fatigado y reparte en sus miembros una fuerza nueva.

— Áspero es el camino que conduce desde aquí a los Dioses — dijo Orfeo, que parecía responder a voces internas, más bien que a su discípulo — Una florida senda, una pendiente escarpada y después rocas frecuentadas por el rayo con el espacio inmenso alrededor: he aquí el destino del Vidente y el Profeta sobre la tierra. Hijo mío, quédate en los senderos floridos de la vasta llanura y no busques más allá.

— Mi sed aumenta a medida que tú quieres calmarla — dijo el joven Iniciado —. Me has instruido en lo que respecta a la esencia de los Dioses. Pero dime, gran maestro de los misterios, inspirado del divino Eros, ¿Podré ***verlos*** alguna vez?.

— Con los ojos del espíritu — dijo el pontífice de Júpiter —, pero no con los del cuerpo. Tú, aún no sabes ver más con estos últimos. Preciso es un gran trabajo y grandes dolores para abrir los ojos internos.

— Tú sabes abrirlos, Orfeo. Contigo ¿Qué puedo temer?.

— ¿Lo quieres?. ¡Escucha pues!. En Tesalia, en el valle encantado de Tempé se eleva un templo místico, cerrado a los profanos. Allí es donde Dionisos se manifiesta a los novicios y a los videntes. Para dentro de un año te invito a su fiesta, y sumergiéndote en un sueño mágico, abriré tus ojos sobre el mundo divino. Sea hasta entonces casta tu vida y blanca tu alma. Pues, sábelo, la luz de los Dioses espanta a los débiles y mata a los profanadores.

"Mas ven a mi morada. Te daré el libro necesario a tu preparación".

El Maestro entró con el discípulo délfico en el interior del templo y le condujo a la gran sala que le estaba reservada. Allí ardía una lámpara egipcia siempre encendida, que sostenía un genio alado de metal forjado. Allí estaban, encerrados, en cofres de cedro perfumado, numerosos rollos de papiros cubiertos de jeroglíficos egipcios y caracteres fenicios, así como también los

libros escritos en lengua griega por Orfeo y que contenían su ciencia mágica y su doctrina secreta. ***(Entre los numerosos libros perdidos que los escritores órficos de Grecia atribuían a Orfeo, había los Argonáuticos, que tartaban de la grande obra hermética; una Demetreida, un poema sobre la madre de los Dioses al que correspondía una Cosmogonía; los cantos sagrados de Baco o el Espíritu puro, que tenían por complemento una Teogonía; sin hablar de otras obras como el Velo o la red de las almas, el arte de los misterios de los ritos; el libro de las mutaciones, química y alquimia; los Corybantos, o los misterios terrestres, y los temblores de tierra; la anomoscopía, ciencia de la atmósfera; una botánica natural y mágica, etc., etc).***

El maestro y el discípulo se entretuvieron en la sala durante una parte de la noche.

III
FIESTA DIONISIACA EN EL VALLE DE TEMPÉ

(Pausanias cuenta que todos los años una teoría iba desde Delfos al valle de Tempe, para coger el laurel sagrado. Esta usanza significativa recordaba a los discípulos de Apolo su relación con las iniciaciones órficas y que la inspiración primera de Orfeo era el tronco antiguó y vigoroso, del que el templo de Delfos cogía las ramas siempre jóvenes y vivas. Esta fusión entre la tradición de Apolo y la tradición de Orfeo se señala de otro modo en la historia de los templos. En efecto, la célebre disputa entre Apolo y Baco por el trípode del templo no tiene otro sentido. Baco, dice la leyenda, cedió el trípode a su hermano y se retiró al Parnaso. Esto quiere decir que Dionisos y la iniciación órfica quedaron como privilegio de los iniciados, mientras que Apolo daba sus oráculos al exterior).

Estamos en Tesalia, en el fresco valle de Tempé. Había llegado la noche santa consagrada por Orfeo a los misterios de Dionisos. Guiado por uno de los servidores del templo, el discípulo de Delfos marchaba por un desfiladero estrecho y profundo, bordeado por rocas a pico. En la noche sólo se oía el murmullo del río que fluía entre sus verdes orillas. Por fin, la luna llena se mostró tras una montaña. Su disco amarillento salió entre las rocas sumidas en la oscuridad. Su luz sutil y magnética se difundió en las profundidades; y de repente, el valle encantado apareció en una claridad paradisíaca. Por un momento se reveló por completo con sus hondonadas cubiertas de césped, sus quecillos de fresnos y de álamos, sus cristalinos manantiales, sus grutas veladas por hiedras colgantes y su río sinuoso rodeando islotes de árboles o corriendo bajo bóvedas de ramaje. Un vapor amarillento, un sueño voluptuoso envolvía a las plantas. Suspiros de ninfas parecían hacer palpitar el espejo de las fuentes y vagos sonidos de flautas se escapaban de los rosales inmóviles. Sobre todas las cosas se cernía el silencioso encanto de Diana.

El discípulo de Delfos caminaba como en un ensueño. A veces se detenía para respirar el delicioso perfume de la madreselva y del laurel. Pero la mágica claridad sólo duró su instante. La luna quedó cubierta por una nube. Todo se volvió negro; las rocas tomaron de nuevo sus formas amenazadoras; y

luces errantes brillaron por todas partes bajo la espesura de los árboles, a la orilla del río y en las profudidades del valle.

— Son los mistos que se ponen en camino — dijo el anciano guía del templo —. Cada cortejo tiene su guía portaantorcha. Vamos a seguirles.

Los viajeros encontraron coros que salían de los bosques y se ponían en marcha. Primero vieron pasar a ***los mistos del Baco joven,*** adolescentes vestidos con largas túnicas de finísimo lino y coronados de hiedra. Llevaban copas de madera tallada, símbolo de la copa de la vida. Luego llegaron hombres jóvenes, robustos y vigorosos. Eran ***los devotos de Hércules luchador;*** llevaban cortas túnicas, piernas desnudas, cubiertas las espaldas por una piel de león y coronas de olivo sobre su cabeza. Después vinieron los inspirados, ***los mistos de Baco sacrificado,*** llevando alrededor del cuerpo una piel cebrada de pantera, cintas de púrpura en los cabellos y el tirso en mano.

Al pasar cerca de una caverna, vieron prosternados a los ***devotos de Aedón y de Eros subterráneo.*** Eran hombres que lloraban a parientes o amigos muertos y cantaban en voz baja: "¡Aedón! ¡Aedón! Devuélvenos los seres que nos has arrebatado o haznos descender a tu reino". El viento se abismaba en la caverna y parecía prolongarse bajo tierra con risas y sollozos fúnebres. De repente, un mysto se volvió hacia el dicípulo de Delfos y le dijo: "Has franqueado el umbral de Aedón; no volverás a ver la luz de los vivos". Otro, al pasar, le deslizó estas palabras al oído: "Sombra, a la sombra volverás; tú que vienes de la Noche, vuelve al Erebo". Y se alejó corriendo. El discípulo de Delfos se sintió helado de espanto y murmuró a su guía: "¿Qué quiere decir esto?". El servidor del templo pareció no haber oído y solamente dijo: "Es preciso pasar el puente. Nadie puede evitarlo".

A poco atravesaron un puente de madera sobre el río Peneo.

— ¿De dónde vienen — dijo el neófito — esas voces lastimeras y esa lamentosa melopea?. ¿Quiénes forman esas largas filas de sombras blancas que marchan bajo los álamos?.

— Son mujeres que van a iniciarse en los misterios de Dionisos.

— ¿Sabes sus nombres?.

— Aquí nadie conoce el nombre de los demás, y cada uno olvida el suyo propio. Porque, del mismo modo que a la entrada del sagrado recinto los devotos dejan sus vestiduras sucias para bañarse en el río y vestirse con limpias ropas de lino, así también cada uno deja su nombre para tomar otro. Durante siete noches y siete días es preciso transformarse, pasar a otra vida. Mira esas multitudes de mujeres. No están agrupadas por familias o patria, sino por el Dios que las inspira.

Vieron desfilar jóvenes coronadas de narcisos, con peplos azulados, que el guía llamaba las ***ninfas compañeras de Perséfona.*** Llevaban castamente en sus brazos, cofrecillos, urnas, vasos votivos. Luego venían, con peplos rojos, ***las amantes místicas, las esposas ardientes y buscadoras de Afrodita,*** que se internaron en un bosque sombrío; de allí oyeron salir apremiantes voces de llamadas mezcladas con lánguidos sollozos, que poco a poco se amortiguaron. Luego un coro apasionado se elevó del oscuro bosquecillo, y subió al cielo en palpitaciones lentas: "¡Eros, nos has herido!. ¡Afrodita, has quebrado nuestros miembros!. Hemos cubierto nuestro seno con la piel del cervatillo, pero en nuestros pechos llevamos la púrpura sangrienta de nuestras heridas. Nuestro corazón es un brasero devorador. Otras mueren en la pobreza; el amor nos consume. Devóranos, ¡Eros!, ¡Eros!; ¡Eros!, o libértanos, ¡Dionisos!, ¡Dionisos!".

Otro grupo avanzó. Aquellas mujeres iban por completo vestidas de lana negra con largos velos, que arrastraban tras ellas, y todas profundamente afligidas por algún pesar. El guía dijo que eran las ***desconsoladas de Perséfona.*** En aquel lugar se encontraba un gran mausoleo de mármol cubierto de hiedra. Se arrodillaron ellas a su alrededor, deshicieron sus tocados y lanzaron grandes gritos. A la estrofa del deseo respondieron por la antiestrofa del dolor: "¡Perséfona, — decían —, has muerto, arrebatada por Aedón; has descendido al imperio de la muerte!. ¡Nosotras, que lloramos el bien amado, somos unas muertas en vida!. ¡Que no renazca el día!. ¡Que la tierra que te cubre, Oh gran Diosa, nos de el sueño eterno, y que mi sombra vague abrazada a la sombra querida!. Escúchanos, ¡Perséfona!, ¡Perséfona!".

Ante aquellas escenas extrañas, bajo el delirio contagioso de aquellos profundos dolores, el discípulo de Delfos se sintió invadido por mil sensaciones contrarias y atormentadoras. Le parecía que no era él mismo; los deseos, los pensamientos, las agonías de todos aquellos seres se habían convertido en sus agonías y deseos. Su alma se hacía pedazos para pasar a mil cuerpos. Una angustia mortal le penetraba. Ya no sabía si era un hombre o una sombra.

Entonces, un inciado de elevada estatura que por allí pasaba, se detuvo y dijo: "¡Paz a las afligidas sombras!. Mujeres dolientes, ¡anhelad la luz de Dionisos!. ¡Orfeo os espera!". Todas le rodearon en silencio, deshojando sus coronas de asfodelos, y él, con su tirso, les mostró el sendero. Las mujeres fueron a beber a una fuente vecina, con copas de madera. Las teorías se volvieron a formar y el cortejo continuó la marcha. Las jóvees habían tomado la delantera. Cantaban un treno con este estribillo: "¡Agitad las adormideras!.

¡Bebed en la conrriente del Leteo!. ¡Dadnos la flor deseada, y que florezca el narciso para nuestras hermanas!. ¡Perséfona!. ¡Perséfona!”.

El discípulo caminó mucho tiempo aún, acompañado por el guía. Atravesó praderas de asfodelos, y pasó bajo la sombra negra de los álamos de triste murmullo. Oyó canciones lúgubres que flotaban en el aire y venían sin saber de donde. Vio, suspendidas a los árboles, horribles caretas y figuritas de cera figurando niños en pañales. Aquí y allá, las barcas atravesaban el río con gentes silenciosas como muertos. Por fin el valle se ensanchó, el cielo se fue iluminando sobre las altas cimas, y apareció la aurora. A lo lejos se divisaban las sombrías gargantas del monte Ossa, surcadas de abismos en que se amontonaban las rocas desplomadas. Más cerca, en medio de un anfiteatro de montañas, sobre una colina cubierta de bosque, brillaba el templo de Dionisos.

El sol doraba ya las altas cimas. A medida que se aproximaron al templo, veían llegar de todas partes cortejos de devotos, multitudes de mujeres, grupos de iniciados. Estas gentes, graves en apariencias, mas agitadas interiormente por una tumultuosa esperanza, se reunieron al pie de la colina y subieron al santuario. Todos se saludaban como amigos, agitando los ramos y los tirsos. El guía había desaparecido, y el discípulo de Delfos se encontró, sin saber cómo, en un grupo de iniciados de brillantes cabellos adornados con coronas y cintas de colores diversos. Jamás los había visto, sin embargo creía reconocerlos por una reminiscencia llena de felicidad. Ellos también parecían esperarle, pues le saludaban como a un hermano y le felicitaban por su feliz llegada. Conducido por su grupo y como transportado sobre alas, subió hasta los más altos escalones del templo, cuando un rayo de luz deslumbradora entró en sus ojos. Era el sol naciente que lanzaba su primera flecha en el valle e inundaba con sus rayos brilantes aquella multitud de devotos e iniciados, agrupados en las escalinatas del templo y por toda la colina.

En seguida un coro entonó el peón. Las puertas de bronce del templo se abrieron por sí mismas y seguido del Hermes y del porta antorcha, apareció el profeta, el hierofante, Orfeo. El discípulo de Delfos le reconoció con un estremecimiento de alegría. Vestido de púrpura, con su lira de marfil y oro en la mano, Orfeo irradiaba una eterna juventud. Habló de este modo:

— ¡Paz a todos los que habéis llegado para renacer después de los terrestres dolores y que en este momento renacéis!. ¡Venid a ver la luz del templo, vosotros que de la noche salís, devotos, mujeres, iniciados!. Venid a regocijaros, vosotros que habéis sufrido; venid a reposar los que habéis luchado. El sol que evoco sobre vuestras cabezas y que va a brillar en vuestras almas, no es el sol de los mortales; es la pura luz de Dionisos, el gran sol de

los iniciados. Venceréis por vuestros pasados sufrimientos, por el esfuerzo que aquí os trae, y si creéis en las palabras divinas, habéis vencido ya. Porque después del largo circuito de las existencias tenebrosas, saldréis por fin del círculo doloroso de las generaciones y os reconoceréis como un solo cuerpo, como una sola alma, en la luz de Dionisos.

"La divina brasa que nos guía en la tierra, en nosotros está; ella se convierte en antorcha del templo, estrella en el cielo. Así se difunde la luz de la Verdad. Escuchad como vibra la Lira de siete cuerdas, la Lira de Dios... Ella hace mover los mundos. ¡Escuchad bien!; que el sonido os atraviese... y las profundidades de los cielos se abrirán".

"¡Auxilio de los débiles, consuelo de los que sufren, esperanza de todos!. Pero desdichados de los malvados, de los profanos, pues serán confundidos. Porque en el éxtasis de los Misterios, cada uno ve hasta el fondo del alma de los demás. ¡Los malvados se aterrorizan y los profanos mueren!".

"Y ahora que Dionisos ha brillado sobre vosotros, invoco al Eros celeste y todopoderoso. Que ti esté en vuestros amores, en vuestros llantos y en vuestras alegrías. Amad; pues todo ama, los Demonios del abismo y los Dioses del Eter. Amad; pues todo ama. Pero amad la luz y no las tinieblas. Recordad el objeto de vuestro viaje. Cuando las almas vuelven a la luz, ellas llevan como asquerosas manchas, sobre su cuerpo sideral, todas las faltas de su vida... Y para borrarlas, es preciso que expíen y que vuelvan a la tierra... Pero los puros, los fuertes, marchan hacia el sol de Dionisos".

"Y ahora, cantad el Evohé!".

¡Evohé!, gritaron los heraldos en las cuatro esquinas del templo, ¡Evohé!, y los címbalos comenzaron a tocar. ¡Evohé!, respondió la entusiasta asamblea agolpada en las escaleras del santuario. El grito de Dionisos, el llamamiento sagrado al renacimiento, a la vida, retumbó en los valles repetidos por mil pechos, reforzado por los ecos de las montañas. Y los pastores de las gargantas salvajes del Ossa, que con sus rebaños se hallaban a lo largo de las altas selvas, cerca de las nubes, respondieron: ¡Evohé!.

(El grito iEvohé!, que se pronunciaba en realidad: He-Vau-He, era la voz sagrada de todos los iniciados del Egipto, de Judea, de la Fenicia, del Asia Menor y de la Grecia. Las cuatro letras sagradas pronunciadas: Iod-He, Vau-He, representaban a Dios en su fusión eterna con la Naturaleza; ellas abarcaban la totalidad del Ser, el Universo viviente. Iod (Osiris) significaba la divinidad propiamente dicha, el intelecto creador, el Eterno Masculino que está en todo, en todo, en todas partes y sobre todo. He-Vau-He representaba el Eterno Femenino, Eva, Isis, la Naturaleza, bajo todas

las formas visibles e invisibles, fecundadas por él. La más alta iniciación, la de las ciencias teogónicas y de las artes teúrgicas, correspondía a cada una de las letras Evé. Como Moisés, Orfeo reservó las ciencias que corresponden a la letra Iod (Jove, Zeus, Júpiter), y la idea de la unidad de Dios a los inicados del primer grado, tratando de dar esta idea al pueblo por medio de la poesía, por las artes y sus vivientes símbolos. Por eso la palabra ¡Evohé! era abiertamente proclamada en las fiestas de Dionisos, en las que se admitía, además de los iniciados, a los simples aspirantes a los misterios).

(Aquí aparece toda la diferencia entre la obra de Moisés y la de Orfeo. Ambas parten de la iniciación egipcia y poseen la misma verdad, pero, la aplican en opuesto sentido. Moisés, ásperamente, celosamente, glorifica al Padre, al Dios masculino, confía su custodia a un sacerdocio cerrado, y somete al pueblo a una disciplina implacable, sin revelación. Orfeo, enamorado de un modo divino del Femenino eterno, de la Naturaleza, la glorifica en nombre de Dios que la penetra, y a quien quiere hacer surgir en la humanidad divina. Y he aquí por qué el grito de ¡Evohé! se convirtió en el grito sagrado por excelencia en todos los misterios de Grecia).

IV
EVOCACIÓN

La fiesta había huido como un sueño; había llegado la noche. Las danzas, los cánticos y las plegarias, se habían desvanecido en una niebla de rocío. Orfeo y su discípulo descendieron por una galería subterránea a la cripta sagrada que se prolongaba en el corazón de la montaña, y de la cual únicamente el hierofante conocía la entrada. Allí era donde el inspirado de los Dioses se dedicaba a sus solitarias meditaciones, o perseguía con sus adeptos la realización de las altas obras de la magia y de la teurgia.

A su alrededor se extendía un espacio vasto y cavernoso. Dos antorchas plantadas en tierra, sólo iluminaban vagamente los muros agrietados y las profundidades tenebrosas. A algunos pasos de allí, una grieta negra se abría en el suelo; un viento cálido salía de ella, y aquel abismo parecía descender a las entrañas de la tierra. Un pequeño altar, donde ardía un fuego de laurel seco, y una esfinge de pórfido, guardaban sus bordes. Muy lejos, a una altura inconmensurable, la caverna dejaba ver el cielo estrellado por una hendidura oblicua. Aquel pálido rayo de luz azulado parecía el ojo del firmamento sumergiéndose en aquel abismo.

— Has bebido en las fuentes de la luz santa — dijo Orfeo —, has entrado con corazón puro en el seno de los misterios. Ha llegado la hora solemne en que voy a hacerte penetrar hasta los manantiales de la vida y de la luz. Los que no han levantado el espeso velo que recubre a los ojos de los hombres las maravillas invisibles, no han llegado a ser hijos de los Dioses.

“Escucha, pues, las verdades que es preciso callar a la multitud y que constituyen la fuerza de los santuarios”.

“Dios es uno y siempre semejante a sí mismo. Él reina en todas partes. Pero los Dioses son innumerables y diversos; porque la divinidad es eterna e infinita. Los más grandes son las almas de los astros. Soles, estrellas, tierras y lunas, cada astro tiene la suya, y todas han salido del fuego celeste de Zeus y de la luz primitiva. Semiconscientes, inaccesibles, incambiables, ellas rigen al gran todo de sus movimientos regulares. Más cada astro arrastra en su esfera etérea falanges de semidioses que fueron en otro tiempo hombres y que, después de haber descendido la escala de los reinos, han remontado gloriosamente los cielos para salir por fin del círculo de las generaciones. Por

estos divinos espíritus Dios respira, obra, aparece; ¿Qué digo?: ellos son el soplo de su alma viviente, los rayos de su conciencia eterna. Ellos gobiernan a los ejércitos de los espíritus inferiores, que vigorizan a los elementos; ellos dirigen los mundos. De lejos, de cerca, ellos nos rodean, y aunque de esencia inmortal, revisten formas siempre cambiantes, según los pueblos, los tiempos y las regiones. El impío que los niega, los teme; el hombre piadoso, los adora sin conocerlos; el iniciado los conoce, los atrae y los ve. Si he luchado para encontrados, si he desafiado a la muerte, si, como se dice, he descendido a los infiernos, fue para dominar a los demonios del abismo, para atraer a los dioses de las alturas sobre mi Grecia amada, para que el cielo profundo se una con la tierra, y la tierra encantada escuche las voces divinas. La belleza celeste se encarnará en la carne de las mujeres, el fuego de Zeus circulará a través de la sangre de los héroes; y mucho antes de remontarse a los astros, los hijos de los Dioses resplandecerán como Inmortales”.

“¿Sabes lo que es la Lira de Orfeo?. Es el sonido de los templos inspirados. Ellos tienen por cuerdas a Dios. A su música, Grecia se armonizará como una lira, y el mármol mismo cantará en brillantes cadencias, en celestes armonías”.

“Y ahora evocaré a mís Dioses, para que te aparezcan vivos y te muestren, en una visión profética, el místico himeneo que preparo al mundo y que verán los iniciados”.

“Acuéstate al abrigo de aquella roca. Nada temas. Un sueño mágico va a cerrar tus párpados, temblarás al pronto y verás cosas terribles; pero en seguida, una luz deliciosa, una felicidad desconocida, inundará tus sentidos y tu ser”.

El discípulo se acostó en el nicho excavado en la roca en forma de lecho. Orfeo lanzó algunos perfumes sobre el fuego del altar. Luego cogió su cetro de ébano, provisto en el extremo de un cristal flameante, se colocó cerca de la esfinge y, llamando con voz profunda, comenzó la evocación:

“¡Cibeles !, ¡Cibeles!, Gran madre, óyeme. Luz original, llama ágil, etérea y siempre movible a través de los espacios, que contienes los ecos y las imágenes de todas las cosas. Yo llamo a tus corrientes fulgurantes de luz. ¡Oh alma universal, incubadora de los abismos, sembradora de soles, que dejas arrastrar en el Éter tu manto estrellado; luz sutil, oculta, invisible a los ojos de carne; gran madre de los Mundos y de los Dioses, tú que encierras los tipos eternos!. ¡Antigua Cibeles!. ¡A mí!. ¡A mí!... Por mi cetro mágico, por mi pacto con las Potencias, por el alma de Eurídice... Yo te evoco, Esposa multiforme, dócil y vibrante, bajo el fuego del Varón eterno. De lo más alto de

los espacios, de lo más profundo de tus efluvios. Rodea al hijo de los Misterios con una muralla de diamante, y hazle ver en tu seno profundo los Espíritus del Abismo, de la Tierra y de los Cielos".

A estas palabras, un trueno subterráneo conmovió las profundidades del abismo, y toda la montaña tembló. Un sudor frío heló el cuerpo del discípulo. Ya no veía a Orfeo más que a través de una humareda creciente. Por un instante, trató de luchar contra un poder formidable que le dominaba. Pero su cerebro quedó sumergido; su voluntad, aniquilada. Tuvo las angustias de un ahogado que traga el agua a pleno pecho, y cuya horrible convulsión termina en las tinieblas de la inconsciencia.

Cuando volvió al conocimiento, la noche reinaba a su alrededor; una noche mitigada por un semidía tortuoso, amarillento y de cieno. Miró largo tiempo sin ver nada. Por momentos sentía su piel rozada como por invisibles murciélagos. Por fin, vagamente creyó ver moverse en aquellas tinieblas formas monstruosas de centauros, de hidras, de gorgonas. Pero la primera cosa que divisó distintamente, fue una gran figura de mujer sentada sobre un trono. Estaba envuelta en un largo velo de fúnebres pliegues, sembrado de estrellas pálidas, y llevaba una corona de adormideras. Sus grandes ojos abiertos velaban inmóviles. Masas de sombras humanas se movían a su alrededor como pajarillos fatigados y murmuraban a media voz: "Reina de los muertos, alma de la tierra. ¡Oh Perséfona!. Nosotras somos hijas del cielo. ¿Por qué estamos sumidas en el reino de las sombras?. ¡Oh segadora del cielo!. ¿Por qué has cogido nuestras almas que volaban antes felices en la luz, entre sus hermanas, en los campos del éter?.

Perséfona respondió: "He cogido el narciso, he entrado en el lecho nupcial. He bebido la muerte con la vida. Como vosotras, yo gimo en las tinieblas.

— ¿Cuándo seremos libertadas? — dijeron las almas gimiendo.

— Cuando llegue mi esposo libertador — respondió Perséfona.

Entonces aparecieron mujeres terribles. Sus ojos estaban inyectados de sangre, sus cabezas coronadas de plantas venenosas. Alrededor de sus brazos, de sus talles medio desnudos, se retorcían serpientes que manejaban a su guisa de fustas: "¡Almas, espectros, larvas! — decían con voz silbante —, no creáis a la reina insensata de los muertos. Somos las sacerdotisas de la vida, tenebrosas, siervas de los elementos y de los monstruos de abajo, Bacantes en la tierra, Furias en el Tártaro. Somos nosotras vuestras reinas eternas, almas infortunadas. No saldréis del círculo maldito de las generaciones; nosotras os haremos entrar en él con nuestros látigos. Torceos para siempre entre los

anillos sibilantes de nuestras serpientes, en los nudos del deseo, del odio y del remordimiento”. Y se precipitaron, desgreñadas, sobre el rebaño de las almas asustadas, que se pusieron a girar en los aires bajo sus latigazos como un torbellino de hojas secas, lanzando grandes gemidos.

A esta vista, Perséfona palideció; parecía un fantasma lunar. Murmuró: “El cielo..., la luz..., los Dioses..., ¡un sueño!... Sueño, sueño eterno”. Su corona de adormideras se secó; sus ojos se cerraron con angustia. La reina de los muertos cayó en letargo sobre su trono, y luego todo desapareció en las tinieblas.

La visión cambió. El discípulo de Delfos se vio en un valle espléndido y verdeante. El monte Olimpo en el fondo. Ante un antro negro, dormitaba sobre un lecho de flores la bella Perséfona. Una corona de narcisos reemplazaba en sus cabellos a la corona de las adormideras fúnebres, y la aurora de una vida renaciente esparcía sobre sus mejillas un tinte ambrosiaco. Sus trenzas negras caían sobre sus hombros de un blanco brillante, y las rosas de su seno, suavemente elevadas, parecían llamar los besos de los vientos. Las ninfas danzaban en una pradera. Pequeñas nubes blancas viajaban por el azul del cielo. Una lira cantaba en un templo...

A su voz de oro, a sus ritmos sagrados, el discípulo oyó la música íntima de las cosas. Porque de las hojas, de las ondas, de las cavernas, salía una melodía incorpórea y tierna; y las voces lejanas de las mujeres iniciadas que guiaban sus coros a las montañas, llegaban a su oído en cadencias quebradas. Unas, desesperadas, llamaban al Dios; las otras creían divisarlo al caer, medio muertas de fatiga, en el borde de las selvas.

Por fin el cielo se abrió en el cenit para engendrar en su seno una nube brillante. Como un ave que un instante se cierne y luego cae a tierra, el Dios, con su tirso, bajó y vino a posarse ante Perséfona. Estaba radiante; sus cabellos sueltos; en sus ojos se insinuaba el delirio sagrado de los mundos por nacer. Por largo tiempo la contempló; luego extendió su tirso sobre ella. El tirso rozó su seno; ella sonrió. El tocó su frente; ella abrió los ojos, se levantó lentamente y miró a su esposo. Aquellos ojos, llenos aún del sueño del Erebo, brillaron como estrellas. “¿Me reconoces? —dijo el Dios —. ¡Oh Dionisos! — Dijo Perséfona —, Espíritu divino, Verbo de Júpiter, Luz celeste que resplandece bajo la forma humana..., cada vez que me despiertas, creo vivir por la vez primera, los mundos renacen en mi recuerdo; el pasado, el futuro, se vuelve el inmortal presente; y siento en mi corazón irradiar el Universo”.

Al mismo tiempo, sobre las montañas, en un lindero de las nubes plateadas, aparecieron los Dioses curiosos e inclinados hacia la tierra.

Abajo, grupos de hombres, de mujeres y de niños salidos de los valles, de las cavernas, miraban a los Inmortales en un embeleso celeste. Himnos inflamados subían de los templos con oleadas de incienso. Entre la tierra y el cielo se preparaba uno de esos esponsales que hacen concebir a las madres héroes y dioses. Ya un matiz rosáceo se había difundido por el paisaje; ya la reina de los muertos, transformada en la divina segadora, subía hacia el cielo arrebatada en los brazos de su esposo. Una nube purpúrea los envolvió, y los labios de Dionisos se posaron sobre la boca de Perséfona... Entonces, un inmenso grito de amor salió del cielo y de la tierra, como si el estremecimiento sagrado de los Dioses, pasando sobre la gran lira, quisiera desgarrar todas sus cuerdas, lanzar sus sonidos a todos los vientos. Al mismo tiempo, brotó de la divina pareja una fulguración, un huracán de luz cegadora... Y todo desapareció.

Por un momento, el discípulo de Orfeo se sintió como abismado en la fuente de todas las vidas, sumergido en el sol del Ser. Pero sumergido en su brasa incandescente, volvió a subir con sus alas celestes y, como relámpago, atravesó los mundos para alcanzar en los límites el sueño extático del Infinito.

Cuando volvió a sus sentidos corporales, estaba sumido en la negra oscuridad. Una lira luminosa brillaba sola en las tinieblas. Ella huía, huía, y se convirtió en estrella. Entonces, únicamente, el discípulo vio de que estaba en la cripta de las evocaciones, y que aquel punto luminoso era la hendidura lejana de la caverna abierta, hacia el firmamento.

Una gran sombra estaba en pie ante él. Reconoció a Orfeo en sus largos bucles y en el cristal flamígero de su cetro.

— Hijo de Delfos, ¿de dónde vienes? — dijo el hierofante.

— ¡Oh maestro de los iniciados, celeste encantador, maravilloso Orfeo!, he tenido un sueño divino. ¿Habrá sido un encanto, o un don de los Dioses?. ¿Qué ha pasado?. ¿Ha cambiado el mundo?. ¿Dónde estoy ahora?.

— Has conquistado la corona de la iniciación y has vivido en mi sueño: ¡la Grecia inmortal!. Pero, salgamos de aquí; porque para que todo se cumpla es preciso que yo muera y que tú vivas.

V
LA MUERTE DE ORFEO

Los robles de la selva bramaban fustigados por la tempestad en las faldas del monte Kaukaión; el trueno rugía a golpes redoblados sobre las rocas desnudas y hacía temblar el templo de Júpiter hasta en sus cimientos. Los sacerdotes de Zeus estaban reunidos en una cripta consagrada del santuario, y, sentados en sus asientos de bronce, formaban un semicírculo. Orfeo estaba en el centro, como un acusado. Estaba más pálido que de costumbre; pero una llama profunda salía de sus ojos serenos.

El más anciano de los sacerdotes elevó su voz grave como la luz de un juez:

— Orfeo, tú el llamado hijo de Apolo, a quien hemos nombrado pontífice y rey, a quien hemos dado el cetro místico de los hijos de Dios, reinas sobre la Tracia, por el arte real y sacerdotal. Has elevado en esta comarca los templos de Júpiter y de Apolo, y has hecho relucir en la noche de los misterios el sol divino de Dionisos. Más ¿Sabes bien el peligro que nos amenaza?. Tú que conoces los temibles secretos, tú que más de una vez nos has predicho el porvenir y que de lejos has hablado a tus discípulos apareciéndote en sueños, ¿Ignoras lo que pasa a tu alrededor?. En tu ausencia, las salvajes Bacantes, las sacerdotisas malditas, se han reunido en el valle de Hécate. Guiadas por Aglaonice, la maga de Tesalia, han persuadido a los jefes de las orillas del Ebro para que restablezcan el culto de la sombría Hécate, y amenazan con destruir el templo de los Dioses viriles y todos los altares del Altísimo. Excitados por sus bocas ardientes, guiados por sus antorchas incendiarias, mil guerreros tracios acampan al pie de esta montaña y mañana asaltarán el templo, excitados por el aliento de esas mujeres vestidas con la piel de pantera, ávidas de la sangre masculina. Aglaonice, la gran sacerdotisa de de la tenebrosa Hécate, las conduce; es la más terrible de las magas, implacable y encarnizada como una Furia. Debes conocerla. ¿Qué dices de esto?.

— Lo sabía todo — dijo Orfeo —, y todo ello tenía que llegar.

— Entonces, ¿Por qué no has hecho nada para defendernos?. Aglaonice ha jurado degollarnos sobre nuestros altares, cara al cielo viviente que adoramos. ¿Qué va a ser de este templo, de sus tesoros, de tu ciencia y de

Zeus mismo, si nos abandonas?.

— ¿No estoy con vosotros? — continuó Orfeo con dulzura.

— Has llegado; pero demasiado tarde — dijo el anciano —. Aglaonice conduce a las Bacantes y las Bacantes conducen a los Tracios. ¿Les rechazarás con el rayo de Júpiter y con las flechas de Apolo?. ¿Por qué no has llamado a este recinto a los jefes tracios fieles a Zeus para aplastar la rebelión?.

— No es con las armas, sino con la palabra, como se defiende a los Dioses. No hay que combatir a los jefes, sino a las Bacantes. Iré yo solo. Quedad tranquilos. Ningún profano franqueará este sagrado recinto. Mañana terminará el reino de las sanguinarias sacerdotisas. Y sabedlo bien, vosotros que tembláis ante la horda de Hécate, vencerán los dioses celestes y solares. A ti, anciano, que dudabas de mí, dejo el cetro de pontífice y la corona de hierofante.

— ¿Qué vas a hacer? — dijo el anciano asustado. —Voy a unirme a los Dioses... ¡Hasta la vista todos!.

Orfeo salió dejando a los sacerdotes mudos sobre sus asientos. En el templo encontró al discípulo de Delfos, y cogiéndole con fuerza la mano, le dijo:

— Voy al campo de los Tracios. Sígueme.

Marchaban bajo las encinas; la tempestad se había alejado; entre las espesas ramas brillaban las estrellas.

— ¡Ha llegado para mí la hora suprema! — dijo Orfeo —.

Otros me han comprendido, tú me has amado. Eros es el más antiguo de los Dioses, dicen los iniciados; él contiene la clave de todos los seres. También te he hecho penetrar en el fondo de los Misterios; los Dioses te han hablado, tú les has visto!... Ahora, lejos de los hombres, solos ambos, a la hora de su muerte, Orfeo debe dejar a su discípulo amado el enigma de su destino, la inmortal herencia, la pura antorcha de su alma.

— ¡Maestro!: escucho y obedezco — dijo el discípulo de Delfos.

— Caminemos — dijo Orfeo — por ese sendero que desciende. La hora se aproxima. Quiero sorprender a mis enemigos. Sígueme y escucha: graba mis palabras en tu memoria, pero guárdalas como un secreto.

— Se imprimirán en letras de fuego sobre mi corazón; los siglos no las borrarán.

— Tú sabes ahora que el alma es hija del cielo. Has contemplado su origen y su fin y comienzas a recordarlo. Cuando desciende a la carne, ella continúa, aunque débilmente, recibiendo la influencia de arriba. Por nuestras madres, ese soplo potente nos llega al principio. La leche de su seno alimenta

nuestro cuerpo; pero de su alma se nutre nuestro ser angustiado por la ahogada prisión de la materia. Mi madre era sacerdotisa de Apolo, mis primeros recuerdos son los de un bosque sagrado, un templo solemne, una mujer que me lleva en sus brazos envolviéndome en su suave cabellera como en un cálido vestido. Los objetos terrestres, los semblantes humanos me llenaban de horrible terror. Pero en seguida mi madre me apretaba en sus brazos, encontraba su mirada y ella me inundaba de una divina reminiscencia del cielo. Pero aquel rayo murió en el gris sombrío de la tierra. Un día mi madre desapareció: había muerto. Privado de su mirada, apartado de sus caricias, quedé espantado de mi soledad. Habiendo visto correr la sangre en un sacrificio, tomé horror al templo y descendí a los valles tenebrosos.

“Las Bacantes asombraron mi juventud. Entonces ya Aglaonice reinaba sobre esas mujeres voluptuosas y refoces. Hombres y mujeres, todos la temían. Ella respiraba un sombrío deseo y aterrorizaba. Esta hija de Tesalia ejercía sobre quienes se aproximaban a ella un atractivo fatal. Por las artes de la infernal Hécate, atraía a las jóvenes a su valle embrujado y las instruía en su culto. Aglaonice había puesto sus ojos sobre Eurídice; se había obstinado en atraer a aquella virgen con un designios perverso, con un amor desenfrenado, maléfico. Quería arrastrar a aquella joven al culto de las Bacantes, dominarla, entregarla a los genos infernales después de haber marchitado su juventud. Ya ella la había envuelto en sus promesas seductoras, en sus encantos nocturnos.

“Atraído yo por no sé qué presentimiento al valle de Hécate, caminaba un día por las altas hierbas de una pradera llena de plantas venenosas. Reinaba el horror en las proximidades de los bosques frecuentados por las Bacantes. Pasaban por ellos bocanadas de perfumes, como el cálido soplo del deseo. Vi a Euridice, que caminaba lentamente, sin verme, hacia un antro, como fascinada por un objeto invisible. A veces una frívola risa salía del bosque de las Bacantes, otras un extraño suspiro. Euridice se detenía temblorosa, incierta, y luego continuaba su marcha, como atraída por mágico poder. Sus bucles de oro flotaban sobre sus hombros blancos, sus ojos de narciso nadaban en la embriaguez, mientras marchaba a la boca del Infierno. Pero yo había visto el cielo latente en su mirada. — ¡Eurídice! — exclamé, cogiendo su mano. — ¿A dónde vas? — Como despierta de un sueño, lanzó un grito de horror y de salvación, y cayó en mi seno. Entonces el divino Eros nos dominó; y por una mirada, Eurídice y Orfeo, fueron esposos para siempre”.

“Entre tanto, Euridice, que me había abrazado en su temor, me mostró la gruta con un gesto de espanto. Me aproximé, y vi allí una mujer sentada. Era Aglaonice. Cerca de ella, una pequeña estatua de Hécate en cera pintada

de rojo, de blanco y de negro, que tenía un látigo. Ella murmuraba palabras encantadas haciendo mover su rueca mágica, y sus ojos fijos en el vacío parecían devorar su presa. Rompí la rueca, pisoteé la Hécate, y atravesando a la maga con la mirada, exclamé: "¡Por Júpiter!. ¡Te prohibo pensar en Euridice, bajo pena de muerte!. Porque, sábelo, los hijos de Apolo no te temen".

"Aglaonice, suspensa, se retorció como una serpiente bajo mi gesto y desapareció en su caverna, lanzándome una mirada de odio mortal".

"Conduje a Euridice a las proximidades del templo. Las vírgenes del Erebo, coronadas de jacinto, cantaron: ¡Himeneo!, ¡Himeneo! a nuestro alrededor, y conocí la felicidad".

"La luna sólo tres veces había cambiado, cuando una Bacante, empujada por la hija de Tesalia, presentó a Euridice una copa de vino, que le daría, a su decir, la ciencia de los filtros y de las hierbas mágicas. Euridice, curiosa, la bebió y cayó muerta. La copa contenía un veneno mortal".

"Cuando vi la hoguera que consumía a Euridice; cuando vi la tumba cubrir sus cenizas; cuando el último recuerdo de su forma viviente hubo desaparecido, exclamé: "¿Dónde está su alma?". Partí desesperado y erré por toda Grecia. Pedí su evocación a los sacerdotes de Samotracia; la busqué en las entrañas de la tierra, en el cabo Tenaro; en vano. Por fin llegué al antro de Trofonio. Allí, ciertos sacerdotes conducían a algunos visitantes temerarios por una grieta del suelo, hasta los lagos de fuego que hierven en el interior de la tierra, y haciéndoles ver lo que allí pasa. Durante el descenso, se entra en éxtasis, y la segunda vista se abre. Se respira apenas, la voz se apaga, no se puede hablar más que por signos. Unos se vuelven a la mitad del camino, otros persisten y mueren asfixiados; la mayor parte de los que salen vivos se vuelven locos. Después de haber visto lo que ninguna boca debe decir, subí a la gruta y caí en profundo letargo. Durante aquel sueño de muerte se me apareció Euridice. Ella flotaba en un nimbo, pálida como un rayo lunar, y me dijo: "Por mí has desafiado al infierno, me has buscado entre los muertos. Heme aquí; vengo a verte a tu voz. No habito el seno de la Tierra, sino la región del Erebo, el cono de sombra entre la Tierra y la Luna. Giro en torbellinos en ese limbo, llorando como tú. Si quieres libertarme, salva a Grecia dóndole la luz. Entonces yo, volviendo a encontrar mis alas, subiré hacia los astros, y me volverás a encontrar en la luz de los Dioses. Hasta entonces me es preciso errar en la esfera turbia y dolorosa...". Por tres veces la quise coger; por tres veces se desvaneció en mis brazos como una sombra. Oí únicamente como un sonido de cuerda que se desgarra; luego una voz débil

como un soplo, triste como un beso de adiós, murmuró: ¡Orfeo!".

"A esta voz me desperté. Aquel nombre, dado por un alma, había transformado mi ser. Sentí pasar por mí el sagrado escalofrío de un deseo inmenso con el poder de un amor sobrehumano. Euridice, viva, me hubiese dado la embriaguez de la dicha; Euridice, muerta, me hizo encontrar la Verdad. Por amor he revestido yo el hábito de lino, dedicándome a la grande iniciación y a la vida ascética; por amor he penetrado en la magia y buscado la ciencia divina; por amor he atravesado las cavernas de Samotracia, los pozos de las Pirámides y las tumbas de Egipto. He rebuscado en la muerte para encontrar la vida, y sobre la vida he visto los limbos, las almas, las esferas transparentes, el Éter de los Dioses. La tierra me ha abierto sus abismos, el cielo sus templos flameantes. He arrancado la ciencia, oculta bajo las momias. Los sacerdotes de Isis y de Osiris me han entregado sus secretos. Ellos sólo tenían aquellos Dioses; yo tenía a Eros. Por él he hablado, he cantado, he vencido. Por él he deletreado el verbo de Hermes y Zoroastro; por él he pronunciado el de Júpiter y Apolo".

"Mas la hora ha llegado de confirmar mi misión por mi muerte. Otra vez me es preciso descender a los infiernos para subir de nuevo al cielo. Escucha, hijo querido: tú llevarás mi doctrina al templo de Delfos y mi ley al tribunal de los Anfictiones. Dionisos es el sol de los iniciados; Apolo será la luz de la Grecia; los Anfictiones los guardianes de su justicia".

El hierofante y su discípulo habían llegado al fondo del valle. Ante ellos, un claro, grandes macizos de bosques sombríos, tiendas y hombres echados. Orfeo marchaba tranquilamente por medio de los Tracios dormidos y fatigados de una orgía nocturna. Un centinela que vela aún, le pidió su nombre.

— Soy un mensajero de Júpiter; llama a tus jefes — le respondió Orfeo.

"¡Un sacerdote del templo!...". Este grito, lanzado por el centinela, se reparte como una señal de alarma en todo el campo. Se arman; se llaman; las espadas brillan; los jefes acuden asombrados y rodean al pontífice.

— ¿Quién eres?. ¿Qué vienes a hacer aquí?.

— Soy un enviado del templo. Vosotros todos, reyes, guerreros de Tracia, renunciad a luchar con los hijos de la luz y reconoced la divinidad de Júpiter y de Apolo. Los Dioses de las alturas os hablan por mi boca. Vengo como amigo si me escucháis; como juez si rehusáis oírme.

— Habla — dijeron los jefes.

En pie, bajo un gran olmo, Orfeo habló. Habló de los beneficios de los Dioses, del encanto de la luz celestial, de la vida pura que llevaba en la cima

con sus hermanos iniciados, bajo el ojo del Gran Uranos, y lo que quería comunicar a todos los hombres, prometiendo apaciguar las discordias, curar a los enfermos, mostrar las simientes que producen los mejores frutos de la tierra, y aquéllas aún más preciosas que producen los divinos frutos de la vida: la alegría, el amor, la belleza.

Y mientras así hablaba, su voz grave y dulce vibraba como las cuerdas de una lira, y penetraba más y más en el corazón de los Tracios sobresaltados. Del fondo de los bosques, las Bacantes curiosas, con sus antorchas en mano, habían llegado también, atraídas por la música de una voz humana. Apenas vestidas con la piel de panteras, vinieron a mostrar sus pechos morenos y sus talles soberbios. Al resplandor de las nocturnas antorchas, sus ojos brillaban de lujuria y de crueldad. Pero, calmadas poco a poco por la voz de Orfeo, se agruparon a su alrededor o se sentaron a sus pies como bestias feroces domadas. Unas, sobrecogidas de remordimiento, fijaban en tierra una sombría mirada; otras escuchaban como encantadas. Y los Tracios emocionados, murmuraban entre ellos: “Es un Dios el que habla; es el mismo Apolo que encanta a las Bacantes”.

Entre tanto, desde el fondo del bosque, Aglaonice espiaba. La gran sacerdotisa de Hécate, viendo a los Tracios inmóviles y a las Bacantes encadenadas por una magia más fuerte que la suma, sintió la victoria del cielo sobre el infierno, y su poder maldito hundirse en las niníeblas, de donde había salido, bajo la palabra del divino seductor. Ella enrojeció, y lanzándose ante Orfeo con un esfuerzo violento, dijo:

— ¿Decís que es un Dios?. Y yo es digo que es Orfeo, un hombre como vosotros, un mago que os engaña, un tirano que se ciñe vuestras coronas. ¿Decís un Dios?. ¿El hijo de Apolo?. ¿Él?. ¿El sacerdote?. ¿El orgulloso pontífice?. ¡Lanzaos sobre él!. ¡Si es Dios, que se defienda..., y si yo miento, desgarradme en pedazos!.

Aglaonice venía seguida de algunos jefes excitados por sus maleficios e inflamados por su odio. Ellos se arrojaron sobre el hierofante. Orfeo lanzó un gran grito y cayó atravesado por sus espadas. Él tendió la mano a su discípulo, y dijo:

— ¡Yo muero; mas los Dioses viven!.

Luego, expiró. Inclinada sobre su cadáver, la maga de Tesalia, cuyo semblante se parecía ahora al de Tisífona, espiaba con salvaje alegría el último suspiro del profeta, y se preparaba a obtener un oráculo de su víctima. Más, a su grande espanto, aquella faz cadavérica se reanimó al resplandor flotante de la antorcha; una palidez rojiza se esparció por el semblante del muerto; sus

ojos se abrieron agrandados, y una mirada profunda, dulce y terrible, se fijó sobre ella..., mientras una voz extraña — la voz de Orfeo — se escapaba otra vez de aquellos labios temblorosos para pronunciar distintamente estas cuatro sílabas, melodiosas y vengadoras:

— ¡Eurídice!.

Ante aquella mirada, ante aquella voz, la sacerdotisa espantada se hizo atrás, exclamando: "¡No ha muerto!. ¡Van a perseguirme!. ¡Para siempre!. ¡Orfeo..., Eurídice!...". Diciendo estas palabras, Aglaonice desapareció como fustigada por cien Furias. Las Bacantes aterradas y los Tracios, sobrecogidos por el horror de su crimen, huyeron en la oscuridad, lanzando gritos de angustia.

El discípulo quedó solo al lado del cuerpo de su maestro. Cuando un rayo siniestro de Hécate iluminó el lino ensangrentado y la pálida faz del gran iniciador, le pareció que el valle, el río, las montañas y las selvas profundas gemían como una gran lira.

El cuerpo de Orfeo fue quemado por sus sacerdotes, y sus cenizas llevadas a un santuario lejano de Apolo, donde fueron veneradas como las de un Dios. Ninguno de los rebeldes osó subir al templo de Kaukaión. La tradición de Orfeo, su ciencia y sus misterios se perpetuaron allí, y se difundieron por todos los templos de Júpiter y Apolo. Los poetas griegos decían que Apolo estaba celoso de Orfeo, porque se invocaba a éste más frecuentemente. La verdad es que cuando los poetas cantaban a Apolo, los grandes iniciados invocaban el alma de Orfeo, salvador y profeta.

Más tarde, los Tracios convertidos a la religión de Orfeo, contaron que aquél había bajado a los infiernos para buscar allí el alma de su esposa, y que las Bacantes, celosas de su amor eterno, le habían despedazado; su cabeza fue lanzada al Ebro por sus ondas tempestuosas, llamaba aún: "¡Eurídice!. ¡Eurídice!".

De este modo, los Tracios cantaron como profeta a quien habían matado como criminal, y que por su muerte hubo de convertirles. Así, el verbo órfico se infiltró misteriosamente en las venas de la Helenia por las vías secretas de los santuarios y de la iniciación. Los dioses se armonizaron a su voz como en el templo un coro de iniciados a los sones de una lira invisible, y el alma de Orfeo se convirtió en el alma de Grecia.

LIBRO VI
PITÁGORAS
LOS MISTERIOS DE DELFOS

Conócete a ti mismo, y conocerás al Universo y a los Dioses.

Inscripción del templo de Delfos.

El Ensueño, el Sueño y el Éxtasis son las tres puertas abiertas al Más Allá, de donde nos viene la ciencia del alma y el arte de la adivinación.

La Evolución es la ley de la Vida.
El Número es la ley del Universo.
La Unidad es la ley de Dios.

I
GRECIA EN EL SIGLO SEXTO

El alma de Orfeo había atravesado como un divino meteoro bajo el cielo tempestuoso de la naciente Grecia. Desaparecido él, las tinieblas la invadieron de nuevo. Después de una serie de revoluciones, los tiranos de la Tracia quemaron sus libros, derribaron sus templos, desterraron a sus discípulos. Los reyes griegos y muchas ciudades, más celosas de su licencia desenfrenada que de la justicia que fluye de las doctrinas puras, los imitaron. Se quiso borrar su recuerdo, destruir sus últimos vestigios, y de tal modo hicieron, que algunos siglos después de su muere, una parte de la Grecia dudaba de su existencia. En vano los iniciados guardaron su tradición durante más de mil años; en vano Pitágoras y Platón hablaban de él como de un hombre divino; los sofistas y los retóricos sólo veían en él una leyenda sobre el origen de la música. En nuestros días, los sabios aun niegan resueltamente la existencia de Orfeo, apoyándose principalmente en que ni Homero ni Hesiodo han pronunciado su nombre. Pero el silencio de estos poetas se explica por el entredicho en que los gobiernos locales habían puesto su nombre. Los discípulos de Orfeo no perdonaban ocasión alguna de poner todos los poderes en la autoridad suprema del templo de Delfos, y no cesaban de repetir que era preciso someter todas las cuestiones entre los distintos estados de Grecia al arbitraje del consejo de los Anfictiones. Esto molestaba lo mismo a los demagogos que a los tiranos. Homero, que recibió probablemente del santuario de Tiro su iniciación, y cuya mitología es la traducción poética de la teología de Sankoniatón, Homero el Jónico pudo muy bien ignorar al dórico Orfeo, cuya tradición era tanto más secreta cuanto más perseguida. En cuanto a Hesiodo, nacido cerca del Parnaso, debió conocer su nombre y su doctrina por el santuario de Delfos; pero sus iniciadores le impusieron el silencio, y con razón.

Sin embargo, Orfeo vivía en su obra; vivía en sus discípulos y en aquellos mismos que le negaban. ¿Dónde está aquella obra?. ¿Dónde es preciso buscar aquella alma de vida?. ¿Será en la oligarquía militar y feroz de Esparta, donde la ciencia es despreciada, la ignorancia erigida en sistema, la brutalidad erigida como un complemento del valor?. ¿Será en aquellas implacables guerra de Mesenia, en que se vio a los Espartanos perseguir a un

pueblo vecino hasta exterminarlo, y aquellos Romanos de Grecia preludir la roca tarpeya y los laureles sangrientos del Capitolio, precipitando en un abismo a Aristómenes, defensor de su patria?. ¿Será en la democracia turbulenta de Atenas, siempre pronta a derivar hacia la tiranía?. ¿Será en la guardia pretoriana de Pisistrato, o en el puñal de Harmodio y de Aristogitón, oculto bajo una rama de mirto?. ¿Será en las numerosas ciudades de la Hélade, de la Gran Grecia y del Asia Menor, de que Atenas y Esparta ofrecen dos opuestos tipos?. ¿Será en que todas aquellas democracias y aquellas tiranías envidiosas, celosas y siempre prestas a luchar entre sí?. No: el alma de Grecia no está allí. Está en sus templos, en sus Misterios y en sus iniciados. Está en el santuario de Júpiter en Olimpia, de Juno en Argos, de Ceres en Eleusis; reina sobre Atenas con Minerva; irradia en Delfos con Apolo, que domina y penetra a todos los templos con su luz. Ese es el centro de la vida helénica, el cerebro y el corazón de Grecia. Allí van a instruirse los poetas que traducen a la multitud las verdades sublimes en imágenes vivas; los sabios que las propagan en dialéctica sutil. El espíritu de Orfeo circula por todas partes donde palpita la Grecia inmortal. Le volvemos a encontrar en las luchas de la poesía y de la gimnasia, en los juegos de Delfos y de Olimpia; instituciones felices que imaginaron los sucesores del maestro para relacionar y fundir a las doce tribus griegas. Le tocamos con el dedo en el tribunal de los Anfictiones en aquella asamblea de los grandes iniciados, corte suprema y arbitral que se reunía en Delfos; gran poder de justicia y de concordia, en el que únicamente Grecia encontró su unidad en las horas de heroísmo y de abnegación. ***(El juramento anfictiónico de los pueblos asociados da idea de la grandeza y de la fuerza social de esta institución: "Juramos nunca derribar las ciudades anfictiónicas, nunca distraer los recursos preciosos a sus necesidades, sea en paz o en guerra. Si alguna potencia osa amenazarlas, marcharemos contra ella y destruiremos sus ciudades. Si los impíos roban las ofrendas del templo de Apolo, juramos emplear nuestros pies, nuestros brazos, nuestra voz, todas las fuerzas contra ellos y sus cómplices").***

Sin embargo, aquella Grecia de Orfeo que tenía por intelecto una doctrina pura guardada en los templos; por alma una religión plástica, y por cuerpo un alto tribunal de justicia centralizado en Delfos, aquella Grecia comenzaba a decaer ya en el siglo séptimo. Las órdenes de Delfos no eran ya respetadas; se violaban los territorios sagrados. Era porque la raza de los grandes inspirados había desaparecido. El nivel intelectual y moral de los templos había bajado. Los sacerdotes se vendían a los poderes políticoss; los Misterios mismos comenzaron desde entonces a corromperse El aspecto general de

Grecia había cambiado. A la antigua majestad sacerdotal y agrícola, sucedía la tiranía pura y simple, o la democracia anárquica. Los templos eran ya impotentes para prevenir la disolución amenazadora. Había necesidad de una nueva ayuda. Una vulgarización de las doctrinas esotéricas se había hecho precisa. Para que el pensamiento de Orfeo pudiese vivir y florecer en todo su esplendor, se necesitaba que la ciencia de los templos pasase a las órdenes laicas. Se deslizó ella, pues, bajo diversos disfraces en la corporación de los legisladores civiles, en las escuelas de los s poetas, bajo los pórticos de los filósofos. Éstos sintieron, en sus enseñanzas, la misma necesidad que Orfeo había reconocido para la religión: la de dos doctrinas, una pública, otra secreta, que exponían la misma Verdad, en una medida y bajo formas diferentes, apropiadas al desarrollo de sus discípulos. Esta evolución dio a Grecia sus tres grandes siglos de creación artística y de esplendor intelectual. Ella permitió al pensamiento órfico, que es a la vez la impulsión primera y la síntesis ideal de la Grecia, concentrar toda su luz e irradiarla sobre el mundo entero, antes que su edificio político, minado por las disensiones intestinas, se derrumbase bajo los golpes de Macedonia, para hundirse totalmente bajo la mano de hierro de Roma.

La evolución de que hablamos tuvo muchos artífices. Ella suscitó físicos como Thales, legisladores como Solón, poetas como Píndaro, héroes como Epaminondas; pero tuvo un jefe renocido, un iniciado de primer orden, una inteligencia soberana, creadora y ordenatriz. Pitágoras es el maestro de la Grecia laica como Orfeo lo es de la Grecia sacerdotal. Él tradujo, continuó el pensamiento religioso de su predecesor y lo aplicó a los nuevos tiempos. Pero su traducción es una creación. Porque él coordina las inspiraciones órficas en un sistema completo; él da la prueba científica en su enseñanza y la prueba moral en su instituto de educación, en la orden pitagórica que le sobrevive.

Aunque Pitágoras aparezca bajo el pleno día de la historia, Pitágoras es un personaje casi legendario. La razón principal de ello está en la persecución encarnizada de que fue víctima en Sicilia y que costó la vida a tantos pitagóricos. Unos perecieron aplastados bajo los restos de su escuela incendiada, otros murieron de hambre en un templo. El recuerdo y la doctrina del maestro sólo se perpetuaron por los supervivientes que pudieron huir a Grecia. Platón, con gran trabajo y a gran precio, se procuró por medio de Archytas un manuscrito del maestro, que, por otra parte, nunca escribió su doctrina de otro modo que por medio de signos secretos y bajo forma simbólica. Su acción verdadera, como la de todos los reformadores, se ejercía por la enseñanza oral. Pero la esencia del sistema subsiste en los ***Versos***

dorados de Lysis, en el comentario de Hierocles, en los fragmentos de Filolaus y de Archytas, así como en el ***Timeo*** de Platón que contiene la cosmogonía de Pitágoras. Los escritores de la antigüedad, en fin, están llenos del filósofo de Crotona. Ellos no escasean en anécdotas que pintan su sabiduría, su belleza y su poder maravilloso sobre los hombres. Los neoplatónicos de Alejandría, los Gnósticos y hasta los primeros Padres de la Iglesia le citan como una autoridad. Preciosos testimonios, donde siempre vibra la onda poderosa de entusiasmo que la gran personalidad de Pitágoras supo comunicar a Grecia y cuyos últimos remolinos son aún sensibles ocho siglos después de su muerte.

Vista en conjunto, abierta con las claves del esoterismo comparado, su doctrina presenta un magnífico todo, una síntesis solidaria cuyas partes están ligadas por una concepción fundamental. En él encontramos una reproducción razonada de la doctrina esotérica de la India y Egipto, a la que dio la claridad y sencillez helénica, uniendo a ellas un sentimiento más enérgico, una idea más neta de la libertad humana.

En la misma época y en diversos puntos del globo, grandes reformadores vulgarizaban análogas doctrinas. Lao-Tsé salía en China del esoterismo de Fo-Hi; el último Buddha Shakia-Muní predicaba en las orillas del Ganges; en Italia el sacerdocio etrusco enviaba a Roma un iniciado provisto de libros sibilinos, el rey Numa, que intentó refrenar por medio de sabias instituciones la ambición amenazadora del Senado romano. Y no es por pura casualidad por lo que estos reformadores aparecen al mismo tiempo en pueblos tan diversos. Sus misiones diferentes concurren a un objetivo común. Ellas prueban que en cierats épocas una misma corriente espiritual atraviesa misteriosamente por toda la Humanidad. ¿De dónde viene?. De ese mundo divino que está fuera de nuestra vista, pero del cual los genios y los profetas son enviados y testigos.

Pitágoras atravesó el mundo antiguo antes de predicar a Grecia. Vio el África y el Asia, Memphis y Babilonia, su política y su iniciación. Su vida tempestuosa semeja a un barco lanzado en plena borrasca; velas desplegadas, persigue su fin sin desviarse del camino, imagen de la calma y de la fuerza en medio de los elementos desencadenados. Su doctrina da la sensación de una noche fresca que sucediera a los fuegos agudos de una jornada sangrienta. Ella hace pensar en la belleza del firmamento que desarrolla poco a poco sus archipiélagos chispeantes y sus armonías etéreas sobre la cabeza del vidente.

Tratemos de hacer destacar una y otra de las oscuridades de la leyenda y de los prejuicios de escuela.

II
LOS AÑOS DE VIAJE
SAMOS – MEMFIS – BABILONIA

Samos era al comienzo del siglo VI antes de nuestra era, una de las islas más florecientes de la Jonia. La rada de su puerto se abría enfrente de las montañas violáceas de la muelle Asia Menor, de donde venían todos los lujos y todas las seducciones. En una ancha bahía se extendía la ciudad sobre la orilla verdeante y se presentaba en anfiteatro sobre la montaña, al pie de un promontorio coronado por el templo de Neptuno. Las columnatas de un templo magnífico la dominaban. Allí reinaba el tirano Policrato. Después de haber privado a Samos de sus libertades, le había dado el lustre de las artes y de un esplendor asiático. Las hetairas de Lesbos, llamadas por él, se habían establecido en un palacio vecino al suyo y convidaban a los jóvenes a fiestas, donde les enseñaban las más refinadas voluptuosidades sazonadas con música, danzas y festines. Anacreonte, llamado a Samos por Policrato, fue traído en un trirreme con velas de púrpura, mástiles dorados, y el poeta, con una copa de plata cincelada en la mano, hizo oir ante aquella alta corte del placer, sus acariciantes odas, perfumadas como una lluvia de rosas. La suerte de Policrato era proverbial en toda Grecia. Tenía por amigo al faraón Amasis que le advirtió varias veces que desconfiara de una felicidad tan continuada y sobre todo que no se alabase de ella. Policrato respondió al consejo del monarca egipcio lanzando su anillo al mar: "Hago este sacrificio a los Dioses", dijo. Al siguiente día, un pescador trajo al tirano el precioso anillo que había encontrado en el vientre de un pescado. Cuando el faraón lo supo, declaró que rompía su amistad con Policrato, porque una suerte tan insolente le atraería la venganza de los Dioses. Sea lo que fuera de la anécdota, el fin de Policrato fue trágico. Uno de sus sátrapas le atrajo a una provincia vecina, le hizo expirar en medio de tormentos y ordenó que atasen su cuerpo a una cruz sobre el monte Mycale. De este modo los habitantes de Samos pudieron ver en una sangrienta puesta de sol el cadáver de su tirano crucificado sobre un promontorio, frente a la isla donde había reinado en la gloria y los placeres.

Más volvamos al principio del reinado de Policrato. Una clara noche, un joven estaba sentado en una selva de agnus cactus de relucientes hojas, no

lejos del templo de Juno; la luna llena bañaba la fachada dórica y hacía resaltar su mística majestad. Hacía tiempo que un rollo de papiros, que contenía un canto de Homero, había caído a sus pies. Su meditación comenzada en el crepúsculo duraba aún y se prolongaba en el silencio de la noche. Ya hacía mucho que el sol se había puesto; pero su disco flamígero flotaba aún ante la mirada del joven soñador, en una presencia irreal. Porque su pensamiento erraba lejos del mundo visible.

Pitágoras era el hijo de un rico comerciante de sortijas de Samos y de una mujer llamada Parthenis. La Pitonisa de Delfos, consultada en un viaje por los jóvenes esposos, les había prometido: “Un hijo que sería útil a todos los hombres, en todos los tiempos”, y el oráculo había enviado los esposos a Sidón, en Fenicia, a fin de que el hijo predestinado fuese concebido, moldeado y dado a luz, lejos de las perturbadoras influencias de su patria. Antes que naciera, el maravilloso niño había sido dedicado con fervor, por sus padres, a la luz de Apolo, en la luna del amor. El niño nació; cuando tuvo un año de edad, su madre, siguiendo un consejo dado de antemano por los sacerdotes de Delfos, le llevó al templo de Adonai, en un valle del Líbano. Allí el gran sacerdote le había bendecido. Luego, su famila le llevó a Samos. El hijo de Parthenis era muy hermoso, dulce, moderado, lleno de justicia. Sólo la pasión intelectual brillaba en sus ojos y daba a sus actos una energía secreta. Lejos de contrariarle, sus padres habían animado su inclinación precoz por el estudio de la sabiduría. Había podido conferenciar con los sacerdotes de Samos y con los sabios que comenzaban a formar en Jonia escuela donde enseñaban los principios de la Física. A los dieciocho años, había seguido las lecciones de Hermodamas de Samos; a los veinte, las de Pherecide, en Syros; también había conferenciado con Thales y Anaximandro en Mileto. Esos maestros le habían abierto nuevos horizontes, más ninguno le había satisfecho. Entre sus contradictorias enseñanzas buscaba interiormente el lazo, la síntesis, la unidad del gran Todo. Ahora, el hijo de Parthenis había llegado a una de esas crisis en que el espíritu, sobreexcitado por la contradicción de las cosas, concentra en un esfuerzo supremo todas las facultades para entrever el final, para encontrar el camino que conduce al Sol de la Verdad, al centro de la Vida.

En aquella noche cálida y espléndida, el hijo de Parthenis miraba alternativamente la tierra, el templo y el cielo estrellado. Deméter, la tierra madre, la Naturaleza, en que quería penetrar, estaba allí bajo él. Respiraba sus potentes emanaciones, sentía la atracción invencible que a su seno le encadenaba, a él, átomo pesado, como una parte inseparable de ella misma. Aquellos a quienes había consultado, le habían dicho: “De ella todo sale. Nada

viene de nada. El alma viene del agua o del fuego, o de los dos. Sutil emanación de los elementos, no se escapa de ellos más que para penetrarlos de nuevo. La Naturaleza eterna es ciega e inflexible. Resígnate a su ley fatal. Tu único mérito será el de conocerla y someterte a ella".

Luego miraba al firmamento y a las letras de fuego que forman las constelaciones en la profundidad insondable del espacio. Aquellas letras debían tener un sentido. Porque, si lo infinitamente pequeño de los átomos tiene su razón de ser, ¿Cómo lo infinitamente grande, la dispersión de los astros, cuya agrupación representa el cuerpo del Universo, no lo tendría?. ¡Ah!, sí: cada uno de aquellos mundos tiene su ley propia, y todos en conjunto se mueven por un Número y en una armonía suprema. Pero, ¿Quién descifrará jamás el alfabeto de las estrellas?. Los sacerdotes de Juno le habían dicho: "Es el Cielo de los Dioses, que fue antes que la tierra. Tu alma de él viene. Ora ante ellos, para que ascienda de nuevo".

Esa meditación fue interrumpida por cánticos voluptuosos que salían de un jardín, a las orillas del Imbrasus. Las voces lascivas de las Lesbianas se armonizaban lánguidamente a los sones de la cítara; los jóvenes respondían a ellos con aires báquicos. A aquelas voces se mezclaron de repente otros gritos agudos y lúgubres salidos del puerto. Eran rebeldes que Policrato hacía cargar en una barca para venderlos en Asia como esclavos. Les golpeaban con correas armadas de clavo, para amontonarlos bajo los puentes de los remeros. Sus alaridos y sus blasfemias se perdieron en la noche; luego, todo entró en silencio.

El joven tuvo un estremecimiento doloroso, pero lo reprimió para recogerse en sí mismo. El problema estaba ante él, más punzante, más agudo. La Tierra decía: ***¡Fatalidad!***; el Cielo decía: ***¡Providencia!***, y la Humanidad, que entre ambos flota, respondía: ***¡Locura!***, ***¡Dolor!***, ***¡Esclavitud!***. Más, en el fonde de sí mismo, el futuro adepto oía una voz invencible que respondía a las cadenas de la tierra y a los resplandores del cielo con este grito: ***¡Libertad!***. ¿Quién tenía, pues, razón: los sabios, los sacerdotes, los locos, los desgraciados, o él mismo?. Todas aquellas voces decían verdad, cada una triunfaba en su esfera; pero ninguna le revelaba su razón de ser. Los tres mundo existían inmutables como el seno de Demeter, como la luz de los astros y como el corazón humano; pero sólo quien supiera encontrar su acuerdo y la ley de su equilibrio sería un verdadero sabio; sólo aquel que poseyera la ciencia divina y pudiera ayudar a los hombres. ¡En la síntesis de los tres mundos estaba el secreto del ***Kosmos***!.

Pronunciando esta palabra que acaba de encontrar, Pitágoras se levantó.

Su vista fascinada se fijó en la fachada dórica del templo. El severo edificio parecía transfigurado bajo los castos rayos de Diana. En él creyó ver la imagen ideal del mundo y la solución del problema que buscaba. Porque la base, las columnas, el arquitrabe y el frontón triungular le representaban repentinamente la triple naturaleza del hombre y del Universo, del microcosmos y del macrocosmos coronados por la unidad divina, que en sí misma es una trinidad. El Cosmos, dominado y penetrado por Dios, formaba:

La Tétrada sagrada, inmenso y puro símbolo,
Fuente de la Natura, modelo de los dioses.
(Versos dorados de Pitágoras, traducidos por Fabre d'Olivet).

Sí; estaba allí, oculta en aquellas líneas geométricas, la clave del Universo, la ciencia de los números, la ley ternaria que rige la constitución de los seres, la del septenario que preside a su evolución. Y en una visión gradiosa, Pitágoras vio los mundos moverse según el ritmo y la armonía de los números sagrados. Vio el equilibrio de la tierra y del cielo, cuyo fiel de balanza representa la libertad humana; los tres mundos: natural, humano y divino, sosteniéndose, determinándose uno a otro y jugando el drama universal por un doble movimiento descendente y ascendente. E1 adivinó las esferas del mundo invisible, envolviendo lo visible y animándolo sin cesar; él concibió la depuración y liberación del hombre, desde esta tierra, por la triple iniciación. Él vio todo esto: su vida y su obra en una iluminación instantánea y clara, con la certidumbre irrefragable del espíritu que se siente frente a la Verdad. Fue un relámpago. Ahora se trataba de probar por la Razón lo que su pura Inteligencia había penetrado en lo Absoluto; y para ello se precisaba una vida de hombre, un trabajo de Hércules.

Más ¿Dónde encontrar la ciencia necesaria para llevar a cabo tal labor?. Ni los cantos de Homero, ni los sabios de Jonia, ni los templos de Grecia podían bastar.

El espíritu de Pitágoras, que repentinamente había encontrado alas, se sumergió en su pasado, en su nacimiento rodeado de velos y en el misterioso amor de su madre. Un recuerdo de infancia le chocó, con una precisión incisiva. Recordó que su madre le había llevado a la edad de un año a un valle del Líbano, al templo de Adonai. Se volvió a ver como cuando era niño, abrazado al cuello de Parthenis, en medio de montañas colosales, de selvas enormes, donde un río caía en catarata. Ella estaba en pie, sobre una terraza sombreada por grandes cedros. Ante ella un sacerdote majestuoso, de blanca

barba, sonreía a la madre y al niño, diciendo palabras que él no comprendía. Su madre le había recordado con frecuencia las palabras extrañas del hierofante de Adonai: "¡Oh mujer de Jonia!, tu hijo será grande por la sabiduría; pero acuérdate de que si los Griegos poseen aún la ***ciencia de los Dioses;*** la ciencia de ***Dios*** no se encuentra más que en Egipto". Aquellas palabras le volvían a la mente con la sonrisa materna, con el hermoso rostro del anciano y el estruendo lejano de la catarata, dominado por la voz del sacerdote, en un paisaje grandioso como el sueño de otra vida. Por vez primera, adivinaba el sentido del oráculo. Había oído hablar del saber prodigioso de los sacerdotes egipcios y de sus misterios formidables; pero creía poder hacer de ellos caso omiso. Ahora había comprendido que le era precisa aquella "ciencia de Dios" para penetrar hasta el fondo de la Naturaleza, y que no la encontraría más que en los templos de Egipto. ¡Y era la dulce Parthenis quien, con su instinto de madre, le había preparado para aquella obra, le había llevado como una viviente Ofrenda al Dios soberano!.

Desde entonces tomó la resolución de ír a Egipto para hacerse iniciar.

Policrato se ufanaba de proteger a los filósofos así como a los poetas. El se apresuró a dar a Pitágoras una carta de recomendación para el faraón Amasis, que le presento a los sacerdotes de Memphis. Estos; sólo a duras penas le reciberon y después de muchas dificultades. Los sabios egipcios desconfiaban de los Griegos a quienes juzgaban ligeros e inconstantes, e hiceron todo lo posible por descorazonar al joven Samiano. Pero el novicio se sometió con una paciencia y un valor inquebrantables a las lentitudes y a las pruebas que le impusieron. Sabía de antemano que sólo llegaría al conocimiento por el pleno dominio de la voluntad sobre todo su ser. Su iniciación durante veintidós años bajo el pontifcado del sumo sacerdote Sonchis. Hemos contado en el libro de Hermes, las pruebas, las tentaciones, los espantos y los éxtasis del iniciado de Isis, hasta la muerte aparente y cataléptica del adepto y su resurreción en la luz de Osiris. Pitágoras atravesó por todas esas fases que permitían realizar, no como una vana teoría, sino como una cosa vívida, la doctrina del Verbo Luz o de la Palabra universal y la de la evolución humana a través de siete ciclos planetarios. A cada paso de aquella pertiginosa ascensión, las pruebas se renovaban más y más temibles. Cien veces se arriesgaba la vida, sobre todo si se quería llegar al manejo de las fuerzas ocultas, a la peligrosa práctica de la magia y de la teurgia.

Como todos los grandes hombres, Pitágoras tenía fe en su estrella. Nada de lo que podía conducir a la ciencia era obstáculo para él y el temor a la muerte no le detenía, porque veía la vida en un más allá. Cuando los sacerdotes egipcios

reconocieron en él una fuerza de alma extraordinaria y esa pasión impersonal de la sabiduría que es la cosa más rara del mundo, le abrieron los tesoros de su experiencia. Entre ellos se formó y se templó. Allí pudo profundizar las matemáticas sagradas, la ciencia de los números o de los principios universales, que fue el centro de su sistema que formuló de una manera nueva. La severidad de la disciplina egipcia en los templos le hizo, por otra parte, conocer el poder prodigioso de la voluntad humana, sabiamente ejercitada y fortificada, sus aplicaciones infinitas tanto al cuerpo como al alma. "La ciencia de los números y el arte de la voluntad son las dos claves de la magia — decían los sacerdotes de Memfis —; ellas abren todas las puertas del universo". Fue, pues, en Egipto donde Pitágoras adquirió esa vista de las alturas, que permite ver las esferas de la vida y las ciencias en un orden concéntrico, comprender la ***involución*** del espíritu en la materia por la creación universal, y su ***evolución*** o vuelo hacia la unidad por esta creación individual que se llama el desarrollo de una conciencia.

Pitágoras había llegado a cumbre del sacerdocio egipcio y pensaba quizá en volver a Grecia, cuando la guerra estalló sobre la cuenca del Nilo con todos sus horrores, arrastrando al iniciado de Osiris en un nuevo torbellino. Hacía largo tiempo que los déspotas del Asia meditaban la pérdida de Egipto. Sus asaltos repetidos durante siglos habían fracasado ante la energía de los faraones. Pero el inmemorial reino, asilo de la ciencia de Hermes, no podía durar eternamente. El hijo del vencedor de Babilonia, Cambises, se lanzó sobre Egipto con sus ejércitos innumerables y hambrientos como nubes de langosta, y puso fin a la institución del faraonado, cuyo origen se perdía en la noche de los tiempos. A los ojos de los sabios era una catástrofe para el mundo entero. Hasta entonces, Egipto había cubierto a Europa contra el Asia. Su influencia protectora se extendía aún sobre toda la cuenca del Mediterráneo por los templos de Fenicia, de Grecia y de Etruria, con los cuales el alto sacerdocio egipcio estaba en constante relación. Una vez derribada aquella muralla, el Toro iba a lanzarse, con la cabeza baja, sobre las orillas de la Helenia. Pitágoras vio, pues, a Cambises invadir Egipto. Pudo ver al déspota persa, digno heredero de los malvados reyes de Ninive y Babilonia, saquear los templos de Memfis y de Tebas y destruir el de Hammón. Pudo ver al farón Psammético conducido ante Cambises, cargado de cadenas, colocado sobre un montículo alrededor del cual hicieron colocar a los sacerdotes, a las principales familias y a la corte del rey. Pudo ver a la hija del Faraón vestida de harapos y seguida por todas sus damas de honor igualmente disfrazadas; al príncipe real y dos mil jóvenes con la mordaza en la boca y el ronzal al cuello

antes de ser decapitados; al faraón Psammético conteniendo sus sollozos ante aquella horrible escena, y al infame Cambises, sentado en su trono, regocijándose del dolor de su adversario vencido. Cruel, aunque instructiva lección de la historia, después de las lecciones de la ciencia. ¡Qué imagen de la naturaleza animal desencadenada en el hombre, produciendo un tal monstruo del despotismo que pisotea todo e impone a la humanidad el reino del más implacable destino por su repugnante apoteosis!.

Cambises hizo transportar a Pitágoras a Babilonia con una parte del sacerdocio egipcio, y le internó en aquel país. ***(Jámblico cuenta este hecho en su Vida de Pitágoras).*** Aquella ciudad colocal, que Aristóteles compara a un país rodeado de murallas, ofrecía entonces un inmenso campo de observación. La antigua Babel, la gran prostituta de los profetas hebreos, era más que nunca, después de la conquista persa, un pandemonium de pueblo, de lenguas, de cultos y de religiones, en medio de los cuales el despotismo asiático eleva su torre vertiginosa. Según las tradiciones persas, su fundación remontaba a la legendaria Semíramis. Ella fue, se decía, quien había construido su monstruoso recinto de ochenta y cinco kilómetros de perímetro: el Imgum Bel, sus murallas donde dos carros podían correr de frente, sus terrazas superpuestas, sus palacios macizos con relieves polícromos, sus templos soportados por elefantes de piedra y rematados por dragones multicolores. Allí se había sucedido la serie de los déspotas que habían tiranizado la Caldea, la Asiria, Persia, una parte de Tartaria, la Judea, la Siria y el Asia Menor. Allí fue donde Nebukadnetzar, el asesino de los magos, había llevado cautivo al pueblo judío, que continuaba practicando su culto en un rincón de la inmensa ciudad en que Londres hubiera cabido cuatro veces. Los judíos habían dado al gran rey un ministro poderoso en la persona del profeta Daniel. Con Baltasar, hijo de Nebukadnetzar, los muros de la vieja Babel se habían derrumbado al fin, bajo los golpes vengadores de Ciro; y Babilonia pasó durante varios siglos bajo la dominación persa. Por esta serie de acontecimientos anteriores al momento en que Pitágoras llegó, tres religiones diferentes se codean en el alto sacerdocio de Babilonia: los antiguos ascerdotes Caldeos, los supervivientes del magismo persa y la flor de la cautividad judía. Lo que prueba que estos diversos sacerdocios se entendían entre sí por el lado esotérico, es precisamente el papel de Daniel, quien, continuando en su afirmación del Dios de Moisés, fue primer ministro bajo Nebukadnetzar, Baltasar y Ciro.

Pitágoras debió ensanchar su horizonte ya tan vasto al estudiar aquellas doctrinas, aquellas religiones y aquellos cultos, cuya síntesis conservaban aún algunos iniciados. Pudo profundizar en Babilonia los conocimientos de los

magos, herederos de Zoroastro. Si los sacerdotes egipcios poseían solos las claves universales de las ciencias sagradas, los magos persas tenían la reputación de haber ido más lejos en la práctica de ciertas artes. Ellos se atribuían el manejo de esos poderes ocultos de la naturaleza que se llaman el fuego pantomorfo y la luz astral. En sus templos, se decía, se originaban las nieblas en plena luz, las lámparas se encendían por sí mismas, se veía irradiar a los Dioses y se oía retumbar el trueno. Los magos llamaban león celeste a aquel fuego incorpóreo, agente generador de la electricidad, que sabían condensar o disipar a placer, y serpientes a las corrientes eléctricas de la atmósfera, magnéticas de la tierra, que pretendían dirigir como flechas sobre los hombres. Ellos habían también hecho un estudio especial del poder sugestivo, atractivo y creador del verbo humano. Empleaban para la evocación de los espíritus formularios graduados y tomados de los más viejos idiomas de la tierra. He aquí la razón que de ello daban: "No cambies nada a los nombres bárbaros de la evocación, porque ellos son los nombres panteísticos de Dios; ellos están imanados por las adoraciones de una multitud y su poder es inefable". ***(Oráculos de Zoroastro recogidos en la teurgia de Proclo)***. Estas evocaciones practicadas en medio de las purificaciones y de las oraciones eran, a propiamente hablar, lo que más tarde se llamó magia blanca.

Pitágoras penetró, pues, en Babilonia en los arcanos de la antigua magia. Al mismo tiempo, en aquel antro del despotismo, vio otro espectáculo: sobre los restos de las ruinosas religiones del Oriente, por encima de su sacerdocio degenerado y pobre, un grupo de intrépidos iniciados, unidos en apretado haz, defendían su ciencia, su fe y, tanto como podían, la justicia. En pie frente a los déspotas, como Daniel en el foso de los leones, siempre en peligro de ser devorados, fascinaban y domaban a la bestia feroz del poder absoluto por su poder intelectual, y le disputaban el terreno palmo a palmo.

Después de su iniciación egipcia y caldea, el hijo de Samos sabía mucho más que sus maestros de física y que cualquier otro griego de su tiempo, sacerdote o laico. Conocía los principios eternos del universo y sus aplicaciones. La naturaleza le había abierto sus abismos; los velos groseros de la materia se habían desgarrado a sus ojos para mostrarle las esferas maravillosas de la natura y de la humanidad espiritualizada. En el templo de Neith-Isis en Memfis, en el de Bel de Babilonia había aprendido muchos secretos sobre el pasado de las religiones, sobre la historia de los continentes y de las razas. Había podido comparar las ventajas e inconvenientes del monoteísmo judío, del politeísmo griego, del trinitarismo indio y del dualismo persa. Sabía que todas esas religiones eran rayos de una misma verdad,

tamizados por diversos grados de inteligencia y para diferentes estados sociales. Tenía la clave, es decir, la síntesis de todas esas doctrinas, en la ciencia esotérica. Su mirada abarcaba el pasado y, sumergiéndose en el porvenir, debía juzgar el presente con lucidez singular. Su experiencia le mostraba a la humanidad amenazada por los más grandes azotes, por la ignorancia de los sacerdotes, el materialismo de los sabios y la indisciplina de las democracias. En medio del relajamiento universal, veía engrandecerse el despotismo asiático; y de aquella nube negra un ciclón formidable iba a lanzarse sobre la indefensa Europa.

Era pues tiempo de volver a Grecia, de cumplir su misión, de comenzar su obra.

Pitágoras había estado internado en Babilonia durante doce años. Para salir de allí era preciso una orden del rey de los Persas. Un compatriota, Demócedes, el médico del rey, intercedió en su favor y obtuvo la libertad del filósofo. Pitágoras volvió pues a Samos, después de treinta y cuatro años de ausencia, encontrando a su patria aplastada bajo un sátrapa del gran rey. Escuelas y templos estaban cerrados; poetas y sabios habían huído como una bandada de golondrinas, ante el cesarismo persa. Al menos tuvo el consuelo de recoger el último suspiro de su primer maestro Hermodamas, y de encontrar a su madre Parthenis, la única que no había dudado de su vuelta. Porque todo el mundo había creído en la muerte del hijo aventurero del joyero de Samos. Pero ella nunca había dudado del oráculo de Apolo. Ella comprendía que bajo sus vestiduras blancas de sacerdote egipcio, su hijo se preparaba para una alta misión. Ella sabía que del templo de Neith-Isis saldría el maestro bienhechor, el profeta luminoso con que había soñado en el sagrado bosque de Delfos, y que el hierofonte de Adonai le había prometido bajo los cedros del Líbano.

Y ahora, una barca ligera llevaba, sobre las ondas azuladas de las Cíclades, a aquella madre y a aquel hijo hacia un nuevo destierro. Huían con todo su haber de Samos, oprimido y perdido. Se hacían a la vela para la Grecia. No eran las coronas olímpicas ni los laureles del poeta lo que tentaba al hijo de Parthenis. Su obra era más misteriosa y más grande: despertar el alma dormida de los dioses en los santuarios; devolver su fuerza y su prestigio al templo de Apolo; y luego, fundar en alguna parte una escuela de ciencia y de vida, de donde salieran, no políticos y sofistas, sino hombres y mujeres iniciados, madres verdaderas y héroes puros.

III
EL TEMPLO DE DELFOS - LA CIENCIA APOLINEA TEORÍA DE LA ADIVINACIÓN - LA PITONISA TEOCLEA

De la llanura de Fócida se subía a las alegres praderas que bordean las orillas de Plistios y el viajero después se introducía entre altas montañas en un valle tortuoso, que a cada paso se volvía más estrecho; el país, más grandioso y más desolado. Se alcanzaba al fin un circo de montañas abruptas coronadas por picachos salvajes, verdadero embudo de electricidad, cubierto por frecuentes tempestades. Bruscamente, en el fondo de la garganta sombría, aparecía la ciudad de Delfos como un nido de águilas, sobre su roca rodeada de precipicios y dominada por las dos cimas del Parnaso. Desde lejos se veían chispear las Victorias y los caballos de bronce, las innumerables estatuas de oro escalonadas sobre la vía sacra y alineadas como una guarida de héroes y de Dioses alrededor del templo dórico de Phoibos Apolo.

Era el lugar más santo de Grecia. Allí profetizaba la Pitonisa; allí se reunían los Anfictiones; allí todos los pueblos helénicos habían elevado alrededor del santuario capillas que contenían tesoros de ofrendas. Allí, teorías de hombres, de mujeres y de niños, llegadas de lejos, subían la vía sacra para saludar al Dios de la Luz. La religión había consagrado Delfos desde tiempo inmemorial a la veneración de los pueblos. Su situación central en Grecia, su peñasco al abrigo de los golpes de mano y fácil de defender, habían contribuido a ello. El lugar era propio para excitar la imaginación: una particularidad le dio su prestigio. En una caverna detrás del templo, se abría una grieta de donde salían vapores fríos que provocaban, a lo que se decía, la inspiración y el éxtasis. Plutarco cuenta que en tiempos muy remotos, un pastor que se había sentado al borde de aquella grieta, se puso a profetizar. Al pronto le creyeron loco; pero habiéndose realizado sus predicciones, se prestó atención al hecho. Los sacerdotes se apoderaron de ello y consagraron el lugar a la divinidad. De ahí la institución de la Pitonisa, que se sentaba sobre la grieta, en un trípode. Los vapores que salían del abismo le producían convulsiones, crisis extrañas, y provocaban en ella esa segunda vista que se comprueba en los casos notables de sonambulismo. Esquilo, cuyas

afirmaciones tienen peso, puesto que era hijo de un sacerdote de Eleusis e iniciado, Esquilo nos dice en ***Las Euménides*** por boca de la Pitonisa, que Delfos había sido al principio consagrado a la Tierra, después a Temis (la Justicia), luego a Febea (la luna mediadora), y por fin a Apolo, el Dios solar. Cada uno de estos nombres representa en el simbolismo de los templos, largos períodos, y abarca siglos. Pero la celebridad de Delfos data de Apolo. "Júpiter — decían los poetas —, queriendo conocer el centro de la tierra, hizo partir dos águilas del Levante y del Poniente. Ellas se encontraron en Delfos". ¿De dónde viene ese prestigio, esa autoridad universal e incontestada que hizo de Apolo el Dios griego por excelencia, y hace que haya guardado para nosotros mismos una radiación inexplicable?.

La historia nada nos dice sobre este punto importante. Interrogad a los oradores, a los poetas, a los filósofos, y no os darán más que superficiales explicaciones. La verdadera respuesta a esta cuestión quedó en el fondo del templo. Tratemos de penetrar en él.

En el pensamiento órfico, Dionisos y Apolo eran dos revelaciones diversas de la misma divinidad. Dionisos representaba la verdad esotérica, el fondo y el interior de las cosas, abierto a los únicos iniciados. Él contenía los misterios de la vida, las existencias pasadas y futuras, las relaciones del alma y del cuerpo, del cielo y de la tierra. Apolo personificaba la misma verdad aplicada a la vida terrestre y al orden social. Inspirador de la poesía, de la medicina y de las leyes, él era la ciencia por la adivinación; la belleza por el arte; la paz de los pueblos por la justicia, y la armonía del cuerpo y del alma por la purificación. En una palabra: para el iniciado, Dionisos no significaba nada menos que el espíritu divino en evolución en el Universo, y Apolo su manifestación en el hombre terrestre. Los sacerdotes habían hecho comprender esto al pueblo por medio de una leyenda. Ellos le habían dicho que en tiempo de Orfeo, Baco y Apolo se habían disputado el trípode de Delfos. Baco lo había cedido de buen grado a su hermano y se había retirado a una de las cimas del Parnaso, donde las mujeres Tebanas celebraban sus misterios. En realidad, los dos grandes hijos de Júpiter se repartían el imperio del mundo. Uno reinaba sobre el misterioso más allá; otro sobre los vivos.

Volvemos, pues, a encontrar en Apolo el Verbo solar, la Palabra Universal, el Gran Mediador, el Vishnú de los Indos, el Mithras de los Persas, el Horus de los Egipcios. Pero las viejas ideas del esoterismo asiático revistieron en la leyenda de Apolo una belleza plástica, un esplendor incisivo, que las hizo penetrar más profundamente en la conciencia humana, como las flechas del Dios: "serpientes de alas blancas, que saltan de su arco de oro",

dice Esquilo.

Apolo brotó de la gran noche en Delfos: todas las diosas saludan su nacimiento; él marcha; coge el arco y la lira; sus bucles flotan al aire; su carcax resuena en sus hombros, y el mar palpita de él, y toda la isla resplandece de él en un baño de llama y oro. Es la epifanía de la luz divina, que por su augusta presencia crea el orden, el esplendor y la armonía, de los que la poesía es un eco maravilloso. El Dios va a Delfos y traspasa con sus flechas a una monstruosa serpiente que desolaba la comarca; sanea el país y funda un templo, imagen de la victoria de esta luz divina sobre las tinieblas y el mal. En las religiones antiguas, la serpiente simboliza a la vez el círculo fatal de la vida y el mal que de ello resulta. Y sin embargo, de esta vida comprendida y dominada sale el conocimiento. Apolo, matador de la serpiente, es el símbolo del iniciado que traspasa la naturaleza por la ciencia, la domina por su voluntad, y rompiendo el círculo fatídico de la carne, sube en el esplendor del espíritu, mientras que los trozos quebrados de la animalidad humana se retuercen en la arena. He ahí por qué Apolo es el maestro de las expiaciones, de las purificaciones del alma y del cuerpo. Salpicado por la sangre del monstruo, ha expiado, se ha purificado en un destierro de ocho años, bajo los laureles amargos y salubres del valle de Tempé. Apolo, educador de los hombres, gusta de habitar en medio de ellos; se solaza en las ciudades, entre la juventud masculina, en las luchas de la poesía y de la palestra; pero sólo temporalmente vive en ellas. En otoño vuelve a su patria, al país de los Hiperbóreos. Es el pueblo misterioso de las almas luminosas y transparentes que viven en la eterna aurora de una felicidad perfecta. Allí están sus verdaderos sacerdotes y sus amadas sacerdotisas. Él vive con ellos en una comunidad íntima y profunda; y cuando quiere hacer un don real a los hombres, les trae al país de los Hiperbóreos una de esas grandes almas luminosas, y la hace nacer sobre la tierra para enseñar y encantar a los mortales. Él, entre tanto, vuelve a Delfos todas las primaveras cuando se cantan los himnos. Él llega, visible a los iniciados sólo, en su blancura hiperbórea, sobre un carro arrastrado por cisnes melodiosos. Él vuelve a habitar en el santuario, donde la Pitonisa transmite sus oráculos, donde le escuchan los sabios y los poetas. Entonces, los ruiseñores cantan; la fuente de Castalia hierve a borbotones de plata; los efluvios de una luz deslumbradora y de una música celeste penetran en el corazón del hombre y hasta en las venas de la Naturaleza.

En esa leyenda de los Hiperbóreos, apunta en rayos brillantes el fondo esotérico del mito de Apolo. El país de los Hiperbóreos es el más allá: el

empíreo de las almas victoriosas, cuyas auroras astrales iluminan las zonas multicolores. Apolo mismo personifica la luz inmaterial e inteligible, de la que el Sol es sólo una imagen física, y de donde fluye toda verdad. Los cisnes maravillosos que le traen, son los poetas, los divinos genios, mensajeros de su grande alma solar, que dejan tras ellos escalofríos de luz y de melodía. Apolo hiperbóreo personifica el descenso del cielo sobre la tierra, la encarnación de la belleza espiritual en la sangre y la carne, el aflujo de la verdad trascendente por la inspiración y la adivinación.

Más es tiempo de levantar el velo dorado de las leyendas y de penetrar en el templo mismo. ¿Cómo se ejercía en él la acción divina?. Tocamos aquí a los arcanos de la ciencia apolónica y de los misterios de Delfos. Un lazo profundo unía en la antigüedad la adivinación a los cultos solares, y ésta es la llave de oro de todos los misterios llamados mágicos.

La adoración del hombre ario fue desde el principio de la civilización hacia el sol, como fuente de la luz, del calor y de la vida. Pero cuando el pensamiento de los sabios se elevó del fenómeno a la causa, concibieron tras aquel fuego sensible y aquella luz visible, un fuego inmaterial y una luz inteligible. Ellos intensificaron al primero con el principio viril, con el espíritu creador o la esencia intelectual del universo, y a la segunda con su principio femenino, su alma formadora, su substancia plástica. Esa intuición se remonta a un tiempo inmemorial. La concepción de que hablo se mezcla a las más viejas mitologías. Circula en los himnos védicos bajo la forma de Agni, el fuego universal que penetra todas las cosas. Florece en la religión de Zoroastro, en la que el culto de Mithras representa la parte esotérica. Zoroastro dice formalmente que el Eterno creó, por medio del Verbo vivo, la luz celeste, simiente de Ormuzd, principio de la luz material y del fuego material. Para el iniciado de Mithras, el sol no es más que un reflejo grosero de aquella luz. En su gruta oscura, cuya bóveda está pintada de estrellas, él invoca al sol de gracia, al fuego de amor vencedor del mal, reconciliador de Ormuzd y de Ahrimán, purificador y mediador, que habita en el alma de los santos profetas. En las criptas del Egipto, los iniciados buscan ese mismo sol bajo el nombre de Osiris. Cuando Hermes pide contemplar el origen de las cosas, se siente al principio sumergido en las ondas etéreas de una luz deliciosa, donde se mueven todas las formas vivientes. Luego, sumido en las tinieblas de la materia espesa, oye una voz y en ella reconoce ***la voz de la luz.*** Al mismo tiempo un fuego brota de las profundidades; en seguida el caos se ordena y se aclara. En el ***libro de los muertos*** de los Egipcios, las almas bogan penosamente hacia esa luz en la barca de Isis. Moisés ha adoptado plenamente

esta doctrina en el Génesis: "Aelohím dijo: Hágase la luz, y la luz se hizo". Luego, la creación de la luz precede a la del sol y las estrellas. Eso quier decir que en el orden de los principios y de la cosmogonía, la luz inteligible precede a la luz material. Los Griegos, que fundieron en la forma humana y dramatizaron las más abstractas ideas, expresaron la misma doctrina en el mito de Apolo hiperbóreo.

El espíritu humano llegó pues por la contemplación interna del universo, desde el punto de vista del alma y de la inteligencia, a concebir una luz inteligible, un elemento imponderable sirviendo de intermediario entre la materia y el espíritu. Fácil sería el mostrar que los físicos modernos se aproximaron insensiblemente a la misma conclusión por un camino opuesto, es decir, buscando la constitución de la materia y viendo la imposibilidad de explicarla por sí misma. En el siglo XVI, Paracelso, estudiando las combinaciones químicas y las metamorfosis de los cuerpos, había llegado a admitir un agente universal y oculto por medio del que se operan. Los físicos de los siglos XVII y XVIII, que concibieron el universo como una máquina muerta, creyeron en el absoluto vacío de los espacios celestes. Sin embargo, cuando se reconoció que la luz no es la emisión de una materia radiante, sino la vibración de un elemento imponderable, se tuvo que admitir que el espacio entero está lleno de un flúido infinitamente sutil que penetra todos los cuerpos y por el cual se transmiten las ondas del calor y de la luz. Se volvía así a las ideas de la física y de la teosofía griegas. Newton, que había pasado su vida entera estudiando los movimientos de los cuerpos celestes, fue más lejos. El llamó a ese éter ***sensorium Dei,*** o el cerebro de Dios, es decir, el órgano por el cual el pensamiento divino obra en lo infinitamente grande como en lo infinitamente pequeño. ***(Como ya se dijo antes, la ciencia moderna ha desechado por completo la hipótesis del éter. Esto, también se dijo, sin perjuicio de la idea de un éter inmaterial. N. del T.).*** Al emitir esa idea que le parecía necesaria para explicar la simple rotación de los astros, ese gran físico nadaba en plena filosofía esotérica. El éter, que el pensamiento de Newton encontraba en los espacios, Paracelso lo había encontrado en el fondo de sus alambiques y lo había llamado luz astral. Más, ese flúido imponderable, aunque en todas partes presente, que penetra todo, ese agente sutil e indispensable, esa luz invisible a nuestros ojos, pero que está en el fondo de todos los centelleos y de todas las fosforescencias, un físico alemán lo descubrió en una serie de experiencias sabiamente ordenadas. Reichenbach había notado que los sujetos de una fibra nerviosa muy sensible, colocada ante una cámara perfectamente oscura, frente a un imán, veía en sus dos extremos

fuertes rayos de luz roja, amarilla y azul. Esos rayos vibraban a veces con un movimiento ondulatorio. Continuó sus experiencias con toda clase de cuerpos, sobre todo con cristales. Alrededor de todos esos cuerpos, los sujetos sensibles vieron emanaciones luminosas. Alrededor de la cabeza de los hombres colocados en la cámara oscura, vieron rayos blancos; de sus dedos salían pequeñas llamas. En la primera fase de su sueño, los sonámbulos ven a veces a su magnetizador con esos mismos signos. La pura luz astral no aparece más que en el alto éxtasis; pero se polariza en todos los cuerpos, se combina con todos los flúidos terrestres y en el magnetismo animal. ***(Reichenbach ha llamado a ese flúido odyle. Su obra ha sido traducida al inglés por Gregory: Researches on magnetism, electricity, heat, light, cristalization and chemical attraction. Londres, 1850).*** El interés de las experiencias de Reichenbach está en haber hecho tocar con el dedo los límites y la transición de la visión física a la visión astral, que puede conducir a la visión espiritual. Ellas hacen también entrever los refinamientos infinitos de la materia imponderable. En esta vía, nada nos priva de concebirla tan flúida, tan sutil y penetrante; que venga a ser en algún modo homogénea al espíritu, y le sirva de vestidura perfecta.

Acabamos de ver que la física moderna ha tenido que reconocer un agente universal imponderable para explicar el mundo, que ella ha demostrado su existencia y que de este modo ha entrado sin saberlo en las ideas teosóficas antiguas. Tratemos ahora de definir la naturaleza y la función del flúido cósmico, según la filosofía de lo oculto en todos los tiempos. Porque acerca de este principio capital de la Cosmogonía, Zoroastro concuerda con Heráclito, Pitágoras con San Pablo, los Cabalistas con Paracelso. Por todas partes reina Cibeles-Maia, la grande alma del mundo, la substancia vibrante y plástica que maneja a su grado el soplo del Espíritu creador. Sus océanos etéreos sirven de cemento entre todos los mundos. Ella es la grande mediadora entre lo invisible y lo visible. Condensada en masas enormes en la atmósfera, bajo la acción del sol, estalla en el rayo. Bebida por la tierra, por ella circula en corrientes magnéticas. Sutilizada en el sistema nervioso del animal, transmite su voluntad a los miembros, sus sensaciones al cerebro. Aún más: ese flúido sutil forma organismos vivientes semejantes a los cuerpos materiales. Porque sirve de substancia al cuerpo astral del alma, vestidura luminosa que el espíritu se teje sin cesar a sí mismo. Según las almas que reviste, según los mundos que envuelve, ese flúido se transforma, se afina o se espesa. No corporiza solamente el espíritu y espiritualiza la materia, sino que refleja en su seno animado, las cosas, las voluntades y los pensamientos humanos en un perpetuo espejismo. La fuerza y la duración de estas imágenes es

proporcionada a la intensidad de la voluntad que las produce. Y en verdad, no hay otro medio de explicar la sugestión y la transmisión del pensamiento a distancia: ese principio de la magia que hoy consta y es reconocido por la ciencia. ***(Véase el boletín de la Sociedad de Psicología fisiológica, presidida por Mr. Charcot, 1885. Véase, sobre todo, el hermoso libro de Mr. Ochorowicz, De la Sugestion mentale, París, 1887).*** De este modo, el pasado de los mundos tiembla en la luz astral en imágenes inciertas y el porvenir se pasea en ella con las almas vivientes que el ineludible destino fuerza a descender a la carne. He aquí el sentido del velo de Isis y del manto de Cibeles, en el que están tejidos todos los seres.

Se ve ahora que la doctrina teosófica de la luz astral es idéntica a la doctrina secreta del verbo solar en las regiones del Oriente y de la Grecia. Se ve también cómo esta doctrina se liga a la de la adivinación. La luz astral se revela en ella como el médium universal de los fenómenos de visión y de éxtasis, y los explica. Ella es a la vez el vehículo que transmite los movimientos del pensamiento, y el espejo viviente donde el alma contempla las imágenes del mundo material y espiritual. Una vez transportado a aquel elemento, el espíritu del vidente sale de las condiciones corporales. La medida del tiempo y del espacio cambia para él. Él participa en algún modo de la ubicuidad del flúido universal. La materia opaca se vuelve para él transparente; y el alma, desagregándose del cuerpo, elevándose en su propia luz, llega por el éxtasis a penetrar en el mundo espiritual, a ver las almas revestidas de sus cuerpos etéreos y a comunicar con ellas. Todos los antiguos iniciados tenían la idea neta de esta segunda vista, o vista directa del espíritu. Testigo Esquilo, que hace decir a la sombra de Clytemnestra: “Mira esas heridas, tu espíritu cuando se duerme, tiene ojos más penetrantes; a la luz del día, los mortales no abarcan un vasto campo con su vista”.

Agreguemos que esa teoría de la clarividencia y del éxtasis se armoniza perfectamente con las numerosas experiencias científicas practicadas por sabios y médicos de este siglo sobre sonámbulos lúcidos y clarividentes de todas clases.

(Hay sobre esta materia una literatura abundante, de valor muy desigual, en Francia, Alemania e Inglaterra. Citaremos dos obras en que esas cuestiones son tratadas científicamente por hombres dignos de fe).

(1a. Letters on animal magnetism, de William Gregory; Londres, 1850. — Gregory era profesor de química en la Universidad de Edimburgo. Su libro es un estudio profundo de los fenómenos del magnetismo animal, desde la sugestión hasta la visión a distancia y la clarividencia lúcida, sobre

sujetos observados por él mismo, según el método científico y con una minuciosa exactitud).

(2a. Die mystichen Erscheinungen der menschlichen Natur, de Maximiliam Perty; Leipzig, 1872. — Mr. Perty es profesor de filosofía y de medicina en la Universidad de Berna. Su libro ofrece un inmenso repertorio de todos los fenómenos ocultos que tienen algún valor histórico. El capítulo muy notable sobre la clarividencia (Schlafwachen), Volumen 1, contiene veinte historias de sonámbulas y cinco historias de sonámbulos, contadas por médicos que les han tratado. La de la clarividente Weiner, tratada por el autor, es de las más curiosas. — Véanse también los tratados de magnetismo de Dupotet, de Deleuze, y el libro interesantísimo Die Scherin von Prévorst, de Justinus Kerner).

Teniendo en cuenta estos hechos contemporáneos, trataremos de caracterizar brevemente la sucesión de los estados psíquicos, desde la clarividencia simple hasta el éxtasis cataléptico.

El estado de clarividencia, a lo que se deduce de miles de hechos bien comprobados, es un estado psíquico que difiere tanto del sueño como de la vigilia. Lejos de disminuir, las facultades del clarividente aumentan de un modo sorprendente. Su memoria es más precisa, su imaginación más viva, su inteligencia más despierta. En fin, y éste es un hecho capital, un sentido nuevo, que ya no es un sentido corporal, sino un sentido del alma, se ha desarrollado. No solamente los pensamientos del magnetizador se transmiten a él como en el simple fenómeno de la sugestión — que sale ya del plano físico — sino que el clarividente lee en el pensamiento de los que asisten a la experiencia, ve a través de las paredes, penetra a centenares de leguas en interiores donde nunca ha estado y en la vida íntima de gentes que no conocía. Sus ojos están cerrados y no puede ver nada, pero su espíritu ve más lejos y mejor que sus ojos abiertos, y parece viajar libremente en el espacio. ***(Ejemplos numerosos en Gregory. Cartas XVI, XVII y XVIII).***

En una palabra, si la clarividencia es un estado anormal desde el punto de vista del cuerpo, es un estado normal y superior desde el punto de vista del espíritu. Porque su conciencia se ha vuelto más profunda, su visión más amplia. El yo continúa siendo el mismo, pero ha pasado a un plano superior, donde su mirada, libre de los órganos del cuerpo, abarca y penetra un más vasto horizonte.

(El filósofo alemán Schelling había reconocido la importancia capital del sonambulismo en la cuestión de la inmortalidad del alma. Él observa que, en el sueño lúcido, se produce una elevación y una liberación relativa

del alma con respecto al cuerpo, tal como nunca tiene lugar en el estado normal. En los sonámbulos, todo anuncia la más elevada conciencia, como si todo su ser estuviera concentrado en un foco luminoso que reúne el pasado, el presente y el porvenir. Lejos de perder el recuerdo, el pasado se ilumina para ellos, el porvenir mismo se revela a veces en radio considerable. Si esto es posible en la vida terrestre — se pregunta Schelling —, ¿No es cierto que nuestra personalidad espiritual que nos sigue en la muerte, está presente ya en nosotros de un modo actual, que ella no nace entonces, que es simplemente libertada y se muestra en el momento en que no está ligada al mundo exterior por los sentidos?. El estado post mortem es, pues, más real que el estado terrestre. Porque, en esta vida, lo accidental, mezclándose a todo, paraliza en nosotros lo esencial. Schelling llama lisamente al estado futuro: clarividencia. El espíritu, desembarazado de todo lo que hay de accidental en la vida terrestre, se vuelve más vívido y más fuerte; el malvado se vuelve más malvado, el bueno mejor).

(Recientemente, Mr. Charles Du Prel ha sostenido la misma tesis con gran riqueza de hechos y puntos de vista, en un hermoso libro: Philosophie der Mystik (1886). El parte ele este hecho: "La conciencia del yo no agota su objeto. El alma y la conciencia no son dos términos adecuados; no se cubren, porque no tienen igual extensión. La esfera del alma rebasa con mucho la de la conciencia". Hay, pues, en nosotros un yo latente. Ese yo latente que se manifiesta en el ensueño y en el sueño, es el verdadero yo, supraterrestre y trascendente, cuya existencia ha precedido a nuestro yo terrestre, ligado al cuerpo. El yo terrestre es perecedero; el yo trascendente es inmortal. He aquí por qué San Pablo ha dicho: "Desde esta tierra, marchamos por el cielo").

Hay que notar que ciertos sonámbulos, al sufrir los pases del magnetizador, se sienten inundados de una luz más y más deslumbradora, mientras que el despertar les parece una penosa vuelta a las tinieblas.

La sugestión, la lectura en el pensamiento y la vista a distancia, son hechos que prueban ya la existencia independiente del alma y nos transportan sobre el plano físico del Universo, sin hacernos salir de él por completo. Pero la clarividencia tiene infinitas variedades y una escala de estados diversos mucho más extensa que la de la vigilia. A medida que se asciende, los fenómenos se vuelven más raros y más extraordinarios. No citemos más que las principales etapas. La ***retrospección*** es una visión de los acontecimientos pasados conservados en la luz astral y reavivados por la simpatía del vidente. La ***adivinación*** propiamente dicha, es una visión problemática de las cosas

futuras, bien por una introspección del pensamiento de los vivos que contiene en germen las acciones futuras, bien por la influencia oculta de espíritus superiores que desarrollan el porvenir en imágenes vivas ante el alma del clarividente. En los dos casos son proyecciones de pensamientos en la luz astral. En fin, el éxtasis se define como una visión del mundo espiritual, en que espíritus buenos o malos aparecen al vidente bajo forma humana y comunican con él. El alma parece realmente transportada fuera del cuerpo, que la vida casi ha dejado y que se agarrota en una catalepsia vecina de la muerte. Nada puede igualar, según las narraciones de los grandes extáticos, a la belleza y esplendor de esas visiones, ni al sentimiento de inefable fusión con la esencia divina, que de ellas traen, como una embriaguez de luz y de música. Se puede dudar de la realidad esas visiones. Pero es preciso añadir que si en el estado medio de la clarividencia, el alma tiene una percepción justa de los lugares lejanos y de los ausentes, es lógico admitir que, en su más alta exaltación, pueda tener la visión una realidad superior e inmaterial.

Será, según nosotros, la labor del porvenir, devolver a las facultades trascendentes del alma humana su dignidad y su función social, reorganizándolas bajo la fiscalización de la ciencia y sobre las bases de una religión verdaderamente universal, abierta a todas las verdades. Entonces la ciencia, regenerada por la verdadera fe y por el espíritu de caridad, alcanzará, con los ojos abiertos, a esas esferas en que la filosofía especulativa yerra con los ojos vendados y tanteando. Sí, la ciencia se volverá vidente y redentora, a medida que aumente en ella la conciencia y el amor a la humanidad. Y quizá sea por "la puerta del ensueño y de los sueños", como decía el viejo Homero, por donde la divina Psiquis, desterrada de nuestra civilización y que llora en silencio bajo su velo, vuelva a la posesión sus altares.

Sea de ello lo que quiera, los fenómenos de clarividencia, observados en todas sus fases por sabios y médicos del siglo XIX, lanzan una nueva luz sobre el papel de la adivinación en la antigüedad, y sobre una multitud de fenómenos, en apariencia sobrenaturales, que contienen los anales de todos los pueblos. Ciertamente, es indispensable delimitar la parte que pueda haber de leyenda y de historia, de alucinación o de visión verdadera. Pero la psicología experimental de nuestros días nos enseña a no rechazar en masa hechos que están en la posibilidad de la naturaleza humana, a a estudiarlos desde el punto de vista de las leves comprobadas. Si la clarividencia es una facultad del alma, ya no hay derecho a rechazar pura y simplemente al dominio de la superstición, a los profetas, oráculos y sibilas. La adivinación ha podido ser conocida y practicada en los templos antiguos con principios fijos, con un fin

social y religioso. El estudio comparado de las religiones y de las tradiciones esotéricas, muestra que esos principios fueron los mismos en todas partes, aunque su aplicación haya variado de un modo infinito. Lo que ha desacreditado el arte de la adivinación, es que su corrupción ha dado lugar a los peores abusos, y que sus hermosas manifestaciones sólo son posibles en seres de una grandeza de alma y pureza excepcionales.

La adivinación tal como se ejercía en Delfos, estaba fundada sobre los principios que acabamos de exponer y la organización interior del templo, a ellos correspondía. Como en los grandes templos de Egipto, ella se componía de un arte y de una ciencia. El arte consistía en penetrar en lo lejano, el pasado y el porvenir, por medio de la clarividencia o el éxtasis profético; la ciencia calculaba el porvenir según las leyes de la evolución universal. Arte y ciencia se comprobaban recíprocamente. Nada diremos de aquella ciencia llamada por los antiguos genethlialogía de la cual la astrología de la Edad Media no es más que un fragmento imperfectamente comprendido, a no ser que suponía la enciclopedia esotérica aplicada al porvenir de los pueblos y de los individuos. Muy útil como orientación, siempre fue muy problemática en su aplicación y sólo los espíritus de primer orden supieron hacer uso de ella. Pitágoras la había profundizado en Egipto. En Grecia se ejercía la adivinación con datos menos completos y menos precisos. Por el contrario, el arte, la clarividencia y la profecía, habían sido lanzados bastante lejos.

Se sabe que este arte se ejercía en Delfos por medio de mujeres jóvenes y ancianas llamadas Pitias o Pitonisas, que jugaban el papel pasivo de sonámbulas clarividentes. Los sacerdotes interpretaban, traducían, arreglaban sus oráculos, con frecuencia confusos, según sus propias luces. Los historiadores modernos no an visto casi más en la institución de Delfos, que la explotación de las supersticiones por un charlatanismo inteligente. Pero además del asentimiento de toda la filosofía antigua a la ciencia adivinatoria de Delfos, varios oráculos contados por Herodoto, como los de Creso y los de la batalla de Salamina, hablan en su favor. Sin duda aquel arte tuvo su principio, su florecimiento y su decadencia. El charlatanismo y la corrupción terminaron por mezclarse en ellos, testigo el rey Cleomeno que corrompió a la superiora de las sacerdotisas de Delfos para privar del trono a Demarato. Plutarco ha escrito un tratado para buscar las razones de la decadencia de los oráculos, y esa degeneración fue sentida como una desgracia por toda la sociedad antigua. En la época precedente, la adivinación fue cultivada con una sinceridad religiosa y una profundidad científica que la elevaron a la altura de un verdadero sacerdocio. Se leía sobre el frontis del templo la inscripción

siguiente: “Conócete a ti mismo”, y esta otra sobre la puerta de entrada: “No se aproxime aquí quien no sea puro”. Estas palabras decían a quien llegaba, que las pasiones, las mentiras, las hipocresías terrestres no debían pasar el umbral del santuario, y que, en el interior, la verdad divina reinaba con majestad temible. Pitágoras sólo fue a Delfos después que hubo visitado todos los templos de Grecia. Se había detenido con Epiménides en el santuario de Júpiter; había asistido a los juegos olímpicos; había presidido los misterios de Eleusís, donde el hierofante le había cedido su sitio. En todas partes le habían recibido como maestro. Le esperaban en Delfos. El arte adivinatorio languidecía y Pitágoras quería devolverle su profundidad, su fuerza y su prestigio. Iba, pues, a aquel santuario más bien para ilustrar a sus intérpretes que para consultar a Apolo; iba a caldear su entusiasmo y a despertar su energía. Dirigirlos era dirigir el alma de Grecia y preparar su porvenir.

Felizmente encontró en el templo un instrumento maravilloso, que un designio providencia parecía haberle reservado.

La joven Teoclea pertenecía al colegio de las sacerdotisas de Apolo. Procedía de una de esas familias en que la dignidad sacerdotal era hereditaria. Las grandes impresiones del santuario, las ceremonias del culto, los coros, las fiestas de Apolo pítico e hiperbóreo habían alimentado su infancia. Se la imagina como una de esas jóvenes que tienen una aversión innata e intensiva para lo que atrae a las otras. Ellas no aman a Ceres y temen a Venus. Porque la pesada atmósfera terrestre las inquieta, y el amor físico vagamente entrevisto les parece una violación del alma, un rompimiento de su ser intacto y virginal. Por el contrario, ellas son sensibles de una manera extraña a corrientes misteriosas e influencias astrales. Cuando la luna daba en los sombríos bosquecillos de la fuente de Castalia, Teoclea veía deslizarse allí formas blanquecinas. En pleno día, oía voces. Cuando se exponía a los rayos del sol naciente, su vibración la sumergía en una especie de éxtasis, en que oía coros invisibles. Sin embargo, era muy insensible a las idolatrías populares del culto. Las estatuas la dejaban indiferente, tenía horror a los sacrificios de animales. No hablaba a nadie de las apariciones que turbaban su sueño. Ella sentía con el instinto de las clarividentes que los sacerdotes de Apolo no poseían la suprema luz de que tenía necesidad. Éstos, sin embargo, tenían la mirada fija sobre ella para decidirla a ser Pitonisa. Ella se sentía como atraída por un mundo superior, del que no tenía la clave. ¿Qué eran aquellos dioses que se apoderaban de ella y la estremecían?. Quería saberlo antes de entregarse. Porque las grandes almas tienen necesidad de ver claro, aun al abandonarse a las potencias divinas.

¡Qué profundo temblor, qué presentimiento misterioso debió agitar el alma de Teoclea cuando vio por vez primera a Pitágoras y oyó resonar su voz elocuente entre las columnas del santuario de Apolo!. Entonces sintió la presencia del iniciador que esperaba, reconoció a su maestro. Quería saber. Sabría por medio de él, e iba a hacer hablar a aquel mundo interior, aquel mundo que llevaba en sí misma. Él por su parte debió reconocer en ella, con la seguridad y penetración de su golpe de vista, del alma viva y vibrante que buscaba para ser intérprete de su pensamiento en el templo, e infundir en él un nuevo espíritu. Desde la primera mirada cambiada, desde la primera palabra dicha, una cadena invisible unió al sabio de Samos con la joven sacerdotisa, que le escuchaba sin decir nada, bebiendo sus palabras con sus grandes ojos atentos. No sé quién ha dicho que el poeta y la lira se reconocen en una vibración profunda al aproximarse uno al otro. Así se reconocieron Pitágoras y Teoclea.

Desde el amanecer, Pitágoras tenía largas conferencias con los sacerdotes de Apolo llamados santos y profetas. Pidió él que la joven sacerdotisa fuese admitida para iniciarla en su enseñanza secreta y prepararla para su papel. Ella pudo así seguir las lecciones que el maestro daba todos los días en el santuario. Pitágoras estaba entonces en la fuerza de la edad. Llevaba su vestidura blanca ceñida a la egipcia, una banda de púrpura rodeaba su amplia frente. Cuando hablaba, sus ojos graves y lentos se posaban sobre el interlocutor y le envolvían en una cálida luz. El aire a su alrededor parecía volverse más ligero e intelectualizarse todo.

Las conferencias del sabio de Samos con los más altos representantes de la religión griega fueron de la más extrema importancia. Se trataba no solamente de adivinación e inspiración, sino del porvenir de Grecia y de los destinos del mundo entero. Los conocimientos, los títulos y los poderes que había adquirido en los templos de Memphis y de Babilonia, le daban la mayor autoridad. Tenía el derecho de hablar como superior y como guía a los inspiradores de Grecia. Lo hizo con la elocuencia de su genio, con el entusiasmo de su misión. Para ilustrar su inteligencia, comenzó por contarles su juventud, sus luchas, su iniciación egipcia. Les habló de aquel Egipto, madre de Grecia, viejo como el mundo, inmutable como una momia cubierta de jeroglíficos en el fondo de sus pirámides, pero poseyendo en su tumba el secreto de los pueblos, de las lenguas, de las religiones. Desarrolló ante sus ojos los misterios de la grande Isis, terrestre y celeste, madre de los Dioses y de los hombres, y haciéndolos pasar por sus pruebas les sumergió con él en la luz de Osiris. Luego le tocó el turno a Babilonia, con sus magos caldeos, sus

ciencias ocultas, sus templos profundos y macizos donde ellos evocan el fuego viviente en que se mueven los Dioses y los demonios.

Escuchando a Pitágoras, Teoclea experimentaba sorprendentes sensaciones. Todo lo que él decía se grababa con letras de fuego en su espíritu. Aquellas cosas le parecían a la vez maravillosas y conocidas; al aprenderlas creía recordarlas. Las palabras del maestro la hacían hojear las páginas del universo como un libro. Ya no veía a los Dioses en sus efigies humanas, sino en sus esencias que forman las cosas y los espíritus. Ella se remontaba, subía y descendía con ello en los espacios. A veces tenía la ilusión de no sentir los límites de su cuerpo y de disiparse en el infinito. De este modo la imaginación entraba poco a poco en el mundo invisible y las huellas antiguas que de éste encontraba en su propia alma, le decían que aquello era la verdadera, la sola realidad; lo otro no era más que apariencia. Sentía que pronto sus ojos internos iban a abrirse para poder leer directamente.

Desde aquellas alturas, el maestro la volvió a la tierra contándole las desgracias por que pasaba Egipto. Después de haber desarrollado la grandeza de la ciencia egipcia, mostró cómo había sucumbido bajo la invasión persa. Pintó los horrores de Cambises, los templos saqueados, los libros sagrados arrojados a la hoguera, los sacerdotes de Osiris muertos o dispersados y el monstruo del despotismo persa, que reunía bajo su mano de hierro toda la vieja barbarie asiática, las razas errantes medio salvajes del centro del Asia y del fondo de la India, no esperando más que una ocasión propicia para lanzarse sobre Europa. Sí, aquel ciclón creciente debía estallar sobre Grecia, tan seguramente como el rayo debe salir de las nubes que se amontonan en el aire. ¿Estaba preparada la dividida Grecia para resistir aquel choque terrible?. Ni tan siquiera lo sospechaba. Los pueblos no evitan su destino, y si no vigilan sin cesar, los Dioses los precipitan. ¿No se había derrumbado la sabia nación de Hermes, Egipto, después ele seis mil años de prosperidad?. ¡Ay, Grecia, la bella Jonia pasará aún más de prisa!. Día llegará en que el Dios solar abandone aquel templo, los bárbaros derriben sus piedras y los pastores lleven a pacer sus ganados sobre las ruinas de Delfos.

A estas siniestras profecías, el semblante de Teoclea se transformó tomando una expresión de espanto. Se dejó caer en tierra y abrazándose a una columna, con los ojos fijos, sumida en sus pensamientos, parecía el genio del Dolor llorando sobre la futura y lúgubre tumba de Grecia.

“Mas, continuó Pitágoras, éstos son secretos que es preciso enterrar en el fondo de los templos. El iniciado atrae la muerte o la rechaza a voluntad. Formando la cadena mágica de las voluntades, los iniciados prolongan

también la vida de los pueblos. En vosotros está el retrasar la fatal hora, en vosotros hacer brillar a Grecia, en vosotros hacer irradiar en ella el verbo de Apolo. Los pueblos son lo que les hacen ser sus Dioses; pero los Dioses sólo se revelan a quienes a ellos recurren. ¿Qué es Apolo?. El Verbo del Dios único que se manifiesta eternamente en el mundo. La Verdad es el alma de Dios, su cuerpo es la luz. Los sabios, los videntes, los profetas la ven sólo, los hombres no ven más que su sombra. Los espíritus glorificados que llamamos héroes y semidioses, habitan en aquella luz, en legiones, en esferas innumerables. Ése es el verdadero cuerpo de Apolo, el sol de los iniciados, y sin sus rayos nada grande se hace sobre la tierra. Como el imán atrae al hierro, así por nuestros pensamientos, por nuestras oraciones, por nuestros actos, atraemos la inspiración divina. ¡Transmitid a Grecia el verbo de Apolo, y Grecia resplandecerá con luz inmortal!".

Por medio de tales discursos, Pitágoras logró devolver a los sacerdotes de Delfos la conciencia de su misión. Teoclea absorbía sus ideas con pasión silenciosa y concentrada. Ella se transformaba a la vista bajo el pensamiento y la voluntad del maestro, como bajo un lento encanto. En pie, en medio de los ancianos asombrados, deshacía su negra cabellera y la separaba de su frente como si en ella sintiera correr el fuego. Ya sus ojos, abiertos y transfigurados, parecían contemplar a los genios solares y planetarios, en sus orbes espléndidos y su intensa radiación.

Un día cayó por sí misma en un sueño profundo y lúcido. Los cinco profetas la rodearon, pero permació insensible a su voz y a su tacto. Pitágoras se aproximó a ella y la dijo: "Levántate y ve adonde mi pensamiento te envié. Porque ahoras eres la Pitonisa".

A la voz del maestro, un estremecimiento recorrió todo su cuerpo y la levantó en una larga vibración. Sus ojos estaban cerrados; ella veía interiormete.

— ¿Dónde estás?. — Preguntó Pitágoras.

— Subo..., subo continuamente.

— ¿Y ahora?.

— Nado en la luz de Orfeo.

— ¿Qué ves en el porvenir?.

— Grandes guerras..., hombres de bronce, victorias... Apolo vuelve a habitar en su santuario, y yo seré su voz... Pero tú, su mensajero, ¡Oh, desgracia!, vas a dejarme... y llevarás su luz a Italia.

La vidente habló largo tiempo con los ojos cerrados, con su voz musical, jadeante, rítmica; luego, de repente en un sollozo, cayó como muerta.

De este modo, Pitágoras vertía las puras enseñanzas en el espíritu de Teoclea y la templaba como una lira para el soplo de los Dioses. Una vez exaltada a aquella altura de inspiración, ella fue para él mismo una antorcha gracias a la cual pudo sondear su propio destino, penetrar en el posible porvenir y dirigirse en las zonas sin límites de lo invisible. Aquella contraprueba palpitante de las verdades que enseñaba, admiró a los sacerdotes, despertó su entusiasmo y reanimó su fe. El templo tenía ahora una Pitonisa inspirada, sacerdotes iniciados en las ciencias y las artes divinas: Delfos podía volver a ser un centro de vida y de acción.

Pitágoras se detuvo allí un año entero. Sólo después de haber instruido a los sacerdotes en todos los secretos de su doctrina y de haber formado a Teoclea para su ministerio, partió para la Grande Grecia.

IV
LA ORDEN Y LA DOCTRINA

La ciudad de Crotona ocupaba la extremidad del golfo de Tarento, cerca del promontorio Laciniano, frente a la alta mar. Era, con Sybaris, la ciudad más floreciente de Italia meridional. Tenía fama su constitución dórica, sus atletas vencedores en los juegos de Olimpia, sus médicos rivales de los Asclepiades. Los Sybaritas debieron su inmortalidad a su lujo y a su vida muelle. Los Crotonios estarían quizá olvidados, a pesar de sus virtudes, si no hubieran tenido la gloria de ofrecer su asilo a la grande escuela de filosofía esotérica conocida bajo el nombre de secta pitagórica, que se puede considerar como la madre de la escuela platónica y como la antecesora de todas las escuelas idealistas. Por nobles que sean las descendientes, ella les sobrepuja con mucho. La escuela platónica procede de una iniciación incompleta; la escuela estoica ha perdido ya la verdadera tradición. Los otros sistemas de filosofía antigua y moderna son especulaciones más o menos felices, mientras que la doctrina de Pitágoras estaba basada sobre una ciencia experimental y acompañada de una organización completa de la vida.

Como las ruinas de la ciudad desaparecida, los secretos de la orden y el pensamiento del maestro se hallan hoy profundamente sepultados bajo tierra. Tratemos, sin embargo, de hacerlos revivir. Ello será para nosotros una ocasión de penetrar hasta el corazón de la doctrina filosófica, arcano de las religiones y de las filosofías, y de levantar una punta del velo de Isis a la claridad del genio griego.

Varias razones determinaron a Pitágoras a elegir aquella colonia dórica como centro de acción. Su objetivo no era únicamente enseñar la doctrina esotérica a un círculo de discípulos elegidos, sino también aplicar sus principios a la educación de la juventud y a la vida del Estado. Aquel plan contenía la fundación de un instituto para la iniciación laica, con la segunda intención de transformar poco a poco la organización política de las ciudades a imagen de aquel ideal filosófico y religioso. Cierto es que ninguna de las repúblicas de la Hélada o del Peloponeso hubiese tolerado tal inovación. Hubieran acusado al filósofo de conspirar contra el Estado. Las ciudades griegas del golfo de Tarento, menos minadas por la demagogia, eran más liberales. Pitágoras no se engañó cuando esperaba encontrar una acogida

favorable para sus reformas en el senado de Crotona. Agreguemos que sus miras se extendían más allá de Grecia. Adivinando la evolución de las ideas, preveía la caída del helenismo y pensaba depositar en el espíritu humano los principios de una religión científica. Al fundar su escuela en el golfo de Tarento, esparcía las ideas esotéricas por Italia, y conservaba en el vaso precioso de su doctrina la esencia purificada de la sabiduría oriental, para los pueblos del Occidente.

Al llegar a Crotona, que se inclinaba entonces hacia la vida voluptuosa de su vecina Sybaris, Pitágoras produjo allí una verdadera revolución. Porfirio y Jámblico nos pintan sus principios como los de un mago, más bien que como los de un filósofo. Reunió a los jóvenes en el templo de Apolo, y logró por su elocuencia arrancarles del vicio. Reunió a las mujeres en el templo de Juno, y las persuadió a que llevaran sus vestidos de oro y sus ornamentos a aquel mismo templo, como trofeos de la derrota de la vanidad y del lujo. Él envolvía en gracia la austeridad de sus enseñanzas. De su sabiduría se escapaba una llama comunicativa. La belleza de su semblante, la nobleza de su persona, el encanto de su fisonomía y de su voz, acababan de seducir. Las mujeres le comparaban a Júpiter, los jóvenes a Apolo hiperbóreo. Cautivaba, arrastraba a la multitud, muy admirada al escucharle de enamorarse de la virtud y de la verdad.

El Senado de Crotona, o ***Consejo de los mil,*** se inquietó de aquel ascendiente. Obligó a Pitágoras a dar razón ante él de su conducta y de los medios que empleaba para dominar los espíritus. Esto fue para él una ocasión de desarrollar sus ideas sobre la evolución, y de demostrar que lejos de amenazar a la constitución dórica de Crotona, no harían más que afirmarla. Cuando hubo ganado a su provecto a los ciudadanos más ricos y la mayoría del senado, les propuso la creación de un instituto para él y para sus discípulos. Aquella cofradía de iniciados laicos llevaría la vida común en un edificio construido ***ad hoc,*** pero sin separarse de la vida civil. Aquellos de entre ellos que merecieran ya el nombre de maestros, podrían enseñar las ciencias físicas, psíquicas y religiosas. En cuanto a los jóvenes, serían admitidos a las lecciones de los maestros y a los diversos grados de iniciación, según su inteligencia y su buena voluntad, bajo la vigilancia del jefe de la orden. Para empezar tenían que someterse a las reglas de la vida común y pasar todo el día en el instituto, vigilados por los maestros. Los que querían entrar formalmente en la orden, debían abandonar su fortuna a un curador con libertad de volver a disfrutarla cuando quisieran. Había en el instituto una sección para las mujeres, con iniciación paralela, pero diferenciada y adaptada

a los deberes de su sexo.

Aquel proyecto fue adoptado con entusiasmo por el Senado de Crotona, y al cabo de algunos años se elevaba en los alrededores de la ciudad un edificio rodeado de vastos pórticos y de jardines bellos. Los Crotonios le llamaron el templo de las Musas; y en realidad había en el centro de aquellos edificios, cerca de la modesta habitación del maestro, un templo dedicado a estas divinidades.

Así nació el instituto pitagórico, que vino a ser a la vez un colegio de educación, una academia de ciencias y una pequeña ciudad modelo, bajo la dirección de un gran maestro iniciado. Por la teoría y la práctica, por las ciencias y las artes reunidas, llegaba lentamente a aquella ciencia de las ciencias, a esa armonía mágica del alma y del intelecto con el universo, que los pitagóricos consideraban como el arcano de la filosofía y de la religión. La escuela pitagórica tiene para nosotros un interés supremo, porque ella fue la más notable tentativa de iniciación laica. Síntesis anticipada del helenismo y del cristianismo, ella injertó el fruto de la ciencia sobre el árbol de la vida; ello reconoció esa realización interna y viviente de la verdad, que únicamente puede dar la fe profunda. Realización efímera, pero de una importancia capital que tuvo la fecundidad del templo.

Para formarnos una idea, penetremos en el instituto pitagórico y sigamos paso a paso la iniciación del novicio.

EL INSTITUTO PITAGÓRICO - LAS PRUEBAS

Brillaba sobre una colina, entre los cipreses y olivos, la blanca morada de los humanos iniciados. Desde abajo, a lo largo de la costa, se distinguían sus pórticos, sus jardines, su gimnasio. El templo de las musas elevaba sobre las dos alas del edificio su columnata circular, de aérea elegancia. Desde la terraza de los jardines exteriores se dominaba la ciudad con su Printaneo, su puerto, su plaza de las asambleas. A lo lejos, el golfo se mostraba entre las escarpadas costas como una copa de ágata, y el mar Jónico cerraba el horizonte con su línea de azul. A veces se veían salir, del ala izquierda del edificio, mujeres con trajes de diversos colores, que descendían en largas filas hacia el mar, por la avenida de los cipreses. Iban a cumplir sus ritos al templo de Ceres. Con frecuencia también, del ala derecha subían hombres con túnicas blancas al templo de Apolo. Y no era el menor atractivo para la imagen curiosa de la juventud, el pensar que la escuela de los iniciados estaba colocada bajo la protección de aquellas divinidades, de las cuales una, la gran

Diosa, contenía los misterios profundos de la Mujer y de la tierra, y la otra, el Dios solar, revelaba los del Hombre y del Cielo.

Se mostraba, pues, esplendorosa, fuera y encima de la urbe populosa, la pequeña ciudad de los elegidos. Su tranquila serenidad atraía los nobles instintos de la juventud, más nada se veía de lo que pasaba dentro, y se sabía que no era cosa fácil el ser admitido. Un sencillo seto vivo circundaba los jardines del instituto de Pitágoras, la puerta de entrada estaba abierta durante el día. Pero allí había una estatua de Hermes, y se leía sobre su zócalo: ***Eskato Bebeloi,*** ¡atrás los profanos!. Todo el mundo respetaba aquel mandato de los Misterios.

Pitágoras era extremadamente difícil para la admisión de los novicios, diciendo que "no toda la madera sirve para hacer un Mercurio". Los jóvenes que querían entrar en la asociación, debían sufrir unt iempo de prueba y de ensayo. Presentados por sus padres o por uno de los maestros, les permitían al pronto entrar en el gimnasio pitagórico, donde los novicios se dedicaban a los juegos de su edad. El joven notaba al primer golpe de vista, que aquel gimnasio no se parecía al de la ciudad. Ni gritos violentos, ni grupos ruidosos, ni fanfarronería ridícula, ni la vana demostración de la fuerza de los atletas en flor, desafiándose unos a otros y mostrándose sus músculos, sino grupos de jóvenes afables y distinguidos, paseándose dos a dos bajo los pórticos o jugando en la arena. Le invitaban ellos con gracia y sencillez a tomar parte en su conversación, como si fuera uno de los suyos, sin mirarle de arriba abajo con miradas sospechosas o sonrisas burlonas. En la arena se ejercitaban en la carrera, en el lanzamiento del venablo y del disco. También ejecutaban combates simulados bajo la forma de danzas dóricas, pero Pitágoras había desterrado severamente de su instituto la lucha cuerpo a cuerpo, diciendo que era superfluo y aun peligroso desarrollar el orgullo y el odio con la fuerza y la agilidad, que los hombres destinados a practicar las virtudes de la amistad no debía comenzar por luchar unos con otros y derribarse en la arena como bestias feroces; un verdadero héroe sabría combatir con valor, pero sin furia; porque el odio nos hace inferiores a un adversario cualquiera. El recién llegado oía aquellas máximas del maestro repetidas por los novicios, orgullosos de comunicarle su precoz sabiduría. Al mismo tiempo, le incitaban a manifestar sus opiniones, a contradecirles libremente. Animado por ello, el ingenuo pretendiente mostraba bien pronto a las claras su verdadera naturaleza. Dichoso de ser escuchado y admirado, peroraba y se expansionaba a su gusto. Durante aquel tiempo, los maestros le observaban de cerca sin corregirle jamás. Pitágoras llegaba de improviso para estudiar sus gestos y

palabras. Concedía él una atención particular al aire y a la risa de los jóvenes. La risa, decía, manifiesta el carácter de una manera indudable y ningún disimulo puede embellecer la risa de un malvado. También había hecho un tan profundo estudio de la fisonomía humana que sabía leer en ella el fondo del alma. ***(Orígenes pretende que Pitágoras fue el inventor de la fisiognomía).***

Por medio de aquellas minuciosas observaciones, el maestro se formaba una idea precisa de sus futuros discípulos. Al cabo de algunos meses, llegaban las pruebas decisivas, que eran imitaciones de la iniciación egipcia, pero menos severas y adaptadas a la naturaleza griega, cuya impresionabilidad no hubiese soportado los mortales espantos de las criptas de Memfis y de Tebas. Hacían pasar la noche al aspirante pitagórico en una caverna de los alrededores de la ciudad, donde pretendían que había monstruos y apariciones. Los que no tenían la fuerza de soportar las impresiones fúnebres de la soledad y de la noche, que se negaban a entrar o huían antes de la mañana, eran juzgados demasiado débiles para la iniciación y despedidos.

La prueba moral era más seria. Bruscamente, sin preparación, encerraban una mañana al discípulo en una celda triste y desnuda. Le dejaban una pizarra y le ordenaban fríamente que buscara el sentido de uno de los símbolos pitagóricos, por ejemplo: "¿Qué significa el triángulo inscrito en el círculo?". O bien: "¿Por qué el dodecaedro comprendido en la esfera es la cifra del universo?". Pasaba doce horas en la celda con su pizarra y su problema, sin otra compañía que un vaso de agua y pan seco. Luego le llevaban a una sala, ante los novicios reunidos. En esta circunstancia, tenían orden de burlarse sin piedad del desdichado, que malhumorado y hambriento comparecía ante ellos como un culpable. — "He aquí, decían, al nuevo filósofo. ¡Qué semblante más inspirado!. Va a contarnos sus meditaciones. No nos ocultes lo que has descubierto. De ese modo meditarás sobre todos los símbolos. Cuando estés sometido un mes a régimen, verás como te vuelves un gran sabio".

En este preciso momento es cuando el maestro observaba la aptitud y profunda atención. Irritado por el desayuno, con la fisonomía del joven colmado de sarcasmos, humillado por no haber podido resolver el problema, un enigma incomprensible para él, tenía que hacer un gran esfuerzo para dominarse. Algunos lloraban de rabia; otros respondían con palabras cínicas; otros, fuera de sí, rompían su pizarra con furor, llenando de injurias al maestro, a la escuela y a los discípulos. Pitágoras comparecía entonces, y decía con calma, que habiendo soportado tan mal la prueba de amor propio, le rogaba no volviera más a una escuela de la cual tan mala opinión tenía, y en la

que las elementales virtudes debían ser la amistad y el respeto a los maestros. El candidato despedido se iba avergonzado y se volvía a veces un enemigo temible para la orden, como aquel famoso Cylón, que más tarde amotinó al pueblo contra los pitagóricos y produjo la catástrofe de la orden. Los que, al contrario, soportaban los ataques con firmeza, que respondían a las provocaciones con palabras justas y espirituales, y declaraban que estaban prestos a comenzar la prueba cien veces para obtener una sola parcela de la sabiduría, eran solemnemente admitidos en el noviciado y recibían las entusiastas felicitaciones de sus nuevos condiscípulos.

PRIMER GRADO - PREPARACIÓN (PARASKEIE)
EL NOVICIADO Y LA VIDA PITAGÓRICA

Únicamente entonces comenzaba el noviciado llamado ***preparación*** (paraskeié) que duraba al menos dos años y podía prolongarse hasta cinco. Los novicios u ***oyentes*** (akusikoi) se sometían durante las lecturas que recibían, a la regla absoluta del silencio. No tenían el derecho de hacer una objeción a sus maestros, ni de discutir sus enseñanzas. Debían recibirlas con respeto y meditar sobre ellas ampliamente. Para imprimir esta regla en el espíritu del nuevo ***oyente,*** se le mostraba una estatua de mujer envuelta en amplio velo, un dedo sobre sus labios: ***la Musa del silencio.***

Pitágoras no creía que la juventud fuese capaz de comprender el origen y el fin de las cosas. Pensaba que ejercitarla en la dialéctica y en el razonamiento, antes de haberla dado el ***sentido de la verdad,*** formaba cabezas huecas y sofistas pretenciosos. Pensaba él desarrollar ante todo en sus facultades la facultad primordial y superior del hombre: la intuición. Y para ello, no enseñaba cosas misteriosas o difíciles. Partía de los sentimientos naturales, de los primeros deberes del hombre a su entrada en la vida y mostraba su relación con las leyes universales. Al inculcar por el pronto a los jóvees el amor a sus padres, agrandaba aquel sentimiento asimilando la idea de padre a la de Dios, el gran creador del universo. "Nada más venerable, decía, que la cualidad del padre. Homero ha llamado a Júpiter el rey de los Dioses; más para mostrar toda su grandeza le llama padre de los Dioses y de los hombres". Comparaba a la madre con la naturaleza generosa y bienhechora; como Cibeles celeste produce los astros, como Demeter genera los frutos y las flores de la tierra, así la madre alimenta al hijo con todas las alegrías. El hijo debía, pues, honrar a su padre y a su madre como representantes efigies terrestres de aquellas grandes divinidades. Mostraba

también que el amor que se tiene por la patria procede del amor que se ha sentido en la infancia por la madre. Los padres nos son dados, no por casualidad, como el vulgo cree, sino por un orden antecedente y superior llamado fortuna o necesidad. Es ***preciso*** honrarles, pero en cuanto a los amigos, es necesario ***escoger.*** Se aconsejaba a los novicios que se agrupasen dos a dos, según sus afinidades. El más joven debía buscar en el de mayor edad las virtudes que buscaba y los dos compañeros debían excitarse a la vida mejor. "El amigo es un otro yo. Es preciso honrarle como a un Dios", decía el maestro. Si la regla pitagórica imponía al novicio oyente una absoluta sumisión a los maestros, le devolvía su plena libertad en el encanto de la amistad; de ésta hacía el estimulante de todas las virtudes, la poesía de la vida, el camino del ideal.

Las energías individuales eran así despertadas, la moral se volvía viva y poética, la regla aceptada con amor cesaba de ser una violencia y se volvía la afirmación de una personalidad. Pitágoras quería que la obediencia fuese un asentimiento. Además, la enseñanza moral preparaba la enseñanza filosófica. Porque las relaciones que se establecían entre los deberes sociales y las armonías del Cosmos hacían presentir la ley de las analogías y de las concordancias universales. En esta ley reside el principio de los Misterios, de la doctrina oculta y de toda filosofía. El espíritu del discípulo se habituaba a encontrar la huella de un orden invisible en la realidad visible. Máximas generales, prescripciones sucintas abrían perspectivas sobre aquel mundo superior. Mañana y tarde ***los versos dorados*** sonaban al oído del discípulo con los acentos de la lira:

Da a los inmortales Dioses el culto consagrado,
Guarda firme tu fe.

Comentando esta máxima se enseñaba que los Dioses, diversos en apariencia, eran en el fondo los mismos en todos los pueblos, puesto que correspondían a las mismas fuerzas intelectuales y anímicas, activas en todo el universo. El sabio podía, pues, honrar a los Dioses de su patria, aunque formándose de su esencia una idea diferente del vulgo. Tolerancia para todos los cultos; unidad de los pueblos en la humanidad; unidad de las religiones en la ciencia esotérica: esas ideas nuevas se dibujaban vagamente en el espíritu del novicio, como divinidades grandiosas entrevistas en el esplendor del poniente. Y la lira de oro continuaba sus graves enseñanzas:

Venera la memoria

De los héroes bienhechores, espirituales semidivinos.

Tras estos versos, el novicio veía relucir, como a través de un velo, la divina Psiquis, el alma humana. La ruta celeste brillaba como un reguero de luz. Porque en el culto de los héroes y de los semidioses, el iniciado contemplaba la doctrina de la vida futura y el misterio de la evolución universal. No se revelaba al novicio este gran secreto, pero se le preparaba a comprenderlo, hablándole de una jerarquía de seres superiores a la humanidad, llamados héroes y semidioses, que son sus guías y sus protectores. Se agregaba que ellos servían de intermediarios entre el hombre y la divinidad, que por ellos podía llegar a aproximársele practicando las virtudes heroicas y divinas. "¿Pero de qué modo comunicar con esos invisibles genios?. ¿De dónde viene el alma?. ¿A dónde va?. ¿Por qué ese sombrío misterio de la muerte?". El novicio no osaba formular estas cuestiones, pero se adivinaban en sus miradas, y por toda respuesta sus maestros le mostraban luchadores en la tierra, estatuas en los templos y almas glorificadas en el cielo, "en la ciudadela ígnea de los dioses", adonde Hércules había llegado.

En el fondo de los misterios antiguos se relacionaban los dioses todos con el Dios único y supremo. Esta revelación, enseñada con todas sus consecuencias, venía a ser la clave del Cosmos. Por esto la reservaban por completo a la iniciación propiamente dicha. El novicio no sabía nada. Únicamente le dejaban entrever esta verdad a través de lo que le decían de las potencias de la música y del número. Porque los números, enseñaba el maestro, contienen el secreto de las cosas, y Dios es la armonía universal. Las siete modalidades sagradas, constituidas sobre las siete notas del heptacordio, corresponden a los siete colores de la luz, a los siete planetas y a los siete modos de existencia que se reproducen en todas las esferas de la vida material y espiritual, desde la más pequeña a la más grande. Las melodías de estas modalidades, sabiamente fundidas, debían equilibrar el alma y volverla suficientemente armoniosa para vibrar de un modo preciso al soplo de la verdad.

A esta purificación del alma correspondía necesariamente la del cuerpo, que se obtenía por la higiene y la disciplina severa de las costumbres. Vencer sus pasiones era el primer deber de la iniciación. El que en su propio ser no ha formado armonía, no puede reflejar la armonía divina. Sin embargo, el ideal de la vida pitagórica nada tenía de la vida ascética, puesto que el matrimonio era considerado como santo. Pero se recomendaba la castidad a los novicios y la moderación a los iniciados, como una fuerza y una perfección. "No cedas a

la voluptuosidad más que cuando consientas en ser inferior a ti mismo", decía el maestro. Añadía que la voluptuosidad no existe por sí misma y la comparaba "al canto de las Sirenas, que al aproximarse a ellas se desvanecen, no dejando en el sitio que ocupaban más que huesos rotos y carnes sangrientas sobre un escollo roído por las olas, mientras que el verdadero goce es semejante al concierto de las Musas, que dejan en el alma una celeste armonía". Pitágoras creía en las virtudes de la mujer iniciada, pero desconfiaba mucho de la mujer natural. A un discípulo que le preguntaba cuándo se le permitiría acercarse a una mujer, le respondió irónicamente: "Cuando estés cansado de tu reposo".

La jornada pitagórica se ordenaba de la manera siguiente. En cuanto el disco ardiente del sol salía de las ondas azules del mar Jónico y doraba las columnas del templo de las Musas, sobre la morada de los iniciados, los jóvenes pitagóricos cantabn un himno a Apolo, ejecutando una danza dórica de un carácter viril y sagrado. Después de las abluciones de rigor, daban un paseo al templo guardando el silencio. Cada despertar es una resurrección que tiene su flor de inocencia. El alma debía recogerse al comienzo del día y estar virgen para la lección de la mañana. En el bosque sagrado se agrupaban alrededor del maestro o de sus intérpretes, y la lección se prolongaba bajo la frescura de los grandes árboles o a la sombra de los pórticos. A mediodía se dirigía una plegaría a los héroes, a los genios benévolos. La tradición esotérica suponía que los buenos espíritus prefieren aproximarse a la tierra con la radiación solar, mientras que los malos espíritus frecuentan la sombra y se difunden en la atmósfera con la noche. La frugal comida de mediodía se componía generalmente de pan, de miel y de aceitunas. La tarde se consagraba a los ejercicios gimnásticos, luego al estudio, a la meditación y a un trabajo mental sobre la lección de la mañana. Después de la puesta del sol, se oraba en común, se cantaba un himno a los dioses cosmogónicos, a Júpiter celeste, a Minerva providencia, a Diana protectora de los muertos. Durante aquel tiempo, el incienso ardía sobre el altar al aire libre, y el himno mezclado con el perfueme subía dulcemente en el crepúsculo, mientras las primeras estrellas perforaban el pálido azul. El día terminaba con la comida ele la noche, después de la cual el más joven daba lectura a un libro, comentándolo el de más edad.

Así transcurría la jornada pitagórica, límpida como un manatial, clara como una mañana sin nubes. El año se ritmaba según las grandes fiestas astronómicas. La vuelta de Apolo hiperbóreo y la celebración de los misterios de Ceres, reunían a los novicios e iniciados de todos grados, hombres y

mujeres. Se veían jóvenes de púrpura y azafrán, ejecutando coros acompañados de cánticos, con los movimientos armoniosos de la estrofa y de la antiestrofa que imitó más tarde la tragedia. En medio de aquellas grandes fiestas, en que la divinidad parecía presente en la gracia ele las formas y de los movimientos, en la melodía incisiva de los coros, el novicio tenía como un presentimiento de las fuerzas ocultas, de las todopoderosas leyes del universo animado, del cielo profundo y transparente. Los matrimonios, los ritos fúnebres tenían un carácter más íntimo, pero no menos solemne. Una ceremonia original daba base al trabajo de la imaginación. Cuando un novicio salía voluntariamente del instituto para continuar su vida vulgar o cuando un discípulo había traicionado un secreto de la doctrina, lo que sólo ocurrió una vez, los iniciados le elevaban una tumba en el recinto consagrado, como si hubiera muerto. El maestro decía: “Está más muerto que los muertos, puesto que ha vuelto a la mala vida; su cuerpo se pasea entre los hombres, pero su alma ha muerto: llorémosla”. — Y aquella tumba elevada a un vivo le perseguía como su propio fantasma y como un siniestro augurio.

SEGUNDO GRADO - PURIFICACIÓN (KATHARSIS)
LOS NÚMEROS - LA TEOGONÍA

Era un dichoso día, “un día de oro”, como decían los antiguos, aquel en que Pitágoras recibía al novicio en su morada y le aceptaba solemnemente como su discípulo. Por lo pronto se entraba en relaciones directas y seguidas con el maestro; penetraba en el patio interior de su habitación, reservada a sus fieles. De ahí el nombre de ***esotéricos*** (los de adentro) opuesto al de ***exotéricos*** (los del exterior). La verdadera y trascendente iniciación comenzaba entonces.

Aquella revelación consistía en una exposición completa y razonada de la doctrina oculta, desde sus prinpicios contenidos en la ciencia misteriosa de los números, hasta las últimas consecuencias de la evolución universal, en los destinos y fines supremos de la divina Psiquis, del alma humana. Aquella ciencia de los números era conocida bajo diversos nombres en los templos de Egipto y de Asia. Como ella daba la clave de toda la doctrina, las letras, las figuras geométricas o las representaciones humanas que servían de signos a esa álgebra del mundo oculto, sólo eran comprendidos por el iniciado. Pitágoras formuló esta ciencia en un libro escrito por su mano, llamado ***hieros logos,*** la palabra sagrada. Este libro no ha llegado a nosotros; pero los escritos posteriores de los pitagóricos, Filolao, Archytas e Hierocles, los diálogos de Platón, los tratados de Aristóteles, de Porfirio y de Jámblico, nos permiten

conocer sus principios. Si ellos son letra muerta para los modernos filósofos, es que sólo se puede comprender su sentido y su alcance por la comparación de todas las doctrinas esotéricas del Oriente.

Pitágoras llamaba matemáticos a sus discípulos porque su enseñanza superior comenzaba por la doctrina de los números. Pero esta matemática sagrada, o ciencia de los principios, era a la vez más trascendente y más viva que la matemática profana, única conocida por nuestros sabios y filósofos. **EL NÚMERO** no se consideraba sólo como una cantidad abstracta, sino como la virtud intrínseca y activa del **UNO** supremo, de **DIOS,** fuente de la armonía universal. La ciencia ***de los números*** era la de las fuerzas vivas, d***e las facultades divinas*** en acción, en los mundos, y en el hombre, en el macrocosmos y el microcosmos... Penetrándolos, distinguiéndolos y explicando su juego, Pitágoras formaba nada menos que una teogonía o teología racional.

Una teología verdadera debe dar los principios de todas las ciencias. No será ella la ciencia de Dios más que si muestra la unidad y encandenamiento de las ciencias de la Naturaleza. Sólo merece su nombre con la condición de constituir el órgano y la síntesis de todos los demás. Éste era precisamente el papel que jugaba en los templos egipcios la ciencia del verbo sagrado, formulada y precisada por Pitágoras bajo el nombre de ciencia de los números. Ella tenía la pretensión de dar la clave del ser, de la ciencia y de la vida. El adepto, guiado por el maestro, debía comenzar por contemplar los principios en su propia inteligencia, antes de seguir sus múltiples aplicaciones en la inmensidad concéntrica de las esferas de la evolución.

Un poeta moderno ha presentido esta verdad cuando hace descender a Fausto entre ***las Madres*** para devolver la vida al fantasma de Elena. Fausto toma la llave mágica, la tierra se desvanece bajo sus pies, el vértigo se apodera de él, se sumerge en el vacío de los espacios. Por fin llega donde están las Madres que velan por las formas originales del gran Todo y hacen brotar los seres del molde de los arquetipos. Esas Madres son los Números de Pitágoras, las fuerzas divinas del mundo. El poeta nos ha dado el escalofrío de su propio pensamiento ante esa sumersión en los abismos de lo Insondable. Para el iniciado antiguo, en quien la vista directa de la inteligencia se despertaba poco a poco como un nuevo sentido, esta revelación interna parecía más bien una ascensión en el sol incandescente de la Verdad, desde donde contemplaba en la plenitud de la Luz los seres y las formas, proyectados en el torbellino de las vidas por una irradiación vertiginosa.

No llegaba en un día esa posesión interna de la verdad, en que el

hombre realiza la vida universal por la concentración de sus facultades. Se necesitan años de ejercicio, el acuerdo tan difícil entre la inteligencia y la voluntad. Antes de manejar la palabra creadora — ¡y cuán pocos llegan! — es preciso deletrear letra por letra y sílaba por sílaba el verbo sagrado.

Pitágoras acostumbraba a dar esta enseñanza en el templo de las Musas. Los magistrados de Crotona lo habían hecho construir a petición suya y bajo su dirección, cerca de su morada, en un jardín cerrado. Los discípulos del segundo grado penetraban allí solos con el maestro. En el interior de aquel templo circular se veían las nuevas Musas de mármol. En pie, en el centro, velaba Hestia envuelta en un velo, solemne y misteriosa. Con su mano izquierda protegía la llama de un hogar, y con su diestra mostraba el cielo. Entre los Griegos y los Romanos, Hestia o Vesta era la guardiana del principio divino latente en todas las cosas. Conciencia del fuego sagrado, tiene su altar en el templo de Delfos, en el Pritaneo de Atenas, y en el más humilde hogar. En el santuario de Pitágoras, simbolizaba la Ciencia divina y central o la Teogonía. A su alrededor, las Musas esotéricas llevaban, además de sus nombres tradicionales y mitológicos, el nombre de las ciencias ocultas y de las artes sagradas que custodiaban. ***Urania*** guardaba la astronomía y astrología; ***Polimnia*** la ciencia de las almas en la otra vida, el arte de la adivinación; ***Melpómene***, con su careta trágica, la ciencia de la vida y de la muerte, de las transformaciones y de los renacimientos. Esas tres Musas superiores constituían juntas la cosmogonia o física celeste: ***Calíope, Clío y Euterpe*** presidían a la ciencia del hombre o psicología con sus artes correspondientes: medicina, magia, moral. El último grupo: ***Terpsícore, Erato*** y ***Talía,*** abarcaba la física terrestre, la ciencia de los elementos, de las piedras, de las plantas y de los animales.

De este modo, a primera vista, el organismo de las ciencias, calcado en el organismo del universo, aparecía al discípulo en el círculo viviente de las Musas iluminadas por la llama divina.

Después de conducir a sus discípulos dentro de aquel pequeño Santuario, Pitágoras abría el libro del Verbo, y comenzaba su enseñanza esotérica.

"Esas Musas, decía, sólo son las terrestres efigies de las potencias divinas de que vais a contemplar por vuestros propios ojos, la inmaterial y sublime belleza. De igual modo que ellas miran al Fuego de Hestia de que emanan, y que les da el movimiento, el ritmo y la melodía, así debéis sumergiros en el Fuego central del uiverso, en el Espíritu divino para difundiros con él en sus manifestaciones visibles". Entonces con mano

poderosa y atrevida, Pitágoras arrebataba a sus discípulos del mundo de las formas y de las realidades; borraba el tiempo y el espacio y los hacía descender con él en la ***Gran Mónada,*** en la esencia del Ser increado.

Pitágoras le llamaba el Uno primero compuesto de armonía, el Fuego viril que atraviesa todo, el Espíritu que se mueve por sí mismo, el Individuo y el gran No-Manifestado, donde los mundos efímeros manifiestan el pensamiento creador, el Único, el Eterno, el Inmutable, oculto bajo las cosas múltiples que pasan y cambián. "La esencia en sí se substrae al hombre, dice el pitagórico Filolao. Sólo conocemos las cosas de este mundo donde lo finito se cambia con lo infinito. ¿Y cómo podemos conocerlas?. Porque hay entre nosotros y las cosas una armonía, una relación, un principio común; y ese principio les es dado por el Uno, que les da con su esencia, la mesura y la inteligibilidad. Él es la común medida entre el objeto y el sujeto, la razón de las cosas por la que el Alma participa de la última razón del Uno". ***(En las matemáticas trascendentales, se demuestra algebraicamente que cero multiplicado por infinito es igual a Uno. Cero, en el orden de las ideas absolutas, significa el Ser indeterminado. El Infinito, lo Eterno, en el lenguaje de los templos se simbolizan por un círculo o por una serpiente que se muerde la cola, que significa el Infinito, moviéndose a sí mismo. Y, desde el momento que el Infinito se determina, produce todos los números que en su grande unidad contiene, y que gobierna en una perfecta armonía. Tal es el sentido trascendente del primer problema de la teogonía pitagórica, la razón que hace que la grande Mónada contenga a todas las pequeñas y que todos los números surjan de la grande unidad en movimiento).***

¿Pero cómo aproximarse a Él, al Ser impalpable?. ¿Ha visto alguien jamás al dueño del Tiempo, al alma de los soles, manantial de las inteligencias?. No; y confundiéndose con Él se penetra en su esencia. Es parecido a un fuego invisible colocado en el centro del universo, cuya llama ágil circula en todos los mundos y mueve la circunferencia. Agregaba Pitágoras que la obra de la Iniciación consistía en aproximarse al gran Ser, procurando tener con Él puntos de semejanza, volviéndose tan perfecto como posible fuera, dominando las cosas con la inteligencia, volviéndose tan ***activo*** como él y no ***pasivo*** como ellas. "Vuestro propio Ser, vuestra alma, ¿No son un microcosmo, un pequeño universo?. Pero ellos están llenos de tempestades y discordias. Se trata de realizar la unidad en la armonía y aquellas discordias han de desaparecer. Entonces y sólo entonces, Dios descenderá en vuestra conciencia, entonces participaréis de su poder y haréis de vuestra voluntad la piedra del hogar, el altar de Hestia, el trono de Júpiter".

Dios, la substancia indivisible, tiene pues por número la Unidad que contiene al Infinito, por nombre el de Padre, de Creador o de Eterno-Masculino, por signo el Fuego viviente, símbolo del Espíritu, esencia del Todo. He aquí el primero de los principios.

Pero las divinas facultades son semejantes al loto místico que el iniciado egipcio, acostado en su sepulcro, veía surgir de la negra noche. Al pronto no es más que un punto brillante, luego se abre como una flor, y el centro incandescente se manifiesta como una rosa de luz con mil hojas.

Pitagoras decía que la grande Mónada obra como ***Diada creadora.*** En el momento que Dios se manifiesta, es doble; esencia invisible y substancia divisible; principio masculino activo, animador, y principio femenino pasivo o materia plastica animada. La Diada representaba, pues, la union del Eterno-Masculino y del Eterno-Femenino en Dios, las dos facultades divinas esenciales y correspondientes. Orfeo había expresado poéticamente esta idea en este verso:

Jupiter es el Esposo y la Esposa divinos.

Todos los politeísmos han tenido intuitivamente conciencia de esta idea, representando a la Divinidad tan pronto en forma masculina como en forma femenina.

Y esta Natura viviente, eterna, esta grande Esposa de Dios, no es únicamente la terrestre Naturaleza, sino la naturaleza celeste invisible a nuestros ojos corporales, el Alma del mundo, la Luz primordial, unas veces Maia, y otras Isis o Cibeles, que vibrando la primera bajo la impulsión divina, contiene las esencias de todas las almas, los tipos espirituales de todos los seres. Es luego Demeter, la tierra viviente y todas las tierras con los cuerpos que contienen, donde aquellas almas vienen a encarnarse. Luego es la Mujer, compañera del Hombre. En la humanidad, la Mujer representa a la Naturaleza; y la imagen perfecta de Dios no es el Hombre solo, sino el Hombre y la Mujer. De ahí su invencible, encantadora y fatal atracción; de ahí la embriaguez del Amor, en que se juega el ensueño de las creaciones infinitas y el oscuro presentimiento de que el Eterno-Masculino y el Eterno-Femenino gozan de una perfecta unión en el seno de Dios. “Honor, pues, a la Mujer, en la tierra y en el cielo, decía Pitágoras con todos los iniciados antiguos; ella nos hace comprender a esta grande mujer, la Naturaleza. Que sea su imagen santificada y que nos ayude a remontar por grados hasta la grande Alma del Mundo, que procrea, conserva y renueva, hasta la divina Cibeles, que lleva al pueblo de las

almas en su manto de Luz”.

La Mónada representa la esencia de Dios, la Dyada su facultad generadora y reproductiva. Ésta genera el mundo, florecimiento visible de Dios en el espacio y el tiempo. Más el mundo real es triple. Pues de igual modo que el hombre se compone de tres elementos distintos pero fundidos uno en otro, cuerpo, alma y espíritu; así el universo está dividido en tres esferas concéntricas: el mundo natural, el mundo humano y el mundo divino. La ***Triada*** o ***ley del ternario*** es, pues, la ley constituitiva de las cosas y la verdadera clave de la vida, desde la constitución fisiológica del cuerpo animal, en funcionamiento del sistema sanguíneo y del sistema cerebroespinal, hasta la constitución hiperfísica del hombre, del universo y de Dios. De este modo ella abre como por encanto al espíritu maravillado la estructura interna del universo; ella muestra las correspondencias infinitas del macrocosmos y del microcosmos. Ella obra como una luz que atraviesa las cosas para hacerlas transparentes, y hace brillar a los mundos pequeños y grandes como otras tantas linternas mágicas.

Expliquemos esta ley por la correspondencia esencial del hombre y del universo.

Pitágoras admitía que el espíritu del hombre o el intelecto tienen de Dios su naturaleza inmortal, invisible, absolutamente activa. Porque el espíritu es lo que se mueve por sí mismo. Llamaba al cuerpo su parte mortal, divisible y pasiva. Pensaba él que lo que llamamos ***alma*** está estrechamente unido al espíritu, pero formado por un tercer elemento intermedio que proviene del ***flúido cósmico.*** El alma se semeja, pues, a un cuerpo etéreo que el espíritu se teje y se construye a sí mismo. Sin ese cuerpo etéreo, el cuerpo material no podría ser animado, y sólo sería una masa inerte y sin vida. ***(Doctrina idéntica a la del iniciado San Pablo, que habla del cuerpo espiritual).*** El alma tiene una forma semejante a la del cuerpo que vivifica, y le sobrevive despué de la disolución o la muerte. Ella se vuelve entonces, según la expresión de Pitágoras repetida por Platón, el sutil vehículo que lleva al espíritu hacia las esferas divinas o le deja caer en las tenebrosas regiones de la materia, según que ella es más o menos buena o mala. Más la constitución y evolución del hombre se repite en círculos que se agrandan sobre toda la escala de los seres y en todas las esferas. Al igual que la humana Psiquis lucha entre el espíritu que la atrae y el cuerpo que la retiene, así la humanidad evoluciona entre el mundo natural y animal, donde ella sumerge sus raíces terrestres y el mundo divino de los puros espíritus, donde está su manantial celeste y hacia el cual aspira a elevarse. Y lo que pasa en la humanidad pasa en todas las tierras y en

todos los sistemas solares en proporciones siempre diversas, en modos siempre nuevos. Extended el círculo hasta el infinito y, si lo podéis, abarcad en un solo concepto los mundos sin límites. ¿Qué encontráis en ellos?. El pensamiento creador, el flúido astral y mundos en evolución: el espíritu, el alma y el cuerpo de la divinidad. Levantando velo tras velo y sondeando las facultades de la divinidad misma, veréis la Triada y la Dyada envolviéndose en la sombría profundidad de la Mónada cómo una eflorescencia de estrellas en los abismos de la inmensidad.

Según esta rápida exposición, se concibe la capital importancia que Pitágoras concedía a la ley del ternario. Se puede decir que ella forma la piedra angular de la ciencia esotérica. Todos los grandes iniciadores religiosos han tenido conciencia de ello, todos los teósofos lo han presentido. Un oráculo de Zoroastro dice:

El número tres reina en el universo
Y la mónada en su principio.

El mérito incomporable de Pitágoras está en haberlo formulado con la claridad del genio griego. Hizo de ello el centro de su teogonía y el fundamento de las ciencias. Ya velada la ley en los escritos exotéricos de Platón, pero incomprendida por completo por los filósofos posteriores, esta concepción no ha penetrado en los tiempos modernos más que entre algunos raros iniciados de las ciencias ocultas. ***(Entre ellos y en primer término hay que colocar a Fabre d'Olivet (Versos dorados de Pitágoras). Esta concepción viviente de las fuerzas del Universo, penetrándolo de alto a bajo; nada tiene que ver con las especulaciones vacías de los puros metafísicos, como por ejemplo la tesis, la antítesis y la síntesis de Hegel, simples juegos del espíritu)***. Se ve desde ahora qué base ancha y sólida el ternario universal ofrecía a la clasificación de las ciencias, el edificio de la cosmogonía y de la psicología.

Del mismo modo que el ternario universal se concentra en la unidad de Dios o en la Mónada, así el ternario humano se concentra en la conciencia del yo y en la voluntad que recoge todas las facultades del cuerpo, del alma y del espíritu en su viviente unidad. El ternario humano y divino, resumido en la Mónada, constituye la ***Tetrada sagrada.*** Pero el hombre sólo de una manera relativa realiza su unidad. Porque su voluntad que obra sobre todo su ser, no puede, sin embargo, obrar simultánea y plenamente en sus tres órganos; es decir, en el instinto, en el alma y en el intelecto. El universo y Dios mismo no se le aparecen más que por turno y sucesivamente, reflejados por aquellos tres

espejos.

1. Visto a través del instinto y el Kaleidoscopio de los sentidos, Dios es múltiple e infinito, como sus manifestaciones. De ahí el politeísmo, donde el número de los dioses no tiene límite.

2. Visto a través del alma razonable, Dios es doble, es decir, espíritu y materia. De ahí el dualismo de Zoroastro, de los Maniqueos y de varias otras religiones.

3. Visto a través del intelecto puro, es triple, es decir, espíritu, alma y cuerpo en todas las manifestaciones del universo. De ahí los cultos trinitarios de la India (Brahma, Vishnú y Siva) y la trinidad misma del cristianismo (el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo).

4. Concebido por la voluntad que resume el todo, Dios es único y tenemos el monoteísmo hermético de Moisés en todo su rigor. Aquí no hay ya personificación, ni encarnación; salimos del universo visible y entramos en lo absoluto. El Eterno reina solo sobre el mundo reducido a polvo. La diversidad de las religiones proviene, pues, del hecho de que el hombre no realiza la divinidad más que a través de su propio ser, que es relativo y finito, mientras que Dios realiza en todo instante la unidad de los tres mundos en la armonía del universo.

Esta última aplicación demostraría por sí sola la virtud, en cierto modo mágica, del ***Tetragrama,*** en el orden de las ideas. No solamente se encontraría en él el principio de las ciencias, la ley de los seres y su modo de evolución, sino también la razón de las religiones diversas y de su unidad superior. Era verdaderamente la clave universal. De ahí el entusiasmo con que Lysis habla de esto en los ***Versos dorados,*** y se comprende ahora por qué los pitagóricos juraban por aquel gran símbolo:

Yo juro por aquel que grabó en nuestros pechos
La Tétrada sagrada, inmenso y puro símbolo,
Fuente de la Natura, modelo de los Dioses.

Pitágoras iba mucho más lejos en la enseñanza de los números. En cada uno de ellos definía un principio, una ley, una fuerza activa del universo. Pero él decía que los principios esenciales están contenidos en los cuatro primeros números, porque adicionándolos o multiplicándolos se encuentran todos los demás. De igual modo la infinita variedad de los seres que componen el universo es producida por las combinaciones de las tres fuerzas primordiales: materia, alma, espíritu bajo la impulsión creadora de la unidad divina que las

mezcla y las diferencia, las concentra y las anima. Con los principales maestros de la ciencia esotérica, Pitágoras concedía una grande importancia al ***número siete*** y al número diez. Siete, siendo cl compuesto de tres y cuatro, significa la unión del hombre con la divinidad. Es la cifra de los adeptos, de los grandes iniciados, y como explicación la realización completa de toda cosa por siete grados, representa la ley de la evolución. El ***número diez,*** formado por la adición de los cuatro primeros y que contiene al precedente, es el número perfecto por excelencia, puesto que representa todos los principios de la divinidad evolucionados y reunidos en una nueva divinidad.

Al terminar la enseñanza de su teogonía, Pitágoras mostraba a sus discípulos las nueve Musas, personificando las ciencias, agrupadas tres por tres, presidiendo al triple ternario evolucionado en nueve mundos, y formando, con Hestia, la Ciencia divina, guardiana del Fuego primordial: ***La Década sagrada.***

TERCER GRADO - PERFECCIÓN (TELEIOTHES)
COSMOGONÍA Y PSICOLOGÍA
LA EVOLUCIÓN DEL ALMA

El discípulo había recibido del maestro los principios de la ciencia. Esa primera iniciación había hecho caer las espesas escamas de la materia, que cubrían los ojos de su espíritu. Desgarrando el velo brillante de la Mitología, ella le había arrancado del mundo visible para lanzarlo ansiosamente a los espacios sin límites y sumergirlo en el sol de la Intelingencia, de donde la Verdad irradia sobre los tres mundos. Pero la ciencia de los números sólo era el preámbulo de la gran iniciación. Armado con estos principios, se trataba ahora de descender de las alturas de lo Absoluto a las profundidades de la naturaleza para coger al vuelo el pensamiento divino en la formación de las cosas y en la evolución del alma a través de los mundos. La cosmogonía y la psicología esotérica tocaban a los más grandes misterios de la vida, a secretos peligrosos y celosamente guardados de las ciencias y de las artes ocultas. Por esto, Pitágoras gustaba de dar aquellas lecciones lejos del día profano, por la noche, al borde del mar, en las terrazas del templo de Ceres, al murmullo ligero de las olas jónicas, de tan melodiosa cadencia, a las lejanas fosforescencias del Kosmos estrellado, o bien de las criptas del santuario, donde las lámparas egpcias de nafta difundían una claridad dulce e igual. Las mujeres iniciadas asistían a aquellas reuniones nocturnas. A veces, sacerdotes o sacerdotisas, llegados de Delfos o de Eleusis, venían a confirmar las

enseñanzas del maestro por la narración de sus experiencias o por la palabra lúcida del sueño clarividente.

La evolución material y la evolución espiritual del mundo son dos movimientos inversos, pero paralelos y concordantes en toda la escala del ser. El uno sólo por el otro se explica, y, vistos en conjunto, explican el mundo. La evolución material representa la manifestación de Dios en la materia por el alma del mundo que la trabaja. La evolución espiritual representa la elaboración de la conciencia en las mónadas individuales y sus tentativas de unirse, a través del ciclo de vidas, con el espíritu divino de que ellas emanan. Ver el universo desde el punto de vista físico, o desde el punto de vista espiritual, no es considerar un objeto diferente, es contemplar el mundo desde los dos extremos opuestos. Desde el punto de vista terrestre, la explicación racional del mundo debe comenzar por la evolución material, puesto que por este lado la vemos; pero haciéndonos ver el trabajo del Espíritu universal en la materia y proseguir el desenvolvimiento de las mónadas individuales, ella conduce insensiblemente al punto de vista espiritual y nos hace pasar del ***exterior*** al ***interior*** de las cosas, del revés del mundo a su lado profundo.

Así al menos procedía Pitágoras, que consideraba al universo como un ser vivo, animado por una grande alma y penetrado por una grande inteligencia. La segunda parte de su enseñanza comenzaba, pues, por la cosmogonía.

Si nos fijásemos únicamente en los fragmentos exotéricos de los pitagóricos, la astronomía suya sería semejante a la de Ptolomeo, la tierra inmóvil y el sol girando alrededor, con los planetas y el cielo entero. Pero el principio mismo de esa astronomía nos advierte de que es puramente simbólica. En el centro del universo, Pitágoras coloca el Fuego (del cual el Sol no es más que el reflejo) Más, en el simbolismo del Oriente, el Fuego es el signo representativo del Espíritu, de la Conciencia divina, universal. Lo que nuestros filósofos toman generalmente por la física de Pitágoras y de Platón, no es, pues, otra cosa que una descripción llena de colorido de su filosofía secreta, luminosa para los iniciados; pero tanto más impenetrable al vulgo, cuanto que la hacían pasar por una sencilla física. Busquemos, pues, en ella una especie de cosmografía de la vida de las almas, y nada más. La región sublunar designa la esfera donde se ejerce la atracción terrestre, y es llamada el ***círculo de las generaciones.*** Los iniciados entendían por eso que la tierra es para nosotros la región de la vida corporal. Allí se hacen todas las operaciones que acompañan a la encarnación y desencarnación de las almas. La esfera de los seis planetas y del sol responde a categorías ascendentes de espíritus. El

Olimpo concebido como una esfera en rotación, es llamado ***el cielo de los fijos,*** porque es asimilado a la esfera de las almas perfectas. Esta astronomía infantil recubre, pues, una concepción del universo espiritual.

Pero todo nos lleva a creer que los antiguos iniciados, y particularmente Pitágoras, tenían nociones mucho más precisas del universo físico. Aristóteles dice positivamente que los pitagóricos creían en el movimiento de la tierra alrededor del Sol. Copérnico afirma que la idea de la rotación de la tierra alrededor de su eje le vino leyendo, en Cicerón que un tal Aycetas; de Siracusa, había hablado del movimiento diurno de la tierra. A sus discípulos del tercer grado Pitágoras enseñaba el doble movimiento de la tierra. Sin tener las medidas exactas de la ciencia moderna, él sabía, como los sacerdotes de Memfis, que los planetas salidos del Sol giran a su alrededor; que las estrellas son otros tantos sistemas solares gobernados por las mismas leyes del nuestro y que cada uno tiene su rango en el universo inmenso. Él sabía también que cada mundo solar forma un pequeño universo, que tiene su correspondencia en el mundo espiritual y su cielo propio. Los planetas servían para marcar la escala. Pero esas nociones, que habrían revolucionado la mitología popular y que la multitud hubiese tachado de sacrilegios, jamás eran confiadas a la escritura vulgar. Sólo se enseñaban bajo el sello del más profundo secreto. ***(Ciertas definiciones extrañas, bajo forma de metáfora, que nos han sido transmitidas y que provenien de la enseñanza secreta del maestro, dejan adivinar, en su sentido oculto, la concepción grandiosa que Pitágoras tenía del Kosmos. Hablando de las constelaciones, llamaban a las Osas Mayor y Menor: las manos de Rhea-Kybeles. Más, Rhea-Kibele significa esotéricamente la luz astral circulante, la divina esposa del fuego universal o del Espíritu creador, que, concentrándose en los sistemas solares, atrae las esencias inmateriales de los seres, los coge, y los hace entrar en el torbellino de las vidas. El llamaba también a los planetas los perros de Proserpina. Esta expresión singular no tiene sentido más que esotéricamente. Proserpina, la diosa de las almas, presidía a su encarnación en la materia. Pitágoras llamaba, pues, a los planetas, perros de Proserpina, porque guardan y retienen las almas encarnadas como el cancerbero mitológico guarda las almas en el infierno).***

El universo visible, decía Pitágoras, el cielo con todas sus estrellas no es más que una forma pasajera del alma del mundo, de la grande Maia, que concentra la materia esparcida en los espacios infinitos, luego la disuelve y la disemina en imponderable flúido cósmico. Cada torbellino solar posee una parcela de esa alma universal, que evoluciona en su seno durante millones de

siglos, con una fuerza de impulsión y una medida especial. En cuanto a las potencias, a los reinos, a las especies y a las almas en los astros de este pequeño mundo, vienen de Dios, descienden del Padre, es decir, que ellas emanan de un orden espiritual inmutable y superior, así como de una evolución material anterior, es decir, de un sistema solar extinguido. De esas potencias invisibles unas, absolutamente inmortales, dirigen la formación de este mundo, otra esperan su florecimiento en el sueño cósmico o en el divino ensueño para volver a entrar en las generaciones visibles, según rango y según la ley eterna. El alma solar y su fuego central, que mueve directamente a la gran Mónada, elabora la materia en fusión. Los planetas son hijos del Sol. Cada uno de ellos, elaborado por las fuerzas de atracción y de rotación inherentes a la materia, está dotado de un alma semiconsciente salida del alma solar, y tiene su carácter distinto, su papel particular en la evolución. Como cada planeta es una expresión diversa del pensamiento de Dios, como ejerce una función especial en la cadena planetaria, los antiguos sabios han identificado los nombres de los planetas con los grandes dioses, que representan las facultades divinas en acción en el universo.

Los ***cuatro elementos,*** de que están formados los astros y los seres, designan cuatro estados graduados de la materia. El primero, como el más denso y el más grosero, es el más refractario al espíritu; el último, como el más refinado, tiene por él una grande afinidad. La ***tierra*** representa el estado sólido; el ***agua,*** el estado líquido; el ***aire,*** el estado gaseoso; el ***fuego,*** el estado imponderable. El quinto elemento, o ***etérico,*** representa un estado tan sutil de la materia y tan vivaz, que ya no es atómico y está dotado de penetración universal. Es el flúido cósmico original, la luz astral o el alma del mundo.

Pitágoras hablaba en seguida a sus discípulos de las revelaciones de la tierra, según las tradiciones del Egipto y del Asia. Sabía que la tierra en fusión estaba rodeada primitivamente de una atmósfera gaseosa, que, licuada por su enfriamiento sucesivo, había formado los mares. Según su costumbre, él resumía metafóricamente esta idea, diciendo que los mares eran producidos ***por las lágrimas de Saturno*** (el tiempo cósmico).

Más he aquí los reinos que aparecen, y los invisibles gérmenes, flotando en ***el aura*** etérea de la tierra, en torbellinos dentro de su manto gaseoso, siendo luego atraídos al profundo seno de los mares y a los primeros, continentes emergidos. Los mundos vegetal y animal, aun confundidos, aparecen casi al mismo tiempo La doctrina esotérica admite la transformación de las especies animales, no solamente según la ley de la ***selección,*** sino también según la ley primaria de la ***percusión*** de la tierra por los poderes

celestes, y de todos los seres vivos por principios inteligibles y fuerzas invisibles. Cuando una nueva especie aparece sobre el globo, es que una raza de almas de un tipo superior se encarna en épocas dadas en los descendientes de la especie antigua, para hacerla subir un escalón remoldeándola y transformándola a su imagen. De este modo la doctrina esotérica explica la aparición del hombre sobre la tierra. Desde el punto de vista de la evolución terrestre, el hombre es la última rama y la corona de todas las especies anteriores. Pero este punto de vista no basta para explicar su entrada en escena, como no bastaría para explicar la formación de la primera alga o del primer crustáceo en el fondo de los mares. Todas esas creaciones sucesivas suponen, como cada nacimiento, la percusión de la tierra por los poderes invisibles que crean la vida. La del hombre supone el reino anterior de una humanidad celeste que preside al nacimiento de la humanidad terrestre y le envía, como las ondas de una marea formidable, nuevos torrentes de almas que se encarnan en su seno y hacen lucir los primeros rayos de un divino día en este ser temeroso, más impulsivo, audaz, que, apenas salido de las tinieblas de la animalidad, se ve obligado a luchar con todos los poderes de la naturaleza para poder vivir.

Pitágoras, instruido por los templos del Egipto, tenía nociones precisas sobre las grandes evoluciones del globo. La doctrina india y la egipcia conocían la existencia del antiguo continente austral que había producido la raza roja y una potente civilización, llamada Atlante por los Griegos. Ella atribuía la emergencia y la inmersión alternativas de los continentes a la oscilación de los polos y admitía que la humanidad había atravesado así por seis diluvios. Cada ciclo interdiluviano trae el predominio de una gran raza humana. En medio de los eclipses parciales de la civilización y de las facultades humanas, hay un movimiento general ascendente.

He aquí, pues, a la humanidad constituida y a las razas lanzadas en su carrera, a través de los cataclismos del globo. Pero sobre este globo, que tomamos al nacer por la base inmutable del mundo y que flota por el espacio, sobre estos continentes que emergen de los mares para desaparecer de nuevo, en medio de estos pueblos que pasan, de estas civilizaciones que se derumban, ¿Cuál es el grande, el punzante, el eterno misterio?. Es el problema interior, el de cada uno y el de todos, es el problema del alma, que descubre en sí misma un abismo de tinieblas y de luz, que se contempla con una mezcla de encanto y de temor, y se dice: "Yo no soy de este mundo, porque él no basta para explicarme. No vengo de la tierra y voy a otra parte. ¿Pero adónde?". Es el misterio de Psiquis, que contiene todos los demás.

La cosmogonía del mundo visible, decía Pitágoras, nos ha conducido a la historia de la tierra y ésta al misterio del alma humana. Con él tocamos al santuario de los santuarios, al arcano de los arcanos. Una vez despierta su conciencia, el alma se vuelve para sí misma el más asombroso de los espectáculos. Pero esta misma conciencia no es más que la superficie iluminada de su ser, donde ella sospecha abismos oscuros e insondables. En su ignota profundidad, la divina Psiquis contempla con mirada fascinada todas las vidas y todos los mundos: el pasado, el presente y el futuro que une con la Eternidad. "Conócete a ti mismo y conocerás el universo de los dioses", he aquí el secreto de los sabios iniciados. Pero para penetrar por esa puerta estrecha de la inmensidad del universo invisible, despertemos en nosotros la vista directa del alma purificada y armémonos con la antorcha de la Inteligencia, de la ciencia de los principios y de los números sagrados.

Pitágoras pasaba así de la cosmogonía física a la cosmogonía espiritual. Después de la evolución de la tierra, contaba la evolución del alma a través de los mundos. Fuera de la iniciación, esta doctrina es conocida bajo el nombre de ***transmigración de las almas.*** No se han dicho más disparates sobre ninguna parte de la doctrina oculta que sobre ésa, y tanto es ello así, que la literatura antigua y moderna no la conocen más que bajo disfraces pueriles. Platón mismo, el que contribuyó más a popularizarla de todos los filósofos, sólo ha dado resúmenes fantásticos y a veces extravagantes, sea porque su prudencia o sus juramentos le hayan impedido decir todo lo que sabía. Pocos sospechan hoy que esa doctrina haya podido tener para los iniciados un aspecto científico, abrir perspectivas infinitas y dar al alma consuelos divinos. La doctrina de la vida ascensional es el rango común de las tradiciones esotéricas y el coronamiento de la teosofía. Yo añado que ella tiene, para nosotros, una importancia capital. Porque el hombre de hoy rechaza con igual desprecio la inmortalidad abstracta y vaga de la filosofía y el cielo infantil de la religión primaria. Y, sin embargo, la nada y la sequedad del materialismo le causan horror. El aspira inconscientemente a la conciencia de una ***inmortalidad orgánica*** que responda a la vez a las exigencias de la razón y a las necesidades indestructibles de su alma. Se comprende, además, por qué los iniciados de las religiones antiguas, teniendo conocimiento de esas verdades, las han mantenido tan secretas. Ellas son de naturaleza tal, que producen el vértigo a los espíritus no cultivados. Ellas se ligan estrechamente con los profundos misterios de la generación espiritual, de los sexos y de la generación en la carne, de donde dependen los destinos de la humanidad.

Se esperaba, pues, con una especie de santo temor esa hora capital de la

enseñanza esotérica. Por la palabra de Pitágoras, como por un lento encanto, la pesada materia parecía aligerarse, las cosas de la tierra se volvían transparentes, las del cielo visibles al espíritu. Esfera de oro y azul surcadas de esencias luminosas desarrollaban sus orbes hasta el infinito.

Entonces los discípulos, hombres y mujeres, agrupados alrededor del maestro, en una parte subterránea del templo de Ceres, llamada cripta de Proserpina, escuchaban con una emoción palpitante ***la historia celeste de Psiquis.***

¿Qué es el alma humana?. Una parcela de la gran alma del mundo, una brasa del espíritu divino, una mónada inmortal. Más si su posible porvenir se abre en los esplendores insondables de la conciencia divina, su misterioso florecer remonta a los orígenes de la materia organizada. Para llegar a ser lo que es, ha sido necesario que ella atravesara todos los reinos de la naturaleza, toda la escala de los seres, desenvolviéndose gradualmente por una serie de innumerables existencias. El espíritu que moldea los mundos y condena la materia cósmica en masas enormes, se manifiestan con una intensidad diversa y una concentración siempre mayor en los reinos sucesivos de la naturaleza. Fuerza ciega e indistinta en el mineral, individualizada en la planta, polarizada en la sensibilidad y el instinto de los animales, ella tiende hacia la Mónada consciente en esa lenta elaboración; y la Mónada elemental es visible en el animal más inferior. El elemento anímico y espiritual existe, pues, en todos los reinos, aunque solamente en estado de cantidad infinitesimal en los reinos inferiores. Las almas que existen en estado de gérmenes en los reinos inferiores estacionádose allí sin salir de ellos durante inmensos períodos, y sólo después de grandes revoluciones cósmicas, ellas pasan a un reino superior cambiando de planeta. Todo lo que ellas pueden hacer durante el período de vida de un planeta, consiste en subir algunas especies. ¿Dónde comienza la Mónada?. Igual sería preguntar la hora en que se ha formado una nebulosa, o que un sol ha lucido por vez primera. Sea de ello lo que quiera, lo que constituye la esencia de cualquier hombre ha debido evolucionar durante millones de años a través de una cadena de planetas y los reinos inferiores, conservando a través de todas esas existencias un principio individual que por todas partes la sigue. Esa individualidad oscura, pero indestructible, constituye el sello divino de la Mónada en que Dios quiere manifestarse por la conciencia.

Cuando más ascendemos en la serie de los organismos, más la Mónada desarrolla los principios latentes que en ella están. La fuerza polarizada se vuelve sensible, la sensibilidad instinto, el instinto inteligencia. Y a medida

que se enciende la antorcha vacilante de la conciencia, esta alma se vuelve más independiente del cuerpo, más capaz de llevar una existencia más libre. El alma flúida y no polarizada de los minerales y vegetales, está ligada a los elementos de la tierra. La de los animales, fuertemente atraída por el fuego terrestre, allí pasa un cierto tiempo cuando deja su cadáver; luego vuelve a la superficie del globo para reencarnarse en su especie, sin jamás poder abandonar las bajas capas de la atmósfera. Éstas se hallan pobladas de elementales o almas animales, que tienen su papel en la vida atmosférica y una influencia oculta sobre el hombre. El alma humana sola viene del cielo, y a él vuelve después de la muerte. ¿Pero en qué época de su larga existencia cósmica el alma elemental se ha convertido en alma humana?. ¿Por qué crisol incandescente, por qué etérea llama ha pasado para eso?. La transformación no ha sido posible en un período interplanetario más que por el encuentro de almas humanas plenamente formadas, que han desenvuelto en el alma elemental su espiritual principio y han impreso su divino prototipo como un sello de fuego en su substancia plástica.

¡Qué de viajes, qué de encarnaciones, qué de ciclos planetarios a atravesar aún, para que el alma humana así formada se convierta en el hombre que conocemos!. Según las tradiciones esotéricas de la India y de Egipto, los individuos que componen la humanidad actual han comenzado su existencia humana en otros planetas, donde la materia es mucho menos densa que en el nuestro. El cuerpo del hombre era entonces casi vaporoso, sus encarnaciones ligeras y fáciles. Sus facultades de percepción espiritual directa habían sido muy poderosas y muy sutiles en esa primera fase humana: la razón y la inteligencia por oposición, se hallaban en estado embrionario. En ese estado semicorporal, semiespiritual, el hombre veía los espíritus, todo era esplendor y encanto ante su visión, y música para su audición. Él oía hasta la armonía de las Esferas. Ni pensaba, ni reflexionaba; quería apenas. Se dejaba vivir, bebiendo los sonidos, las formas y la luz, flotando como en un sueño, de la vida a la muerte y de la muerte a la vida. He aquí lo que los órficos llamaban ***el cielo de Saturno.*** Encarnándose sobre planetas más y más densos, según la doctrina de Hermes, es como el hombre se ha materializado. Encarnándose en una materia más espesa, la humanidad ha perdido su sentido espiritual; pero por su lucha más y más fuerte con el mundo exterior, ha desarrollado poderosamente su razón, su inteligencia, su voluntad. La tierra es el último escalón de este descenso en la materia que Moisés llama la salida del paraíso, y Orfeo la caída en el círculo sublunar. De él puede el hombre remontar penosamente los círculos de una serie de existencias nuevas, y recobrar sus

sentidos espirituales por el libre ejercicio de su intelecto y de su voluntad. Entonces solamente, dicen los discípulos de Hermes y de Orfeo, el hombre adquiere por su ***acción*** la conciencia y el poder de lo divino; entonces solamente llega a ser ***hijo de Dios.*** Y aquéllos que sobre la tierra han llevado este nombre, han debido, antes de aparecer entre nosotros, descender y remontar la vertiginosa espiral.

¿Qué es, pues, la humilde Psiquis en su origen?. Un soplo que pasa, un germen que flota, un ave batida por los vientos, que emigra de vida en vida. Y sin embargo, de naufragio en naufragio, a través de millones de años, se ha convertido en la hija de Dios y no reconoce más patria que el cielo. He aquí por qué la poesía griega, de un simbolismo tan profundo y tan luminoso, ha comparado el alma al insecto alado, tan pronto gusano como mariposa celeste. ¿Cuántas veces ha sido crisálida y cuántas otras mariposa?. ¡Ella jamás lo sabrá, pero sí siente que tiene alas!.

Tal es el vertiginoso pasado del alma humana. El nos explica su presente condición y nos permite entrever su porvenir.

¿Cuál es la situación de la divina Psiquis en la vida terrestre?. Por poco que se reflexione, no se podría imaginar una cosa más extraña y más trágica. Desde que se ha despertado penosamente en el aire espeso de la tierra, el alma está enlazada a los repliegues del cuerpo. Ella no vive, no respira, no piensa más que a través de él, y, sin embargo, él no es ella. A medida que el alma se desarrolla, siente crecer en sí una luz temblorosa, algo de invisible e inmaterial que ella llama su espíritu, su conciencia. Sí; el hombre tiene el sentimiento innato de su triple naturaleza, puesto que distingue en su lenguaje, aun instintivo, su cuerpo de su alma y su alma de su espíritu. Más el alma cautiva y atormentada se agita entre sus dos compañeros como entre la presión de una serpiente de mil repliegues y un genio invisible que la llama, pero cuya presencia no se hace sentir más que por su aleteo y sus resplandores fugitivos. A veces este cuerpo la absorbe hasta tal punto, que Psiquis no vive más que por sus sensaciones y sus pasiones; con él se lanza en las orgías sangrientas de la cólera o en el espeso humo de las voluptuosidades carnales, hasta que se asusta de sí misma por el profundo silencio del compañero invisible. Otras veces, atraída por éste, se pierde en una tal altura de pensamiento que olvida la existencia del cuerpo, hasta que éste le recuerda su presencia con tiránico toque de atención. Y entre tanto, una voz interna le dice que entre ella y el huésped invisible el lazo es indisoluble, aunque la muerte rompa sus lazos con el cuerpo. Pero, lanzada de una a otra parte en su lucha eterna, el alma busca en vano la felicidad y la verdad. Vanamente ella se busca en sus sensaciones

que pasan, en sus pensamientos que se escapan, en el mundo que cambia como un espejismo. No encontrando nada que dure, atormentada, arrojada como una hoja al viento, duda de sí misma y de un mundo divino que no se revela a ella más que por su dolor y su impotencia para alcanzarlo. La ignorancia humana está escrita en las contradicciones de los pretendidos sabios, y la tristeza humana en la sed insondable de la humana mirada. En fin, cualquiera que sea la extensión de sus conocimientos, el nacimiento y la muerte encierran al hombre entre dos límites fatales. Son dos puertas de tinieblas, más allá de las cuales nada ve. La llama de su vida se enciende al entrar por la una y se apaga al salir por la otra. ¿Pasará lo mismo con el alma?. Si no, ¿Qué es ella?.

La respuesta que los filósofos han dado a este angustioso problema, ha sido muy diversa. La de los teósofos de todos los tiempos es la misma, en cuanto a lo esencial. Ella está de acuerdo con el sentimiento universal y con el espíritu íntimo de las religiones. Éstas no han expresado la verdad más que bajo formas supersticiosas o simbólicas. La doctrina esotérica abre perspectivas mucho más vastas, y sus afirmaciones están de acuerdo con las leyes de la universal evolución. He aquí lo que los iniciados, instruidos por la tradición y por las numerosas experiencias de la vida psíquica, han dicho al hombre: lo que se agita en ti, lo que tú llamas tu alma, es un ***doble etérico*** del cuerpo que contiene en sí mismo un espíritu inmortal. El espíritu se construye y se teje, por su actividad propia, su cuerpo espiritual. Pitágoras le llama el ***sutil carro del alma,*** porque está destinado a arrebatarla de la tierra después de la muerte. ***Ese cuerpo espiritual es el órgano del espíritu,*** su envoltura sensitiva, su instrumento volitivo, y sirve para la animación del cuerpo, que sin ello sería inerte. En las apariciones de los moribundos o de los muertos, ese ***doble*** se vuelve visible. Pero eso supone siempre un estado nervioso especial en el vidente. La sutilidad, el poder, la perfección del cuerpo espiritual, varían según la cualidad del espíritu que contiene, y hay entre la substancia de las almas tejidas en la luz astral, pero impregnadas de los flúidos imponderables de la tierra y del cielo, matices más numerosos, diferencias más grandes, que entre todos los cuerpos terrestres y todos los estados de la materia ponderable. Ese cuerpo astral, aunque mucho más sutil, y más perfecto que el terrestre, no es mortal como la Mónada que él contiene. Cambia, se depura, según los medíos que atraviesa. El espíritu le moldea, le transforma perpetuamente a su imagen, pero no le abandona, y se desguarnece de él poco a poco, revistiéndose de substancias más etéreas. He aquí lo que Pitágoras enseñaba; que no concebía la entidad espiritual abstracta, la Mónada

sin forma. El espíritu, actuando en el fondo de los cielos como sobre la tierra, debe tener un órgano; este órgano es el alma viviente, bestial o sublime, oscura o radiante, pero teniendo la forma humana, esta imagen de Dios.

¿Qué ocurre en la muerte?. En la proximidad de la agonía, el alma presiente generalmente su próxima separación del cuerpo. Ella vuelve a ver toda su existencia terrestre en cuadros breves, de una sucesión rápida, de una claridad asombrosa. Pero cuando la vida agotada se detiene en el cerebro, ella se turba y pierde totalmente la conciencia. Si es un alma santa y pura, sus sentidos espirituales se han despertado ya por su disgregación gradual de la material. Ella ha tenido antes de morir, de un modo cualquiera, aunque sólo fuera por introinspección de su propio estado, el sentimiento de la presencia de otro mundo. A las silenciosas instancias, a las lejanas llamadas, a los vagos rayos de lo Invisible, la tierra ha perdido ya su consistencia, y cuando el alma se escapa al fin del cadáver frío, dichosa de su liberación, se siente ella arrebatada en una gran luz hacia la familia espiritual a que pertenece. Pero no pasa así con el hombre ordinario, cuya vida ha estado repartida entre los instintos materiales y las aspiraciones superiores. El se despierta con una semiconsciencia, como en el torpe sentir de una pesadilla. No tiene ya brazos para coger, ni voz para gritar; pero se acuerda, sufre, existe en un limbo de tineblas y de espanto. La única cosa que ve es su cadáver, del que está despegado, pero hacia el cual experimenta aún una atracción invencible. Porque por medio de aquél él vivía y ahora ¿Qué es él?. Se busca con espanto en las fibras heladas de su cerebro, en la sangre cuajada de sus venas, y no se encuentra ya. ¿Está muerto?. ¿Está vivo?. Quisiera ver, asirse a alguna cosa; pero no ve, no puede coger nada. Las tinieblas le encierran; a su alrededor, en él todo es caos. No ve más que una cosa, y ésta le atrae, y la causa horror... la fosforescencia siniestra de sus despojos; y la pesadilla comienza de nuevo.

Ese estado puede prolongarse durante meses o años. Su duración depende de la fuerza de los instintos materiales del alma. Pero, buena o mala, infernal o celeste, el alma adquiere poco a poco conciencia de sí misma y de su nuevo estado. Una vez libre de su cuerpo, se escapará en los abismos de la atmósfera terrestre, cuyos ríos eléctricos la llevan de un lado a otro, y donde comienza a ver a los multiformes errantes, más o menos semejantes a ella misma, como resplandores fugaces en una bruma espesa. Entonces comienza una lucha vertiginosa, encarnizada, del alma aun adormecida, para subir a las capas superiores del aire, libertarse de la atracción terrestre y ganar en el cielo de nuestro sistema plánetario la región que le es propia y los guías amigos pueden únicamente mostrarle. Pero antes de oírlos y verlos, le es necesario

con frecuencia un largo tiempo. Esta fase de la vida del alma ha llevado nombres diversos en las religiones y las mitologías. Moisés la llama Horeb, Orfeo el Erebo, el cristianismo el Purgatorio o el ***valle de la sombra de la muerte.*** Los iniciados griegos la identificaban con el cono de sombra que la tierra arrastra siempre tras de sí, que va hasta la luna, y la llamaban por esta razón el ***abismo de Hécate.*** En aquel pozo tenebroso giran en torbellinos, según los órficos y los pitagóricos, las almas que tratan de alcanzar el círculo de la luna por medio de esfuerzos desesperados, y que la violencia de los vientos arroja por millares sobre la tierra. Homero y Virgilio las comparan a torbellinos de hojas, a enjambres de pájaros asustados por la tempestad. La luna jugaba un gran papel en el esoterismo antiguo. En su cara vuelta hacia el cielo, se decía que las almas iban a purificar su cuerpo astral antes de continuar su ascensión celeste. Se suponía también que los héroes y los genios estacionaban cierto tiempo sobre su cara vuelta hacia la tierra para revestir un cuerpo apropiado a nuestro mundo antes de venir a reencarnarse. Se atribuía en algún modo a la luna el poder de magnetizar el alma para la encarnación terrestre, y de desmagnetizarla para el cielo. De una manera general, esas expresiones, a las que los iniciados daban un sentido a la vez real y simbólico, significaban que el alma debe pasar por un estado intermedio de purificación y desembarazarse de las impurezas de la tierra antes de proseguir su viaje.

Pero ¿Cómo pintan la llegada de un alma pura a un mundo propio de ella?. La tierra ha desaparecido como una pesadilla. Un sueño nuevo, un desvanecimiento delicioso la envuelve como una carica. Ella no ve más que a su guía alado, que la lleva con la rapidez del relámpago por las profundidades del espacio. ¿Qué decir de su despertar en los valles de un astro etéreo, sin atmósfera elemental, donde todo, montañas, flores, vegetación, está formado en una naturaleza exquisita, sensible y parlante?. ¿Qué decir, sobre todo de esas formas luminosas, hombres y mujeres, que le rodean en sagrado grupo para iniciarle en el santo misterio de su nueva vida?. ¿Son dioses o diosas? No; son almas como ella, y la maravilla es que su pensamiento íntimo florece sobre su semblante, que la ternura, el amor, el deseo o el temor irradian a través de aquellos cuerpos diáfanos en una gama de coloraciones luminosás. Aquí, cuerpos y rostros no son ya las caretas del alma, sino que el alma transparente aparece en su forma verdadera y brilla en la plena luz de su verdad pura. Psiquis ha vuelto ha encontrar su divina patria. Porque la luz secreta, donde se baña, que emana de ella misma y a ella vuelve en la sonrisa de los seres amados, esa luz de felicidad... es el alma del mundo... y en ella siente la presencia de Dios. Ahora ya no hay más obstáculos; ella amará,

sabrá, vivirá sin otro límite que su propia capacidad, su propio vuelo. ¡Oh dicha extraña y maravillosa!. Ella se siente unida a todas sus compañeras por profundas afinidades. Porque en la vida del más allá los que no se aman se repelen, y sólo qiuenes se comprenden se reúnen, y juntos celebran los divinos misterios en los templos más bellos, en una comunión más perfecta. Serán poemas vivientes siempre nuevos, de los cuales cada alma será una estrofa y donde cada una volverá a vivir su vida en la de las otras. Luego, temblorosa, se lanzará a la luz de arriba, al llamamiento de los Enviados, de los alados Genios, de aquellos que se llaman Dioses porque han escapado del círculo de las generaciones. Conducida por esas inteligencias sublimes, tratará de deletrear el gran poema del Verbo oculto, de comprender lo que pueda distinguir de la sinfonía del universo. Ella recibirá las enseñanzas jerárquicas de los círculos del Amor divino, tratará de ver las Esencias que esparcen en los mundos los Genios animadores, contemplará los espíritus glorificados, rayos vivientes del Dios de los Dioses, y no podrá soportar su esplendor que hace palidecer a los soles como lámparas humeantes. Y cuando vuelva espantada de esos viajes deslumbradores — porque ella siente escalofríos ante aquellas inmensidades —, oirá de lejos la llamada de las voces amadas y volverá a caer en las playas doradas de su astro, bajo el velo rosado de un sueño ondulante lleno de formas blancas, de perfumes y de melodía.

Tal es la vida celeste del alma, que concibe apenas nuestro espíritu manchado por las impurezas de la tierra, pero que adivinan los iniciados, que viven los videntes y que demuestra la ley de las analogías y de las concordancias universales. Nuestras imágenes groseras, nuestro lenguaje imperfecto, tratan en vano de traducir esa vida; pero cada alma viva siente su germen en sus ocultas profundidades. Si en el estado presente nos es imposible demostrarla, la filosofía oculta formula sus condiciones psíquicas. La idea de los astros etéreos, invisibles para nosotros, pero formando parte de nuestro sistema solar y sirviendo de estancia a las almas felices, se encuentra con frecuencia en los arcanos de la tradición esotérica. Pitágoras llama a esto el doble etéreo de la tierra: el ***antichtono*** iluminado por el fuego central, es decir, por la luz divina. Al fin del ***Fedón,*** Platón describe ampliamente, aunque de una manera disfrazada, esa tierra espiritual. De ella dice que es tan ligera como el aire y rodeada de una atmósfera etérea. En la otra vida, el alma conserva, pues, toda su individualidad. De su existencia terrestre sólo guarda los recuerdos nobles, y deja caer los otros en ese olvido que los poetas han llamado las ondas del Leteo. Libertada de sus manchas, el alma humana siente su conciencia como invertida. De la parte externa del universo ha entrado en

su parte interna; Cibeles-Maia, el alma del mundo, la ha recogido en su seno con uan aspiración profunda. Allí Psiquis terminará su ensueño, ese ensueño roto a todas horas y sin cesar recomenzado en la tierra. Ella lo terminará en la medida de su esfuerzo terrestre y de la luz adquirida; pero lo ensanchará cien veces más. Las esperanzas pulverizadas reflorecerán en la aurora de su vida divina; las sombrías puestas de sol de la tierra, se iluminarán en días brillantes. Sí; el hombre, aunque no haya vivido más que una hora de entusiasmo o de abnegación, esa sola nota pura arrancada a la gama disonante de su vida terrestre, se repetirá en su más allá en progresiones maravillosas, en eólicas armonías. Las felicidades fugitivas que nos procuran los encantos de la música, los éxtasis del amor o los transportes de la caridad, no son más que las notas desgranadas de una sinfonía que oiremos entonces. ¿Es decir que esa vida sólo será un largo sueño, una alucinación grandiosa?. ¿Pero qué hay de más verdadero que lo que el alma siente en sí, que lo que ella realiza por su comunión divina con otras almas?. Los iniciados, que son los idealistas consecuentes y trascendentes, siempre han pensado que las únicas cosas reales y duraderas de la tierra son las manifestaciones de la Belleza, del Amor y de la Verdad espirituales. Como el más allá no puede tener otro objeto que esa Verdad, esa Belleza y ese Amor, para quienes de ello han hecho el objeto de su vida, están persuadidos de que el cielo será más verdadero que la tierra.

La vida celeste del alma puede durar cientos o miles de años, según su rango y su fuerza de impulsión. Pero sólo pueden prolongarla indefinidamente los más perfectos, los más sublimes, los que han franqueado el círculo de las generaciones. Esas almas no han alcanzado únicamente el reposo temporal, sino la acción inmortal en la verdad; ellas han creado sus alas. Son inviolables, porque son la luz, gobiernan a los mundos, porque a través de ellos ven. En cuanto a las otras, son conducidas por una ley inflexible a reencarnarse para sufrir una nueva prueba y elevarse a un escalón superior o caer más bajo si desfallecen.

Como la vida terrestre, la vida espiritual tiene su principio, su apogeo y su decadencia. Cuando esta vida se agota, el alma se siente sobrecogida de pesadumbre, de vértigo y de melancolía. Una fuerza invencible la atrae de nuevo hacia las luchas y los sufrimientos de la tierra. Este deseo se mezcla con aprensiones terribles, y un inmenso dolor de dejar la vida divina. Pero el tiempo ha llegado; la ley debe cumplirse. La pesadumbre aumenta y en el alma se produce la oscuridad. Ya no ve a sus compañeras luminosas más que a través de un velo, y ese velo, cada vez más espeso, le hace presentir la separación inminente. Ella oye sus tristes adioses; las lágrimas de los

bienhechores amados la penetran como un rocío celeste que dejará en su corazón la ardiente sed de una felicidad desconocida.
Entonces — con juramentos solemnes — ella promete ***acordarse...,*** acordarse de la luz en el mundo de las tinieblas, de la verdad en el mundo de la mentira, del amor en el mundo del odio. — ¡La vuelta, la corona inmortal se alcanzan a ese precio! —. Se despierta en una atmósfera espesa. Astro etéreo, almas diáfanas, océanos de luz, todo ha desaparecido. Ya está sobre la tierra, en el abismo del nacimiento y de la muerte. Sin embargo, aun no ha perdido el recuerdo celeste, y el guía alado visible ahora a sus ojos, le designa la mujer que será su madre. Esta lleva en sí el germen de un niño. Pero este germen sólo vivirá si el espíritu le anima. Entonces tiene lugar durante nueve meses el misterio más impenetrable de la vida terrestre, el de la encarnación y de la maternidad.

La fusión misteriosa se opera lentamente, sabiamente, órgano por órgano, fibra por fibra. A medida que el alma se sumerge en aquel antro cálido que hormiguea, a medida que se siente cogida en los repliegues de las vísceras, la conciencia de su vida divina se borra y se extingue. Porque entre ella y la luz de lo alto se interponen las ondas de la sangre, los tejidos de la carne que la ahogan y la llenan de tinieblas. Ya aquella luz lejana, sólo es un resplandor moribundo. Por fin, un dolor horrible la comprime, la aprieta como en un torno; una convusión sangrienta la arranca del alma maternal y la clava a un cuerpo palpitante. El niño ha nacido, miserable efigie terrestre, y grita espantado. Pero el recuerdo celeste ha entrado en las profundidades ocultas de lo Inconsciente. ¡Este recuerdo sólo revivirá por la Ciencia o por el Dolor, por el Amor o por la Muerte!.

La ley de encarnación y desencarnación nos descubre, pues, el verdadero sentido de la vida y de la muerte. Ella constituye el nudo capital en la evolución del alma, y nos permite seguirla, hacia atrás y hacia adelante, hasta las profundidades de la naturaleza y de la divinidad. Porque esta ley nos revela el ritmo y la medida, la razón y el objeto de su inmortalidad. De abstracta o de fantástica, la vuelve viva y lógica, mostrando las correspondencias de la vida y de la muerte. El nacimiento terrestre es una muerte, desde el punto de vista espiritual, y la muerte una resurrección celeste. La alternativa de las dos vidas es necesaria para el desarrollo del alma, y cada una de las dos es, a la vez la consecuencia y la explicación de la otra. Quien se haya penetrado de estas verdades, se encuentra en el corazón de los misterios, en el centro de la iniciación.

Pero, se me dirá, ¿Qué es lo que nos prueba la continuidad del alma, de

la mónada, de la entidad espiritual a través de todas esas existencias, puesto que ella pierde sucesivamente su memoria?. ¿Y qué es lo que os prueba, respondemos, la identidad de vuestra persona durante el estado de vigilia y durante el sueño?. Os despertáis cada mañana de un estado tan extraño, tan inexplicable como la muerte, resucitáis de esa nada y volvéis a caer en ella por la noche. ¿Era la nada?. No, porque habéis soñado, y vuestros sueños han sido para vosotros tan reales como la realidad de la vigilia. Un cambio de las condiciones fisiológicas del cerebro ha modificado las relaciones del alma y del cuerpo y desplazado vuestro puto de vista psíquico. Erais el mismo individuo, pero os encontrábais en otro medio y llevábais otra existencia. En los magnetizados, los sonámbulos y los clarividentes, el sueño desarrolla nuevas facultades que nos parecen milagrosas, pero que son las facultades naturales del alma apartada del cuerpo. Una vez despiertos, esos clarividentes no recuerdan ya lo que han visto, dicho y hecho durante su sueño lúcido; pero recuerdan perfectamente, en uno de sus sueños, lo que ha pasado en el sueño precedente, y predicen lo que ocurrirá en el próximo. Ellos tienen, pues, como dos conciencias, dos vidas alternadas enteramente distintas, pero en las que cada una tiene su continuidad racional, y que se enrollan alrededor de una misma individualidad, como cordones de color diferente alrededor de un hilo invisible.

Tenía, pues, un sentido muy profundo, el que los antiguos poetas iniciados llamaran al sueño el ***hermano de la muerte***. Porque un velo de olvido separa el sueño de la vigilia, como pasa con el nacimiento y la muerte, y de igual modo que nuestra vida terrestre se divide en dos partes siempre alternadas, así el alma eterna, en la inmensidad de su evolución cósmica, entre la encarnación y la vida espiritual, entre las tierras y los cielos. Este paso alternativo de un plano del universo al otro, esta inversión de los polos del ser, no es menos necesaria al desarrollo del alma que la alternativa de la vigilia y del sueño lo es a la vida corporal del hombre. Tenemos necesidad de las ondas del Leteo al pasar de una existencia a otra. En ésta, un velo saludable nos oculta el pasado y el porvenir. Pero el olvido no es total y alguna luz se filtra a través del velo. Las ideas innatas prueban, por sí solas, una existencia anterior. Pero hay más: nacemos con un mundo de reminiscencias vagas, de impulsiones misteriosas, de presentimientos divinos. Hay en los hijos nacidos de padres dulces y tranquilos, irrupciones de pasiones salvajes que el atavismo no basta para explicar, y que vienen de una existencia precedente. Hay a veces en las vidas más humildes, fidelidades inexplicables y sublimes a un sentimiento, a una idea. ¿No vienen de las promesas y de los juramentos de la

vida celeste?. Porque el recuerdo oculto que el alma ha guardado de ella, es más fuerte que todas las razones terrestres. Según que el alma se incline hacia aquel recuerdo o que lo abandone, se la ve vencer o sucumbir. La verdadera fe es una muda fidelidad del alma a sí misma. Se concibe por esta razón que Pitágoras, como todos los teósofos, haya considerado la vida corporal como una elaboración necesaria de la voluntad, y la vida celeste como un crecimiento espiritual y un cumplimiento.

Las vidas se siguen y no se parecen, pero se encadenan con una lógica implacable. Si cada una de ellas tiene su ley propia y su destino especial, su enlace está regido por una ley singular que se podría llamar ***la repercusión de las vidas. (La ley llamada Karma por los brahmanes y los budhistas).*** Según esa ley, las acciones de una vida tienen su repercusión fatal en la vida siguiente. No solamente el hombre renacerá con los instintos y las facultades que ha desarrollado en su precedente encarnación, sino que el género mismo de su existencia será determinado en gran parte por el buen o mal empleo que haya hecho de su libertad en la vida precedente. No hay palabra ni acción que deje de tener su eco en la eternidad, dice un proverbio. Según la doctrina esotérica, ese proverbio se aplica a la letra, de una vida a la otra. Para Pitágoras, las injusticias aparentes del destino, las deformidades, las miserias, los golpes de fortuna, las desgracias de todo género, encuentran su explicación en el hecho de que cada existencia es la recompensa o el castigo de la precedente. Una vida criminal engendra una vida de expiación; una vida imperfecta, otra de pruebas. Una vida buena determina una misión; una vida superior, una misión creadora. La sanción moral que se aplica con imperfección aparente desde el punto de vista de una sola vida, se aplica pues con una perfección admirable y una injusticia minuciosa en la serie de las vidas. En esta serie puede haber progresión hacia la espiritualidad y hacia la inteligencia, como puede haber regresión hacia la bestialidad y hacia la materia. A medida que el alma asciende, adquiere una parte más grande en la elección de sus reencarnaciones. El alma inferior sufre su imperio; el alma media elige entre las que se le ofrecen; el alma superior que se impone una misión, la escoge por abnegación. Cuanto más elevada es el alma, más elevada conserva la conciencia, y más clara la irrefragable percepción de la vida espiritual, que reina más allá de nuestro horizonte terrestre, que la envuelve como una atmósfera de luz y envía sus rayos a nuestras tinieblas. La tradición dice también que los iniciadores de primera fila, los divinos profetas de la humanidad, se han acordado de sus precedentes vidas terrestres. Según la leyenda, Gautama Buddha, Sakya Muni, había encontrado en sus éxtasis el

hilo de sus existencias pasadas; y se dice de Pitágoras que manifestaba deber a un favor especial de los Dioses, el recordar algunas de sus vidas anteriores.

Hemos dicho que en la serie de vidas, el alma puede retrogradar o avanzar, según que ella se abandone a su naturaleza, inferior o divina. De ahí una consecuencia importante, cuya verdad siempre ha sentido la conciencia humana con un estremecimiento extraño. En todas las vidas hay luchas que sostener, elecciones que hacer, decisiones que tomar, cuyas consecuencias son incalculables. Pero en el camino ascendente del bien, que atraviesa una serie considerable de encarnaciones, debe haber una vida, un día, una hora quizás, en que el alma, llegada a la plena conciencia del bien y del mal, pueda elevarse por último y soberano esfuerzo a una altura desde donde no tendrá que descender de nuevo y donde comienza el camino de las cimas. De igual modo, sobre la vía descendente del mal, hay un punto donde el alma perversa puede aún volver sobre sus pasos. Pero una vez franqueado ese punto, el endurecimiento es definitivo. De existencia en existencia, el alma rodará hasta el fondo de las tinieblas y perderá su humanidad. El hombre se vuelve demonio, el demonio animal, y su indestructible mónada quedará forzada a recomenzar la penosa, tremenda evolución, por la serie de los reinos ascendentes y de las existencias innumerables. He aquí el infierno verdadero según la ley de evolución; y, ¿No es tan terrible, y más lógico que el de las religiones exotéricas?.

El alma puede, pues, ascender o descender en la serie de las vidas. En cuanto a la humanidad terrestre, su marcha se opera según la ley de una progresión ascendente que forma parte del orden divino. Esta verdad, que creemos ser descubrimiento reciente, era conocida y enseñada en los Misterios antiguos. "Los animales son parientes del hombre y el hombre es pariente de los Dioses", decía Pitágoras. Él desarrollaba filosóficamente lo que también enseñaban los misterios de Eleusis: el progreso de los reinos ascendentes, la aspiración del mundo vegetal al mundo animal, del mundo animal al mundo humano y la sucesión en la humanidad de razas de más en más perfectas. Ese progreso no se cumple de un modo uniforme, sino en ciclos regulares y crecientes, encerrados unos en otros. Cada pueblo tiene su juventud, su madurez y decadencia. Lo mismo pasa con las razas en conjunto: con la raza roja, con la raza negra, con la raza blanca, que han reinado sucesivamente sobre el globo. La raza blanca, aun en plena juventud, no ha alcanzado la madurez en nuestros días. En su apogeo, desarrollará de su seno propio una raza perfeccionada, por el restablecimiento de la iniciación y por la selección espiritual de los matrimonios. De este modo se siguen las razas; así progresa la

humanidad. Los iniciados antiguos iban mucho más lejos que los modernos en sus previsiones. Admitían que había de llegar un momento en que la gran masa de los individuos que componen la humanidad actual, pasaría a otro planeta para comenzar allí un nuevo ciclo. En la serie de los ciclos que constituye la cadena planetaria, la humanidad entera desarrollará los principios intelectuales, espirituales y trascendentes, que los grandes iniciados han cultivado en sí desde esta vida, y los generalizará en una florescencia más amplia. No hay solamente que decir que tal desarrollo abraza no solamente miles, sino millones de años, y que traerá tales cambios en la condición humana, que no podemos imaginarlos. Para caracterizarlos, Platón dice que en aquel tiempo, los Dioses habitarán realmente los templos de los hombres. Es lógico admitir que en la cadena planetaria, es decir, en las evoluciones sucesivas de nuestra humanidad sobre otros planetas, sus encarnaciones serán de naturaleza más y más etérea, que las aproximarán insensiblemente al estado puramente espiritual de esa octava esfera que está fuera del círculo de las generaciones, y por cuyo nombre los antiguos teósofos designaban el estado divino. Es natural también, que no teniendo todos la misma impulsión, quedando muchos en el camino o cayendo de nuevo, el número de los enemigos vaya siempre disminuyendo en esa prodigiosa ascensión. Hay motivos en ella para producir el vértigo a nuestras inteligencias limitadas por la tierra, pero las inteligencias celestes la contemplan sin miedo, como contemplamos nosotros una sola vida. La evolución de las almas así comprendida, ¿No está conforme con la unidad del Espíritu, ese principio de los principios; con la homogeneidad de la Naturaleza, esa ley de las leyes; con la continuidad del movimiento, esa fuerza de las fuerzas?. Visto a través del prisma de la vida espiritual, un sistema solar no constituye solamente un mecanismo material, sino un organismo viviente, un reino celeste, donde las almas viajan de mundo en mundo como el soplo mismo de Dios, que todo lo anima.

¿Cuál es, pues, el objetivo final del hombre y de la humanidad, según la doctrina esotérica?. Después de tantas vidas; de muertes, de nacimientos, de calmas y de despertares, ¿Hay un término a las labores de Psiquis?. Sí, dicen los iniciados: cuando el alma haya definitivamente vencido a la materia, cuando desenvolviendo todas sus facultades espirituales, haya encontrado en sí misma el principio y el fin de toda cosa, entonces, no siendo la encarnación necesaria, entrará en cl estado divino por su unión completa con la divina inteligencia. Y puesto que apenas podemos presentir la vida espiritual del alma después de cada vida terrestre, ¿Cómo haríamos para imaginar esa vida

perfecta, que deberá seguir toda la serie de sus existencias espirituales?. Ese cielo de los cielos será a sus felicidades precedentes lo que el océano es a sus ríos. Para Pitágoras, la apoteosis del hombre no era la inmersión en la inconciencia, sino la actividad creadora en la suprema conciencia. El alma se ha vuelto espíritu puro y no pierde su individualidad; la perfecciona al concluirla, puesto que se junta con su arquetipo en Dios. Ella recuerda todas sus existencias anteriores que le parecen otros tantos escalones para alcanzar el grado desde donde abarca y penetra el universo. En ese estado, el hombre ya no es hombre, como decía Pitágoras: es semi-Dios. Porque él refleja en su ser la ley inefable, de que Dios llena la inmensidad. Para él, saber es poder; amar es crear; ser es irradiar la verdad y la belleza.

¿Es definitivo ese término?. La Eternidad espiritual tiene otras medidas que el tiempo solar, pero ella tiene también sus etapas, sus normas y sus ciclos. Solamente que ellos están muy por encima de las concepciones humanas. Pero la ley de las analogías progresivas en los reinos ascendentes de la naturaleza, nos permite afirmar que llegado el espíritu a ese estado sublime, no puede ya volver atrás, y que si los mundos visibles cambian y pasan, el mundo invisible que es su razón de ser, su manantial y desembocadura, y del cual forma parte la divina Psiquis, es inmortal.

Por tales perspectivas luminosas, Pitágoras terminaba la historia de la ***divina Psiquis.*** La última palabra había expirado sobre los labios del sabio, pero el sentido de la incomunicable verdad, quedaba suspendido en el aire inmóvil de la cripta. Todos creían haber acabado el sueño de las vidas y despertarse en la grande paz, en el dulce océano de la existencia una y sin límites. Las lámparas de nafta iluminaban tranquilamente la estatua de Perséfona, en pie como celeste segadora, y hacían revivir su historia simbólica en los frescos sagrados del santuario. A veces una sacerdotisa, que entraba en éxtasis bajo la voz armoniosa de Pitágoras, parecía encarnar en su actitud y en su rostro radiante, la inefable belleza de su visión. Y los discípulos — sobrecogidos de un religioso escalofrío — miraban en silencio. Pero pronto el maestro, con gesto lento y seguro, traía a la tierra a la ***prophantida*** inspirada. Poco a poco sus facciones se distendían, y lánguida caía en los brazos de sus compañeras en letargia profunda, de la que se despertaba confusa, triste y como agitada de su sutil vuelo.

Entonces subían de la cripta a los jardines de Ceres, en la frescura del alba que comenzaba a blanquear sobre el mar al borde del cielo estrellado.

CUARTO GRADO - EPIFANÍA
EL ADEPTO - LA MUJER INICIADA - EL AMOR Y EL MATRIMONIO

Acabamos de alcanzar con Pitágoras el pináculo de la iniciación antigua. Sobre aquella cima, la tierra aparece ahogada en sombra como un astro moribundo. Desde allí se abren las siderales perspectivas, y se desenvuelve en un conjunto maravilloso, la vista desde la altura, la epifanía del universo. ***(La epifanía o vista desde la altura; la autopsia o vista directa; la teofonía o manifestación de Dios, son otras tantas ideas correlativas y expresiones diversas para señalar el estado de perfección en que el iniciado, que había unido su alma a Dios, contempla la verdad total).*** Pero el fin de la enseñanza no era absorber al hombre en la contemplación o en el éxtasis. El maestro había paseado a sus discípulos por las regiones inconmensurables del Kosmos, les había sumergido en los abismos de lo invisible. Del tremendo viaje los verdaderos iniciados debían volver a la tierra. mejores, más fuertes y mejor templados para las pruebas de la vida.

A la iniciación de la inteligencia debía suceder la de la voluntad, la más difícil de todas. Porque ahora se trataba para el discípulo de hacer a la verdad descender en las profundidades de su ser, de hacer la obra en la práctica de la vida. Para alcanzar ese ideal, se precisaba, según Pitágoras, reunir tres perfecciones: ealizar la verdad en la inteligencia, la virtud en el alma, la pureza en el cuerpo. Una sabia higiene, una continencia mesurada debían mantener la fuerza corporal. Todo exceso del cuerpo deja una traza y una marcha en el cuerpo astral, organismo vivo del alma y, por consiguiente, en el espíritu. Porque el cuerpo astral concurre a todos los actos del cuerpo material; es él mismo quien los cumple, porque el cuerpo, sin él, sólo es una masa inerte. Es preciso, pues, que el cuerpo esté purificado para que el alma lo esté también. Se precisa asimismo que el alma sin cesar iluminada por la inteligencia, adquiera el valor, la abnegación y la fe, en una palabra, la virtud, y con ella se forme una segunda naturaleza que substituya a la primera. Necesario es, en fin, que el intelecto alcance la sabiduría por la ciencia, de tal modo que en todo sepa distinguir el bien del mal, y ver a Dios en el más pequeño de los seres como en el conjunto de los mundos. A esta altura, el hombre es un ***adepto*** y, si posee una energía suficiente, entra en posesión de facultades y de poderes nuevos. Los internos sentidos del alma se abren, la voluntad irradia en los demás. Su magnetismo corporal penetrado por los

efluvios de su alma astral, electrizado por su voluntad, adquiere un poder aparentemente milagroso. A veces cura enfermos por la imposición de las manos o por su sola presencia. Con frecuencia penetra en los pensamientos de los hombres con su mirada sola. Otras veces, en estado de vigilia, ve acontecimientos que se producen a larga distancia*. Obra a lo lejos por la concentración del pensamiento y de la voluntad sobre personas que le son afines a distancia, como si su cuerpo astral pudiera transportarse fuera de su cuerpo material. La aparición de moribundos o de muertos a los amigos, es exactamente el mismo fenómeno. Únicamente que la apari ción que el moribundo o el alma del muerto produce, generalmente por un deseo inconsciente, en la agonía o en la segunda muerte, el adepto la ejecuta en plena salud y en plena conciencia. Sin embargo, no puedehacerlo más que durante el sueño y casi siempre durante un sueño letárgico. En fin, el adepto se siente como rodeado y protegido por seres invisibles, superiores y luminosos, que le prestan su fuerza y le ayudan en su misión.

Raros son los adeptos, más raros aún los que alcanzan este poder. Grecia sólo conoció tres: Orfeo en la aurora del helenismo; Pitágoras en su apogeo; Apolonio de Tyana en su última decadencia. Orfeo fue el gran inspirado y el gran iniciador de la región griega; Pitágoras, el organizador de la ciencia esotérica y de la filosofía de las escuelas; Apolonio, el estoico moralizador y el mago popular de la decadencia. En los tres, a pesar de los grados y los matices, brilla el rayo divino: el espíritu apasionado por la salvación de la salmas, la indomable energía revestida de mansedumbre y de serenidad. Pero no os aproximéis a esas grandes frentes tranquilas que bullen en silencio. Se siente debajo la hoguera de una voluntad ardiente, pero siempre contenida.

Pitágoras nos representa, pues, un adepto de primer orden con el espíritu científico y la fórmula filosófica que le aproxima más al espíritu moderno. Pero él mismo no podía ni pretendía hacer de sus discípulos adeptos llegados a la perfección. Una grande época siempre tiene en su origen un gran inspirador. Sus discípulos y los que le siguieron forman la cadena imanada y difunden su pensamiento por el mundo. En el cuarto grado de la iniciación, Pitágoras se contentaba con enseñar a sus fieles las aplicaciones de su doctrina a la vida. La ***Epifanía,*** o vista desde arriba, daba un conjunto de miras profundas y regeneradoras sobre las ilusorias y pasajeras cosas terrestres.

El origen del bien y del mal es un misterio incomprensible para el que no se ha dado cuenta del origen y del fin de las cosas. Una moral que no tiene en cuenta los supremos destinos del hombre, sólo será utilitaria y muy

imperfecta. Además, la libertad humana no existe de hecho para los que se sienten esclavos de sus pasiones; y no existe de derecho para los que no creen en el alma ni en Dios, y para quienes la vida es un relámpago entre dos nadas. Los primeros viven en la servidumbre del alma encadenada a las pasiones; los segundos en la servidumbre de la inteligencia limitada al mundo físico. No ocurre lo mismo al hombre religioso, ni al verdadero filósofo, y con mayor razón al teósofo iniciado, que realiza la verdad en la trinidad de su ser y en la unidad de su voluntad. Para comprender el origen del bien y del mal, el iniciado mira ***los tres mundos*** con los ojos del espíritu. Ve el mundo tenebroso de la materia y de la animalidad donde domina el inexorable ***Destino.*** Ve el mundo luminoso del Espíritu, que para nosotros es el mundo invisible, la inmensa jerarquía de las almas libres, donde reina la ley divina y que constituye por sí misma la Providencia en acción. Entre los dos, ve, en un claroscuro, a la humanidad, que le sumerge por su base en el mundo natural y toca por sus cimas al mundo divino. Tiene por genio: ***La Libertad.*** Porque desde el momento en que el hombre percibe la verdad y el error, queda en libertad para elegir: unirse a la Providencia cumpliendo la verdad, o caer bajo la ley del destino siguiendo el error. El acto de la voluntad, unido al acto intelectual, no es más que un punto matemático, pero de ese punto brota el universo espiritual. Todo espíritu siente parcialmente por instinto lo que el teósofo comprende totalmente por el intelecto, a saber: que el Mal es lo que le hace subir hacia la fatalidad de la miseria, que el Bien es lo que le hace subir hacia la ley divina del Espíritu. Su verdadero destino está en ascender siempre más alto y por su propio esfuerzo. Pero para esto es preciso también que sea libre de bajar a lo más bajo. El círculo de la libertad se ensancha hasta lo infinitamente grande a medida que se sube; se empequeñece hasta lo infinitamente pequeño a medida que se baja. Cuanto más se sube, más libre se es; cuanto más se entra en luz, más fuerza se adquiere para el bien. Cuanto más se desciende, más se es esclavo, porque cada caída en el mal disminuye la comprensión de lo verdadero y la capacidad del bien. El Destino reina sobre el pasado, la Libertad sobre el porvenir y la Providencia sobre los dos; es decir, sobre el presente siempre existente, que se puede llamar la Eternidad. ***(Esta idea resalta lógicamente del ternario humano y divino, de la trinidad del macrocosmo, que hemos expuesto en los capítulos precedentes. La correlación metafísica del Destino, de la Libertad y de la Providencia ha sido admirablemente deducida por Fabre d'Olivet, en su comentario a los Versos dorados de Pitágoras).*** De la acción combinada del Destino, de la Libertad y de la Providencia surgen los destinos innumerables, infiernos y

paraísos de las almas. El mal, como desacuerdo con la ley divina, no es la obra de Dios, sino la del hombre, y no tiene más que una existencia relativa, aparente y transitoria. El bien, como acuerdo con la ley divina, existe solo, real y eternamente. Ni los sacerdotes de Delfos o de Eleusis, ni los filósofos iniciados, quisieron jamás revelar estas profundas ideas al pueblo, que hubiera podido interpretarlas en mal sentido y abusar de ellas. En los Misterios, se representaba simbólicamente esta doctrina por el desplazamiento de Dionisos, pero cubriendo con un velo impenetrable a los profanos, lo que se llamaba ***los sufrimientos de Dios.***

Las más grandes discusiones religiosas y filosóficas versan sobre la cuestión del origen del bien y del mal. Acabamos de ver que la doctrina esotérica posee la clave en sus arcanos. Hay otra cuestión capital de que depende el problema social y político: la de ***la desigualdad de las condiciones humanas.*** El espectáculo del mal y del dolor tiene en sí algo de terrible. Se puede añadir que su distribución, en apariencia arbitraria e injusta, es el origen de todos los odios, de todas las rebeldías, de todas las negaciones. Aquí también, la doctrina profunda trae a nuestras terrestres nieblas, su luz soberana de paz y de esperanza. La diversidad de las almas, de las condiciones, de los destinos, no puede en efecto justificarse más que por la pluralidad de las existencias y por la doctrina de la reencarnación. Si el hombre nace por vez primera en esta vida, ¿Cómo explicar los males sinnúmeros que parecen caer por azar sobre él?. ¿Cómo admitir que hay una eterna justicia, cuando los unos nacen en una condición que lleva fatalmente en sí la miseria y la humillación, mientras otros nacen con fortuna y viven dichosos?. Pero si es cierto que hemos vivido otras vidas, que después de la muerte viviremos otras más, que a través de todas esas existencias reina la ley de recurrencia y de repercusión, entonces las diferencias del alma, de condición, de destino, sólo serán los efectos de las vidas anteriores y las múltiples aplicaciones de aquella ley. Las diferencias de condición provienen de un desigual empleo de la libertad en las vidas precedentes, y las diferencias intelectuales de los hombres que atraviesan la tierra en un siglo pertenecen a grados de evolución extremadamente diversos, que se escalonan desde la semianimalidad de las pobres razas en regresión, hasta los estados angélicos de los santos y hasta la majestad divina del genio. En realidad, la tierra semeja a un navío, y todos los que la habitamos a viajeros que vienen de países lejanos y se dispersan por etapas a todos los puntos del horizonte. La doctrina de la reencarnación da una razón de ser, según la doctrina y la lógica eternas, a los más terribles males, como a las dichas más envidiadas. El idiota nos parecerá comprensible, si

pensamos en que su estupidez, de la que tiene una semiconciencia y por la que sufre, es el castigo de un criminal empleo de la inteligencia en otra vida. Todos los matices de sufrimientos físicos o morales, de dicha o desgracia, en sus innúmeras variedades, nos aparecerán como las consecuencias naturales y sabiamente graduadas de los instintos y de las acciones, de las faltas y de las virtudes de un largo pasado, pues el alma conserva en sus profundidades ocultas todo lo que ella acumula en sus diversas existencias. Según la hora y la influencia, los antiguos sedimentos aparecen y desaparecen; y el destino, es decir, los espíritus que lo dirigen, proporcionan el género de encarnación a su rango y calidad. Lysis expresa esta verdad bajo un velo, en sus ***versos dorados:***

Verás cómo los males que a los hombres devoran
De su elección son su fruto, y que esos desdichados
Buscan fuera de sí los bienes que en sí tienen.

Lejos de debilitar el sentimiento de fraternidad y de solidaridad humana, esta doctrina sólo puede fortificarlo. Debemos a todos ayuda, simpatía y caridad; porque todos somos de la misma raza, aunque llegados a diferentes estados. Todo sufrimiento es sagrado; porque el dolor es el crisol de las almas. Toda simpatía es divina; porque nos hace sentir, como por un efluvio magnético, la cadena invisible que enlaza los mundos todos. La virtud del dolor es la razón del genio. Sí; sabios y santos, profetas y divinos creadores relucen con una más emocionante belleza para los que saben que ellos también han salido de la evolución universal. Esa fuerza que nos admira, ¿Cuántas vidas, cuántas victorias ha precisado para ser conquistada?. Esa luz innata del genio, ¿De qué ciclos ya atravesados le llega?. No lo sabemos. Pero esas vidas han sido, y esos ciclos existen. No se ha engañado pues la conciencia de los pueblos; no han mentido los profetas cuando han llamado a aquellos hombres los hijos de Dios, los enviados del cielo profundo. Porque su misión es deseada por la eterna Verdad, legiones invisibles los protegen y el Verbo viviente habla en ellos.

Hay entre los hombres una diversidad que proviene de la esencia primitiva de los individuos; hay otra, acabamos de decirlo, que proviene del grado de evolución espiritual que han alcanzado. Desde este último punto de vista, se reconoce que los hombres pueden clasificarse en cuatro grupos, que comprenden todas las subdivisiones y todos los matices.

1° En la mayor parte de los hombres, la voluntad obra sobre todo en el

cuerpo. Se les puede llamar ***instintivos.*** Son propios, no solamente para los trabajos corporales, sino también para el ejercicio y desarrollo de su inteligencia en el mundo físico, por consiguiente en el comercio y la industria.

2° En el segundo grado del desarrollo humano, la voluntad, y por consiguiente la conciencia, reside en el alma, es decir, en la sensibilidad reaccionada por la inteligencia, que constituye el entendimiento. Son los ***anímicos*** o ***pasionales.*** Según su temperamento, son propios para hombres de guerra, artistas o poetas. La mayoría de los hombres de letras y de los eruditos, son de esta clase. Porque viven en las ideas relativas modificadas por las pasiones y ceñidas por un horizonte limitado, sin elevarse hasta la Idea pura y la Universalidad.

3° En una tercera clase de hombre mucho más raros, la voluntad ha adquirido el hábito de obrar principal y soberanamente sobre el intelecto puro, de arrancar la inteligencia de la tiranía de las pasiones y de los límites de la materia, lo que da a todas sus concepciones un carácter de universalidad. Son los ***intelectuales.*** Esos hombres forman héroes, mártires de la patria, poetas de primer orden en fin, y sobre todo verdaderos filósofos y sabios, los que, según Pitágoras y Platón, debieran gobernar la humanidad. En esos hombres, la pasión no se ha extinguido, porque sin ésta nada se hace; ella constituye el fuego y la electricidad en el mundo moral. Sólo que en ellos las pasiones se han vuelto siervas de la inteligencia, mientras que en la categoría precedente la inteligencia es muy frecuentemente esclava de las pasiones.

4° El más alto ideal humano es realizado por la cuarta clase de hombres, que posee el poder de la inteligencia sobre el alma y sobre el instinto, y que a ello agrega el poder de la voluntad sobre todo su ser. Por el dominio y posesión de todas sus facultades, ellos ejercen la supremacía. Han realizado la unidad en la trinidad humana. Gracias a esa concentración maravillosa, que enfoca todas las potencias de la vida, su voluntad, proyectándose sobre los demás, adquiere una fuerza casi ilimitada, una magia radiante y creadora. Esos hombres han llevado distintos nombres en la historia. Son los hombres primordiales, ***los adeptos, los grandes iniciados,*** genios sublimes que metamorfosean a la humanidad. Son tan raros, que se los puede contar en la historia; la Providencia los siembra en el tiempo con largos intervalos, como a los astros en el cielo. ***(Esa clasificación de los hombres corresponde a los cuatro grados de la iniciación pitagórica y constituye el fondo de todas las iniciaciones, hasta la de los primitivos francmasones que poseían algunos restos de la doctrina esotérica. — Véase Fabre d'Olivet, Les Vers dorés de Pythagore).***

Es evidente que esta última categoría escapa a toda regla, a toda clasificación. Pero una constitución de la sociedad humana, que no tiene en cuenta las tres primeras categorías, que no da a cada una de ellas su función normal y los medios necesarios para desarrollarse, sólo es externa y no ***orgánica***. Claro está que en una época primitiva, que remonta probablemente a los tiempos védicos, los Brahmanes de la India fundaron la división de la sociedad en castas sobre el principio ternario. Pero con el tiempo, esa división tan justa y tan fecunda, se cambió en privilegio sacerdotal y aristocrático. El principio de la vocación y de la iniciación se transformó en principio de herencia. Las castas cerradas terminaron por petrificarse, y la decadencia irremediable de la India fue su resultado. El Egipto, que conservó bajo todos los Faraones la constitución ternaria, con las castas movibles y abiertas, el del examen a todas las funciones civiles y militares, vivió cinco o seis mil años sin cambiar su constitución. En cuanto a Grecia, su temperamento móvil la hizo pasar rápidamente de la aristocracia a la democracia, y de ésta a la tiranía. Giró ella en ese círculo vicioso como un enfermo que va de la fiebre a la letargia para volver a la fiebre. Quizá necesitaba aquella excitación para producir su obra sin par la traducción de la sabiduría profunda, pero oscura, del Oriente a un lenguaje claro y universal; la creación de lo Bello por el Arte y la fundación de la ciencia abierta y razonada, sucediendo a la iniciación secreta e intuitiva. Sin embargo, debió tanto como los otros pueblos todo esto a su organización religiosa, y a ésta también debió sus más elevadas inspiraciones. Social y políticamente hablando, se puede decir que ella vivió siempre en lo provisional y lo excesivo. En su calidad de adepto, Pitágoras había comprendido, desde la cumbre de la iniciación, los principios eternos que rigen a la Sociedad, y perseguía el plan de una grande reforma según aquellas verdades. Veremos en seguida como él y su escuela naufragaron en las tempestades de la democracia.

Desde las puras cimas de la doctrina, la vida de los mundos se desenvuelve según el ritmo de la Eternidad. ¡Espléndida epifanía!. Pero a los rasgos mágicos del firmamento sin nubes, la tierra, la humanidad nos abren también sus secretas profundidades. Preciso es encontrar lo infinitamente grande en lo infinitamente pequeño, para sentir la presencia de Dios. Esto es lo que experimentaban los discípulos de Pitágoras cuando el maestro les mostraba, para coronar su enseñanza, cómo la eterna Verdad se manifiesta en la unión del Hombre y de la Mujer, en el matrimonio. La belleza de los números sagrados que ellos habían comprendido y contemplado en lo Infinito, iban a volverla a encontrar en el corazón mismo de la vida, y Dios brotaba

para ellos en el misterio de los Sexos y del Amor.

La antigüedad había comprendido una verdad capital que las épocas siguientes han desconocido con frecuencia. La mujer, para cumplir bien con sus funciones de esposa y de madre, tiene necesidad de una enseñanza, de una especial iniciación. De ahí la iniciación puramente femenina, es decir, completamente reservada a las mujeres. Existía en la India, en los tiempos védicos, en que la mujer era sacerdotisa en el altar doméstico. En Egipto, se remonta a los misterios de Isis. Orfeo la organizó en Grecia. Hasta la extinción del paganismo la vemos florecer en los misterios dionisíacos, así como en los templos de Juno, de Diana, de Minerva y de Ceres. Consistía en ritos simbólicos, en ceremonias, en fiestas nocturnas, luego, en una enseñanza especial dada por sacerdotisas ancianas o por el sumo sacerdote, y que se relacionaba con las más íntimas cuestiones de la vida conyugal. Se daban consejos y reglas concernientes a las relaciones entre los sexos, las épocas del año o del mes favorables a las concepciones dichosas. Se daba la mayor importancia a la higiene física y moral de la mujer durante el embarazo, a fin de que la obra sagrada, la creación del niño, se cumpliese según las leyes divinas. En una palabra, se enseñaba la ciencia de la vida conyugal y el arte de la maternidad. Este último se extendía mucho más allá del nacimiento del niño. Hasta siete años, los niños permanecían en el gineceo, donde el marido no penetraba, bajo la dirección exclusiva de la madre. La sabia antigüedad pensaba que el niño es una planta delicada, que precisa, para no atrofiarse, de la cálida atmósfera materna. El padre la deformaría; es preciso para hacerla florecer los besos y las caricias de la madre; se precisa el amor poderoso, envolvente de la mujer para defender de los ataques del exterior a esa alma asustada de la vida. Por cumplir en plena conciencia estas altas funciones —que eran miradas como divinas en la antigüedad —, la mujer era realmente la sacerdotisa de la familia, la custodia del fuego sagrado de la vida, la Vesta del hogar. La iniciación femenina puede ser considerada como la verdadera razón de la belleza de la raza, de la fuerza de las generaciones, de la duración de las familias en la antigüedad griega y romana. ***(Montesquieu y Michelet son casi los únicos autores que han prestado atención a la virtud de los esposos griegos. Ni uno ni otro han dicho su causa, que indico aquí).***

Al establecer una sección para las mujeres en su Instituto, Pitágoras no hizo más que depurar y profundizar lo que antes de él existía. Las mujeres iniciadas por él, recibían, con los ritos y los preceptos, los principios supremos de su función. Él daba así a quienes eran dignas, la conciencia de su importante papel. Les revelaba la transfiguración del amor en el matrimonio

perfecto, que es la penetración de dos almas, en el centro mismo de la vida y de la verdad. ¿No es el hombre en su fuerza el representante del principio y del espíritu creador?. ¿No es la mujer en toda su potencia una personificación de la naturaleza, en su fuerza plástica, en sus realizaciones maravillosas, terrestres y divinas?. Que esos dos seres lleguen a compenetrarse completamente, cuerpo, alma, espíritu, y formarán unidos un resumen del universo. Más para creer en Dios, la mujer tiene necesidad de verlo vivir en el hombre; y para ello es preciso que el hombre sea iniciado. Sólo así es capaz por su profunda inteligencia de la vida, por su voluntad creadora, de fecundar el alma femenina, transformarla por el ideal divino. Y este ideal la mujer se lo devuelve multiplicado en sus pensamientos vibrantes, en sus sensaciones sutiles, en sus profundas adivinaciones. Ella le devuelve su imagen transfigurada por el entusiasmo, ***llega a ser*** su ideal. Porque ella lo ***realiza*** por el poder del amor en su propia alma. Por éste, aquél se vuelve viviente y visible, se hace su carne y su sangre. Si el hombre crea por el deseo y la voluntad, la mujer, física y espiritualmente, genera por el amor.

En su papel de amante, de esposa, de madre o de inspirada, la mujer no es menos grade, y es más divina aún que en el hombre. Porque amar es olvidar. La mujer que se olvida y que se abisma en su amor, es siempre sublime. Ella encuentra en ese aniquilamiento su renacimiento celeste, su corona de luz y la radiación inmortal de su ser.

El amor reina como soberano en la literatura de hace dos siglos. No es el amor puramente sensual que se enciende en la belleza del cuerpo como en los poetas antiguos; tampoco es el culto soso de un ideal abstracto y convencional como en la Edad Media, no; es el amor a la vez sensual y psíquico que dejado en completa libertad y en plena fantasía individual se da libre carrera. Con gran frecuencia los dos sexos se hacen la guerra en el amor mismo. Rebeldías de la mujer contra el egoísmo y la brutalidad del hombre; desprecio del hombre por la falsía y vanidad de la mujer; gritos de la carne, cóleras impotentes de las víctimas de la voluptuosidad, de los esclavos de la orgía. En medio de ello, pasiones profundas, atracciones terribles y tanto más poderosas cuanto que encuentran obstáculos en las conveniencias mundanas y las instituciones sociales. De ahí esos amores llenos de tempestades, de hundimientos morales, de catástrofes trágicas, sobre las que se fundan casi exclusivamente el poema o el drama modernos. Se diría que el hombre fatigado, no encontrando a Dios ni en la ciencia ni en la religión, lo busca ansiosamente en la mujer. Y hace bien; porque sólo a través de la iniciación de las grandes verdades, Él lo encontrará en Ella y Ella en Él. Entre esas almas

que se ignoran recíprocamente y que se ignoran a sí mismas, que a veces se separan maldiciéndose, hay como una sed inmensa de penetrarse y de encontrar en esa función la dicha imposible. A pesar de las aberraciones y desbordamientos que de ello resultan; esa busca desesperada es necesaria; ella sale de un divino inconsciente y será un punto vital para la reedificación del porvenir. Porque cuando el hombre y la mujer se hayan encontrado en sí mismos uno y otro por el amor profundo y la iniciación, su fusión será la fuerza radiante y creadora por excelencia de su trascendente compenetración.

El amor psíquico, el amor pasión de alma no ha entrado en la literatura, y por ella en la conciencia universal, más que desde hace poco. Pero en la iniciación antigua tiene su fuente. Si la literatura griega lo deja apenas sospechar, consiste en que era una excepción rarísima. También proviene del secreto profundo de los misterios. Sin embargo, la tradición religiosa y filosófica ha conservado la traza de la mujer iniciada. Tras la poesía y filosofía oficiales, algunas figuras de mujeres aparecen medio veladas, pero luminosas. Conocemos ya a la Pitonisa Teoclea que inspiró a Pitágoras; más tarde vendrá la sacerdotisa Corinna, rival, con frecuencia afortunada, de Píndaro, que fue a su vez el más iniciado de los líricos griegos; en fin, la misteriosa Diotima aparece en el banquete de Platón para dar la revelación suprema sobre el Amor. Al lado de esas figuras excepcionales, la mujer griega ejerció su verdadero sacerdocio en el hogar y el gineceo. Su creación propia fueron justamente esos héroes, esos artistas esos poetas cuyos cantos, mármoles y acciones sublimes admiramos. Ella los concebió con el misterio del amor, los moldeó en su seno con el deseo de la belleza, los hizo florecer incubándolos bajo sus alas maternales. Agreguemos que para el hombre y la mujer realmente iniciados, la creación del niño tiene un sentido infinitamente más bello, un alcance más grande que para nosotros. El padre y la madre, sabiendo que el alma del niño prexiste en su nacimiento terrestre, convierten la concepción en un acto sagrado, la vuelta de un alma a la encarnación. Entre el alma encarnada y la madre, hay casi siempre un profundo grado de semejanza. Como las mujeres malas y perversas atraen los espíritus demoníacos, las madres tiernas atraen los divinos espíritus. Esa alma invisible que se espera, que va a venir y que viene — tan misteriosa y fijamente —, ¿No es cosa divina?. Su nacimiento, su aprisionamiento en la carne será cosa dolorosa. Porque si entre ella y su cielo dejado, un velo grosero se interpone, si cesa de recordarlo, ¡Oh! no sufre menos por ello. Y santa y divina es la tarea de la madre que debe crearle una nueva morada, endulzarle su prisión y facilitarle la prueba.

Así la enseñanza de Pitágoras que había comenzado en las profundidades de lo absoluto por la trinidad divina, terminaba en el centro de la vida por la trinidad humana. En el Padre, en la Madre y en el Hijo, el iniciado sabía reconocer ahora el Espíritu, el Alma y el Corazón del viviente Universo. Esta última iniciación constituía para él la base de la obra social, concebida a la altura y en toda la belleza de la idea, edificio al que cada iniciado debía llevar su piedra.

**** Citaremos dos hechos célebres de ese género, absolutamente auténticos. El primero pasó en la antigüedad. El héroe del mismo es el ilustre filósofo magno Apolonio de Tyana.***

Primer hecho. — Segunda vista de Apolonio de Tyana. — "Mientras esos hechos (el asesinato del emperador Domiciano) ocurrían en Roma, Apolonio los veia en Efeso. Domiciano fue agredido por Clemente hacia el mediodía: la misma fecha, en el mismo momento, Apolonio disertaba en los jardines que conducían al Xystes. De repente, bajó un poco la voz, como sobrecogido por algún temor súbito. Continuó su discurso, pero su lenguaje no tenía la fuerza ordinaria, como pasa a los que hablan pensando en otra cosa. Luego se calló como quien ha perdido el hilo de su discurso, lanzó hacia tierra terribles miradas, dio tres o cuatro pasos hacia el frente, y exclamó: "¡Hiere al tirano!". Se hubiese dicho que veía, no la imagen del hecho en un espejo, sino el hecho mismo en toda su realidad. Los de Efeso (pues el pueblo entero asistía al discurso de Apolonio) quedaron mudos de asombro. Apolonio se detuvo, como hombre que busca la salida de un acontecimiento dudoso. Por fin exclamó: "¡Tened valor, Efesios, el tirano ha sido muerto hoy!. ¿Qué digo, hoy?. ¡Por Minerva!. Acaba de ser muerto ahora mismo, mientras que yo me interrumpía". Los Efesios creyeron que Apolonio se había vuelto loco; deseaban vivamente que hubiese dicho la verdad, pero temían que resultara para ellos algún peligro de aquel discurso...; mas pronto llegaron mensajeros a anunciar la buena buena y dar testimonio en favor de la ciencia de Apolonio; pues la muerte del tirano, el día que fue consumada, la hora del mediodía el autor de la muerte que viera Apolonio, todos esos detalles se encontraron perfectamente conformes con los que los Dioses le habían mostrado el día de su discurso a los Efesios". —Vida de Apolunio de Tyana, por Filostrato, traducida por Chassang.

Segundo hecho. — Segunda vista de Swedenborg. — El segundo

hecho se relaciona con el mayor vidente de los tiempos modernos. Se puede discutir sobre la realidad objetiva de las visiones de Swedenborg; pero no se puede dudar de su segunda vista, atestiguada por una multitud de hechos. La visión que Swedenborg tuvo a treinta leguas de distancia del incendio de Estocolmo, hizo mucho ruido en la segunda mitad del siglo XVIII. El célebre filósofo alemán Kant hizo ejecutar investigaciones a un amigo de Suecia en Gothenburgo, ciudad donde el hecho había ocurrido, y he aquí lo que de ello escribe a una de sus amigas:

"El hecho que sigue me parece sobre todo tener la mayor fuerza demostrativa y cortar toda clase de controversia: "Era en 1759 cuando M. de Swedenborg, hacia fines del mes de Septiembre, un sábado, hacia las cuatro de la tarde volviendo de Inglaterra, se detuvo en Gothenburg. M. William Castel le invitó a su casa en compañía de unas quince personas más. Hacia las seis, M. de Swedenborg, que había salido, volvió al salón pálido y consternado y dijo que en aquel mismo momento había estallado un gran incendio en Estocolmo, en el Sudermaln, y que el fuego se extendía con violencia hacia su casa...; dijo que ya la casa de uno de sus amigos, que nombraba, estaba convertida en cenizas y que la suya propia estaba en peligro. A las ocho, después de una nueva salida, dijo con alegría: "Gracias a Dios, el incendio se ha apagado en la tercera puerta que precede a la mía". La noche misma informaron al gobernador. El domingo por la mañana, Swedenborg fue llamado por aquel funcionario, que le interrogó sobre lo dicho. Swedenborg describió exactamente el incendio, su comienzo, su fin y su duración. El mismo día, la noticia se esparció por toda la población, que se emocionó tanto más cuanto que el gobernador le había prestado atención y que muchas personas estaban con cuidado por sus bienes y por sus amigos. El lunes por la tarde llegó a Gothenburgo una estafeta que el comercio de Estocolmo había despachado durante el incendio. En aquellas cartas, se describía el incendio exactamente del modo que acababa de decirse. ¿Qué se puede alegar contra la autenticidad de ese acontecimiento?. El amigo que me ha escrito ha examinado todo esto, no solamente en Estocolmo, sino hace dos meses en el Gothenburgo; él conoce allí muy bien las casas más respetables y ha podido informarse completamente en esa población, donde viven aún la mayor parte de los testigos oculares, dado el poco tiempo (nueve años) transcurridos desde 1759". — Carta a Mlle. Charlotte de Knoblch citada por Matter, Vida de Swedenborg.

V
LA FAMILIA DE PITÁGORAS - LA ESCUELA Y SUS DESTINOS

Entre las mujeres que seguían la enseñanza del maestro, se encontraba una joven de gran belleza. Su padre era de Crotona y se llamaba Brontinos. Ella Llamábase Theano. Pitágoras frisaba entonces en los sesenta años. Pero su gran dominio de las pasiones y una vida pura consagrada por completo a su misión, habían conservado intacta su fuerza viril. La juventud del alma, esa llama inmortal, que el gran iniciado extrae de su vida espiritual y que nutre por las fuerzas ocultas de la naturaleza, brillaba en él y subyugaba a los que le rodeaban. El mago griego no estaba en la decadencia, sino en el apogeo de su poder. Theano fue atraída hacia Pitágoras por la irradiación casi sobrenatural que emanaba de su persona. Grave, reservada, había buscado al lado del maestro la explicación de los misterios que amaba sin comprender. Pero cuando a la luz de la verdad, al dulce calor que la envolvía poco a poco, sintió su alma florecer en el fondo de sí misma como la rosa mística de mil hojas, cuando sintió que ese florecimiento que venía de él y de su palabra, ella se enamoró silenciosamente del maestro con un entusiasmo sin límites y un amor apasionado.

Pitágoras no había tratado de atraerla. Su afecto pertenecía a todos sus discípulos. Sólo pensaba en su escuela, en Grecia, en el porvenir del mundo. Como muchos grandes adeptos, había renunciado a la mujer para darse a su obra. La magia de su voluntad, la pasión espiritual de tantas almas como había formado, y que le quedaban ligadas como a un padre adorado, el incienso místico de todos esos amores inexpresados que subían hasta él, y ese perfume exquisito de simpatía humana que unía a los hermanos pitagóricos, todo ello substituía a la voluptuosidad, la dicha y el amor. Pero un día que meditaba solo sobre el porvenir de su Escuela, en la cripta de Proserpina, vio venir hacia él, grave y resuelta, aquella hermosa virgen a quien jamás había hablado a solas. Theano se arrodilló ante él y sin levantar la cabeza bajada hasta la tierra, suplicó al maestro, — ¡A él, que podía todo! — que la libertara de un amor imposible y desgraciado que consumía su cuerpo y devoraba su alma. Pitágoras quiso saber el nombre de aquel a quien amaba. Después de largas

vacilaciones, Theano confesó que era él, pero que pronto a todo, se sometería a su voluntad. Pitágoras nada respondió. Animada por aquel silencio, levantó ella la cabeza y le lanzó una mirada suplicante, de la que se escapaba la savia de una vida y el perfume de un alma ofrecida en holocausto al maestro.

El sabio se conmovió; sabía vencer a sus sentidos; había dominado su imaginación; pero el relámpago de aquella alma había penetrado en la suya. En aquella virgen madurada por la pasión, transfigurada por un pensamiento de abnegación absoluta, había encontrado a su compañera y entrevisto una realización más completa de su obra. Pitágoras levantó a la joven emocionado, y Theano pudo leer en los ojos del maestro que sus destinos quedaban unidos para siempre.

Por su matrimonio con Theano, Pitágoras estampó ***el sello de la realización*** a su obra. La asociación, la fusión de las dos vidas fue entera. Un día que preguntaba a la esposa del maestro cuanto tiempo necesitaba una mujer para volver a ser pura, después de haber tenido comercio con un hombre, respondió: "Si con su marido se purifica en el mismo instante, si con otro, jamás". Hay muchas mujeres que responderán sonriendo, que para decir esas palabras es preciso ser la mujer de Pitágoras y amarle como le amaba Theano.

Tiene razón. No es el matrimonio lo que justifica el amor, es el amor lo que justifica el matrimonio. Theano entró tan completamente en el pensamiento de su esposo, que después de la muerte de éste, ella sirvió de centro a la orden pitagórica, y un autor griego cita como una autoridad su opinión sobre la doctrina de los Números. Ella dio a Pitágoras dos hijos: Arimmestes y Telauges, y una hija: Damo. Telauges fue más tarde el maestro de Empédocles y le transmitió los secretos de la doctrina.

La familia de Pitágoras ofreció a la orden un verdadero modelo. Se llamó a su casa el templo de Ceres y a su patio el templo de las Musas. En las fiestas domésticas y religiosas, la madre dirigía el coro de las mujeres y Damo el coro de los jóvenes. Damo fue por todos conceptos, digna de su padre y de su madre. Pitágoras le había confiado ciertos escritos, con prohibición expresa de comunicarlos a nadie fuera de la familia. Después de la dispersión de los pitagóricos, Damo cayó en extrema pobreza. Le ofrecieron una elevada suma por el precioso manuscrito. Pero, fiel a la voluntad de su padre, rehusó siempre entregarlo. Pitágoras vivió treinta años en Crotona. En veinte años aquel hombre extraordinario había adquirido tal poder, que los que le llamaban semidios no parecía que exagerasen. Aquel poder era un prodigio: jamás filósofo alguno lo ejerció semejante. Su influencia se extendía no

solamente a la escuela de Crotona y a sus ramificaciones en las otras ciudades de las costas italianas, sino también a la política de todos esos pequeños Estados. Pitágoras era un reformador en toda la fuerza de la palabra. Crotona, colonia aquea, tenía una constitución aristocrática. El ***consejo de los mil,*** compuesto de las grandes familias, ejercía allí el poder legislativo y vigilaba al poder ejecutivo. Las asambleas populares existían, pero con poderes restringidos. Pitágoras, que quería que el Estado fuese un orden y una armonía, no estaba conforme ni con la presión oligárquica, ni con el caos de la demagogia. Aceptando tal cual era la constitución dórica, trató sencillamente de introducir en ella un nuevo engranaje. La idea era atrevida: crear sobre el poder político un poder científico, con voz deliberativa y consultiva en las cuestiones vitales, y que fuera la clave de bóveda, el regulador supremo del Estado. Sobre el consejo de los mil, organizó el ***consejo de los trescientos,*** elegidos por el primero, pero reclutados entre los iniciados sólo. Su número bastaba para tal labor. Porfirio cuenta que dos mil ciudadanos de Trotona renunciaron a su vida habitual y se reunieron para vivir juntos con sus mujeres y sus hijos, después de haber puesto sus bienes en común. Pitágoras quería a la cabeza del Estado un gobierno científico, menos misterioso, pero colocado tan alto como el sacerdocio egipcio. Lo que realizó por un momento, fue el sueño de todos los iniciados que se ocuparon de política: introducir el principio de la iniciación y del examen en el gobierno del Estado, y reconciliar en esta síntesis superior el principio electivo o democrático con un gobierno constituido por la selección de la inteligencia y de la virtud. El consejo de los trescientos formó una especie de orden pólítico, científico y religioso, del que Pitágoras era jefe visible. Se comprometían en él por un juramento solemne y terrible a un secreto absoluto como en los Misterios. Esas sociedades o ***hetarias*** se difundieron de Crotona, donde estaba la sociedad madre, a casi todas las ciudades de la grande Grecia, donde ejercieron una poderosa acción política. La orden pitagórica tendía también a conquistar la cabeza del Estado en toda la Italia meridional. Tenía ramificaciones en Tarento, Heraclea, Metaponte, Regium, Himere, Catania, Agrigente, Sybaris, según Aristoxene hasta entre los Etruscos. En cuanto a la influencia de Pitágoras sobre el gobierno de las grandes y ricas ciudades, nada se podría imaginar más elevado, más liberal, más pacificador. Por todas partes donde aparecía, restablecía el orden, la justicia, la concordia. Llamado por un tirano de Sicilia, le decidió por su sola elocuencia a renunciar a las riquezas mal adquiridas y abdicar un poder usurpado. En cuanto a las ciudades, las hizo independientes y libres, de sujetas que estaban unas a otras. Tan bienhechora era su acción, que

cuando iba a las ciudades, decían: “No es para enseñar, sino para curar”.

La influencia soberana de un gran espíritu y de un gran carácter, esa magia del alma y de la inteligencia, excita celos tanto más temibles, odios tanto más violentos, cuanto que es inatacable. El imperio de Pitágoras duraba desde hacía un cuarto de siglo, el adepto infatigable alcanzaba la edad de noventa años, cuando llegó la reacción. La chispa partió de Sybaris, la rival de Crotona. Hubo allí una sublevación popular y el partido aristocrático fue vencido. Quinientos desterrados pidieron asilo a los Crotoniatas, y los Sybaritas exigieron su extradicción. Temiendo la cólera de una ciudad enemiga, los magistrados de Crotoniatas iban a acceder a su exigencia, cuando Pitágoras intervino. A sus instancias se rehusó el entregar a aquellos desgraciados suplicantes a adversarios implacables. Entonces, Sybaris declaró la guerra a Crotona. Pero el ejército de los Crotoniatas, mandado por un discípulo de Pitágoras, el célebre atleta Milón, batió compleamente a los Sybaritas. El desastre de Sybaris fue total y la ciudad fue tomada, saqueada, destruida y transformada en un desierto. Es imposible admitir que Pitágoras haya aprobado tales represalias. Ellas eran contrarias a sus principios y a los de todos los iniciados. Pero ni él, ni Milón pudieron refrenar las pasiones desencadenadas de un ejército victorioso, atizadas por antiguos celos y excitadas por un ataque injusto.

Toda venganza, bien de los individuos, bien de los pueblos, trae un choque de retroceso de las pasiones. La Némesis de ésta fue terrible; las consecuencias cayeron sobre Pitágoras y su orden. Después de la toma de Sybaris, el pueblo pidió la repartición de las tierras. No contento con haberlo obtenido, el partido democrático propuso un cambio de constitución que arrebataba sus privilegios al Consejo de los mil y suprimía el Consejo de los trescientos, no admitiendo ya más que una autoridad sola: el sufragio universal. Naturalmente, los pitagóricos que formaban parte del Consejo de los mil se opusieron a una reforma contraria a sus principios y que socavaba por su base la obra paciente del maestro. Ya los pitagóricos eran el objeto de ese odio sordo que el misterio y la superioridad excitan siempre entre las masas. Su actitud política levantó contra ellos los furores de la demagogia, y un odio personal contra el maestro trajo la explosión.

Un cierto Cylón se había presentado en otros tiempos a la Escuela. Pitágoras, muy severo en la admisión discípulos, le rechazó a causa su carácter violento e imperioso. Aquel candidato despedido era un adversario venenoso. Cuando la opinión pública comenzó a agitarse contra Pitágoras, organizó un club opuesto al de los pitagóricos, una gran sociedad popular. Logró atraer a él

a los principales conductores del pueblo y preparó en sus asambleas una revolución que debía comenzar por la expulsión de los pitagóricos. Ante una multitud tempestuosa, Cylón sube a la tribuna popular y lee extractos robados del libro secreto de Pitágoras, titulado: la Palabra sagrada ***(hieros logos).*** Los desfigura, los disfraza. Algunos oradores tratan de defender a los hermanos del silencio, que respetan hasta a los animales. Se les responde con carcajadas. Cylón sube y vuelve a subir a la tribuna, para demostrar que el catecismo religioso de los pitagóricos es atentatorio a la libertad. "Y es poco decir, agrega el tribuno. ¿Qué es ese maestro, ese pretendido semidiós, a quien se obedece ciegamente y que no tiene más que dar una orden para que todos sus hermanos exclamen: ¡El maestro lo ha dicho! qué es, repito, sino el tirano de Crotona y el peor de los tiranos, un tirano oculto?. ¿De qué está formada esa amistad indisoluble que une a todos los miembros de las hetairas pitagóricas que la forman, sino del desdén y el desprecio para el pueblo?. Siempre tienen en su boca esa palabra de Homero, que el príncipe debe ser el pastor de su pueblo. Eso significa que, para ellos, el pueblo sólo es un vil rebaño. Sí, la misma existencia de la orden es una conspiración permanente contra 1os derechos populares. En tanto que no se la destruya, no habrá libertad en Crotona". Uno de los miembros de la asamblea popular, animado por un sentimiento de lealtad, exclamó: "Que al menos se permita a Pitágoras y a los Pitagóricos venir a justificarse a nuestra tribuna, antes de condenarlos". Pero Cylón respondió con altanería: "¿No os han arrebatado los Pitagóricos el derecho de juzgar y de decidir de los negocios públicos?. ¿Con qué derecho podrían pedir hoy que se les escuche?. No os han escuchado al despojaros del derecho de ejercer justicia; pues bien, a vuestra vez castigad sin escuchar!". Truenos de aplausos respondían a esas palabras vehementes y los espíritus se exaltaban más y más.

Una tarde que los cuarenta principales miembros de la orden estaban reunidos en casa de Milón, el tribuno amotinó a sus bandas. Cercaron éstas la casa. Los Pitagóricos, con el maestro entre ellos, atrancaron las puertas. La multitud furiosa prendió fuego a la casa. Treinta y ocho Pitagóricos, los mejores discípulos del maestro y el mismo Pitágoras perecieron, la flor de la orden, unos en las llamas del incendio y los otros asesinados por el pueblo. Sólo Archippo y Lysis escaparon solamente del degüello.

(Ésta es la versión de Diógenes de Laercio sobre la muerte de Pitágoras. — Según Dicearco, citado por Porfirio el maestro escapó al desastre con Archippo y Lysis y anduvo de ciudad en ciudad hasta llegar a Metaponte, donde se dejó morir de hambre en el templo de las Musas. Los

habitantes de Metaponte pretendían, por el contrario, que el sabio, acogido por ellos, había muerto tranquilamente en su ciudad. Mostraron ellos a Cicerón, su casa, su silla y su familia. Hay que notar que largo tiempo después de la muerte del maestro, las ciudades que habían perseguido más a Pitágoras cuando el movimiento democrático, reclamaron el honor de haberle acogido y salvado. Las ciudades del golfo de Tarento se disputaban las cenizas del filósofo con el mismo encarnizamiento con que las ciudades de la Jonia se disputaban el haber visto nacer a Homero. — Véanse estos hechos discutidos en el libro concienzudo de M. Chaignet: Pitágoras y la filosofía pitagórica).

De este modo murió aquel gran sabio, aquel hombre divino, que había tratado de hacer entrar su sabiduría en el gobierno de los hombres. La matanza de los pitagóricos fue señal de una revolución democrática en Crotona y en el golfo de Tarento. Las ciudades de Italia arrojaron de sí a los desdichados discípulos del maestro. La orden fue dispersada, pero sus restos se esparcieron por Sicilia y Grecia, sembrando en todas partes la palabra del maestro. Lysis llegó a ser maestro de Epaminondas. Después de nuevas revoluciones, los pitagóricos pudieron volver a Italia con la condición de no formar ya un cuerpo político. Una conmovedora fraternidad los unió siempre; se consideraban como una sola y grande familia. Uno de ellos cayó en la miseria y enfermó, fue recogido por un posadero. Antes de morir dibujó sobre la puerta de la casa algunos signos misteriosos, y dijo a su huésped: “No os inquietéis; uno de mis hermanos pagará mi deuda”. Un año después, un extranjero pasó por la misma posada, vio aquellos signos y dijo al posadero: “Soy pitagórico; uno de mis hermanos ha muerto aquí: decidme lo que os debo por él”. La orden subsistió durante 250 años en cuanto a las ideas, a las tradiciones del maestro, viven hasta nuestro días.

La influencia regeneradora de Pitágoras sobre Grecia, fue inmensa. Ella se ejerció misteriosamente, pero de un modo seguro por medio de los templos por donde pasó. Le hemos visto en Delfos dando una nueva fuerza a la ciencia adivinatoria, afirmar la autoriridad de los sacerdotes, y formar por su arte una Pitonisa modelo. Gracias a aquella reforma interior que despertó el entusiasmo de los iniciados, Delfos fué, más que nunca, el centro moral de los griegos. Bien se vio esto durante las guerras médicas. Apenas habían pasado treinta años desde la muerte de Pitágoras, cuando el ciclón de Asia, predicho por el sabio de Samos, estalló sobre las costas de la Hélade. En aquella lucha épica de Europa contra el Asia bárbara, Grecia, que representaba la libertad y la civilización, tiene tras ella la ciencia y el genio de Apolo. Es un soplo

patriótico y religioso el que subleva y acalla la naciente rivalidad de Esparta y Atenas. Él inspira a los Milcíades y los Temístocles. En Marathón el entusiasmo es tal, que los Atenienses creen ver dos guerreros, blancos como la luz, combatiendo en sus filas... Unos reconocen en ellos a Teseo y Echetos, otros a Cástor y Pólux. Cuando la invasión de Jerjes, diez veces más formidables que la de Darío, desborda por las Termópilas y sumerge la Hélade, la Pitia desde lo alto de su trípode, indica la salvación a los enviados de Atenas, y ayuda a Temístocles a vencer con los navíos de Salamina. Las páginas de Herodoto estremecen como su palabra jadeante: "Abandonad las moradas y las altas colinas de la ciudad construida en círculo...; el fuego y el terrible Marte, montado sobre un carro sirio, arruínará vuestras torres...; los templos vacilan, de sus muros fluye un sudor frío, de su cima gotea una sangre negra...; salid de mi santuario. Que un muro de madera os sea inexpugnable fortaleza. ¡Huir!, volved la espalda a los infantes y a los jinetes innumerables. ¡Oh divina Salamina!. ¡Tú serás funesta a los hijos de la mujer!". ***(En el lenguaje de los templos, el término de hijos de la mujer designaba el grado inferior de la iniciación, mujer, teniendo aquí el significativo de Naturaleza. Sobre este grado estaban los hijos del hombre o iniciados del Espíritu y del Alma, los hijos de los Dioses, o iniciados de las ciencias cosmogónicas y los hijos de Dios o iniciados de la ciencia suprema. La Pitia llama a los Persas hijos de la mujer, designándolos por el carácter de su religión. Tomadas al pie de la letra, sus palabras no tendrían sentido).*** En la narración de Esquilo la batalla comienza por un grito que se parece al pean, al himno de Apolo: "Pronto el Sol de los blancos caballos corredores esparció por el mundo su luz resplandeciente. En este instante, un clamor inmenso, modulado como un sacro cántico, se eleva de las filas de los griegos; y los ecos de la isla responden a él en mil voces brillantes". ¿Hay para admirarse, porque embriagados por el vino de la victoria, los helenos, en la batalla de Mycale, frente al Asia, vencida, hayan elegido por grito de asamblea: Hebé, la eterna juventud?. Sí, el aliento de Apolo pasa a través de aquellas asombrosas guerras médicas. El entusiasmo religioso, que logra milagros, lleva consigo a los vivos y a los muertos, ilumina los trofeos y dora las tumbas. Todos los templos han sido saqueados, más el de Delfos ha quedado en pie. El ejército persa se aproximaba para expoliar la ciudad santa. Todo el mundo temblaba. Pero el Dios solar ha dicho por voz de su pontífice: "Yo me defenderé solo". Por orden del templo, la ciudad es evacuada; los habitantes se refugian en las grutas del Parnaso, y sólo los sacerdotes quedan en el pórtico del santuario con la guardia sagrada. El ejército persa entra en la ciudad, muda como una tumba;

sólo las estatuas le ven pasar. Una nube sombría se forma en el fondo del desfiladero; el trueno retumba y el rayo fulgura sobre los invasores. Dos rocas enormes quedan encima del Parnaso y aplastan a un gran número de persas. ***(“Aún se las ve en el cercado de Minerva”, dice Heredoto, VIII, 39. — La invasión de los galos que tuvo lugar 200 años más tarde, fue rechazada de análoga manera. Entonces también se formó una tempestad, el rayo cayó varias veces sobre los galos; el suelo tiembla bajo sus pies: ven apariciones sobrenaturales; y el templo de Apolo se salva. Esos hechos parecen probar que los sacerdotes de Delfos poseían la ciencia del fuego cósmico y sabían manejar la electricidad por los poderes ocultos, como los magos caldeos. — Véase Amadeo Thierry, Histoire des Galouis, I, 246).*** Al mismo tiempo salen clamores del templo de Minerva, y las llamas brotan del suelo, bajo los pasos de los asaltantes. Ante aquellos prodigios, los bárbaros espantados retroceden; su ejército huye aterrorizado. El Dios se ha defendido por sí mismo.

¿Hubieran ocurrido esas maravillas, esas victorias, que la humanidad cuenta como suyas; hubieran tenido lugar, si treinta años antes Pitágoras no hubiera aparecido en el santuario délfico, para en él encender de nuevo el fuego sagrado?. ¿Podemos dudarlo?.

Unas palabras más sobre la influencia del maestro en la filosofía. Antes de él había físicos de un lado, moralistas del otro; Pitágoras hizo entrar la moral, la ciencia y la religión en su vasta síntesis. Esta síntesis no es otra cosa que la doctrina esotérica que hemos tratado de volver a encontrar en plena luz en el fondo mismo de la iniciación pitagórica. El filósofo de Crotona no fue el inventor, sino el ordenador luminoso de esas verdades primordiales en el orden científico. Hemos elegido su sistema como el cuadro más favorable para una exposición completa de la doctrina de los Misterios y de la verdadera Teosofía.

Los que no han seguido al maestro con nosotros, habrán comprendido que en el fondo de esta doctrina brilla el sol de la Verdad-Una. De ellas se ven los esparcidos rayos en las filosofías y las religiones; pero su centro allí está. ¿Qué es preciso para llegar a él?. La observación y el razonamiento no bastan. Se precisa además, y sobre todo, la ***intuición***. Pitágoras fue un adepto, un iniciado de primer orden. Poseyó la vista directa del espíritu, la clave de las ciencias ocultas y del mundo espiritual. Tomaba sus materiales en el manantial primero de la Verdad. Y como a esas facultades trascendentales del alma intelectual y espiritualizada unía la observación minuciosa de la naturaleza física y la clasificación magistral de las ideas por su alta razón, nadie mejor que él para construir el edificio de la ciencia del Kosmos.

A decir verdad, ese edificio jamás fue destruido. Platón, que tomó de Pitágoras toda su metafísica, tuvo de ella completa idea, aunque la haya difundido con menos rigor y nitidez. La escuela alejandrina ocupó sus cimas superiores. La ciencia moderna ha tomado su planta baja y consolidado los cimientos. Un gran número de escuelas filosóficas, de sectas místicas o religiosas ha habitado los diferentes compartimientos. Pero ninguna filosofía abarcó jamás el conjunto. Este conjunto es el que hemos tratado de mostrar aquí en su armonía y su unidad.

LIBRO VII
PLATÓN
LOS MISTERIOS DE ELEUSIS

Los hombres han llamado al Amor Eros, porque tiene alas; los Dioses le han llamado Pteros, porque tiene la virtud de darlas.

Platón (El Banquete).

En el cielo aprender es ver,
En la tierra es acordarse.

Dichoso quien atravesó los Misterios. Él conoce la fuente y el fin de la vida.

Píndaro.

PLATÓN
LOS MISTERIOS DE ELEUSIS

Después de haber tratado de hacer revivir en Pitágoras al más grande de los iniciados de la Grecia y a través de él el fondo primordial y universal de la verdad religiosa y filosófica, podríamos no hablar de Platón, que no ha hecho más que dar a aquella verdad una forma más fantástica y más popular. Más, he aquí la razón que nos detendrá un momento ante la noble figura del filósofo ateniense:

Sí, hay una doctrina madre y síntesis de las religiones y de las filosofías. Ella se desenvuelve y profundiza en el curso de las edades; pero el fondo y el centro permanecen los mismos. Hemos encontrado sus grandes líneas. ¿Basta esto?. No; es preciso mostrar además la razón providencial de sus formas diversas, según las razas y las edades. Es preciso restablecer la cadena de los grandes iniciados, que fueron los verdaderos Maestros de la humanidad. Entonces la fuerza de cada uno de ellos se multiplicará por la de todos los demás, y la unidad de la verdad aparecerá en la diversidad misma de su expresión. Como todas las cosas, Grecia ha tenido su aurora, su pleno sol y su decadencia. Es la ley de los días, de los hombres, de los pueblos, de las tierras y de los cielos. Orfeo es el iniciado de la aurora, Pitágoras el del mediodía, Platón el del poniente de la Helenia, poniente de púrpura ardiente que viene a ser lo rosado de una aurora nueva, la de una humanidad. Platón sigue a Pitágoras, como en los misterios de Eleusis el portaantorchas seguía al gran Hierofante. Con él vamos a penetrar otra vez más y por un camino nuevo, a través de las avenidas del santuario, hasta el corazón del templo, para la contemplación del gran arcano.

Pero antes de ir a Eleusis, escuchemos un instante a nuestro guía, el divino Platón. Que nos haga ver él mismo su horizonte natal; que nos cuente la historia de su alma y nos conduzca al lado de su maestro querido.

I
LA JUVENTUD DE PLATÓN Y LA MUERTE DE SÓCRATES

Nació en Atenas, en la ciudad de la Belleza y de la Humanidad. Lo ilimitado se ofrecía a sus jóvenes miradas. El Atica abierta a todos los vientos avanza como la proa de un navío en el mar Egeo y domina como reina el cielo de las islas, blancas sirenas sentadas sobre el azul oscuro de las ondas. Creció al pie de la Acrópolis, bajo la custodia de Pallas Atenea, en aquella ancha llanura encuadrada por montañas violáceas y envueltas en un azul luminoso, entre el Pentélico con sus laderas de mármol, el Hymete coronado de pinos odoríferos donde zumban las abejas, y la tranquila bahía de Eleusis.

Muy sombrío y azaroso fue el ambiente político durante la infancia y la juventud de Platón, que coincidieron con aquella implacable guerra del Peloponeso; lucha fratricida entre Esparta y Atenas, que preparó la disolución de Grecia. Habían terminado los grandes días de las guerras Médicas y se habían puesto los soles de Maratón y de Salamina. El año del nacimiento de Platón (429 antes de J. C.) es el de la muerte de Pericles, el más grande hombre de Estado de Grecia, tan íntegro como Arístides, tan hábil como Temístocles, el más perfecto representante de la civilización helénica, el fascinador de aquella democracia turbulenta, patriota ardiente, pero que supo conservar la serenidad de un semidiós en medio de las tempestades populares. La madre de Platón debió contar a su hijo una escena, a la cual asistió de seguro dos años antes del nacimiento del futuro filósofo. Los espartanos habían invadido el Atica; Atenas, amenazada ya en su existencia nacional, había luchado durante todo un invierno, y Pericles fue el alma de la defensa. En aquel año sombrío, una ceremonia imponente tuvo lugar en el Cerámico. Los féretros de los guerreros muertos por la patria fueron colocados sobre carros fúnebres, y el pueblo fue convocado ante la tumba monumental destinada a reunir sus restos. Aquel mausoleo parecía el símbolo magnífico y siniestro de la tumba que Grecia se cavaba a sí misma, por su lucha criminal. Entonces fue cuando Pericles pronunció el más hermoso discurso que nos ha conservado la antigüedad. Tucídides lo ha transcrito en sus tablas de bronce, y aquellas palabras brillan como un escudo en el frontón de un templo: “La

tumba de los héroes es el universo entero y no está en las columnas recargadas de fastuosas inscripciones". ¿No respiran estas palabras la conciencia de Grecia y de su inmortalidad?.

Más una vez muerto Pericles, ¿Qué quedaba de la antigua Grecia, qué vivía en sus hombres de acción?. En el interior de Atenas las discordias de una democracia decadente; en el exterior, la invasión lacedemónica siempre a las puertas, la guerra por tierra y por mar, y el oro del rey de Persia circulando como un veneno corruptor en manos de los tribunos magistrados. Alcibíades había reemplazado a Pericles en el favor del pueblo. Aquel tipo de la juventud dorada de Atenas había llegado a ser el hombre del día. Político aventurero, intrigante lleno de seducción, condujo alegremente su patria a la ruina. Platón le había observado bien; más tarde trazó, como un maestro, la psicología de aquel carácter. Compara el deseo furioso de poder que llena el alma de Alcibíades, a un gran zángano alado "alrededor de quien las pasiones coronadas de flores, perfumadas con esencia, embriagadas con vino y con todos los placeres desenfrenados, vienen a zumbar, alimentándole, educándole, armándole en fin con el aguijón de la ambición. Entonces aquel tirano del alma escoltado por la demencia, se agita con furor; si encuentra a, su alrededor pensamientos y sentimientos honrados que pudieran aún hacerle enrojecer, los mata y los arroja de sí, hasta que ha purgado al alma de toda templanza y la ha llenado con el fervor que le arrastra".

El cielo de Atenas tuvo colores bastante sombríos durante la juventud de Platón. A los veinticinco años asistió a la toma de Atenas por los Espartanos después de la desastrosa batalla naval de Egos Pótamos. Luego vio la entrada de Lisandro en su ciudad natal; lo que significaba el fin de la independencia de Atenas. Vio los ***largos muros*** construidos por Temístocles, demolidos a los sones de una música festiva y al enemigo triunfante bailar literalmente sobre las ruinas de su patria. Luego llegaron los treinta tiranos y sus proscripciones.

Aquellos espectáculos entristecieron el alma juvenil de Platón, pero no pudieron turbarla. Aquella alma era tan dulce, tan límpida, tan abierta como la bóveda del cielo sobre el Acrópolis. Platón era un joven de alta estatura, ancho de espalda, grave, recogido, casi siempre silencioso; pero cuando abría la boca, una sensibilidad exquisita, una dulzura encantadora emanaban de sus palabras. En él nada de saliente, de excesivo. Sus actitudes variadas se disimulaban como fundidas en la armonía superior de su ser. Una gracia alada, una modestia natural ocultaba la seriedad de su espíritu; una ternura casi femenina servía de velo a la firmeza de su carácter. En él la virtud se revestía

con una sonrisa y el placer con una castidad ingenua. Pero lo que constituía la marca dominante, extraordinaria, única de aquella alma, era que el nacer parecía haber hecho un pacto misterioso con la eternidad. Sí, las cosas eternas parecían vivir únicamente en el fondo de sus grandes ojos; las otras pasaban por ellos como vanas apariencias por un espejo profundo. Tras las formas visibles, cambiantes, imperfectas del mundo y de los seres, le aparecían formas invisibles, perfectas, pero siempre radiantes, de aquellos seres que ve el espíritu y que son sus modelos eternos. He aquí por qué el joven Platón, sin haber formulado su doctrina, no sabiendo tan siquiera que un día sería filósofo, tenía ya conciencia de la realidad divina del Ideal y de su omnipotencia. He aquí por qué al ver llorar a las mujeres, los carros fúnebres, los ejércitos, las fiestas y los duelos, su mirada parecía ver otra cosa y decir: "¿Por qué lloran y por qué lanzan gritos de alegría?. Creen ser y no son. ¿Por qué no puedo unirme a lo que nace y a lo que muere?. ¿Por qué no puedo amar más que a lo invisible que ni nace ni muere nunca, sino que es siempre?".

El Amor y la Armonía, he aquí el fondo del alma de Platón, pero ¡qué Amor y qué Armonía!. El Amor de la Belleza eterna y de la Armonía que abarca el Universo. Cuanto más grande y profunda es un alma, más tiempo tarda en conocerse a sí misma. Su primer entusiasmo le lanzó a las artes. Platón pertenecía a una familia distinguida, puesto que su padre pretendía descender del rey Codrus y su madre de Solón. Su juventud fue la de un ateniense rico, rodeado de todos los lujos y de todas las seducciones de una época de decadencia. A ella se entregó sin excesos ni gazmoñería, viviendo como sus iguales, gozando noblemente de una buena herencia, rodeado y festejado por numerosos amigos. Él nos ha descrito demasiado bien la pasión del amor en todas sus fases en su ***Fedro,*** para que no haya experimentado sus transportes y crueles desilusiones. Un solo verso nos queda de él, tan apasionado como un verso de Safo, tan chispeante de luz como una noche estrellada sobre el mar de las Cíclados: "Quisiera ser el cielo, a fin de ser todo ojos para mirarte". Buscando la Belleza suprema a través de todos los modos y todas las fonnas de lo bello, cultivó sucesivamente la pintura, la música y la poesía. Ésta parecía que iba a responder a todas sus necesidades, y terminó por fijar sus deseos. Platón tenía una maravillosa facilidad para todos los géneros. Sentía con intensidad igual la poesía amorosa y ditirámbica, la epopeya, la tragedia, la misma comedia con su más fina sal ática. ¿Qué le faltaba para llegar a ser un Sófocles y levantar al teatro de Atenas de su decadencia inminente?. Esa ambición le tentó: sus amigos le excitaban. A los veintisiete años había compuesto varias tragedias e iba a presentar una al concurso.

Por esta época fue cuando Platón encontró a Sócrates discutiendo con varios jóvenes en los jardines de la Academia. Hablaba de lo Justo y de lo Injusto, de la Belleza, la Verdad y el Bien. El poeta se aproximó al filósofo, le escuchó, volvió al día siguiente y varios consecutivos. Al cabo de algunas semanas una revolución completa se había hecho en su espíritu. El feliz joven, el poeta lleno de ilusiones ya no se reconocía. El curso de sus pensamientos, el objetivo de su vida habían cambiado. Otro Platón acababa de nacer en él, bajo la palabra de aquel que se llamaba a sí mismo: "partero de almas". ¿Qué había pasado?. ¿Por medio de qué sortilegio aquel razonador con cara de sátiro había arrancado del lujo, de las voluptuosidades, de la poseía, al bello, al genial Platón, para llevarle al gran renunciamiento que supone la sabiduría?.

Sócrates era un hombre muy sencillo, pero también un gran original. Hijo de un escultor, esculpió las tres gracias durante su adolescencia; luego tiró el cincel, diciendo que le gustaba más esculpir su alma que el mármol. A partir de aquel momento, consagró su vida a la busca de la sabiduría. Se le veía en los gimnasios, en la plaza pública, en el teatro, conversar con los jóvenes, los artistas, los filósofos, y preguntar a cada uno la razón de lo que afirmaba. Hacía algunos años que los sofistas habían caído sobre la ciudad de Atenas como una nube de langostas. El sofista es la falsificación y la negación viva del filósofo, como el demagogo es la falsificación del hombre de Estado, el hipócrita la falsificación del sacerdote, el mago negro la falsificación infernal del verdadero iniciado. El tipo griego del sofista es más sutil, más razonador, más corrosivo que los otros; pero el género pertenece a todas las civilizaciones en decadencia. Los sofistas pululan en ellas tan fatalmente como los gusanos en un cuerpo descompuesto. Llámense ateos, nihilistas o pesimistas, los sofistas de todos los tiempos se parecen. Siempre niegan a Dios y al alma, es decir, a la verdad y a la vida supremas. Los del tiempo de Sócrates, los Pródicus, los Gorgias y los Protágoras decían que no hay diferencia entre la verdad y el error. Se alababan de probar cualquier idea y su contraria, afirmando que no hay más justicia que la fuerza, ni otra verdad que la opinión del sujeto. De este modo, contentos de sí mismos, vividores, haciéndose pagar caro sus lecciones, lanzaban a los jóvenes hacia el vicio, la intriga y la tiranía.

Sócrates se aproximaba a los sofistas con su dulzura insinuante, su fina hombría de bien, como un ignorante que quiere instruirse. Sus ojos brillaban inteligentes y llenos de benevolencia. Luego, de pregunta en pregunta, les forzaba a decir lo contrario de lo que habían pretendido al principio y a confesar implícitamente que no sabían ni aun de lo que hablaban. Sócrates

demostraba en seguida que los sofistas no conocían la causa y el principio de nada, aunque pretendían poseer la ciencia universal. Después de haberlos reducido al silencio, no se jactaban de su victoria; daba gracias a sus adversarios sonriendo por haberle instruido con sus respuestas, agregando que saber que no se sabe nada, es el principio de la verdadera sabiduría. ¿Qué es lo que creía y afirmaba el mismo Sócrates?. Él no negaba a los dioses, les daba el mismo culto que sus conciudadanos; pero decía que su naturaleza era impenetrable y confesaba no comprender nada de la física y metafísica que se explicaba en las escuelas. Lo importante, decía, es creer en lo Justo y en lo Verdadero y aplicarlo en la vida. Sus argumentos adquirían una gran fuerza en su boca, porque él en todo daba ejemplo: ciudadano irreprochable, intrépido soldado, juez íntegro, amigo fiel y desinteresado, dueño absoluto de todas sus pasiones.

De modo que la táctica de la educación moral cambia según los tiempos y los medios. Pitágoras, ante sus discípulos iniciados, hacía caer la moral de las alturas de la cosmogonía. En Atenas, en la plaza pública, entre los Cleón y los Gorgias, Sócrates hablaba del sentimiento innato de lo Justo y de lo Verdadero para reconstruir el mundo y el Estado social quebrantado. Y ambos, uno en el orden descendente de los principios, el otro en el orden ascendente, afirmaban la misma verdad. Pitágoras representa los principios y el método de la más elevada iniciación. Sócrates anuncia la era de la ciencia abierta. Para no salirse de su papel de vulgarizador, se negó a iniciarse en los misterios de Eleusis. Pero no por eso dejaba de tener el sentido y la fe de la verdad total y suprema que enseñaba los grandes Misterios. Cuando hablaba de ellos, el bueno, el espiritual Sócrates, cambiaba de aspecto, como un Fauno inspirado del que se apodera un dios. Sus ojos se encendían, un rayo pasaba sobre su cabeza calva, y de su boca caía una de esas sentencias luminosas y sencillas que iluminaban el fondo de las cosas.

¿Por qué Platón quedó tan irresistiblemente hechizado y subyugado por aquel hombre?. Porque comprendió al verle la superioridad del Bien sobre lo Bello. Porque lo Bello sólo realiza lo Verdadero en el espejismo del arte, mientras que el Bien se cumple en el fondo mismo de las almas. Rara y poderosa fascinación, porque los sentidos no intervienen en ella. La vista de un verdadero justo hizo inclinar el alma de Platón hacia un ensueño más divino.

Aquel hombre le mostró la inferioridad de la belleza y de la gloria, tales como las había concebido hasta entonces, ante la belleza y la gloria del alma en acción, que atrae para siempre otras almas a su verdad, mientras que las

pompas del Arte sólo logran hacer relumbrar un momento una verdad engañosa bajo un velo que lleva a la decepción. Aquella Belleza radiante, eterna, que es "el Esplendor de la Verdad", mató a la belleza cambiante y engañosa en el alma de Platón. He aquí por qué Platón, olvidando y dejando todo lo que hasta entonces había amado, entregó su alma a Sócrates, en la flor de su juventud. Gran Victoria de la Verdad sobre la Belleza y que tuvo incalculables consecuencias para la historia del espíritu humano.

Entre tanto los amigos de Platón esperaban verle debutar como poeta en la escena. Les invitó en su casa a un gran festín, y todos se admiraron de que él quisiera dar tal fiesta en aquel momento, porque era costumbre no darla hasta después de haber obtenido el premio, y cuando la tragedia coronada se había representado. Pero nadie rehusaba una invitación del rico joven en quien las Musas y las Gracias se hallaban en compañía de Eros. Su casa servía hacía mucho tiempo de punto de reunión a la juventud elegante de Atenas. Platón gastó una fortuna para aquel banquete. Se puso la mesa en el jardín. Jóvenes provistos de antorchas iluminaban la escena. Las tres más hermosas hetairas de Atenas asistieron. El festín duró toda la noche. Se cantaron himnos al Amor y a Baco. Las tocadoras de flautas bailaron sus danzas más voluptuosas. Por fin, rogaron a Platón que recitara uno de su ditirambos. Se levantó entonces sonriente y dijo: "Este festín es el último que os doy. A partir de hoy renuncio a los placeres de la vida para consagrarme a la sabiduría y seguir las enseñanzas de Sócrates. Sabedlo todos: renuncio también a la poesía, porque he reconocido su impotencia para expresr la verdad que yo busco. Ya no haré ni un solo verso vov a quemar en vuestra presencia todos los que he compuesto". Un solo grito de asombro y de protesta se elevó de todos los puntos de la mesa, alrededor de la cual estaban acostados, en lechos suntuosos, los convidados coronados de rosas. De aquellos semblantes enrojecidos por el vino, la alegría, los chistes de la comida, unos expresaban la sorpresa, otros la indignación. Hubo entre los elegantes y los sofistas risas de incredulidad y de desprecio. Se tachó de locura y sacrilegio el proyecto de Platón; le incitaron a que volviese sobre sus pasos. Pero Platón afirmó estar resuelto, con una calma y seguridad tan grande, que no sufrían réplica. Por fin terminó diciendo: "Doy las gracias a todos los que han querido tomar parte en esta fiesta de adiós; pero no retendré conmigo más que a quienes quieran compartir mi nueva vida. Los amigos de Sócrates serán en adelante mis únicos amigos". Estas palabras pasaron como una escarcha sobre un campo de flores. Apareció súbitamente en aquellos semblantes risueños, el aire triste y embarazado de gentes que asisten a un entierro. Las cortesanas se levantaron y

se hicieron transportar en sus literas, lanzando una mirada de decepción sobre el dueño de la casa. Los elegantes y los sofistas se marcharon, despidiéndose con palabras irónicas y regocijadas: “¡Adiós, Platón!. ¡Sé dichoso!. ¡Tú volverás a nuestro campo!. ¡Adiós!. ¡Adiós!”. Dos jóvenes serios quedaron únicamente a su lado. Entonces cogió de la mano a aquellos amigos fieles, y, dejando allí las ánforas de vino medio vacías, las rosas deshojadas, las liras y las flautas esparcidas entre copas llenas, Platón les condujo al patio interior de su casa. Allí vieron, amontonados sobre un altarcillo, una pirámide de rollos de papiros. Eran las obras poéticas de Platón. El poeta, tomando una antorcha, les dio fuego con una sonrisa, pronunciando estas palabras: “Vulcano, ven aquí; Platón te necesita”. ***(Fragmento de las obras completas de Platón, conservado bajo el título “Platón quema sus poesías”).***

Cuando la llama se extinguió revoloteando en los aires, los dos amigos sintieron las lágrimas en los ojos y dijeron silenciosamente adiós a su futuro maestro. Pero Platón, solo ya, no lloraba. Una paz, una serenidad maravillosa llenaban todo su ser. Pensaba en Sócrates, a quien iba a ver. El alba naciente rozaba las terrazas de las casas, las columnatas, los frontis de los templos; y pronto el primer rayo de sol hizo brillar el casco de Minerva en la cima de la Acrópolis.

II
LA INICIACIÓN DE PLATÓN Y LA FILOSOFÍA PLATÓNICA

Tres años después que Platón era discípulo de Sócrates, éste fue condenado a muerte por el Areópago y murió rodeado de sus discípulos, bebiendo la cicuta.

Pocos acontecimientos históricos han sido tan debatidos como éste. Hay pocos, sin embargo, de que se hayan comprendido peor las causas y el alcance. Se acepta hoy que el Areópago tuvo razón, desde su punto de vista, para condenar a Sócrates como enemigo de la religión del Estado, porque, al negar los Dioses, arruinaba las bases de la república ateniense. Mostraremos en seguida que esta aserción contiene dos errores profundos. Recordemos por de pronto que Víctor Cousin ha osado escribir al frente de la ***Apología de Sócrates,*** en su bella traducción de las obras de Platón: "Anytus, hay que decirlo, era un ciudadano recomendable; el Areópago, un tribunal equitativo y moderado; y si hubiera que admirarse de algo, sería de que Sócrates hubiera sido acusado tan tarde, y que no haya sido condenado por más fuerte mayoría". El filósofo, ministro de Instrucción pública, no había visto que, de tener razón sería preciso condenar a la vez a la filosofía y a la religión, para glorificar únicamente la política de la mentira, de la violencia y de lo arbitrario. Porque, si la filosofía arruina por fuerza las bases del estado social, sólo es una pomposa locura; y si la religión sólo puede subsistir suprimiendo la investigación de la verdad, entonces sólo es una funesta tiranía. Tratemos de ser msá justos a la vez hacia la religión y la filosofía griegas.

Hay un hecho capital y decisivo que ha escapado a la mayor parte de los historiadores y de los filósofos modernos. En Grecia, las persecuciones, muy raras contra los filósofos, no partieron jamás de los templos, sino siempre de los hombres de la política. La civilización helénica no ha conocido la lucha entre los sacerdotes y los filósofos, que juegan tan gran papel en la nuestra, desde la destrucción del esoterismo cristiano en el siglo segundo de nuestra era. Tales pudo profesar tranquilamente que el mundo viene del agua; Heráclito, que sale del fuego; Anaxágoras, decir que el sol es una masa de fuego incandescente. Demócrito, pretender que todo procede de los átomos.

Ningún templo se inquietó por ello. En los templos se sabía todo eso y aún más. Se sabía también que los pretendidos filósofos que niegan los Dioses, no podían destruirlos en la conciencia nacional, y que los filósofos verdaderos creían en ellos al modo de los iniciados y veían en ellos los símbolos de las grandes categorías de la jerarquía espiritual, de lo Divino que penetra la Naturaleza, de lo Invisible que gobierna lo Visible. La doctrina esotérica servía pues de lazo entre la verdadera filosofía y la verdadera religión. He aquí el hecho profundo, primordial y final, que explica su acuerdo secreto en la civilización helénica.

¿Quién acusó a Sócrates?. Los sacerdotes de Eleusis, que habían maldecido a los autores de la guerra del Poloneso, sacudiendo el polvo de sus vestiduras hacia el Occidente, no pronunciaron una palabra contra él. En cuanto al templo de Delfos, le dio el más bello testimonio de aprecio que se pueda dar a un hombre. La Pitia, consultada sobre lo que Apolo pensaba de Sócrates, respondió ***(Jenofonte, Apología de Sócrates)***: "No hay ningún hombre más libre, más justo, más sensato". Los dos motivos de la acusación lanzada contra Sócrates: de corromper a la juventud y de no creer en los Dioses, sólo fueron un pretexto. Sobre la segunda, el acusado respondió victoriosamente a sus jueces: "Creo en mi espíritu familiar, y a mayor razón debo creer en los Dioses, que son los grandes espíritus del universo". ¿Por qué entonces ese odio implacable contra el justo?. Había él combatido la injustica, desenmascarado la hipocresía, mostrado lo falso de tantas vanas pretensiones. Los hombres perdonan todos los vicios y todos los ateísmos, pero no perdonan a quienes les quitan la careta. Por eso los verdaderos ateos que se reunían en el Areópago, hicieron morir al justo y al inocente, acusándole del crimen que ellos cometían. En su defensa admirable reproducida por Platón, Sócrates lo explica con una perfecta sencillez: "Son mis investigaciones infructuosas para encontrar hombres sabios entre los Atenienses, las que han excitado contra mí tantas peligrosas enemistades; de ahí todas las calumnias difundidas sobre mi persona; porque todos los que me oyen creen que yo sé todas las cosas, sobre las que desenmascaro la ignorancia de los otros... Intrigantes, activos y numerosos, hablando de mí según un plan concertado y con elocuencia muy capaz de seducir, hace mucho tiempo que os han llenado los oídos con los ruidos más pérfidos y persiguen Sin descanso su sistema de calumnia. Hoy concitan contra mí a Melitus, Anytus y Lycón. Melitus representa a los poetas; Anytus, a los políticos y los artistas; Lycón, a los oradores". Un poeta trágico sin talento, un rico malvado y fanático, un demagogo desvergonzado, lograron hacer condenar a muerte al mejor de los hombres. Y aquella muerte le ha

hecho inmortal. Pudo él decir con firmeza a sus jueces: "Creo más en mis dioses que ninguno de los acusadores. Tiempo es de que nos despidamos, yo para morir y vosotros para vivir. ¿Quién de nosotros sale mejor librado?. Ninguno lo sabe, excepto Dios". ***(Platón, Apología de Sócrates).***

Lejos de quebrantar la verdadera religión y sus símbolos nacionales, Sócrates hacía cuanto podía para afirmarlo. Hubiese sido el mayor sostén de su patria, sí su patria hubiese sabido comprenderle. Como Jesús, murió perdonando a sus verdugos y fue para toda la humanidad el modelo de los sabios mártires. É1 representa el definitivo advenimiento de la iniciación individual y de la Ciencia abierta.

La serena imagen de Sócrates muriendo por la verdad y pasando su última hora hablando con sus discípulos de la inmortalidad del alma, se imprimió en el corazón de Platón como el más bello de los espectáculos y el más santo de los misterios. Aquella fue su primera, su grande iniciación. Más tarde, debía estudiar la Física, la Metafísica y muchas otras ciencias; pero siempre fue el discípulo de Sócrates. El nos ha legado su viviente imagen, poniendo en boca de su maestro los tesoros de su propio pensamiento. Esa flor de modestia hace de él un discípulo ideal, como el fuego del entusiasmo le convierte en poeta de los filósofos. Aunque sepamos que no fundó su escuela hasta la edad de cincuenta años y murió a la de ochenta, no podemos figurárnosle más que siendo joven. Porque la eterna juventud es el patrimonio de las almas que, a la profundidad del pensamiento, unen un candor divino.

Platón había recibido de Sócrates el gran impulso, el principio activo y viril de su vida, su fe en la justicia y en la verdad. Debió la ciencia y la substancia de sus ideas a su iniciación en los Misterios. Su genio consiste en la forma nueva, a la vez poética y dialéctica, que supo darles. Aquella iniciación no la tomó solamente en Eleusis. Él la buscó en todas las fuentes accesibles del mundo antiguo. Después de la muerte de Sócrates, empezó a viajar. Siguió las lecciones de varios filósofos del Asia Menor. De allí fue a Egipto, para ponerse en relación con sus sacerdotes, y pasó a través de la iniciación de Isis. No alcanzó, como Pitágoras, el grado superior del adeptado, en el cual se adquiere la vista efectiva y directa de la verdad divina, con poderes sobrenaturales desde el punto de vista terrestre. Se detuvo en el tercer grado, que confiere la perfecta claridad intelectual con el dominio de la inteligencia sobre el alma y el cuerpo. Luego se fue a la Italia meridional para entrar en relaciones con los pitagóricos, sabiendo muy bien que Pitágoras había sido el mayor de los sabios griegos. Compró a peso de oro un manuscrito del Maestro. Habiendo así estudiado la tradición esotérica de Pitágoras en su

misma fuente, tomó de aquel filósofo las ideas madres y el esqueleto de su sistema. ***(“Lo que Orfeo ha promulgado por oscuras alegorías, dice Proclus, Pitágoras lo enseñó después de haber sido iniciado en los misterios, y Platón tuvo de ello conocimiento pleno por los escritos órficos y pitagóricos”. Esta opinión de la escuela alejandrina sobre la filiación de las ideas platónicas, está plenamente confirmada por el estudio comparado de las tradiciones órficas, y pitagóricas con los escritos de Platón. Esta filiación, mantenida secreta durante siglos, no fue revelada más que por los filósofos alejandrinos, porque ellos fueron los primeros en publicar el sentido esotérico de los Misterios).***

Vuelto a Atenas, Platón fundó allí su escuela, tan celebrada bajo el nombre de Academia. Para continuar la obra de Sócrates, era preciso difundir la verdad. Pero Platón no podía enseñar públicamente las cosas que los pitagóricos recubrían con un triple velo. Los juramentos, la prudencia, su objetivo mismo se lo prohibían. Es la doctrina esotérica misma lo que aparece en sus Diálogos, pero disimulada, mitigada, cargada con una dialéctica razonadora como un peso extraño; disfrazada ella misma como leyenda, mito o parábola. No se presenta aquí con el conjunto imponente que le dio Pitágoras y que hemos tratado de reconstruir, edificio fundado sobre una base inmutable, y cuyas partes están fuertemente cimentadas, sino por fragmentos analíticos. Platón, como Sócrates, se coloca sobre el terreno mismo de los jóvenes de Atenas, de los mundanos, de los retóricos y de los sofistas. Les combate con sus propias armas. Pero su genio siempre está allí; a cada instante rompe como un águila la red de la dialéctica, para elevarse con osado vuelo a las verdades sublimes que son su patria y su aire natal. Esos diálogos tienen un encanto vivo y único; en ellos se saborea, al lado del entusiasmo de Delfos y Eleusis, una claridad maravillosa, la sal ática, la malicia del bonachón Sócrates, la ironía fría y alada del sabio.

Nada más fácil que encontrar las diferentes partes de la doctrina esotérica en Platón, y de cubrir al mismo tiempo los manantiales en que ha bebido. La doctrina de las ideas tipos de las cosas, expuesta en ***Fedro,*** es un corolario de la doctrina de los ***Números sagrados*** de Pitágoras. ***(Véase aquella doctrina expuesta en el libro precedente).*** E1 ***Timeo*** da una exposición muy confusa y embrollada de la cosmogonía esotérica. — En cuanto a la doctrina del alma, de sus emigraciones y de su evolución, pasa a través de toda la obra de Platón, pero en ninguna parte aparece tan claramente como en el ***Banquete,*** en ***Fedón,*** y en la ***leyenda de Er,*** colocada al fin de ese diálogo. — Distinguimos a Psiquis bajo un velo, pero ¡cuán bella y

conmovedora brilla al través, con sus formas exquisitas y su gracia divina!.

Hemos visto en el libro precedente que la clave del Cosmos, el secreto de su constitución, de arriba abajo se encuentra en el principio ***de los tres mundos,*** reflejados por el microcosmo y el macrocosmo, en el ternario humano y divino. Pitágoras había magistralmente formulado y resumido esta doctrina bajo el símbolo de la ***Tetrada sagrada.*** Aquella doctrina del Verbo viviente, eterno, constituía el gran arcano, la fuente de la magia, el templo de diamante del iniciado, su ciudadela inexpugnable sobre el océano de las cosas. Platón no podía ni quería revelar aquel arcano de su enseñanza pública. Por de pronto el juramento de los misterios le cerraba la boca. Además, todos no habrían comprendido, el vulgo hubiese profanado indignamente ese misterio teogónico que contiene la generación de los mundos. Para combatir la corrupción de las costumbres y el desencadenamiento de las pasiones políticas, era precisa otra cosa. Con la gran iniciación, iba a cerrarse pronto la puerta del más allá, esa puerta que no se abre luminosamente, más que a los grandes profetas, a los rarísimos, a los verdaderos iniciados.

Platón reemplazó la doctrina de los Tres mundos por tres conceptos, que, a falta de la iniciación organizada, fueron durante dos mil años como tres caminos abiertos sobre el supremo objetivo. Esos tres conceptos se relacionan igualmente con el mundo humano y el mundo divino; ellos tienen la ventaja de unirse con él, aunque de una manera abstracta. Aquí se muestra el genio vulgarizador y creador de Platón. Lanza torrentes de luz sobre el mundo, poniendo en línea, una junto a otra, las ideas del Bien, de lo Bello y de lo Verdadero. Analizándolas una a otra, demostró que son tres rayos salidos del mismo foco, que al reunirse constituyen el foco mismo, es decir, Dios.

Persiguiendo el Bien, es decir, lo Justo, el alma se purifica; se prepara a conocer la Verdad, primera e indispensable condición de su progreso. — Continuando, ensanchando la idea de lo Bello, el alma alcanza la Belleza intelectual, esa luz inteligible, madre de las cosas, animadora de las formas, substancia y órgano de Dios. Sumergiéndose en el alma del mundo, el alma humana siente nacer sus alas. — Persiguiendo la idea de lo Verdadero, alcanza la pura Esencia, los principios contenidos en el Espíritu puro, reconoce su inmortalidad por la identidad de su principio con el principio divino. Perfección: epifanía del alma.

Abriendo esas grandes vías al espíritu humano, Platón ha definido y creado, fuera de los sistemas estrechos y de las religiones particulares, ***la categoría del Ideal,*** que debía reemplazar por siglos y reemplaza hasta nuestros días a la ***iniciación orgánica y completa.*** Desembarazó las tres vías

sagradas que conducen a Dios, como la vía sagrada de Atenas conducía a Eleusis por la puerta del Cerámico. Habiendo penetrado en el interior del templo con Hermes, Orfeo y Pitágoras, juzgamos mucho mejor de la solidez y de la rectitud de esas anchas rutas construidas por el divino ingeniero Platón. El reconocimiento ele la Iniciación nos justifica y da la razón de ser del Idealismo.

El ***Idealismo*** es la afirmación osada de las verdades divinas por el alma que se interroga en su soledad y juzga de las realidades celestes por las facultades íntimas y sus voces interiores. — La ***Iniciación*** es la penetración de esas mismas verdades por la experiencia del alma, por la visión directa del espíritu, por la resurrección interna. En el supremo grado, es la comunicación del alma con el mundo divino.

El ***Ideal*** es una moral, una poesía, una filosofía; la ***Iniciación*** es una acción, una visión, una presencia sublime de la Verdad. El Ideal es el ensueño y el lamento de la patria divina; la Iniciación, ese templo de los elegidos, es su clara remembranza, la posesión misma.

Construyendo la categoría del Ideal, el iniciado Platón creó un refugio; abrió el camino de salvación a millones de almas que no pueden llegar en esta vida a la iniciación directa, pero aspiran dolorosamente a la verdad. Platón hizo así de la filosofía el vestíbulo de un santuario futuro, convidando a él a todos los hombres ele buena voluntad. El idealismo de sus numerosos hijos paganos o cristianos, nos aparece como la sala de espera de la grande inicación.

Esto nos explica la inmensa popularidad y la fuerza radiante de las ideas platónicas. He aquí por qué la Academia de Atenas, fundada por Platón, duró siglos y se prolongó en la gran escuela de Alejandría. He aquí por qué los primeros Padres de la Iglesia rindieron homenaje a Platón; he aquí por qué San Agustín tomó de él las dos terceras partes de su teología. Dos mil años habían pasado desde que el discípulo de Sócrates había exhalado el último suspiro a la sombra de la Acrópolis. El cristianismo, las invasiones de los bárbaros, la Edad Media había pasado sobre el mundo. Pero la antigüedad renacía de sus cenizas. En Florencia, los Médicis quisieron fundar una academia y llamaron a un sabio griego, desterrado de Constantinopla, para organizarla. ¿Qué nombre le dio Marsile Ficin?. La llamó la academia platónica. Hoy mismo, después que tantos sistemas filosóficos, construidos uno sobre otros se han hundido en el polvo; hoy, que la ciencia ha investigado la materia en sus últimas transformaciones y se vuelve a encontrar enfrente de lo inexplicado y de lo invisible; hoy aún, Platón vuelve a nosotros. Siempre

sencillo y modesto, pero radiante de juventud eterna, nos tiende el ramo sagrado de los Misterios, el ramo de mirto y de ciprés con el narciso: ***la flor del alma*** que promete el divino renacimiento en una nueva Eleusis.

III
LOS MISTERIOS DE ELEUSIS

Los misterios de Eleusis fueron en la antigüedad griega y latina, objeto de una veneración especial. Los mismos autores que pusieron en ridículo las fábulas mitológicas, no osaron tocar al culto de las "Grandes diosas". Su reino, menos ruidoso que el de los Olímpicos, se mostró más seguro y más eficaz. En tiempo inmemorial, una colonia griega llegada de Egipto había traído a la tranquila bahía de Eleusis el culto de la grande Isis, bajo el nombre de Demeter o la madre universal. Desde aquel tiempo, Eleusis había continuado siendo un centro de iniciación.

Demeter y su hija Perséfona presidían los pequeños y los grandes misterios; de ahí su prestigio. Si el pueblo reverenciaba la tierra madre en Ceres, diosa de la agricultura, los iniciados veían en ella la luz celeste, madre de las almas y la Inteligencia divina, madre de los dioses cosmogónicos. Su culto estaba servido por sacerdotes pertenecientes a la más antigua familia sacerdotal del Atica. Se llamaban hijos de la Luna, es decir, nacidos para ser mediadores entre la Tierra y el Cielo, salidos de la esfera donde se encuentra el puente lanzado entre las dos regiones, por el cual las almas descienden y suben. Desde el origen sus funciones habían consistido en "cantar, en este abismo de miserias, las delicias de la celeste estancia y enseñar los medios de volver a encontrar el carriño". De aquí su nombre de Eumólpidos o "cantores de las melodías bienhechoras", dulce regeneradoras de los hombres. Los sacerdotes de Eleusis enseñaron siempre la gran doctrina esotérica que de Egipto le llegara. Pero en el curso de las edades la revistieron con todo el encanto de una mitología plástica y encantadora. Por un arte sutil y profundo, aquellos magos supieron servirse de las pasiones terrestres para expresar celestes ideas. Aprovecháronse del atractivo de los sentidos, de la pompa de las ceremonias, de las seducciones del arte, para insinuar en el alma una vida mejor y en el espíritu la inteligencia de las verdades divinas. En parte alguna los misterios aparecen bajo una forma tan humana, tan vívida y coloreada.

El mito de Ceres y de su hija Proserpina forma el corazón del culto de Eleusis. ***(Véase el himno homérico a Deméter).*** Como una teoría brillante, toda la iniciación eleusiana gira y se desenvuelve alrededor de aquel círculo luminoso. Más, en su sentido íntimo, este mito es la representación simbólica

de la historia del alma, de su descenso a la materia, de sus sufrimientos en las tinieblas del olvido, y luego de su reascensión y de su vuelta a la vida divina. — En otros términos, es el drama de la caída y de la redención bajo su forma helénica.

Se puede afirmar por otra parte, que para el ateniense cultivado e iniciado del tiempo de Platón, los misterios de Eleusis ofrecían el complemento explicativo, el contraste luminoso de las representaciones trágicas de Atenas. Allí, en el teatro de Baco, ante el pueblo alborotado y clamoroso, los encantamientos terribles de Melpómene evocaban al hombre terrestre cegado por sus pasiones, perseguido por la Némesis de sus crímenes, cargado con un Destino implacable y con frecuencia incomprensible. Allí resonaban las luchas de Prometeo, las imprecaciones de las Erinias; allí rugían las desesperaciones de Edipo y los furores de Orestes. Allí reinaban el Terror sombrío y la Piedad lamentable. En Eleusis, en el recinto de Ceres, todo se iluminaba. El círculo de las cosas se extendía para los iniciados devenidos videntes. La historia de Psiquis-Perséfona era para cada alma una revelación sorprendente. La vida se explicaba como una expiación o como una prueba. Acá y allá, en su presente terrestre, el hombre descubría las zonas estrelladas de un pasado, de un porvenir divino. Después de las angustias de la muerte, las esperanzas, las liberaciones, los goces elíseos y a través de los pórticos del templo abierto, los cantos de los bienaveturados, la luz emergente de un maravilloso más allá.

He aquí lo que eran los Misterios frente a la Tragedia: el drama divino del alma completando, explicando el drama terrestre del hombre.

Los Misterios menores se celebraban en el mes de febrero, en Agrae, pueblo vecino de Atenas. Los aspirantes que habían sufrido un examen preliminar y dado pruebas de su buen nacimiento, de su educación y de su honradez, eran recibidos a la entrada de un recinto cerrado, por el sacerdote de Eleusis llamado ***hierocerуx*** o heraldo sagrado, asimilado a Hermes, cubierto como él con el petaso y portador del caduceo. Era el guía, el mediador, el intérprete de los Misterios. Él conducía a los aspirantes hacia un pequeño templo de columnas jónicas, dedicado a ***Koré,*** la gran Virgen Perséfona. El gracioso santuario de la diosa se ocultaba en el fondo de un valle tranquilo, en medio de un bosque sagrado, entre grupos de tejos y algunos álamos blancos. Entonces las sacerdotisas de Proserpina, las hierofántidas, salían del templo con peplos inmaculados, brazos desnudos, coronadas de narcisos. Se colocaban en línea en lo alto de la escalera y entonaban una melopea grave, al modo dórico. Decían ellas acentuando sus palabras, con solemne ademán:

"¡Oh aspirantes de los Misterios!, aquí estáis en el pórtico de Proserpina. Todo cuanto vais a ver va a sorprendcros. Sabréis que vuestra vida presente no es más que un tejido de sueños mentirosos y confusos. El sueño que os rodea de una zona de tinieblas, lleva vuestros ensueños y vuestros días en su flujo, como los restos flotantes que se desvanecen a la vista. Pero al otro lado, se extiende una zona de luz eterna. ¡Que Perséfona os sea propicia y os enseñe ella misma a franquear el río de las tinieblas y a penetrar hasta la Deméter celeste!".

Luego, la prophantida, o profetisa que dirigía el coro, desecendía tres escalones y profería esta maldición con voz solemne, con mirada terrible: "¡Pero desgraciados aquellos que vinieran a profanar los Misterios!. Porque la diosa perseguirá sus corazones perversos durante toda su vida y en el reino de las sombras no dejará su presa!".

En seguida transcurrían varios días dedicados a abluciones, ayunos, oraciones e instrucciones.

En la noche del último día, los neófitos se reunían en la parte más secreta del bosque sagrado para asistir en él al ***rapto de Perséfona.*** La escena se representaba al aire libre por las sacerdotisas del templo. La costumbre se remontaba muy lejos y el fondo de aquella representación, la idea dominante, fue siempre la misma, aunque la forma variase mucho en el curso de las edades. En tiempo de Platón, gracias al desarrollo reciente de la tragedia, la antigua severidad hierática había cedido el puesto a un gusto más humano, más refinado, y a una tendencia pasional. Guiados por el hierofante, los poetas anónimos de Eleusis habían hecho de aquella escena un pequeño drama que se desarrollaba poco más o menos de este modo:

(Los neófitos llegan de a dos, a un claro del bosque. En el fondo se ven rocas ante una gruta, rodeadas de un bosque de mirtos y de algunos álamos. Delante una pradera, donde hay ninfas recostadas alrededor de un manantial. En el fondo de la gruta, donde se ve a Perséfona sentada sobre un sitial. Desnuda hasta la cintura como una Psíquis, su busto esbelto emerge castamente de unos lienzos arrollados como un vapor azul a su talle. Parece dichosa, inconsciente de su belleza, y borda un amplio velo de hilos multicolores. Deméter, su madre, está en pie cerca de ella, tocada con el kalathos, cetro en mano).

HERMES ***(el heraldo de los Misterios, a los concurrentes).***

— Demeter nos hace dos regalos excelentes: los frutos para que no

vivamos como las bestias, y la iniciación, que da una esperanza más dulce a los que de ella participan, en cuanto al fin de esta vida y por toda la eternidad. Prestad atención a las palabras que vais a oir, a las cosas que vais a ver.

DEMÉTER ***(con voz grave).*** — Hija amada de los Dioses, habita en esta gruta hasta mi vuelta y borda mi velo. El cielo es tu patria, el universo es tuyo. Tú ves a los Dioses; ellos acuden a tu voz. Pero no escuches la voz de Eros el astuto, de suaves miradas y pérfidos consejos. Guárdate de salir de la gruta y no recojas jamás las flores seductoras de la tierra; su perfume embriagador y funesto te haría perder la luz del cielo y hasta el recuerdo. Teje mi velo, y vive dichosa hasta mi vuelta, con las ninfas tus compañeras. Entonces, en mi carro de fuego, tirado por serpientes, te volveré a los esplendores del Eter, sobre la vía láctea.

PERSÉFONA. — Sí, madre augusta y temible, por esta luz que te rodea y que me es cara, lo prometo, y que los Dioses me castiguen si no cumplo mi juramento. ***(Deméter sale).***

EL CORO DE LAS NINFAS. — ¡Oh Perséfona!. ¡Oh Virgen, Oh casta prometida del Cielo, que bordas la figura de Dios sobre tu velo!. Que no conozcas jamás las vanas ilusiones y los males innumerables de la tierra. La eterna verdad te sonríe. Tu esposo celeste, Dyonisos, te espera en el Empíreo. A veces se te aparece bajo la forma de un Sol lejano; sus rayos te acarician; él respira tu aliento y tú bebes su luz... De antemano os poseéis... ¡Oh Virgen!; ¿Quién es más feliz que tú?.

PERSÉFONA. — Sobre este azul de interminables pliegues bordó mi aguja de marfil las infinitas figuras de los seres de todas las cosas. He terminado la historia de los Dioses; he bordado el Caos terrible de cien cabezas y mil brazos. De allí deben salir los seres mortales. ¿Quién, pues, los hizo nacer?. El Padre de los Dioses me lo ha dicho; es Eros. Pero nunca le he visto, ignoro su forma. ¿Quién me describirá su rostro?.

LAS NINFAS. — No pienses en ello. ¿Por qué esa vana pregunta?.

PERSÉFONA ***(se levanta y arroja el velo).*** — ¡Eros!, el más antiguo y sin embargo el más joven de los Dioses, fuente inagotable de los goces y las lágrimas — pues así me han hablado de ti —, Dios terrible, sólo desconocido, único Invisible de los Inmortales y único deseable. ¡Misterioso Eros!, ¡qué turbación, qué vértigo me arrebata a tu nombre!.

EL CORO. — No trates de saber más. Las cuestiones peligrosas han perdido a hombres y aun a Dioses.

PERSÉFONA ***(fija en el vacío sus ojos llenos de espanto).***— ¿Es un recuerdo?. ¿Es un presentimiento terrible?. ¡El Caos..., los hombres..., el

abismo de las generaciones, el grito de los nacimientos, los clamores furiosos del odio y de la guerra... el abismo de la muerte!. Oigo, veo todo eso y ese abismo me atrae, me sujeta; es preciso que a él descienda. Eros me sume en él, con su antorcha incediaria. ¡Ah!, voy a morir. Lejos de mí este sueño horrible. ***(Se cubre la cara con las manos y solloza).***

EL CORO. — ¡Oh virgen divina!, sólo es un sueño; más tomaría cuerpo, llegaría a ser la fatal realidad, y tu cielo desaparecería como un vano sueño, si cedieras a tu deseo culpable. Obedece a esta advertencia saludable, vuelve a tomar tu aguja y teje tu velo. ¡Olvida al astuto, imprudente, criminal Eros!.

PERSÉFONA *(quita las manos de su rostro, que ha cambiado de expresión. Sonríe a través de sus lágrimas).* — ¡Qué locas sois!. ¡Qué insensata era!. Recuerdo ahora, lo he oído decir en los misterios olímpicos: Eros es el más bello de los dioses; sobre un carro alado preside las evoluciones de los Inmortales, a la mezcla de las esencias primeras. Él es quien conduce a los hombres osados, a los héroes, desde el fondo del Caos a las cumbres del Éter. Sabe todo; como el Fuego Principe, atraviesa todos los mundos, tiene las llaves de la tierra y del cielo. ¡Quiero verle!.

EL CORO. — ¡Desgraciada!. ¡Detente!.

EROS *(sale del bosque bajo la forma de un adolescente alado).* — ¿Me llamas, Perséfona?. Aquí me tienes.

PERSÉFONA *(se vuelve a sentar).* — Dicen que eres astuto y tu semblante es la inocencia misma; te dicen todopoderoso y pareces débil niño; te llaman traidor y cuanto más miro tus ojos, más se regocija mi corazón, más confianza adquiero en ti, hermoso mozo risueño. Dicen que eres sabio y hábil. ¿Puedes ayudarme a bordar este velo?.

EROS. — De buena gana: aquí estoy, cerca de ti, a tus pies. ¡Qué maravilloso velo!. Parece empapado en el azul de tus ojos. ¡Qué admirables figuras ha bordado tu mano, menos bellas que la divina bordadora, que no se ha visto nunca en un espejo!. ***(Sonríe malicioso).***

PERSÉFONA. — ¡Verme yo misma!. ¿Sería ello posible?. ***(Se ruboriza).*** ¿Pero reconoces tú estas figuras?.

EROS. — ¿Que si las conozco?: la historia de los Dioses. Pero ¿Por qué detenerte en el Caos?. Ahí es donde la lucha comienza. ¿No tejerás la guerra de los Titanes, el nacimiento de los hombres y sus amores?.

PERSÉFONA. — Mi ciencia se detiene aquí y me falta la memoria. ¿No me ayudarás a bordar lo que sigue?.

EROS *(le lanza una mirada inflamada).* — Sí, Perséfona; pero con

una condición, y es que, para comenzar, vengas a coger conmigo una flor de la pradera, la más hermosa de todas.

PERSÉFONA ***(seria).*** — Mi madre augusta y sabia me lo ha prohibido. “No escuches la voz de Eros, me dijo, ni recojas las flores de la pradera. Si desobedeces, serás la más miserable de los Inmortales”.

EROS. — Comprendo. Tu madre no quiere que conozcas los secretos de la tierra y de los infiernos. Si respirases las flores de la pradera te serían revelados.

PERSÉFONA. — ¿Los conoces?.

EROS. — Todos; y ya lo ves, soy por esto más joven y más ágil. ¡Oh hija de los dioses!, el abismo tiene terrores y escalofríos que el cielo ignora; pero no comprende el cielo quien no ha atravesado por la tierra y los infiernos.

PERSÉFONA. — ¿Puedes hacérmelos comprender?.

EROS. — Sí; ¡mira! ***(Toca la tierra con la punta de su arco; de ella sale un gran narciso).***

PERSÉFONA. — ¡Oh, qué admirable flor!. Hace temblar y surgir en mi corazón una divina reminiscencia. A veces, dormida sobre una cumbre de mi astro amado, que dora un eterno poniente, al despertar he visto flotar, en la púrpura del horizonte, una estrella de plata por el seno nacarado del cielo verde pálido. Me parecía entonces que ella era la antorcha del inmortal esposo, promesa de los dioses del divino Dionisos. Pero la estrella bajaba, bajaba... y la antorcha moría a lo lejos. Esta flor maravillosa parece aquella estrella.

EROS. — Yo que transformo y uno todas las cosas, yo que hago de lo pequeño la imagen de lo grande, de la profundidad el espejo del cielo; yo que mezclo el cielo y el infierno sobre la tierra, que elaboro todas las formas en el profundo océano, he hecho renacer tu estrella del abismo bajo la forma de una flor, para que puedas tocarla, cogerla y respirarla.

EL CORO. — ¡No olvides que esa magia puede ser un lazo que te tiende!.

PERSÉFONA. — ¿Cómo llamas a es flor?.

EROS. — Los hombres la llaman Narciso; yo la llamo Deseo. Ve cómo te mira, cómo se vuelve hacia ti. Sus blancos pétalos se estremecen como sí vivieran, de su corazón de oro se escapa un perfume que llena toda la atmósfera de voluptuosidad. En cuanto te lleves esta flor mágica a tu rostro, verás, en un cuadro inmenso y maravilloso, los monstruos del abismo, la tierra profunda y el corazón de los hombres. Nada quedará oculto para ti.

PERSÉFONA. — ¡Oh flor maravillosa de embriagador perfume!, mi corazón palpita, mis dedos arden al tomarte. Quiero respirarte, apretarte contra

mis labios, saturarme de tu embelesador perfume, ponerte sobre mi corazón, aunque tuviera que morir.

(La tierra se entreabre al lado de ella. De la grieta abierta y negra se ve surgir lentamente, hasta la mitad del cuerpo, a Plutón, sobre un carro tirado por dos caballos negros. Coge a Perséfona en el instante en que toma la flor, y la atrae violentamente hacia sí. Ella se retuerce inútilmente en sus brazos y lanza un grito. En seguida el carro se hunde y desaparece. Su rodar se pierde a lo lejos como un trueno subterráneo. Las ninfas huyen gimiendo hacia el bosque. Eros se escapa lanzando una gran carcajada).

LA VOZ DE PERSÉFONA *(bajo tierra).* — ¡Madre mía!. ¡Socorro!. ¡Madre mía!.

HERMES. — ¡Oh aspirantes de los misterios, cuya vida se halla aún oscurecida por los vapores de una mala vida!, ésta es vuestra historia. Guardad y meditad esta expresión de Empédocles: “la generación es una destrucción terrible, que hace pasar a los vivos al lado de los muertos. En otro tiempo habéis vivido la verdadera vida y luego, atraídos por un encanto, habéis caído al abismo terrestre, subyugados por el cuerpo. Vuestro presente sólo es un sueño letal. El pasado y el porvenir, existen solos realmente. Aprended a recordarlo, aprended a prever”.



Durante esta escena, la noche había cerrado, fúnebres antorchas se encendían entre los cipreses negros, al lado del pequeño templo, y los espectadores se alejaban en silencio, perseguidos por los cánticos desolados de las hierofántidas, que clamaban: “¡Perséfona! ¡Perséfona!”. Habían terminado los pequeños misterios. Los neófitos se habían convertido en ***mistos,*** es decir, ***velados.*** Volvían a sus habituales ocupaciones, pero el ***gran velo de los misterios*** se había extendido sobre sus ojos. Entre ellos y el mundo exterior se había interpuesto una nube. Al mismo tiempo un ojo interno se había abierto en su espíritu, por el cual veían vagamente otro mundo lleno de formas atractivas, que se movían en abismos, por turno, espléndidos y tenebrosos.

Los grandes misterios que eran la continuación de los pequeños y que se llamaban también las ***Orgías sagradas,*** sólo se celebraban cada cinco años, en el mes de septiembre, en Eleusis.

Esas fiestas, completamente simbólicas, duraban nueve días; en el octavo se distribuía a los mistos las insignias de la iniciación, el tirso y una

canastilla llamada cisto, rodeada de ramas de hiedra. Ésta contenía objetos misteriosos cuya comprensión debía dar el secreto de la vida. Pero la canastilla estaba cuidadosamente cerrada y sellada. Sólo era permitido abrirla al fin de la iniciación y ante el hierofante.

Luego se entregaban a una alegría desbordante, agitaban antorchas, las pasaban de uno a otro, lanzando gritos de entusiasmo. Aquel día, un cortejo llevaba de Atenas a Eleusis la estatua de Dionisos coronado de mirtos, que se llamaba Iacchos. Su llegada a Eleusis anunciaba el gran renacimiento, porque representaba al espíritu divino que penetra en todas las cosas, al regenerador de las almas, al mediador entre la tierra y el cielo.

Esta vez entraban en el templo por la puerta mística para pasar en él la noche santa, o noche de la iniciación.

Al principio penetraban bajo un vasto pórtico comprendido en el recinto exterior. Allí el heraldo, con terribles amenazas y el grito ***¡Eskato Bebeloi!*** (¡fuera de aquí los profanos!), se separaba a los intrusos que conseguían a veces deslizarse en el recinto con los mistos. A éstos hacía jurar, bajo pena de muerte, no revelar nada de lo que vieran. Entonces agregaba: “Estáis aquí en el umbral subterráneo de Perséfona. Para comprender la vida futura y vuestra presente condición, preciso es haber atravesado por el imperio de la muerte; es la prueba de los iniciados. Es preciso saber desafiar a las tinieblas para gozar de la luz”. Enseguida se revestían de la piel de cervato, imagen de la laceración y desgarramiento del alma sumergida en la vida corporal. Luego se apagaban las antorchas y las lámparas y entraban en el laberinto subterráneo.

Los mistos tanteaban al principio en las tinieblas. Pronto oían ruedos, gemidos y voces terribles. Relámpagos acompañados de truenos surcaban la oscuridad. A su resplandor se veían visiones terroríficas: a veces un monstruo, quimera o dragón; otras un hombre lacerado bajo los pies de una esfinge o una larva humana. Estas apariciones eran tan repentinas que no había tiempo de distinguir al artífice que las producía, y la oscuridad completa que las sucedía, redoblaba su horror. Plutarco relaciona el terror que daban esas vísiones con el estado de un hombre en su lecho de muerte.

La escena más extraña y que tocaba a la magia verdadera, ocurría en una cripta donde un sacerdote frigio, vestido con un ropaje asiático abigarrado, de rayas verticales, rojas y negras, estaba en pie ante un brasero de cobre, que iluminaba vagamente la sala, con luz intermitente. Con un gesto que no admitía réplica, obligaba a los recién llegados a sentarse a la entrada, y lanzaba al brasero grandes puñados de perfumes narcóticos. La sala se llenaba de espesos torbellinos de humo y pronto se distinguía una multitud confusa de

formas cambiantes, animales y humanas. A veces, eran largas serpientes que se estiraban cual sirenas y se enrollaban en un nudo interminable; otras, bustos de ninfas voluptuosamente inclinados, con los brazos extendidos, se transformaban en murciélagos; cabezas encantadoras de adolescentes en otras de perro. Y todos esos monstruos, tan pronto bellos como asquerosos, flúidos, aéreos, decepcionantes, irreales, que tan pronto aparecían como desaparecían, giraban, brillaban, daban vértigo, envolvían a los mystos fascinados, como para impedirles el paso. A veces el sacerdote de Cibeles extendía su varita en medio de los vapores, y el efluvio de su voluntad parecía imprimir a la ronda multiforme un movimiento de torbellino y una vitalidad inquietante. — ¡Pasad!, decía el frigio. Los mistos se levantaban y entraban en el círculo. Entonces, la mayor parte se sentían rozados de un modo extraño, otros rápidamente tocados por invisibles manos o violentamente lanzados a tierra. Algunos retrocedían de miedo y volvían a salir por donde habían entrado. Los más valientes sólo pasaban después de intentarlo varias veces, porque una firme resolución desvanecía por completo el sortilegio. ***(La ciencia contemporánea sólo vería en esos fenómenos sencillas alucinaciones o sugestiones. La ciencia del esoterismo antiguo atribuía a ese género de hechos, que con frecuencia se producían en los Misterios, un valor a la par subjetivo y objetivo. Ella creía en la existencia de espíritus elementales, sin alma individualizada y sin razón, semiconscientes, que llenan la atmósfera terrestre, y son en cierto modo las almas de los elementos. La magia, que es la voluntad puesta en obra en el manejo de las fuerzas ocultas, los hace visibles a veces. De ellos habla Heráclito, cuando dice: "La naturaleza está en todas partes llena de demonios". Platón les llama demonios de los elementos; Paracelso, elementales. Según este médico teósofo del siglo XVI, son atraídos por la atmósfera magnética del hombre, en ella se electrizan y son capaces entonces de revestir todas las formas imaginables. Cuanto más se entrega el hombre a sus pasiones tanto más llega a ser presa de ellos, sin sospecharlo. El mago puede dominarlos únicamente, y servirse de ellos, pero constituyen una esfera de ilusiones decepcionantes y de locuras, que debe dominar y franquear a su entrada en el mundo oculto. A ello se refiere Bulwer, llamándolos guardianes del umbral en su curiosa novela Zanoni).***

Entonces se llegaba a una sala circular muy grande, iluminada fúnebremente por raros candelabros. En el centro una columna sola, un árbol de bronce, cuyo follaje metálico se extiende sobre todo el techo. ***(Es el árbol de los sueños mencionado por Virgilio en el descenso de Eneas a los Infiernos, en el libro VI de la Eneida, que reproduce las escenas principales***

de los misterios de Eleusis. con ampliaciones poéticas). En aquel follaje se ocultan e incrustan quimeras, gorgonas, arpías, buhos y esfinges, imágenes parlantes de todos los males terestres, de todos los demonios que se encarnizan con el hombre. Esos monstruos reproducidos en metales relucientes, se enrollan a las ramas, y desde arriba parecen acechar su presa. Bajo el árbol se encuentra Plutón-Aidonea, en un trono magnífico, con manto de púrpura. Bajo él la nebrida, su mano sostiene el tridente, su frente está pensativa. Al lado del rey de los Infiernos, que no sonríe nunca, está su esposa: la alta, la esbelta Perséfona. Los mistos la reconocen bajo las facciones de la hierofántida que había ya representado a la diosa en los Misterios memores. Es bella aún, más bella quizá en su melancolía; más, ¡cuán cambiada bajo su traje de luto, con adornos de plata y bajo la diadema de oro!. Ya no es la Virgen de la gruta; ahora conoce la vida del fondo y por ella sufre. Reina sobre los poderes inferiores, es soberana entre los muertos, pero extraña en su imperio. Pálida sonrisa ilumina su semblante ensombrecido por la sombra del Infierno. ¡Ah!. En aquella sonrisa hay la ciencia del Bien y del Mal, el encanto inexplicable del dolor sentido y mudo. El sufrimiento enseña la piedad. Acoge ella a los mistos con una mirada de compasión y ellos se arrodillan y depositan a sus pies coronas de narciso. Entonces reluce en sus ojos una llama mortecina, esperanza perdida, ¡lejano recuerdo del cielo!.

De repente, al extremo de una galería ascendente brillan antorchas y, como un sonido de trompeta, una voz clama: "¡Venid mistos! ¡Iacchos ha vuelto!. Deméter espera a su hija. ¡Evohé!". Los ecos sonoros del subterráneo repiten ese grito. Perséfona se levanta sobre su trono, como despertada en sobresalto de un largo sueño, y penetrada por un pensamiento fulgurante: "¡La Luz! ¡Madre mía! ¡Iacchos!". Quiere andar, pero Aidonea la retiene por la tela de su traje y vuelve a caer sobre su trono como muerta. Entonces las luces se apagan de repente, y una voz exclama: "¡Morir, es renacer!". Entonces los mistos se abalanzan hacia la galería de los héroes y de los semidioses, hacia la abertura del subterráneo, donde les esperan Hermes y el porta-antorchas. Les quitan la piel de cervato, les rocían con agua lustral, les revisten con lino fresco y les llevan al templo espléndidamente iluminado, donde les recibe el hierofante, el gran sacerdote de Eleusis, anciano majestuoso, vestido de púrpura.

Y ahora, dejemos hablar a Porfirio. He aquí cómo cuenta la iniciación suprema de Eleusis:

"Coronados de mirtos, entramos, con los otros iniciados, en el vestíbulo del templo — ciegos aún —; pero el hierofante, que está en el interior, pronto

nos va a abrir los ojos. Más antes — porque no hay que hacer nada con precipitación — lavémonos con el agua sagrada. Porque se nos ruega que entremos con el corazón y las manos limpias en el recinto sagrado. Conducidos ante el hierofante, nos lee, en un libro de piedra, cosas que no debemos divulgar, bajo pena de muerte. Digamos sólo que ellas se armonizan con el lugar y la circunstancia. Reiríais quizá si las oyeseis fuera del Templo; pero aquí no tenéis ninguna gana de ello al escuchar las palabras del anciano, porque siempre se porta como tal, y al mirar los símbolos revelados. ***(Los objetos de oro, encerrados en el canastillo, eran: la piña (símbolo de la fecundidad, de la generación), la serpiente en espiral (evolución universal del alma; caída en la materia y rendención por el espíritu), el huevo (recordando la esfera o perfección divina, objetivo del hombre).*** Y estáis muv lejos de la risa cuando Deméter confirma, por su idioma particular y sus signos, por vivos centelleos de luz, nubes amontonadas sobre nubes, todo lo que hemos visto y oído de su sacerdote sagrado; entonces, finalmente, la luz de una serena maravilla llena el Templo; vemos los puros campos de Elíseo; oímos el coro de los bienaventurados; entonces, no es solamente por una externa apariencia o por una interpretación filosófica, sino en hecho y realidad, como el hierofante se convierte en el creador **(δημιουργός)** y el revelador de todas las cosas; el Sol sólo es su porta-antorchas, la Luna su oficiante cerca del altar, y Hermes su Heraldo místico. Pero la última palabra se ha pronunciado: **Konx Om Pax**”. ***(Esas palabras misteriosas no tienen sentido alguno en griego. Eso prueba, en todo caso, que son muy antiguas y vienen del Oriente. Wilford les da un origen sánscrito. Knox vendría de Kansha, significando: el objeto del más profundo deseo: Om de Oum, alma de Brahma, y Pax de Pasha, giro, cambio, ciclo. La bendición suprema del hierofante de Eleusis significaba, pues: ¡Que tus deseos se cumplan; vuelve al alma universal!).***

El rito se ha consumado y nosotros somos Videntes **(ςποπται)** para siempre.

¿Qué decía, pues, el gran hierofante?. ¿Cuáles eran esas palabras sagradas, esa revelación suprema?.

Los iniciados aprendían que la divina Perséfona, que habían visto en medio de los terrores y suplicios de los infiernos, era la imagen del alma humana encadenada a la materia en esta vida, o entregada en la otra a quimeras y tormentos más grandes aún, si ha vivido esclava de sus pasiones. Su vida terrestre es una expiación o una prueba de existencias precedentes. Pero el alma puede purificarse por la disciplina, puede acordarse y presentir

por el esfuerzo combinado de la intuición, la razón y la voluntad, y participar de antemano de las vastas verdades de que ella debe tomar posesión plena y entera en el inmenso más allá. Unicamente entonces Perséfona volverá a ser la pura, la luminosa, la Virgen inefable, dispensadora del amor y de la alegría. — En cuanto a su madre Ceres, era en los misterios el símbolo de la Inteligencia divina y del principio intelectual del hombre, que éste debe alcanzar para obtener su perfección.

De creer a Platón, Jámblico, Proclus y todos los filósofos alejandrinos, los mejores de los iniciados tenían en el interior del templo visiones de un carácter extático y maravilloso. He citado el testimonio de Porfirio. He aquí el de Proclus: "En todas las iniciaciones y misterios, los dioses (esa palabra significa aquí toda clase de espíritus) muestran muchas formas de sí mismos y aparecen bajo gran variedad de figuras; a veces es una luz sin forma, otras esta luz reviste una forma humana, otras una forma diferente". ***(Proclo, Comentario de la República de Platón).*** He aquí el pasaje de Apuleyo: "Me aproximé a los confines de la muerte y habiendo alcanzado el umbral de Proserpina, de él volví, habiendo sido llevado a través de todos los elementos (espíritus elemetales de la tierra, del agua, del aire y del fuego). En las profundidades de media noche, vi al Sol con luz espléndida al mismo tiempo que a los dioses infernales y a los dioses superiores y aproximándome a estas divinidades, les pagué el tributo de una piadosa adoración".

Por vagos que sean estos testimonios, parecen relacionarse con fenómenos ocultos. Según la doctrina de los misterios, las visiones extáticas del templo se producían a través del más puro de los elementos: la luz espiritual asimilada a la Isis celeste. Los oráculos de Zoroastro la llaman la Naturaleza que habla por sí misma, es decir, un elemento por medio del cual el Mago da una expresión visible e instantánea al pensamiento, y que sirve igualmente de cuerpo y de vestidura a las almas, que son los más bellos pensamientos de Dios. Por esta razón el hierofante, si tenía el poder de producir ese fenómeno, de poner a los iniciados en relación con las almas de los héroes y de los dioses (ángeles y arcángeles), era asimilado en ese momento al Creador, al Demiurgo; el Porta-antorchas al Sol, es decir, a la luz hiperfísica; y el Hermes a la palabra divina que es su intérprete. Cualesquiera que fueran los efectos de estas visiones, no hay más que una voz en la antigüedad sobre la exaltación serena que producían las últimas revelaciones de Eleusis. Entonces una felicidad desconocida, una paz sobrehumana descendía al corazón de los iniciados. La vida parecía vencida, el alma libertada, el ciclo temible de las existencias, terminado. Todos se volvían a

considerar con una alegría límpida, una certidumbre inefable, el puro éter del alma universal.

Acabamos de hacer revivir el drama de Eleusis con su sentido íntimo y oculto. He indicado el hilo conductor que atraviesa el laberinto, he mostrado la gran unidad que domina a su riqueza y a su complejidad. Por una armonía sabia y soberana, un lazo estrecho unía las ceremonias variadas al drama divino que formaba el centro ideal, el foco luminoso de aquellas fiestas religiosas. Así los iniciados se identificaban poco a poco con la acción. De simples espectadores se convertían en actores y reconocían al fin que el drama de Perséfona pasaba en ellos mismos. ¡Y qué sorpresa, qué gozo en ese descubrimiento!. Si sufrían, si luchaban como ella en la vida presente, tenían ellos como la esperanza de volver a encontrar la felicidad divina, la luz de la Grande Inteligencia. Las palabras del hierofante, las escenas y las revelaciones del templo les daban la certidumbre de ello. No hay que decir que cada uno comprendía estas cosas según su grado de cultura y su capacidad intelectual. Porque, como dice Platón, y ello es verdad para todos los tiempos, hay muchas personas que llevan el tirso y la varita, y pocos inspirados. Después de la época de Alejandro, las Eleusinias fueron contaminadas en cierto modo por la decadencia pagana, pero su fondo sublime subsistió y las salvó de la destrucción que sufrieron los otros templos. Por la profundidad de su doctrina sagrada, por el esplendor de su presentación, los Misterios se mantuvieron durante tres siglos frente al cristianismo creciente. Ellos reunían entonces a los escogidos, que, sin negar que Jesús fuese una manifestación de orden heroico y divino, no querían olvidar, como lo hacía ya la Iglesia de entonces, la vieja ciencia y la doctrina sagrada. Fue preciso un edicto de Teodosio ordenando arrasar el templo de Eleusis, para dar fin a aquel culto augusto, donde la magia del arte griego había logrado incorporarse las más altas doctrinas de Orfeo, de Pitágoras y de Platón.

Hoy el asilo de la antigua Demeter ha desaparecido sin dejar huella en la bahía silenciosa de Eleusis, y la mariposa, el insecto de Psiquis que atraviesa el golfo azulado los días de primavera, recuerda que aquí en otra época la Gran Desterrada, el Alma humana, evocó a los Dioses y reconoció su eterna patria.

LIBRO VIII
JESÚS
LA MISIÓN DEL CRISTO

No he venido para abolir la Ley y los Profetas, sino para seguirlos...

Mateo, V, 17.

La Luz está en el mundo, y el mundo ha sido hecho por ella; pero el mundo no la ha conocido.

Juan, L, 10.

El advenimiento del Hijo del Hombre será como un relámpago que sale del Oriente y va hacia el Occidente.

Mateo, XXIV, 27.

I
ESTADO DEL MUNDO AL NACIMIENTO DE JESÚS *

Solemne era la hora del mundo; el cielo del planeta estaba ensombrecido y lleno de presagios siniestros.

A pesar del esfuerzo de los iniciados, el politeísmo sólo había conducido en Asia, en África y en Europa a un desastre de la civilización. Esto no disminuye el alcance de la sublime cosmogonía de Orfeo, tan espléndidamente cantada, aunque ya disminuida, por Homero. Sólo se puede acusar a la naturaleza humana de su dificultad en mantenerse en cierta altura intelectual. Para los grandes espíritus de la antigüedad, los Dioses jamás fueron otra cosa que una expresión poética de las fuerzas jerarquizadas de la naturaleza, una imagen parlante de su organismo interno, y también como símbolos de las fuerzas cósmicas y anímicas, esos Dioses viven indestructibles en la conciencia de la humanidad. En el pensamiento de los iniciados, esa diversidad de dioses o fuerzas estaba dominada y penetrada por el Dios supremo o Espíritu puro. El objeto principal de los santuarios de Memfis, de Delfos y de Eleusis había sido precisamente enseñar esa unidad de Dios con las ideas teosóficas y la disciplina moral que con ello se relacionan. Pero los discípulos de Orfeo, de Pitágoras y de Platón fracasaron ante el egoísmo de los políticos, ante la mezquindad de los sofistas y las pasiones de la multitud. La descomposición social y política de Grecia fue la consecuencia de su descomposición religiosa, moral e intelectual. Apolo, el verbo solar, la manifestación del Dios supremo y del mundo supraterrestre por la belleza, la justicia y la adivinación, se calla. Ya no hay más oráculos, más inspirados, más verdaderos poetas: Minerva-Sabiduría y Providencia, se vela ante su pueblo transformado en sátiro, que profana los Misterios, insulta a los sabios y a los dioses, en el teatro de Baco, en las farsas aristofanescas. Los misterios mismos se corrompen, pues se admite a las sicofantes y a las cortesanas en las fiestas de Eleusis. — Cuando el alma se espesa, la religión se vuelve idólatra; cuando el pensamiento se materializa, la filosofía cae en el escepticismo. Así vemos a Luciano, microbio naciente sobre el cadáver del paganismo, burlarse de los mitos, después que Carneade desconoció su origen científico.

Supersticiosa en religión, agnóstica en filosofía, egoísta y disolvente en política, ebria de anarquismo y condenada a la tiranía; he aquí lo que habría llegado a ser aquella Grecia divina, que nos ha transmitido la ciencia egipcia y los misterios del Asia bajo las inmortales formas de la belleza.

Si alguno comprendió lo que al mundo antiguo faltaba, si alguien trató de elevarlo por un esfuerzo de heroísmo y de genio, fue Alejandro el Grande. Ese legendario conquistador, iniciado como su padre Filipo en los misterios de Samotracia, se mostró más hijo intelectual de Orfeo que discípulo de Aristóteles. Sin duda, el Aquiles de Macedonia, que se lanzó con un puñado de griegos, a través del Asia, hasta la India, soñó con el imperio universal, pero no al modo de los Césares por la opresión de los pueblos, por el aplastamiento de la religión y la ciencia libres. Su gran idea fue la reconciliación del Asia y la Europa, por una síntesis de las religiones apoyada sobre una autoridad científica. Movido por este pensamiento, rindió homenaje a la ciencia de Aristóteles, como a la Minerva de Atenas, al Jehovah de Jerusalén, al Osiris egipcio y al Brahma de los Indios, reconociendo, cual verdadero iniciado, la misma divinidad y la misma Sabiduría bajo todos esos símbolos. Amplias miras, soberbia adivinación eran las de este nuevo Dionisos. La espada de Alejandro fue el último resplandor de la Grecia de Orfeo. Él iluminó el Oriente y el Occidente. El hijo de Filipo murió en la embriaguez de su victoria y de su ensueño, dejando los jirones de su imperio a generales rapaces. Pero su pensamiento no murió con él. Había fundado Alejandría, donde la filosofía oriental, el judaismo y el helenismo debían fundirse en el crisol del esoterismo egipcio, esperando la palabra de resurrección del Cristo.

A medida que los astros-gemelos de Grecia, Apolo y Minerva, descendían palideciendo sobre el horizonte, los pueblos vieron subir en su cielo tempestuoso un signo amenazador: la loba romana.

¿Cuál es el origen de Roma?. La conjuración de una oligarquía ávida, en nombre de la fuerza brutal; la opresión del intelecto humano, de la Religión, de la Ciencia y del Arte por el poder político deificado: en otros términos, lo contrario de la verdad, según la cual un gobierno no extrae su derecho más que de los principios supremos de la Ciencia, de la Justicia y de la Economía. ***(Este punto de vista diametralmente opuesto a la escuela empírica de Aristóteles y de Montesquieu, fue el de los grandes iniciados, de los sacerdotes egipcios, como de Moisés y Pitágoras. Ha sido señalado y puesto a la luz del día, con mucha fuerza, en una obra citada ya: Mission de Juifs, de M. Saint-Yves. Véase su notable capítulo sobre la fundación de***

Roma). Toda la historia romana no es más que la consecuencia de ese pacto de iniquidad, por cuyo medio los Padres Conscriptos declararon la guerra a Italia al principio y después a todo el género humano. ¡Eligieron bien su símbolo!. La loba de bronce, que eriza su pelo salvaje y adelanta su cabeza de hiena sobre el Capitolio, es la imagen de aquel gobierno, el demonio que poseerá hasta el final el alma romana.

En Grecia, al menos se respetó siempre a los santuarios de Delfos y de Eleusis. En Roma se rechazó desde el principio la Ciencia y el Arte. La tentativa del sabio Numa, el iniciado etrusco, fracasó ante la ambición sospechosa de los Padres Conscriptos. Trajo consigo los libros sibilinos, que contenían una parte de la ciencia de Hermes. Creó jueces árbitros elegidos por el pueblo, distribuyó tierras, elevó un Templo a la Buena Fe y a Jano, hierograma que significa la universalidad de la Ley; sometió el derecho de guerra a los Feciales. El rey Numa, que la memoria del pueblo no dejó de querer por considerarle inspirado por un genio divino, parece una intervención histórica de la ciencia sagrada en el gobierno. No representa al genio romano, sino al genio de la iniciación etrusca, que seguía los mismos principios que la escuela de Memfis y de Delfos.

Después de Numa, el Senado romano quemó los libros sibilinos, arruinó la autoridad de los flamenes, destruyó las instituciones arbitrales y volvió a su sistema, en que la religión sólo era un instrumento de dominación política. Roma se convirtió en la hidra que devora a los pueblos con sus Dioses. Las naciones de la tierra fueron poco a poco sometidas y expoliadas. La prisión mamertina se llenó de reyes del Norte y del Mediodía. Roma, no queriendo más sacerdotes que esclavos y charlatanes, asesina en la Galia, en Egipto, en Judea y en Persia, a los últimos mantenedores de la tradición esotérica. Aparenta adorar a los Dioses, pero en realidad no adora más que a su loba. Y ahora, en una aurora sangrienta, aparece a los pueblos el último hijo de esa loba, que resume el genio de Roma. ¡César!. Roma ha absorbido a todos los pueblos; César, su encarnación, devora todos los poderes. César no aspira únicamente a ser emperador de las naciones; uniendo sobre su cabeza la tiara a la diadema, se hace nombrar gran pontífice. Después de la batalla de Thapsus, le votan la apoteosis divina; luego su estatua se erige en el templo de Quirinus, con un colegio de oficiantes que llevan su nombre: los sacerdotes Julianos. — Por una suprema ironía y una suprema lógica de las cosas, ese mismo César, que se hace Dios, niega la inmortalidad del alma en pleno Senado. — ¿Es bastante decir, que no hay más Dios que César?.

Con los Césares, Roma, heredera de Babilonia, extiende su mano sobre

el mundo entero. Pero ¿qué ha venido a ser el Estado romano?. El Estado romano destruye en el exterior toda la vida colectiva. Dictadura militar en Italia; exacciones de los gobernadores y de los publicanos en las provincias. Roma conquistadora se arroja como un vampiro sobre el cadáver de las sociedades antiguas.

Y ahora la orgía romana puede manifestarse a la luz del día, con su bacanal de vicios y su desfile de crímenes. Comienza por el voluptuoso encuentro de Marco Antonio y de Cleopatra; terminará por los desbordes de Mesalina y los furores de Nerón. Debuta con la parodia lasciva y pública de los misterios; acabará con el circo romano, donde las fieras se lanzarán sobre vírgenes desnudas, mártires de su fe, en medio de los aplausos de veinte mil espectadores.

Sin embargo, entre los pueblos conquistados por Roma había uno que se llamaba el pueblo de Dios, y cuyo genio era opuesto al genio romano. ¿De qué procede que Israel, gastado por sus luchas intestinas, aplastado por trescientos años de servidumbre, haya conservado su fe indomable?. ¿Por qué aquel pueblo vencido se levanta frente a la decadencia griega y la orgía romana, como un profeta, con la cabeza cubierta con cenizas y los ojos llameantes de cólera terrible?. ¿Por qué osaba predecir la caída de los dueños del mundo, que tenían un pie sobre su garganta, y hablar no se sabe de qué triunfo final, cuando él mismo se aproximaba a su irremediable ruina?. Era porque una grande idea vivía en él, la que le había sido inculcada por Moisés. Bajo Josué, las doce tribus habían erigido una piedra conmemorativa con esta inscripción: “Es un testimonio entre nosotros que Ievé es el único Dios”.

Cómo y por qué el legislador de Israel había hecho del monoteísmo la piedra angular de su ciencia, de su ley social, y de una idea religiosa universal, lo hemos visto en el libro de Moisés. Éste había tenido el genio de comprender que del triunfo de esta idea dependía el porvenir de la humanidad. Para conservarla había escrito un Libro jeroglífico, construido un Arca de oro, suscitado un Pueblo del polvo nómada del desierto. Sobre esos testigos de la idea espiritualista, Moisés hace surgir el fuego del cielo y retumbar el trueno. Contra ellos se conjuran no sólo los Moabitas, Filisteos, Amalecitas, todos los pueblos de Palestina, sino también las pasiones y debilidades del mismo pueblo judío. El Libro cesó de ser comprendido por el sacerdocio; el Arca fue tomada por los enemigos; y cien veces estuvo el pueblo a punto de olvidar su misión. ¿Por qué continuó fiel, a pesar de todo?. ¿Por qué la idea de Moisés quedó grabada en la frente y el corazón de Israel en letras de fuego?. ¿A quién es debida esta perseverancia exclusiva, esta fidelidad grandiosa a través de las

vicisitudes de una historia agitada, llena de catástrofes, fidelidad que da a Israel su fisonomía única entre las naciones?. Se puede responder osadamente: a los profetas y a la institución del profetismo. Rigurosamente y por la tradición oral, esto remonta hasta Moisés. El pueblo hebreo ha tenido Nabíes en todas las épocas de su historia, hasta su dispersión. Pero la institución del profetismo nos aparece, por la primera vez bajo una forma orgánica, en época de Samuel. Samuel fue quien fundó esas cofradías de ***Nibüm,*** esas escuelas de profetas frente a la monarquía naciente y a un sacerdocio ya degenerado. De ello hizo guardianes austeros de la tradición esotérica y del pensamiento religioso universal de Moisés, contra los reyes, en quienes debía predominar la idea política y el objetivo nacional. En aquellas cofradías se conservaron en efecto los restos de la ciencia de Moisés, la música sagrada con sus modos y sus poderes, la terapéutica oculta, en fin el arte de la adivinación que los grandes profetas desplegaron con una pujanza, una alteza y una abnegación magistrales.

La adivinación ha existido bajo las formas y por los más diversos medios en todos los pueblos del antiguo ciclo. Pero el profetismo de Israel tiene una amplitud, una elevación, una autoridad que pertenece a la alta región intelectual y espiritual, en que el monoteísmo mantiene el alma humana. El profetismo presentado por los teólogos de la letra como la comunicación directa de un Dios personal, negado por la filosofía naturalista como una pura superstición, sólo es en realidad la manifestación superior de las leyes universales del Espíritu. “Las verdades generales que gobiernan al mundo, dice Ewald en su hermoso libro sobre los profetas, en otros términos ***los pensamientos de Dios*** son inmutables e inatacables, completamente independientes de las fluctuaciones de las cosas, de la voluntad y de la acción de los hombres. El hombre es llamado originalmente a participar de ellos, a comprenderlos y traducirlos libremente en actos. Por ahí alcanza su propio, su verdadero destino. Pero para que el Verbo del Espíritu penetre en el hombre de carne, es preciso que el hombre sea sacudido hasta el fondo por las grandes conmociones de la historia. Entonces la verdad eterna brota como un reguero de luz. Por esto se dice tan frecuentemente en el Antiguo Testamento, que ***Javeh es un Dios vivo.*** Cuando el hombre escucha la divina voz, una nueva vida se edifica en él, en la cual ya no se siente solo, sino en comunión con Dios y con todas las verdades, y en la cual se encuentra presto a ir de una verdad a la otra, hasta el infinito. En esa nueva vida, su pensamiento se identifica con la voluntad universal. Tiene la visión clara del tiempo presente y la fe plena en el éxito final de la idea divina. El hombre que siente esto es

profeta, es decir, que se siente irresistiblemente lanzado a manifestarse a los demás como representante de Dios. ***Su pensamiento se convierte en vi sión,*** y esa fuerza superior que hace brotar la verdad de su alma, a veces quebrándola, constituye el elemento profético. ***Las manifestaciones proféticas han sido en la historia los rayos y los relámpagos de la verdad". (Ewald, Die Propheten. – Introducción).***

He aquí la fuente de donde esos gigantes que se llaman Elias, Isaías, Ezequiel, Jeremías, extrajeron su fuerza. En el fondo de sus cavernas o en el palacio de los reyes, fueron realmente los centinelas del Eterno, y como dice Elíseo a su maestro Elias, "los carros y los jinetes de Israel". Con frecuencia predicen de un modo clarividente la muerte de los reyes, la caída de los reinos, los castigos de Israel. A veces también se engañan. Aunque encendida en el sol de la verdad divina, la antorcha profética vacila y se oscurece a veces en sus manos al soplo de las pasiones nacionales. Pero jamás se equivocan sobre las verdades morales, sobre la verdadera misión de Israel, sobre el triunfo final de la justicia en la humanidad. Como verdaderos iniciados, predican el desprecio al culto exterior, la abolición de los sacrificios sangrientos, la purificación del alma y la caridad. Donde su visión es admirable es en cuanto concierne a la victoria final del monoteísmo, su papel libertador y pacificador para todos los pueblos. Las más terribles desgracias que puedan afligir a una nación, la invasión extranjera, la deportación en masa a Babilonia, no pueden quebrantar su fe. Escuchad a Isaías durante la invasión de Sennacherib: "¿Yo que doy vida a los otros, no podré dar vida a Sión?, ha dicho el Eterno. Yo que hago nacer, ¿le impediré que nazca?, ha dicho tu Dios. — Regocijaos con Jerusalén y estad en alegría a causa de él, vos que le amáis, vos que lloráis sobre él, regocijaos con él con gran alegría. — Pues así ha dicho el Eterno: He aquí, yo voy a derramar sobre ella la paz como un río, y la gloria de las naciones como un torrente desbordado; y seréis amamantados y seréis llevados con ella y os acariciarán las rodillas. — Os consolaré como una madre consuela a su hijo, y seréis consolados en Jerusalén. — Viendo sus obras y sus pensamientos, vengo para reunir a todas las naciones y a todas las lenguas; ellas vendrán y verán mi gloria". ***(Isaías, LXVI, 10-16).*** Apenas si hoy ante la tumba de Cristo esa visión comienza a realizarse; más ¿Quién podría negar su verdad profética, al pensar en el papel de Israel en la historia de la humanidad?. No menos inquebrantable que esta fe en la gloria futura de Jerusalén, en su grandeza moral, en su universalidad religiosa, es la fe de los profetas en un Salvador o un Mesías. De él hablan; el incomparable Isaías es también quien le ve más claramente, quien le pinta con más fuerza en su

lenguaje atrevido. "Saldrá un brote del tronco de Jessé, un vastago saldrá de sus raíces, y el Espíritu de Sabiduría y de Inteligencia, el Espíritu de Consejo y de Fuerza, el Espíritu de Ciencia y de Temor del Eterno. Juzgará con justicia a los pequeños y condenará con rectitud para mantener a los buenos sobre la tierra; y castigará a la tierra con el látigo y la boca y hará morir al malvado por el espíritu de sus labios". ***(Isaías, XI, 1-5).*** A esta visión el alma sombría del profeta se calma y se aclara como un cielo de tormenta al temblor de una arpa celeste, y todas las tempestades huyen. Porque ahora es realmente la imagen del galileo la que se dibuja en su ojo interno: "Él ha salido como una flor de la tierra seca, ha crecido sin brillo. Es despreciado y el último de los hombres, un hombre de dolores. Se ha cargado de nuestros dolores y hemos creído que era un castigado por Dios. Ha quedado desolado por nuestros delitos y abatido por nuestras iniquidades. El castigo que nos trae la paz, ha caído sobre él y tenemos la curación de su llaga... Le acosan, le abaten y le llevan a la muerte como a un cordero y no ha abierto la boca". ***(Isaías, LII, 2-8).***

Durante ocho siglos, sobre las disensiones y los infortunios nacionales, el verbo tonante de los profetas hizo dominar sobre todo la idea y la imagen del Mesías, tan pronto como un vengador terrible, como un ángel de misericordia. Incubada bajo la tiranía asiría en el destierro de Babilonia, nacida bajo la dominación persa, la idea mesiánica no hizo más que engrandecerse bajo el reino de los Seleúcidas y de los Macabeos. Cuando llegaron la dominación romana y el reino de Herodes, el Mesías vivía en todas las conciencias. Si los grandes profetas le habían visto bajo el aspecto de un justo, de un mártir, de un verdadero hijo de Dios, el pueblo, fiel a la idea judaica, se lo figuraba como un David, como un Salomón o como un nuevo Macabeo. Pero, como quiera que ello fuese, todo el mundo creía en aquel restaurador de la gloria de Israel, le esperaba, le llamaba. Tal es la fuerza de la acción profética.

Así, de igual modo que la historia romana conduce fatalmente a César por la vía instintiva y la lógica infernal del Destino, así también la historia de Israel conduce libremente al Cristo por la vía consciente y la lógica divina de la Providencia manifestada en sus representantes visibles: los profetas. El mal queda de continuo condenado a contradecirse y a destruirse a sí mismo, porque es lo falso; pero el Bien, a pesar de todos los obstáculos, engendra la luz y la armonía en la serie de los tiempos, porque él es la fecundidad de lo verdadero. De su triunfo, Roma sólo extrajo el cesarismo; de su hundimiento, Israel dio a luz al Mesías, dando razón a esta hermosa frase de un poeta moderno: "De su propio naufragio, la Esperanza crea la cosa contemplada".

Una vaga espera estaba suspendida sobre los pueblos. En el exceso de sus males, la humanidad entera presentía su salvador. Hacía siglos que las mitologías soñaban con un niño divino. Los templos de él hablaban en el misterio; los astrólogos calculaban su venida; sibilas delirantes habían vociferado la caída de los dioses paganos. Los iniciados habían anunciado que un día había de llegar en que el mundo sería gobernado por uno de los suyos, por un hijo de Dios. ***(Tal es el sentido esotérico de la bella leyenda de los reyes magos, viniendo del fondo del Oriente a adorar al niño de Belén).*** La tierra esperaba un rey espiritual que fuese comprendido por los pequeños, los humildes y los pobres.

El gran Esquilo, hijo de un sacerdote de Eleusis, estuvo a punto de perecer a manos de los Atenienses, porque se atrevió a decir, por boca de su Prometeo, que el reino de Júpiter-Destino terminaría. Cuatro siglos más tarde, a la sombra del trono de Augusto, el dulce Virgilio anunció una edad nueva soñando con un niño maravilloso: "Ha llegado esa última edad predicha por la sibila de Cumes, el gran orden de los siglos agotados vuelve a empezar; ya vuelve la Virgen y con ella el reino de Saturno; ya de lo alto de los cielos desciende una raza nueva. Este niño, cuyo nacimiento debe desterrar el siglo del hierro y traer la edad de oro al mundo entero, dígnate, casta Luciana, protegerle; ya reina Apolo tu hermano. Mira balancearse el mundo sobre su eje quebrantado; mira la tierra, los mares en su inmensidad, el cielo y su bóveda profunda, la naturaleza entera estremecerse con la esperanza del siglo futuro".**

¿Dónde nacerá ese niño?. ¿De qué mundo divino vendrá su alma?. ¿Por medio de qué relámpago de amor descenderá a la tierra?. ¿Por qué maravillosa fuerza, por qué sobrehumana energía recordará el cielo abandonado?. ¿Por qué esfuerzo gigantesco sabrá resurgir desde el fondo de su conciencia terrestre y arrastrar tras sí la humanidad?.

Nadie hubiese podido decirlo, pero le esperaba. Herodes el Grande, el usurpador idóneo, el protegido de César-Augusto, agonizaba entonces en su castillo de Cypros, en Jericó, después de un reinado suntuoso y sangriento que había cubierto la Judea de palacios espléndidos y de hecatombes humanas. Expiraba de una horrible enfermedad, de una descomposición de la sangre, odiado de todos, roído de furor y de remordimientos, frecuentado por los espectros de sus innumerables víctimas, entre las cuales se encontraba su inocente mujer la noble Mariana, de la sangre de los Macabeos, y tres de sus propios hijos. Las siete mujeres de su harem habían huido ante el fantasma real, que vivo aún, olía ya a sepulcro. Sus mismos guardias le habían

abandonado. Impasible al lado del moribundo, velaba su hermana Salomé, su mala inspiradora, instigadora de sus más negros crímenes. Con la diadema en la frente, el pecho chispeante de pedrerías, en actitud altiva, espiaba el último suspiro del rey, para coger el poder a su vez.

Así murió el último rey de los Judíos. En aquel mismo momento acababa de nacer el futuro Rey espiritual de la humanidad, ***(Herodes murió el año 4 antes de nuestra era. Los cálculos de la crítica concuerdan hoy en hacer remontar a esa fecha el nacimiento de Jesús. Véase a Keim, Dass Leben Jesé)*** y los raros iniciados de Israel preparaban en silencio su reinado, en una humildad y oscuridad profundas.

**** El trabajo hecho desde hace cien años por la crítica sobre la vida de Jesús, es uno de los más considerables de estos tiempos. De esto se encontrará una exposición completa en el luminoso resumen que ha hecho M. Sabatier (Dicctionnaire des Sciences religieuses, por Lichtenberger, tomo VII. Artículo Jesús). Ese hermoso estudio da toda la historia de la cuestión y señala con precisión su estado actual. — Recordaré aquí sencillamente las dos fases principales que ha atravesado con Strauss y Renán, para mejor establecer el punto de vista nuevo en que me he colocado.***

Saliendo de la escuela filosófica de Hegel y relacionándose con la escuela crítica e histórica de Bauer, Strauss, sin negar la existencia de Jesús, trató de probar que su vida, tal como se cuenta en los Evangelios, es un mito, una leyenda creada por la imaginación popular para llenar las necesidades del cristianismo naciente y según las profecías del Antiguo Testamento. Su tesis, puramente negativa, defendida con extrema ingeniosidad y profunda erudición, se ha visto que era cierta en algunos puntos de detalle, pero absolutamente insostenible en el conjunto y sobre los puntos esenciales. Además tiene el grave defecto de no explicar el carácter de Jesús ni el origen del cristianismo. La vida de Jesús, de Strauss, es un sistema planetario sin sol. Hay que concederle no obstante un mérito considerable: el de haber trasladado el problema desde el dominio de la teología dogmática al de los textos y la historia.

La vida de Jesús, de Renán, debe su brillante fortuna a sus altas cualidades estéticas y literarias, pero también a la audacia del escritor, que ha osado hacer de la vida del Cristo un problema de psicología humana. ¿Lo ha resuelto?. Después del éxito deslumbrador del libro, la opinión

general de la crítica ha sido que no. El Jesús de M. Renán comienza su carrera como dulce soñador, moralista entusiasta y cándido; la termina como taumaturgo violento, que ha perdido el sentido de la realidad. "A pesar de todos los cuidados del historiador, dice M. Sabatier, resulta la marcha de un espíritu sano hacia la locura. El Cristo de M. Renán flota entre los cálculos del ambicioso y los ensueños del iluminado". El hecho es que llega a ser el Mesías sin quererlo y casi sin saberlo. Sólo se deja imponer ese nombre para complacer a los apóstoles y al deseo popular. No es con una fe tan débil como un verdadero profeta crea una religión nueva y cambia el alma de la tierra. La vida de Jesús, de M. Renán, es un sistema planetario iluminado por un pálido sol, sin magnetismo vivificante y sin calor creador.

¿Cómo Jesús llegó a ser Mesías?. He aquí el problema primordial, esencial, en la concepción del Cristo. Precisamente es en él donde M. Renán ha vacilado y tomado un camino de traviesa. Théodore Keim ha comprendido que era preciso abordar este problema de frente (Das Leben Jesu, Zurich, 1875, 3ra edición). Su Vida de Jesús es la más notable que se ha escrito después de la de M. Renán. Ella aclara la cuestión con toda la luz que se puede sacar de los textos y de la historia, interpretados exotéricamente. Pero el problema no es de aquellos que puedan resolverse sin la intuición y sin la tradición esotérica.

Con esta luz esotérica, antorcha interna de todas las religiones, verdad central de toda filosofía fecunda, he tratado de reconstruir la vida de Jesús en sus grandes lineas, teniendo cuenta de todo el trabajo anterior de la crítica histórica, que ha preparado el terreno. No tengo necesidad de definir aquí lo que entiendo por el punto de vista esotérico, síntesis de la Ciencia y de la Religión. Todo este libro constituye su desarrollo, y añadiré únicamente en lo que concierne al valor histórico y relativo de los Evangelios, que he tomado los tres sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas) por base, y a Juan como arcano de la doctrina esotérica del Cristo, admitiendo a la vez la redacción posterior y la tendencia simbólica de este Evangelio.

Los cuatro Evangelios, que deben compararse y rectificarse unos con otros, son igualmente auténticos, pero a títulos diferentes. Mateo y Marcos nos dan los Evangelios preciosos de la letra y del hecho; allí se encuentran los actos y las palabras públicas. El dulce Lucas deja entrever el sentido de los misterios bajo el velo poético de la leyenda; es el Evangelio del Alma, de la Mujer y del Amor. San Juan reveló esos misterios. Se encuentran en él los filones secretos y profundos de la doctrina, el sentido de la promesa, la

reserva esotérica. Clemente de Alejandría, uno de los raros obispos cristianos que tuvieron la clave del esoterismo universal, le ha llamado, con razón, el Evangelio del Espíritu. Juan tiene una visión profunda de las verdades trascendentales reveladas por el Maestro y una manera poderosa de resumirlas. Por eso tiene por símbolo el águila, cuyas alas franquean los espacios y cuyo ojo flameante los posee.

***** Ultima Cumaei venit jam carminis aetas:***
Magnus ab integro saeclorum nasdtur ordo.
Jam redit et Virgo, redeunt Saturnia regna;
Jam nova progenies coelo demitittur alto.
Tu modo nascenti puero, quo ferrea primum
Desinet, ac toto surget gens aurea mundo,
Casta, fave, Lucina; tuus jam regnat Apollo.
Aspice convexo nutantem pondere mundum,
Terrasque, tractusque maris, coelumque profundum;
Aspice ventura laetantur ut omnia soeclo.
(Virgilio, Égloga, IV).

II
MARÍA - LA PRIMERA INFANCIA DE JESUS

Jehoshua, que llamamos Jesús por su nombre helenizado **(Iήσουςι)**, nació probablemente en Nazareth. ***(No es en ningún modo imposible que Jesús haya nacido en Belén (Bethlehem) por una circunstancia fortuita. Pero esta tradición parece formar parte del ciclo de leyendas posteriores sobre la sagrada familia y la infancia del Cristo).*** Ciertamente fue en aquel rincón perdido de Galilea donde pasó su infancia y se cumplió el primero, el mayor de los misterios cristianos: el florecimiento del alma del Cristo. Era hijo de Myriam, que llamamos María, mujer del carpintero José, una Galilea de noble cuna, afiliada a los Esenios.

La leyenda ha envuelto el nacimiento de Jesús en un tejido de maravillas. Si la leyenda contiene muchas supersticiones, a veces también encubre verdades psíquicas poco conocidas, porque están sobre la percepción común. Un hecho parece resaltar en la historia legendaria de María, el de que Jesús fue un niño consagrado a una misión profética, por el deseo de su madre, antes de su nacimiento. Se cuenta lo mismo de varios héroes y profetas del Antiguo Testamento. Esos hijos dedicados a Dios por su madre, se llamaban ***Nazarenos.*** Sobre esto es interesante leer la historia de Sansón y la de Samuel. Un ángel anuncia a la madre de Sansón que va a quedar encinta; que dará a luz un hijo que no se cortará el cabello, "porque el niño será nazareno desde el seno de su madre; y él será quien comenzará a libertar a Israel del yugo de los Filisteos". ***(Jueces, XIII, 3-5).*** La madre de Samuel pidió ella misma su hijo a Dios, "Anna, mujer de Elkana, era estéril. Hizo ella un voto y dijo: ¡Eterno de los ejércitos celestes!, si das un hijo varón a tu sierva, lo daré al Eterno por todos los días de su vida, y ninguna navaja afeitará su cabeza... ***Entonces Elkana conoció a su mujer...*** Algún tiempo después, Anna concibió y dio a luz un hijo y le llamó Samuel, ***porque dijo, se lo he pedido al Eterno***". ***(Samuel, Libro I, capítulo I, 11-20).*** **SAM-U-EL** significa, según las raíces semíticas primitivas: ***Esplendor interior de Dios.*** La madre, sintiéndose como iluminada por aquél que en ella encarnaba, le consideraba como la ***esencia etérea del Señor.***

Estos pasajes son extremadamente interesantes, porque nos hacen penetrar en la tradición esotérica, constante y viva en Israel, y por ella en el

sentido verdadero de la leyenda cristiana. Elkana, el marido, es sin duda el padre terrestre según la carne; pero el Eterno es su padre celeste según el Espíritu. El lenguaje figurado del monoteísmo judaico recubre aquí la doctrina de la preexistencia del alma. La mujer iniciada llama a sí a un alma superior, para recibirla en su seno y dar a luz un profeta. Esta doctrina, muy elevada entre los judíos, completamente ausente de su culto oficial, formaba parte de la tradición secreta de los iniciados, y asoma en los profetas. Jeremías la afirma en estos términos: "La palabra del Eterno me fue dirigida y me dijo: ***Antes de que te formase en el seno de tu madre, te he conocido;*** antes de que hubieses salido de su seno, te he santificado y te he establecido profeta entre las naciones". ***(Jeremías, I, 4).*** Jesús dirá igualmente a los fariseos escandalizados: "En verdad os digo: antes de que Abraham fuese, yo era". ***(Juan, Ev., VIII, 58).***

De todo ello, ¿Qué se puede retener tocante a María, madre de Jesús?. Parece ser que en las primeras comunidades cristianas, Jesús ha sido considerado como un hijo de María y de José, puesto que Mateo nos da el árbol genealógico de José, para probarnos que Jesús desciende de David. Allí sin duda, como entre algunas sectas gnósticas, se veía en Jesús un hijo dado por el Eterno en el mismo sentido que Samuel. Más tarde, la leyenda, preocupada con mostrar el origen sobrenatural del Cristo, hiló su velo de oro y azul: la historia de José y María, la Anunciación y hasta la infancia de María en el templo son bien legendarias. ***(Evangelio apócrifo de María y de la infancia del Salvador, publicado por Tischendorff).***

Si tratamos de desentrañar el sentido esotérico de la tradición judía y de la leyenda cristiana, diremos: la acción providencial, o para hablar más claramente, el influjo del mundo espiritual, que concurre al nacimiento de cada hombre, es más poderoso y más visible en el nacimiento de todos los hombres de genio, cuya aparición no se explica en ningún modo por la única ley del atavismo físico. Este influjo alcanza su mayor intensidad cuando se trata de uno de esos divinos profetas destinados a cambiar la faz del mundo. El alma elegida para una misión divina, viene de un mundo divino; viene libremente, conscientemente; pero para que entre en escena en la vida terrestre, necesita un vaso elegido, es precisa la invocación de una madre de calidad que, por la aptitud de su ser moral, por el deseo de su alma y la pureza de su vida presente, atraiga, encarne en su sangre y en su carne el alma del redentor, destinado a llegar a ser a los ojos de los hombres un hijo de Dios. Tal es la verdad profunda que recubre la antigua idea de la Virgen-Madre. El genio indo lo había ya expresado en la leyenda de Krishna. Los Evangelios de

Mateo y de Lucas la han dado con una sencillez y una poesía aún más admirables.

"Para el alma que del cielo viene, el nacimiento es una muerte", había dicho Empédocles, quinientos años antes de Cristo. Por sublime que sea un espíritu, una vez sumido en la carne pierde temporalmente el recuerdo de todo su pasado; una vez cogido en el engranaje de la vida corporal, el desarrollo de su conciencia terrestre queda sometido a las leyes del mundo en que encarna. Cae bajo la fuerza de los elementos. Cuanto más alto haya sido su origen mayor será el esfuerzo para recobrar sus dormidas potencias, sus inmensidades celestes, y adquirir conciencia de su misión.

Las almas profundas y tiernas, necesitan silencio y paz para florecer. Jesús creció en la calma de Galilea. Sus primeras impresiones fueron dulces, austeras y serenas. El valle natal parecía un jirón del cielo caído en un pliegue de la montaña. La aldea de Nazareth no ha cambiado apenas en el curso de los siglos. ***(Todo el mundo recuerda las magistrales descripciones de la Galilea, de M. Renán, en su Vida de Jesús, y las no menos notables de M. E. Melchor de Vogüe, Voyage en Syrie et en Palestine).*** Sus casas escalonadas bajo la roca parecen, al decir de los viajeros, a cubos blancos sembrados en una selva de granados, higueras y viñas, como surcada por grandes bandadas de palomas. Alrededor de este nido de fresco y verdor, circula el aire vivo de las montañas; en las alturas se abre el horizonte libre y luminoso de Galilea. Agregad a ese cuadro grandioso el interior grave de una familia piadosa y patriarcal.

La fuerza de la educación judía residió en todo tiempo en la unidad de la ley y de la fe, así como en la poderosa organización de la familia, dominada por la idea nacional y religiosa. La casa paterna era para el niño una especie de templo. En lugar de los frescos alegres, faunos y ninfas, que adornaban el atrio de las casas griegas, tales como podían verse en Sephoris y en Tiberiades, no se veía en las casas judías más que párrafos de la ley y de los profetas, cuyas bandas rígidas se extendían sobre las puertas y muros en caracteres caldeos. Pero la unión del padre y de la madre en el amor de los hijos, calentaba e iluminaba la desnudez de aquel interior con una vida espiritual. Allí recibió Jesús su primera enseñanza, allí por boca de su padre y su madre, aprendió a conocer al principio las Escrituras. Desde sus primeros años, el largo, el extraño destino del pueblo de Dios se desarrolló ante sus ojos, en las fiestas periódicas que se celebraban en familia, por la lectura, el canto y la plegaria. En la fiesta de los Tabernáculos, una cabaña de ramas de mirto y de olivo se elevaba en el patio o sobre la terraza de la casa, en recuerdo del tiempo

inmemorial de los patriarcas nómadas. Se encendía el candelabro de siete luces, luego se abrían los rollos de papiros y se leían historias santas. Para el alma infantil, el Eterno estaba presente, no sólo en el cielo estrellado, sino también en aquel candelabro que reflejaba su gloria, en el verbo del padre como en el amor silencioso de la madre. Así, los grandes días de Israel mecieron la infancia de Jesús, días de gozo y de duelo, de triunfo y de destierro, de aflicciones sin cuento y de esperanza eterna. A las preguntas ardientes, incisivas, del niño, el padre callaba. Pero la madre, levantando tras sus largas pestañas sus grandes ojos de siria soñadora y encontrando la mirada interrogadora de su hijo, le decía: "La palabra de Dios sólo vive en sus profetas. En su día, los sabios Esenios, los solitarios del monte Carmelo y del Mar Muerto te responderán".

Nos imaginamos también a Jesús mezclado con sus compañeros, ejerciendo sobre ellos el singular prestigio que da la inteligencia precoz, unida al sentimiento de la justicia y a la simpatía activa. Le seguimos en la sinagoga donde oía discutir a los escribas y a los fariseos, donde debía ejercitar su poderosa dialéctica. Le vemos desde muy temprana edad disgustado por la sequedad de aquellos doctores de la ley, que atormentaban la letra hasta expurgar de ella el espíritu. Se le ve también contemplar la vida pagana, adivinándola y abarcándola con la mirada, visitando la opulenta Sephoris, capital de Galilea, residencia de Antipas, dominada por su acrópolis y guardada por mercenarios de Herodes: galos, tracios, bárbaros de todos los países. Quizás también, en uno de aquellos viajes tan frecuentes en las familias judías, llegó a una de las ciudades fenicias, verdaderos hormigueros humanos al borde del mar, y vio a lo lejos templos bajos de columnas rechonchas, rodeados de bosquecillos negros de donde salía al son de las flautas plañideras el canto de las sacerdotisas de Astarté. Su grito de voluptuosidad, agudo como el dolor, despertó en su corazón asombrado un amplio estremecimiento de angustia y de piedad. Entonces el hijo de María volvía a sus queridas montañas con un sentimiento de libertad. Subía a la roca de Nazareth e interrogaba los vastos horizontes de Galilea y Samaría. Miraba el Carmelo, Gelboé, el Tabor, los montes Sichem, viejos testigos de los patriarcas y de los profetas. "Los altos lugares", se desplegaban en círculo; se elevaban en la inmensidad del cielo como altares atrevidos que esperasen el fuego y el incienso. ¿Esperaban a alguien?.

Más por poderosas que fueran las impresiones del mundo circundante sobre el alma de Jesús, palidecían todas ante la verdad soberana, inenarrable, de su mundo interior. Aquella verdad florecía en el fondo de él mismo como

una flor luminosa emergiendo de un agua sombría. Aquel sentimiento se parecía a una claridad creciente que se hacía en él, cuando estaba solo y se recogía. Entonces los hombres y las cosas, próximas o lejanas, le aparecían como transparentes en su esencia íntima. Leía los pensamientos, veía las almas. Luego veía en su recuerdo, como a través de un velo ligero, seres divinamente bellos y radiantes inclinados sobre él o reunidos en la adoración de una luz deslumbradora. Visiones maravillosas frecuentaban su sueño o se interponían entre él y la realidad, por un real desdoblamiento de su conciencia. En la cumbre de aquellos éxtasis, que le llevaban de zona a zona como hacia otros cielos, se sentía a veces atraído por una luz fulgurante, luego inmergido en un sol incandescente. De aquellos encantos conservaba una ternura inefable, una fuerza singular. ¡Cuán reconciliado se encontraba entonces con todos los seres, en armonía con el universo!. ¿Cuál era aquella luz misteriosa, pero más familiar y más viva que la otra, que brotaba del fondo de su ser para llevarle a los más lejanos espacios, cuyos primeros efluvios surgieron de los grandes ojos de su madre, y que ahora le unía a todas las almas por secretas vibraciones?. ¿No era la fuente de las almas y de los mundos?.

— Él la llamó: El padre Celestial.

(Los anales místicos de todos los tiempos demuestran que verdades morales o espirituales de un orden superior han sido percibidas por ciertas almas escogidas, sin razonamiento, por la contemplación interna y bajo forma de visión. Fenómeno psíquico aun mal conocido por la ciencia moderna, pero hecho incontestable. Catalina de Siena, hija de un pobre tintorero, tuvo, desde la edad de cuatro años, visiones extremadamente notables. (Véase Su Vida, por Mme. Albana Mignaty, casa Fischbacher.) Swedenborg, hombre de ciencia, espíritu sentado, observador y razonador, comenzó a la edad de 40 años y en perfecta salud, a tener visiones que ninguna relación tenían con su vida precedente (Vida de Swedenborg, por Mater, casa Perrin). No pretendo poner esos fenómenos exactamente al mismo nivel que los que pasaron en la conciencia de Jesús, sino establecer sencillamente la universalidad de una percepción interna, independiente de los sentidos corporales).

Ese sentimiento original de unidad con Dios en la luz del Amor, fue la primera, la gran revelación de Jesús. Una voz interna le decía que la encerrase en lo más profundo de su ser; pero que iba a iluminar toda su vida. Esa voz le dio una certidumbre invencible. Ella le hizo dulce e indomable. Ella forjó de su pensamiento un escudo de diamante; de su verbo, una espada de luz.

Esa vida rústica profundamente oculta se unía por lo demás en el

adolescente, con una completa lucidez dé las cosas de la vida real. Lucas nos lo representa a la edad de doce años, "creciendo en fuerza, en gracia y en sabiduría". La conciencia religiosa fue en Jesús cosa innata, absolutamente independiente del mundo externo. Su conciencia profética y mesiánica sólo pudo despertarse al choque con el exterior, al espectáculo de su tiempo, es decir, por una iniciación especial y una larga elaboración interna. Las huellas se encuentran en los Evangelios y en otros lados.

La primera gran conmoción fue originada por aquel viaje con sus padres a Jerusalén, de que habla Lucas. Aquella ciudad, orgullo de Israel, se había convertido en el centro de las aspiraciones judías. Sus desgracias no habían hecho más que exaltar los espíritus. Se hubiese dicho que cuantas más tumbas se amontonaban, más esperanzas había. Bajo los seleúcidas, bajo los macabeos, por Pompeyo y por Herodes, Jerusalén había sufrido sitios espantosos. La sangre había corrido a torrentes; las legiones romanas habían hecho del pueblo una carnicería por las calles; crucifixiones en masa habían manchado las colinas con escenas infernales. Después de tantos horrores, después de la humillación de la ocupación romana, después de haber diezmado al sanhedrín y reducido el pontífice a ser sólo un esclavo tembloroso, Herodes, como por ironía, había reconstruido el templo más magníficamente que Salomón. Jerusalén continuaba, empero, siendo la ciudad santa. Isaías, que Jesús leía con preferencia, ¿No la había llamado, "la prometida ante la cual se prosternarán los pueblos?" El había dicho: "Se llamarán tus murallas ¡salvación!, tus puertas ¡alabanzal y las naciones marcharán al esplendor que se levantará sobre ti". ***(Isaías, LX, 3 y 18).*** Ver Jerusalén y el templo de Jehovah, era el sueño de todos los judíos, sobre todo desde que Judea era provincia romana. Para verlos venían desde Perea, Galilea, Alejandría y Babilonia. En camino en el desierto, bajo las palmas, al lado de los pozos, cantaban salmos, suspiraban por el vestíbulo del Eterno buscando con los ojos la colina de Sión.

Un extraño sentimiento de opresión debió invadir el alma de Jesús cuando vio en su primera peregrinación la ciudad con sus murallas formidables, asentada sobre la montaña como una fortaleza sombría; cuando vio a sus puertas el anfiteatro romano de Herodes; la torre Antonia dominando al templo; legionarios, empuñando la lanza, que vigilaban desde lo alto. Subió la escalinata del templo. Admiró el esplendor de los pórticos de mármol, donde los fariseos paseaban con suntuoso ropaje. Atravesó el patio de los gentiles, el patio de las mujeres. Se aproximó con la muchedumbre israelita a la puerta de Nicanor y a la balaustrada de tres codos, tras la cual se veían

sacerdotes en trajes del culto, violados o purpúreos, relucientes de oro y pedrería, oficiar ante el santuario, inmolar machos cabríos y toros y rociar al pueblo con su sangre pronunciando una bendición. Aquello no se parecía al templo de sus ensueños, ni al cielo de su corazón.

Luego volvió a descender a los barrios populares de la baja ciudad. Vio a mendigos pálidos por el hambre, caras angustiadas que guardaban el reflejo de las últimas guerras civiles, de los suplicios, de las crucifixiones. Saliendo por una de las puertas de la muralla comenzó a errar por aquellos valles pedregosos, por aquellos fosos lúgubres donde están las canteras, las piscinas, las tumbas de los reyes, y que forman alrededor de Jerusalén como una cintura sepulcral. Allí vio a los locos salir de las cavernas y proferir blasfemias contra vivos y muertos. Luego, bajando por amplia escalera a la fuente de Siloé, profunda como una cisterna, vio al borde de un agua amarillenta arrastrarse a leprosos, paralíticos, desgraciados cubiertos con toda clase de úlceras. Un deseo irresistible le forzaba a mirar al fondo de sus ojos y a beber todo su dolor. Unos le pedían socorro; otros estaban fríos y sin esperanza; otros, idiotas, parecían no sufrir ya. ¿Cuánto tiempo había sido preciso para que llegasen a aquel estado?.

Entonces Jesús se dijo: ¿Para qué ese templo, esos sacerdotes, esos himnos, esos sacrificios, puesto que no pueden remediar estos dolores?. Y de repente, como un torrente engrosado con lágrimas sin fin, sintió afluir a su corazón los dolores de aquellas almas, de aquella ciudad, de aquel pueblo, de toda la humanidad. Comprendió que había terminado aquella felicidad que no podía comunicar a los demás. Aquellas miradas, aquellas miradas desesperadas no debían salir ya de su memoria. Sombría desposada, la infelicidad humana marchaba a su lado y le decía: ¡No te abandonaré!.

De allí se fue lleno de tristeza y de angustia, y mientras volvía a las cimas luminosas de Galilea, este grito profundo salió de su corazón: — ¡Padre celestial!... ¡Quiero saber!. ¡Quiero curar!. ¡Quiero salvar!.

III
LOS ESENIOS - JUAN EL BAUTISTA - LA TENTACIÓN

Lo que quería saber, sólo los esenios podían enseñárselo.

Los evangelios han guardado un silencio sobre los hechos y palabras de Jesús, antes de su encuentro con Juan el Bautista, por quien, según ellos, tomó en cierto modo posesión de su ministerio. Inmediatamente después aparece en Galilea con una doctrina determinada, con la seguridad de un profeta y la conciencia de ser el Mesías. Pero es evidente que ese principio atrevido y premeditado, fue precedido de un largo desarrollo y una verdadera iniciación. No es menos cierto que esa iniciación debió verificarse en la única asociación que conservaba entonces en Israel las tradiciones verdaderas, con el género de vida de los profetas. Esto no deja duda alguna para quienes, elevándose sobre la superstición de la letra y la manía maquinal del documento escrito, osan descubrir el encadenamiento de las cosas por medio de su espíritu. Se deduce no solamente de las relaciones íntimas entre la doctrina de Jesús y la de los esenios, sino también del silencio mismo guardado por el Cristo y los suyos sobre aquella secta. ¿Por qué él, que ataca con sin igual libertad a todos los partidos religiosos de su tiempo, no nombra nunca a los esenios?. ¿Por qué los apóstoles y evangelistas tampoco hablan de ellos?. Evidentemente porque consideran a los esenios como de los suyos, estaban ligados con ellos por el juramento de los Misterios, y la secta se fundió con la de los cristianos.

La orden de los esenios continúa en tiempo de Jesús el último resto de aquellas cofradías de pro fetas organizadas por Samuel. El despotismo de los tiranos de Palestina, la envidia de un sacerdocio ambicioso y servil, les había lanzado al retiro y al silencio. Ya no luchaban como sus predecesores, y se contentaban con conservar la tradición. Tenían dos centros principales: uno en Egipto, a orillas del lago de Maóris; el otro en Palestina, en Engaddi, a orillas del Mar Muerto. Aquel nombre de esenios que se habían dado, procedía de la palabra siriaca: ***Asaya,*** médicos; en griego, terapeutas; porque su único ministerio, para el público, era el de curar las enfermedades físicas y morales. "Estudiaban con gran cuidado, dice Josefo, ciertos escritos de medicina que trataban de las virtudes ocultas de las plantas y de los minerales". ***(Josefo,***

Guerra de los Judíos, II, etc. Antigüedades, XIII, 5-9; XVIII, 1-5). Algunos poseían el don de profecía, como aquel Manahem, que había predicho a Herodes su reinado. "Sirven a Dios, dice Filón, con gran piedad, no ofreciéndole víctimas, sino santificando su espíritu. Huyen de las poblaciones y se dedican a las artes de la paz. No existe entre ellos un solo esclavo; todos son libres y trabajan unos para otros". ***(Filón, "De la Vida Contemplativa").*** Las reglas de la orden eran severas. Para entrar en ella se precisaba el noviciado de un año. Si se habían dado suficientes pruebas de templanza, se era admitido a las abluciones, sin entrar, no obstante, en relación con los maestros de la orden. Se precisaban aún dos años más de pruebas para ser recibido en la cofradía. Se juraba, "por terribles juramentos", observar los deberes de la orden y nada traicionar de sus secretos. Sólo entonces se podía tomar parte en las comidas en común, que se celebraban con gran solemnidad y constituían el culto íntimo de los esenios. Consideraban como sagrado el vestido que habían llevado en aquellos banquetes y se lo quitaban antes de ponerse a trabajar. Aquellos ágapes fraternales, forma primitiva de la Cena instituida por Jesús, comenzaban y terminaban por la oración. Allí se daba la primera interpretación de los libros sagrados de Moisés y de los profetas. Pero en la explicación de los textos, como en la iniciación, había tres sentidos y tres grados. Muy pocos llegaban al grado superior. Todo se parece asombrosamente a la organización de los pitagóricos ***(Puntos comunes entre los esenios y los pitagóricos: La oración a la salida del sol; los vestidos de lino; los ágapes fraternales; el noviciado de un año; los tres grados de iniciación; la organización de la orden y la comunidad de los bienes regidos por curadores; la ley del silencio; el juramento de los Misterios; la división de la enseñanza en tres partes: 1) Ciencia de los principios universales o teogonia, lo que Filón llama la lógica; 2) la física o cosmogonía; 3) la moral, es decir, todo lo que se refiere al hombre, ciencia a la cual se consagraban especialmente los terapeutas)***, y todo esto existía con pequeñas variantes entre los antiguos profetas, porque se encuentra lo mismo en todas partes donde la iniciación ha existido. Agreguemos que los esenios profesaban el dogma esencial de la doctrina órfica y pitagórica, el de la preexistencia del alma, consecuencia y razón de su inmortalidad. "El alma, al cuerpo por un cierto encanto natural **(ἰυγγίτινιφυσιχή)**, queda en él como encerrada en una prisión; libre de los lazos del cuerpo, como de una larga esclavitud, de él se escapa con alegría". **(Josefo, A. J. H., 8).**

Entre los esenios, los hermanos propiamente di chos vivían dentro de la comunidad de bienes en el celibato, en lugares retirados, trabajando la tie rra,

educando a veces niños extraños a la orden. En cuanto a los esenios casados, constituían una especie de orden tercera, afiliada y sometida a la otra. Silenciosos, dulces y graves, se les veía aquí y allá cultivando las artes de la paz. Tejedores, carpinteros, viñadores o jardineros; jamás armeros ni comerciantes. Esparcidos en pequeños grupos en toda la Palestina, en Egipto y hasta en el monte Horeb, se daban entre sí la hospitalidad más cordial. Vemos así viajar a Jesús y a sus discípulos de pueblo en pueblo, de provincia en provincia, siempre seguros de encontrar un albergue: "Los esenios, dice Josefo, eran de ejemplar moralidad; se esforzaban en reprimir toda pasión y todo movimiento de cólera; siempre benévolos en sus relaciones, apacibles, de la mejor fe. Su palabra tenía más fuerza que un juramento; por eso consideraban al juramento en la vida ordinaria como cosa superflua y como un perjurio. Soportaban con admirable fuerza de alma y la sonrisa en los labios las más crueles torturas antes que violar el menor precepto religioso".

Indiferente a la pompa externa del culto de Jerusalén, repelido por la dureza saducea, el orgullo fariseo, el pedantismo y la sequedad de la sinagoga, Jesús se sintió atraído hacia los esenios por una afinidad natural. ***(Puntos comunes entre la doctrina de los esenios y la de Jesús: El amor al prójimo ante todo, como el primer deber; la prohibición de jurar para atestiguar la verdad; el odio a la mentira; la humildad; la institución de la Cena tomada de los ágapes fraternales de los esenios, pero con un nuevo sentido, el del sacrificio).*** La muerte prematura de José hizo por completo libre al hijo de María, hombre ya. Sus hermanos pudieron continuar el oficio del padre y sostener la casa. Su madre le dejó partir en secreto para Engaddi. Acogido como un hermano, saludado como un elegido, debió adquirir sobre sus mismos maestros, rápidamente, un invencible ascendiente por sus facultades superiores, su ardiente caridad y ese algo de divino que difundía todo su ser. Recibió de ellos lo que los esenios solos podían darle: la tradición esotérica de los profetas, y por ella su propia orientación histórica y religiosa. Comprendió el abismo que separaba la doc- trina judía oficial de la antigua sabiduría de los iniciados, verdadera madre de las religiones, pero siempre perseguida por Satán, es decir, por el espíritu del Mal, espíritu de egoísmo, de odio y de negación, unido al poder político absoluto y a la importancia sacerdotal. Aprendió que el Génesis encerraba, bajo el sello del simbolismo, una cosmogonía y una teogonia tan alejadas de su sentido literal, como la ciencia más profunda de la fábula más infantil. Contempló los días de Aelohim, o la creación eterna por la emanación de los elementos y la formación dé los mundos; el origen de las almas flotantes y su vuelta a Dios por las existencias

progresivas o las generaciones de Adán. Quedó asombrado de la grandeza del pensamiento de Moisés, que había querido preparar la unidad religiosa de las naciones, creando el culto de Dios único y encarnando esta idea en el pueblo.

Le comunicaron en seguida la doctrina del Verbo divino, ya enseñada por Krishna en la India, por los sacerdotes de Osiris en Egipto, por Orfeo y Pitágoras en Grecia, y conocida entre los profetas por el nombre de ***Misterio del Hijo del Hombre y del Hijo de Dios.*** Según esa doctrina, la más elevada manifestación de Dios es el Hombre, que por su constitución, su forma, sus órganos y su inteligen- cia es la imagen del ser universal y posee sus facultades. Pero, en la evolución terrestre de la humanidad, Dios está como esparcido, fraccionado y mutilado, en la multiplicidad de los hombres y de la imperfección humana. Él sufre, se busca, lucha en ella; es el Hijo del Hombre. El Hombre perfecto, el Hombre-Tipo, que es el pensamiento más profunda de Dios, vive oculto en el abismo infinito de su deseo y de su poder. Sin embargo, en ciertas épocas, cuando se trata de arrancar a la humanidad del abismo, de recogerla para lanzarla más alto, un Elegido se identifica con la divinidad, la atrae a sí por la Sabiduría, la Fuerza y el Amor y la manifiesta de nuevo a los hombres. Entonces la divinidad, por la virtud y el soplo del Espíritu, está completamente presente en él; el ***Hijo del Hombre*** se convierte en el ***Hijo de Dios*** y su verbo viviente. En otras edades y en otros pueblos, había habido ya hijos de Dios; pero desde Moisés, ninguno había vuelto a florecer en Israel. Todos los profetas esperaban aquel Mesías. Los Videntes decían que ahora se llamaría el ***Hijo de la Mujer,*** de la Isis celeste, de la luz divina que es la Esposa de Dios, porque la luz del Amor brillaría en élsobre todas las demás, con brillo fulgurante des- conocido aún en la tierra.

Aquellas cosas ocultas que el patriarca de los Esenios revelaba al joven Galileo en las desiertas playas del Mar Muerto, en las soledades de Engaddi, le parecían a la par maravillosas y conocidas. Con singular emoción oyó al jefe de la orden mostrarle y comentarle estas palabras que se leen aún en el libro de Henoch: "Desde el principio, el Hijo del Hombre estaba en el misterio. El Altísimo le guardaba al lado de su poder y le ***manifestaba a sus elegidos...*** Pero los reyes se asustarán y prosternarán su semblante hasta tierra y el espanto les sobrecogerá, cuando vean al ***hijo de la mujer*** sentado sobre el trono de su gloria... Entonces el Elegido evocará todas las fuerzas del cielo, todos los santos de las alturas y el poder de Dios. Entonces los Querubines, los Serafines, los Ophanim, todos los ángeles de la ***fuerza,*** todos los ángeles del Señor, es decir, del Elegido y de la ***otra fuerza,*** que sirven sobre la tierra y por encima de las aguas, elevarán sus voces". ***(Libro de Henoch. Capítulos***

XLVIII y LXI. Este pasaje demuestra que la doctrina del verbo y de la Trinidad, que se encuentra en el Evangelio de Juan, existía en Israel largo tiempo antes que Jesús y salla del fondo del profetismo esotérico. En el libro de Henoch, el Señor de los espíritus representa al Padre; el Elegido al Hijo y la otra fuerza al Espíritu Santo).

A estas revelaciones, las palabras de los profetas, cien veces releídas y editadas, relampaguearon a los ojos del Nazareno con resplandores nuevos, profundos y terribles, como relámpagos durante la noche. ¿Quién era aquel Elegido y cuándo llegaría a Israel?.

Jesús pasó una serie de años entre los esenios. Se sometió a su disciplina, estudió con ellos los secretos de la naturaleza y se ejercitó en la terapéutica oculta. Dominó por completo sus sentidos para desarrollar su espíritu. No pasaba día sin que meditase sobre los destinos de la humanidad y se interrogaba a sí mismo. Fue una memorable noche, para la orden de los esenios y para su nuevo adepto, aquella en que éste recibió, en el más profundo secreto, la iniciación superior del cuarto grado, la que sólo se concedía en el caso de tratarse de una misión profética deseada por el hermano y confirmada por los ancianos. Se reunían en una gruta tallada en el interior de la montaña como una vasta sala, con un altar y asientos de piedra. El jefe de la orden estaba allí con algunos ancianos. A veces dos o tres esenias, profetisas iniciadas, se admitían igualmente a la misteriosa ceremonia. Con antorchas y palmas saludaban al nuevo iniciado, vestido de lino blanco, como el “Esposo y Rey” que habían presentido ¡y que veían quizás por última vez!. En seguida el jefe de la orden, de ordinario un anciano centenario (Josefo dice que los esenios vivían mucho tiempo), le presentaba el ***cáliz de oro,*** símbolo de la iniciación suprema, que contenía ***el vino de la viña del Señor,*** símbolo de la inspiración divina. Algunos decían que Moisés lo había bebido con los setenta. Otros lo hacían remontar hasta Abraham, que recibió de Melchisedec esa misma iniciación, bajo las especies del pan y del vino. ***(Génesis, XIV, 18).*** Jamás presentaba el anciano la copa más que a un hombre en quien había reconocido con certeza los signos de una misión profética. Pero esa misión nadie podía definirla; él debía encontrarla por sí mismo, porque tal es la ley de los iniciados; nada del exterior, todo por lo interno. En adelante, era libre, dueño de sus actos, hierofante por sí, entregado al viento del Espíritu, que podía lanzarle al abismo o elevarle a las cimas, por encima de la zona de las tormentas y de los vértigos.

Cuando después de los cánticos, las oraciones, las palabras sacramentales del anciano, el Nazareno tomó la copa, un rayo de la lívida luz

del alba deslizándose por una anfractuosidad de la montaña, corrió estremeciéndose sobre las antorchas y los amplios vestidos blancos de las jóvenes esenias, quienes también temblaron cuando cayó sobre el pálido Galileo, en cuyo hermoso rostro se veía una gran tristeza. Su mirada perdida iba hacia los enfermos de Siloé, y en el fondo de aquel dolor, siempre presente, entreveía ya su camino.

En aquel tiempo Juan Bautista predicaba en las márgenes del Jordán. No era un esenio, sino un profeta popular de la fuerte raza de Judá. Llevado al desierto por una piedad austera, había pasado en él la más dura vida en la oración, los ayunos, las maceraciones. Sobre su piel desnuda, curtida por el sol, llevaba a guisa de cilicio un vestido tejido con pelo de camello, como signo de la penitencia que quería imponerse a sí mismo y a su pueblo. Porque sentía profundamente las angustias de Israel y esperaba su liberación. Se figuraba, según la idea judaica, que el Mesías vendría pronto como vengador y justiciero que, cual nuevo Macabeo, sublevaría al pueblo, arrojaría al Romano, castigaría a todos los culpables, entraría triunfalmente en Jerusalén, y restablecería el reino de Israel sobre todos los pueblos, en la paz y la justicia. Anunciaba a las multitudes la próxima llegada de aquel Mesías; agregaba que era preciso prepararse por el arrepentimiento de las faltas pasadas. Tomando de los esenios la costumbre de las abluciones, transformándola a su modo, había imaginado el bautismo del Jordán como un símbolo visible, como un público cumplimiento de la purificación interna que exigía. Esa ceremonia nueva, esa predicación vehemente ante inmensas multitudes, en el cuadro del desierto, frente a las aguas sagradas del Jordán, entre las montañas severas de Judea y de Perea, sobrecogía los ánimos, atraía a las multitudes. Recordaba los días gloriosos de los viejos profetas; ella daba al pueblo lo que no encontraba en el templo: la interior sacudida y, después de los terrores del arrepentimiento, una esperanza vaga y prodigiosa. Acudían de todos los puntos de Palestina, y aun de más lejos, para escuchar al santo del desierto que anunciaba al Mesías. Las poblaciones, atraídas por su voz, acampaban a su lado durante varios días para oírle, no querían marcharse, esperando que el Mesías llegase. Muchos no pedían otra cosa que empuñar las armas bajo su mando para comenzar la guerra santa. Herodes Antipas y los sacerdotes de Jerusalén comenzaban a inquietarse ante aquel movimiento popular. Por otra parte, los signos de la época eran graves. Tiberio, a la edad de setenta y cuatro años, acababa su vejez en medio de las bacanales de Caprea; Poncio Pilatos redoblaba en violencia contra los judíos; en Egipto, los sacerdotes habían anun ciado que el fénix iba a renacer de sus cenizas. ***(Tácito, Anales, VI, 28, 31).***

Jesús, que sentía crecer interiormente su vocación profética, pero que buscaba aún su camino, vino también al desierto del Jordán, con algunos hermanos esenios que le seguían ya como a un maestro, Quiso ver al Bautista, oírle y someterse al bautismo público. Deseaba entrar en escena por un acto de humildad y de respeto hacia el profeta que osaba elevar su voz contra los poderes del día y despertar de su sueño el alma de Israel.

Vio al rudo asceta, velludo y con largo cabello, con su cabeza de león visionario sobre un pulpito de madera, bajo un rústico tabernáculo, cubierto de ramas y de pieles de cabra. A su alrededor, entre los pequeños arbustos del desierto, una multitud inmensa, todo un campamento: funcionarios, soldados de Herodes, samaritanos, levitas de Jerusalén, idumeos con sus rebaños, árabes detenidos allí con sus camellos, sus tiendas y sus caravanas por "la voz que retumba en el desierto". Aquella voz tonante pasaba sobre las muchedumbres, y decía: "Enmendaos, preparad las vías del Señor, arreglad sus senderos". Llamaba a los fariseos y a los saduceos "raza de víboras". Agregaba que "el hacha estaba ya próxima a la raíz de los árboles", y decía del Mesías: "Yo sólo con agua os bautizo, pero él os bautizará con fuego". Hacia la puesta del Sol, Jesús vio a aquellas masas populares agolparse hacia un remanso, a orillas del Jordán, y a mercenarios de Herodes, a bandidos, inclinar sus rudos espinazos bajo el agua que vertía el Bautista. Se aproximó él. Juan no conocía a Jesús, nada sabia de él, pero reconoció a un esenio por su vestidura de lino. Le vio, perdido entre la multitud, bajar al agua hasta que le llegó por la cintura e inclinarse humildemente para recibir la aspersión. Cuando el neófito se levantó, la mirada temible del predicador y la del Galileo se encontraron. El hombre del desierto se estremeció bajo aquel rayo de maravillosa dulzura, e involuntariamente dejó escapar estas palabras: "¿Eres el Mesías?". ***(Sabemos que, según los Evangelios, Juan reconoció en seguida a Jesús como Mesías y le bautizó como tal. Sobre este punto su narración es contradictoria. Porque más tarde, Juan, prisionero de Antipas en Makerus, hace preguntar a Jesús: — ¿Eres tú el que debe venir, o debemos esperar a otro?. (Mateo, XI, 3). Esa duda tardía prueba que, si bien había sospechado que Jesús era el Mesías, no estaba completamente convencido. Pero los primeros redactores de los Evangelios eran judíos y deseaban presentar a Jesús como iniciado y consagrado por Juan Bautista, profeta judaico popular).*** El misterioso esenio nada respondió, pero inclinando su cabeza pensativa y cruzando sus manos sobre su pecho, pidió al Bautista su bendición. Juan sabía que el silencio era la ley de los esenios novicios. Extendió solemnemente sus dos manos; luego, el Nazareno desapareció con

sus compañeros entre los cañaverales del río.

El Bautista le vio marchar con una mezcla de duda, de secreta alegría y de profunda melancolía. ¿Qué era su ciencia y su esperanza profética ante la luz que había visto en los ojos del Desconocido, luz que parecía iluminar a todo su ser?. ¡Ah!. ¡Si el joven y hermoso Galileo era el Mesías, había visto realizado el ensueño de su vida!. Pero su papel había terminado, su voz iba a callarse. A partir de aquel día, se puso a predicar con voz más profunda y emocionada sobre este tema melancólico. "Es preciso que él crezca y yo disminuya"... Comenzaba a sentir el cansancio y la tristeza de los leones viejos, que están fatigados de rugir y se acuestan en silencio para esperar la muerte...

¿Eres el Mesías?. La pregunta del Bautista repercutía también en el alma de Jesús. Desde el florecimiento de su conciencia, había encontrado a Dios en sí mismo y la certidumbre del reino de los cielos en la belleza radiante de sus visiones. Luego, el sufrimiento humano había lanzado a su corazón el grito terrible de la angustia. Los sabios esenios le habían enseñado el secreto de las religiones, la ciencia de los misterios; le habían mostrado la decadencia espiritual de la humanidad, su espera en un salvador. ¿Pero cómo encontrar la fuerza para arrancarla del abismo?. He aquí, que la llamada directa de Juan el Bautista, caía en el silencio de su meditación como el rayo del Sinaí. ¿Eres el Mesías?.

Jesús sólo podía responder a esta pregunta recogiéndose en lo más profundo de su ser. De ahí su retiro, aquel ayuno de cuarenta días, que Mateo resume bajo la forma de una leyenda simbólica. La Tentación representa en realidad en la vida de Jesús aquella gran crisis y aquella visión soberana de la verdad, por la cual deben pasar infaliblemente todos los profetas, todos los iniciadores religiosos, antes de comenzar su obra.

Sobre Engaddi, donde los esenios cultivaban el sésamo y la viña, un sendero escarpado conducía a una gruta que se abría en el muro de la montaña. Se entraba en ella por medio de dos columnas doricas talladas en la roca bruta, parecidas a las del lugar de Retiro de los Apóstoles, en el valle de Josaphat. Allí quedaba uno sobre el abismo a pico, como en un nido de águila. En el fondo de una cañada se veían viñedos, habitaciones humanas; más lejos, el Mar Muerto, inmóvil y gris, y las montañas desoladas de Moab. Los esenios habían construido este lugar de retiro para aquellos de los suyos que querían someterse a la prueba de la soledad. Se encontraban allí varios papiros de los profetas, aromas fortificantes, higos secos y un chorro de agua, único alimento del asceta en meditación. Jesús se retiró allí.

Al pronto volvió a ver en su espíritu todo el pasado de la humanidad. Pesó la gravedad de la hora presente. Roma vencía; con ella, lo que los magos persas habían llamado el reino de Ahrimán y los profetas el reino de Satán, el signo de la Bestia, la apoteosis del Mal. Las tinieblas invadían la Humanidad, esta Alma de la tierra. El pueblo de Israel había recibido de Moisés la misión real y sacerdotal de representar a la viril religión del Padre, del Espíritu puro, de enseñarla a las otras naciones y hacerla triunfar. ¿Habían cumplido esta misión sus reyes y sacerdotes?. Los profetas, que sólo habían tenido conciencia de ello, respondían con unánime voz: ¡No!. Israel agonizaba bajo la presión de Roma. ¿Era preciso arriesgar, por centésima vez, una sublevación como la soñaban aún los fariseos, una restauración de la majestad temporal de Israel por la fuerza?. ¿Era preciso declararse hijo de David y exclamar con Isaías: "Pisotearé a los pueblos en mi cólera, y les embriagaré en mi indignación, y derribaré a tierra su fuerza?". ¿Se necesitaba ser un nuevo Macabeo y hacerse nombrar pontífice-rey?. Jesús podía tentarlo. Había visto a las multitudes prestas a sublevarse a la voz de Juan el Bautista, y la fuerza que en sí mismo sentía era más grande aún. ¿Pero podría la violencia terminar con la violencia?. ¿Podría dar fin la espada al reino de la espada?. ¿No sería esto reclutar nuevas almas para los poderes de las tinieblas, que acechaban su presa en las sombras?.

¿No sería mejor hacer accesible a todos la verdad, que era hasta entonces el privilegio de algunos santuarios y de raros iniciados, abrirle los corazones en espera de que ella penetrase en las inteligencias por la revelación interna y por la ciencia; es decir, predicar el reino de los cielos a los sencillos, substituir el reino de la Gracia al de la Ley, transformar la humanidad por el fondo y por la base, regenerando las almas?.

¿Pero de quién sería la victoria?. ¿De Satán o de Dios?. ¿Del espíritu del mal, que reina con los poderes formidables de la tierra, o del espíritu divino, que reina en las invisibles legiones celestes y duer- me en el corazón del hombre como la chispa en el pedernal?. ¿Cuál sería la suerte del profeta que osase desgarrar el velo del templo para mostrar el vacío del santuario, desafiar a la vez a Herodes y a César?.

¡Sin embargo, era preciso!. La voz interna no le decía ya como a Isaías: "Toma un gran libro y escribe sobre él con una pluma humana". La voz del Eterno le gritaba: "¡Levántate y habla!". Se trataba de encontrar el verbo viviente, la fe que transporta las montañas, la fuerza que derrumba las fortalezas.

Jesús comenzó a orar con fervor. Entonces, una inquietud, una

turbación creciente se apoderaron de él. Tuvo el sentimiento de haber perdido la felicidad maravillosa de que había participado y de hundirse en un abismo tenebroso. Una nube negra le envolvía. Aquella nube estaba llena de sombras de todas clases. Entre ellas distinguía los semblantes de sus hermanos, de sus maestros esenios, de su madre. Las sombras le decían, una tras otra: — "¡Insensato que quieres lo imposible!. ¡No sabes lo que te espera!. ¡Renuncia!". La invencible voz interna respondía: "¡Es preciso!". Luchó así durante una serie de días y noches, tan pronto en pie o de rodillas como prosternado. Y el abismo descendía, se hacía más y más profundo y más espesa la nube que le rodeaba. Tenía la sensación de que se aproximaba a algo terrible e innombrable.

Por fin, entró en ese estado de éxtasis lúcido que le era propio, en el cual la parte más profunda de la conciencia se despierta, entra en comunicación con el Espíritu viviente de las cosas, y proyecta sobre la tela diáfana del sueño las imágenes del pasado y del porvenir. El mundo exterior desaparece; los ojos se cierran. El Vidente contempla la Verdad bajo la luz que inunda su ser y hace de su inteligencia un foco incandescente.

El trueno retumbó; la montaña tembló hasta su base. Un torbellino de viento, venido del fondo de los espacios, llevó al Vidente hasta la cúspide del templo de Jerusalén. Techados y minaretes relucían en los aires como un bosque de oro y plata. Se oían himnos en el Santo de los Santos. Espirales de incienso subían de todos los altares y giraban en torbellino a los pies de Jesús. El pueblo, con trajes de fiesta, llenaba los pórticos; mujeres soberbias cantaban para él himnos de amor ardiente. Las trompetas sonaban y cien mil voces gritaban: ¡Gloria al Mesías!. ¡Gloria al rey de Israel!. Tú serás ese rey si quieres adorarme, dijo una voz desde abajo. — ¿Quién eres?, — dijo Jesús.

De nuevo el viento le llevó a través de los espacios, a la cumbre de una montaña. A sus pies, los reinos de la tierra se escalonaban en un resplandor dorado. Soy el rey de los espíritus y el príncipe de la tierra, — dijo la voz del abismo —. Sé quien eres, dijo Jesús; tus formas son innumerables; tu nombre es Satán. Aparece bajo tu forma terrestre. La figura de un monarca coronado apareció sobre una nube. Una aureola lívida ceñía su cabeza imperial. La figura sombría se destacaba sobre un nimbo sangriento, su cara estaba pálida y su mirada briliaba como el reflejo de un hacha. Dijo:

— Soy César. Inclínate nada más y te daré todos esos reinos.

Jesús le dijo:

— ¡Atrás, tentador!. Escrito está: "No adorarás más que al Eterno, tu Dios". En seguida, la visión se desvaneció.

Encontrándose solo en la caverna de Engaddi, Jesús dijo:

— ¿Por qué signo venceré a los poderes de la tierra?.

— Por el signo del Hijo del Hombre, dijo una voz de lo alto.

— Muéstrame ese signo, dijo Jesús.

Una constelación brillante apareció en el horizonte, con cuatro estrellas en forma de cruz. El Galileo reconoció el signo de las antiguas iniciaciones, familiar en Egipto y conservado por los esenios. En la juventud del mundo, los hijos de Japhet lo habían adorado como signo del fuego celeste y terrestre, el signo de la Vida con todos sus goces, del Amor con todas sus maravillas. Más tarde, los iniciados egipcios habían visto en él, símbolo del gran misterio, la Trinidad dominada por la Unidad, la imagen del sacrificio del Ser inefable que se despedaza a sí mismo para manifestarse en los mundos. Símbolo a la vez de la vida, de la muerte y de la resurrección, cubría hipogeos, tumbas, templos innumerables. — La cruz espléndida crecía y se acercaba, como atraída por el corazón del Vidente. Las cuatro estrellas vivas se iluminaban como soles de poderío y de Gloria. — "He aquí el signo mágico de la Vida y de la Inmortalidad, dijo la voz celeste. Los hombres lo han poseído en otro tiempo y lo han perdido. ¿Quieres devolvérselo?. — Quiero, dijo Jesús. ¡Entonces, mira!, he aquí tu destino".

Bruscamente las cuatro estrellas se extinguieron y volvió la oscuridad. Un trueno subterráneo estremeció las montañas, y, desde el fondo del Mar Muerto salió un monte sombrío terminado por una cruz negra. Un hombre estaba clavado en ella y agonizaba. Un pueblo demoniaco cubría la montaña y aullaba con ironía infernal: "¡Si eres el Mesías, sálvate a ti mismo!". El Vidente abrió desmesuradamente los ojos, luego cayó hacia atrás, cubierto de sudor frío; pues aquel hombre crucificado, era él mismo... Había comprendido. Para vencer, era preciso identificarse con aquel doble terrible, evocado por él mismo y colocado ante sí como una siniestra interrogación. Suspendido en su incertidumbre, como en el vacío de los espacios infinitos. Jesús sentía a la vez las torturas del crucificado, los insultos de los hombres y el silencio profundo del cielo. Puedes tomarla o dejarla, dijo la voz angélica. Ya la visión se esfumaba y la cruz fantasma comenzaba a palidecer con su ejecutado, cuando de repente Jesús volvió a ver a su lado a los enfermos del pozo de Siloé, y tras ellos todo un pueblo de almas desesperadas que murmuraban, con las manos juntas: "Sin ti, estamos perdidas. ¡Sálvanos, tú que sabes amar!". Entonces el Galileo se levantó lentamente, y, abriendo sus amorosos brazos, exclamó: "¡Sea conmigo la cruz, y que el mundo se salve!" En seguida Jesús sintió como si se desgarrasen todos sus miembros y lanzó un

grito terrible... Al mismo tiempo, el monte negro desapareció, la cruz se sumergió; una luz suave, una felicidad divina inundaron al Vidente, y en las alturas de lo azul, una voz triunfante atravesó la inmensidad, diciendo: "¡Satán ya no reina!. ¡La Muerte quedó dominada!. ¡Gloria al Hijo del Hombre!. ¡Gloria al Hijo de Dios!".

Cuando Jesús despertó de esta visión, nada había cambiado a su alrededor; el sol naciente doraba las paredes de la gruta de Engaddi; un rocío tibio como lágrimas de amor angélico mojaba sus pies doloridos, y brumas flotantes se elevaban del Mar Muerto. Pero él no era ya el mismo. Un acontecimiento definitivo se había desarrollado en el abismo insondable de su conciencia. Había resuelto el enigma de su vida, había conquistado la paz, y una gran certidumbre se había apoderado de él. Del desplazamiento de su ser terrestre, que había pisoteado y lanzado al abismo, una nueva conciencia había surgido radiante: Sabía que se había convertido en el Mesías por un acto irrevocable de su voluntad.

Poco después, bajó al pueblo de los esenios. Supo allí que Juan el Bautista había sido aprehendido por Antipas y encarcelado en la fortaleza de Makerus. Lejos de asustarse por ese presagio, vio en él un signo de que los tiempos estaban maduros y que era preciso trabajar a su vez. Anunció, pues, a los esenios que iba a predicar por Galilea "el Evangelio del reino de los cielos". Esto quería decir: poner los grandes Misterios al alcance de las gentes sencillas, traducirles las doctrinas de los iniciados. Parecida audacia no se había visto desde los tiempos en que Sakhia Muni, el último Buddha, movido por una inmensa piedad, había predicado en las orillas del Ganges. La misma compasión sublime por la humanidad animaba a Jesús. A ella unía una luz interna, un poder de amor, una magnitud de fe y una energía de acción que sólo a él pertenecen. Del fondo de la muerte que había sondeado y gustado de antemano, traía a sus hermanos la esperanza y la vida.

IV
LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS - ENSEÑANZA POPULAR Y ENSEÑANZA ESOTÉRICA - LOS MILAGROS - LOS APÓSTOLES - LAS MUJERES

Hasta ahora he tratado de iluminar con su luz propia esa parte de la vida de Jesús que los Evangelios han dejado en la sombra envuelto en el velo de la leyenda. He dicho por medio de qué iniciación, por qué desarrollo de alma y de pensamiento, el gran Nazareno llegó a la conciencia mesiánica. En una palabra, he tratado de reconstituir el génesis interno del Cristo. Una vez conocido ese génesis el resto de mi labor será más sencillo. La vida pública de Jesús ha sido contada en los Evangelios. En esas narraciones hay divergencias, contradicciones, soldaduras. La leyenda, recubriendo o exagerando ciertos misterios, reaparece acá y allá; pero del conjunto se desprende tal unidad de pensamiento y de acción, un carácter tan poderoso y tan original, que invenciblemente nos sentimos en presencia de la realidad, de la vida. No se pueden reformar esas inimitables narraciones, que, en su infantil sencillez o en su belleza simbólica, dicen más que todas las amplificaciones. Pero lo que importa hacer hoy, es poner en claro el papel de Jesús por medio de las tradiciones y las verdades esotéricas, es mostrar el sentido y el alcance trascendental de su doble enseñanza.

¿De qué grande noticia era portador el esenio ya célebre, que volvía de las orillas del Mar Muerto a su patria galilea, para predicar en ella el Evangelio del Reino?. ¿Por qué medio iba a cambiar la faz del mundo?. El pensamiento de los profetas acaba de manifestarse en él. Fuerte en el don entero de su ser, venía a compartir con los hombres aquel reino del cielo que había conquistado en sus meditaciones y sus luchas, en sus dolores infinitos y su goces ilimitados. Venía a desgarrar el velo que la antigua religión de Moisés había lanzado sobre el más allá. Venía a decir: “Creed, amad, obrad, y que la esperanza sea el alma de vuestras acciones. Hay más allá de esta tierra un mundo de las almas, una vida más perfecta. Lo sé, de ella vengo y a ella os conduciré. Pero no basta aspirar. Para llegar es preciso comenzar por realizarla aquí abajo, en vosotros mismos por el pronto, después en la humanidad: ¿Por qué medio?. Por el Amor, por la Caridad activa”.

Se vio, pues, llegar a Galilea al joven profeta. No decía que era el Mesías, pero discutía sobre la ley y los profetas en las sinagogas. Predicaba a orillas del lago de Genezareth, en las barcas de los pescadores, al lado de las fuentes, en los oasis verdes que abundaban entonces entre Capharnaum, Betsaida y Korazim. Curaba a los enfermos por la imposición de las manos, por una mirada, por una orden, con frecuencia por su sola presencia. Le seguían multitudes; numerosos discípulos le rodeaban. Él los reclutaba entre la gente del pueblo, los pescadores, los peajeros. Porque quería naturalezas rectas y vírgenes, ardientes y creyentes, y de ellas se apoderaba de irresistible modo. En su elección era conducido por ese don de segunda vista, que, en todos los tiempos, ha sido propio de los hombres de acción, pero sobre todo de los iniciadores religiosos. Una mirada le bastaba para sondear un alma. No necesitaba otra prueba y cuando decía: ¡Sígueme! le seguían. Con un ademán llamaba así a los tímidos, a los vacilantes, y les decía: "Venid a mí, vosotros que estáis cargados, os aliviaré. Mi yugo es ligero y mi carga liviana". ***(Mateo, XI, 28).*** Adivinaba los más secretos pensamientos de los hombres que, turbados, confundidos, reconocían al maestro. A veces, en la incredulidad saludaba a los sinceros. Habiendo dicho Nathaniel: "¿Qué puede venir de bueno de Nazareth?", Jesús replicó: "He aquí un verdadero israelita en el que no hay artificio". ***(Juan, I, 46).*** De sus adeptos no exigía ni juramento, ni profesión de fe, sino únicamente que le quisieran, que creyesen en él. Puso en práctica la comunidad de bienes, no como una regla absoluta, sino como un principio de fraternidad entre los suyos.

Jesús comenzaba así a realizar en su pequeño grupo el reino del cielo que quería fundar sobre la tierra. El sermón de la montaña nos ofrece una imagen de ese reino ya formado en germen, con un resumen de la enseñanza popular de Jesús. En la cima de la colina está sentado el maestro; los futuros iniciados se agrupan a sus pies; más abajo, el pueblo agolpado acoge ávidamente las palabras que caen de su boca. ¿Qué anuncia el nuevo doctor?. ¿El ayuno?. ¿La maceración?. ¿Las penitencias públicas?. No; he aquí lo que dice: "Dichosos los pobres de espíritu, porque el reino de los cielos les pertenece; felices los que lloran, porque ellos serán consolados". Desarrolla en seguida, en un orden ascendente, las cuatro virtudes dolorosas; el poder maravilloso de la humildad, de la tristeza por la desgracia ajena, de la bondad íntima del corazón, del hambre y sed de justicia. Luego vienen, radiantes, las virtudes activas y triunfantes: la misericordia, la pureza del corazón, la bondad militante; en fin, el martirio por la justicia. "¡Dichosos los de corazón puro; porque ellos verán a Dios!". Como el sonido de una campana de oro, este

verbo entreabre a los ojos de los auditorios el cielo que brilla estrellado sobre la palabra del maestro. Ven en él las humildes virtudes, no ya como mujeres pobres esqueléticas, con vestidos grises de penitentes, sino transformadas en beatitudes, en vírgenes de luz, esfumando con su resplandor el brillo de las flores de lis y el poder de Salomón. En el aura de su gloria, ellas difunden en los corazones sedientos los perfumes del reino celeste.

Lo maravilloso es que ese reino no florece en las lejanías del cielo, sino en lo interno de los asistentes. Cambian entre sí miradas de asombro; (ellos, pobres en espíritu, se han vuelto de repente tan ricos!. Más poderoso que Moisés, el mago del alma ha herido su corazón; una fuente inmortal brota de éste. Su enseñanza popular está contenida en esta palabra: "¡el reino del cielo está dentro de vosotros!". Además les expone los medios necesarios para alcanzar esa dicha inaudita y no se admiran ya de las cosas extraordinarias que les pide; matar hasta el deseo del mal, perdonar las ofensas, amar a sus enemigos. Tan pujante es el río de amor que de su corazón desborda, que les arrastra. En su presencia, todo les parece fácil. Inmensa novedad, singular osadía de esta enseñanza: el profeta galileo coloca la vida interior del alma sobre todas las prácticas exteriores, lo invisible sobre lo visible, el\ reino de los cielos sobre los bienes de la tierra. Ordena que se escoja entre Dios y Mammón. Resu- miendo en fin su doctrina, dice: "Amad a vuestro prójimo como a vosotros mismos y sed perfectos como lo es vuestro Padre celeste". Dejaba entrever asi bajo una forma popular, toda la profundidad de la moral y de la ciencia. Porque el supremo mandamiento de la iniciación es el reproducir la perfección divina en la perfección del alma, y el secreto de la ciencia reside en la cadena de las semejanzas y de las correspondencias, que une en los círculos crecientes lo particular a lo universal, lo finito a lo infinito.

Si tal fuese la enseñanza pública y puramente moral de Jesús, es evidente que dio, simultáneamente con ella, una enseñanza íntima a sus discípulos, enseñanza paralela, explicativa de la primera, que mostraba su lado oculto y penetraba hasta el fondo de las verdades espirituales, que él poseía de la tradición esotérica de los esenios y de su propia experiencia. Habiendo sido violentamente ahogada por la Iglesia esa tradición, a partir del siglo II, la mayor parte de los teólogos no conocen ya el verdadero alcance de las palabras del Cristo con su sentido, a veces doble y triple, y sólo ven el sentido primario o literal. Para quienes han profundizado la doctrina de los Misterios en la India, en Egipto y en Grecia, el pensamiento esotérico del Cristo anima no solamente sus menores palabras, sino también todos los actos de su vida. Visible ya en los tres sinópticos, aparece por completo en el Evangelio de

Juan. He aquí un ejemplo que toca a un punto esencial de la doctrina:

Jesús está de paso en Jerusalén. No predica aún en el templo, pero cura a los enfermos y enseña en casa de los amigos. La obra del amor debe preparar el terreno en que ha de caer la buena simiente. Nicodemus, fariseo instruido, había oído hablar del nuevo profeta. Lleno de curiosidad, pero no queriendo comprometerse entre los suyos, pide una entrevista secreta al Galileo. Jesús se la concede. Nicodemus llega por la noche a su morada y le dice: "Maestro, sabemos que eres un doctor venido de la parte de Dios; pues nadie podría hacer los milagros que tú haces si Dios no estuviera contigo". — Jesús le responde: — "En verdad, en verdad te digo que, si un hombre ***no nace de nuevo,*** no puede ver el reino de Dios". Nicodemus pregunta si es posible que un hombre vuelva al seno de su madre y nazca una segunda vez. Jesús responde: "En verdad te digo que si un hombre ***no nace de agua y de espíritu,*** no puede entrar en el reino de Dios". ***(Juan, III, 15).***

Jesús resume bajo esta forma, evidentemente simbólica, la antigua doctrina de la regeneración, ya conocida en los Misterios del Egipto. Renacer por el agua y por el espíritu, ser bautizado con agua y con fuego, marca dos grados de la iniciación, dos etapas del desarrollo interno y espiritual del hombre. El agua representa aquí la verdad percibida intelectualmente, es decir, de una manera abstracta y general. Ella purifica el alma y desenvuelve su germen espiritual.

El renacimiento por el espíritu o el bautismo por el fuego (celeste), significa la asimilación de esa verdad por la voluntad, de tal modo que se convierte en la sangre y la vida, el alma de todas las acciones. Resulta de ello la completa victoria del espíritu sobre la materia, el dominio absoluto del alma espiritualizada sobre el cuerpo transformado en instrumento dócil, dominio que despierta sus dormidas facultades, abre su sentido interno, le da la visión intuitiva de la verdad y la acción directa del alma sobre el alma. Este estado equivale al estado celeste, llamado reino de Dios por Jesucristo. El bautismo por el agua o iniciación intelectual, es, pues, un comienzo de renacimiento; el bautismo por el espíritu es un renacimiento total, una transformación del alma por el fuego de la inteligencia y de la voluntad, y por consiguiente en cierta medida de los elementos del cuerpo, en una palabra, una regeneración radical. De ahí los poderes excepcionales que da al hombre.

He aquí el sentido terrestre de la conversación eminentemente teosófica entre Nicodemus y Jesús. Hay un segundo sentido, que se podría llamar en dos palabras la doctrina esotérica, sobre la constitución del hombre. Según esa doctrina, el hombre es triple: cuerpo, alma, espíritu. Hay una parte inmortal e

indivisible: el espíritu; una parte perecedera y divisible: el cuerpo. El alma que las une participa de ambas naturalezas. Organismo vivo, posee un cuerpo etéreo y fluido, semejante al cuerpo material, que, sin ese doble invisible no tendría vida, movimiento ni unidad. Según que el hombre obedece a las sugestiones del espíritu o a las incitaciones del cuerpo, según que se liga con preferencia a uno u otro, el cuerpo fluido se eteriza o se espesa, se unifica o se disgrega. Ocurre, pues, que después de la muerte física, la mayor parte de los hombres tienen que sufrir una segunda muerte del alma, que consiste en desembarazarse de los elementos impuros de su cuerpo astral, a veces en sufrir su lenta descomposición; mientras que el hombre completamente regenerado, habiendo formado desde la tierra su cuerpo espiritual, posee su cielo en sí mismo y se lanza a la religión a que por afinidad es atraído. El agua, en el esoterismo arcaico, simboliza la materia flúidica infinitamente transformable, como el fuego simboliza el espíritu uno. Hablando del renacimiento por el agua y por el espíritu, Cristo hace alusión a esa doble transformación de su ser espiritual y de su envoltura fluidica, que espera al hombre después de su muerte y sin la cual no puede entrar en el reino de las almas gloriosas y de los puros espíritus.

Porque, “lo que ha nacido de la carne es carne (es decir, está encadenado y es perecedero), y lo que ha nacido del espíritu es espíritu (es decir, libre e inmortal). El viento sopla en todas partes y oyes su ruido. Pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Lo mismo pasa con todo hombre que ha nacido del espíritu”. ***(Juan, III, 6, 8).***

Así habla Jesús ante Nicodemus, en el silencio de las noches de Jerusalén. Una pequeña lámpara colocada entre los dos ilumina apenas las vagas figuras de los interlocutores y la columnata de la sala. Pero los ojos del Maestro galileo brillan misteriosamente en la oscuridad. ¿Cómo no creer en el alma viendo esos ojos, tan pronto dulces como llameantes?. El docto fariseo ha visto hundirse su ciencia de los textos, pero entrevé un mundo nuevo. Ha visto el rayo en los ojos del profeta, cuyos largos cabellos rubios caen sobre sus hombros. Ha sentido el calor poderoso que emana de su ser, atraerle hacia sí. Ha visto aparecer y desaparecer, como una aureola magnética, tres pequeñas llamas blancas alrededor de sus sienes y de su frente. Entonces ha creído sentir el viento del Espíritu que pasa sobre su corazón. Emocionado, silencioso, Nicodemus vuelve furtivamente a su casa, en el profundo silencio de la noche. Continuará viviendo entre los fariseos, pero en el secreto de su corazón será fiel a Jesús.

Notemos además un punto capital en su enseñanza. En la doctrina

materialista, el alma es una resultante efímera y accidental de las fuerzas del cuerpo; en la doctrina espiritualista ordinaria es una cosa abstracta, sin lazo concebible con él; en la doctrina esotérica — única racional —, el cuerpo físico es un producto del trabajo incesante del alma, que obra sobre él por el organismo similar del cuerpo astral, así como el universo visible no es más que un dinamismo del infinito espíritu. He aquí porqué Jesús da esa doctrina a Nicodemus como explicación de los milagros que él opera. Ella puede servir de clave, en efecto, a la terapéutica oculta practicada por él y por pequeño número de adeptos y de santos, antes como después del Cristo. La medicina ordinaria combate los males del cuerpo obrando sobre el cuerpo. El adepto o el santo, focos de fuerza espiritual y fluida, obran directamente sobre el alma del enfermo, y, por su cuerpo astral, sobre su cuerpo físico. Lo mismo pasa en todas las curaciones magnéticas. Jesús opera por medio de fuerzas que existen en todos los hombres, pero opera a alta dosis, por proyecciones poderosas y concentradas. Presenta a los escribas y fariseos su poder de curar los cuerpos como una prueba de su poder de perdonar, o de curar el alma, lo cual es su objetivo superior. La curación física se convierte así en la contraprueba de una curación moral que le permite decir al hombre entero: ¡Levántate y anda!. La ciencia de hoy quiere explicar el fenómeno que los antiguos llamaban posesión, como un sencillo desarreglo nervioso. Explicación insuficiente. Psicólogos que tratan de penetrar más allá en el misterio del alma, ven en ella un desdoblamiento de la conciencia, una irrupción de su parte latente. Esta cuestión está en contacto con la de los diversos planos de la conciencia humana, que obra tan pronto sobre uno como sobre otro y cuyo juego móvil se estudia en los diversos estados sonambúlicos. Toca igualmente al mundo suprasensible. Sea de ello lo que quiera, es cierto que Jesús tuvo la facultad de restablecer el equilibrio en los cuerpos perturbados y enfocar las almas hacia su conciencia superior. “La magia verdadera, ha dicho Plotino, es el amor con su contrario el odio. Por el amor y el odio, los magos obran por medio de sus filtros y encantamientos”. El amor en su más elevada conciencia y su poder supremo, tal fue la magia del Cristo.

Numerosos discípulos tomaron parte en su enseñanza íntima. Pero para hacer durar a la nueva religión, se precisa un grupo de elegidos activos que se convirtiesen en los pilares del templo espiritual que quería edificar frente al otro. De ahí la institución de los apóstoles. No los eligió entre los esenios, porque necesitaba naturalezas vigorosas y vírgenes, y quería implantar su religión en el corazón del pueblo. Dos grupos de hermanos, Simeón- Pedro y Andrés, hijos de Jonás, por un lado, y del otro Juan y Santiago, hijos de

Zebedeo, los cuatro pescadores de profesión y de familias acomodadas, formaron el núcleo de los apóstoles. Al comienzo de su carrera, Jesús se muestra en su casa de Capharnaum, a orillas del lago de Genezareth, donde tenían ellos sus pesquerías. Vive entre ellos, les enseña, convierte a toda la familia. Pedro y Juan se destacan en primer lugar y dominan desde arriba a los doce como las dos figuras principales. Pedro, corazón recto y sencillo, espíritu candido y limitado, tan propicio a la esperanza como al descorazonamiento, pero hombre de acción capaz de conducir a los otros por su enérgico carácter y su fe absoluta. Juan, naturaleza concentrada y profunda, de entusiasmo tan fervoroso que Jesús le llamaba "hijo del trueno". Unamos a esto el espíritu intuitivo, alma ardiente casi siempre replegada sobre sí misma, de costumbres soñadoras y tristes, con explosiones formidables, furores apocalípticos, pero también con profundidades de ternura que los otros son incapaces de sospechar, que sólo el maestro ha visto. Él solo, el silencioso, el contemplativo, comprenderá el pensamiento íntimo de Jesús. Será el Evangelista del amor y de la inteligencia divina, el apóstol esotérico por excelencia.

Persuadidos por su palabra, convencidos por sus obras, dominados por su grande inteligencia y envueltos en su irradiación magnética, los apóstoles seguían al maestro de aldea en aldea. Las predicaciones populares alternaban con las enseñanzas íntimas. Poco a poco les abría su pensamiento. Sin embargo, guardaba aún un silencio profundo sobre sí mismo, sobre su papel, sobre su porvenir. Les había dicho que el reino del cielo estaba próximo, que el Mesías iba a venir. Ya los apóstoles murmuraban entre si ¡Él es!, y lo repetían a los demás. Pero Jesús, con dulce gravedad, se llamaba sencillamente "el Hijo del Hombre", expresión cuyo sentido esotérico no comprendían aún los apóstoles, pero que parecía querer decir en su boca: mensajero de lá humanidad doliente. Porque añadía: "los lobos tienen su guarida, mas el Hijo del Hombre no tiene dónde reposar su cabeza". Los apóstoles no veían aún en él al Mesías, y según la idea judaica popular, y en sus candidas esperanzas, concebían el reino del cielo como un Gobierno político, del cual Jesús sería el rey coronado y ellos los ministros. Combatir esa idea, transformarla de arriba abajo, revelar a sus apóstoles el verdadero Mesías, el reino espiritual; comunicarles esa verdad sublime que él llamaba el Padre, esa fuerza suprema que llamaba Espíritu, fuerza misteriosa que une juntamente todas las almas con lo invisible; mostrarles por su verbo, por su vida y por su muerte lo que es un verdadero hijo de Dios; dejarles la convicción de que ellos y todos los hombres eran sus hermanos y podían

alcanzarle y unirse a él si lo querían; no abandonarlos hasta después de haber abierto a su esperanza toda la inmensidad del cielo, he aquí la obra prodigiosa de Jesús sobre sus apóstoles. ¿Creerán o no?. Éste es el nudo del drama que se representa entre ellos y él. Otro hay más tremendo, que se desarrolla en el fondo de Jesús mismo. Pronto lo expondremos.

Porque en aquella hora, una oleada de alegría sumerge el trágico pensamiento en la conciencia del Cristo. La tempestad no ha soplado aún sobre el lago de Tiberiades. Es la primera Galilea del Evangelio, es el alba del reino de Dios, el matrimonio místico del iniciado con su familia espiritual. Ella le sigue, viaja con él, como el cortejo de las paraninfas sigue al esposo de la parábola. El grupo creyente se apiña tras las huellas del maestro amado, en las playas del lago azul, encerrado en sus montañas como en una copa de oro. Va de las frescas riberas de Capharnaum a los bosquecillos de naranjos de Bethsaida, a la montañosa Korazin, donde ramilletes de palmas umbrosas dominan todo el mar de Genezareth. En el cortejo de Jesús las mujeres tienen un sitio aparte. Madres o hermanas de discípulos, vírgenes tímidas o pecadoras arrepentidas, le rodean siempre. Atentas, fieles, apasionadas, esparcen sobre sus pasos como un reguero de amor, su eterno perfume de tristeza y de esperanza. A ellas no hay que demostrarles que es el Mesías. Con verlo, basta. La extraña felicidad que emana de su atmósfera mezclada a la nota de un sufrimiento divino e inexpresado que resuena en el fondo de su ser, las persuade de que es el hijo de Dios. Jesús había ahogado pronto en sí el grito de la carne, había dominado el poder de los sentidos durante su estancia con los esenios. Por esto había conquistado el imperio de las almas y el divino poder de perdonar, esa voluptuosidad de los ángeles. Así es que puede decir a la pecadora que se arrastra a sus pies con los cabellos sueltos, esparciendo bálsamo de mucho precio: “Mucho le será perdonado porque ha amado mucho”. Palabra sublime que contiene toda una redención; porque quien perdona, liberta.

El Cristo es el restaurador y el libertador de la mujer digan lo que quieran San Pablo y los Padres de la Iglesia, que, al rebajar a la mujer al papel de sierva del hombre, han falseado el pensamiento del Maestro. Los tiempos védicos la habían glorificado; Buda había desconfiado de ella; Cristo la eleva devolviéndole su misión de amor y su adivinación. La Mujer iniciada representa el Alma en la Humanidad, Aisha, como la había llamado Moisés, es decir, el Poder de la Intuición, la Facultad amante y vidente. La tempestuosa María Magdalena, de quien Jesús había arrojado siete demonios, según la expresión bíblica, se convirtió en el más ardiente de sus discípulos. Ella fue la

primera que, según San Juan, vio al divino maestro, al Cristo espiritual resucitado sobre su tumba. La leyenda ha querido ver obstinadamente en la mujer apasionada y creyente la mayor adoradora de Jesús, la iniciada del corazón, y no se ha engañado. Porque su historia representa toda la generación de la mujer, según quería el Cristo.

En la granja de Bethania, entre Marta, María y Magdalena, Jesús gustaba de reponerse de las labores de su misión, de prepararse a las pruebas supremas. Allí prodigaba sus más dulces consuelos, y en suaves conversaciones hablaba de los divinos misterios que no quería confiar aún a sus discípulos. A veces, en la hora en que el oro del poniente palidece entre las ramas de los olivos, cuando ya el crepúsculo oscurece sus finas hojas, Jesús quedaba pensativo. Un velo caía sobre su faz luminosa. Pensaba en las dificultades de su obra, en la vacilante fe de los apóstoles, en los pobres enemigos del mundo. El templo, Jerusalén, la humanidad con sus crímenes, y sus ingratitudes, se desplomaban sobre él como una montaña viviente.

¿Sus brazos elevados al cielo serían bastante fuertes para pulverizarla, o quedaría aplastado bajo su masa enorme?. Entonces hablaba vagamente de una prueba terrible que le esperaba y de su próximo fin. Sobrecogidas por la solemnidad de su voz, las mujeres no osaban interrogarle. Por grande que fuese la inalterable serenidad de Jesús, comprendían que su alma estaba como envuelta en el sudario de una indecible tristeza que le separaba de los goces de la vida. Presentían ellas el destino del profeta, su resolución inquebrantable. ¿Por qué esas sombrías nubes que se elevaban por el lado de Jerusalén?. ¿Por qué ese viento ardiente de fiebre y de muerte, que pasaba sobre su corazón como sobre las colinas agostadas de la Judea, de matices violáceos y cadavéricos?. Una noche... misteriosa estrella, una lágrima brilló en los ojos de Jesús. Las tres mujeres se estremecieron y sus lágrimas silenciosas brotaron también en la paz de Bethania. Lloraban ellas sobre él; él lloraba sobre la humanidad.

V
LUCHA CON LOS FARISEOS - LA HUIDA A CESÁREA - LA TRANSFIGURACIÓN

Duró dos años aquella primavera galilea, en que, bajo la palabra de Cristo, los lirios angélicos relumbrantes parecían florecer en el aire embalsamado, y la aurora del reino del cielo levantarse sobre las atentas muchedumbres. Pero pronto se ensombreció el cielo, atravesado por siniestros relámpagos, heraldos de una catástrofe. La tempestad estalló sobre la pequeña familia espiritual como una de esas tempestades que barren el lago de Genezareth y tragan en su furia las débiles barquillas de los pescadores. Si los discípulos quedaron consternados, Jesús no se sorprendió, pues lo esperaba. Imposible era que su predicación y popularidad creciente no inquietasen a las autoridades religiosas de los judíos. Imposible también que la lucha entre ellas y él no se entablase a fondo. Aún más; la luz sólo de tal choque podía salir.

Los fariseos formaban en tiempo de Jesús un cuerpo compacto de seis mil hombres. Su nombre, ***Perishin,*** significaba: los separados o distinguidos. De un patriotismo exaltado, con frecuencia heroico, pero estrecho y orgulloso, representaban el partido de la restauración nacional; su existencia sólo databa de los Macabeos. Al lado de la tradición escrita admitían una tradición oral. Creían en los ángeles, en la vida futura, en la resurrección: pero esos vislumbres de esoterismo que les llegaban de Persia, quedaban ahogados bajo las tinieblas de una interpretación grosera y material. Estrictos observadores de la ley, pero enteramente opuestos al espíritu de los profetas, que colocaban la religión en el amor de Dios y de los hombres, hacían consistir la piedad en los ritos y en las prácticas, los ayunos y las penitencias públicas. Se les veía en los grandes días recorrer las calles, con la cara cubierta de hollín, clamando oraciones con aire contrito y distribuyendo limosnas con ostentación. Por lo demás, vivían con lujo, trabajando con codicia por obtener los cargos y el poder. Sin embargo, eran los jefes del partido democrático y tenían al pueblo bajo su mano. Los saduceos, por el contrario, representaban el partido sacerdotal y aristocrático y se componían de familias que pretendían ejercer el sacerdocio por derecho de herencia desde los tiempos de David. Conservadores a ultranza, rechazaban la tradición oral, sólo admitían la letra

de la ley, negaban el alma y la vida futura. Se burlaban igualmente de las prácticas penosas de los fariseos y de sus extravagantes creencias. Para ellos la religión consistía únicamente en las ceremonias sacerdotales. Habían tenido en sus manos el pontificado bajo los seleúcidas, entendiéndose perfectamente con los paganos, impregnándose de sofisma griego y aun de epicureismo elegante. Bajo los Macabeos, los fariseos les habían arrojado del pontificado. Pero bajo Herodes y los romanos, habían vuelto a ocupar su lugar. Eran hombres duros y tenaces, sacerdotes vividores que sólo tenían una fe: la de su superioridad, y una idea: guardar el poder que poseían por tradición.

¿Qué podía ver en aquella religión, Jesús, el iniciado, el heredero de los profetas, el vidente de Engaddi, que buscaba en el orden social la imagen del orden divino, en que la justicia reina sobre la vida, la ciencia sobre la justicia, el amor y la sabiduría sobre las tres?. — En el templo, en lugar de la ciencia suprema y de la iniciación, la ignorancia materialista y agnóstica, considerando a la religión como un instrumento de poder; en otros términos: la impostura sacerdotal. — En las escuelas y las sinagogas, en lugar del pan de vida y del rocío celeste para los corazones, una moral interesada, recubierta por una devoción formalista, es decir, la hipocresía. — Muy lejos, sobre ellos, envuelto en un nimbo, César todopoderoso, apoteosis del mal, deificación de la materia; César, solo Dios del mundo de entonces, solo dueño y amo posible de los saduceos y fariseos, quisiéranlo o no. — Habiendo formado Jesús, como los profetas, su idea en el esoterismo persa, ¿Tenía o no razón en llamar a aquel reino el reino de Satán o de Ahrimán, esdecir, la dominación de la materia sobre el espíritu a la que quería substituir la del espíritu sobre la materia?. Como todos los grandes reformadores, atacaba, no a los hombres, que por excepción podían ser excelentes, sino a las doctrinas y a las instituciones en que se encastilla la mayoría. Era preciso que la guerra fuese declarada a los poderes del día.

La lucha se entabló en las sinagogas de Galilea para continuar bajo los pórticos del templo de Jerusalén, donde Jesús se estacionaba, predicando y haciendo frente a sus adversarios. En esto, como en toda su carrera, Jesús obra con esa mezcla de prudencia y de audacia, de reserva meditativa y de acción impetuosa que caracterizaba su naturaleza maravillosamente equilibrada. No tomó la ofensiva contra sus adversarios, esperó su ataque para contestarles. El ataque no se hizo esperar. Los fariseos estaban celosos de su fama desde el principio, a causa de sus curaciones. Pronto sospecharon en él a su enemigo más peligroso. Entonces le abordaron con esa urbanidad burlona, esa maldad astuta velada por hipócrita dulzura que les era propia y habitual. Cual sabios

doctores, hombres de importancia y de autoridad, le pidieron razón de su trato con los empleados de baja clase y gentes de mala vida. ¿Por qué sus discípulos osaban rebuscar espigas el día del sábado?. Eran violaciones graves contra sus prescripciones. Jesús les respondió, con su dulzura y amplitud de ideas, con palabras de ternura y mansedumbre. Ensayó sobre ellos su verbo de amor. Les habló del amor de Dios, que se regocija más de un pecador arrepentido que de algunos justos. Les contó la parábola de la oveja perdida y del hijo pródigo. Embarazados, se callaron al pronto; más habiéndose concertado de nuevo, volvieron a la carga reprochándole el curar enfermos en sábado. "¡Hipócritas! — respondió Jesús con un relámpago de indignación en los ojos —, ¿No quitáis la cadena del cuello de vuestros bueyes para conducirles al abrevadero el día del sábado, y la hija de Abraham no va a poder ser libertada tal día de las cadenas de Satán?". No sabiendo ya qué decir, los fariseos le acusaron de expulsar los demonios en nombre de Belzebuth. Jesús les respondió, con tanto tacto y sutileza como profundidad, que el diablo no se expulsa a sí mismo, y agregó que el pecado contra el Hijo del Hombre será perdonado, pero no el cometido contra el Espíritu Santo, queriendo decir con ello que hacía poco caso de las injurias contra su persona, pero que negar el Bien y la Verdad cuando se ven, es la perversidad intelectual, el vicio supremo, el mal irremediable. Estas palabras eran una declaración de guerra. Le llamaban: ¡Blasfemo!; a lo que respondía: ¡Hipócritas!. ¡Secuaz de Belzebuth!; a lo que respondía: ¡Raza de víboras!. A partir de ese momento, la lucha fue envenenándose y creciendo siempre. Jesús desplegó en ella una dialéctica fina y apretada, incisiva. Su palabra fustigaba como un látigo, atravesaba como un dardo. Había cambiado de táctica; en lugar de defenderse, atacaba y respondía a las acusaciones con acusaciones más fuertes, sin piedad para el vicio radical: la hipocresía. "¿Por qué saltáis sobre la Ley de Dios a causa de vuestra tradición?. Dios ha ordenado: Honra a tu padre y a tu madre; vosotros dispensáis de honrarlos cuando el dinero afluye al templo: Sólo servís a Isaías con los labios, sois devotos sin corazón".

Jesús no cesaba de ser dueño de sí mismo; pero se exaltaba, se crecía en aquella lucha. A medida que le atacaban, se afirmaba más alto como Mesías. Comenzaba a amenazar al templo, a predicar la desgracia de Israel, a hacer alusión a los paganos, decir que el Señor enviaría otros obreros a su viña. Entonces, los fariseos de Jerusalén se excitaron. Viendo que no podían cerrarle la boca ni comprarle, cambiaron a su vez de táctica, imaginando un lazo para perderle. Le enviaron comisionados para hacerle decir una herejía que permitiera al sanhedrín prenderle como blasfemo, en nombre de la ley de

Moisés, o condenarle como rebelde por el gobernador romano. De ahí la cuestión insidiosa sobre la mujer adúltera y sobre la moneda de César. Penetrando siempre en los designios de sus enemigos, Jesús los desarmó con sus respuestas, cual profundo psicólogo y estratega hábil. Viendo que era imposible perderle de ese modo, los fariseos trataron de intimidarle acosándole a cada paso. Ya la masa del pueblo, trabajada por ellos, se apartaba de él viendo que no restauraba el reino de Israel. Por todos lados, hasta en la más pequeña aldea, encontraba caras cautelosas e incrédulas, espías para vigilarle, emisarios pérfidos para descorazonarle. Algunos fueron a decirle: "Retírate de aquí, pues Herodes (Antipas) quiere hacerte morir". Jesús respondió seguro de sí mismo: "Decid a ese zorro que nunca ocurre que muera un profeta fuera de Jerusalén". Sin embargo, tuvo que pasar varias veces el lago de Tiberiades y refugiarse en la costa oriental, para evitar aquellas celadas. Ya no estaba en seguridad en punto alguno. En este tiempo ocurrió la muerte de Juan el Bautista, a quien Antipas había hecho cortar la cabeza, en la fortaleza de Makerus. Se dice que Aníbal, al ver la cabeza de su hermano Asdrúbal, muerto por los romanos, exclamó: "Ahora reconozco el destino de Cartago". Jesús pudo reconocer su propio destino en la muerte de su predecesor. De él no dudaba desde su visión de Engaddi; no había comenzado su obra sin aceptar la muerte de antemano; y sin embargo, aquella noticia, traída por los discípulos entristecidos del predicador del desierto, emocionó a Jesús como una fúnebre advertencia. Entonces exclamó: "No le han reconocido, pero le han hecho lo que han querido; así es como el Hijo del Hombre expiró por ellos".

Los doce se inquietaban; Jesús vacilaba sobre el camino que había de seguir. No quería dejarse coger, sino ofrecerse voluntariamente una vez terminada la obra y morir como profeta a la hora elegida por él mismo. Acosado hacia ya un año, habituado a ocultarse del enemigo por medio de marchas y contramarchas, asqueado del pueblo cuyo enfriamiento sentía después de los días de entusiasmo, Jesús resolvió otra vez más huir con los suyos. Llegado a la cumbre de una montaña con los doce, se volvió para mirar por última vez su lago amado, en las orillas del cual había querido hacer lucir el alba del reino de los cielos. Abarcó con la mirada aquellos pueblos de la orilla o de las laderas de los montes anegados en sus oasis de verdes plantaciones y blancos bajo el velo dorado del crepúsculo, todas aquellas aldeas queridas donde había sembrado la palabra de vida y que ahora le abandonaban. Tuvo el presentimiento del porvenir. Con mirada profética, vio aquel país espléndido cambiado en desierto bajo la mano vengadora de Ismael,

y estas palabras sin cólera, pero llenas de amargura y de melancolía, salieron de su boca: "¡Desgraciada de ti, Cafarnaúm!. ¡Desdichada, Korazaín!. ¡Infeliz Betsaida!". Luego, volviéndose hacia el mundo pagano, tomó con los apóstoles el camino que conduce, remontando el valle del Jordán, de Gadara a Cesárea de Filipo.

Triste y largo fue el camino del grupo fugitivo a través de grandes llanuras de juncos y las marismas del alto Jordán, bajo el sol ardiente de Siria. Pasaban la noche en las tiendas de los pastores de búfalos, o en casa de esenios establecidos en las aldehuelas de aquel país perdido. Los discípulos acongojados bajaban la cabeza; el maestro, triste y silencioso, se sumergía en su meditación. Reflexionaba en la imposibilidad de hacer triunfar su doctrina en el pueblo por la predicación, en las maquinaciones temibles de sus adversarios. La lucha suprema era inminente; había llegado a un callejón sin salida; ¿Cómo salir de él? Por otra parte, su pensamiento iba con infinita solicitud a su familia espiritual diseminada, y sobre todo a los doce apóstoles que, fieles y confiados, habían dejado todo por seguirle, familia, profesión, fortuna, y que sin embargo iban a quedar destrozados en sus corazones y a sufrir gran decepción en la esperanza de un Mesías triunfante. ¿Podía abandonarles a sí mismos?. ¿Había penetrado bastante la verdad en ellos?. ¿Creerían en él y su doctrina a pesar de todo?. ¿Sabían quién era él?. Bajo el imperio de esta preocupación, les preguntó un día: "¿Qué dicen los hombres que soy yo, el Hijo del Hombre?". — Y ellos le respondieron: "Unos dicen que eres Juan Bautista; otros que Jeremías o uno de los profetas". — "Y vosotros, ¿Quién decís que soy?". Entonces, Simeón-Pedro, tomando la palabra, dijo: "Tú eres el Cristo, el hijo de Dios vivo". ***(Mateo, XVI, 13-18).***

En boca de Pedro y en el pensamiento de Jesús, esa frase no significa como lo quiso más tarde la Iglesia: Tú eres la única encarnación del Ser absoluto y todopoderoso, la segunda persona de la Trinidad; sino sencillamente, eres el elegido de Israel anunciado por los profetas. En la iniciación inda, egipcia y griega, el término de ***Hijo de Dios significaba una conciencia identificada con la verdad divina, una voluntad capaz de manifestarla.*** Según los profetas, aquel Mesías debía ser la mayor de las manifestaciones. Sería el Hijo del Hombre, es decir, el Elegido de la Humanidad terrestre; el Hijo de Dios, es decir el Enviado de la Humanidad celeste, y como tal contendría en sí al Padre o Espíritu, que por Ella reina sobre el universo.

Al oír aquella afirmación de los apóstoles por boca de su portavoz, Jesús experimentó inmensa alegría. Sus discípulos le habían comprendido; él

viviría en ellos; el lazo entre el cielo y la tierra quedaría establecido. Jesús dijo a Pedro: "Feliz de ti, Simón, hijo de Jonás; porque ni la carne ni la sangre te han revelado eso sino Mi Padre que está en los cielos". Por esta respuesta, Jesús da a entender a Pedro que le considera como iniciado al mismo título que él mismo; por la visión interna y profunda de la verdad. He aquí la única revelación, he aquí "la piedra sobre la cual el Cristo quiere construir su Iglesia y contra la cual las puertas del infierno no prevalecerán". Jesús sólo cuenta con el apóstol Pedro, en cuanto a posesión de aquella inteligencia. Un instante después, habiendo éste vuelto a su estado de hombre natural, tímido y limitado, el maestro le trata de modo bien diferente. Habiendo anunciado Jesús a sus discípulos que iba a ser muerto en Jerusalén, Pedro empezó a protestar: "Dios no lo quiera Señor, eso no ocurrirá". Pero Jesús, como si viera una tentación mundana en aquel movimiento de simpatía, que tendía a quebrantar su gran resolución, se volvió vivamente hacia el apóstol y dijo: "¡Retírate de mí, Satanás!; eres un escándalo para mí, pues no comprendes las cosas que son de Dios, sino únicamente las que son de los hombres". ***(Mateo, XVI, 21-28).*** Y el gesto imperioso del maestro decía: ¡Adelante, a través del desierto! — Intimidados por su voz solemne, se pusieron en camino por las colinas pedregosas de la Galonítida. Esta huida, en la que Jesús lleva a sus discípulos fuera de Israel, parecía una marcha hacia el enigma de su destino mesiánico, del cual buscaba la solución.

Habían llegado a las puertas de Cesárea. La ciudad, que era pagana desde Antíoco el Grande, se asentaba en un oasis de verdor en las fuentes del Jordán, al pie de las cimas nevadas del Hermón. Tenía su anfiteatro, resplandecía de lujosos palacios y de templos griegos. Jesús la atravesó avanzando hasta el lugar donde el Jordán se escapa, mugiente y claro, de una caverna de la montaña, como la vida brota del seno profundo de la inmutable naturaleza. Había allí un pequeño templo dedicado a Pan, y en la gruta, a orillas del naciente río, una multitud de columnas, de ninfas de mármol y de divinidades paganas. Los judíos sentían horror ante aquellos signos de culto idólatra. Jesús los miró sin cólera, con indulgente sonrisa. En ellos reconoció las efigies imperfectas de la divina belleza de la que llevaba en su alma radiantes modelos. No era su misión maldecir al paganismo, sino transfigurarlo; no había venido para lanzar el anatema a la tierra y a sus energías y poderes misteriosos, sino para mostrarle el cielo. Su corazón era bastante grande, su doctrina bastante vasta para abarcar todos los pueblos y decir a todos los cultos: "Levantad la cabeza y reconoced que todos tenéis un mismo Padre". Y sin embargo estaba allí, expulsado como un animal feroz al

extremo límite de Israel, oprimido, ahogado entre dos mundos que le rechazaban igualmente. Ante él, el mundo pagano, que aun no le comprendía y donde su palabra expiraba impotente; tras él, el mundo judío, el pueblo que apedreaba a sus profetas, se tapaba los oídos para no oír a su Mesías; la banda de los fariseos y de los saduceos acechaba su presa. ¿Qué valor sobrehumano, qué acción inaudita era, pues, precisa para romper todos aquellos obstáculos, para penetrar, más allá de la idolatría pagana y de la dureza judía, hasta el corazón de la humanidad doliente, que él amaba con todas sus fibras, y hacerla oír su verbo de resurrección?. Entonces, por una súbita inspiración, su pensamiento saltó y descendió el curso del Jordán, el río sagrado de Israel; voló del templo de Pan al templo de Jerusalén, midió toda la distancia que separaba al paganismo antiguo del pensamiento universal de los profetas y, remontando a su propia fuente, como el águila a su nido, consideró desde la angustia de Cesárea hasta la visión de Engaddi. De nuevo, vio surgir del Mar Muerto aquel fantasma terrible de la cruz... ¿Había llegado la hora del gran sacrificio?. Como todos los hombres, Jesús tenía en sí dos conciencias. Una terrestre, le mecía en la ilusión, diciéndole: ¡Quién sabe!, quizá evitaré el destino; la otra, divina, repetía implacablemente: el camino de la victoria pasa por la puerta de la congoja. ¿Era, por fin, preciso obedecer a ésta?.

En todos los grandes momentos de su vida, vemos a Jesús retirarse a la montaña para orar. ¿No había dicho el sabio védico: "La oración sostiene el cielo y la tierra y domina a los Dioses"?. Jesús conocía aquella fuerza de las fuerzas. Habitualmente no admitía a ningún compañero en sus retiros, cuando descendía al arcano de su conciencia. Esta vez condujo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, Juan y Santiago, sobre una alta montaña para pasar la noche en ella. La leyenda quiere que ese monte sea el Tabor. Allí tuvo lugar, entre el maestro y los tres discípulos más iniciados, esa escena misteriosa que los Evangelios cuentan con el nombre de ***Transfiguración***. Al decir de Mateo, los apóstoles vieron aparecer, en la penumbra transparente de una noche de Oriente, la forma del maestro luminosa y como diáfana, su cara resplandecer como el sol y sus vestiduras volverse brillantes como la luz, mostrándose luego dos figuras a su lado, que ellos tomaron por las de Moisés y Elias. Cuando salieron temblorosos de su extraña postración, que a la par les parecía un sueño más profundo y una vigilia más intensa, vieron al maestro solo a su lado, tocándoles para despertarles por completo. El Cristo transfigurado que habían contemplado en aquella visión, no se borró ya de su memoria. ***(Mateo, XVII, 1-8).***

Pero el mismo Jesús, ¿Qué había visto, qué había sentido y atravesado

durante aquella noche que precedió al acto decisivo de su carrera profética?. Un gradual desvanecimiento de las cosas, bajo el fuego de la oración; una ascensión de esfera a esfera en alas del éxtasis; sintió poco a poco que entraba por su conciencia profunda en una existencia anterior, toda espiritual y divina. Lejos de él los soles, los mundos, las tierras, torbellinos de encarnaciones dolorosas; más bien en una atmósfera homogénea, una substancia fluida, una luz inteligente. En aquella luz, millones de seres celestes forman una bóveda moviente, un firmamento de cuerpos etéreos, blancos como la nieve, de donde brotan dulces fulguraciones. Sobre el torbellino brillante donde se hallaba en pie, seis hombres con vestiduras sacerdotales y poderosa estatura, elevan en sus manos un Cáliz resplandeciente. Son seis Mesías que han pasado ya por la tierra; él es el séptimo, y aquella Copa significa el Sacrificio que debe cumplir encarnándose a su vez. Bajo aquel torbellino, aquella nube, retumba el trueno; un abismo negro se abre; el círculo de las generaciones, la sima de la vida y de la muerte, el infierno terrestre. Los hijos de Dios, con suplicante ademán, elevan la Copa; el cielo inmóvil espera. Jesús, en signo de asentimiento, extiende los brazos en forma de cruz, como si quisiera abrazar al mundo. Entonces los hijos de Dios se prosternan, la cara contra tierra; un grupo de ángeles-femeninos con largas alas y ojos bajos, se lleva el Cáliz incandescente hacia la bóveda de luz. El ***hosanna*** se repite de cielos en cielos, melodioso, inefable... Pero Él, sin escucharlo siquiera, se sumerge en el abismo...

He aquí lo que había ocurrido en el mundo de las Esencias, en el seno del Padre, donde se celebran los misterios del Amor eterno y donde las revoluciones de los astros pasan ligeras como ondas. Esto es lo que había jurado cumplir; para eso había nacido; para eso había luchado hasta el día. Y aquel gran juramento le coronaba al término de su obra, por la plenitud de su ciencia divina vivida en el éxtasis.

¡Juramento formidable, terrible cáliz!. Preciso era beberlo. Después de la embriaguez del éxtasis, despertaba en el fondo del abismo, al borde del martirio. No había ya duda, los tiempos habían llegado. El cielo había hablado; la tierra pedía auxilio.

Entonces, volviendo sobre el camino andado, por lentas etapas, Jesús descendió el valle del Jordán y tomó el camino de Jerusalén.

VI
ÚLTIMO VIAJE A JERUSALÉN - LA PROMESA - LA CENA, EL PROCESO, LA MUERTE Y LA RESURRECCIÓN

"¡Hosanna al hijo de David!". Ese grito se oía al paso de Jesús por la puerta oriental de Jerusalén, y las ramas de palma llovían bajo sus pies. Los que le acogían con tanto entusiasmo eran adeptos del profeta galileo, llegado de los alrededores y del interior de la ciudad para ovacionarle. Saludaban en él al libertador de Israel, que pronto sería coronado rey. Los doce apóstoles que le acompañaban compartían aún esa ilusión obstinada, a pesar de las predicciones formales de Jesús. Únicamente él, el Mesías aclamado, sabía que marchaba al suplicio y que los suyos sólo después de su muerte penetrarían en el santuario de su pensamiento. Él se ofrecía de un modo resuelto, en plena conciencia y voluntad plena. De ahí su resignación, su dulce serenidad. Mientras pasaba bajo el pórtico colosal practicado en la sombría fortaleza de Jerusalén, el clamor retumbaba bajo la bóveda y le perseguía como la voz del Destino que coge su presa: "¡Hosanna al hijo de David!".

Por medio de esta entrada solemne, Jesús declaraba públicamente a las autoridades religiosas de Jerusalén, que asumía el papel de Mesías con todas sus consecuencias. Al siguiente día apareció en el templo, en el patio de los Gentiles y avanzando hacia los mercaderes de ganado y los cambistas, cuyas caras de usurero y ruido ensordecedor de las monedas profanaban el atrio del santo lugar, les dijo estas palabras de Isaías: "Escrito está: mi casa será una casa de oración, y vosotros la convertís en caverna de bandidos". Los mercaderes huyeron, llevándose sus mesas y sus sacos de dinero, intimidados por los partidarios del profeta, que le rodeaban como una muralla sólida, pero aun más por su mirada y su gesto imperioso. Los sacerdotes, asombrados de tal audacia, quedaron sobrecogidos de tanto poder. Una diputación del sanhedrín vino a pedirle explicación con estas palabras: "¿Con qué autoridad haces estas cosas?". A esa pregunta capciosa, Jesús según su costumbre, respondió con una cuestión no menos embarazosa para sus adversarios: "El bautismo de Juan, ¿De dónde venía, del cielo o de los hombres?". Si los fariseos hubiesen respondido: Viene del cielo, Jesús les hubiera dicho:

Entonces, ¿Por qué no habréis creído?. Si hubieran dicho: Viene de los hombres, tenían que temer al pueblo, que tenía a Juan Bautista por un profeta. Respondieron, pues: Nada sabemos. — “Y yo — les dijo Jesús — no os diré tampoco por qué autoridad hago estas cosas”. Más una vez parado el golpe, tomó la ofensiva y agregó: “Os digo en verdad que los modestos empleados y las mujeres de mala vida os aventajan en el reino de Dios”. Luego los comparó, en una parábola, al mal viñador que mata al hijo del dueño para tener la herencia de la viña, y se llamó a sí mismo: “la piedra angular que les aplastaría”. Con estos actos, con estas palabras, se ve que en su último viaje a la capital de Israel, Jesús quiso cortarse la retirada. Ya tenían, desde hacía tiempo, de su boca, las dos grandes bases de acusación necesarias para perderle: sus amenazas contra el templo y la afirmación de que él era el Mesías. Sus últimos ataques exasperaron a sus enemigos. A partir de aquel momento, su muerte, resuelta por las autoridades, sólo fue cuestión de oportunidad. Desde su llegada, los miembros más influyentes del sanhedrín, saduceos y fariseos, reconciliados en su odio contra Jesús, se habían entendido para hacer perecer al “seductor del pueblo”. Dudaban solamente respecto a prenderle en público, pues temían una sublevación popular. Ya varias veces, los agentes que habían enviado contra él habían vuelto ganados por su palabra o atemorizados por las multitudes. Varias veces los soldados del templo le habían visto desaparecer en medio de ellos, de un modo incomprensible. Así también el emperador Domiciano, fascinado, sugestionado y como cegado por el mago a quien quería condenar, vio desaparecer a Apolonio de Tyana, ¡ante su tribunal y en medio de sus guardias!. La lucha entre Jesús y los sacerdotes continuaba de día en día, con odio creciente del lado de ellos y del suyo con un vigor, una impetuosidad, un entusiasmo sobrexcitados por la certeza que tenía de lo fatal de su salida. Fue el último asalto de Jesús contra los poderes de su tiempo. En él desplegó una extrema energía y toda su fuerza, que revestía como una armadura la ternura sublime que podemos llamar: el Eterno Femenino de su alma. Aquel combate formidable terminó con terribles anatemas contra los falsificadores de la religión: “Desgraciados de vosotros, escribas y fariseos, que cerráis el reino de los cielos a los que en él quieren entrar... ¡Insensatos y ciegos, que pagáis el diezmo y descuidáis la justicia, la misericordia y la fidelidad!. Os parecéis a los sepulcros blanqueados, que parecen hermosos por fuera, pero que por dentro están llenos de despojos y toda clase de podredumbre!”.

Después de haber estigmatizado así ante los siglos la hipocresía religiosa y la falsa autoridad sacerdotal, Jesús consideró su lucha como

terminada. Salió de Jerusalén, seguido de sus discípulos, y tomó con ellos el camino del Monte de los Olivos. Subiendo a él, se veía desde la altura el templo de Herodes en toda su majestad, con sus terrazas, sus vastos pórticos, su revestimiento de mármol blanco incrustado de jaspe y pórfido, el brillo de su techumbre laminada de oro y plata. Los discípulos, descorazonados, presintiendo una catástrofe, le hicieron notar el esplendor del edificio que el Maestro dejaba para siempre. Había en su entonación una mezcla de melancolía y de sentimiento, porque ellos habían pensado hasta el último momento verse en él como jueces de Israel, alrededor del Mesías coronado pontífice-rey. Jesús se volvió, midió el templo con los ojos y dijo: "¿Veis todo esto?. Ni una piedra quedará sobre otra". ***(Mateo, XXIV, 2).*** Juzgaba de la duración del templo de Jehovah, por el valor moral de aquellos que lo ocupaban. Comprendía que el fanatismo, la intolerancia y el odio no eran armas suficientes contra los arietes y las hachas del César romano. Con su mirada de iniciado, que se había vuelto más penetrante por esa clarividencia que da la proximidad de la muerte, veía el orgullo judaico, la política de los reyes, toda la historia judía, llevarle fatalmente a aquella catástrofe. El triunfo no estaba allí; estaba en el pensamiento de los profetas, en esa religión universal, en ese templo invisible, del cual sólo él tenía entonces plena conciencia. En cuanto a la antigua ciudadela de Sión y al templo de piedra, veía ya al ángel de la destrucción en pie ante su puerta con una antorcha en la mano.

Jesús sabía que su hora estaba próxima, pero no quería dejarse sorprender por el sanhedrín y se retiró a Betania. Como tenía predilección por el Monte de los Olivos, a él iba casi todos los días para estar con sus discípulos. Desde aquella altura se disfrutaba de unas vistas admirables. Se abarcaban las severas montañas de la Judea y de Moab con sus tintes azulados y violáceos; se divisa a lo lejos un rincón del Mar Muerto como un espejo de plomo de donde se escapan vapores sulfurosos. Al pie del monte se extiende Jerusalén, dominado por el templo y la ciudadela de Sión. Aún hoy, cuando el crepúsculo desciende a las fúnebres gargantas de Hinnón y de Josaphat, la ciudad de David y del Cristo, protegida por los hijos de Ismael, surge imponente de aquellos valles sombríos. Sus cúpulas, sus minaretes retienen la luz moribunda del cielo y parecen esperar de continuo a los ángeles del juicio final. Allí dio Jesús a sus discípulos sus últimas instrucciones sobre el porvenir de la religión que había venido a fundar y sobre los destinos futuros de la humanidad, legándoles así su promesa terrestre y divina, profundamente ligada a su enseñanza esotérica destinada a iluminar el porvenir.

Claro está que los redactores de los ***Evangelios sinópticos*** nos han transmitido los discursos apocalípticos de Jesús en una confusión que los hace casi indescifrables. Su sentido sólo comienza a ser inteligible en el de Juan. Si Jesús hubiera realmente creído en su vuelta sobre las nubes algunos años después de su muerte, como lo admite la exégesis naturalista; o bien, si se hubiese figurado que el fin del mundo y el juicio final de los hombres tendrían lugar bajo aquella forma — como lo cree la teología ortodoxa — entonces sólo hubiera sido un iluminado quimérico, un visionario muy mediocre, en vez de ser el sabio iniciado, el Vidente sublime que demuestra cada palabra de su enseñanza, cada paso de su vida. Evidentemente, aquí más que nunca, sus palabras deben tomarse en el sentido alegórico. Aquel de los cuatro Evangelios que nos ha transmitido mejor la enseñanza esotérica del maestro, el de Juan, nos impone esta interpretación, tan conforme por otra parte con el genio parabólico de Jesús, cuando nos cuenta estas palabras del maestro: "Tendría aún que deciros muchas cosas, pero ellas están por encima de vuestro alcance... ***Os he dicho esas cosas por medio de semejanzas;*** pero el tiempo viene en que no os hablaré ya por medio de estos rodeos, sino que os hablaré abiertamente de mi Padre".

La promesa solemne de Jesús a los apóstoles se refiere a cuatro objetos, cuatro esferas crecientes de la vida planetaria y cósmica: la vida psíquica individual; la vida nacional de Israel; la evolución y el fin terrestres de la humanidad; su evolución y su fin divinos. Examinemos uno a uno esos cuatro objetos de la promesa, esas cuatro esferas de donde irradia el pensamiento del Cristo antes de su martirio, como un sol poniente, que llena de su gloria toda la atmósfera terrestre hasta el zenit, antes de lucir en otros mundos.

1. ***El primer juicio*** significa: el destino ulterior del alma después de la muerte, el cual es determinado por su naturaleza íntima y por los actos de su vida. Más arriba he expuesto esta doctrina, a propósito de la conversación de Jesús con Nicodemo. En el Monte de los Olivos dijo sobre esto a sus apóstoles: "Vigilaos a vosotros mismos, tened cuidado que vuestros corazones no se apesadumbren por la concupiscencia y ese día os sorprenda". ***(Lucas, XXI, 34).*** Y también: "Estad preparados, pues el Hijo del Hombre vendrá a la hora que menos penséis". ***(Mateo, XXIV, 66).***

2. ***La destrucción del templo y el fin de Israel.*** "Una nación se elevará contra otra... Seréis entregados a los gobernantes para ser atormentados... Os digo en verdad que esta generación no pasará sin que todas esas cosas lleguen". ***(Mateo, XXIV, 4-34).***

3. ***El objetivo terrestre de la humanidad,*** que no se ha fijado en una

determinada época, sino que debe ser alcanzado por una serie de cumplimientos escalonados y sucesivos. Ese objetivo es el advenimiento del Cristo social, o del hombre divino sobre la tierra; es decir, la organización de la Verdad, de la Justicia y del Amor en la sociedad humana, y por consecuencia la pacificación de los pueblos. Isaías había ya predicho esa época remota en una visión magnifica que comienza por estas palabras: "Por mí, viendo sus obras y sus pensamientos, vengo para reunir todas las naciones y todas las lenguas; ellas vendrán y verán mi gloria, y pondré mi signo entre ellas, etc". ***(Isaías, XXIV, 18-33).*** Jesús, completando esta profecía, explica a sus discípulos cual será ese signo. Será la revelación completa de los misterios o el advenimiento del Espíritu Santo, que él llama el Consolador o "el Espíritu de Verdad que os conducirá en toda verdad". "Y rogaré a mi Padre, que os dará otro Consolador, para que eternamente viva entre vosotros, a saber, el Espíritu de Verdad, que el mundo no puede recibir porque no lo ve; pero vosotros lo conocéis ya porque habita en vosotros y estará en vosotros". ***(Juan, XXIV, 16-17).*** Los apóstoles tuvieron esa revelación por anticipado; la humanidad la tendrá más tarde, en la serie de los tiempos. Pero cada vez que ella tiene lugar en una conciencia o en un grupo humano, les traspasa de parte a parte y hasta el fondo. "El advenimiento del Hijo del Hombre será como un relámpago que sale de Oriente y va hasta el Occidente". ***(Mateo, XXIV, 27).*** Así, cuando se enciende la verdad central y espiritual, ilumina a todas las otras y a todos los mundos.

4. ***El juicio final*** significa el fin de la evolución cósmica de la humanidad o su entrada en un estado espiritual definitivo. Esto es lo que el esoterismo persa había llamado la victoria de Ormuzd sobre Ahrimán o del Espíritu sobre la materia. El esoterismo indo lo llama la reabsorción completa de la materia por el Espíritu o el fin de un día de Brahmá. Después de millares y millones de siglos, debe llegar una época, en que, a través de la serie de encarnaciones y reencarnaciones, nacimientos y renacimientos, los individuos de una humanidad entren definitivamente en el estado espiritual o bien queden aniquilados como almas conscientes por el mal, es decir, por sus propias pasiones, que simbolizan el fuego de la gehena y el rechinar de dientes. "Entonces el signo del Hijo del Hombre aparecerá en el cielo. El Hijo del Hombre vendrá sobre la nube. Enviará sus ángeles con un gran sonido de trompetas y reunirá a sus Elegidos de los cuatro vientos". ***(Mateo, XXIV, 30-31). El Hijo del Hombre,*** término genérico, significa aquí la humanidad en sus representantes perfectos, es decir, el pequeño número de aquellos que se han elevado al rango de hijos de Dios. Su ***signo*** es el Cordero y la Cruz, es

decir, el Amor y la Vida Eterna. La ***Nube*** es la imagen de los Misterios vueltos translúcidos, así como la materia sutil transfigurada por el espíritu, substancia flúidica que ya no es un velo espeso y oscuro, sino un vestido del alma ligero y transparente; no ya un obstáculo grosero, sino una expresión de la verdad; ya no una apariencia engañosa, sino la verdad espiritual misma, el mundo interior instantánea y directamente manifestado. Los ***ángeles*** que reúnen a los elegidos son los espíritus glorificados, salidos de la misma humanidad. La ***Trompeta*** que tocan, simbolizan el verbo vidente del Espíritu, que muestra a las almas tales como ellas son y destruye todas las apariencias engañosas de la materia.

Sintiéndose Jesús en vísperas de muerte abrió y desarrolló así ante los apóstoles asombrados, las altas perspectivas que, desde los tiempos antiguos, habían formado parte de la doctrina de los misterios, pero a las que cada fundador religioso siempre ha dado una forma y un color personales. Para grabar aquellas verdades en su espíritu, para facilitar su propagación, las resumió en aquellas imágenes de audacia extrema y energía incisiva. La imagen reveladora, el símbolo parlante era el idioma universal de los iniciados antiguos. Este idioma posee una virtud comunicativa, una fuerza de concentración y duración que falta al término abstracto. Al servirse de él, Jesús no hizo más que seguir el ejemplo de Moisés y de los profetas. Sabía que la idea no sería comprendida al pronto, y quería imprimirla con caracteres flamígeros en el alma candida de los suyos, dejando a los siglos el cuidado y la misión de generar los poderes contenidos en su palabra. Jesús se siente unificado con todos los profetas de la Tierra que le habían precedido, como él portavoces de Vida y del Verbo eternos. En tal sentimiento de unidad y de solidaridad con la verdad inmutable, ante aquellos horizontes sin límites de una radiación sideral, que sólo se ven desde el cénit de las Causas primeras, osó decir a sus discípulos estas altivas palabras: “El cielo y la tierra pasaran, pero mis palabras, no”.

De este modo se deslizaban las mañanas y las tardes en el Monte de los Olivos. Un día, por uno de esos movimientos de simpatía propios de su naturaleza ardiente e impresionable, que le hacía volver bruscamente de las más excelsas alturas a los sufrimientos de la Tierra, que como suyos sentía, derramó lágrimas por Ierushalaim, por la ciudad santa y su pueblo, cuyo terrible destino presentía. El suyo también se aproximaba a pasos de gigante. Ya el sanhedrín había deliberado sobre su destino y decidió su muerte; ya Judas de Keriot había prometido entregar a su Maestro. Lo que determinó aquella negra traición no fue la avaricia sórdida, sino la ambición y el amor

propio herido. Judas, tipo de egoísmo frío y de positivismo absoluto, incapaz del menor idealismo, sólo por especulación mundana se había hecho discípulo del Cristo. Contaba con el triunfo terrestre inmediato del profeta, y con el provecho qué de esto sacaría. Nada había comprendido de esta profunda palabra del Maestro: "Los que quieran ganar su vida la perderán y los que quieran perderla la ganarán". Jesús, en su caridad sin límites, le había admitido en el número de sus discípulos con la esperanza de cambiar su naturaleza. Cuando Judas vio que las cosas iban mal, que Jesús estaba perdido, sus discípulos comprometidos, frustradas todas sus esperanzas personales, su decepción se convirtió en rabia. El desgraciado denunció a aquel que, a sus ojos, era un falso Mesías y por el cual se creía engañado. Con su penetrante mirada, Jesús había adivinado lo que pasaba en el infiel apóstol. Decidió no evitar más el destino, cuya inextricable red se cerraba cada día más a su alrededor. Estaban en vísperas de Pascuas, y ordenó a sus discípulos que preparasen la comida en la ciudad, en casa de un amigo. Presentía que seria la última, y quería darle una solemnidad excepcional.

Hemos llegado al último acto del drama mesiánico. Era necesario alcanzar en su fuente el alma y la obra de Jesús, iluminar interiormente los dos primeros actos de su vida: su iniciación y su carrera pública. El drama interior de su conciencia en ellos se ha desarrollado. El acto último de su vida, o el drama de la pasión, es la consecuencia lógica de los dos precedentes. Conocido de todos, se explica por sí solo. Porque lo propio de lo sublime es ser a la vez sencillo, inmenso y claro. El drama de la pasión ha contribuido de un modo poderoso a formar el cristianismo. Ha arrancado lágrimas a todos los hombres que tienen corazón, y ha convertido a millones de almas. En todas esas escenas, los Evangelios presentan una belleza incomparable. Juan mismo desciende de sus alturas. Su narración circunstanciada adquiere aquí la verdad punzante de un testigo ocular. Cada uno puede hacer revivir en sí mismo el drama divino, nadie puede corregirlo. Voy únicamente, para acabar este trabajo, a concentrar los rayos de la tradición esotérica sobre los tres acontecimientos esenciales por los que terminó la vida del divino Maestro: la santa Cena, el proceso del Mesías y la resurrección. Si hacemos luz sobre esos puntos, iluminarán el pasado de toda la carrera del Cristo, y el futuro del cristianismo.

Los doce formando trece con el Maestro, se habían reunido en las habitaciones superiores de una casa de Jerusalén. El desconocido amigo, el huésped de Jesús, había adornado la habitación con rico tapiz. Según la moda oriental, los discípulos y el Maestro se reclinaron tres a tres en cuatro anchos

divanes en forma de tricliniums, dispuestos alrededor de la mesa. Cuando trajeron el cordero pascual, los vasos llenos de vino y la copa preciosa, el cáliz de oro prestado por el amigo desconocido, Jesús, colocado entre Juan y Pedro, dijo: "He deseado ardientemente comer con vosotros esta Pascua, porque os digo que no comeré en otra hasta que se celebre en el reino del cielo". ***(Lucas, XXII, 15).*** Después de esas palabras, los semblantes se oscurecieron y la atmósfera se entenebreció. "El discípulo que Jesús amaba", y que era el único que lo adivinaba todo, inclinó en silencio su cabeza sobre el pecho del Maestro. Según costumbre de los judíos en la comida de Pascuas, comieron en silencio las hierbas amargas y el charoset. Entonces Jesús tomó el pan y habiendo dado gracias, lo partió y distribuyó diciendo: "Éste es mi cuerpo, que os doy: haced esto en memoria mía". De igual modo les dio la copa después de la comida; diciéndoles: "Esta copa es la nueva alianza en mi sangre que se vierte por vosotros". ***(Lucas, XXII, 19-20).***

Tal es la institución de la cena en toda su sencillez. Ella contiene más cosas que las que se dice y sabe comúnmente. No solamente ese acto simbólico y místico es la conclusión y resumen de la enseñanza de Cristo, sino que también es la consagración y rejuvenecimiento de un símbolo muy antiguo de la iniciación. Entre los iniciados de Egipto y Caldea, como entre los profetas y los esenios, el ágape fraternal marcaba el primer grado de la iniciación. La comunión bajo la especie del pan, ese fruto de la espiga, significaba el conocimiento de los misterios de la vida terrestre, al mismo tiempo que el reparto de los bienes de la tierra y por lo tanto la unión perfecta de los hermanos afiliados. En el grado superior, la comunión bajo la especie del vino, esa sangre de la vid penetrada por el Sol, significaba la partición de los bienes celestes, la participación en los misterios espirituales y en la ciencia divina. Jesús, al legar esos símbolos a los apóstoles, los amplió, pues a través de ellos extiende la fraternidad y la iniciación, antes limitada a algunos, a la humanidad entera. Añade el más profundo de los misterios, la mayor de las fuerzas: la de su sacrificio. De éste forma la cadena del amor invisible, pero infrangibie, entre él y los suyos. Ella dará a su alma glorificada un poder divino sobre aquellos corazones y sobre el de todos los hombres. Esa copa de la verdad, venida del fondo de las edades proféticas, ese cáliz de oro de la iniciación, que el anciano esenio le había presentado llamándole profeta, ese cáliz del amor celeste que los hijos de Dios le habían ofrecido en el transporte de su más dulce éxtasis, — esa copa donde ahora ve relucir su propia sangre — la tiende a sus discípulos bien amados con la ternura inefable del adiós supremo.

¿Comprenden los apóstoles, ven ese pensamiento redentor que abarca los mundos?. Él brilla en la profunda y dolorosa mirada que el Maestro pasea del discípulo amado a aquel que le va a traicionar. No, no le comprenden aún, respiran penosamente, como en un mal sueño; una especie de vapor pesado y rojizo flota en el aire, y se preguntan de dónde viene la extraña radiación de la cabeza del Cristo. Cuando por fin Jesús declara que va a pasar la noche en oración en el huerto de los olivos y se levanta para decir: ¡Vamos! no sospechan ellos lo que va a ocurrir.



Jesús ha pasado la noche y la angustia de Gethsemaní. De antemano, con terrible lucidez, ha visto estrecharse el círculo infernal que va a ahogarle. En el terror de esta situación, en la horrible espera, en el momento de ser cogido por sus enemigos, tembló; por un instante su alma retrocede ante las torturas que le aguardan; un sudor de sangre gotea de su frente. — Luego la oración le conforta. Rumores de voces confusas, luces de antorchas bajo los sombríos olivos, ruido de armas: es la tropa de los soldados del sanhedrín. Judas, que les conduce, besa a su maestro para que reconozcan al profeta. Jesús le devuelve su beso con inefable piedad y le dice: "Amigo, ¿A qué has venido?". El efecto de esta dulzura, de aquel beso fraternal dado en cambio de la más baja traición, será tal sobre aquella alma tan dura, que un instante después Judas, lleno de remordimientos y de horror de sí mismo, va a suicidarse. Con sus rudas manos, los soldados cogen al rabí galileo. Los discípulos, atemorizados, huyen tras una corta resistencia, como un puñado de juncos dispersados por el viento. Sólo Juan y Pedro se quedan cerca y siguen al maestro al tribunal, con el corazón oprimido y el alma ligada a su destino. Pero Jesús se halla en perfecta calma. A partir de aquel momento, ni una protesta, ni una queja saldrán de su boca.

El sanhedrín se ha reunido apresuradamente en sesión plena. A media noche Jesús comparece ante él, porque el tribunal quiere terminar pronto con el peligroso profeta. Los sacrificadores, los sacerdotes revestidos con túnicas de púrpura, amarillas, moradas, cubiertos con sus turbantes, están solemnemente sentados en media luna. En medio de ellos, sobre un sitio más elevado se halla Caifás, el gran pontífice, tocado con la migbáh. A cada extremo del semicírculo, sobre dos pequeñas tribunas coronadas por una mesa, se hallan los dos escribanos, uno para la condena, otro para la libertad,

advocatus Diaboli, advocatus Dei. Jesús, impasible, de pie en el centro con su túnica blanca de esenio. Oficiales de justicia, armados de correas y de cuerdas, le rodean con los brazos desnudos, la mano en la cadera y la mirada dura. Todos son testigos de cargo, ni un solo defensor. El pontífice, el juez supremo, es el acusador principal; el proceso se dice ser una medida de salud pública contra un crimen de lesa religión; en realidad la venganza preventiva de su sacerdocio inquieto que se siente amenazado en su poder.

Caifas se levanta y acusa a Jesús de ser un seductor del pueblo, un ***mesit.*** Algunos testigos recogidos en la multitud declaran contradiciéndose. Por fin uno de ellos da cuenta de estas palabras, consideradas como una blasfemia y que el Nazareno había lanzado más de una vez a la cara de los fariseos, bajo el pórtico de Salomón: "Yo puedo destruir el templo y levantarlo en tres días". Jesús calla. "¿No respondes?", dice el sumo sacerdote. Jesús, que sabe que será condenado y no quiere prodigar su verbo inútilmente, guarda silencio. Más, aun probadas aquellas palabras, esto no basta para motivar una pena capital. Es precisa otra confesión más grave. Para obtenerla del acusado, el hábil saduceo Caifas le dirige una pregunta de honor, la cuestión vital de su misión. La mayor habilidad consiste con frecuencia en ir rectamente al hecho esencial. "Si eres el Mesías, dínoslo". Jesús responde al pronto de un modo evasivo, prueba que se da cuenta de la estratagema: "Si os lo digo no me creeréis; y si os lo pregunto no me responderéis". No habiendo logrado Caifas lo que se proponía con su pregunta capciosa de juez de instrucción, usa de su derecho de gran pontífice y dice con solemnidad: "Yo te conjuro, por el Dios vivo, a que nos digas si eres el Mesías, el Hijo de Dios". Interpelado así, reducido a desdecirse o afirmar su misión ante el más elevado representante de la religión de Israel, Jesús no duda ya y responde tranquilamente: "Tú lo has dicho; pero en verdad os digo que desde ahora veréis al Hijo de Dios sentado a la diestra de la Fuerza y venir sobre las nubes del cielo". ***(Mateo, XXVI, 64).*** Al expresarse así, en el lenguaje profético de Daniel y el libro de Enoch, el iniciado esenio Iéhoshua ya no habla a Caifas como individuo. Sabe que el saduceo agnóstico es incapaz de comprenderle. Habla al soberano pontífice de Jehovah, y a través de él a todos los pontífices futuros, a todos los sacerdotes de la tierra, y les dice: "Después de mi misión sellada por mi muerte, el reino de la Ley religiosa sin explicación ha terminado en principio y de hecho. Los Misterios serán revelados y el hombre verá lo divino a través de lo humano. Las religiones y los cultos que no sepan demostrarse y vivificarse uno por lo otro, quedarán sin autoridad alguna". He aquí, según el esoterismo de los profetas y de los esenios, el sentido de la

expresión del Hijo sentado a la diestra del Padre. Así comprendida, la respuesta de Jesús al sumo sacerdote de Jerusalén que contiene el testamento intelectual y científico del Cristo a las autoridades religiosas de la tierra, como la institución de la Cena contiene su testamento de amor y de iniciación a los apóstoles y a los hombres.

Sobre la cabeza de Caifas, Jesús ha hablado al mundo. Pero el saduceo, que ha obtenido lo que quería, no le escucha ya. Desgarrando su túnica de fino hilo, exclama: "¡Ha blasfemado!. ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos?. ¡Habéis oído su blasfemia!. ¿Qué os parece?". Un murmullo unánime y lúgubre del sanhedrín responde: "Ha merecido la muerte". En seguida la injuria vil y brutal de los inferiores responde a la condena del tribunal. Los agentes le escupen, le golpean en la cara y le gritan: "¡Profeta, adivina quién te dio!". Bajo este desbordamiento de bajo y feroz odio, el sublime y pálido rostro del gran mártir vuelve a adquirir su inmovilidad marmórea y visionaria. Se dice, hay estatuas que lloran; también hay dolores sin lágrimas y oraciones mudas de víctimas, que aterrorizan a los verdugos y les persiguen por el resto de su vida.

Más no todo ha terminado. El sanhedrín puede pronunciar la pena de muerte; para ejecutarla, es preciso el brazo secular y la aprobación de la autoridad romana. La escena con Pilatos, contada en detalle por Juan, no es menos notable que la de Caifás. Aquel curioso diálogo entre Cristo y el gobernador romano, en que las interjecciones violentas de los sacerdotes judíos y los gritos de un populacho fanatizado representan el papel de los coros en la tragedia antigua, tiene la persuasión de la gran verdad dramática. Pónese al descubierto el alma de los personajes, mostrándose el choque de las tres potencias en juego: el cesarismo romano, el judaismo estrecho y la religión universal del Espíritu representada por el Cristo. Pilatos, muy indiferente a esta querella religiosa, pero muy molesto con el asunto porque teme que la muerte de Jesús lleve consigo una sublevación popular, le interroga con precaución y le tiende una escala de salvamento, esperando que se aproveche de ella. "— ¿Eres tú el rey de los Judíos?. — Mi reino no es de este mundo. — ¿Eres tú, pues, rey?. — Sí; he nacido para eso y he venido al mundo para dar testimonio de la verdad". Pilatos no comprende mejor esta afirmación del reino espiritual de Jesús, que Caifas ha comprendido su testamento religioso, "¿Qué es la verdad?", dice encogiendo los hombros, y esta respuesta del caballero romano escéptico revela el estado de alma de la sociedad pagana de entonces, como de toda sociedad decadente. Pero no viendo por otra parte en el acusado más que un soñador inocente, añade: "No

encuentro ningún crimen en él”. Y propone a los judíos soltarle, mientras el populacho instigado por los sacerdotes vocifera: “¡Suéltanos a Barrabás!”. Entonces Pilatos, que detesta a los judíos, se da el placer irónico de hacer azotar con vergajos a su pretendido rey. Cree que esto bastará a los fanáticos. Éstos se ponen aún más furiosos y claman con ira: ¡Crucifícale!.

A pesar de aquel desencadenamiento de las pasiones populares, Pilatos resiste. Está cansado de ser cruel: ¡Ha visto correr tanta sangre en su vida, ha enviado tantos rebeldes al suplicio, ha oído tantos gemidos y maldiciones sin salir de su indiferencia!... Pero el sufrimiento mudo y estoico del profeta galileo, bajo el manto de púrpura y la corona de espinas, le ha sacudido con un estremecimiento desconocido... En una visión extraña y fugitiva de su espíritu, sin que pueda medir su alcance, ha dejado salir de sus labios estas palabras: “¡***Ecce Homo***!. ¡He aquí al hombre!”. El rudo romano estaba casi emocionado; iba a absolver. Los sacerdotes del sanhedrín que le espiaban con mirada penetrante, notaron esa emoción y se asustaron, pues veían que la presa se les escapaba. Astutamente se concertaron entre sí. Luego con voz unánime, exclamaron levantando su mano derecha y volviendo la cabeza con un gesto de horror hipócrita; “Se ha hecho pasar por hijo de Dios”.

Cuando Pilatos hubo oído aquellas palabras, dice Juan, tuvo aún más temor. ¿Temor de qué?. ¿Qué efecto podía causar aquel hombre al romano incrédulo que despreciaba con todo su corazón a los judíos y a su religión y sólo creía en la religión política de Roma y de César?. Hay una razón seria para ello. Aunque le diesen sentidos diferentes, el nombre de ***hijo de Dios*** estaba bastante difundido en el esoterismo antiguo, y Pilatos, aunque escéptico, era algo supersticioso. En Roma, durante los misterios menores de Mithras, en que los caballeros romanos se hacían iniciar, había oído decir que un hijo de Dios era una especie de intérprete de la divinidad. A cualquier nación, a cualquier religión que perteneciese, atentar a su vida era un gran crimen. Pilatos apenas creía en aquellos ensueños persas, pero el nombre le inquietaba a pesar de todo y aumentaba su perplejidad. Viendo esto los judíos lanzan al procónsul la acusación suprema: “Si das la libertad a este hombre, no eres amigo del César: ***porque quien se hace rey, se declara contra el César... nosotros no tenemos otro rey que el César***”. Argumento irresistible; negar a Dios es poco, matar nada es, pero conspirar contra César es el crimen de los crímenes. Pilatos se ve obligado a rendirse y a pronunciar la sentencia. Así, al final de su carrera pública, Jesús se encuentra frente al dueño del mundo a quien ha combatido indirectamente, como oculto adversario, durante toda su vida. La sombra de César le envía a la cruz. Lógica profunda de las cosas: los

judíos le han entregado, pero el espectro romano le mata extendiendo su mano; mata a su cuerpo, pero Él, el Cristo glorificado, quitará para siempre a César la aureola usurpada, la apoteosis divina, aquella infernal blasfemia del poder absoluto.



Pilatos, después de haberse lavado las manos de la sangre del inocente, pronunció la palabra terrible: ***Condemno, ibis in crucem.*** Ya la muchedumbre impaciente se agolpa hacia el Gólgota.

Estamos sobre la altura pelada y cubierta de osamentas humanas que domina a Jerusalén; lleva el nombre de Gilgal, Gólgota, o lugar del cráneo, siniestro desierto consagrado desde siglos antes a los suplicios más horribles. La montaña no tiene árboles: allí no crecen más que horcas. En aquel sitio, Alejandro Janeo, el rey judío, había asistido con todo su harén a la ejecución de cientos de prisioneros; allí Varus había hecho crucificar a dos mil rebeldes; y allí era donde el dulce Mesías, anunciado por los profetas, debía sufrir el atroz suplicio, inventado por el genio atroz de los fenicios, adoptado por la ley implacable de Roma. La cohorte de los legionarios forma un gran círculo en la cumbre de la colina y separa a golpes de lanza a los últimos fieles que han seguido al condenado. Son mujeres galileas; mudas y desesperadas, se arrojan al suelo. Ha llegado la hora suprema de Jesús. Es preciso que el defensor de los pobres, de los débiles y de los oprimidos, acabe su obra en el martirio abyecto, reservado a los esclavos y a los bandidos. Se necesita que el profeta consagrado por los esenios se deje clavar en la cruz aceptada en la visión de Engaddi; es preciso que el hijo de Dios beba el cáliz entrevisto en la Transfiguración; es preciso que descienda al fondo del infierno y del horror terrestre. Jesús ha rehusado el brebaje tradicional preparado por las piadosas mujeres de Jerusalén y destinado a aturdir a los condenados. Sufrirá su agonía en plena conciencia. Mientras le atan sobre el madero, mientras los rudos soldados clavan con grandes martillazos los clavos en aquellos pies adorados por los desgraciados, en aquellas manos que sólo sabían bendecir, la negra nube de un sufrimiento desgarrador apaga sus ojos, ahoga su garganta. Más desde el fondo de aquellas convulsiones y de aquellas tinieblas infernales, la conciencia del Salvador siempre despierta, sólo tiene una palabra para sus verdugos: “Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen”.

He aquí el fondo del cáliz: las horas de la agonía desde mediodía a la

puesta del sol. La tortura moral se suma y agrega a la tortura física. El iniciado ha abdicado de sus poderes; el hijo de Dios va a eclipsarse; sólo queda el hombre que sufre. Durante algunas horas va a perder su cielo, a fin de medir el abismo del sufrimiento humano. La cruz se eleva lentamente con su víctima y su letrero, última ironía del procónsul: ***"¡Éste es el rey de los judíos!".*** Ahora las miradas del crucificado ven flotar en una nube de angustia a Jerusalén, la ciudad santa que ha querido glorificar y que le lanza el anatema. ¿Dónde están sus discípulos?. Desaparecieron. Sólo oye las injurias de los miembros del sanhedrín, que juzgan que el profeta ya no es de temer y triunfan en su agonía. "¡Ha salvado a los otros, dicen, y no puede salvarse a sí mismo!". A través de aquellas blasfemias, de aquella perversidad, en una visión aterradora del porvenir, Jesús ve todos los crímenes que los potentados inicuos, los fanáticos sacerdotes, van a cometer en su nombre. ¡Se servirán de su signo para maldecir!. ¡Crucificarán con su cruz!. No es el sombrío silencio del cielo velado para él, sino la luz perdida para la humanidad quien le hace lanzar aquel grito de desesperación: "Padre mío, ¿Por qué me has abandonado?". Entonces la conciencia del Mesías, la voluntad de toda su vida, brota en un último relámpago y su alma se escapa con este grito: "Con sumado está".

¡Oh sublime Nazareno, Oh divino Hijo del Hombre, ya no estás aquí!. Con rápido vuelo sin duda tu alma ha vuelto a encontrar, en una luz más brillante, tu cielo de Engaddi, tu cielo del monte Tabor!. Has visto a tu Verbo victorioso volando sobre los siglos, y no has querido otra gloria que las manos y las miradas levantadas hacia ti de aquellos que has curado y consolado... A tu último grito, incomprendido por tus guardas, un escalofrío les ha estremecido. Los soldados romanos se han vuelto, y ante la extraña radiación dejada por tu espíritu sobre la faz tranquila de aquel cadáver, tus verdugos asombrados se miran y dicen: "¿Será un dios?".



¿Ha concluido realmente el drama?. ¿Terminó la lucha formidable y silenciosa entre el divino Amor y la Muerte que se ha lanzado sobre él con los poderes reinantes en la tierra?. ¿Dónde está el vencedor?. ¿Lo son aquellos sacerdotes que descienden del Calvario, contentos de sí mismos, seguros, puesto que han visto expirar al profeta, o lo será el pálido crucificado ya lívido?. Para aquellas mujeres fieles que han dejado aproximar los legionarios romanos y que sollozan al pie de la cruz, para los discípulos consternados y

refugiados en una gruta del valle de Josapath, todo ha terminado. El Mesías que debía sentarse en el trono de Jerusalén ha perecido miserablemente en el suplicio infame de la cruz. El Maestro ha desaparecido; con él la esperanza, el Evangelio, el reino del cielo. Un triste silencio, una desesperación profunda pesan sobre la pequeña comunidad. Pedro y Juan mismos están anonadados. Todo lo ven oscuro a su alrededor; ya no luce en su alma un rayo de esperanza. Sin embargo, de igual modo que en los misterios de Eleusis una luz deslumbradora sucedía a las tinieblas profundas, así en los Evangelios a aquella desesperación inmensa sucede una súbita alegría, instantánea, prodigiosa, que hace irrupción como la luz del sol en la aurora, y este clamar vibrante de alegría se propaga en toda la Judea: ¡Ha resucitado!.

La primera es María Magdalena que, errando a la ventura alrededor del sepulcro, ha visto al Maestro y ha reconocido su voz que la llamaba por su nombre: ¡María!. Loca de contento, se ha precipitado a sus pies. Ha visto a Jesús mirarla, hacer un gesto como para prohibirla tocarle, luego desvanecerse bruscamente la aparición, dejando alrededor de Magdalena una tibia atmósfera y la certidumbre de una presencia real. Después las santas mujeres encuentran al Señor y le oyen decir estas palabras: "Id a decir a mis hermanos que vayan a Galilea y allá me verán". La misma noche, estando reunidos los once y las puertas cerradas, vieron entrar a Jesús. Ocupó lugar en medio de ellos, les habló dulcemente, reprochándoles su incredulidad. Luego dijo: "Id por el Mundo y predicad el Evangelio a toda criatura humana". ***(Marcos, XVI, 15).*** Cosa extraña; mientras le escuchaban, todos estaban como en un sueño, habían por completo olvidado su muerte, le creían vivo y estaban persuadidos de que el Maestro no les abandonaría. Más en el instante en que iban a hablar, le habían visto desaparecer como una luz que se apaga. El eco de su voz vibraba aún en sus oídos. Los apóstoles, deslumhrados, buscaron en el sitio que dejó vacío; un vago resplandor flotaba en él; de repente se esfumó. Según Mateo y Marcos, Jesús reapareció poco después sobre una montaña, ante quinientos hermanos reunidos por los apóstoles. Otra vez se mostró de nuevo a los once reunidos. Luego las apariciones cesaron. Pero la fe se había creado; la impulsión estaba dada, el cristianismo vivía. Los apóstoles, henchidos de sagrado fuego, curaban enfermos y predicaban el Evangelio de su Maestro. Tres años más tarde, un joven fariseo llamado Saulo, animado contra la nueva religión de violento odio y que perseguía a los cristianos con juvenil ardor, fue a Damasco con algunos compañeros. En el camino se vio súbitamente envuelto en un relámpago tan deslumbrador que cayó a tierra. Tembloroso, exclamó: "¿Quién eres?. Y oyó decir a una voz: Soy Jesús, a quien persigues;

duro te sería volverte contra los aguijones”. Sus compañeros, tan asustados como él, le levantaron. Habían oído la voz sin ver nada. El joven, cegado por el rayo, sólo después de tres días de oscuridad pudo recobrar la vista. ***(Hechos, IX, 1-9).***

Saulo se convirtió a la fe de Cristo y fue Pablo, el apóstol de los Gentiles. Todo el mundo está de acuerdo en decir que sin aquella conversión el cristianismo confinado en Judea, no hubiese conquistado el Occidente.

Tales son los hechos relatados por el Nuevo Testamento. Por esfuerzos que se hagan para reducirlos al mínimo, y cualquiera que sea por otra parte la idea religiosa o filosófica que a ello se relacione, es imposible hacerlos pasar por pura leyenda y rehusarles el valor de un testimonio auténtico, en cuanto a lo esencial. Desde hace dieciocho siglos las olas de la duda y de la negación han asaltado la roca de este testimonio; hace cien años que la crítica se ha encarnizado contra él con todos sus útiles y todas sus armas. Ella ha podido desquiciarlo en ciertos puntos, pero no moverlo de su lugar. ¿Qué es lo que hay tras las visiones de los apóstoles?. Los teólogos primarios, los exégetas de la letra y los sabios agnósticos podrán disputar sobre él hasta el infinito y batirse en la oscuridad; no se convertirán unos a otros y razonarán en el vacio, en tanto que la Teosofía, que es la ciencia del Espíritu, no haya ampliado sus concepciones y que una Psicología experimental superior, que es el arte de descubrir el alma, no les haya abierto los ojos. Pero, no colocándonos aquí más que en él punto de vista del historiador concienzudo, es decir, de la autenticidad de esos hechos como hechos psíquicos, hay una cosa de que no se puede dudar y es que los apóstoles han tenido esas apariciones y que su fe en la resurrección del Cristo ha sido inquebrantable. Si se rechaza la narración de Juan, como habiendo recibido su definitiva redacción cien años aproximadamente después de la muerte de Jesús, y la de Lucas sobre Emmaús como una amplificación poética, quedan las afirmaciones simples y positivas de Marcos y Mateo, que son la raíz misma de la tradición y de la religión cristiana. Queda aún algo más sólido e indiscutible: el testimonio de Pablo. Queriendo explicar a los Corintios la razón de su fe y la base del Evangelio que predica, enumera por su orden seis apariciones sucesivas de Jesús: las de Pedro, a los once, a los quinientos “cuya mayor parte vive aún”, a Santiago, a los apóstoles reunidos, y finalmente su propia visión en el camino de Damasco. ***(Corintios, XV, 1-9).*** Tales hechos fueron comunicados a Pablo por el mismo Pedro y por Santiago tres años después de la muerte de Jesús, poco después de la conversión de Pablo; cuando hizo su primer viaje a Jerusalén. Los relatos provienen de testigos oculares. En fin, de todas esas visiones, la

más incontestable no es la menos extraordinaria, quiero decir la del mismo Pablo; en sus epístolas se refiere a ella sin cesar como fuente de su fe. Dados el estado psicológico precedente de Pablo y la naturaleza de su visión, ésta viene de fuera y no de dentro; es de un carácter inesperado y fulminante y cambia su ser de pies a cabeza. Como bautismo de fuego templa su alma, la reviste de una armadura infrangible, y hace de él ante el mundo el defensor invencible del Cristo.

De este modo, el testimonio de Pablo tiene una doble fuerza, en tanto que afirma su propia visión y corrobora la de los otros. Si se quisiera dudar de la sinceridad de tales afirmaciones, sería preciso rechazar en masa todos los testimonios históricos y renunciar a escribir historia. Agreguemos que si no puede haber crítica exacta sin un cotejo exacto y una selección razonada de todos los documentos, tampoco puede haber historia filosófica si no sé deduce la grandeza de los efectos de la grandeza de las causas. Se puede no conceder ningún valor objetivo a la resurrección y considerarla como un fenómeno de alucinación pura — como lo hacen Celse, Strauss y M. Renán. Pero en ese caso, preciso es fundar la más grande revolución religiosa de la humanidad sobre una aberración de los sentidos y sobre una quimera del espíritu. ***(Strauss ha dicho: El hecho de la resurrección sólo es explicable como un juego de charlatán al servicio de la historia universal, ein weltthistorischer humburg. La frase es más cínica que aguda y no explica las visiones de los apóstoles y de Pablo).***

No hay que engañarse; la fe en la resurrección es la base del cristianismo histórico. Sin esta confirmación de la doctrina de Jesús por un hecho deslumbrador, su religión no hubiera tan siquiera comenzado.

Aquel hecho operó una revolución total en el alma de los apóstoles. De judaica que era, su conciencia se convirtió en cristiana. Para ellos el Cristo glorioso, vive; él les ha hablado; el cielo se ha abierto; el más allá ha ingresado en el más-acá; la aurora de la inmortalidad ha tocado a su frente y abrasado sus almas con un fuego que no puede apagarse ya. Sobre el reino terrestre de Israel que se derrumba, han entrevisto en todo su esplendor el reino celeste y universal. De ahí sus alientos para la lucha, su alegría en el martirio. De la resurrección de Jesús parte ese impulso prodigioso, esa inminente esperanza que lleva el Evangelio a todos los pueblos y va a bañar con sus ondas los últimos confines de la tierra. Para que el cristianismo triunfase, se precisaban dos cosas, como dice Fabre d'Olivet: que jesús quisiera morir y que tuviese la fuerza de resucitar.

Para concebir del hecho de la resurrección una idea racional, para

comprender también su alcance religioso y filosófico, no hay más que tener en cuenta el fenómeno de las apariciones sucesivas y separar desde el principio la absurda idea de la resurrección del cuerpo, una de las mayores piedras de toque del dogma cristiano que, en este punto como en muchos otros, es absolutamente primario e infantil. La desaparición del cuerpo de Jesús puede explicarse por causas naturales y hay que notar que el cuerpo de varios grandes adeptos ha desaparecido sin dejar rastro y de un modo tan misterioso como éste, entre otros el de Moisés, de Pitágoras y de Apolonio de Tyana, sin que se haya podido jamás saber qué ha sido de ellos. Quizás los hermanos conocidos o desconocidos que velaban sobre ellos hayan destruido por el fuego los despojos de su Maestro para substraerlos a la profanación de sus enemigos. Sea de ello lo que quiera, el aspecto científico y la grandeza espiritual de la resurrección sólo aparecen si se la comprende en el sentido esotérico.

Entre los egipcios, como entre los persas de la religión mazdeana de Zoroastro, antes y después de Jesús en Israel, como entre los cristianos de los primeros siglos, la resurrección ha sido comprendida de dos maneras, una material y absurda, otra espiritual y teosófica. La primera es la idea popular finalmente adoptada por la Iglesia después de la represión del gnosticismo; la segunda es la profunda idea de los iniciados. En el primer sentido, la resurrección significa la vuelta a la vida del cuerpo material, en una palabra, la reconstitución del cadáver descompuesto o dispersado, que se figuraban debía tener lugar al advenimiento del Mesías o en el juicio final. Inútil es hacer resaltar el materialismo grosero y lo absurdo de esa concepción. Para el iniciado la resurrección tenía un sentido muy diferente y se relacionaba con la constitución ternaria del hombre. Ella significaba la purificación y la regeneración del cuerpo sideral, etéreo y fluídico, que es el organismo del alma y en cierto modo la cápsula del espíritu. Esa purificación puede tener lugar desde esta vida por el trabajo interno del alma y cierto modo de existencia; pero no tiene lugar más que después de la muerte para la mayor parte de los hombres, y sólo para aquellos que de uno u otro modo han aspirado a lo justo y a lo verdadero. En el otro mundo la hipocresía es imposible. Allí las almas aparecen tal como en realidad ellas son; ellas se manifiestan fatalmente bajo la forma y el color de su esencia; tenebrosas y repugnantes si son malas; radiantes y bellas si son buenas. Tal es la doctrina expuesta por Pablo en la epístola a los Corintios, donde dice formalmente: "Hay un cuerpo animal y un cuerpo espiritual". ***(Corintios, XV, 39-46).*** Jesús lo anuncia simbólicamente, pero con más profundidad para quien sabe leer

entre líneas, en su conversación secreta con Nicodemo. Cuanto más espiritualizada está un alma, más grande será su alejamiento de la atmósfera terrestre, más lejana la región cósmica que la atrae por su ley de afinidad, más difícil su manifestación a los hombres.

De modo que las almas superiores no se manifiestan casi nunca al hombre, más que en el estado de sueño profundo o éxtasis. Entonces, con los ojos físicos cerrados, el alma medio desprendida del cuerpo, a veces ve a otras almas. Ocurre a veces que un gran profeta, un verdadero hijo de Dios se manifiesta a los suyos de un modo sensible y en estado de vigilia, a fin de persuadirles mejor, impresionando sus sentidos y su imaginación. En tal caso, el alma desencarnada llega a dar momentáneamente a su cuerpo espiritual una apariencia visible, a veces hasta tangible, por medio de un dinamismo particular que el espíritu ejerce sobre la materia por las fuerzas eléctricas de la atmósfera y las fuerzas magnéticas de los cuerpos vivos.

Es lo que ocurrió, según todas las apariencias, en el caso de Jesús. Las apariciones reseñadas por el Nuevo Testamento entran alternativamente en una u otra de estas dos categorías: visión espiritual y aparición sensible. Es cierto que tuvieron para los apóstoles el carácter de una realidad suprema. Hubieran ellos dudado antes de la existencia del cielo y de la tierra, que de su comunión viviente con el Cristo resucitado. Porque aquellas visiones emocionantes del Señor eran cuanto había de más radiante en su vida, de más profundo en su conciencia. No existe lo sobrenatural, pero sí lo desconocido de la naturaleza, en su continuación oculta en lo infinito, y la fosforescencia de lo invisible en los confines de lo visible. En nuestro estado corporal presente nos cuesta trabajo creer y aun concebir la realidad de lo impalpable; en el estado espiritual, la materia es la que nos parece lo irreal y lo no existente. Pero la síntesis del alma y de la materia, esas dos fases de la substancia una, se encuentra en el Espíritu. Porque si nos remontamos a los principios eternos, a las causas finales, las leyes innatas de la Inteligencia explican el dinamismo de la naturaleza; y el estudio del alma, por psicología experimental, explica las leyes de la vida.

La resurrección, comprendida en el sentido esotérico, como acabo de indicarlo, era, pues, a la vez la conclusión necesaria de la vida de Jesús y el prefacio indispensable a la evolución histórica del cristianismo. Conclusión necesaria, pues Jesús la había anunciado varias veces a sus discípulos. Si tuvo poder para aparecer después de su muerte con aquel esplendor triunfal, ello fue debido a la pureza, a la fuerza innata de su alma, centuplicada por la magnitud del esfuerzo y de la obra cumplida.

Visto desde fuera y desde el punto de vista terrestre, el drama mesiánico termina en la cruz. Sublime en sí, le falta sin embargo el cumplimiento de la promesa. Visto desde dentro, desde el fondo de la conciencia de Jesús y desde el punto de vista celeste, tiene tres actos que culminan en ***la Tentación, la Transfiguración y la Resurrección.*** Esas tres frases representan en otros términos: ***la Iniciación del Cristo, la Revelación total y la Coronación de la obra,*** y corresponden bastante bien con lo que los apóstoles y los cristianos iniciados de los primeros siglos llamaron los ***misterios del Hijo, del Padre y del Espíritu Santo.***

Coronación necesaria, decía, de la vida del Cristo, y prefacio indispensable de la evolución histórica del cristianismo. El navio construido en la playa tenía necesidad de ser lanzado al océano. La resurrección fue además una puerta de luz abierta sobre toda la reserva esotérica de Jesús. No nos admiremos de que los primeros cristianos hayan quedado deslumhrados y cegados por su fulgurante irrupción, de que hayan comprendido con frecuencia la enseñanza del Maestro a la letra, y hayan equivocado el sentido de sus palabras. Pero hoy que el espíritu humano ha recorrido el ciclo de las edades, de las religiones y de las ciencias, adivinamos lo que un San Pedro, un San Pablo, lo que el mismo Jesús entendían por los misterios del Padre y del Espíritu. Vemos que contenían lo que la ciencia psíquica y la intuición teosófica del Oriente habían conocido de más elevado y verdadero. Vemos también el poder de nueva expansión que el Cristo dio a la antigua, a la eterna verdad, por la grandeza de su amor, por la energía de su voluntad. Percibimos en fin el lado a la vez metafísico y práctico del cristianismo, que constituye su poder y su vitalidad.

Los viejos teósofos de Asia han conocido las verdades trascendentes. Los brahamanes hasta encontraron la clave de la vida anterior y futura, formulando la ley orgánica de la reencarnación y dé la alternativa de las vidas. Pero a fuerza de sumergirse en el más allá y en la contemplación de la Eternidad, olvidaron la realización terrestre: la vida individual y social. La Grecia, primitivamente iniciada en las mismas verdades bajo formas más veladas y más antropomórficas, se fijó, por su genio propio, en la vida natural y terrestre. Esto le permitió revelar por el ejemplo las leyes inmortales de lo Bello y formular los principios de las ciencias de observación. Pero, en ese punto de vista, su concepción del más allá se estrechó y oscureció gradualmente. Jesús, por su amplitud y su universalidad, abarca los dos extremos de la vida. En la oración dominical, que resume su enseñanza, dice: ***"Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo".*** Y el reino divino

sobre la tierra significa el cumplimiento de la ley moral y social en toda la riqueza, en todo el esplendor de lo Bello, lo Bueno y lo Verdadero. Es decir, que la magia de su doctrina, su poder de desenvolvimiento en cierto modo ilimitado, residen en la unidad de su moral y de su metafísica, en su fe ardiente en la vida eterna, y en su necesidad de comenzarla en la tierra por la acción, por la caridad activa. El Cristo dice al alma abrumada bajo todos los pesos de la tierra: ¡Levántate, pues tu patria está en el cíelo; pero si has de crearlo y llegar a él, pruébalo desde aquí por tus obras y por tu amor!.

VII
LA PROMESA Y SU CUMPLIMIENTO
EL TEMPLO

“En tres días derribaré el templo; en tres días lo reedificaré”, había dicho a sus discípulos el hijo de María, el esenio consagrado Hijo del Hombre, es decir, el heredero espiritual del Verbo de Moisés, de Hermes y de todos los antiguos hijos de Dios. Esta promesa audaz, palabra de iniciado y de iniciador, ¿La ha realizado?. Sí, si se tienen en cuenta las consecuencias que la enseñanza del Cristo, confirmada por su muerte y por su resurrección espiritual, han tenido para la humanidad, y todas las que contiene su promesa para un porvenir ilimitado. Su verbo y su sacrificio han colocado los cimientos de un templo invisible más sólido y más indestructible que todos los templos de piedra; pero ese templo no se continúa ni se acaba más que en la medida en que cada hombre y los siglos en él trabajan.

¿Qué templo es éste?. El de la humanidad regenerada. Es un templo moral, social y espiritual.

El templo moral es la regeneración del alma humana, la transformación de los individuos por el ideal humano, ofrecido como ejemplo a la humanidad en la persona de Jesús. La armonía maravillosa y la plenitud de sus virtudes lo hacen difícil de definir. Razón equilibrada, intuición mística, simpatía humana, poder del verbo y de la acción, sensibilidad hasta el dolor, amor desbordante hasta el sacrificio, valor hasta la muerte, nada le ha faltado. ¡Había alma bastante en cada gota de sus venas para hacer un héroe; pero esto unido a la dulzura divina!. La unión profunda del heroísmo y del amor, de la voluntad y de la inteligencia, del Eterno Masculino con el Eterno Femenino, constituyen en él la flor del ideal humano. Toda su moral, que tiene como límite el amor fraternal ilimitado y la alianza humana universal, se desprende naturalmente de aquella grande personalidad. El trabajo de dieciocho siglos transcurridos desde su muerte ha tenido por resultado hacer penetrar este ideal en la conciencia de todos. Porque no hay ya casi hombre alguno en el mundo civilizado que de él no tenga una noción más o menos clara. Se puede afirmar que el templo moral deseado por el Cristo no está terminado, sino fundado sobre indestructibles bases en la humanidad actual.

No ocurre lo mismo con el templo social. Éste supone el establecimiento del reino de Dios o de la Ley providencial en las instituciones orgánicas de la humanidad; es preciso construirlo por completo. La humanidad vive aún en estado de guerra, bajo la ley de la Fuerza y del destino. La ley del Cristo que reina en la conciencia moral, no ha pasado aún a las instituciones. Sólo incidentalmente he tocado a las cuestiones de organización social y política en este libro, dedicado exclusivamente a iluminar la cuestión filosófica y religiosa en su centro, por medio de algunas de las esenciales verdades esotéricas y por la vida de los grandes iniciados. No me ocuparé con más extensión de aquellas cuestiones en esta conclusión. Es demasiado vasta y compleja y escapa demasiado a mi competencia para que yo intente tan siquiera definirla en algunas líneas. Sólo diré lo siguiente. La guerra social existe en principio en todos los países europeos, porque no hay bases económicas, sociales y religiosas admitidas por todas las clases de la sociedad. Asimismo, las naciones europeas no han cesado de vivir entre sí en estado de guerra abierta o de paz armada, porque tampoco las liga legálmente ningún principio federativo común. Sus intereses, sus aspiraciones comunes, no pueden recurrir a ninguna autoridad reconocida, no pueden tener sanción en ningún tribunal supremo. Si la ley del Cristo ha penetrado en las conciencias individuales y hasta cierto punto en la vida social, la ley pagana y bárbara es la que rige en nuestras instituciones políticas. Actualmente el poder político está en todas partes constituido sobre bases insuficientes, porque por un lado emana del llamado poder divino de los reyes, que no es otro que el de la fuerza militar; por otra parte del sufragio universal, que sólo es el instinto de las masas o la inteligencia no seleccionada. Una nación no es un número de valores indistintos o de cifras adicionales, sino que es un ser vivo compuesto de órganos. En tanto que la representación nacional no sea la imagen de aquel organismo desde sus genios hasta sus clases instructoras, no existirá la representación nacional orgánica e inteligente. En tanto que los delegados de todos los cuerpos científicos y de todas las iglesias cristianas no se constituyan conjuntamente en un consejo superior, nuestras sociedades serán gobernadas por el instinto, la pasión y la fuerza; no existirá el templo social.

¿De dónde procede, pues, que sobre la Iglesia, demasiado pequeña para contenerle por completo, de la política que le niega y de la Ciencia que no le comprende aún más que a medias, el Cristo está más vivo qué nunca?. De que su moral sublime es el corolario de una ciencia más sublime aun. La humanidad comienza sólo a presentir el alcance de su obra, la extensión de su promesa. Detrás de él vemos conjuntamente a Moisés, a toda la antigua

teosofía de los iniciados de la India, Egipto y Grecia, de la cual constituye una confirmación luminosa. Comenzamos a comprender que Jesús en su más alta conciencia, que el Cristo transfigurado, abre sus brazos amorosos a sus hermanos, a los otros Mesías que le han precedido, como él rayos del Verbo viviente; que los abre por completo a la Ciencia integral, al Arte divino y a la Vida plena. Pero su promesa no puede cumplirse sin el concurso de todas las fuerzas vivas de la humanidad. Dos cosas principales son necesarias hoy para proseguir la gran obra: por una parte abrir progresivamente la ciencia experimental y la filosofía intuitiva a los hechos del orden psíquico, a los principios intelectuales y a las verdades espirituales; por otra la ampliación del dogma cristiano en el sentido de la tradición y de la ciencia esotérica; por consiguiente, una reorganización de la Iglesia según la iniciación graduada y esto por un movimiento libre e irresistible de todas las iglesias cristianas, que son todas igualmente y con igual título las hijas de Cristo. Es preciso que la ciencia se vuelva religiosa y la religión científica. Esa doble evolución, que ya se prepara, traería final y forzosamente una reconciliación de la Ciencia y de la Religión en el terreno esotérico. La obra no se rea- lizará sin grandes dificultades al principio, pero el porvenir de la Sociedad europea, de ello depende. La transformación del Cristianismo en el sentido esotérico llevaría consigo la del Judaismo y del Islamismo, así como una regeneración del Brahmanismo y del Buddhismo en el mismo sentido: ésta sería una base religiosa para la reconciliación del Asia y de Europa.

He ahí el templo espiritual por construir; el coronamiento y la culminación de la obra intuitivamente concebida y deseada por Jesús. ¿Puede su verbo de amor formar la cadena magnética de las ciencias y de las artes, de las religiones y de los pueblos, y convertirse así en el verbo universal?.

Hoy el Cristo es dueño del globo por las dos razas más jóvenes, llenas aún de fe. Por Rusia, tiene el pie en Asia. Los que la creen destinada a una decadencia irremediable, la calumnian. Pero si continúa despedazándose, en vez de federalizarse bajo la impulsión de una sola autoridad legal: la científica y religiosa; si por la extinción de esa fe, que es la luz del espíritu nutrida por el amor, continúa preparando su descomposición moral y social, su civilización corre el riesgo de perecer entre las convulsiones sociales, en primer término, luego por la invasión de las razas más jóvenes; y éstas cogerán la antorcha que ella ha dejado escapar de sus manos.

Europa debiera llevar a cabo otra misión más hermosa, que consistiría en conservar la dirección del mundo, acabando la obra social del Cristo, formulando su pensamiento integral, coronando por la Ciencia, el Arte y la

Justicia el templo espiritual del mayor de los hijos de Dios.

APÉNDICE

Es costumbre, tal como se ha expresado anteriormente (Libro II, Krishna), incluir en el libro textos posteriores de Schuré sobre Budha, Zoroastro y Jesús, criterio que hemos seguido aquí, pues de algún modo completan sus ideas.

(N. del E.)

ZOROASTRO
LAS ETAPAS DEL VERBO SOLAR

I
LAS ETAPAS DEL VERBO SOLAR

La religión y la civilización brahmánicas representan la primera etapa de la humanidad postatlante y se resume en una palabra: la conquista del mundo divino por la sabiduría primordial.

Las grandes civilizaciones que siguieron, Persia, Caldea, Egipto, Grecia y Roma, el judeo-cristianismo, el mundo en fin celta-germánico (en plena evolución todavía y del cual formamos parte), representan las diversas fases de adelanto de la raza blanca. En todas estas razas, religiones, civilizaciones y pueblos diversos se infiltra el elemento ario predominante y todas se unifican en un lazo magnético, en una idea que instintivamente las anima y guía.

Esta idea es la conquista de la tierra por la adaptación de lo Divino revelado en la vida. Tal adaptación no es posible sin la progresiva debilitación del instrumento por cuyo medio se llega a descubrir la divina morada, o sea, la comunión espontánea con las potestades cósmicas que llamamos dioses y la visión en los mundos astral y espiritual, que es el mundo interno del hombre y del universo.

Estas facultades creadoras y reveladoras se hallaban ya atrofiadas en la India en la época en que la filosofía especulativa substituyó a la intuición primordial. Habían de oscurecerse y esfumarse más todavía entre las razas arias y semitas del Asia central y de Europa a medida que se desenvolvieron en las facultades intrínsecas de la raza aria, indispensables para el logro y dominio del mundo externo, a saber: rigurosa observación, criterio y análisis, de donde surge el sentimiento de libertad y de independencia individual.

Sin embargo, las facultades trascendentales del alma no se extinguen en la humanidad. Perduran en una selección que las desenvuelve y disciplina en secreto, bajo el velo del misterio, resguardadas de las profanaciones y corrupciones del exterior. De aquí la razón de las iniciaciones.

Entre esta agrupación auto-selectiva, por las pruebas exigidas, perdura la inspiración divina, aunque varía de modalidad. En lugar de desperdigarse por todo el universo y de desvanecerse en el Infinito como entre los indos, tiende a condensarse y concentrarse en un punto único que nosotros llamamos el Verbo Solar.

El Verbo Solar es el Logos, la divina Palabra que anima nuestro mundo

planetario. Al glorificar al sol, no adoraban exclusivamente los primitivos rishis y los poetas védicos al sol físico, sino que presentían tras él al Espíritu animador del astro-rey.

Nuestro sistema solar y la tierra, su crisol más denso, en donde el Espíritu y la Materia alcanzan su tensión máxima generando la más ardiente vida, han sido creados por la jerarquía de las potestades cósmicas bajo la inspiración de Dios, infinito e insondable. El Génesis lo expresa admirablemente con la palabra Elohim, que significa Dios de los Dioses. ***(Véase la "Bible hébraique restituée", por Fabre d'Olivet, la "Science secrete", de Rodolfo Steiner y "L'everfution planetaire et l'origine de l'homme", del autor).***

Sin embargo, desde el origen, desde el período saturniano de la vida planetaria, el pensamiento divino, el Logos que preside especialmente nuestro sistema solar, tiende a condensarse y a manifestarse por medio de un organismo soberano que será, en cierto modo, su verbo y su candente pira. Este Dios, este Espíritu, es el rey de los Genios solares, superior a los Arcángeles, a las Dominaciones, a los Tronos y a los Serafines, a un tiempo inspirador y flor sublime de su creación común, cobijado por ellos y con ellos creciendo para superarles, destinado a convertirse en la Palabra humana del Creador, como la luz de los astros es su universal palabra. Tal es el Verbo Solar, el Cristo cósmico, centro y eje de la evolución terrestre.

Este Genio sublime, este Verbo Solar que no debemos confundir con el sol físico (porque es la quintaesencia espiritual de este astro), no puede revelarse súbitamente y de una vez a la débil humanidad. Sólo puede aproximarse a los hombres por etapas sucesivas. Precisa por el momento retener los reflejos y los rayos esparcidos antes de poder soportar la lumbre cegadora.

Las primitivas razas, las antiguas religiones, principiaron a presentirlo al través de diversos dioses, como luce el sol tras las nubes o se transparenta la figura humana tras velos cada vez más tenues. Cristo brilla de lejos a través de Indra, llamea para Zoroastro en la aureola de Ormuz, clarea para Hermes en el sol de Osiris, habla a Moisés en la zarza ardiente, y surca como un blanco meteoro en los rojos relámpagos del Sinaí, para encarnarse, por fin, en el maestro Jesús, dulzura humana y esplendor divino. Él se hizo carne para ofrecerse a toda la humanidad como el sol de amor y de resurrección.

Así, paulatinamente, el reflejo se convierte en rayo, el rayo en estrella y la estrella en fulgurante sol. La estrella de los magos, que del Asia central transporta sus rayos a Egipto para posarse sobre la cuna de Belén, ilumina tres

lugares maravillosos en la sombría batahola de los pueblos precipitados unos sobre otros durante cinco mil años entre el Mar Caspio, el golfo Pérsico y el Mediterráneo.

Estos tres puntos señalan la revelación de Zoroastro en el Irán primitivo: el encuentro de los magos de Babilonia con la imponente figura del profeta Daniel; la visión sublime y terrorífica del sol de Osiris en las criptas de Egipto, anunciando el fin de las monarquías absolutas de Oriente, y la extensión de los Misterios antiguos prediciendo el advenimiento de Cristo.

Estos tres acontecimientos caracterizan tres etapas del Verbo Solar, y simultáneamente, tres pasos gigantescos para la conquista del mundo. Porque permiten entrever, por una parte, el descenso gradual del Cristo Cósmico en la humanidad; y por otra, la obra de tres potentes civilizaciones, Persia, Caldea y Egipto, en que prosigue el impulso ario hacia Occidente.

II
PERSIA

Pasemos de la India al Asia central y contemplemos el país a vista de pájaro.

A lo lejos se extienden a nuestros pies el Pamir y el Indo-Kruchs, "Dosel del mundo" y nudo gordiano del continente. Crestas blancas y grises valles. Al norte y al este de aquella amalgama montañosa, el Irán y la Persia forman una alta meseta. Líneas austeras encuadran prolongadas extensiones de grandiosidad soberbia y salvaje. Terreno quebrado, verdes oasis, áridos desiertos que circundan las más enhiestas cimas del mundo.

Uno de los modernos viajeros que mejor ha visto la Persia y sentido palpitar su alma, el Conde de Gobineau, describe así esta comarca altiva: "La Naturaleza ha dispuesto el Asia central como un graderío inmenso en cuya cúspide parece haber tenido a gala, superando las demás regiones del globo, colocar la antigua cuna de nuestra raza".

"Entre el Mediterráneo, el golfo Pérsico y el Mar Negro, el suelo se eleva de estadio en estadio. Enormes macizos en hilera, el Tauro, los montes Gordianos, las cordilleras del Laristán, remontan y sostienen las provincias. El Cáucaso, el Elburz, las montañas de Chiraz y de Ispahan se ayuntan al colosal graderío elevándolos más aún. Esta plataforma inmensa, ostentando en planicies sus extensiones majestuosas por el laclo de los montes Soleyman e Indo-Krusch, finaliza por una parte, en el Turquestán, que conduce a la China, y por otra a las orillas del Indo, fronteras de un no menos extenso mundo".

"La principal característica de esta naturaleza, la evocación que predominantemente sugiere, es el sentimiento de la inmensidad y del misterio". ***(Gobineau: "Trois ans en Asie).***

Pero abundan al mismo tiempo en ella tales contrastes, que traen a la mente la idea de la lucha y de la resistencia. Pasadas las violentas tormentas primaverales, de mayo a septiembre, el tiempo se mantiene seco y la atmósfera es de una transparencia maravillosa. Los contornos de las montañas y los ínfimos detalles del paisaje, dibújanse con una pureza límpida que no altera la frescura de sus irisados colores vivos.

El verano es leve y cálido. El invierno crudo y terrible. El naranjo y el granado crecen al borde de los valles fértiles. Las palmeras dan sombra a las

fuentes donde beben las gacelas, mientras las nieves se acumulan en los flancos de las montañas cubiertas de robles y de cedros, morada de osos y de buitres. El viento norte barre sus estepas levantando torbellinos de polvo.

Tal es la tierra de adopción de los arios primitivos, de cuyo suelo avaro no brota el agua si no lo hiere la piqueta, ni da fruto más que bajo la reja del arado y el canal irrigador; donde la vida es un perpetuo combate librado contra la naturaleza.

Tal fue la patria de Zoroastro.

III
JUVENTUD DE ZOROASTRO

Hácenle nacer en Bactriana unos y en Ragés la biblica otros, no lejos de la actual Teherán.

Cedo también a Gobineau la descripción de esos lugares grandiosos: "Al Norte se extiende una hilera de montañas cuyas cimas, centelleantes de nieve, se yerguen a majestuosa altura. Es el Elburz, enorme cresta que une el Indo-Krusch con los montes de la Georgia, el Cáucaso índico con el Cáucaso de Prometeo. Dominando esta cordillera, como un gigante, se eleva en los aires el domo inmenso y puntiagudo del Demavend, blanco desde la cima a su falda..."

"No se otean allí detalles que limiten la mente. Sólo un horizonte de matices maravillosos, un cielo que ni lenguaje, ni paleta, ni nada es capaz de describir su fulgor y transparencia; una planicie que, en graduadas ondulaciones, alcanza en ascensión los pies del Elburz, fundiéndose y confundiéndose con sus grandezas".

"De cuando en cuando se arremolinan trombas de polvaredas, se izan, ascienden hacia el cielo pareciendo alcanzarlo con su vértice vertiginoso, y se mueven al azar hasta precipitarse de nuevo sobre la tierra. No es posible olvidar este espectáculo".

Cuando nació el primer Zoroastro, cuatro o cinco mil años antes de nuestra era ***(Plinio atribuye a Zoroastro una antigüedad de 1000 años anterior a Moisés. Hermipo, que tradujo sus libros al griego, remonta su existencia a 4000 años antes de la guerra de Troya. Eudoxio, a 6000 años antes de la muerte de Platón),*** tribus nómadas, salidas de la más pura raza blanca, poblaban el antiguo Irán y la Persia. Pocos conocían el arado y el arte de la labranza, la sagrada espiga que crece enhiesta como un venablo, las cosechas de oro, ondulantes como senos de mujer, haces divinos, puro trofeo del recolector.

Vivían otros del oficio pastoril, junto a sus rebaños, pero todos adoraban al sol y ofrecían su sacrificio al fuego, el césped por altar, distribuidos en pequeñas tribus, desaparecidos sus antiguos reyes pontificios.

La ciencia moderna, después de los concienzudos estudios de Eugenio Burnouf, de Spiegel, de James Darmesteter y de Harlez, declara que es

imposible fijar la época en que vivió el gran profeta iranio autor del Zend Avesta, pero la supone, probablemente allá por el año 2500 antes de J. C.

La fecha indicada por Plinio corresponde casi con la época aproximadamente admitida por los modernos orientalistas. Pero Hermipo, que se ocupa especialmente de este asunto, debió poseer, referente a Persia, documentos y tradiciones hoy desaparecidos. La fecha de 5000 años antes de J. C, nada tiene de improbable, dada la prehistórica antigüedad de la raza aria.

Pero luego, pasados los siglos, los turanos venidos de las llanuras del Norte y los montes de Mongolia, invadieron la vieja Ariana Vaeya, la tierra de lo$ puros y de los fuertes. Inagotable semillero humano, surgieron los turanios, de la más resistente raza atlanta, individuos rechonchos, de amarilla tez y diminutos ojos semicerrados. Forzudos forjadores de armas, caballeros astutos y saqueadores, adoraban también el fuego, no la lumbre que ilumina las almas y unifica las tribus, sino el fuego terrestre manchado de elementos impuros, generador de tenebrosos encantamientos, el fuego que otorga riquezas y poderío, que estimula crueles deseos. Se les creía consagrados a las entidades tenebrosas.

Toda la historia de los primitivos arios se reduce a sus luchas con los turanios. Bajo el choque de las primeras invasiones, las tribus arias se dispersaron. Huyeron ante los hombres amarillos, caballeros sobre brutos negros como si se vieran enfrentados por un ejército de demonios. Los más recalcitrantes se refugiaron en las montañas; los demás se sometieron, sufriendo el yugo del vencedor y adoptando su corrompido culto.

En aquella época nació, en las montaraces tribus del Elburz, llamado entonces Albordj, un muchacho que hubo por nombre Ardjasp, descendiente de una antigua familia real.

Transcurrió entre su tribu la juventud de Ardjasp cazando búfalos y peleando contra los turanios. Por la noche, bajo la tienda, el hijo del rey desposeído soñaba a veces en restaurar al antiguo reino de Yima ***(El Rama indo, al que se hace referencia al principio del Zend Avesta, bajo el nombre de Yima y que reaparece en la leyenda persa en la figura de Djemchyd),*** el poderoso. Pero no era más que un sueño indefinido, porque no disponía para tal empresa de caballos ni hombres, de armas ni fuerza.

Un día, un loco visionario, un santo harapiento de los que han pululado siempre en Asia, un pyr, le predijo que llegaría a reinar sin cetro ni diadema, con más poder que todos los reyes de la tierra, coronado por el sol. Esto fue todo.

Una mañana clara, en una de sus rutas solitarias, llegó Aldjasp a un

valle verde y fecundo. Varios erguidos picachos formaban un amplio círculo. Aquí y allá ahumaban campos de labor. A lo lejos, un pórtico construido con troncos de árbol, dominaba un grupo de chozas, dentro de un cerco de empalizada. Deslizábase un río entre un tapiz de crecido césped, salpicado de silvestres flores. Remontó su cauce y distinguió un bosque de odorantes pinos. En lo más profundo, al pie de un roquedal, dormía una fuente límpida, de incomparable azul.

Una mujer vestida de blanco lino, arrodillada cerca del agua, llenaba un recipiente de cobre. Levantóse luego y colocó el ánfora sobre su cabeza. Tenía ella el soberbio aspecto de las montaraces de tribus arias. Un aro de oro sujetaba sus cabellos negros. Bajo el arco de sus pestañas unidas en el recio nacimiento de su corva nariz, brillaban dos ojos de negrura opaca. Translucían aquellos ojos una tristeza impenetrable y emergían de ellos, de vez en cuando, dárdicos centelleos parecidos a un relámpago azul brotado de una nube sombría.

— ¿A quién pertenece este valle?. — preguntó el cazador extraviado.

— Aquí reina el patriarca Vahumano, guardián del puro Fuego y servidor del Altísimo — contestó la joven.

— ¿Cómo te llamas, noble mujer? — Me dieron el nombre de este río, llamado Arduizur (Fuente de luz). ¡Pero vigila, extranjero!. El maestro ha dicho: Aquel que beba en sus aguas, se abrasará en sed inextinguible. Sólo un Dios podrá apagarla...

Una vez más los ojos opacos de la joven se posaron sobre el desconocido. Y él vibró esta vez como una flecha de oro. Luego, volvióse la mujer y desapareció a lo lejos, bajo los pinos odorantes.

Centenares de flores blancas y rojas, amarillas y azules, inclinaban en haces sus pétalos y sus cálices sobre la fontana azul. Ardjasp se inclinó también. La sed le devoraba y bebió a largos sorbos, en el hueco de su mano, el agua cristalina.

Después se fue sin preocuparse ya más de aquella aventura. Solamente le venía de vez en cuando a la memoria el verdeciente valle circuido de picachos inaccesibles, la fontana azul bajo los aromados pinos y la profunda noche de los ojos de Arduizur, lucientes de azulinas claridades y de fulgores áureos.

Pasaron los años. El rey de los turanios, Zohak, venció a los arios. Para sojuzgar a las tribus nómadas se levantó en el Irán, sobre las estribaciones del Indo-Krusch, en Baktra, ***(La moderna Balk, en Bactriana),*** una fortaleza, una ciudad de piedra. Allí convocó el rey Zohak a todas las tribus arias para que

reconocieran su poderío.

Adjasp rindióse con los de su tribu, no para someterse, sino para mirar al enemigo cara a cara.

El rey Zohak, envuelto en una piel de lince, ocupaba un trono de oro colocado sobre un otero alfombrado con ensangrentadas pieles de búfalo. En torno de él, formando amplio círculo, permanecían los caudillos, armados de puntiagudas lanzas. A un lado, un pequeño grupo de arios. Al otro, centenares de turanios. A espaldas del rey, abríase un templo rústico tallado en la montaña como una especie de gruta. Dos enormes dragones de piedra toscamente esculpidos sobre enormes bloques de pórfido, guardaban la entrada y servían de ornamento. En el centro, sobre un altar de basalto, ardía una llama escarlata en la que echaban osamentas humanas, sangre de escorpiones y de toros.

Tras la ardiente pira veíase de cuando en cuando a dos enormes serpientes calentarse en la llama. ***(De ahí proviene que, en las tradiciones persas del Zer-duscht-Naméh y el Schah-Naméh, se represente al rey Zohak con dos serpientes saliéndole de las espaldas).***

Tenían patas de dragón y carnosos capuchones de crestas móviles. Eran las últimas supervivientes de los pterodáctilos antediluvianos. Estos monstruos obedecían a las varas de dos sacerdotes.

Era el templo Angra-Mayniú (Arimán), señor de las potestades tenebrosas, dios de los turanios.

Apenas llegado Ardjasp con los hombres de su tribu, los soldados condujeron ante el rey a una cautiva. Era una mujer magnífica, casi desnuda. Un jirón de tela cubría apenas su cintura. Los anillos de oro enroscados a sus tobillos indicaban su noble alcurnia. Llevaba los brazos atados a la espalda y gotas de sangre salpicaban su cutis albo. Iba sujeta por el cuello con una cuerda trenzada con crin de caballo, tan negra casi como sus sueltos cabellos, que cubrían su espalda y sus palpitantes senos.

Ardjasp reconoció horrorizado a la mujer de la fuente, a Arduizur. Más ¡Ay!. ¡Cuán distinta aparecía!. Pálida de angustia, no fulguraban ya sus apagados ojos. Bajó la cabeza, con la muerte en el alma.

El rey Zohak dijo

— Esta mujer es la más noble cautiva de los arios rebeldes del monte Albordj. La ofrezco al que de vosotros sepa merecerla. Pero es necesario que antes se consagre al dios Angra-Mayniú, vertiendo sangre suya en el fuego y bebiendo sangre de toro. Exijo luego que me preste juramento en vida y muerte colocando su cabeza bajo mis pies. El que esto haga, que tome por

esclava a Arduizur. Si nadie la quiere, la ofreceremos como pasto a las dos serpientes de Arimán.

Ardjasp vio cómo un largo escalofrío estremecía de pies a cabeza el bello cuerpo de Arduizur.

Un caudillo turanio de tez anaranjada y entrecerrados ojos, se adelantó. Ofreció el sacrificio de sangre ante el fuego y ambas serpientes, y bajó la cabeza hasta colocarla bajo los pies de Zohak. Así cumplió el juramento.

Semejaba la cautiva un águila herida. Cuando el brutal turanio puso la mano sobre la bella Arduizur, dirigió ésta los ojos hacia Urdjasp. Un dardo azul salió de sus pupilas y un grito de su garganta:

— ¡Sálvame!.

Ardjasp se lanzó espada en mano, contra el caudillo, pero los guardianes de la cautiva le detuvieron con intento de atravesarle con sus lanzas, cuando el rey Zohak gritó:

— ¡Deteneos!. ¡No toquéis a este caudillo!.

Y dirigiéndose al joven ario:

— Ardjasp — dijo —, te otorgaré la vida ofreciéndote esa mujer si me prestas juramento y te sometes a nuestro Dios.

Ante tales palabras oprimióse Ardjasp las sienes, inclinó la cabeza y se dirigió hacia los suyos. El turanio retuvo su presa, lanzó otro grito Arduizur, y esta vez Ardjasp se hubiera dejado matar si no le retuvieran sus compañeros oprimiéndole la garganta hasta casi ahogarlo.

Moría la tarde, oscurecióse el sol y Ardjasp no vio más que un río inmenso de sangre roja, la sangre de toda la raza turania que ardía en deseos de verter por la víctima, la divina Arduizur, herida y arrastrada por el lodo. Ardjasp cayó al suelo sin conocimiento.

Cuando el joven jefe recobró los sentidos bajo la tienda donde le transportaron sus compañeros, distinguió a lo lejos a una mujer atada sobre la silla de un caballo. Un caballero montó sobre el bruto, oprimió con sus brazos a la mujer y un séquito de turanios armados de puntiagudas lanzas subidos sobre caballos negros se lanzó en su seguimiento. Y pronto, caballos, grupas, cascos arrojados al viento, desaparecieron tras una nube de polvo con la horda salvaje.

Entonces Ardjasp se acordó de las palabras de Arduizur pronunciadas junto a la fontana luminosa, bajo los pinos odorantes: “Aquel que beba de esta agua será abrasado por una sed inextinguible. Sólo un Dios logrará apagarla”. Sentía sed en la sangre de sus venas, en la médula de sus huesos, sed de venganza y de justicia, sed de luz y verdad, sed de poderío para liberar a

Arduizur y al alma de su raza.

IV
LA VOZ EN LA MONTAÑA

Corría el caballo a todo galope por colinas y llanos, hasta que llegó Ardjasp a los montes de Albordj. Entre abruptas rocas vio de nuevo la senda que conducía al valle de florido césped entre nevadas cimas.

Al aproximarse a las cabañas de madera vio labradores hendiendo el surco con el arado del que tiraban humeantes caballos. Y la tierra removida a lo largo de los surcos humeaba de placer también bajo la reja del arado y las pezuñas de las caballerías.

Sobre un altar de piedra en pleno campo, había un cuchillo y encima de él un manojo de flores en forma de cruz. Su visión serenó el alma de Ardjasp.

Sentado bajo su tienda, halló a Vahumano, el venerable patriarca, administrando justicia a su tribu. Sus ojos semejaban un sol de plata salido de niveos cimales. Su barba, de verdosa blancura, podía compararse a los liqúenes que recubrían los viejos cedros, en los flancos del Albordj.

— ¿Qué quieres de mí? — preguntó el patriarca al extranjero —. Tú estás enterado del rapto de Arduizur por el rey Zohak, Ardjasp.

— He presenciado su suplicio en Baktra, convertida en presa de los turianos. Tienes fama de noble y de sabio. Eres el último descendiente de los sacerdotes del sol. Tú eres sapiente y poderoso por el favor de los altos Dioses. A ti vengo en busca de luz y de verdad para mí; de liberación y de justicia para mi pueblo.

— ¿Posees la paciencia que desafía al tiempo?. ¿Te hallas presto a renunciar a todo en aras de tu obra?. Porque sólo te hallas al comienzo de las pruebas y sufrirás durante toda tu vida.

— Toma mi cuerpo, toma mi alma — dijo Ardjasp — si con ello puedes ofrecerme la lumbre que sacia y la cuchilla que libera. Sí, dispuesto estoy a todo si puedo lograr por medio de esa luz y esa cuchilla salvar a los arios y arrebatar a Arduizur de su verdugo.

— Entonces, puedo ayudarte — dijo Vahumano —. Habita entre nosotros durante un tiempo. Vas a desaparecer a los ojos de los tuyos. Cuando te vean nuevamente serás otro. A partir de este momento tu nombre no será ya Ardjasp, sino Zarathustra que significa Dorada Estrella o Esplendor del Sol. ***(Zarathustra es el nombre zenda del que tomaron los griegos la forma***

posterior de Zoroastro. Los parsis dan al gran profeta ario el nombre de Zerduscht).

Te habrás convertido en apóstol del Ahura-Mazda, aureola del Omnisciente, Viviente Espíritu del Universo.

Así se convirtió Zoroastro en discípulo de Vahumano. ***(Ciertos cabalistas judíos, algunos gnósticos y los rosacruces de la Edad Media, confunden a Vahumano, el iniciador de Zoroastro, con Melquisedec, iniciador de Abraham).***

El patriarca, sacerdote del sol, conservador de una tradición que se remontaba a la Atlántida, comunicó a su discípulo cuanto sabía de la ciencia divina y del presente estado del mundo.

La electa raza de los arios — dijo Vahumano — ha caído bajo el yugo fatal de los turanios, excepto algunas tribus montaraces. Pero éstas lograrán salvar la raza entera. Los turanios adoran a Arimán y viven supeditados a su influjo.

— ¿Quién es, pues, Arimán?.

— Existen innumerables espíritus entre cielo y tierra — contestó el anciano — Infinitas son sus formas, y como el ilimitado cielo, posee el insondable infierno de sus grados. Éste a que te refieres es un poderoso arcángel llamado Adar-Assur ***(Lo hallamos bajo tal denominación en la tradición asiria de Nínive y la caldea de Babilonia)*** o Lucifer que se precipitó en el abismo para abrasar a todas las criaturas con el fuego devorante de su antorcha. Es el más grande sacrificado por el orgullo y el deseo, el que busca a Dios en sí mismo aun en el fondo del precipicio. Caído, conserva todavía el divino recuerdo y algún día hallará nuevamente su corona, su perdida estrella. Lucifer es el arcángel de la luz. Pero Arimán ***(En zenda, Angra-Mayniú. He adoptado en este relato la mayor parte de los nombres de la tradición greco-latina, porque consuenan mejor a nuestro oído y evocan más recuerdos. El concepto de Mefistófeles en el Fausto de Goethe, corresponde exactamente al de Arimán ton la adición del escepticismo y la ironía modernos)*** no es Lucifer, sino su reverso y su sombra, príncipe de las potestades tenebrosas. Frenéticamente adherido a la tierra, niega al cielo y no se dedica más que a la destrucción. Ha profanado, los altares del fuego y suscitado el culto a la serpiente, propagador de la envidia y del odio, de la opresión y del vicio, del furor sanguinario. Reina sobre los turanios, atrayendo su genio maléfico. Es preciso combatirlo y derribarlo para salvar la raza de los puros y de los fuertes.

— Pero, ¿Cómo combatir al Invisible si urde su trama en las tinieblas?.

— Volviéndote de cara al sol que se levanta tras la montaña de Hara-

Berezaiti. Asciende por el bosque de cedros hasta llegar a la gruta del águila, suspendida sobre el abismo. Allí contemplarás todas las mañanas al sol naciente al emerger de los enhiestos picos. Durante el día, ruega al Señor del Sol que se manifieste en ti. En el transcurso de la noche aguárdale y eleva tu alma hacia los astros, como una lira inmensa. Esperarás durante mucho tiempo a Dios, porque Arimán tratará de interponerse en tu sendero. Pero una noche, en la paz de tu alma, surgirá otro sol más brillante aún que el que inflama las cimas del monte Berezaiti: el sol de Ahura-Mazda. Escucharás su voz y él te dictará la ley de los arios.

Cuando hubo llegado la época de su retiro, dijo Zoroastro a su maestro:

— Pero, ¿Dónde hallaré a la cautiva atada en Baktra, arrastrada bajo la tienda del turanio, sangrando bajo su látigo?. ¿Cómo arrancarla de sus garras?. ¿Cómo apartar de mis ojos aquel bello cuerpo atado, salpicado de sangre, que sin cesar grita y me llama?. ¡Ay!, ¿No veré ya nunca a la hija de los arios, la que recoge el agua luminosa bajo los pinos odorantes y cuyos ojos dejaron en mi corazón sus flechas de oro y sus azules dardos?. ¿Cuándo veré otra vez a Arduizur?.

Vahumano permaneció un instante sin decir palabra. Se empañaron sus ojos fijos, embotados como las ramas heladas de los abetos invernales. Una tristeza inmensa parecía pesar sobre el anciano semejante a la que planea sobre las cumbres del Albordj, huido el sol.

Por fin, solemnemente, tendió el brazo derecho murmurando:

— Lo ignoro, hijo mío. Ahura-Mazda te lo dirá... ¡Vé a la montaña!.

El vellón del carnero por abrigo, pasó Zoroastro diez años en el confín del gran bosque de cedros, bajo la gruta, junto al abismo.

Nutríale la leche de los búfalos y el pan que los pastores de Vahumano le llevaban de cuando en cuando. El águila que anidaba entre las rocas, encima de su gruta, anunciaba la aurora con sus chillidos.

Cuando el astro de oro disipaba las nieblas del valle, llegaba con gran rumor de alas al umbral de la caverna como para ver si el solitario dormía. Luego, describía varios círculos sobre el abismo y partía, rauda, hacia el llano.

Pasaron años, según los libros persas, antes de que oyera Zoroastro la voz de Ormuz y contemplara su gloria. Al principio, le acometía Arimán con sus legiones furiosas.

Transcurrían los días tristes y desolados para el discípulo de Vahumano. Terminadas sus meditaciones, los ejercicios espirituales y las plegarias diurnas, pensaba en el destino de los arios opresos y corrompidos por el enemigo. A menudo, veníale también al pensamiento la suerte de Arduizur.

¿Qué sería de la más hermosa ariana en manos del turanio odioso?. ¿Habría anegado su angustia en la corriente de algún río o tolerado su afrentoso destino?. Suicidio o degradación, no cabía otra alternativa. Tan horrible era una como otra. Y Zoroastro vería sin cesar el bello cuerpo sangrante de Arduizur estrujado por las cuerdas. Esta imagen surcaba las meditaciones del profeta incipiente como un relámpago o como una antorcha.

Las noches eran peores que los días. Los sueños nocturnos superaban en horror a los pensamientos de la vigilia. Porque todos los demonios de Arimán, terrores y tentaciones, le asaltaban bajo formas animálicas, terríficas y amenazantes. Un ejército de chacales, murciélagos y serpientes aladas, invadieron la caverna. Sus graznidos, silbidos y susurros le infundían la duda sobre sí mismo, haciéndole temer el resultado de su misión.

Pero durante el día, evocaba Zoroastro los millares y millares de arios nómadas oprimidos por los turanios, en secreta revuelta contra su yugo; los altares profanados, las blasfemias y las invocaciones maléficas; las mujeres raptadas y reducidas a esclavas, como Arduizur.

Y la indignación devolvía los perdidos ímpetus. Antes de apuntar el alba, trepaba a veces a la cima de su montaña cubierta por los cedros y oía el viento gemir entre sus ramas tensas, como arpas elevadas al cielo. Desde su cima contemplaba el abismo, de escarpadas pendientes verdes, las niveas cumbres erizadas de aguzados picos y a lo lejos, bajo una bruma rosada, la llanura del Irán.

Si la tierra, decíase Zoroastro, posee la fuerza para elevar con tal empuje su millar de senos hacia el infinito, ¿Por qué no he de poseer yo el poder de sublevar a mi pueblo con parecido impulso?. Y cuando el esplendor del astro rey doraba la nieve de los cimales, disipando con un solo rayo semejante a hendiente lanza las brumas del abismo, Zoroastro creía en Ormuz. Y rezaba todas las mañanas lo que Vahumano le enseñara: “Levanta, ¡Oh rútilo sol!. ¡Asciende con tus caballos raudos sobre el Hara-Berezaiti, y alumbra al mundo!”.

Pero Ormuz no llegaba. Los sueños nocturnos devenían cada vez más espantosos. Asediábanle los más horribles monstruos, y tras su inquieta oleada, una sombra aparecía vestida con largos cendales negros, velado el rostro con oscuro manto, como su cuerpo. Permanecía inmóvil y parecía contemplar al durmiente. ¿Era la sombra de una mujer?. No podía ser Arduizur. La figura blanca que iba por agua a la fontana azul, no tendría aquel siniestro aspecto. Aparecía y desaparecía, perpetuamente inmóvil, siempre velada, fija la oscura máscara de su rostro sobre Zoroastro.

Durante un mes llegaba todas las noches sobre la agitada ola demoníaca; por fin pareció que se aproximaba y se enardecía. Tras su velo oscuro, centelleaba con fulgores fugitivos un cuerpo nacarado, de fosforescente hermosura. ¿Era una tentadora enviada por Arimán, una de aquellas larvas que inducen a los hombres a lúbricos amores entre las tumbas marmóreas, bajo los cipreses de los cementerios?. No. Revelaba la velada sombra demasiada majestad y pesadumbre.

Una noche, sin embargo, inclinóse sobre ti y al través de su velo negro salió de su boca un aliento cálido que recorrió las venas del vidente como un río de fuego.

Y Zoroastro despertó sudoroso, lleno de angustia, en su lecho de hojarasca, bajo su piel de búfalo. No percibía en la noche más que el aullar del viento en el profundo abismo, al arremolinarse en ráfagas y torbellinos, del viento desesperado que respondía a la voz áspera y salvaje del torrente.

Pero poco a poco, mes tras mes, en sus visitas espaciadas, se aclaraba la sombra femenina. De negra se convirtió en gris, luego devino blanquecina y parecía traer con ella rayos y flores, porque entonces llegaba sola. Había logrado expulsar a los demonios de su rosado nimbo.

Un día se mostró casi transparente en la lumbre de un alba incierta y tendió los brazos hacia Zoroastro como en un gesto de inefable despedida. Y permaneció así mucho tiempo, silenciosa y velada. Luego, cambiando de expresión, señaló el sol naciente. Volvióse después y se diluyó en su fulgor propio, como absorbida y embebida en su radiación.

Despertó Zoroastro y anduvo hasta el extremo de la gruta que bordeaba el abismo. Era pleno día. El sol lucía en lo alto del firmamento. En aquel instante, aun sin distinguir en lo más mínimo las facciones de la Sombra, tuvo el solitario el sentimiento irrecusable de que aquel fantasma era el alma de Arduizur y que no volvería a verla en este mundo.

Permaneció largo tiempo inmóvil. Un dolor agudo le punzaba y un caudal de lágrimas silentes corrió de sus ojos, que el frío cuajaba entre su barba. Después ascendió a la cumbre. El sol de primavera derretía las estalactitas de hielo pendientes de las ramas de los viejos cedros. La nieve cristalizada centelleaba en las cimas de la cordillera del Albordj como si llorara lágrimas de hielo.

Los tres días y las tres noches siguientes representaron para Zoroastro la máxima hondura de su desolación. Vivía la Muerte no suya, sino la de todos los seres. Vivía en Ella y Ella en él. Nada esperaba ya. No invocaba a Ormuz y no hallaba reposo más que en el desgarramiento de todo su ser, caminando

hacia la inconsciencia.

Más he aquí que durante la tercera noche, en lo más profundo de su sueño, oyó una voz inmensa, semejante al retumbar del trueno, que acababa en melodioso murmullo. Luego, se precipitó sobre él un huracán de luz con tal violencia, que creyó desprendida el alma de su envoltura. Sentía que la cósmica potestad que le frecuentaba desde su infancia, que le había como acogido en su valle, para transportarle a la cima, que el Invisible, y el Innominado iban a manifestarse a su inteligencia por medio del lenguaje con que hablan los dioses a los hombres.

El Señor de los espíritus, el rey de reyes, Ormuz, el verbo solar, se le apareció en forma humana. Revestido de hermosura, potente y luminoso, fulguraba sobre su ígneo trono. Un toro y un león alados soportaban por ambos lados el sitial y un águila monstruosa tendía sus alas bajo su base. A su alrededor resplandecían, formando tres semicírculos, siete querubines de alas de oro, siete Elohim de azules alas y siete Arcángeles de alas purpurinas. ***(En el Zend Avesta se llama a los Querubines Ameshas-pendas, a los Elohim Yzeds y a los Arcángeles Feruers).***

De vez en cuando, un relámpago partía de Ormuz, penetrando en sus tres mundos de luz. Entonces los Querubines, los Elohim y los Arcángeles relucían como el mismo Ormuz en su blanca fulguración para tomar pronto de nuevo su color propio. Anegados en la gloria ele Ormuz, manifestaban la unidad de Dios; lucientes como el oro, la púrpura y el azur, devenían su prisma.

Y Zoroastro oyó una voz formidable, aunque melodiosa y vasta como el universo, que decía:

— Soy Ahura-Mazda, el que te ha creado y elegido. Ahora escucha mi voz, ¡Oh Zarathustra! el mejor de los hombres. Te hablaré día y noche y te dictaré la palabra de Vida. ***(Zend Avesta significa, en lengua zenda, "palabra de Vida").***

Entonces tuvo una cegadora fulguración de Ormuz con su trino círculo de Arcángeles, de Elohim y Querubines. El grupo se hizo inmenso llenando toda la amplitud del abismo y ocultando las puntiagudas cimas del Albordj, palideciendo a medida que se alejaba para invadir todo el firmamento. Durante breves instantes, cabrillearon las constelaciones al través de las alas de los Querubines. Luego todo se diluyó en la inmensidad. Pero el eco de la voz de Ahura-Mazda resonaba aún en la montaña como un trueno lejano que al apagarse vibraba como broncíneo escudo. Zoroastro cayó de bruces. Cuando despertó se hallaba de tal manera aniquilado, que se guareció en lo más oscuro

de su gruta.

Entonces el águila que anidaba en su cima salió del abismo donde en vano oteó su presa y se posó confiadamente a breves pasos del solitario, como si el ave real de Ormuz reconociera al fin a su profeta.

Por el dorso del ave goteaba la lluvia. Alisó con su pico las plumas ásperas. Luego, al reaparecer tras una nube el astro del día, tendió a secar sus alas y miró fijamente al sol.

A partir de aquel momento, cada día oyó Zoroastro la palabra de Ormuz.

Hablábale día y noche como una voz interior por medio de imágenes ardientes, expresión de los vivos pensamientos de su Dios. Mostróle Ormuz la creación del mundo y su propio origen, es decir, la manifestación de la viviente palabra en el universo, ***(En la religión de Zoroastro, dice Silvestre de Sacy)*** las jerarquías o potestades cósmicas, la necesaria lucha contra Arimán, enemigo de la obra constructiva, espíritu del mal y de la destrucción, y los medios de combatirlo por medio de la plegaria y del culto del fuego.

Le enseñó a luchar contra los demonios por medio del pensamiento vigilante y contra los impuros (los turanios) por medio de las armas consagradas. Instruyóle en el amor del hombre por la tierra y en el amor de la tierra por el hombre que la cultiva, su contribución en el esplendor de las cosechas, su gozo de ser laborada y sus poderes secretos convertidos en bendiciones para la familia del labrador.

Todo el Zend-Avesta no es más que una larga plática entre Ormuz y Zoroastro: "¿Qué es lo más agradable de la tierra?. Ahura-Mazda responde: Un hombre puro hollándola. Y en segundo lugar, ¿Qué de más bello hay en la tierra?. Un hombre puro construyendo una morada provista de fuego, habitada por mujer e hijos con ganado y rebaños bellos.

Se evidencia que, excepción hecha del tiempo, todo ha sido creado: el tiempo es el creador, porque no tiene límites. Carece de dimensión y de principio; ha sido siempre y eternamente será. A pesar de esas excelentes prerrogativas que posee el tiempo, nadie le había concedido el atributo de creador. ¿Por qué?. Porque nada ha creado. Después generó el fuego y el agua. Cuando los puso en contacto, vino Ormuz a la existencia. Y desde entonces fue el tiempo señor y creador, por la creación que acaba de ejecutar.

Porque existe en tal morada abundancia de rectitud. ***(Tercer "fargard" del Vendidad-Sadé (1-17).***

Y Zoroastro, por la voz de Ormuz, oyó la respuesta que da la tierra al hombre que la respeta y labora: "Hombre, te sostendré siempre y vendré a ti.

Y la tierra se le brinda don sus olores buenos y su vaho benéfico y el brote naciente de trigo verde y la cosecha espléndida.

Al contrario del pesimismo budista y de la doctrina de la no-resistencia, hay en el Zend-Avesta (eco de las íntimas revelaciones de Zoroastro) un optimismo sano y una combatividad enérgica. Ormuz condena la violencia y la injusticia, pero impone el valor como la primordial virtud del hombre.

En el pensamiento de Zoroastro se percibe la continua presencia del mundo invisible, de las jerarquías cósmicas, pero toda la atención se concentra en la actividad, en la conquista de la tierra, en la disciplina del alma y en la energía de la voluntad.

El inspirado profeta del Albordj tenía la costumbre de anotar sus internas revelaciones sobre una piel de cordero, con un estilete de madera templado al fuego, en forma de caracteres sacros que le había enseñado Vahumano.

Más tarde anotaron sus discípulos los ulteriores pensamientos como prolongación de sus dictados, y aquello fue después el Zend-Avesta, escrito en sus comienzos sobre piel de animales como debió escribirse el Koran de los árabes y conservado en una especie de arca santa, de madera de cedro, guardaba la cosmogonía, las oraciones y las leyes con las ceremonias del culto.

V
EL GRAN COMBATE

Cuando, después de diez años de soledad y de meditación, regresó de nuevo Zoroastro a su tribu natal, los suyos apenas le reconocieron.

Una llama bélica brotaba del misterio de sus grandes ojos y una soberana autoridad emanaba de su palabra. Convocó a su tribu y a las vecinas tribus arias para incitarlas a la pelea contra los turanios. Pero simultáneamente les anunció su revelación, el Zend-Avesta, el viviente verbo, la palabra de Ormuz.

Esta palabra convirtióse en el centro animador de su obra. Purificación, trabajo y lucha, tales fueron las tres disciplinas. Purificación del espíritu y del cuerpo por la plegaria y el culto del fuego, a quien llama "hijo de Ormuz", que entraña el primordial aliento de Dios. Trabajo de la tierra con los útiles de labranza y el cultivo de los árboles sagrados, el ciprés, el cedro y el naranjo; trabajo coronado de amor con la esposa, sacerdotisa del hogar. Lucha contra Arimán y los turanios enemigos.

La vida de los arios, bajo la guía de Zoroastro, fue de este modo un interminable velar de armas, un combate incesante ritmado y dulcificado por las tareas campestres y los goces másculos del hogar.

Los himnos a Ormuz embellecían el cotidiano sacrificio del fuego. La primitiva ciudad fundada por Zoroastro convirtióse en floreciente urbe y fortaleza. Sembrábase arco en mano y dardo al cinto. Laborábase el campo de batalla y se cosechaba durante los días de paz.

Se avanzaba lentamente. Sobre cada solar conquistado, mandaba erigir Zoroastro el cerco de empalizada, germen de una ciudad futura, y en el centro, el altar de fuego bajo un pórtico rodeado de cipreses, a menudo cercano a una fuente.

Se instituyeron los mobeds o sacerdotes y los destores, o doctores de la ley. Se prohibió, bajo pena de muerte, dar las hijas por esposas a los turanios y tomar las hijas de ellos por esposas.

Zoroastro dio por símbolo a sus bélicos labradores los animales sagrados, sus compañeros y colaboradores: el perro fiel, el caballo presto, el gallo vigilante. "¿Qué nos dice el canto del gallo?. Levántate, es de día. El que antes madruga, entra en el paraíso".

Como todos los verdaderos iniciados, no ignoraba Zoroastro la ley de la reencarnación, pero jamás hablaba de ella. No pertenecía a su misión revelarla. Esta idea hubiera retrasado a la raza aria en su labor cercana: la conquista del suelo por medio de la agricultura y la cristalización de la familia. Pero enseñaba a sus adeptos el principio del Karma en su forma elemental, es decir, que la vida futura es consecuencia del presente comportamiento. Los impuros van al reino de Arimán. Los puros ascienden por una senda luminosa construida por Ormuz, luciente como un diamante, estrecha como el filo de una espada. Al extremo les aguarda un ángel alado, bello como una virgen quinceañera, que les dice: "Soy tu obra, tu verdadero yo, tu propia alma esculpida por ti mismo". ***(Véase en el Zend-Avesta (traducción de Anquetil-Du-perron. el heroico descubridor de la lengua zenda y la primitiva religión persa) el relato de cierta tentación de Zoroastro por Agra-Mayniú (Arimán), seguido por los medios de combatirlo, valiéndose de plegarias e invocaciones. Acaba el capítulo con una descripción del juicio del alma entrevisto por Zoroastro en una especie de visión. (Vendidad-Sadé - 19? fargard).***

Asaltaba de vez en cuando a Zoroastro una honda tristeza invencible. La terrible melancolía de los profetas, abrumador rescate de sus éxtasis. Su misión era vasta como los horizontes del Irán, donde las montañas galopaban tras las montañas, donde las llanuras ocultábanse tras las llanuras.

Pero cuanto más le atraía Ahura-Mazda, más se alejaba la grandeza del profeta del corazón de los hombres, aun conviviendo y luchando en medio de ellos. A veces, durante atardeceres otoñales, desfilaban ante él las mujeres transportando las cosechas en gavillas. Algunas se arrodillaban y ofrecían sus haces de trigo al profeta sentado sobre una piedra, junto al altar campestre. Tendía el brazo hacia alguna de ellas murmurando algunas frases. Contemplaba sus recias nucas y sus brazos, bronceados por el sol.

Alguna que otra le recordaba a Arduizur, pero ninguna poseía la luciente blancura de la virgen que iba por lumbre a la fontana azul, ninguna la majestad de su porte, ninguna su semblante de hija de rey, ninguna su mirar de águila herida que penetraba como un dardo, ninguna la armonía de su voz que emergía como una onda de cristal. La oía aún cuando clamaba: "¡Sálvame!". ¡Y no había podido salvarla!.

Aquel grito terrible había impulsado al fogoso mancebo, convertido en Zoroastro, hacia el sabio Vahumano. Merced a aquel grito había él sublevado a su tribu y despertado a toda la raza de los arios a su propia conciencia, por medio de una lucha a vida o muerte. De aquel grito de mujer angustiada, había

nacido su obra. Pero Ella... Arduizur, ¿Dónde languidecía, viva o muerta?. Zoroastro, que sabía tantas cosas, lo ignoraba. A pesar de tantas plegarias, Ahura-Mazda no se lo había revelado. Una sombría nube de dolor velaba su secreto.

VI
EL ÁNGEL DE LA VICTORIA

Después de cuarenta años de tumultuosas luchas y de innúmeras peripecias, Zohak, rey de los turanios, que no había cesado de hostigar a los vencedores, apareció muerto en su fortaleza, asaltada por los arios.

Zoroastro proclamó rey a Lorasp e instauró el culto de Ormuz en Baktra, luego de haber mandado descuartizar a las dos serpientes y cubrir de bloques y de arena la caverna donde se celebraba el infame culto de Arimán.

Cumplida así su obra fuese de nuevo a su retiro para que Ormuz le comunicara el porvenir de su raza y transmitir luego la revelación a los suyos. Y ordenó a tres de sus mejores discípulos que, transcurrido un mes, reuniéranse en el monte Albordj para recibir sus últimas instrucciones.

Quería Zoroastro acabar sus días en la montaña donde oyera por vez primera la voz de Ormuz, porque sabía que allí le comunicaría su Dios su postrer mensaje. Pero antes de abandonar este mundo, recomendó a sus fieles, como conclusión y resumen del Zend-Avesta:

"Vosotros que me escucháis, no prestéis nunca atención a Arimán, la apariencia de las cosas y de las tinieblas, sino atended al fuego original, la Palabra, Ahura-Mazda y vivid en él. Los que me oigan no se arrepentirán en el fin de los tiempos". ***(Ahura-Mazda, halo solar, representa aquí la corona de divinos espíritus, creadores del sol y que forman su aura, vivificada por Ormuz. Esta aureola espiritual es, en cierto modo, la viviente alma del astro rey en el pensamiento mazdeísta).***

Cuando llegó Zoroastro a su caverna, en los primeros días de primavera, caía aún la nieve sobre el Albordj y el viento rudo azotaba las cimas blancas y los cedros silvestres. Los pastores que le condujeron, encendieron fuego y se fueron.

Y el profeta, fatigado y decaído por tantas jornadas, soñó, contemplando el danzar de las llamas transparentes y rojas sobre la tea resinosa.

Evocó todos los acontecimientos de su vida como en un cuadro único. Revivióla como abundoso manantial, desde su origen a su desembocadura. El claro riachuelo montesino se había convertido en amplio cauce y éste en impetuoso río deslizándose sobre la arena, espumeando al chocar contra las

rocas.

Junto a su caudal emergieron urbes, y navios surcaron sus aguas. ¡Y he aquí que su majestuosa corriente sumergíase en la inmensidad del Océano!... Había cumplido su tarea. Los arios ya eran libres.

Pero no obstante, ¿Qué porvenir aguardaba a su raza?.

Se iniciaba la noche y hacía frío. El anciano profeta tiritaba junto al hogar. Entonces exclamó: "¡Oh divino Señor Ormuz, heme aquí próximo al fin!. Nada me queda. Todo lo he sacrificado a mi pueblo. He obedecido a tu voz. Para convertirse en Zoroastro, Ardjasp renunció a la divina Arduizur... ¡y Zoroastro no ha vuelto a verla!. Se ha desvanecido en el ilimitado espacio y el Señor Ormuz no la ha devuelto a su profeta. Todo lo he sacrificado a mi raza para que posea hombres libres y esposas nobles. Pero ninguna de ellas tiene el esplendor de Arduizur, la áurea llama que emanaba de sus ojos... ¡Hazme conocer, al menos, el porvenir que aguarda a los míos!...".

Y murmurando estas palabras, percibió Zoroastro el retumbo de un trueno lejano junto con la vibración de mil broncíneos escudos. Aumentó el fragor a medida que se aproximaba y fue al fin terrible. Temblaban todas las montañas y la voz del Dios airado parecía querer descuajar la cordillera del Albordj.

Zoroastro no pudo menos de gritar: "¡Ahura-Mazda, Ahura-Mazda!". Y el profeta, lleno de terror, cayó desvanecido contra el suelo, bajo el influjo de la retumbante voz de la altura.

Y pronto contempló Zoroastro el máximo esplendor de Ormuz, como lo viera en los primeros días de su revelación, aunque sin su corona de ferueres y de ameshaspentlas. Solamente los tres animales sagrados, el toro, el león y el águila, sostenían su ígneo trono, fulgurando a los pies de Ormuz. Y Zoroastro oyó la voz de su Dios recorrer los espacios, repercutiendo en su corazón:

— ¿Por qué — decía — ansias haber lo que sólo pertenece a tu Dios?. Ningún profeta conoce por entero los pensamientos del Verbo. No dudes jamás de Ahura-Mazda, ¡Oh Zoroastro!, el mejor de los hombres. Porque en mi balanza está el destino de todos los seres y aun el tuyo. ¿Quieres conocer el porvenir de tu raza?. Observa, pues, lo que harán los pueblos de Asia de los tres animales que sostienen mi trono.

La fulgurante visión de Ormuz desapareció y Zoroastro se sintió transportado en espíritu hacia futuras edades. Volando a través del espacio, vio a sus pies el desfilar tumultuoso de las montañas y la fuga procelosa de los llanos, como el descorrer de un gran libro enrollado.

Distinguió al Irán hasta el Mar Caspio, Persia junto al Tauro y el

Cáucaso; Mesopotamia cerca del Golfo Pérsico. Vio primero una flota de turanios arrebatar de nuevo la fortaleza de Baktra y profanar el templo de Ormuz. Luego, junto a las orillas del Tigris, vio levantarse la orgullosa Nínive, con multitud de torres, templos y palacios. Un gigantesco toro alado con cabeza humana, símbolo de su poderío, posábase sobre el arco de la ciudad. Y Zoroastro observó que el toro se transformaba en búfalo salvaje y asolaba las llanuras, pisoteaba los pueblos cercanos, de los cuales los puros arios huían en masa en dirección al Norte.

Vio después, ciudad más vasta todavía, cercana al Eufrates, elevarse con su doble muralla y sus pirámides, la inmensa Babilonia. En el interior de uno de sus templos, dormía, enroscada, una colosal serpiente. El águila de Ormuz hendiendo los aires intentó atacarla. Pero la serpiente, erguida, rechazóla con su soplo de fuego y se fue vertiendo su veneno sobre los pueblos circundantes. Por fin vio Zoroastro al león alado avanzar victorioso a la cabeza de un ejército de persas y medos. Pero súbitamente el rey del desierto transmutóse en tigre feroz que devoraba a los pueblos, destrozando a los sacerdotes en lo profundo de los santuarios consagrados al sol, a orillas del Nilo.

Despertó Zoroastro de su sueño, lanzando un grito de horror: “Si tal es el porvenir que amenaza a los arios, la raza de los puros y de los fuertes — clamó el profeta —, he combatido en vano. Si así se cumple, desenvainaré mi espada que hasta el presente ha permanecido limpia de sangre enemiga, para templarla en sangre turania. Aunque viejo, avanzaré solo hacia el Irán para exterminar hasta el último de los hijos de Zohak. Para evitar la destrucción de mi pueblo me convertiré en la presa de Arimán... como la noble Arduizur.

Entonces la voz de Ormuz se elevó como un leve murmullo, como el soplo de la brisa entre las ramas de los altos cedros, y dijo: “¡Detente, hijo mío!. ¡Depón tus ímpetus, gran Zoroastro!. No debe tu mano empuñar jamás la espada. Tu misión está cumplida. Asciende a la cumbre de la montaña desde donde se ve asomar al sol tras las crestas del monte Berezaiti. Has visto el porvenir con mirada de hombre; ahora lo contemplarás con los ojos de los Dioses... Allí brilla la justicia de Ormuz y te aguarda el Ángel de la Victoria”.

— ¡Es la muerte! — murmuró la voz de Arimán desde el abismo tenebroso.

— ¡Es la resurrección!. — clamó la voz de Ormuz desde el cielo.

Y pronto percibió Zoroastro una especie de luminosa arcada que, partiendo de sus pies, se elevaba hacia el firmamento, aguda como el filo de una espada, luciente como diamante...

Arrebatada de su cuerpo, como si fuera conducida por un águila, ascendió su alma...

En lo más alto una mujer soberbia, revestida de luz, permanecía de pie sobre el puente Tinegad, reluciente de majestad y de sobrehumana dicha. Como dos astros albos le brotaron las alas. Y tendió al profeta una copa de oro de la que desbordaba espumeante brebaje. Parecióle a Zoroastro que la había conocido eternamente y por ello no pudo nombrarla. Tan refulgente era el esclate de su maravillosa sonrisa.

— ¿Quién eres, Oh prodigio?.

— ¡Oh Maestro!. ¿No me conoces?. Soy Arduizur...

Tu creación. Soy más que tú mismo. Soy tu alma divina... Porque tú me has salvado, ¡tú me has llamado a la vida! Cuando, ciega de horror y de cólera, asesiné a mi raptor, el caudillo turanio, cuando fui despues apuñalada por sus hermanos, erró mi alma mucho tiempo entre tinieblas. Fui la sombra que te visitaba. Te perseguía en medio de mi desconsuelo, de mis remordimientos, de mis deseos... Pero tus plegarias, tus súplicas y tus lágrimas, me elevaron poco a poco del reino de Arimán. Sobre el incienso de tu amor, sobre el relampaguear de tus pensamientos, he ascendido y me he aproximado al esplendor de Ormuz. ¡Vamos por fin a beber en la copa de la vida inmortal, en la fuente de la luz!...

Y la bella Arduizur, transfigurada en el Ángel de la Victoria, se lanzó en brazos de Zoroastro, como la esposa en brazos del esposo, mientras aproximaba a sus labios la espumeante copa de la eterna juventud.

Entonces le pareció al profeta que una radiosa oleada de fuego le sumergía por entero. Y en el mismo instante, fundióse Arduizur para compenetrarse con su salvador.

Ahora Arduizur late en el corazón de Zoroastro. Mira al través de los ojos de él y él en los suyos. Y ambos contemplan la gloria de Ormuz. En lo futuro, no serán más que uno. Zoroastro sabe que Arduizur puede alejarse sin separarse de él o diluirse en su esencia sin dejar de ser ella.

De súbito, dirigiendo su mirada a la tierra, vio el profeta a los arios avanzando en luengas caravanas, en tribus o grupos. Arduizur, al frente, los guiaba hacia Occidente... ¡Arduizur, convertida en el Alma de la raza blanca!.

Cuando los tres discípulos fueron al encuentro de su Maestro, no lo hallaron. En la gruta, no quedaba más que su silvestre báculo y el cubilete de oro con el que vertía al fuego el licor fermentado.

En vano buscaron doquiera. En la cumbre no había tampoco huella alguna del profeta.

Su águila compañera planeaba solitaria sobre el abismo. Cuando rozaba con fuerte batir de alas el umbral de la caverna, parecía buscar todavía al hermano de sus soledades, el único hombre que osara, como ella, contemplar de frente al sol.

BUDA

LA INDIA

I
LA INDIA

La India es, por excelencia, el país de los misterios y de las ocultas tradiciones por ser el más antiguo y el de más densa historia del mundo. En ninguna parte la humanidad ha vivido tanto en plena naturaleza. Allí, montañas enormes han surgido tras las montañas; especies se han revuelto sobre especies y hazas humanas se han deslizado unas sobre otras como el limo de los ríos.

El ***Djampudvipa,*** la tierra erizada de montañas (así llama a su patria Valmiki, el Hornero indo), ha visto evolucionar seres vivientes, desde los saurios y las monstruosas serpientes de la Lemuria, hasta los más bellos ejemplares de la raza aria, los héroes del ***Ramayana,*** de tez clara y ojos de loto.

La India ha visto toda la escala de los tipos humanos, desde los descendientes de las primitivas razas, de condición casi semianimálica, hasta los sabios solitarios de los Himalayas y el perfecto Buda, Sakia-Muni.

Y de todo cuanto ha pululado durante edades innumerables bajo el sol de los trópicos sobre su suelo fecundo, la India ha conservado algo. Monumentos grandiosos, animales raros, tipos de humanidades desaparecidas, recuerdos de épocas inmemoriales que flotan aún en el aire embalsamado y en las antiguas plegarias.

De los tiempos antediluvianos guarda ella al elefante, majestuoso y sabio, la boa voraz y los ejércitos de monos retozones. Del período védico subsiste el culto de los elementos y de los antepasados.

A pesar de la invasión musulmana y de la conquista inglesa, la civilización brahmánica reina como perpetua señora con sus millones de divinidades, sus vacas sagradas y sus faquires, sus templos ahondados en el corazón de los montes y sus pagodas monstruosas, pirámides de dioses superpuestos, erguidas en los bosques y en los llanos. Allí nadie se asombra de hallar los más violentos contrastes. El más grosero fetichismo vive en paz con la más refinada filosofía. Al lado del misticismo y del pesimismo trascendente, las religiones primitivas celebran todavía sus agitados ritos.

Los viajeros que han asistido a la fiesta primaveral de Siva, en Benarés, lo han experimentado. No sin asombro han visto todo un pueblo compuesto de

brahmanes y maharajás, príncipes y mendicantes, sabios y faquires, mancebos semidesnudos y mujeres de maravillosa hermosura, niños de porte grave y ancianos tambaleantes, salir como una marea humana de los palacios y de los templos que bordean la orilla izquierda del Ganges sobre un sendero de dos leguas. Han contemplado esta multitud, ostentando sedas suntuosas y sórdidos harapos, descender las gradas gigantescas, para lavar sus pecados en las aguas pútridas del sacro río y saludar con exclamaciones entusiastas, acompañadas de una lluvia de flores, a la Aurora índica, la Aurora de frente de rosa y corazón de ámbar que precede al fulgurante sol. Y han percibido la honda sensación del culto védico, todavía viviente en el corazón de la India y la grande emoción religiosa de los primeros días de la humanidad aria.

Otros viajeros, impelidos por una especie de piedad ancestral y por la sed de los orígenes, penetraron hasta el manantial del Ganges. Y ésos gustaron una sensación todavía más intensa y más rara, ya que oyeron los himnos sacros de los peregrinos al apuntalar el alba, el rumor de las aguas fluidas, de las nieves eternas y las primeras lumbres matinales en el éter puro de las cimas himaláyicas.

¿De dónde provienen, pues, a este pueblo y esta tierra, su carácter maravilloso y único?. ¿A qué se debe que aquí el pasado venerable y lejano domina aún el presente mientras que en nuestras urbes de Occidente la actualidad absorbe lo pasado en su fiebre de renovación, pareciendo como si quisiera pulverizarlo bajo la rabia ciega de sus máquinas?.

La respuesta se halla en la misión providencial de la India. Esta misión consiste en perpetuar al través de los años y divulgar entre otras naciones las más antiguas tradiciones humanas y la ciencia divina subyacente en el alma. Todo contribuye a ello, la configuración geológica, las virtudes que irradian de la raza iniciadora, la elevación y la amplitud de su inspiración primera y también la diversidad de las razas que han hecho de este suelo un turbador y prodigioso hormiguero humano.

El mar y la montaña, que moldean la faz del planeta, se han conjurado para hacer de la India el país de la contemplación y del ensueño, rodeándolo de sus masas líquidas y rocosas.

Al Sur, el Océano Indico envuelve sus costas casi doquiera inabordables. Al Norte se iza la barrera infranqueable, la más alta cordillera del globo, “el Himayat, dosel del mundo y trono de los dioses”, que la separa del resto del Asia y que parece querer juntarla con el cielo.

También los Himalayas prestan a la India su carácter único entre los países tropicales. Todas las estaciones, la flora y la fauna toda, se escalonan en

sus flancos, desde la palmera gigante al abeto alpino, desde el rayado tigre de Bengala a la lanuda cabra de Cachemira. De sus domos de hielo viérteme, hacia las planicies tostadas, tres grandes ríos: el Indo, el Ganges y el Bramaputra. En fin, por las brechas de Pamir ha descendido la raza electa de los conquistadores guiada por sus dioses. Vertiente humana, no menos fecunda que, mezclándose con las razas indígenas, debía crear la civilización índica.

Parece que el poeta Valmiki haya resumido el milagro ario al comienzo de su ***Ramayana*** cuando describe el Ganges lanzándose desde el alto cielo sobre los Himalayas, a la invocación de los más poderosos ascetas. Al principio los Inmortales se mostraron en todo su esplendor, y a su venida, el cielo se iluminó con claridad deslumbradora. Luego el río descendió y la atmósfera se llenó de espuma como lago argentado por multitud de cisnes. Después de saltar de cascada en cascada, de valle en valle, ganó el Ganges la llanura. Los dioses le precedían sobre sus carros centelleantes; los delfines y las ninfas celestes, las Apsaras, danzaron sobre sus ondas. Hombres y bestias siguieron su curso majestuoso. Ganó por fin el mar, pero ni el mismo Océano pudo detenerlo. El río santo se sumergió hasta el fondo de los infiernos y las almas se purificaron en sus ondas para remontar hacia los Inmortales.

Soberbia imagen de la sabiduría primordial que, descendiendo de las alturas celestes, se hunde hasta las entrañas de la tierra para arrebatarles su secreto.

II
LA INDIA, AL APARECER EL BUDA

Durante muchos millares de años, desplegó su esplendor la civilización brahmánica, manteniendo su equilibrio a través de guerras intestinas, de rivalidades dinásticas y de las innovaciones de los cultos populares. Proveníale este equilibrio de la sabiduría védica, cuyo poderío perdura todavía.

Sin embargo, seis o siete siglos antes de nuestra era, se inició el declive. A pesar de la sólida unidad religiosa que dominaba la diversidad de sus sectas, la India, dividida en multitud de reinos, predispuesta para las invasiones extranjeras de las que Alejandro Magno daría, tres siglos más tarde, la señal definitiva, se anemiaba y decaía. Entregada a sus luchas intestinas y a las intrigas de harén, afeminados por la poligamia sus reyes, deslizábase su vida entre el lujo y la pereza, mientras el pueblo se bastardeaba por el desbordamiento de las razas inferiores. Ante los templos de Siva, los faquires fanáticos, caricaturas de los verdaderos ascetas, se entregaban a odiosas mortificaciones bajo pretexto de alcanzar la santidad. A las sacras vírgenes, las devasis, que figuraron siempre en los templos de Brahmá y de Vishnú, se oponían ahora las sacerdotisas de Kali. Con sus miradas más llameantes que sus antorchas encendidas, con sus ojos en los que brillaba la sed inextinguible de voluptuosidad y de muerte, atraían a los fieles fascinados a sus templos tenebrosos. Los parias se entregaban todavía a placeres más viles para olvidar sus dolores y el yugo de la esclavitud. De los bajos fondos de esta sociedad subían lamentos mezclados a los gritos de alegría salvaje con los miasmas del vicio y el aliento de pasiones disolventes, amenazando sus virtudes seculares y sus conquistas del espíritu.

Éstas permanecían todavía guardadas por los brahmanes. Ya que, en la cima de este mundo, velaba aún con ellos la tradición, la inmemorial sabiduría, que se reducía cada vez más. Había perdido su espontaneidad primitiva, su amplia visión abierta sobre el Cosmos como sobre el mundo interior. Limitada a fórmulas abstractas, se osificaba en el ritualismo y en la pedantería escolástica, no restándole de su pasado más que la prodigiosa ciencia. Y aun ésta comenzaba a declinar.

¡Dichosos los pueblos que, en la embriaguez de la acción, beben la onda

del Leteo y olvidan su odisea al través del mundo!. Créense nacidos de ayer, puesto que renacen en un día, de un sorbo de vida y de esperanza.

Los brahmanes doblegábanse bajo el yugo del pasado humano. Siglos, milenios, ***kalpas*** o períodos del mundo pesaban sobre sus espaldas como las masas gigantescas del Gaorisankar y cedían de laxitud sus brazos como ramas de viejos cedros inclinados bajo el peso de las nieves.

Como perdieron los arios de la India poco a poco el espíritu de conquista y de aventura, perdían los brahmanes la te en el futuro humano. Encerrados en el círculo himaláyico, separados de los demás pueblos, dejaron pulular bajo ellos las masas corrompidas y se sumergieron en sus especulaciones.

En los Upanishads hay elevados pensamientos, visiones de asombrosa hondura, mas se percibe en ellos el descorazonamiento, el desdén y la indiferencia. A fuerza de buscar la unión con Atma, el Espíritu puro, los brahmanes olvidaron, en su egoísta contemplación, el mundo y los hombres.

En aquel momento surgió entre los brahmanes el primer hombre que osó combatirlos a ultranza. Más, circunstancia curiosa, combatiéndolos, él debía, al fin, impulsar su secreto pensamiento y fijar su ideal ético en la forma inolvidable de la renunciación perfecta. Su doctrina se nos aparece como la exacerbación y el negativo reverso del brahmanismo. Es el postrer chispazo del genio indo en el océano del infinito, chispazo de valentía y de una temeridad loca que finaliza desplomándose. Pero de este desplome veremos resurgir dos grandes ideas, como aves migradoras escapadas de un naufragio. Ideas fecundas, ideas-madres que llevarán la quintaesencia de la antigua sabiduría a Occidente, que la transformará según su misión y su genio.

III
JUVENTUD DE BUDA

Entre las estribaciones nepalesas de los Himalayas y el río Rohini, prosperaba antaño la raza de los Sakias. Esta palabra significa los Poderosos.

De vastas llanuras pantanosas empapadas por los torrentes de la montaña, el trabajo del hombre había hecho una comarca floreciente y rica, salpicada de tupidos bosques, de claros arrozales, de praderas llenas de abundoso pasto nutridor de espléndidos caballos y opulento ganado.

Allí nació, en el siglo VI antes de nuestra era, un niño al que dieron por nombre Sidarta. Su padre, Sudodana, era uno de los muchos reyes del país, soberanos en su dominio como lo son aún oficialmente los rajas de hoy día. El nombre de Gautama, que la tradición otorga al fundador del budismo, parece indicar una familia de cantores védicos de este nombre, sus ascendientes paternos.

Ante el altar doméstico donde ardía el fuego de Agni, el niño fue consagrado a Brahmá. Él debía ser también cantor y encantador de almas, pero cantor de un género único. No celebraría la Aurora de rosados senos y de brillante diadema ni el Dios solar de arco centelleante, ni el Amor que tiene por flechas flores y cuyo aliento aturde como violento perfume. Él entonaría una melodía fúnebre, grandiosa y extraña, intentando envolver a los dioses y a los hombres en el estrellado sudario de su Nirvana.

Los grandes ojos fijos de este niño, lucientes bajo una frente extraordinariamente comba (así la tradición ha figurado siempre a Buda), contemplaban al mundo con asombro. Había en ellos abismos de tristeza y de evocación.

Gautama pasó su infancia en el lujo y la ociosidad. Todo le sonreía en el suntuoso jardín de su padre; los bosquecillos de rosales, los estanques esmaltados de lotos, las gacelas familiares, los antílopes domesticados y las aves de múltiple plumaje sacudiéndose a la sombra de los ramajes de los asokas y de los mangos. Más nada podía ahuyentar la sombra precoz que velaba su semblante, nada podía calmar la inquietud de su corazón. Era de aquellos que apenas hablan porque piensan mucho.

Dos cosas lo diferenciaban del resto de los hombres, alejándolo de sus semejantes como un abismo sin fondo: por un lado, la piedad sin límites por el

dolor de todos los seres; y por otro, la ansiosa búsqueda del porqué de los hechos. Una paloma desgarrada por el gavilán, un perro expirando bajo la mordedura de una serpiente, le llenaban de horror. Los rugidos de las fieras aprisionadas en la jaula de los exhibidores, le parecían más dolorosos, más espantables aún que los estertores de sus víctimas y le producían estremecimientos no de temor, sino de compasión.

¿Cómo, después de tales emociones, podía holgarse en los festejos reales, en las danzas gozosas, en los combates de elefantes, en las cabalgatas de hombres y mujeres que pasaban ante sus ojos a los sones de tambores y címbalos?.

¿Por qué Brahmá creó este mundo lleno de espantosos dolores y de insensatos goces?. ¿Qué aspiraban, dónde iban todos aquellos seres?. ¿Qué buscaban esas bandadas de cisnes viajeros que volaban en primavera más altos que las nubes en busca de las montañas, tornando en la estación de las lluvias al Yamuna y al Ganges?. ¿Qué habría tras las oscuras moles del Nepal y los enormes domos nevados de los Himalayas, hincados en el cielo?.

Ya que, en las noches sofocantes del estío el lánguido cantar de una mujer salía de las cimbradas galerías del palacio, ¿Por qué la solitaria estrella la alumbraba, rútila, sobre el rojo horizonte de la llanura tórrida, ardiente de fiebre y entorpecida de oscuridad?. ¿Era para decirle que también ella palpitaba de un amor inasequible?. ¿No se desgranaría quizá, en aquel mundo lejano, la misma melodía en el silencio del espacio?. ¿No reinaría allí también la misma languidez, idéntico deseo de infinito?.

Alguna que otra vez, y como hablando consigo mismo, el joven Gautama había dirigido tales preguntas a sus amigos, a sus preceptores y a sus padres. Sus amigos le respondían riendo: “¡Qué nos importa a nosotros!”. El brahmán preceptor le había dicho: “Los sabios ascetas tal vez lo sepan”. Sus padres susurraban: “Brahmá quiere que se ignore”.

Sujeto a la costumbre, Gautama se unió en matrimonio y hubo de su esposa un hijo llamado Raúla. Este acontecimiento no pudo disipar sus dudas ni variar el curso de sus pensamientos.

Debían conmover al joven príncipe los tiernos lazos con que la dulce esposa y el inocente niño enlazaban su corazón. Más, ¿Qué representaban las caricias de una mujer y la sonrisa de un niño sobre esa alma torturada por el dolor del mundo?. No hacían más que intensificar la fatalidad que lo sujetaba al dolor universal y su deseo de liberación devino más agudo.

La leyenda ha juntado en un solo episodio las impresiones que condujeron a Gautama a su paso decisivo. Cuenta que, durante un paseo,

encontró un anciano, un enfermo y un muerto. El aspecto de aquel cuerpo tambaleante y decrépito, de aquel apestado cuerpo cubierto de úlceras y de aquel cadáver en descomposición, debieron obrar sobre él con el poder del rayo, revelándole el fin inevitable de toda vida y la más negra hondura de la miseria humana.

Y entonces resolvió renunciar a la corona y abandonar para siempre su palacio, su familia y su hijo, para consagrarse a la vida ascética.

Esta tradición condensa en una escena dramática y en tres ejemplos las experiencias y reflexiones de largos años. Más esos ejemplos conmueven al descubrir los móviles de toda existencia, revelando un carácter.

Un documento pali que se remonta a un siglo después de muerto Buda y donde palpita todavía la tradición viviente, pone en boca de Gautama, dirigiéndose a sus discípulos: "Al hombre, en todo tiempo le ataja el disgusto y el horror ante la vejez". Sabe que la vejez le acecha. Más agrega: "No me alcanzará. Pensándolo, siento que me inunda todo el ardor de la juventud". De hecho, en todas las predicaciones de Buda y en toda la literatura budista, la vejez, la enfermedad y la muerte acuden sin cesar, como los inevitables males de la humanidad.

Contaba Gautama veintinueve años cuando decidió abandonar definitivamente el palacio de su padre, rompiendo todo lazo con su vida pasada para buscar la liberación en la soledad y la verdad en la meditación. En frases simples y conmovedoras, la tradición relata su muda despedida a la esposa y al hijo: "Antes de marchar, piensa en su hijo recién nacido: «Quiero ver a mi niño». Se encamina al departamento de su esposa y la encuentra dormida sobre su lecho sembrado de flores, la mano sobre la cabecita del infante. Gautama piensa: «Si aparto la mano de mi esposa para abrazar a mi hijo la despertaré. Cuando sea Buda volvere a ver a mi hijo». Fuera le esperaba su caballo Kantaka y el hijo del rey huyó sin que nadie le viera. Huyó lejos de su mujer y de su hijo, para hallar la paz del alma y brindarla al mundo y a los dioses. Tras de sí avanzaba, como una sombra, Mara, el tentador, acechando el momento en que un pensamiento de injusticia o de deseo brotara de aquella alma que luchaba por la salvación, un pensamiento que le diera fuerza sobre el odiado enemigo". ***(Resumen de la leyenda por Oldenberg).***

IV
SOLEDAD E ILUMINACIÓN

Hallamos a Gautama, el regio descendiente de los Sakias, convertido en monje (Sakia-Muni) errando por las sendas, la cabeza rasurada, envuelto en amarillo sayal, con la escudilla en la mano, pidiendo limosna por los caseríos.

Dirigióse primero a los encumbrados brahmanes para que le indicaran el camino de la verdad. Pero sus respuestas complicadas y abstractas sobre el origen del mundo y la doctrina de la identidad con Dios, no le satisfacían. Sus maestros, detentores de la antigua tradición de los rishis, le indicaron, sin embargo, ciertas prácticas respiratorias y procedimientos de meditación, necesarios para alcanzar la perfecta concentración interior. Más tarde se sirvió de ellos en su gimnasia espiritual.

Pasó luego varios años rodeado de cinco ascetas jainos, ***(Jainos, nombre que significa vencedores, era una secta de fanáticos ascetas, existente en el sur de la India mucho antes de la fundación del budismo, con el que tiene grande analogía),*** que le llevaron a su escuela de Uruvala, en Magada, a orillas de un río de remansos bellos. Después de sujetarse mucho tiempo a su disciplina implacable, pudo convencerse de que a ningún anhelado fin le conducía.

Un día les declaró su renuncia a tales mortificaciones inútiles y su resolución de buscar la verdad por sí mismo, valiéndose solamente de la meditación. A tales palabras, airados los ascetas fanáticos, con sus cuerpos esqueléticos y sus rostros escuálidos, se alzaron con desprecio y dejaron solo a su compañero junto al río.

Y gozó entonces sin duda la embriaguez de la soledad en medio de la naturaleza virgen, este refrigerante manantial descrito en la literatura budista: “Cuando a nadie distinguió ante mí y detrás de mí, gozo en la permanencia de mi soledad entre los bosques. Para el monje solitario anheloso de perfección es allí gozosa la vida. Solo, sin compañeros, en la selva amable, ¿Cuándo alcanzaré el fin?. ¿Cuándo estaré libre de pecado?”.

Y la noche le sorprendió en idéntica postura, sentado, las piernas cruzadas bajo el árbol de sus meditaciones, de cien mil hojas murmurantes. A la orilla del río, ornada de flores, por guirnalda la abigarrada corona de los bosques, el monje permanecía sentado gozosamente, entregado a su

meditación. No había mayor felicidad para él.

Un pastor, enamorado del aspecto ingenuo y grave del asceta de aura benéfica, le llevaba todos los días leche y bananas. Una gacela, atraída por su dulzura, se le acercaba hasta comer en su mano los granos de arroz. Y casi se sentía feliz.

Más sus pensamientos sumergíanse ansiosamente en la espiral infinita del mundo interior. Durante el día meditaba esforzadamente, intensamente, sobre sí mismo y sobre los demás, sobre el origen del mal y sobre el supremo fin de la vida. Trataba de explicarse el fatal encadenamiento de los destinos humanos por medio de razonamientos cerrados, agudos, despiadados. Más ¡Cuántas dudas, cuántas lagunas, cuántos abismos insondables!.

Durante la noche se abandonaba sobre el océano del sueño, a la deriva, para reemprender al día siguiente el curso de sus pensamientos. Y así su sueño devenía cada vez más transparente. Era como una serie de velos superpuestos, de gasas fluidas que, al descorrerse, descubrían mundo tras mundo.

Al comienzo veía proyectarse su propia vida pasada, inversamente, en imágenes sucesivas. Después reconocióse a sí mismo bajo distinta figura, con otras pasiones como en una pasada existencia. Y tras de este velo tenue, aparecieron otros semblantes desconocidos, extraños, enigmáticos que parecían llamarle...

¡Oh ilimitado reino de la ilusión y del sueño!, pensaba Gautama, ¿Eres tú la cima del mundo que contiene las fuentes secretas?. ¿Eres tú el reverso de la urdimbre en la cual poderes ignotos entremezclan los hilos que tejen todas las cosas y todos los seres, que forman el vívido cuadro de este vasto universo?. Y reemprendía de nuevo sus meditaciones sin lograr unir entre sí las corrientes de aquel caos uniforme.

Relata la tradición que Sakia-Muni practicó durante siete años ejercicios de concentración interior antes de alcanzar la iluminación. Logróla, por fin, bajo la forma de una serie de éxtasis durante el sueño. Es preciso seguir de cerca los fenómenos psíquicos amasados por la leyenda durante estas cuatro noches extáticas. Ya que de su peculiar carácter y de su interpretación, ha surgido la doctrina del Buda y todo el budismo.

Durante la primera noche penetró Sakia-Muni en lo que la India llama Kama Loka (mansión de deseos). Es el Amenti egipcio, el Hades griego, el Purgatorio cristiano. Es la esfera llamada mundo astral por el ocultismo de Occidente o estado psíquico definido con esta palabra: esfera de la permeabilidad, caos sombrío y nebuloso. Al principio le asaltaban toda clase de animales, serpientes y bestias feroces. Su alma lúcida comprendió que

aquello eran sus propias pasiones de vidas precedentes, exteriorizadas y vitalizadas todavía en el fondo de su alma. Bajo el escudo de la voluntad, se iban disipando a medida que avanzaba sobre ellas. Entonces se le apareció su propia esposa a quien había amado y abandonado. La vio, desnudos los senos, llenos los ojos de lágrimas, de desesperación y de deseo, tender el hijo hacia él. ¿Era el alma de su esposa, todavía viviente, que así le llamaba durante el sueño?. Lleno de piedad, palpitante de amor, lanzóse hacia ella. Pero en aquel momento, desvanecióse la figura prorrumpiendo en un desgarrador lamento al que respondió el grito sordo de su propia alma. Entonces le envolvieron en ráfagas infinitas, en bandas desgarradas por el viento, las almas de los muertos sumergidos todavía en las pasiones de la tierra. Estas sombras perseguían sus presas, se arrojaban unas sobre otras sin lograr enlazarse, rodando anhelantes en un abismo sin fondo. Vio a los criminales torturados por el suplicio que les habían infligido, sufrirlo de nuevo indefinidamente, hasta que el horror del hecho mata la voluntad culpable, hasta que las lágrimas del asesino lavan la sangre de la víctima. Esta lúgubre región era verdaderamente un infierno agitándose en la hoguera de un deseo imposible de sofocar en las tinieblas angustiosas del vacío helado.

Sakia-Muni creyó percibir al príncipe de aquel reino. Era el que los poetas describen bajo la figura de Kama, dios del Deseo. Solamente que, en lugar de llevar traje de púrpura, coronado de flores y tener la mirada gozosa tras el arco tenso, lo envolvía un sudario, iba cubierto de ceniza y blandía un cráneo vacío. Kama se convirtió en Mara, el dios de la Muerte.

Cuando despertó Sakia-Muni después de la primera noche de su iniciación, un sudor helado salpicaba todo su cuerpo. La mansa gacela, su querida compañera, había huido. ¿Temía acaso a las sombras con que se rozara su dueño?. ¿Había olfateado al dios de la Muerte?.

Gautama permaneció inmóvil bajo el árbol de la meditación, de cien mil hojas susurrantes. El embotamiento le impedía moverse. El pastor cuidadoso le reanimó, ofreciéndole leche espumosa en una cascara de coco.

Durante la segunda noche, penetró el solitario en el mundo de las almas dichosas. Ante sus ojos cerrados deslizáronse países flotantes, islas aéreas. Jardines encantados donde los árboles y las flores, las aves, el cielo y el aire embalsamado, las estrellas y las nubes, transparentes como velos, parecían acariciar el alma y modular inteligentemente el lenguaje del amor, condensando en significativa forma la expresión de humanos pensamientos o de divinos símbolos.

Vio a las almas agrupadas o en parejas, caminar absortas unas en otras o

reclinadas a los pies de un maestro. Y la felicidad que irradiaba de sus miradas, de sus actitudes, de sus palabras, parecía emanar de un elevado mundo planeante sobre sus cabezas, al que dirigían de vez en cuando sus tendidos brazos, uniéndolos a todos en su célica armonía.

Pero de pronto, vio Gautama algunos de aquellos semblantes palidecer conmovidos. Entonces se apercibió de que cada una de aquellas almas se hallaba unida al mundo inferior por un hilo imperceptible. Esta red de filamentos descendía hasta lo profundo al través de una nube purpúrea que la sostenía en el abismo. A medida que la nube roja ascendía, se iba desvaneciendo, y el paraíso aéreo devenía cada vez más imperceptible.

Y Gautama comprendió el sentido de su visión. Aquellos lazos sutiles eran ataduras indestructibles, restos de pasiones humanas, de inextinguibles deseos que unían aquellas almas gozosas a la tierra, Forzándolas, tarde o temprano, a nuevas encarnaciones. ¡Cuántos adioses ¡ay! en perspectiva tras el reencuentro celeste, cuántos nuevos alejamientos en aquellos laberintos de dolor y de prueba a los que aguardaba acaso, el fin, la separación eterna!...

Cuando a la mañana siguiente despertó Sakia-Muni tras la segunda noche, los cisnes viajeros volaban por el cielo nebuloso. Y fue más triste para el despertar de aquella visión paradisíaca, que del sueño infernal. Pensaba en los futuros destinos de todas aquellas almas, en su errar sin fin.

En la tercera noche se elevó, por un poderoso esfuerzo, al mundo de los dioses. Fue aquel un sueño inenarrable, un sublime panorama de grandeza inefable.

Vio ante todo los Arquetipos luminosos que irradian en el umbral del mundo de los Devas, círculos, triángulos, astros centelleantes, moldes del mundo material. Seguidamente aparecieron ante él las fuerzas cósmicas, los dioses carentes de inmutable forma, pero que actuaban, multiformes, en las venas del mundo. Vio ruedas ígneas, torbellinos de luz y de tinieblas, astros transformándose en leones alados, en águilas monstruosas cuyas cabezas erguidas irradiaban un océano de llamas.

De aquellas figuras que aparecían, desaparecían y se metamorfoseaban multiplicándose con la rapidez del rayo, emanaban en todas direcciones corrientes lumínicas que se diversificaban por el Universo. Y aquellas corriente de vida, borboteaban en el curso de los planetas, brotando de nuevo en su superficie, amasando a todos los seres.

Al identificarse el vidente con todo el ardor de aquella vida con una especie de poder de ubicuidad, en el deslumbramiento de su embriaguez, oyó de súbito el grito de dolor humano ascender del abismo y llegar hasta él como

una creciente marea de clamores desesperados. Entonces descubrió algo que le pareció terrible. Aquel mundo inferior, lleno de lucha y de sufrimiento, lo habían creado, pues, los dioses. Aun más; conscientes de sí mismos, se habían desenvuelto con su universo; y ahora, planeando por encima de él, pero inseparables de su esencia ¡vivían de su reflujo formidable!.

Sí, los dioses inmortales se envolvían en la llama y en la lumbre emanada de sus corazones; más aquel fuego se convertía en los hombres en pasión y en desasosiego aquella lumbre. Se alimentaban del soplo del amor humano que ellos excitaran, respirando el perfume de sus adoraciones y el humo de sus tormentas. Bebían todas aquellas mareas de almas henchidas de dolor y de deseo, como bebe el viento tempestuoso la espuma del océano... ¡También ellos eran culpables!.

Al abrazar la vista del vidente panoramas y perspectivas de espacio y de tiempo cada vez más vastas, al volar su espíritu de edades en edades, creyó distinguir a aquellos dioses arrastrados en el naufragio final de sus mundos, engullidos en el sueño cósmico, forzados a morir y a renacer también, de eternidad en eternidad, y creando mundos perpetuamente miserables.

Entonces el universo entero apareció a Sakia-Muni como una rueda espantable a la que se hallan sujetos todos los seres, los hombres y los dioses. No había medio de escapar a la ley inevitable que hace girar la rueda. De vida en vida, de encarnación en encarnación, imperturbablemente, todos los seres vuelven siempre a comenzar en vano idéntica aventura, siendo despiadadamente triturados por el dolor y la muerte.

Como hacia atrás se extiende el inconmensurable pasado, el inconmensurable porvenir de sufrimiento se ofrece en la sucesión infinita de las existencias. Innumerables períodos del mundo deslízanse en miríadas de años. Tierras, cielos, infiernos, lugares de tortura, nacen y desaparecen como surgieron para ser barridos después de eternidades. ¿Cómo escapar a esta rueda?. ¿Cómo terminar con el suplicio de vivir?.

Despertó el asceta de esta visión en un vértigo de espanto. El viento del Norte había agitado toda la noche el árbol del conocimiento, de cien mil hojas murmurantes. El alba clareaba apenas y caía una lluvia frígida. Volvió la gacela y permaneció recostada junto al solitario, lamiéndole los pies helados. La tocó. La halló también fría. Entonces la atrajo en sus brazos para calentarla sobre su corazón. Y Sakia-Muni se consoló durante una hora del dolor del mundo, oprimiendo sobre su pecho a la infeliz gacela.

No tenía Gautama la costumbre de orar. Nada esperaba de los dioses y todo de sí mismo y de su meditación. No los odiaba ni de nada les acusaba.

Sólo les envolvía en su inmensa piedad. ¿Acaso no se hallaban ellos también sujetos a la fatal ilusión del cambio, por el deseo universal, por la sed desenfrenada de ser y de vivir?. Si no podían salvarse a sí mismos, ¿Cómo iban a auxiliar a los hombres?.

Antes de la cuarta noche, Sakia-Muni, abrumado de angustia, invocó al Innominado, al Inmanifestado, a Aquel que el clarividente no percibe, para que le revelara el arcano de la felicidad y del reposo eternos.

Al dormirse, vio de nuevo la terrible rueda de la existencia, como un círculo de sombra poblado de hormigueros humanos. La rueda infatigable da vueltas lentamente. Aquí y allá, algunos valientes luchadores, ascetas sublimes, pasaban del círculo sombrío al halo luminoso que les rodeaba. Eran los sabios ascetas, los Bodisatvas que le habían precedido. Pero ninguno de ellos había logrado la salvación verdadera, el reposo definitivo. Todos caían de nuevo en el círculo de sombra, a todos sujetaba la rueda fatal.

Entonces experimentó Sakia-Muni el mayor de sus dolores, el quebrantamiento de todo su ser, al desquiciarse el mundo de las apariencias. Más a este desgarramiento supremo sucedió una inefable felicidad. Sintióse sumergido en un mar profundo de quietud y de paz. Allí no había formas, ni luz, ni rumores de vida. Su ser fundióse deliciosamente en la durmiente alma del mundo que ningún soplo agitaba y su conciencia se desvaneció en aquella inmensidad dichosa. Había alcanzado el Nirvana.

Si Sakia-Muni hubiera tenido la voluntad de ir más allá y la fuerza para elevarse por encima del sueño cósmico, hubiera oído, hubiera visto, hubiera sentido algo más todavía. Hubiera oído el Sonido primordial, la divina Palabra que crea la luz; hubiera escuchado aquella música de las esferas que impulsa a los astros y a los mundos. Llevado por las ondas de esta armonía, hubiera contemplado la reverberación del Sol espiritual, del Verbo creador. Allí, el supremo deseo del amor se identifica con el ardiente gozo del sacrificio. Allí se halla uno por encima de todo, atravesando el todo, porque allí se ostenta el manantial del tiempo brotando de la eternidad y volviendo a ella. Allí se halla uno identificado con todas las cosas en la plenitud de la existencia. Se planea sobre todo dolor, porque puede convertirse en gozo. Allí todos los sufrimientos se funden en una felicidad única, como los colores del prisma en el rayo solar. Allí se alcanza el reposo en la acción trascendente y la personalidad suprema en el absoluto don de sí mismo. Allí no se condena la vida, porque se bebe la divina esencia en su manantial. Libre, enteramente manumiso, infrangible en adelante, se vuelve a la vida para crearla de nuevo más hermosa. De esta esfera de la Resurrección, presentida por la sabiduría

egipcia y por los misterios de Eleusis, debía descender el Cristo.

Pero Sakia-Muni no estaba destinado a enseñar al mundo el verbo del Amor creador. Su misión fue grande, empero, porque reveló la religión de la piedad y la ley que une entre sí las humanas encarnaciones. Pero en su iniciación se detuvo en la Muerte mística sin llegar a la Resurrección. El Nirvana, que se ha interpretado por el estado divino por excelencia, no es más que el umbral. Buda no logró transponerlo. ***(He tratado aquí de colocar el Nirvana en su correspondiente lugar, en el orden de los fenómenos psíquicos de la Iniciación. Es ello esencial para la clara comprensión de la persona de Buda y de su papel en el mundo, puesto que su doctrina y su obra son sus consecuencias. El mérito de un iniciado, de un reformador o de un profeta cualquiera, depende, en primer lugar, de una intensa y directa ciencia de la verdad. Su doctrina nunca es otra cosa que una razonada explicación de este fenómeno inicial que siempre es, bajo una u otra forma, una revelación o una inspiración espiritual. El Nirvana aparece como la penúltima etapa de la alta Iniciación, presentida por Persia, Egipto y Grecia y que realizó el Cristo. Lo que el budismo llama la extinción o el fin de la ilusión, no es, pues, más que un estado psíquico intermedio, la fase neutra, atómica y amorfa, que precede al brotamiento de la verdad suprema. Pero representa algo importantísimo observar la forma completa en que el Buda realiza, al través de su vida, las fases todas de la Iniciación, como debía Cristo realizarlas en la suya coronándolas con la resurrección).***

Transcurrida la cuarta noche de su iluminación, experimentó Gautama según reza la tradición, un placer inmenso, y una nueva fuerza inundó sus venas, animándole con nuevo valor. Sintió que, al alcanzar el Nirvana, se había liberado de todo mal. Templado en la muerte como en las aguas de la laguna Estigia, se sentía invencible. Sakia-Muni había vencido. Todo él, desde la médula de sus huesos a la cima de su alma, había devenido Buda, el Despierto. La verdad conquistada, quiso salvar al mundo. Pasó muchos días reflexionando sobre las experiencias atravesadas. Y se apercibió de la lógica secreta que unía entre sí las visiones aparecidas.

Analizando en el interior de su espíritu el encadenamiento de las causas y los efectos que conducen al sufrimiento, llegó a formular su doctrina. “Del no-conocimiento provienen las formas (Sankara); formas del pensamiento, que plasman las cosas. De ellas nace la conciencia y así, por una larga serie de procedimientos intermedios, del deseo de los sentidos deriva el apego a la existencia. Del apego nace la realización, de ésta el nacimiento, del nacimiento, la vejez y la muerte, las lamentaciones y dolores, las desgracias,

desesperaciones y penas".

"Pero si se suprime la causa primera, el no-conocimiento, toda la cadena de efectos se destruye, quedando el mal vencido".

En suma, precisa matar el deseo para suprimir la vida y cortar el mal de raíz.

Anhelaba el Buda que todos los hombres alcanzaran el Nirvana. Sabedor de cuanto tenía que decir a los brahmanes y al pueblo, Sakia-Muni abandonó su retiro para volver a Benarés y propagar su doctrina.

V
LA TENTACIÓN

Como todos los profetas, tuvo el Buda que atravesar una prueba antes de realizar su obra. Ningún reformador ha dejado de sufrir la tentación de la duda respecto de sí mismo antes de enfrentarse resueltamente con las potestades del día. A la primera tentativa, crecen los obstáculos como montañas y la labor de una serie de años aparece como la ascensión de un bloque hasta una cima.

Cuenta la leyenda que el demonio Mara cuchicheó a su oído: "Entra en el Nirvana, hombre perfecto. La época nirvánica ha llegado para ti". Buda le respondió: "No entraré en el Nirvana en tanto no se acreciente y se difunda la vida santa entre los hombres y no sea lo suficientemente predicada doquiera".

Aproximósele un brahmán exclamando con menosprecio: "Un laico no puede ser brahmán". Buda respondió: "El verdadero brahmán es aquel que destierra de sí mismo toda maldad, toda mancha, toda impureza". Fracasados los hombres frente al Bienaventurado, intervinieron los elementos. Viento, lluvia torrencial, frío, tempestad y tinieblas, cerniéronse sobre él.

Esta conjuración de los elementos contra Buda, representa el postrero y furioso asalto de las pasiones, expulsadas por el alma del santo y que se abalanzan ahora sobre él desde el exterior, con la horda entera de las fuerzas de que proceden.

Para evidenciar el hecho oculto que ocurre entonces, se sirve la leyenda de un símbolo. "En aquel momento, dice, el rey de las serpientes, Mucalinda, sale de su secreto dominio, enroscando siete veces con sus anillos el cuerpo de Buda, protegiéndole así contra la tempestad".

Transcurridos siete días, cuando Mucalinda, rey de las serpientes, vio el claro cielo sin nubes, desenroscó sus anillos del cuerpo del bienaventurado, y tomando la forma de un mancebo, se aproximó al sublime, juntas las manos, adorándolo. Entonces el sublime dijo: "Dichosa la soledad del bienaventurado que ha reconocido y contempla la verdad".

La serpiente Mucalinda representa aquí el cuerpo astral del hombre, asiento de la sensibilidad que compenetra su cuerpo físico, creando en torno de él un aura radiosa en la que se reflejan, para el ojo del clarividente, todas las pasiones en múltiples coloraciones. Durante el sueño, el cuerpo astral, con

el yo consciente, se desintegra del cuerpo físico del hombre en forma de espiral. Semeja entonces una serpiente. En este cuerpo astral ***(Paracelso lo llama así porque se halla en relación magnética con los astros que componen nuestro sistema solar. El ocultismo occidental ha adoptado este término),*** residen y vibran las pasiones humanas. Por su mediación todas las influencias buenas y malas actúan sobre el ser humano. Gobernado y organizado por la fuerza de su voluntad, el santo o el iniciado pueden transformarlo en una coraza infrangibie contra los ataques externos.

Tal es el significado de la serpiente Mucalinda enroscada en el cuerpo de Buda, protegiéndolo contra la tempestad de las pasiones. Pero tiene todavía un segundo significado. En cierto grado de la iniciación, percibe el clarividente la imagen astral de la animálica parte inferior de su ser, evolucionada en encarnaciones precedentes. Es preciso afrontar este espectáculo y matar al monstruo por medio del pensamiento. De lo contrario, no es posible penetrar en el mundo astral y menos aun en el espiritual y en el divino.

En la tradición oculta, se llama esta aparición “el guardián del umbral”. Mucho más adelante, transcurridas largas experiencias y logradas brillantes victorias, alcanza el iniciado su divino Prototipo, la imagen de su alma superior bajo una forma ideal. He aquí por qué la serpiente Mucalinda se metamorfosea en un bello mozo, una vez la borrasca del mundo inferior se ha disipado.

VI
LA ENSEÑANZA Y LA COMUNIDAD BUDISTA

Principió el Buda su predicación en Benarés. De momento convirtió a cinco monjes, que más tarde fueron sus fervientes discípulos y a los que envió a predicar su doctrina, diciéndoles: "Os halláis libres de todo lazo. Id por el mundo para salvación de las gentes, y la gloria de los dioses y de los hombres".

Poco después se le adhirieron mil brahmanes de Uruvela que practicaban las sentencias del Veda y el sacrificio del fuego, cumpliendo sus abluciones en el río Neranjara.

Pronto afluyó la multitud. Por él dejaron los alumnos a sus maestros. Reyes y reinas llegaban sobre la grupa de sus elefantes para admirar al santo y hacerle ofrenda de su amistad. La cortesana Ambapali ofreció al Buda un bosque de mangos. El joven Bimbisara llegó a ser el protector de su regio colega, transformado en monje mendicante.

La predicación de Buda duró cuarenta años, sin que los brahmanes opusieran el menor obstáculo.

Compartíase anualmente su vida en dos períodos: uno nómada y otro sedentario, nueve meses de viaje y tres de reposo. "Cuando en junio, después de la ardiente canícula, se amontonan como terrones las negras nubes y el soplo del monzón anuncia el período de lluvias, se retira el indo durante quince días en su palacio o en su choza". Ríos y torrentes acrecientan su cauce interceptando las comunicaciones. "Los pájaros, dice un viejo libro budista, construyen sus nidos en la copa de los árboles". Lo mismo hacían los monjes durante un trimestre.

En los nueves meses de viaje, Buda hallaba doquiera asilos, parques y jardines, mansiones de reyes o de ricos comerciantes. No le faltaban para su alimento mangos y bananas. Ello no impedía no obstante a aquellos renunciadores de los bienes mundanos, observar su voto de pobreza y continuar su vida de mendicantes.

Todas las mañanas recorrían la ciudad, precedidos de su Maestro. En silencio, bajos los ojos, cuenco en mano, aguardaban la limosna, bendiciendo a los que daban y a los que no daban. Por la tarde, en la tranquila oscuridad del bosque o en su celda, meditaba el Sublime en "sagrado silencio". ***(Oldenberg, "La***

Vie de Bouddha”).

Así propagóse la secta budista. En muchas partes, bajo la dirección del Maestro, fundábanse asociaciones de monjes que más tarde debían convertirse en ricos conventos. A su alrededor se agrupaban comunidades laicas que, sin adoptar la vida monacal, hallábanse gustosas bajo la guía de los budistas.

Los textos que relatan estos hechos con frías sentencias y mecánicos razonamientos, siempre repetidos, no nos han sabido legar prueba plena de la elocuencia del Maestro, el encanto que emanaba de su persona, el magnetismo de su voluntad potente, velada de imperturbable dulzura y de serenidad perfecta, ni tampoco de la extraña fascinación con que misteriosamente evocaba el Nirvana.

Al principio describe la vida de los sentidos como turbulento océano irritado, con sus torbellinos, sus honduras insondables y sus monstruos. Allí bambolean sin un instante de reposo esas pobres barquillas llamadas almas plácidas donde el mar se calma. Por fin, sobre la llana superficie inmóvil, delinease una corriente circular que toma forma de embudo. En lo más profundo, reluce un punto centelleante. ¡Dichoso el que penetra rápidamente en el círculo y desciende hasta su fondo!. Se halla en otro mundo, alejado del mar y de la tempestad. ¿Qué hay más allá de esta profundidad, más allá del punto luminoso?. El Maestro no lo explica. Sólo afirma que es la beatitud suprema, y agrega: “Yo vengo de allá. Lo que no había llegado desde hace miríadas de años, está aquí. Yo os lo traigo”.

La tradición ha conservado el Sermón de Benarés, que es el Sermón de la Montaña de Buda. Quizá en él hallamos un eco lejano de su viva palabra. “Me llamáis amigo, pero no me dais mi verdadero nombre. Yo soy el Liberado, el Bienaventurado, el Buda. Aguzad el oído. La liberación de la muerte ha sido hallada. Yo os instruyo, yo os enseño la doctrina. Si vivís sus preceptos, pronto tomaréis parte en lo que buscan los jóvenes que abandonan su país para convertirse en los sin-patria, y alcanzaréis la perfecta santidad. Aun en esta vida reconoceréis entonces la verdad, contemplándola cara a cara. Basta ya de mortificaciones, pues basta renunciar a todos los placeres de los sentidos. El sendero medio conduce al conocimiento, a la iluminación, al Nirvana. El sendero ocho veces santo, se llama: justa fe, resolución justa, justa palabra, justa acción, vida justa, justa aspiración, justo pensamiento, justa meditación. Ésta, ¡Oh monjes!, es la verdad santa sobre el origen del sufrimiento: el anhelo de existir de nacimiento en nacimiento, con su placer y deseo inherentes, hallan aquí y allá su voluptuosidad, la sed de sensaciones, el ansia de transformación, la avidez de poderío. He aquí, ¡oh monjes!, la santa

verdad sobre la eliminación del sufrimiento: supresión del ansia por la destrucción del deseo, apartándolo, desligándolo de él sin dejarle ya lugar. Ésta es, ¡Oh monjes!, la santa verdad sobre la extinción del dolor”.

Cuando Sakia-Muni se halló en posesión de las cuatro verdades esenciales, a saber:

1º el sufrimiento;

2º el origen del sufrimiento;

3º la eliminación del sufrimiento;

4º el camino de la eliminación, declaró que en el mundo de Brahma y de Mara, entre todos los seres, comprendidos brahmanes y ascetas, hombres y dioses, había alcanzado la felicidad perfecta y la suprema dignidad de Buda.

Toda la obra del reformador indo, toda su predicación, el budismo todo con su literatura sacra y profana, no son otra cosa que un perpetuo comentario, bajo mil variaciones, del Sermón de Benarés.

Esta doctrina tiene una característica exclusiva y rigurosamente moral. Es de una imperiosa dulzura y de una bienaventurada desesperanza. Cultiva el fanatismo del reposo. Diríase que es una conjuración pacifista para conducir el mundo a su fin. Ni metafísica ni cosmogonía, ni mitología, ni plegaria, ni culto. Nada más que la meditación moral. Su preocupación única consiste en poner fin al dolor y alcanzar el Nirvana. Buda se desliga de todo y de todos. Desconfía de los dioses, porque estos desgraciados han creado el mundo. Desconfía de la vida terrestre, porque es la matriz de la reencarnación. Desconfía del más allá, porque a pesar de todo aún impera la vida y, por lo tanto, el sufrimiento. Desconfía del alma, porque está devorada por la sed inextinguible de inmortalidad. La otra vida es, a sus ojos, una nueva forma de seducción, una voluptuosidad espiritual. Él sabe, por medio de sus éxtasis, que dicha vida existe, pero no quiere hablar de ella. Fuera demasiado peligroso. Sus discípulos le asedian a preguntas a este respecto, pero él permanece inflexible. “¿Continúa el alma viviendo después de la muerte?”, clamaban a coro; pero él no responde. “¿Muere acaso?”. El maestro permanece callado.

Al preguntarle Ananda, el discípulo favorito, la razón de su silencio, hallándose solos, respondióle Buda: “Fuera dañoso a la moral responder en uno o en otro sentido” y guardó el secreto.

Un monje razonador, más astuto que los otros, aborda un día al Maestro con un argumento incisivo y terrible: “Oh Bienaventurado, le dice. Tú pretendes que el alma no es más que un compuesto de sensaciones viles y efímeras. Si es así, ¿Cómo el no-yó influye en el yo que transmigra de encarnación en encarnación?”. El Buda debió indudablemente hallar

embarazosa la precisa respuesta a tal argumento, digno de Platón o de Sócrates. Y se contentó diciendo: "¡Oh, monje!, tú te hallas en este momento bajo el imperio de la concupiscencia".

Si desconfía Buda del alma y de los dioses, más desconfía aún de las mujeres. En esto, como en todo lo demás, es la antítesis de Krishna, el apóstol del Eterno-Femenino. Sabía Buda que el amor es el más poderoso incentivo de la vida y que la mujer encierra, como arquilla de filtros y de aromas, la quintaesencia de todas las seducciones. Sabía que Brahmá no se decidió a crear al mundo y a los dioses antes de haber creado de sí mismo el Eterno-Femenino, el velo policromo de Maya donde torna-solea la imagen de todos los seres. No teme a la mujer como provocadora del delirio de los sentidos por medio de miradas o de sonrisas, sino que teme su arsenal de mentiras y astucias, cual urditrama de que se vale la naturaleza para tejer la vida. "La esencia de la mujer, dice, se halla insondablemente oculta, como las revueltas del pez en el agua". "¿Cómo conducirnos ante una mujer?", preguntó Ananda a su maestro. "Evita su presencia". "¿Y si no podemos evitarla?". "No les hables". Y si no podemos menos de hablarle, Señor, ¿Qué hacer?" "Entonces, ¡guardaos!".

Buda permitió, sin embargo, a la comunidad budista, después de muchas vacilaciones, la fundación de conventos de mujeres, pero no las admitió en su intimidad, alejándolas de su presencia. No hallamos en la historia de Buda a Magdalena ni a María de Betania. Agregaremos, en honor y defensa de las mujeres indas, que las instituciones de beneficencia de la Orden budista fueron en gran parte obra de mujeres.

¿Cómo se explica que una doctrina desprovista de los goces de la tierra y del cielo, doctrina de moral implacable, casi excesiva por su nihilismo místico como por su positivismo negativo; que suprimió, por otra parte, las castas con la fe tradicional de la India en la autoridad de los Vedas, aboliendo el culto brahmánico con sus ritos suntuosos para substituirlos por centenares de conventos y un ejército de monjes mendicantes que recorrían la India escudilla en mano; cómo explicar el éxito prodigioso de una tal religión?. Se explica por la precoz degeneración de la India, por el bastardeamiento de la raza aria, entremezclada de elementos inferiores y languideciente de pereza. Se comprende por la tristeza de un pueblo envejecido entre la laxitud de la tiranía y de la esclavitud, sin perspectiva histórica ni unidad nacional, que ha perdido la afición al trabajo y que jamás ha poseído el sentimiento de la individualidad, salvo en los tiempos védicos, cuando la raza blanca dominaba en su pureza y en su fuerza. ***(Sabemos que el budismo no se sostuvo en la***

India más que cerca de cuatro siglos. Excepto en la isla de Ceilán, desapareció, en cierto modo, ante la recrudescencia del brahmanismo. Sin persecuciones, supo éste vencerlo. Absorbiendo sus elementos vitales, renovóse a sí mismo. Sabido es, también, que si el budismo se propagó en el Tibet, en Mongolia y en China, debióse a la adopción de buen número de elementos metafísicos y mitológicos proscritos por el Buda y a la profunda transformación de su doctrina).

Esto dicho, precisa añadir que el momentáneo triunfo de Buda en la India fue debido, más que a su filosofía, a su estricta moral, a esta labor profunda sobre la vida interior que supo inculcar a sus discípulos. "Paso a paso, hora por hora, parcela por parcela, debe el sabio purificar su yo como el orfebre purifica el metal. El yo, al cual la metafísica budista niega realidad, se convierte aquí en el principal agente. Hallar el yo deviene el fin de toda búsqueda. Poseer por propio amigo el yo es la más segura, la más elevada amistad. Ya que el yo es el protector del yo. Precisa sujetarlo por la brida como sujeta el caballero su noble bruto". ***(Sentencias morales budistas resumidas por Oldenberg).*** De esta austera disciplina se desprende al fin un sentimiento de libertad que se expresa con el encanto de un Francisco de Asís: "No debemos anhelar más que lo que está en nosotros mismos como no necesita el ave otro tesoro que sus alas, que guía a voluntad".

En fin, Buda fue, por la ternura de su alma, el verdadero creador de la religión de la piedad y el inspirador de una nueva poesía que emana de sus atribuidas parábolas y de las posteriores leyendas del budismo. ¡Cuán sugerente e insinuante resulta, por ejemplo, la metáfora sobre los diferentes grados evolutivos de las almas!. Compara la vida física, turbada por los sentidos, a un río sobre cuya corriente ansian elevarse las almas para aspirar la luz del cielo. "Como en un estanque de lotos blancos y azules, existen multitud de almas diversas en el interior y en la superficie del agua, unas puras, otras impuras. Sabio es aquel que, remontándose sobre el nivel del líquido elemento, prodiga a su alrededor la sabiduría, como el loto abierto expande sus gotas de rocío sobre las ninfas que flotan por los ríos".

VII
MUERTE DE BUDA

A la edad de ochenta años hallábase Buda en Beluva, pasando su solaz de estio, cuando cayó enfermo y sintió la muerte próxima.

Entonces pensó en sus discípulos: “No conviene, se dijo, entrar en el Nirvana sin antes hablar a los que tienen puesta su vista en mí. Debo vencer con mi fuerza la enfermedad y retener la vida”. Y la dolencia del Sublime desapareció.

Sentóse Buda a la sombra de la mansión que le tenían destinada. Ananda, su discípulo predilecto, acudió manifestándole su pena y añadiendo: “Sé que el Bienaventurado no entrará en el Nirvana sin comunicar su voluntad a la comunidad de sus discípulos”. “¿Qué solicita la comunidad? — preguntó Buda —. He predicado la doctrina. Yo no quiero reinar sobre la comunidad, Ananda. Que la verdad sea vuestra antorcha. Aquel que ahora y después de mi muerte sea su propio faro y su único refugio, aquel que no busque cobijo más que en la verdad y ande por la recta vía es mi discípulo”.

Y Buda se levantó, reunió a los otros fieles y emprendió la marcha, deseoso de caminar enseñando, hasta el fin.

Detúvose algún tiempo en Vesala, pero al llegar a Kusínara las fuerzas le abandonaron. Tendiéronle sobre una alfombra, entre dos árboles gemelos. Y permaneció recostado como un león fatigado.

No pudiendo soportar el espectáculo, Ananda, el discípulo amado, penetró en la casa y lloró. Presintiendo Buda su tristeza, lo mandó llamar y le dijo: “No gimas, Ananda. ¿No te he dicho ya que es preciso abandonar cuanto amamos?. ¿Cómo puede escapar a la destrucción lo que ha nacido y se halla sujeto a lo efímero?. Pero durante mucho tiempo has honrado, Ananda, lo Perfecto, y en su nombre has rebosado de amor, de bondad, de gozo, practicado el bien, Ananda. Esfuérzate ahora y pronto estarás libre de pecado”.

Poco antes de expirar, Buda dijo: “Tal vez tengas este pensamiento, Ananda. La palabra ha perdido su Maestro. No tendremos ya Maestro. No penséis así. La Doctrina y la Orden que os he enseñado serán vuestro maestro cuando yo haya partido”.

Sus últimas palabras fueron: “Valor, discípulos míos. Todo cuanto sobrevenga, es perecedero. ¡Luchad sin cesar!”.

Cerraba la noche. Pero he aquí que el cuerpo y la faz del Sublime resplandecían como si hubieran devenido transparentes. Este reflejo misterioso perduró hasta la exhalación de su último suspiro. Luego, extinguióse bruscamente. Y en el mismo instante, de la copa de los árboles gemelos se desprendió una lluvia de flores que cayó sobre el Buda. Acababa de entrar en el Nirvana.

Llegaron entonces las mujeres de Kusínara que habían permanecido alejadas del Maestro, y suplicaron ver al Bienaventurado. Otorgó el favor Ananda, a pesar de las protestas de los demás. Se arrodillaron ellas, junto al cadáver, e inclinadas y sollozantes inundaron de ardientes lágrimas la faz helada del Maestro que en vida les alejara de su presencia.

Estos detalles conmovedores, esta aureola discreta que la tradición hace planear sobre la muerte de Buda, evidencian quizá mejor aun que sus postreras pláticas lo que pasaba en el trasfondo de su conciencia y en la de sus discípulos. Como una oleada de lo Invisible, lo maravilloso invadió el vacío del Nirvana.

Así las fuerzas cósmicas, relegadas o combatidas por Sakia-Muni como peligrosas, porque veía en ellas las tentadoras del fatal Deseo, aquellas fuerzas que había con celo proscrito de su comunidad y de su doctrina, flores de Esperanza, Lumbre celeste, Eterno-Femenino, tejedoras infatigables de la vida terrestre y de la vida divina, estuvieron presentes en su hora postrera.

Sutiles, enlazantes, irresistibles, llegaron rozando y recogiendo el alma del formidable asceta para decirle que no las suprimiría ni las vencería.

VIII
CONCLUSIONES

No es difícil hacer la crítica del budismo desde el punto de vista filosófico. Religión sin Dios, es moral sin metafísica, no tiende puente alguno entre lo finito y lo infinito, entre el tiempo y la eternidad, entre el hombre y el universo. Hallar este puente es el supremo anhelo del hombre, la razón de ser de la religión y de la filosofía.

Buda hace emerger el mundo de un deseo de vida ciego y nocivo. ¿Cómo explicar entonces la armonía del Cosmos y la inextinguible sed de perfección innata en el espíritu?. He aquí la contradicción metafísica.

Buda reconoce que de día en día, de año en año, de encarnación en encarnación, por la victoria sobre sus pasiones, labora el Yo humano su perfeccionamiento. Pero no le otorga ninguna realidad trascendente, ningún valor inmortal. ¿Cómo explicar entonces todo este trabajo?. He aquí la contradicción psicológica.

Da por fin el Buda como ideal y único fin al hombre y a la humanidad el Nirvana, concepto puramente negativo, la cesación del mal por la cesación de la conciencia. Este saltus mortalis en el vacío de la negación, ¿Equivale acaso a la inmensidad del esfuerzo?. He aquí la contradicción moral.

Estas tres contradicciones que emanan una de otra encajándose rigurosamente, indican suficientemente la flaqueza del budismo como sistema cósmico.

No es menos cierto que el budismo ha ejercido profunda influencia sobre el Occidente. Cuando la religión y la filosofía atraviesan una honda crisis como en la época alejandrina, durante el Renacimiento y en la actualidad, óyese en Europa como un eco lejano y traspuesto del pensamiento budista. ¿De dónde le proviene esta fuerza?. ¿De su doctrina moral y de sus conclusiones?. De ninguna manera. Proviene de que Buda fue el primero en divulgar a la luz del día la doctrina que los brahmanes no pronunciaban más que a media voz en el vedado secreto de sus templos. Esta doctrina es el verdadero misterio de la India, el arcano de su sabiduría. Me refiero a la doctrina de la pluralidad de las existencias y al misterio de la reencarnación.

En un libro antiquísimo, durante una reunión, dice un brahmán a su colega: "¿Dónde va el hombre después de la muerte?. Te lo diré, Yainavalkia,

respondió el otro; pero sólo nosotros debemos saberlo. Ni una palabra a los demás sobre ello”. Y hablaron de la reencarnación. ***(“Upanishad de los cien senderos”, citado por Oldenberg).***

Este pasaje prueba que en cierta época fue considerada esta doctrina como esotérica entre los brahmanes. Tuvieron para ellos excelentes razones. Si no es verdad que fuese más allá en los laboratorios secretos de la naturaleza y el proceso de la evolución universal, no lo es menos que el vulgo pudiera hacer mal uso de ella.

Para expresar la singular fascinación, el encanto insinuante y temible que ha ejercido este misterio sobre las almas ardientes y soñadoras, permitidme recurrir a una vieja leyenda índica.

Cuenta la leyenda que, en remotísimos tiempos, una Apsara, ninfa celeste, quiso seducir a un asceta que permaneciera insensible a todas las tentaciones de cielo y tierra, recurriendo a una ingeniosa estratagema.

Moraba el asceta en una inextricable selva virgen que sobrecogía de terror, a la orilla de un estanque cubierto de toda suerte de plantas acuáticas.

Cuando las apariciones celestes o infernales planeaban sobre el espejo de sus ondas para tentar al solitario, bajaba éste los ojos y contemplaba su reflejo en el estanque sombrío. Las imágenes invertidas y deformadas de las ninfas o de los demonios tentadores, bastaban para calmar sus sentidos y restablecer la armonía en su turbado espíritu. Porque aquello le demostraba las consecuencias de su caída en la materia inmunda.

La astuta Apsara proyectó, pues, esconderse en una flor, para seducir al anacoreta. De las profundidades del estanque hizo emerger un loto maravilloso. Un loto distinto de todos los demás. Éste, como es sabido, dobla su cáliz bajo el agua durante la noche y no aparece hasta que lo besa el sol. El loto aquel, por el contrario, permanecía invisible durante el día, pero al llegar la noche, cuando la suave luz de la luna deslizábase entre el tupido penacho de los árboles hasta el estanque inmóvil, veíase agitar su superficie, y de su oscuro seno brotaba un gigantesco loto de mil hojas, de blancura deslumbradora, grande como un pomo de rosas.

Entonces, de su cáliz de oro, vibrante bajo el rayo inflamado de la luna, emergió la divina Apsara, la ninfa celeste, de cuerpo nacarado y luminoso. Tocaba su cabeza un velo estrellado arrebatado del cielo de Indra. Y el asceta que resistió a todas las Apsaras descendidas directamente del cielo, cedió al encanto de aquella que, nacida de la flor de agua, parecía remontar del abismo, y ser a un tiempo hija de la tierra y del cielo.

Del mismo modo que la ninfa celeste sale del abierto loto, en la doctrina

de la reencarnación sale el alma de la naturaleza de mil hojas como la última y más perfecta expresión del divino pensamiento.

Dicen los brahmanes a sus discípulos: Así como el universo es el producto del pensamiento divino que sin cesar organiza y vivifica, así el cuerpo humano es el producto del alma que lo envuelve a través de la evolución planetaria y de él se sirve como instrumento de trabajo y de progreso.

Las especies animales no poseen más que un alma colectiva, pero el hombre es dueño de un alma individual, una conciencia, un yo, un destino exclusivo, garantía de su permanencia. Después de la muerte, liberada el alma de su efímera crisálida, vive una nueva vida más vasta en el esplendor espiritual. Retorna, en cierto modo, a su propia patria y contempla al mundo del lado de la luz y de los dioses, después de haber actuado en su fase humana y sombría.

Pero no se halla bastante adelantado para permanecer definitivamente en aquel estado que todas las religiones llaman cielo. Transcurrido un período de tiempo proporcionado a su esfuerzo en la tierra, siente el alma la necesidad de una nueva experiencia para adelantar un paso más. Y vuelve a la encarnación en condiciones determinadas por la vida precedente.

Tal es la ley de Karma, o de encadenamiento causal de las vidas, sanción y consecuencia de la libertad, justicia y lógica del placer y de la desdicha, razón de la desigualdad de condiciones, organización de los destinos individuales, ritmo del alma que anhela remontar a su divino origen a través del infinito. Es la concepción orgánica de la inmortalidad en armonía con las leyes del Cosmos.

Aparece Buda, alma de profunda sensibilidad, forjada por el tormento de las causas últimas. Al nacer parecía abrumado ya por el peso de multitud de existencias y sediento de paz suprema.

La lasitud de los brahmanes, inmovilizados en un mundo estancado, se centuplica en él con un sentimiento nuevo: una piedad inmensa por todos los hombres y el anhelo de arrancarlos del sufrimiento. Es un transporte de sublime generosidad, anhela la salvación de todos. Pero su sabiduría no iguala la grandeza de su alma y su impulso no se halla a la altura de su visión.

Una iniciación incompleta le muestra el mundo en su más tenebroso instante. No comprende más que la maldad y el dolor. Ni Dios, ni universo, ni alma, ni belleza, ni amor hallan gracia ante sus ojos. Sueña en sumergir para siempre a los agentes de la ilusión y del dolor en el abismo de su Nirvana.

A pesar de la excesiva severidad de su disciplina moral, aunque la

piedad que predicara estableciera entre los hombres un lazo de universal fraternidad, su obra fue parcialmente negativa y disolvente. Atestigua este aserto la historia del budismo. Social y artísticamente no ha creado nada fecundo. Donde se instala en bloque, engendra la pasividad, la indiferencia y el descorazonamiento.

Los pueblos budistas han permanecido en estado de estancamiento. Los que han desarrollado una actividad sorprendente, como el Japón, ha sido merced a instintos y a principios contrarios al budismo.

Buda tuvo, sin embargo, un alto mérito y desempeñó un gran papel al divulgar la doctrina de la reencarnación, que era antes exclusivo patrimonio de los brahmanes. El difundió esta verdad fuera de la India y entró en la conciencia universal. Aunque repudiada oficialmente o velada por la mayor parte de las religiones, no cesa de desempeñar en la historia del humano espíritu su misión de levadura vivaz. Solamente lo que fue para Buda razón de renuncia y de muerte, deviene para las almas enérgicas y para las razas fuertes, motivo de afirmación y de vida.

¡Qué otra modalidad o qué color distinto tomará la idea de la pluralidad de existencias entre los arios y aun entre los semitas que la adoptaron! Sea en las orillas del Nilo, en Eleusis o en Alejandría, ya se trate de los sucesores de Hermes, de Empédocles, de Pitágoras o de Platón, tomará un carácter heroico. No será ya la rueda fatal de Buda, sino una entusiasta ascensión hacia la luz.

La India posee las llaves del pasado, pero no las del porvenir. Es el Epimeteo de los pueblos, pero no su Prometeo. Se ha dormido en su sueño.

El iniciado ario, por el contrario, aporta a ,1a idea de la pluralidad de las vidas la necesidad de actuación y de desenvolvimiento infinito que arde en su corazón como la llama inextinguible de Agni. Sabe que el hombre no posee más que la tierra que riega con su sudor y su sangre, que no aguarda más que el cielo al cual con toda su alma aspira.

Sabe que el universo es una tragedia formidable, pero que la victoria es para los valerosos y los creyentes. La lucha en sí es para él un placer y un aguijón el sufrimiento, y la acepta al precio de los sublimes goces del amor, de la contemplación y de la belleza. Cree en el porvenir de la tierra como en el del cielo. La sucesión de vidas no le atemoriza, a causa de su variedad. Sabe que el cielo esconde en su azul combates sin nombre, pero también felicidades ignotas. Los viajes cósmicos le prometen mayores maravillas aún que los viajes terrestres.

Cree, en fin, con el Cristo y su Verbo, en una victoria final sobré la maldad y la muerte, en una transfiguración del mundo y de la humanidad, al

cabo de las edades, por el completo descenso del Espíritu en la carne.

El antiguo budismo y el pesimismo contemporáneo afirman que todo deseo, toda forma, toda vida, toda conciencia son un mal y que el único refugio es la total inconsciencia. Su felicidad es completamente negativa.

El ario considera la lasitud de vivir como una cobardía. Cree en una felicidad activa en la expansión de su deseo, como en la soberana felicidad del amor y del sacrificio. Para él las formas efímeras son mensajeras de lo divino.

Cree, pues, el ario en la posibilidad de la acción y de la creación en el tiempo con la conciencia del Eterno. Habiéndolo experimentado y vivido, siente su alma parecida a una nave siempre flotante en medio de la tempestad. Es el único reposo, la divina calma a que aspira.

En una palabra. En el concepto ario, la desaparición del universo visible, lo que el indo llama el sueño de Brahmá, no será otra cosa que un sueño inenarrable, un silencio del Verbo recogiéndose en sí mismo para oír cantar las armonías íntimas con sus miríadas de almas y preparándose para una nueva creación.



Pero no seamos demasiado injustos con la India y su Buda, porque ellos nos han legado el tesoro de la más antigua sabiduría. Tributémosles, al contrario, el culto de la gratitud debida a los más remotos antepasados y a los primitivos misterios religiosos de nuestra raza.

Cuando la mujer inda subía a la pira de su esposo y la mortífera llama la alcanzaba, echaba a sus hijos su collar de perlas en postrera señal de despedida.

Así la India agonizante, sentada sobre la tumba de sus héroes arios, lanza hacia el joven Occidente la religión de la piedad y la idea fecunda de la reencarnación.

JESÚS Y LOS ESENIOS

LA SECRETA ENSEÑANZA DE JESÚS

I
EL CRISTO CÓSMICO

Hemos llegado a un punto de la evolución humana y divina en que precisa recordar el pasado para comprender el porvenir. Porque hoy, el influjo de lo superior y el esfuerzo de lo inferior convergen en una fusión luminosa que proyecta sus rayos, retrocediendo, sobre el inmemorial pasado y avanzando, hacia el infinito futuro.

El advenimiento de Cristo significa el punto central, la incandescente pira de la historia. Señala un cambio de orientación y de lugar, un impulso nuevo y prodigioso. ¡Qué hay de sorprendente que aparezca a los intransigentes materialistas como una desviación funesta y a los simples creyentes como un golpe teatral que anula el pasado para reconstruir y refrigerar de nuevo al mundo!.

A decir verdad, los primeros son víctimas de su ceguera espiritual y los segundos de la estrechez de sus horizontes. Si, de una parte, la manifestación de Cristo por medio del maestro Jesús es un hecho de significación incalculable, de otra ha sido incubada por toda la precedente evolución… Una trama de invisibles hilos ayúntala a todo el pasado de nuestro planeta. Esta radiación proviene del corazón de Dios para descender hasta el corazón del hombre y recordar a la tierra, hija del Sol, y al hombre, hijo de los Dioses, su celeste origen.

Tratemos de dilucidar, en pocas palabras, este misterio.

La tierra con sus reinos, la humanidad con sus razas, las potestades espirituales con sus jerarquías, que se prolongan hasta lo Insondable, evolucionan bajo idéntico impulso, con movimiento simultáneo y continuo. Cielo, tierra y hombre marchan unidos. El único medio de seguir el sentido de su evolución consiste en penetrar, con mirada única, estas tres esferas en su común tarea y considerarlas como un todo orgánico e indisoluble.

Así considerando, contemplemos el estado del mundo al nacer el Cristo y concentremos nuestra atención sobre las dos razas que representan, en aquel momento, la vanguardia humana: la grecolatina y la judía.

Desde el punto de vista espiritual, la transformación de la humanidad desde la Atlántida hasta la era cristiana nos ofrece el doble espectáculo de un retraso y de un progreso. De un lado la disminución gradual de la clarividencia

y de la directa comunión con las fuerzas de la naturaleza y las potestades cósmicas. De otro, el activo desenvolvimiento de la razón y de la inteligecia, a que sigue la conquista material del mundo por el hombre.

En los centros de iniciación, en los lugares donde se emiten los oráculos, una selección continúa sin embargo cultivando la clarividencia y de allí emanan todos los movimientos religiosos y todas las grandes impulsiones civilizadoras.

Pero la clarividencia y las facultades de adivinación disminuyen entre la gran masa humana. Esta transformación espiritual e intelectual del hombre, más atraído cada vez hacia el plano físico, corresponde a una paralela transformación de su organismo. Cuanto más remontamos el prehistórico pasado, más fluida y leve es su envoltura. Luego la solidifica. Simultáneamente el cuerpo etéreo, que sobrepasaba antes el cuerpo físico, es absorbido por éste paulatinamente hasta convertirlo en su duplicación exacta. Su cuerpo astral, su aura radiosa, que antaño se proyectaba a lo lejos como una atmósfera sirviendo a sus percepciones hiperfísicas, a su relación con los Dioses, se concentra también en torno de su cuerpo hasta no constituir más que un cerco nímbeo, que su vida satura y sus pasiones colorean.

Esta transformación comprende millares y millares de años. Se prolonga hacia la segunda mitad del periodo atlante y todas las civilizaciones de Asia, del Norte de África y de Europa, de las que emanaron indos, persas, caldeos, egipcios, griegos y pueblos norteños de Europa.

Esta involución de las fuerzas cósmicas en el hombre físico era indispensable para su complemento y su intelectual perfección. Grecia representa el postrero estadio de este descenso del Espíritu en la materia. En ella la fusión es perfecta. Sintetiza una expansión maravillosa de la belleza física en un equilibrio intelectual.

Pero este templo diáfano, habitado por hombres semi-divinos, se yergue al borde de un principio donde pululan los monstruos del Tártaro. Momento crítico. Como nada se detiene y es forzoso avanzar o retroceder, la humanidad no podía menos, al llegar a este punto, de hundirse en la depravación y en la bestialidad, o remontar hacia las cimas del Espíritu con redoblada conciencia.

La decadencia griega y, sobre todo, la orgía imperial de Roma presenta el espectáculo, a la vez repugnante y grandioso, de este precipitar del hombre antiguo en el libertinaje y en la crueldad, término fatal de todos los grandes movimientos de la historia. ***(Véase la descripción que doy al comienzo de la Vida de Jesús).***

"Grecia — dice Rodolfo Steiner — realizó su obra dejando tupir

gradualmente el velo que recubría su antigua videncia. La raza greco-latina, con su rápida decadencia, señala el más hondo descenso del espíritu en la materia, en el curso de la evolución humana. La conquista del mundo material y el desenvolvimiento de las ciencias positivas logránronse a este precio.

Como la vida postuma del alma se halla condicionada por su vida terrestre, los hombres vulgares apenas se remontaban después de su muerte. Llevábanse una porción de sus velos y su existencia astral corría parejas con la vida de las sombras. A ello se refiere la queja del alma de Aquiles en el relato de Homero: “Es preferible ser mendigo en la tierra que rey en el país de las sombras”. La misión asignada a la humanidad post-atlante debía forzosamente alejarla del mundo espiritual. Es ley del Cosmos que la grandeza de una parte es a costa, durante un tiempo, de la decadencia de otra”. ***(Bosquejo de la Ciencia Oculta, por Rodolfo Steiner).***

Era necesaria a la humanidad una formidable transformación, una ascensión hacia las cumbres del Alma para el cumplimiento de sus destinos. Más para ello hacía falta una nueva religión, más pujante que todas las precedentes, capaz de conmover las masas aletargadas y remover el ente humano hasta sus recónditas profundidades.

Las anteriores revelaciones de la raza blanca habían tenido por entero lugar en los mundos astral y etéreo, y de allí actuaban poderosamente sobre el hombre y la civilización. El cristianismo, advenido de más lejos y descendido de más alto a través de todas las esferas, debía manifestarse hasta en el mundo físico para transfigurarlo, espiritualizándolo, y ofrecer al individuo y a la colectividad la inmediata conciencia de su celeste origen y de su divino objetivo. No existen, pues, solamente razones de orden moral y social, sino razones cosmológicas que justifican la aparición de Cristo en la tierra.

Alguna vez, en pleno Atlántico, cuando un viento bajo atraviesa el tempestuoso cielo, vese, en cierto lugar, condensar las nubes que descienden inclinadas hacia el Océano en forma de embudo. Simultáneamente, elévase el mar como un cono adelantándose al encuentro de la nube. Parece que toda la masa líquida afluye a este torbellino para retorcerse y erguirse con él. Súbitamente ambos extremos se atraen y se confunden como dos bocas... ¡Se ha formado la tromba!. El viento atrae el mar y el mar absorbe el viento. Vórtice de aire y de agua, columna viva, avanza vertiginosamente sobre las ondas convulsas juntando, por un instante, la tierra con el cielo.

El fenómeno de Cristo descendiendo del mundo espiritual al físico a través de los planos astral y etéreo, semeja un meteoro marino. En ambos casos, las potestades de cielo y tierra se ayuntan y colaboran en una función

suprema. Más si se forma la tromba en breves minutos bajo la violencia del huracán y las corrientes eléctricas, el descenso de Cristo en la tierra exige millares de años, remontándose su causa primera a los arcanos de nuestro planetario sistema.

En esta metáfora que trata de definir por medio de una imagen el papel del Cristo cósmico en nuestra humanidad, la raza judía representa la contraparte terrestre, exotérica y visible. Es la porción inferior de la tromba que se remonta atraída por el torbellino de lo alto. Este pueblo se revuelve contra los demás. Con su intolerancia, su idea fija, obstinada, escandaliza a las naciones como la tromba escandaliza a las olas. La idea monoteísta entre los patriarcas.

Moisés se vale de ella para amasar una nación. Como el simún levanta una columna de polvo, junta Moisés a los ibrimos y beduinos errantes para formar el pueblo de Israel. Iniciado en Egipto, protegido por un Elohim al que llama Javé, se impone por la palabra, las armas y el fuego. Un Dios, una Ley, un Arca, un pueblo para mantenerla avanzando durante cuarenta años al través del desierto, soportando hambres y sediciones, camino de la tierra prometida.

De esta idea potente como la columna de fuego que precede al tabernáculo, ha salido el pueblo de Israel con sus doce tribus, que corresponden a los doce signos del Zodíaco. Israel mantendrá intacta la idea monoteísta, a pesar de los crímenes de sus reyes y los asaltos de los pueblos idólatras.

Y en esta idea se injerta, desde el origen, la idea mesiánica. Ya Moisés moribundo anunció al Salvador final, rey de justicia, profeta y purificador del universo.

De siglo en siglo, lo proclama la voz infatigable de los profetas, desde el destierro babilónico hasta el férreo yugo romano. Bajo el reinado de Herodes, el pueblo judío semeja una nave en peligro cuya tripulación enloquecida encendiera el mástil a manera de fanal que les guiara entre los escollos. Porque en este momento, Israel presenta el espectáculo desconcertante e inaudito de un pueblo pisoteado por el destino y que, medio aplastado, espera salvarse mediante la encarnación de un Dios. Israel debía naufragar, pero Dios encarnó. ¿Qué representa en este caso la trama compleja de la Providencia, de la humana libertad y del Destino?. El pueblo judío personifica y encarna en cierto modo la llamada del mundo a Cristo. En él la libertad humana, obstaculizada por el Destino, es decir, por las faltas del pasado, clama a la Providencia para el logro de su salvación. Porque las grandes religiones reflejaron esta predisposición como en un espejo. Nadie

alcanza a concretar una definida idea del Mesías, pero los iniciados la habían presentido y anunciado mucho tiempo antes. Contestó Jesús a los fariseos que le interrogaban sobre su misión: "Antes que Abraham, yo existia". A los apóstoles, temerosos de su muerte, decía estas sorprendentes palabras, jamás pronunciadas por ningún profeta y que aparecerían ridiculas en unos labios que no fueran los suyos. "Pasarán cielo y tierra, pero mis palabras no pasarán".

O son tales conceptos divagaciones de alienado o, de lo contrario, poseen una trascendente significación cosmológica. Para la oficial tradición eclesiástica, Cristo, segunda persona de la Trinidad, no abandonó el seno del Padre más que para encarnar en la Virgen María.

Para la tradición esotérica también Cristo es una entidad sobrehumana, un Dios en el amplio sentido de la palabra, la más alta manifestación espiritual por la humanidad conocida. Pero como todos los Dioses, Verbos del Eterno, desde los Arcángeles hasta los Tronos, atraviesa una evolución que perdura durante toda la vida planetaria y por ser la suya única entre las Potestades por completo manifestadas en una encarnación humana, resulta de especial naturaleza.

Para conocer su origen precisa remontar la historia de las razas humanas hasta la constitución del planeta, hasta el primer estremecimiento de luz en nuestra nebulosa. Porque, según la tradición rosicruciana, el Espíritu que habló al mundo bajo el nombre de Cristo y por boca del maestro Jesús, se halla espiritualmente unido al sol, astro-rey de nuestro sistema.

Las Potestades cósmicas han elaborado nuestro mundo bajo la dirección única y de acuerdo con una sapiente jerarquía. Bosquejamos en el plano espiritual tipos y elementos, almas y cuerpos, refléjanse en el mundo astral, vitalizante en el etéreo y se condensan en la materia.

Cada planeta es obra de distinto orden de potestades creadoras, que engendran otras formas de vida. Cada inmensa potestad cósmica, o sea, cada gran Dios tiene por séquito legiones de espíritus que son sus inteligentes obreros.

La tradición esotérica de Occidente considera a Cristo rey de los genios solares. En el instante en que la tierra separóse del sol, los sublimes espíritus llamados por Dionisio Areopagita, Virtudes por la tradición latina, Espíritus de la Forma por Rodolfo Steiner, retiráronse al astro luminoso que acababa de proyectar su núcleo opaco. Eran de una naturaleza harto sutil para gozarse en la densa atmósfera terrestre en que debían debatirse los Arcángeles. Pero, concentrados en torno del aura solar, actuaron desde allí con mucho más poder

sobre la tierra, fecundándola con sus rayos y revistiéndola con su manto de verdura. Cristo, devenido regente de estas potestades espirituales, podría titularse Arcángel solar. Cobijado por ellas permaneció mucho tiempo ignorado por los hombres bajo su velo de luz.

La tierra ingente sufrió el influjo de otro Dios cuyas legiones se hallaban entonces centralizadas en el planeta Venus. Esta potestad cósmica se llamó Lucifer, o Arcángel rebelde por la tradición judeocristiana, que precipitó el avance del alma humana en la conquista de la materia, identificando el yo con lo más denso de su envoltura. A causa de ello fue el causante indirecto del mal, pero también el impulsor de la pasión y del entusiasmo, esta divina fulguración en el hombre al través de los tumultos de la sangre. Sin él careceríamos de razón y de libertad y le faltaría al espíritu el trampolín para rebotar hacia los astros.

La influencia de los espíritus luciferianos predomina durante el período lemuriano y atlante, pero desde el comienzo del período ario se hace patente la influencia espiritual que emana del aura solar, que se acrecienta de período en período, de raza en raza, de religión en religión. Así, paulatinamente, Cristo se acerca al mundo terrestre por medio de una radiación progresiva.

Esta lenta y profunda incubación semeja, en el plano espiritual, lo que en el plano físico fuera la aparición de un astro advenido de lo profundo del cielo del que percibiríase, a medida de su acercamiento, el progresado aumento de su disco.

Indra, Osiris, Apolo, se elevan sobre la India, Egipto y Grecia como precursores de Cristo. Luce al través de estos Dioses solares como blanca lumbre tras los vitrales rojos, amarillos o azules de las catedrales. Aparece periódicamente a los contados iniciados como de vez en cuando sobre el Nilo, formando los róseos resplandores del sol poniente que se prolongan hasta el cénit, declina una lejana estrella. Ya resplandece para la aguda visión de Zoroastro bajo la figura de Ahura-Mazda como un Dios revestido con el esplendor del sol. Llamea para Moisés en la zarza ardiente, y fulgura, semejante al rayo, a través de todos los Elohim en medio de los relámpagos del Sinaí. Helo aquí convertido en Adonai, el Señor, anunciando asi su próxima venida.

Pero esto no era bastante. Para arrancar a la humanidad de la opresión de la materia en la que se hallaba sumergida desde su descenso, faltaba que este Espíritu sublime encarnara en un hombre, que precisaba que el Verbo solar descendiera en cuerpo humano, que se le viera andar y respirar sobre la tierra.

Para encaminar a los hombres por la senda de las altitudes espirituales y mostrarles su célico objetivo, no faltaba más que la manifestación del divino Arquetipo en el plano físico. Faltaba que triunfase del mal por el Amor infinito y de la muerte por la esplendorosa Resurrección. Que surgiera intacto, transfigurado y más majestuoso aun del abismo en que se había sumergido.

El redactor del Evangelio según San Juan pudo decir en un sentido a la vez literal y trascendente: “El Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros y vimos su gloria, lleno de gracia y de verdad”.

Tal es la razón cósmica de la encarnación del Verbo solar. Acabamos de percibir la necesidad de su manifestación terrestre desde el punto de vista de la evolución divina. Veamos ahora cómo la evolución humana le prepara Un instrumento digno de recibirlo.

II
EL MAESTRO JESUS, SUS ORÍGENES Y DESENVOLVIMIENTO

Una cuestión previa aparece a cuantos quieren evocar, en nuestros días, al verdadero Jesús: la del relativo valor de los cuatro Evangelios.

A todo el que haya penetrado mediante la meditación y la intuición la intrínseca verdad de tales testimonios, de carácter único, le tentará la respuesta a todas las objeciones opuestas por la crítica a la autenticidad de los Evangelios, valiéndose de una palabra de Goethe. Ya en la última época de su vida, dijóle un amigo:

— Según las investigaciones, el Evangelio de San Juan no es auténtico.

— ¿Y qué es auténtico — respondió el autor de Fausto — más que lo eternamente bello y verdadero?.

Mediante tan soberbio concepto, el viejo poeta, más sabio que todos los pensadores de su época, colocaba en su respectivo lugar las toscas construcciones de la escuela crítica y puramente documen- taría, cuya presuntuosa fealdad ha llegado a ocultar a nuestros ojos la Verdad de la Vida.

Seamos más precisos. Es cosa admitida que los Evangelios griegos fueron redactados mucho tiempo después de la muerte de Jesús a base de las tradiciones judías que se remontaban directamente hasta los discípulos y testigos oculares de la vida del Maestro. Contengan o no ciertas contradicciones de detalle y aunque nos presenten al profeta de Galilea bajo dos modalidades opuestas, ¿En qué se fundamentan, para nosotros, la verdad y autenticidad de tales escrituras?. ¿En la fecha de su redacción?. ¿En el cúmulo de comentarios amontonados sobre ellos?.

No. Su fuerza y su veracidad reside en la viviente unidad de la persona y de la doctrina que de ellas dimanan, poseyendo por contraprueba el hecho de que tal palabra ha cambiado la faz del mundo y la posibilidad de la nueva vida que puede aún evocar en cada uno de nosotros.

He aquí la soberana prueba de la realidad histórica de Jesús de Nazareth y de la autenticidad de los Evangelios. Lo demás es accesorio. En cuanto a los que, como David Strauss, imitado por algunos teósofos, intentan persuadirnos de que Cristo es un simple mito, “una inmensa patraña histórica”, su grotesco

pedantismo exige de nosotros más ciega fe que la de los más fanáticos creyentes. Como ha dicho muy bien Rousseau, si los pescadores de Galilea, los escribas de Jerusalén y los filósofos neoplatónicos de Éfeso hubiesen fabricado por entero la figura de Jesús-Cristo que venció al mundo antiguo y ha conquistado a la humanidad moderna, resultaría un milagro más ilógico y de más difícil comprensión que todos los realizados por Cristo. Para el ocultismo contemporáneo, como para los iniciados de todo tiempo, son hechos conocidos y averiguados si bien realzados por él a su máxima potencia.

Estos milagros materiales eran necesarios para persuadir a los contemporáneos de Jesús. Lo que ante nosotros se impone aún hoy con no menos invencible poderío, es la figura sugerente, es la incomparable grandeza espiritual de este mismo Jesús que resurge de los Evangelios y de la conciencia humana más lleno cada vez de vida.

Afirmemos, pues, con Rodolfo Steiner: “La moderna crítica sobre los Evangelios no nos aclara más que la contraparte externa y materiales detales documentos. Pero nada nos aporta de su esencia. Una personalidad tan vasta como la de Cristo, no podía abarcarla uno solo de sus discípulos. Debía revelarse a cada cual según sus facultades, al través de un aspecto distinto de su naturaleza. Supongamos que sólo tomáramos la fotografía de un árbol por un solo lado. No tendríamos más que una imagen parcial. Supongamos, empero, que la tomáramos desde cuatro distintos puntos de vista. Tendríamos entonces una imagen completa.

“Lo mismo ocurre con los Evangelios. Cada uno de ellos corresponde a un distinto grado de iniciación y nos presenta diversamente la naturaleza de Jesús-Cristo”.

“Mateo y Lucas nos describen preferentemente al maestro Jesús, es decir, la naturaleza humana del fundador del cristianismo. Marcos y Juan sugieren, por encima de todo, su naturaleza espiritual y divina”.

“Lucas, el evangelista más poético y más imaginativo, relata la vida íntima del Maestro. Veía el reflejo de su yo en su cuerpo astral. Describe, en conmovedoras imágenes, el poder de amor y de sacrificio que derramaba su corazón”.

“Marcos corresponde al aura magnética que rodea a Cristo cuyos rayos se prolongan hasta el mundo del espíritu. Él nos muestra, sobre todo, su fuerza milagrosa de terapeuta, su majestad y poderío”.

“Juan es por excelencia, el Evangelio metafísico. Su objeto es revelar el divino espíritu de Cristo. Menos preciso que Marcos y Mateo, más abstracto que Lucas, carece, al revés de este último, de las incisivas visiones que

reflejan los hechos del mundo astral. Pero oye el verbo interior y primordial, la creadora palabra que vibra en cada modulación y en toda la vida de Cristo, proclamando el Evangelio del Espíritu".

"Los cuatro evangelistas representan, pues, los inspirados y los clarividentes de Cristo, aunque cada cual lo exprese según sus límites y al través de su esfera". ***(Esta clasificación de los Evangelios desde su peculiar punto de comprensión es un resumen de diversas conferencias del doctor Rodolfo Steiner).***

La diversidad y la unidad de inspiración de los Evangelios que se complementan y entrefunden como las cuatro etapas de la vida humana, nos demuestran su valor relativo. Relacionando cada uno con lo que representa, se logra penetrar poco a poco en la alta personalidad de Jesús-Cristo que bordea en su fase humana la evolución particular del pueblo judío y en su divina fase, toda la evolución planetaria. ***(Remito al lector al libro anterior de Jesús, donde se hace referencia al primordial desenvolvimiento de Jesús y a la expansión de su conciencia).***

Remontando la ascendencia de Jesús hasta David y Abraham, el Evangelio de Mateo nos le hace descender de los elegidos de la raza de Judá. Su cuerpo físico es la flor suprema de aquel pueblo.

He aquí cuanto precisa retener de este árbol genealógico. Físicamente, el Maestro Jesús debía ser el producto de una larga selección, la filtración de toda una raza.

Estas espontáneas vislumbres reciben aqui la luminosa confirmación de la ciencia de un pensador y vidente de primer orden.

Pláceme manifestar por medio de estas lineas mi fervorosa gratitud a tres distinguidos teósofos suizos: señor Oscar Grosheinz, de Berna; Sra. Grosheinz, de Berna; Sra. Grosheinz Laval y señor Hahn, de Basilea, que me proporcionaron preciosas informaciones sobre algunas conferencias privadas del doctor Steiner.

Pero además del atavismo del cuerpo, existe el del alma. Todo ego humano ha pasado por numerosas encarnaciones precedentes. Las de los iniciados son de especial modalidad, de excepción y proporción ajustada a su grado evolutivo.

A los nabí, profetas judíos, los consagraban por lo común sus propias madres a Dios y se les imponía el nombre de Emmanuel o Dios en sí mismo. Ello significaba que serían inspirados por el Espíritu. Concurrían aquellos niños a un colegio destinado a los profetas y luego hacían votos para consagrarse a la vida ascética, en el desierto. Se llamaban Nazarenos porque

dejaban crecer sus cabellos.

Los que se llaman en la Indian Bodisatvas tienen muchos puntos de semejanza (teniendo en cuenta todas las diferencias de raza y de religión) con los profetas hebreos que llevaban el nombre de Emmanuel. Eran seres cuya alma espiritual (Bodhi) se hallaba lo suficientemente desenvuelta para relacionarse con el mundo divino durante su encarnación. Un Buda era para los indios un Bodisatvá que había alcanzado la perfección moral en su última encarnación. Esta perfección suponía una completa penetración del cuerpo por el alma espiritual.

Después de tal manifestación, que ejerce sobre la humanidad una influencia regeneradora y purificadora, no tiene un Buda necesidad de reencarnar otra vez. Entra en la gloria del Nirvana o de la No-Ilusión y permanece en el mundo divino, desde donde continúa influyendo en la humanidad.

Cristo es más que Bodisatvá y más que Buda. Es una potestad cósmica, el elegido de los Dioses, el mismo Verbo solar que no toma cuerpo más que una vez para dar la humanidad su más poderoso impulso. Un espíritu de tal envergadura no podía encarnarse en el seno de una mujer y en el cuerpo de un niño. Este dios no podía seguir, como se hallan obligados los demás hombres, aun los más elevados, el cerco angosto de la evolución animal que se reproduce en la gestación del niño por medio de la madre. No podía sufrir, inevitable ley de toda encarnación, el temporáneo eclipse de la conciencia divina. Un Cristo, directamente encarnado en el seno de una mujer, hubiera matado a la madre como mató Júpiter a Semele, madre del segundo Dionisos, según la leyenda griega. Necesitaba para encarnar, un cuerpo adulto, evolucionado por una raza fuerte hasta un grado de perfección y de pureza digno, del Arquetipo humano, del Adam primitivo, modelado por los Elohim en la luz increada en el origen de nuestro mundo.

Este cuerpo, elegido entre todos, otorgólo la persona del Maestro Jesús, hijo de María. Pero precisaba aun que desde su nacimiento hasta la edad de treinta años, época en que debía tomar Cristo posesión de su tabernáculo humano, fuera el cuerpo del Maestro Jesús templado y afinado por un iniciado de primer orden. De este modo un hombre casi divino ofrecía su cuerpo en holocausto, como vaso sagrado, para recibir a Dios hecho hombre.

¿Quién es el gran profeta, ilustre entre los religiosos fastos de la humanidad, al que incumbió esta terrible tarea?. Los evangelistas no lo dicen. Pero el Evangelio de Mateo lo indica claramente haciéndolo presentir al través de la más sugestiva de sus leyendas.

El divino Infante ha nacido en la noche embalsamada y plácida de

Belén. Pesa el silencio sobre los negros montes de Judá. Sólo los pastores oyen las voces angélicas que bajan del cielo, cuajado de estrellas.

Duerme el Niño en su pesebre. Su madre, extasiaba, lo cobija con los ojos. Cuando abre los suyos siente María la hondura hasta la médula, como cuchilla penetrada por este rayo solar que la interroga con espanto. La pobre alma sorprendida, venida de lejos, sumerge a su alrededor una mirada medrosa, pero halla otra vez su perdido cielo en las vibrantes pupilas de su madre. Y el niño duerme de nuevo profundamente.

El evangelista que relata esta escena, ve algo más todavía. Ve las fuerzas espirituales concentradas sobre este grupo en la profundidad del espacio y del tiempo, condensándose para él en un cuadro lleno de majestad y de dulzura.

Llegados del lejano Oriente, tres magos atraviesan el desierto y se encaminan hacia Belén. Detiénese la estrella sobre el establo en que dormita Jesús Niño. Entonces los reyes magos, llenos de júbilo, se postran ante el recién nacido para adorarlo y ofrendarle el homenaje de oro, incienso y mirra, símbolos de sabiduría, compasión y fuerza de voluntad.

¿Cuál es el significado de esta visión? Eran los magos discípulos de Zoroastro, considerándole como su rey. Llamábanse a sí mismos reyes, porque sabían leer en el cielo e influir en los hombres.

Una antigua tradición circulaba entre ellos: su Maestro debía reaparecer en el mundo bajo el nombre de Salvador (Sosiosch) y restablecer el reinado de Ormuz. Durante siglos los iniciados de Oriente sustentaron esta predicción de un Mesías.

Por fin se cumplió. El evangelista que nos relata la escena, traduce, en el lenguaje de los adeptos, que los Magos de Oriente dieron la bienvenida, en el infante de Belén, a una reencarnación de Zoroastro. Tales son las leyes de la evolución divina y de la psicología trascendente. Tal la filiación de las más elevadas individualidades. Tal el poder que teje, con las grandes almas, líneas inmensas sobre la trama de la historia. ¡El mismo profeta que anunciara al mundo el Verbo solar bajo el nombre de Ahura-Mazda desde las cimas del monte Albordj y en las llanuras del Irán, debía renacer en Palestina para encarnarlo en todo su esplendor!.

Por grande que sea un iniciado se eclipsa su conciencia al encarnar bajo el velo de la carne. Se halla forzado a reconquistar su yo superior en su vida terrestre magnificándola con esfuerzos nuevos.

Protegió la niñez y la adolescencia de Jesús su familia, simple y piadosa. Su alma, replegada sobre sí misma, no halló trabas para su expansión

como los silvanos lirios entre las hierbas altas de Galilea. Abría sobre el mundo su mirada clara, pero su vida permanecía herméticamente cerrada. No sabía aún quién era ni qué esperaba.

Pero, como se ilumina a veces el paisaje agreste con súbitas claridades, así se aclaraba su alma con visiones intermitentes.

"Un día, en las azules montañas de Galilea, extasiado entre los blancos lirios de corola violácea que crecen entre hierbajos altísimos, de talla humana, vio llegar hasta él, desde el fondo de los espacios, una maravillosa estrella. Al aproximarse, se convirtió en un gran sol, en cuyo centro sobresalía una figura humana, fulgurante e inmensa. Aunaba ella la majestad del Rey de Reyes con la dulzura de la Mujer Eterna, porque era Varón por afuera y mujer por dentro". (De Santuarios de Oriente).

Y el adolescente, recostado entre el crecido césped, se sintió como suspendido en el espacio por la atracción de aquel astro. Al despertar de su sueño sintióse ligero como una pluma.

¿Qué era, pues, aquella prodigiosa visión que frecuentemente se le aparecía?. Asemejábase a las descritas por los profetas, y sin embargo, era distinta. A nadie las comunicaba, pero sabía que contenían su anterior destino y su porvenir.

Jesús de Nazareth era de esos adolescentes que sólo se desenvuelven interiormente, sin que nadie lo perciba. La labor interna de su pensamiento se expande en un momento propicio a causa de una externa circunstancia y asombra y conmueve al mundo todo.

Describe Lucas esta fase de desenvolvimiento psíquico. José y María han perdido al niño que paseaba con ellos en los días de fiesta de Jerusalén y, siguiéndolo, lo hayan sentado en medio de los doctores del templo "escuchándolos y haciéndoles preguntas".

A la queja de los afligidos padres, responde: "¿Por qué me buscáis?. ¿No sabéis que en los negocios de mi Padre me conviene estar?". Pero ellos no comprendieron a su hijo, añade el evangelista. Por tanto, aquel adolescente penetrado de doble vida se hallaba "sujeto a sus padres y crecía en sabiduría y en edad y en gracia". ***(San Lucas, II, 41-52).***

III
PERMANENCIA DE JESÚS CON LOS ESENIOS EL BAUTISMO DEL JORDÁN Y LA ENCARNACIÓN DE CRISTO

¿Qué hizo Jesús de los trece a los treinta años?.

Los Evangelios no dicen de ello una palabra. Existe ahí una intencionada laguna y un profundo misterio. Porque todo profeta, por grande que sea, necesita pasar por la Iniciación. Precisa desvelar su prístina alma para que se capacite de sus fuerzas y cumpla su nueva misión.

La esotérica tradición de los teósofos de la antigüedad y de nuestros tiempos están contestes al afirmar que sólo los esenios podían iniciar al Maestro Jesús, postrera cofradía en la que todavía subsistían las tradiciones del profetismo y que habitaba en aquel entonces las orillas del Mar Muerto.

Los esenios, de los que Filón de Alejandría ha revelado las costumbres y la doctrina secreta, eran sobre todo conocidos como terapeutas o sanadores mediante los poderes del Espíritu. Asaya quiere decir médico. Los esenios eran médicos del alma.

Los evangelistas guardaron absoluto silencio, tan profundo como el callado Mar Muerto, sobre la Iniciación del Maestro Jesús, porque así convenía a la humanidad profana. Sólo nos han revelado su último término en el Bautismo del Jordán.

Pero reconocida, por una parte, la individualidad trascendente del Maestro Jesús, idéntica a la del profeta de Ahura-Mazda, y por otra, que el Bautismo del Jordán oculta el formidable Misterio de la encarnación de Cristo, según manifiestan, por medio de interpretables símbolos, que planean sobre el relato evangélico, las ocultas Escrituras, podemos revivir, en sus fases esenciales, esta preparación al más extraordinario acontecimiento de la historia, de modalidad única.

En la desembocadura del Mar Muerto, el valle del Jordán ostenta el más impresionante espectáculo de Palestina. Nada se le puede comparar.

Descendiendo de las alturas estériles de Jerusalén, percíbese una extensión desolada recorrida por un soplo sagrado que sobrecoge el ánimo. Y, a la primera ojeada, se comprende que los grandes acontecimientos religiosos

de la tierra hayan tenido lugar allí.

Una elevada franja de vaporoso azul llena el horizonte. Son las montañas de Moab. Sus cimas mondas se escalonan en domos y cúpulas.

Pero la grandiosa franja horizontal, perdida en polvaredas de bruma y de luz, domina su tumultuoso Océano, como domina al tiempo la eternidad.

Incomparablemente calva, distingüese la cumbre del monte Nebo, donde rindió Moisés su alma a Javé.

Entre los abruptos cimales de Judá y la inmensa cordillera de Moab se extiende el valle del Jordán, árido desierto bordeado de praderas y de pomos arbóreos.

Enfrente se divisa el oasis de Jericó con sus palmeras y sus viñedos, altos como plátanos y el tapiz de césped que ondula en primavera salpicado por anémonas rojas. Corre el Jordán aquí y allá entre dunas y arenas blancas para perderse en el Mar Muerto. Y éste aparece como un triángulo azul entre los elevados promontorios de Moab y de Judá que se oprimen sobre él como para mejor cobijarlo.

En torno del lago maldito que recubre, según la bíblica tradición, Sodoma y Gomorra, engullidas por un abismo de fuego, reina un silencio de muerte. Sus aguas saladas y aceitosas, cargadas de asfalto matan cuanto bañan. Ninguna vela lo surca, ningún pájaro lo cruza. Sobre los guijarros de sus playas áridas no se encuentra más que pescado muerto o blancuzcos esqueletos de áloes y sicómoros.

Y sin embargo la superficie de esta masa líquida, color lapislázuli, es un espejo mágico. Varía incesantemente de aspecto, como un camaleón. Siniestro y plomizo durante la tempestad, abre el sol el límpido azul de sus profundidades y refleja, en imágenes fantásticas, las colosales arquitecturas de los montes y el juego de las nubes. Y el lago de la muerte se convierte en el lago de las visiones apocalípticas.

Este valle del Jordán, tan fértil antaño, devastado en la actualidad, termina en la angostura del Mar Muerto como en un infierno sin salida. Semeja un lugar distante del mundo, lleno de espantables contrastes. Naturaleza volcánica, frenéticamente conmovida por las potestades productivas y destructivas.

El voluptuoso oasis de Jericó, regado por fuentes sulfurosas, parece ultrajar, con su soplo tibio, los convulsionados montes de demoníacas formas. Aquí mantenía el rey Herodes su harén y sus palacios suntuosos, mientras que a lo lejos, en las cavernas de Moab, tronaba la voz de los profetas. Las huellas de Jesús, impresas sobre aquel suelo, han acallado los últimos estertores de las

urbes infames. Es un país marcado por el sello despótico del Espíritu. Todo allí es sublime: su tristeza, su inmensidad y su silencio. Expira la palabra humana porque no se ha hecho más que para la palabra de Dios.

Compréndese que los esenios eligieran por retiro el más lejano extremo del lago, al que llama la Biblia "Mar Solitario". Engaddi es una angosta terraza semicircular situada al pie de un acantilado de trescientos metros, sobre la costa occidental de la Asfáltida, junto a los montes de Judá.

En el primer siglo de nuestra era, veíanse las moradas de los terapeutas construidas con tierra seca. En una estrecha barranca cultivaban el sésamo, el trigo y la vid. La mayor parte de su existencia la pasaban entre la lectura y la meditación.

Allí fue iniciado Jesús en la tradición profética de Israel y en las concordantes de los magos de Babilonia y de Hermes sobre el Verbo Solar. Día y noche, el predestinado Esenio leía la historia de Moisés y los profetas, pero sólo por medio de la meditación y de la iluminación interior acrecentadas en él, obtuvo conciencia de su misión.

Cuando leía las palabras del Génesis, resonaban en él como el armonioso tronar de los astros rodando en sus esferas. Y esta palabra creó las cosas, en cuadros inmensos: "Elohim dice: ¡Hágase la Luz!. Y la Luz se hizo. Elohim separa la Luz de las Tinieblas". Y veía Jesús nacer los mundos, el sol y los planetas.

Pero una noche, cuando frisaba ya en los treinta años, llenóle de asombro mientras dormía en su cueva la visión de Adonai, quien no se le había aparecido desde su infancia... Entonces, con la rapidez del rayo, recordó que mil años antes había sido ya su profeta. Bajo el torrente ígneo que le invadía, comprendió que él, Jesús de Nazareth, fue Zoroastro, bajo las cumbres del Albordj. Entre los arios, había sido el profeta de Ahura-Mazda.

¿Volvía a la tierra para afirmarlo de nuevo?. Júbilo, gloria, felicidad inaudita... ¡Vivía y respiraba en la misma Luz!... ¿Qué nueva misión le encomendaba el temible Dios?.

Siguieron semanas de embriaguez silenciosa y concentrada en las que revivía el Galileo su vida pasada. Luego, dibujó la visión como una nube en el abismo. Y parecióle entonces que abrazaba los siglos transcurridos desde su muerte con el ojo de Ormuz-Adonai. Esto causóle un dolor agudo. Como el lienzo tembloroso de un cuadro inmenso, descorrióse ante él la decadencia de la raza aria, del pueblo judío y de los países grecolatinos. Contempló sus vicios, sus dolores y sus crímenes. Vio la tierra abandonada de los Dioses. Porque la mayoría de los antiguos Dioses hablan abandonado a la humanidad

pervertida y el Insondable, el Dios-Padre, se hallaba demasiado lejos de la pobre conciencia humana.

Y el Hombre, pervertido, degenerado, moría sin conocer la sed de los Dioses ausentes. La mujer, que necesitaba ver a Dios al través del Hombre, moría al carecer de Héroe, de Maestro, de Dios vivo. Se convertía en víctima o cortesana, como la sublime y trágica Mariana, hija de los Macábeos, que quiso con inmenso amor al tirano Herodes y no halló más que los celos, la desconfianza y el puñal asesino...

Y el Maestro Jesús, errando sobre los acantilados de Engaddi oía la lejana pulsación rítmica del lago. Esta voz densa que se amplificaba repercutiendo en las anfractuosidades de las rocas, como vasto gemido de mil ecos, parecía entonces el grito de la marea humana elevándose hasta Adonai para reclamarle un profeta, un Salvador, un Dios...

Y el antiguo Zoroastro, convertido en el humilde Esenio, también invocaba al Señor ¿Descendería el Rey de los Arcángeles solares para dictarle su misión?. Pero no descendía.

Y en vez de la visión esplendorosa, una negra cruz se le aparecía en la vigilia y el sueño. Interior y exteriormente, flotaba ante su presencia. Le acompañaba en la playa, le seguía sobre los grandes acantilados, erguíase en la noche como sombra gigantesca entre el Mar Muerto y el estrellado cielo.

Cuando interrogaba al impasible fantasma, Una voz respondía desde el fondo de sí mismo:

— Has erigido tu cuerpo sobre el altar de Adonai, como áurea y marfileña lira. Ahora tu Dios te reclama para manifestarse a los hombres. ¡Él te busca y te reclama!. ¡No escaparás!. ¡Ofrécete en holocausto!. ¡Abraza la cruz!

Y Jesús temblaba de pies a cabeza.

En la misma época, murmullos insólitos pusieron en guardia a los solitarios de Engaddi. Dos esenios que volvían del Jordán anunciaron que Juan Bautista predicaba el arrepentimiento de los pecados a orillas del río, entre una turba inmensa. Anunciaba al Mesías diciendo: “Yo os bautizo con agua. Aquel que vendrá os bautizará con fuego”. Y la agitación cundía en toda la Judea.

Una mañana, paseaba el Maestro Jesús por la playa de Engaddi con el centenario patriarca de los esenios. Dijo Jesús al jefe de la cofradía:

— Juan Bautista anuncia al Mesías. ¿Quién será?.

Contempló el anciano durante largo rato al grave discípulo y dijo:

— ¿Por qué lo preguntas si ya lo sabes?.

— Quiero escucharlo de tus labios.

— Pues bien, ¡tú serás!. Te hemos preparado durante diez años. La luz se ha hecho en tu alma, pero falta todavía la actuación de la voluntad. ¿Te hallas presto?.

Por toda respuesta extendió Jesús los brazos en forma de cruz y bajó la cabeza. Entonces el viejo terapeuta se prosternó ante su discípulo y besó sus pies, que inundó con un torrente de lágrimas mientras decía:

— En ti, pues, descenderá el Salvador del mundo.

Sumergido en un terrible pensamiento, el Esenio consagrado al magno sacrificio, lo dejó hacer sin moverse. Cuando el centenario se levantó, dijo Jesús:

— Estoy presto.

Miráronse de nuevo. La misma luz e idéntica resolución brillaban en los húmedos ojos del maestro y en la ardorosa mirada del discípulo.

— Ve al Jordán — dijo el anciano —, Juan te espera para el bautismo. ¡Ve en nombre de Adonai!.

Y el Maestro Jesús partió acompañado de dos jóvenes esenios.

Juan Bautista, en quien quiso reconocer luego Cristo al profeta Elias, representaba entonces la postrera encarnación del antiguo profetismo espontáneo e impulsivo.

Rugía todavía en él uno de aquellos ascetas que anunciaron a los pueblos y a los reyes las venganzas del Eterno y el reinado de la justicia, impelidos por el Espíritu.

Apretujábase en torno de él, como una ola, una multitud abigarrada, compuesta de todos los elementos de la sociedad de entonces, atraída por su palabra poderosa. Había en ella fariseos hostiles, samaritanos entusiastas, peajeros candidos, soldados de Herodes, barbudos pastores idumeos con sus rebaños de cabras, árabes con sus camellos y aun cortesanas griegas de Séforis atraídas por la curiosidad, en suntuosas literas con su séquito de esclavas.

Acudían todos con sentimientos diversos para “escuchar la voz que repercutía en el desierto”. Hacíase bautizar el que quería, pero no se consideraba esto un entretenimiento.

Bajo la palabra imperiosa, bajo la mano ruda del Bautista, se permanecía sumergido durante algunos segundos en las aguas del río. Y se salía purificado de toda mancha y como transfigurado. ¡Pero cuán duro el momento que transcurría!. Durante la prolongada inmersión, se corría el riesgo de perecer ahogado. La mayor parte creían morir y perdían el conocimiento. Decíase que algunos habían perecido. Pero eso no había hecho más que interesar más al pueblo en la peligrosa ceremonia.

Aquel día, la multitud que acampaba en torno del recodo del Jordán en donde predicaba y bautizaba Juan, se había revolucionado. Un maligno escriba de Jerusalén, instigado por los fariseos, habíala amotinado, diciendo al hombre vestido de piel de camello: "Un año hace que nos anuncias al Mesías que debe trastornar los poderes de la tierra y restablecer el reinado de David. ¿Cuándo vendrá?. ¿Dónde está?. ¿Quién es?. ¡Muéstranos al Macabeo, al rey de los judíos!. Somos muchos en número y armamentos. Si eres tú, dínoslo y guíanos al asalto de los maqueroes, al palacio de Herodes o la Torre de Sión, ocupada por los romanos. Se dice que eres Elias. Pues bien, ¡conduce a la multitud!..."

Se lanzaron gritos, lucieron lanzas. Una amenazadora oleada de entusiasmo y de cólera impulsó a la muchedumbre hacia el profeta.

Ante esta revuelta, echóse Juan encima de los amotinados, con su barbuda faz de asceta y de león visionario, y gritó: "¡Atrás, raza de chacales y de víboras!. El rayo de Jehová os amenaza".

Y en la mañana de aquel día emanaron vapores sulfurosos del Mar Muerto. Una nube negra cubrió todo el valle del Jordán, envuelto en tinieblas. Un trueno retumbó a lo lejos.

A aquella voz del cielo que parecía responder a la voz del profeta, la turba, sobrecogida de supersticioso temor, retrocedió, dispersándose en el campamento. En un abrir y cerrar de ojos hízose el vacío en torno del irritado profeta, hasta quedar completamente solo junto a la profunda ensenada donde finge el Jordán un broche entre enramadas de tamarindos, cañaverales y lentiscos.

Al cabo de un rato clareó el cielo en el cénit. Una leve bruma semejante a difusa luz se extendió sobre el valle, ocultando las cumbres y dejando sólo al descubierto las faldas de las montañas que teñía con reflejos cobrizos.

Juan vio llegar a los tres esenios. A ninguno conocía, pero reconoció la orden a que pertenecían por sus blancas vestiduras.

El más joven de los tres se le dirigió diciendo:

— El patriarca de los esenios ruega a Juan el profeta que administre el bautismo a nuestro hermano elegido, al Nazareno Jesús, sobre cuya testa jamás ha pasado el hierro.

— ¡Que el Eterno lo bendiga!. ¡Que penetre en la onda sacra! — dijo Juan sobrecogido de respeto ante la majestad del desconocido, de elevada talla, bello como un ángel y pálido como un muerto, que avanzaba ante él, con los ojos bajos.

Sin embargo, no se daba cuenta aún el Bautista del sublime Misterio de que iba a ser oficiante.

Titubeó un instante el Maestro Jesús antes de penetrar en el estanque que formaba un leve remanso del Jordán. Luego se sumergió resueltamente en él y desapareció bajo sus ondas.

Tendía Juan su mano sobre el agua limosa murmurando sus palabras sacramentales. En la orilla opuesta, presas de mortal angustia, los dos esenios permanecían inmóviles.

No se permitía ayudar al bautizado a salir del agua. Creíase que un efluvio del Divino Espíritu entraba en él por influjo de la mano del profeta y el agua del río. La mayoría salían reavivados de la prueba. Algunos murieron y otros enloquecían como posesos. A éstos se les llamaba endemoniados.

¿Por qué tardaba Jesús en salir del Jordán donde el siniestro remanso continuaba burbujeando en el lugar fatídico?.

En aquel momento, en el silencio solemne, tenia lugar un acontecimiento de trascendencia incalculable para el mundo. Si bien lo presenciaron millares de invisibles testigos, sólo lo vieron cuatro sobre la tierra: ambos esenios, el Bautista y el mismo Jesús.

Tres mundos experimentaron como el surcar de un rayo proveniente del mundo espiritual, que atravesó la atmósfera astral y la terrena hasta repercutir en el físico mundo humano. Los terrestres actores de aquel drama cósmico fueron afectados en diversa forma, aunque con idéntica intensidad.

¿Qué pasó desde el primer momento en la conciencia del Maestro Jesús?. Una sensación de ahogo bajo la inmersión, seguida de una convulsión terrible. El cuerpo etéreo se desprende violentamente de la envoltura física. Y durante algunos segundos, toda la vida pasada se arremolina en un caos. Luego un alivio inmenso y la oscuridad de la inconsciencia.

El Yo trascendente, el alma inmortal del Maestro Jesús, ha abandonado para siempre su cuerpo físico sumergida de nuevo en el aura solar que la aspira.

Pero simultáneamente, por un movimiento inverso, el Genio solar, el Ser sublime que llamamos Cristo, se apodera del abandonado cuerpo y se posesiona de él hasta la médula, para animar con nueva llama esta lira humana preparada durante centenares de generaciones y por el holocausto de su profeta.

¿Fue este acontecimiento lo que hizo fulgurar el cielo azul con el resplandor de un rayo?. Los dos esenios contemplaron, iluminado, todo el valle del Jordán. Y ante su lumbre cegadora, cerraron los ojos como si hubieran visto un esplendoroso Arcángel precipitarse en el río, la cabeza baja, dejando tras sí miríadas de espíritus, como un reguero de llamas.

E1 Bautista nada vio. Aguardaba, con profunda angustia, la reaparición del sumergido. Cuando por fin el bautizado salió del agua, un escalofrío sagrado recorrió el cuerpo de Juan, porque del Esenio parecía chorrear la luz, y la sombra que velaba su semblante habíase trocado en majestad serena. Un resplandor, una dulzura tal emanaba de su mirada, que, en un instante, el hombre del desierto sintió que desaparecía toda la amargura de tu vida.

Cuando, ayudado de sus discípulos, revistió otra vez el Maestro Jesús el manto de los esenios, hizo al profeta merced de su bendición y despedida. Entonces Juan, sobrecogido de súbito transporte, vio la inmensa aureola que flotaba en torno del cuerpo de Jesús, sobre su cabeza, milagrosa aparición, vio planear una paloma de incandescente luz semejante a fundido argento al salir del crisol.

Sabía Juan, por la tradición de los profetas, que la Paloma Yona simboliza, en el mundo astral, el Eterno-Femenino celeste, el Arcano del amor divino, fecundador y transformador de almas, al que llamarían los cristianos Espíritu Santo.

Simultáneamente oyó, por segunda vez en su vida, la Palabra primordial que resuena en los arcanos del ser y que lo había impulsado antaño hacia el desierto, como toque de trompeta. Ahora retumbaba como un tronar melodioso. Su significado era: "He aquí a mi Hijo bienamado: hoy lo he engendrado. ***(Léase esta postrera alusión en el primitivo Evangelio hebreo y en los antiguos textos de los sinópticos. Más tarde se substituyó por la que se lee ahora: "Este es mi Hijo muy amado en quien he puesto todo mi afecto", lo que aparece como vana repetición. Precisa añadir que en el sagrado simbolismo, en esta oculta escritura adaptada a los Arquetipos del mundo espiritual, la sola presencia de la mística Paloma en el bautismo de Juan indica la encarnación de un Hijo de Dios).*** Solamente entonces comprendió Juan que Jesús era el Mesías predestinado.

Vio cómo se alejaba, a pesar suyo. Seguido de sus dos discípulos, atravesó Jesús el campamento, donde pululaban, mezclados, camellos, asnos, literas de mujeres y rebaños de cabras, elegantes seforianas y rudos moabitas, dispersos entre abigarrado gentío.

Cuando hubo desaparecido Jesús, creyó ver aún el Bautista flotar en los aires la aureola sutil cuyos rayos se proyectaban en la lejanía. Entonces el profeta entristecido sentóse sobre un montículo de arena y ocultó su frente entre las manos.

Advenía la noche, con sereno cielo. Enardecidos por la actitud humilde del Bautista, los soldados de Herodes y los peajeros conducidos por el

emisario de la sinagoga, se acercaron al rudo predicador. Inclinado sobre él, el astuto escriba dijo con sarcasmo:

— Vamos a ver. ¿Cuándo nos vas a mostrar al Mesías?.

Juan contempló severamente al escriba y sin levantarse contestó:

— ¡Insensatos!. ¡Acaba de pasar entre vosotros!... ¡y no lo habéis reconocido!.

— ¿Qué dices?. ¿Es acaso ese Esenio el Mesías?. Entonces, ¿Por qué no le sigues?.

— No me está permitido. Es preciso que él crezca mientras yo disminuya. Se acabó mi tarea. No predicaré más... ¡Id a Galilea!.

Un soldado de Herodes, una especie de Goliat con semblante de verdugo que respetaba al Bautista y se complacía oyéndole, murmuró alejándose con piadosa amargura:

— ¡Pobre hombre!. ¡Su Mesías lo ha puesto enfermo!.

Pero el escriba de Jerusalén partió riéndose a grandes carcajadas, gritando:

— ¡Qué imbéciles sois!. Se ha vuelto loco... ¡Os habréis convencido de que he obligado a callar a vuestro profeta!.



Tal fue el descenso del Verbo Solar en el Maestro Jesús.

Hora solemne, capital momento de la Historia. Misteriosamente — y con qué inmenso amor las divinas potestades actuaron desde lo alto durante milenios, para cobijar al Cristo y lograr que luciera para la humanidad al través de otros Dioses.

Vertiginosamente — y con qué frenético deseo — el océano humano alzóse desde sus profundidades como un torbellino valiéndose del pueblo judío para formar en su cima un cuerpo digno de recibir al Mesías.

Y por fin se cumplió el deseo de los ángeles, el sueño de los magos, el clamor de los profetas.

Juntáronse ambas espirales. El torbellino del amor divino unióse al torbellino del dolor humano. Se formó la tromba.

Y, durante tres años, el Verbo Solar recorrerá la tierra a través de un cuerpo lleno de fortaleza y de gracia, para probar a todos los hombres que Dios existe, que la Inmortalidad no es una palabra vana y que los que aman, creen y esperan, pueden alcanzar el cielo al través de la muerte y de la

Resurrección.

IV
RENOVACIÓN DE LOS MISTERIOS ANTIGUOS POR LA VENIDA DE CRISTO - DE LA TENTACIÓN A LA TRANSFIGURACIÓN

Tratemos de definir la constitución del ser sublime, de naturaleza única, salido del bautismo del Jordán.

El hijo de María, el Maestro Jesús, el Iniciado Esenio qué cedió al Cristo su cuerpo físico, ofrecióle al propio tiempo sus cuerpos etéreo y astral. Triple envoltura admirablemente armonizada y evolucionada.

A través de ella, el Verbo Solar que habló astralmente a Zoroastro y en cuerpo etéreo a Moisés bajo la forma de Elohim, hablará a los hombres al través de su hombre de carne y hueso. Faltaba eso para animarlos y convencerlos. ¡Tal opacidad oponían a la luz del alma y tal sordera a la palabra del Espíritu!.

Muchas veces, bajo diversas formas, se manifiestan los Dioses a los hombres desde el período atlante hasta los tiempos heroicos de Judea y de Grecia. Inspiraron a los rishis, iluminaron a los profetas, protegieron a los héroes.

Con el Cristo apareció por vez primera un Dios por completo encarnado en cuerpo de hombre. Y este fenómeno sin par en la Historia, se produjo en el céntrico instante de la evolución humana, es decir, en el punto inferior de su descenso en la materia.

¿Cómo remontará desde el oscuro abismo a las claras cumbres del Espíritu?. Precisa para ello el formidable impulso de un Dios hecho hombre. Realizado el impulso, continuará la acción del Verbo sobre la humanidad por medio de su efluvio. Pero no será ya necesaria su encarnación.

De ahí el maravilloso organismo del ser que hubo por nombre Jesús-Cristo. Por sus sensaciones, se sumerge en la carne; por sus pensamientos se remonta a los Arquetipos. En cada soplo suyo respira la Divinidad. La totalidad de su conciencia es continua en esta palabra que tan a menudo acude a sus labios: “Mi Padre y yo somos uno”.

Pero al mismo tiempo se halla unido a los sufrimientos de la humanidad con invencible ternura, por el inmenso amor que le hizo aceptar libremente su

misión.

Su alma es una llama viva que emana de la perpetua combustión de lo humano por lo divino. Con esto puede uno capacitarse del poderío irradiador de semejante ser.

Envolvía su aura humana una vasta aureola celeste que le permitía comunicar con todas las potestades espirituales. Su pensamiento no tropieza jamás en las escabrosas sendas del razonamiento, sino que brota con el fulgor del rayo de esta céntrica Verdad que lo abarca todo.

Atraídas por esta fuerza primordial, precipítame las almas hacia Él y vibran y renacen bajo sus rayos. El objeto de su misión consiste en espiritualizar la tierra y el hombre, elevándolos a un estadio superior de evolución. El medio será a la vez moral e intelectual. Moral, por la expansión amorosa de este sentimiento de universal fraternidad que de Él emana como de un manantial inagotable. Intelectual y espiritual por la puerta que conduce a todas las almas anhelosas de Verdad hacia los Misterios. Así, en el transcurso de los tres años que duró su obra, inicia Cristo simultáneamente a su comunidad en la doctrina moral y a los apóstoles en los antiguos Misterios que Él rejuvenece y renueva, perdurándolos.

Pero al contrario de lo que acaeciera en Persia, en Egipto, Judea y Grecia, esta Iniciación, reservada antaño a unos cuantos elegidos, se propaga a la luz del día mediante reuniones públicas, para que la humanidad entera participe de ella.

“La vida real de Jesús — dice Rodolfo Steiner — fue un acontecimiento histórico de lo que antes ocurría dentro de la Iniciación. Lo que hasta entonces permaneciera enterrado en el misterio del templo, debía por El recorrer la escena del mundo con incisivo realismo. La vida de Jesús es, pues, una pública confirmación de los Misterios”.

1. LA TENTACIÓN DEL CRISTO

Aunque era Dios por esencia, debía Cristo atravesar por si mismo la primera etapa de la evolución antes de comenzar su ministerio.

No le es posible al hombre ordinario adquirir la visión del mundo astral más que preparando su doble inferior que la oculta a su percepción. La tradición oculta lo llama Guardián del Umbral y lo simboliza la leyenda bajo la forma del Dragón. Es una astral condensación de todas las precedentes encarnaciones bajo un aspecto impresionante y terrorífico. No se puede disipar este fantasma que obstaculiza el paso al mundo espiritual más que extirpando

del alma los últimos vestigios de las bajas pasiones.

Cristo, el puro Genio solar, no poseía doble inferior ni se hallaba sujeto al Karma. Limpio de toda mancha, no se había jamás separado de Dios. Pero la humanidad en medio de la que penetrara Cristo, poseía su Guardián del Umbral, es decir, la potestad cósmica que había impulsado su evolución precedente precipitándola en el cerco de la materia y, merced a la cual había conquistado la conciencia individual.

Es la potestad que al presente oculta a la mayoría de los hombres el mundo del Espíritu. La Biblia lo llama Satán, que corresponde al Arimán persa. Arimán es la sombra de Lucifer, su proyección y su contraparte inferior en los bajos mundos, el Daimón que ha perdido su divina conciencia, convertido en genio de las tinieblas, mientras Lucifer, a pesar de su caída, continúa siendo potencialmente el portaluz, actualizándose algún día.

He aquí por qué debía Cristo vencer a Arimán en el aura magnética de la tierra antes de dar principio a su misión. Ello justifica su ayuno de cuarenta días y las tres pruebas compiladas en tres imágenes en el Evangelio según Mateo.

El príncipe de este mundo somete sucesivamente a Cristo a la tentación de los sentidos (por medio del hambre), a la del temor (mostrándole el abismo en que intenta precipitarle), a la del poder absoluto (ofreciéndole todos los reinos de la tierra). Y por tres veces, reacciona Cristo en nombre de la palabra de Verdad que le habla y resuena en su interior como la armonía de las esferas.

Mediante esta invencible resistencia, vence a Arimán, que retrocede con sus innúmeras legiones ante el Genio Solar.

Se ha abierto una brecha en la tenebrosa envoltura que recubre la tierra. Se ha abierto de nuevo el portal del alma humana. Cristo ya puede entrar.



En la educación que da Cristo a su comunidad, encontramos otra vez las cuatro etapas dé la antigua Iniciación, formuladas por Pitágoras en la siguiente forma:

1. Preparación o instrucción,
2. Purificación,
3. Epifanía o iluminación,
4. Suprema Visión o síntesis. ***(Léase Pitágoras).***

Los dos primeros grados de esta Iniciación se destinaban al pueblo, es decir, a la totalidad, y se administraban junta y simultáneamente. Los dos últimos se reservaban a los apóstoles y particularmente a tres de ellos, administrándoselos gradualmente, hasta el fin de su vida.

Esta renovación de los antiguos Misterios representa, en un aspecto, una vulgarización y una continuación y por otra parte predisponían y capacitaban para la videncia sintética por medio de una más elevada espiritualidad.

2. PRIMER GRADO: PREPARACIÓN
EL SERMÓN DE LA MONTAÑA Y EL REINO DE DIOS

Comienza la labor de Cristo por el idilio de Galilea y el anuncio del “Reino de Dios”.

Esta predicación nos muestra su enseñanza popular y significa a un tiempo preparación para los más sublimes Misterios que gradualmente revelará a los apóstoles, es decir, a sus más allegados discípulos. Corresponde a la preparación moral en los antiguos Misterios.

Pero no nos hallamos ya en los templos ni en las criptas. La Iniciación galilea tiene por escenario el lago de Genezaret, de claras aguas, sustentadoras de peces múltiples. Los jardines y boscajes de sus orillas, sus montañas azules de matices violáceos, cuyas vastas ondulaciones cercan el lago como copa de oro, todo este paraíso embalsamado por plantas silvestres, forma el más rotundo contraste con el infernal paisaje del Mar Muerto.

Este cuadro, con la multitud inocente y candida que lo habita, era necesario al comienzo de la misión del Mesías. El Dios encarnado en el cuerpo de Jesús de Nazaret, sustenta un divino plan gestado durante siglos en líneas vastas como rayos solares. Ahora que es hombre y cautivo de la tierra, el mundo de las apariencias y de las tinieblas, precisa buscar la aplicación de aquel plan, paso a paso, grado por grado, sobre su pedregosa senda.

Se hallaba bien parapetado para ello. Leía en las conciencias, atraía a los corazones. Con una mirada penetraba en las almas, leyendo en sus destinos. Cuando decía al pescador Pedro, mientras aparejaba sus jarcias sobre la playa: “Sigúeme y te convertiré en pescador de hombres”. Pedro se levanta y le sigue.

Cuando aparece, en el crepúsculo, con su blanco manto de esenio, con la peculiar aureola que le circundaba, Santiago y Juan le preguntan: “¿Quién eres?”. Y Él responde sencillamente: “Venid a mi Reino”. Y ellos van.

Ya le sigue un cortejo de pescadores, de peajeros, de mujeres jóvenes y

viejas, al través de pueblos, campos y sinagogas.

Y helo aquí predicando sobre la montaña, a la sombra de una grande higuera: ¿Qué dice?. "Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados los afligidos, porque serán consolados. Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque serán colmados. Bienaventurados los de corazón puro, porque verán a Dios".

Estas verdades impregnadas de la voz intensa y la mirada del Maestro, no se dirigen a la razón, sino al sentimiento puro. Penetran en las almas como célico rocío sustentando mundos. Contienen todo el misterio de la vida espiritual y la ley de las compensaciones que enlaza las vidas.

Los que reciben estas verdades no miden su alcance, sino que penetran su sentido con el corazón, bebiéndolas como licor que embriaga. Y cuando el Maestro añade: "El Reino de los Cielos se halla dentro de vosotros", una flor de júbilo se abre en el corazón de las mujeres como una rosa prodiga todo su perfume al impulso del viento.

La palabra de fraternidad por cuyo medio se suele definir la enseñanza moral de Cristo, es harto insuficiente para expresar su esencia.

Una de sus características es el entusiasmo que provoca y la fe que exige. "Con el Cristo algo insólito penetra en el humano yo, algo que le permite percibir, hasta las últimas profundidades de su alma, este mundo espiritual no percibido hasta entonces más que mediante los cuerpos etéreo y astral".

"Antes, tanto en la civilización espontánea como en los Misterios, había siempre parte de inconsciencia. El Decálogo de Moisés, por ejemplo, no habla más que al cuerpo astral y se presenta bajo la forma de Ley, no de Vida. La Vida del Amor no entra en la humanidad más que por medio de Cristo. También Buda aportó al mundo la doctrina del Amor y de la Piedad. Pero su misión consistía en inculcarla mediante el razonamiento".

"Cristo es el Amor en persona y trae con él el Amor".

"Su sola presencia lo actualiza potentemente, irresistiblemente, como radiante sol".

"Existe una diferencia entre la comprensibilidad de un pensamiento y la fuerza que nos inunda como un torrente de vida. Cristo aportó al mundo la Substancia del Amor y no solamente la Sabiduría del Amor, dándose, vertiéndose por entero en la humanidad". ***(Rodolfo Steiner, Conferencias de Basilea sobre el Evangelio de Lucas).***

De ahí proviene la índole de fe que reclama Cristo a los suyos. La fe, en el sentido del Nuevo Testamento, como harto a menudo pretenden los

llamados ortodoxos, no significa una adhesión y una sumisión ciega de la inteligencia a dogmas abstractos e inmutables, sino una convicción del alma y una plenitud de amor capaces de desbordar de un alma para verterse en otra. Es una perfección que se comunica. Cristo ha dicho: "No basta que deis a los que os pueden devolver. Los peajeros hacen lo mismo. Ofreced a aquéllos que no puedan corresponderos". "El amor de Cristo es un amor desbordante y sumergente". ***(Rodolfo Steiner, Conferencias de Basilea sobre el Evangelio de Lucas).***

Tal es la predicación de este "Celeste Reino" que reside en la vida interior y que a menudo compara el Divino Maestro a un grano de mostaza. Sembrado en tierra convertiráse en erguida planta que a su vez producirá semillas a millares.

Este celeste reino que subyace en nosotros contiene en germen todo lo demás. Ello basta a los sencillos, a los que Jesús dirá: "Bienaventurados los que no vieron y creyeron".

La vida interior contiene en sí la felicidad y la fuerza. Pero en el pensamiento de Cristo no es más que la antesala de un más vasto reino de infinitas esferas: el reino de su Padre, el mundo divino cuya senda quiere abrir de nuevo a todos los hombres y dar la esplendorosa visión a sus elegidos.

Esperando, la ingente comunidad que rodea al Maestro se acrecienta y viaja con Él, acompañándole de una orilla a otra del lago, bajo los naranjales del llano y los almendros de los alcores, entre los trigos maduros y los blancos lirios de violada corola que salpican las hierbas de las montañas.

Predica el Maestro el Reino de Dios a las multitudes desde una barca amarrada junto al puerto, en las diminutas sinagogas o bajo los grandes sicómoros del camino.

La turba le llama ya el Mesías aun sin comprender el alcance de este nombre e ignorando hacia dónde les conducirá. Pero Él está allí y esto les basta.

Tan sólo las mujeres presienten quizá su naturaleza sobrehumana y, adorándolo con amor lleno de ímpetus y turbaciones, alfombran su camino con flores. Él mismo gozaba en silencio, a manera de un Dios, de esta terrestre primavera de su Reino.

Humanízase su divinidad y enternece frente a todas aquellas almas palpitantes que esperan de Él la salvación, mientras va desentrañando sus entremezclados destinos adivinando su porvenir. Sentía el gozo de esta floración de las almas como el callado esposo de las bodas de Cana gozaba de la esposa silente y perfumada en medio de su séquito de paraninfos.

Según los Evangelios, un dramático episodio proyecta su sombra en las ondas solares que cabrillean sobre esta primavera galilea. ¿Es el primer asalto de las fuerzas hostiles que actúan contra Cristo desde lo invisible?.

Cuando cierto día atravesaban el lago, desencadenóse una de las terribles borrascas tan frecuentes en el mar de Tiberíades. Dormía Jesús en la popa. ¿Hundiríase la bamboleante nave?. Despertaron al Maestro, quien con los brazos tendidos calmó las olas mientras el esquife, con viento propicio, hendía el hospitalario puerto.

He aquí al menos lo que nos relata Mateo. ¿Qué se opone a su veracidad?.

El Arcángel solar, en directa comunicación con las potestades que gobiernan la terrena atmósfera, pudo muy bien proyectar su voluntad, como mágico círculo, en el torbellino de Eolo. Pudo trocar en azul el oscuro cielo y crear por un instante durante la tormenta el ojo de la tempestad con el corazón de un Dios.

¿Realidad o símbolo?. En ambos casos, verdad sublime. Dormía Cristo en la pesquera barca en el seno de las olas irritadas. ¡Qué soberbia imagen de la paz del alma consciente de su divina patria en medio de los rugientes elementos y de las pasiones desencadenadas!.

3. SEGUNDO GRADO DE LA INICIACIÓN: PURIFICACIÓN CURACIONES MILAGROSAS - LA TERAPÉUTICA CRISTIANA

En todos los Misterios antiguos sucedía a la preparación moral e intelectual una purificación del alma encaminada a desenvolver nuevos órganos que capacitaban, por consiguiente, para ver el divino mundo.

Era en esencia una purificación de los cuerpos astral y etéreo. Con el Cristo, repetimos, descendió la Divinidad, atravesando los planos etéreo y astral hasta llegar al físico. Por tanto, su influencia se ejercía aún sobre el cuerpo físico de sus fieles, al través de los otros dos, transformando de esta manera todo su ser, desde lo más bajo a lo más alto. Su influjo, atravesando las tres esferas de vida, borboteará en la sangre de sus venas alcanzando las cumbres del alma.

Porque Cristo es a la vez médico del cuerpo y del alma. De ahí esta nueva terapéutica de inmediatos efectos, deslumbrantes y trascendentes. Magnífico ejemplo jamás igualado sobre cuyas huellas andarán los creyentes del Espíritu.

El esotérico concepto del milagro no se fundamenta en un truncamiento o en una tergiversación de las leyes de la naturaleza, sino en una acumulación de fuerzas dispersas eri el Universo sobre un punto dado y en una aceleración del proceso vital de los seres. Antes que lo realizara Cristo, milagros análogos se habían operado ya en los santuarios de Asia, Egipto y Grecia, en el de Esculapio en Epidauro, entre otros, como atestiguan inscripciones múltiples.

Sin embargo, los milagros de Cristo se caracterizan por su intensidad y moral trascendencia. Paralíticos, leprosos, endemoniados o ciegos, sienten los enfermos, una vez curados, transformada el alma. Restablécese el equilibrio de las fuerzas en su cuerpo por el fluido del Maestro, pero simultáneamente les ha otorgado su divina belleza el rayo de la esperanza y su amor la lumbre de la fe. Su contacto con Cristo repercutirá en todas sus existencias futuras.

Lo justifica la cura del paralítico. Treinta años estuvo esperando junto al estanque de Betesta sin lograr sanar. Díjole simplemente Cristo: "Levantate y anda". Y se levantó. Después le dijo al enfermo curado: "Ve y no peques más".

"Amor transformado en acción, he aquí el don de Cristo. Lo reconoció Lucas como médico del cuerpo y del alma, porque también ejerció él la medicina practicando el arte de sanar por medio del Espíritu. Por ello pudo comprender la terapéutica de Jesús. Al través de Lucas aparecen las elevadas enseñanzas del Budismo como rejuvenecidas por un manantial de Juventud". ***(Rodolfo Steiner, Conferencias de Basilea sobre el Evangelio de Lucas).***

4. TERCER GRADO DE LA INICIACIÓN: ILUMINACIÓN LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO

Se admite generalmente, en nuestros días; la opinión de que Jesús trajo únicamente el Reino de Dios para los sencillos, ofreciendo a todos una enseñanza única, acabando con ello todo Misterio.

Nuestra época, que ha creído encontrar ingenuamente una nueva religión en la democracia, ha intentado circunscribir al más grande de los Hijos de Dios a este ideal mezquino y grotesco, consistente en el derrumbamiento de los elegidos, de los que sobrepujan la generalidad. El más ilustre de sus biógrafos, ¿No se ha creído en el deber de dar a Jesús, no lejos de nuestros días, el más absurdo de los epítetos llamándolo "amable demócrata"?.

Ciertamente intentó Jesús facilitar la verdadera senda a todas las almas de buena voluntad, pero sabía también que era necesario dosificar la verdad

según el grado de las inteligencias. El buen sentido por sí solo excusa la creencia de que un espíritu de tal profundidad desconociera la ley de la jerarquía que rige el universo, la naturaleza y los hombres. Los cuatro Evangelios refutan la opinión de que la doctrina de Cristo carece de grados y de misterios.

Solicitando los apóstoles a Jesús por qué habla al pueblo por medio de parábolas, responde: "Porque a vosotros os es dado conocer los Misterios del Reino de los Cielos. Pero a ellos no les es dado. Porque al que ya posea, más se le dará. Pero al que de todo carezca se le despojará de lo dado". ***(Mateo, XIII, 10 y 11).*** Significa esto que la verdad consciente, es decir, cristalizada por medio del pensamiento no se destruye, y se convierte en centro de atracción para las nuevas verdades, mientras que la verdad flotante e instintiva se esteriliza y desperdicia bajo la multiplicidad de impresiones. Cristo tuvo su doctrina secreta reservada a los apóstoles, a la que llamaba "Misterios del Reino de los Cielos".

Pero hay más todavía. Contemplada de cerca la jerarquía, se acentúa y escalona conforme a los cuatro grados de la Iniciación clásica.

1. En primer lugar el pueblo, al que otorga la enseñanza moral bajo la forma de símiles y parábolas.

2. Siguen luego los setenta, que recibieron la interpretación de aquellas parábolas.

3. Luego los doce apóstoles, iniciados en los "Misterios del Reino de los Cielos".

4. Y entre ellos los tres elegidos: Pedro, Santiago y Juan, iniciados en los más profundos Misterios del mismo Cristo, los únicos que presenciaron la Transfiguración. Y aun es necesario añadir a todo eso que, entre estos últimos, Juan era el único epopto verdadero según los Misterios eleusinos y pitagóricos, es decir, un vidente con la comprensión de cuanto ve.

Y en efecto, el Evangelio de Juan revela, desde el principio al fin, la índole de la más elevada Iniciación. La Palabra creadora, "la Palabra que fue con Dios en el principio y que es Dios mismo" vibra allí desde los primeros versículos como la armonía de las esferas, eterna moldeadora de los mundos.

Pero al lado de esta metafísica de Padre, Hijo y Espíritu Santo, que es a manera del leitmotiv de todo el Evangelio, en el que se ha señalado precisámente la influencia alejandrina en lo que concierne a la forma que envuelve las ideas, hallamos en el Evangelio de Juan una familiaridad y un realismo emocionante, incisivos y sugerentes detalles que manifiestan una especial intimidad entre Maestro y discípulo. Percíbese esta característica en

todo el relato de la Pasión y más particularmente en todas las escenas de Betania, de las que la más importante es la resurrección de Lázaro.

Lázaro, al que Juan designa simplemente como hermano de Marta y de María de Betania, es el más singular y enigmático de todos los personajes evangélicos. Sólo Juan lo menciona; los sinópticos lo desconocen. No aparece más que en la escena de la resurrección. Operado el milagro, desaparece como por escotillón. Y sin embargo, integra el grupo más inmediato a Jesús, entre los que le acompañan hasta la tumba.

Y ello sugiere una doble e involuntaria pregunta: ¿Quién es esta vaga individualidad de Lázaro que atraviesa como un fantasma entre los demás personajes tan definida y vivamente dibujados en el teatro evangélico?. ¿Qué significa por otra parte su resurrección?.

Según la conocida tradición, Cristo no tuvo otra idea, al resucitar a Lázaro, que demostrar a los judíos que Él era el Mesías. No obstante, este hecho relega el Cristo al nivel de un taumaturgo vulgar. La crítica moderna, siempre presta a negar rotundamente cuanto le estorba, zanja la cuestión declarando que aquel milagro es, como todos los demás, fruto de la imaginación popular, que equivale a decir, según otros, que toda la historia de Jesús no es otra cosa que una leyenda fabricada a deshora y que Cristo no existió nunca.

Añadamos a ello que la idea de la resurrección es el meollo del pensamiento cristiano y el fundamento de su impulso. Precisa justificar esta idea según las leyes universales, tratando de comprenderla e interpretarla. Suprimirla pura y simplemente, significaría despojar al cristianismo de su lumbre y de su fuerza. Sin alma inmortal, carece de palanca.

La tradición rosicruciana nos proporciona, respecto a este turbador enigma, una solución tan osada como luminosa. ***(Véase E1 Misterio Cristiano y los antiguos Misterios, por Rodolfo Steiner).*** Porque simultáneamente hace salir a Lázaro de su penumbra revelando al propio tiempo el carácter esotérico, la verdad trascendente de su resurrección.

Para cuantos desgarraron el velo de las apariencias, Lázaro no es más que Juan, el apóstol. Si no lo ha confesado, debido es a una especie de delicado pudor y por la admirable modestia que caracteriza a los discípulos de Jesús. El deseo de no sobrepujar a sus propios hermanos, le privó de revelar a través de su mismo nombre el mayor acontecimiento de su vida, que le convirtió en un Iniciado de primer orden. Ello justifica el antifaz de Lázaro con que se encubre en aquella circunstancia el apóstol Juan.

Por lo que a su resurrección se refiere, toma por este mismo hecho un

carácter nuevo y se nos revela como la fase capital de la antigua Iniciación correspondiente al tercer grado.

En Egipto, después de hallarse sometido el iniciado a prolongadas pruebas, lo sumía el hierofante en letárgico sueño, permaneciendo durante tres días yacente en un sarcófago, en el interior del templo.

Durante este período el yerto cuerpo físico denotaba todas las apariencias de la muerte, mientras el cuerpo astral, por completo liberado, se expandía libremente en el Cosmos. Desprendíase asimismo el cuerpo etéreo, asiento de la memoria y de la vida a semejanza del astral, aunque sin abandonarlo completamente, porque ello implicaría la inmediata muerte.

Al despertar del estado cateléptico provocado por el hierofante, el individuo que salía del sarcófago ya no era el mismo. Su alma viajó por el otro mundo y lo recordaba. Se había convertido en un verdadero Iniciado, en un engranaje de la mágica cadena "asociándose según una antigua inscripción al ejército de los grandes Dioses".

Cristo, cuya misión consistió en divulgar los Misterios a los ojos del mundo, engrandeciendo sus umbrales, quiso que su discípulo favorito trascendiera a la suprema crisis que libra al directo conocimiento de la Verdad. Todo en el texto evangélico conspira para predisponerle al acontecimiento.

María envía desde Betania un mensajero a Jetos, que predica en Galilea, quien le transmite: "Señor, se halla enfermo Aquel a quien tú amas" (¿No designa claramente la frase al apóstol Juan, el discípulo amado de Jesús?).

Pero en lugar de acudir Jesús al llamamiento, aguarda dos días diciendo a sus discípulos: "No conduce esta enfermedad a la muerte, sino a la divina gloria, para que el Hijo de Dios sea glorificado... Nuestro amigo Lázaro duerme; pero yo le despertare".

Así sabía Jesús con antelación cuanto iba a ejecutar. Y llega al preciso momento para realizar el fenómeno previsto y preparado. Cuando en presencia de las hermanas desconsoladas y de los judíos que acudieran frente a la tumba tallada en la roca, retírase la piedra que ocultaba al durmiente en letárgico sueño, que creían muerto, exclama el Maestro: "¡Levántate, Lázaro!".

Y aquel que se yergue ante la multitud asombrada no es el legendario Lázaro, pálido fantasma que ostenta todavía la sombra del sepulcro, sino un hombre transfigurado, de radiosa frente. Es el apóstol Juan... y ya los fulgores de Patmos llamean en sus ojos porque ha contemplado la divina lumbre. Durante su sueño, ha vivido en lo Eterno. Y el pretendido sudario ha devenido el manto de lino del Iniciado. Ahora comprende el significado de las palabras del Maestro: "Yo soy la resurrección y la vida".

El Verbo creador: “¡Levántate, Lázaro!” ha vibrado hasta la médula de sus huesos y lo ha convertido en un resucitado del cuerpo y del alma, Juan comprende ahora por qué es el discípulo más amado; porque sólo él le comprende en verdad.

Pedro continuará siendo el hombre del pueblo, el creyente impetuoso y candido que desmayó en los últimos instantes. Juan será el Iniciado y el vidente que acompañará al Maestro al pie de la cruz, en la oscuridad de la tumba y en el esplendor del Padre.

5. CUARTO GRADO INICIATICO: VISIÓN SUPREMA LA TRANSFIGURACIÓN

Epifanía o Visión suprema significa, en la Ini- ciación pitagórica, la visión conjuntiva a la que debe seguir la espiritual contemplación.

Es la íntima comprensión y la asimilación profunda de las cosas en espíritu contempladas. La Videncia conduce a una concepción sintética del Cosmos. Es la coronación iniciática. A tal fase corresponde, en la educación dada por Cristo a los apóstoles, el fenómeno de la Transfiguración.

Recordemos las circunstancias en las que tiene lugar tal acontecimiento.

Palidecía la primaveral aurora del idilio galileo. Todo en torno de Cristo se ensombrecía. Sus mortales enemigos, fariseos y saduceos, acechaban su retorno a Jerusalén para prenderle y entregarlo a la justicia.

En las fieles ciudades de Galilea las defecciones se producían en masa bajo las calumnias de la gran Sinagoga acusando a Jesús de blasfemia y sacrilegio. Y a no tardar, Cristo, disponiéndose a su postrer viaje, se despedía tristemente desde un elevado pro- montorio de sus ciudades queridas y su lago bienamado: “¡Maldición a ti, Cafarnaum; a ti, Corazin, y a ti, Betsaida!”. Iracundos asaltos oscurecían cada vez más su aureola de Arcángel Solar.

La noticia de la muerte de Juan Bautista, decapitado por Herodes Antipas, advirtió a Jesús que se acercaba su hora. Conocía su destino y no retrocedía ante él. Pero una pregunta le asaltaba: “¿Han comprendido mis discípulos mi Verbo y su misión en el mundo?”. La mayor parte, impregnados del pensamiento judío, imaginaban al Mesías como dominador de los pueblos por medio de las armas. No hallábanse todavía lo suficientemente preparados para comprender la tarea que asumía el Cristo en la historia. Jesús quiso preparar a sus tres elegidos. El relato de Mateo es, en lo que a ello se refiere, especialmente significativo y de singular relieve.

Seis días después, llamó jesús a Pedro, Santiago y Juan, su hermano, y

les condujo lejos, a la cima de una montaña. Y ante ellos se transfiguró.

Resplandecía como el sol su semblante y lucieron como la misma luz sus vestiduras, al tiempo que aparecían Moisés y Elias, quienes permanecieron un rato en su presencia. Entonces Pedro, tomando la palabra, dijo a Jesús: "Señor, bueno será permanecer aquí. Hagamos, si tú quieres, tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y la última para Elias". Mientras continuaba hablando, una nube resplandeciente los envolvió. Y súbitamente una voz salió de la nube aquella, diciendo: "He aquí a mi Hijo bienamado en quien he puesto todo mi afecto. ¡Escuchadle!". Al oír estas palabras cayeron los discípulos de bruces al suelo, presa de gran pavor.

Pero Jesús se les aproximó hasta tocarles y dijo: "¡Levantaos!. Desechad el miedo de una vez". Entonces levantaron los ojos y sólo vieron a Jesús. ***(Mateo, XVII, 1-8).*** En su lienzo sobre la Transfiguración, Rafael ha interpretado maravillosamente, con su genio angélico y platónico, el trascendente sentido de esta visión. Los tres mundos, físico o terrestre, anímico, o astral y divino o espiritual, que domina y compenetra los demás con su radiación, clasificados y diferenciados en tres grupos, constituyen las tres subdivisiones del cuadro.

En la parte inferior, en la base de la montaña, percíbese a los apóstoles no iniciados y a la multitud que razona y disputa entre sí sobre los acontecimientos de un milagro. Ésos no ven a Cristo. Solamente entre la turba el poseso sanado percibe la visión y lanza un grito. En cuanto a los demás, no tienen abiertos aún los ojos del alma.

En la cumbre de la montaña, Pedro, Santiago y Juan duermen profundamente. No poseen todavía la capacidad para la videncia espiritual en el estado de vigilia. Cristo, que aparece levitado de la tierra entre fulgurantes nubes en medio de Moisés y Elias, representa la aparición de los tres elegidos. Contemplando y comprendiendo esta visión, los tres apóstoles iniciados tienen ante sí, en estos tres símiles, resumida toda la evolución divina.

Porque Moisés, el profeta del Sinaí, el formidable condensador del Génesis, representa la historia de la tierra desde el origen del mundo. Simboliza todo el pasado. Elias encarna a Israel y a todos sus profetas, anunciadores del Mesías, simbolizando el presente.

Cristo es la encarnación radiosa y transparente del Verbo Solar, el Verbo creador que sostiene nuestro mundo desde sus orígenes y que habla ahora a través de un hombre, y simboliza el porvenir. ***(En el libro sobre Jesús he tratado de definir el estado íntimo del alma de Cristo en el instante de la Transfiguración).***

La voz que perciben los apóstoles, es la universal Palabra del Padre, del Espíritu puro de donde emanan los Verbos, semejante a la música de las esferas que recorre los mundos regulando sus ritmos, percibida sólo de los clarividentes. En aquella hora única y solemne, se traduce en lenguaje humano para los apóstoles.

Así, la visión del Tabor sintetiza en un lienzo, con magna simplicidad, toda la evolución humana y divina. La Transfiguración fue el comienzo de una nueva modalidad del éxtasis y de la visión espiritual profunda.

V
RENOVACIÓN DE LOS MISTERIOS
PASIÓN, MUERTE Y RESURRECCIÓN DE CRISTO

Rientes y soleados fueron los tres años del ministerio de Jesús.

La vida errante a orillas del lago y a través de los campos compártese con las más graves enseñanzas. La terapéutica del cuerpo y del alma alterna con los ejercicios de la superior videncia. A veces, diríase que asciende vertiginosamente el Maestro para elevar a los suyos a su propia espiritual altura A medida que se eleva, la inmensa mayoría le abandona en el camino. Sólo tres le acompañan hasta la cima, donde caen postrados como bajo los rayos de la revelación.

Tal es la radiosa manifestación, de hermosura y fuerza crecientes, de Cristo a través del maestro Jesús. Luego, bruscamente, precipítase el Dios de esta gloriosa cumbre hasta el abismo de ignominia. Voluntariamente, ante los ojos de sus mismos discípulos, déjase prender por sus enemigos, entregándose sin resistencia a los peores ultrajes, al suplicio y a la muerte. ¿Por qué esta honda caída?.

Platón, este prodigioso y modesto iniciado que establece un lazo de transición entre el genio helénico y el cristianismo, ha dicho en cierto lugar que "crucifícase el alma del mundo sobre la trama del universo en todas las criaturas y aguarda su liberación". Raro concepto en donde el autor del Tuneo parece presentir la misión de Cristo en su aspecto más íntimo y trascendente. Porque esta palabra contiene a la vez el enigma de la evolución planetaria y su solución por el Misterio de la cruz. Después del largo encadenamiento del alma humana en los lazos de la materia, no falta más que el sacrificio de un Dios para librarla y mostrarle la senda del Espíritu.

Dicho en otra forma: para cumplir su misión después de haber iniciado Cristo a sus discípulos, debía, para completar su educación, atravesar una iniciación personal. El Dios debía descender hasta lo más hondo del dolor y de la muerte para identificarse con el corazón y la sangre de la humanidad, imprimiendo a la tierra renovado impulso.

El poderío espiritual se halla en razón directa con los dones del alma. He aquí por qué dándose a la humanidad, penetrando en humano cuerpo y

aceptando el martirio, significó para el mismo Cristo una superación.

Y aparecen los nuevos Misterios, con carácter único como jamás se vieron y como indudablemente no se verán jamás en el transcurso de las futuras evoluciones terrestres, sujetas a metamorfosis múltiples. Porque se inició en estos Misterios a un Dios, Arcángel Solar, actuando de hierofante el Padre, el Espíritu puro.

Del Cristo resucitado sale el Salvador de la humanidad. De lo que resulta, para el hombre, una considerable expansión de su zona de percepción espiritual y, por consecuencia, una incalculable amplitud de sus destinos físico y celeste.

Más de un año hacía que acechaban los fariseos a Jesús. Pero éste no quiso entregarse hasta llegar su hora. ¡Cuántas veces discutiera con ellos en el umbral de las sinagogas y bajo los grandes pórticos del templo de Jerusalén, donde paseaban, con suntuosidad vestidos, los más altos dignatarios del religioso poder!. ¡Cuántas veces los redujo al silencio con su inapelable dialéctica, opiniendo a sus ardides más sutiles lazos!. ¡Y cuántas veces también les atemorizara con sus palabras, que parecían descendidas del cielo, como el rayo: "En tres días derribaré el templo y en tres días lo reconstruiré"!.

Harto a menudo retábales de frente y algunos de sus epítetos clavábanse en sus carnes como arpones: "¡Hipócritas!. ¡Raza de víboras!. ¡Sepulcros blanqueados!". Y cuando, furioso, intentaron prenderle en el mismo templo, Jesús, ante varias tentativas, apeló al mismo medio que empleara más tarde Apolonio de Tyana, ante el tribunal del emperador Dominiciano. Rodeóse de invisible velo y desapareció a sus ojos. "Y pasó entre ellos sin ser visto", dicen los Evangelios.

Sin embargo, todo se hallaba preparado en la gran Sinagoga para juzgar al peligroso profeta que amenazó destruir el templo y que se llamaba el Mesías. Desde el punto de vista de la ley judia, ambas ofensas eran suficientes para condenarle a muerte. Caifas dijo en pleno sanhedrín: "Precisa que un solo hombre perezca para todo el pueblo de Israel". Y cuando el cielo habla por boca del infierno, la catástrofe es inminente.

En fin, la conjunción de los astros bajo el signo de la Virgen, señaló la fatídica hora en el cuadrante del cielo como en el cuadrante de la historia y proyectó su negro dardo en el alma solar de Cristo.

Reúne a sus apóstoles en el retirado paraje de costumbre, una cueva del Monte de los Olivos, y les anuncia su muerte próxima. Consternados, no lo comprenden ni lo comprenderán hasta más tarde. Es día de Pascua. Dispone Jesús el ágape de despedida en una morada de Jerusalén.

Y he aquí a los doce apóstoles sentados en la sala abovedada, próxima la noche. Sobre la mesa humea el cordero pascual, que para los judíos conmemora la huida del Egipto, que será el símbolo de la suprema víctima.

Al través de las ventanas arcadas, dibújase la oscura silueta de la ciudadela de David, la centelleante techumbre de oro del templo de Herodes, la siniestra fortaleza Antonia, donde impera la lanza romana, bajo la pálida lumbre del crepúsculo.

Hay un depresivo silencio en el ambiente, una atmósfera aplastante y rojiza. Juan, que ve y presiente más que los otros, pregúntase por qué, en la oscuridad creciente, aparece en torno de la cabeza de Cristo un halo suave de donde emergen rayos furtivos que pronto se apagan, como si la hondura del alma de Jesús temblara y se estremeciera ante su resolución postrera.

Y calladamente el discípulo amado inclina su cabeza sobre el corazón del Maestro.

Por fin rompe éste el silencio: “En verdad os digo que uno de vosotros me traicionará esta noche”. Como grave murmullo, recorre la palabra los doce, semejante a la alarma de naufragio en una nave en peligro.

“¿Quién?. ¿Quién?”. Y Jesús, señalando a Judas que oprime su bolsa, convulsivamente, añade sin cólera: “Ve y haz lo que debes”. Y viéndose descubierto, sale el traidor con reconcentrada ira.

Entonces Jesús, partiendo el pan y presentando la copa, pronuncia solemnemente las palabras que consagran su misión y que repercuten al través de los siglos: “Tomad... éste es mi cuerpo. Bebed... ésta es mi sangre”. Los apóstoles sobrecogidos comprenden menos todavía. Sólo Cristo sabe que en aquel momento ejecuta el supremo acto de su vida.

Por medio de sus palabras, inscritas en lo Invisible, se ofrece a la humanidad, se sacrifica con antelación. Momentos antes, el Hijo de Dios, el Verbo, más libre que todos los Elohim, hubiera podido retroceder rehusando el sangriento holocausto.

Ahora ya no puede. Las palabras han recibido su juramento. Y, como una aureola inmensa, sienten los Elohim que asciende hacia ellos la divina contraparte de Jesús-Cristo, su alma solar, con todos sus poderes. Y la retienen en su círculo atento, fulgurante prenda de divino sacrificio que no devolverán hasta después de su muerte. Sobre la tierra no permanece más que el Hijo del Hombre, víctima que avanza hacia el suplicio.

Pero sólo Él conoce también el significado de “el cuerpo y la sangre de Cristo”. Remotamente, ofrecieron los Tronos su cuerpo para la creación de la nebulosa. Soplaron los Arqueos ***(Representaciones del Vital principio — N.***

de la T.) y en la saturniana noche apareció el sol. Dieron los Arcángeles su alma de fuego para crear a los Ángeles, prototipos del Hombre.

Y por último, daría Cristo su cuerpo para salvar a la humanidad. De su sangre debía surgir la fraternidad humana, la regeneración de la especie, la resurrección del alma...

Y mientras ofrece a sus discípulos el cáliz donde rojea el áspero vino judío..., piensa de nuevo Jesús en su visión celeste, su sueño cósmico anterior a su encarnación, cuando respiraba todavía en la zona solar, cuando le ofrecieron los doce grandes profetas a El, el decimotercio, el amargo cáliz..., que aceptó.

Pero los apóstoles, excepto Juan, que percibe lo inefable, no pueden comprender. Presienten que algo terrible se acerca y tiemblan y palidecen. La incertidumbre, la duda, madre del pavor cobarde, les sobrecoge.

Cuando Cristo se levanta y dice: “Vayamos a orar a Getsemaní”, los discípulos le siguen dos a dos. Y el triste cortejo sale por la profunda poterna de la puerta de oro, desciende por el siniestro valle de Hinnom, cementerio judío, y el valle de la Sombra Mortal. Traspasan el puente de Cedrón y ocúltame en la cueva del Monte de los Olivos.

Los apóstoles permanecen mudos, impotentes, aterrados. Bajo los viejos árboles del monte, de retorcidos gestos, de follaje espeso, el círculo infernal se estrecha sobre el Hijo del Hombre para oprimirle con su mortal argolla.

Duermen los apóstoles. Ora Jesús y su frente se cubre de un sudor de sangre. Era necesario que sufriera la angustia sofocante, que bebiera hasta las heces el cáliz, que saboreara la amargura del abandono y de la desesperación humana.

Por fin, lucieron armas y antorchas bajo los árboles. Y aparece Judas con los soldados y, acercandose a Jesús, le da el beso de traición que le designa a los guerreros mercenarios.

Hay en verdad una dulzura infinita en la respuesta de Cristo: “Amigo mío, ¿A qué viniste?”. Aplastante dulzura que arrastrará al traidor hasta el suicidio, a pesar de la negrura de su alma.

Transcurrido este acto de amor perfecto, Jesús permanecerá impasible hasta el fin. Se hallaba acorazado contra todas las torturas.

Helo aquí ante el sumo sacerdote Caifas, tipo del saduceo empernido y del orgullo sacerdotal falto de fe.

Se confiesa Jesús el Mesías y desgarra el pontífice sus vestiduras condenándole con ello a muerte. Pilatos, pretor de Roma, intenta salvar al Galileo creyéndole un inofensivo visionario, porque este pretendido “Rey de

los Judíos" que se llama "hijo de Dios", añade que "su reino no es de este mundo". Pero los sacerdotes judíos, evocando la sombra celosa de César y la turba aullando: "Crucifícale", deciden al procónsul, después de lavarse las manos por tal crimen, a entregar al Mesías en manos de los brutales legionarios romanos. Y le revisten con manto de púrpura, ciñen su frente con corona de espinas y colocan una caña en sus manos como irrisorio cetro. Llueven sobre él golpes e insultos. Evidenciando su desprecio hacia los judíos, exclama Pilatos: "He aquí a vuestro rey". Y añade con amarga ironía: ¡Ecce Homo! como si toda la abyección y la miseria humana se condensaran en el profeta flagelado.

La claudicante antigüedad y aun los mismos estoicos no comprendieron mejor que Pilatos al Cristo de la Pasión. No vieron más que el exterior represivo, su aparente inercia que les soliviantaba de indignación...

Sin embargo, todos los acontecimientos de la vida de Jesús poseen a la vez que una trascendencia simbólica, una significación mística que influye en la humanidad futura. Los pasos de la Cruz, evocados, en astrales imágenes por los santos de la Edad Media, se convirtieron para ellos en instrumentos de iniciación y perfeccionamiento. Los hermanos de San Juan y los templarios, los cruzados que concibieron la conquista de Jerusalén para alzarla a capital del mundo, los misteriosos rosacruces de XIV siglo, que prepararon la reconciliación de la ciencia con la fe, del Oriente con el Occidente por medio de una magna sabiduría, todos estos hombres consagrados a la actividad espiritual en el más amplio sentido de la palabra, hallarían en la Pasión de Cristo una inagotable fuente de poder. Al contemplar la Flagelación, la imagen moribunda de Cristo les decía: "Aprende de mí a permanecer impasible bajo los azotes del destino, resistiendo todos los dolores, y adquirirás un nuevo sentido: la comprensión del dolor, sentimiento de la unidad con todos los seres. Porque si consentí en sacrificarme para todos los hombres, fue para enseñorearme de lo mis profundo de su alma".

La Corona de espinas les inclinó a desafiar moral e intelectualmente al mundo, soportando el desprecio y el ataque contra lo más caro y querido, diciéndoles: "Arrostra valientemente los golpes, cuando todos se vuelven contra ti. Aprende a afirmar contra la negación del mundo. Sólo así te convertirás en ti mismo".

La escena de la Cruz a cuestas les sugería una nueva virtud diciendo: "Esfuérzate en sobrellevar el mundo sobre tu conciencia como consintiera Cristo en llevar la Cruz para identificarse con la tierra. Aprende a sobrellevar el cuerpo como una cosa externa. Necesario es que el espíritu sujete al cuerpo

con su voluntad como sujeta la mano el martillo".

Por tanto, el Misterio de la Pasión no significó en manera alguna para el Occidente y los pueblos norteños un motivo de pasividad, sino una renovación de energía por medio del Amor y del Sacrificio.

La escena del Gólgota es el último término de la vida de Cristo, el sello impreso sobre su misión, y por tanto, el más profundo Misterio de dolor es algo tan sagrado, que mostrar su imagen a los ojos de la multitud puede parecer sacrilega profanación.

¿A qué viene la lúgubre escena de la crucifixión?, se preguntaban los paganos de los primeros siglos. ¿De este martirio cruel ha de surgir la salvación del mundo?. Y muchos pensadores modernos han repetido: ¿La muerte de un justo tiene que salvar necesariamente a la humanidad?. ¡En tal caso Dios es un verdugo y el universo un potro de tortura!.

Rodolfo Steiner ha dado a tan agudo problema la más filosófica respuesta: "Hay que evidenciar a los ojos del mundo que siempre lo espiritual ha vencido a lo material. La escena del Gólgota no es otra cosa que una Iniciación transportada sobre el plano de la historia universal. De las gotas de sangre vertidas sobre la cruz, mana un torrente de vida para el espíritu. La sangre es la substancialización del yo. Con la sangre derramada en el Golgota penetraría el amor de Cristo en el humano egoísmo como vivificante fluido".

Lentamente, la cruz se levanta sobre la siniestra colina que domina Sión. En la víctima ensangrentada que se estremece y palpita bajo el infame suplicio, respira un alma sobrehumana. Pero Cristo entregó sus poderes a los Elohim, y siéntese como desprendido de su aura solar, en soledad horrible, en lo más hondo de un abismo de tinieblas donde gritan los soldados y vociferan los enemigos.

Oscura nube pesa sobre Jerusalén. La terrena atmósfera es sólo un prisma de la vida universal. Sus fluidos, vientos, elementales espíritus, alimentanse a veces con las pasiones humanas mientras responden a las impulsaciones cósmicas por medio de sus tempestades y convulsiones.

Y llegaron para Jesús las horas de agonía, aplastantes como eternidades. A pesar de los desgarramientos del suplicio, continúa siendo el Mesías. Perdona a sus verdugos, consuela al ladrón que mantiene la fe. Próxima la muerte, siente Jesús la abrasante sed de los ajusticiados, presagio de liberación. Pero antes de vaciar su cáliz, debía experimentar este sentimiento de soledad que le obligaría a exclamar: "Padre mío, ¿Por qué me has abandonado?", seguido de la palabra suprema: "Todo ha terminado", que imprime el sello del Eterno sobre la frente de los siglos suspensos.

Un postrera exclamación brota del pecho del crucificado con estridencias de clarín o semejante al simultáneo desgarrar de las cuerdas de un arpa. Tan terrible y poderoso fue aquel grito, que los legionarios romanos retrocedieron balbuciendo: “¿Sería acaso el Hijo de Dios?”.

Ha muerto Cristo y, sin embargo, Cristo está vivo, ¡Más vivo que nunca!. A los ojos de los hombres, no resta de él más que un cadáver suspendido bajo un cielo más oscuro que el averno. Pero en los mundos astral y espiritual, refulge un chorro de luz seguido del retumbar de un trueno de mil ecos.

De un solo ímpetu, el alma de Cristo refúndese en su aura solar seguida por océanos de almas y saludada por el hosanna de las regiones celestes. Desde entonces hasta ahora, los videntes de ultratumba y los Elohim saben que se ganó la victoria, que se ha desvanecido el aguijón de la muerte, que se ha resquebrajado la lápida que cubre los sepulcros, viéndose las almas flotar sobre sus esqueletos mondos.

Cristo ha reintegrado su reino con sus poderes centuplicados por su sacrificio.

Y ya con renovado impulso se halla presto a penetrar en el corazón del Infinito, en el burbujeante centro de luz, de amor y de belleza al que llama su Padre. Pero su compasión le atrae hacia la tierra de la que por martirio ha devenido dueño.

Una bruma siniestra, un melancólico silencio continúan envolviendo a Jerusalén. Las santas mujeres lloran sobre el cadáver del Maestro. José de Arimatea le da sepultura. Los apóstoles se ocultan en las cavernas del valle de Hinnom, perdida toda esperanza, ya que desapareció el Maestro.

Nada ha cambiado, en apariencia, en el opaco mundo de materia. Y sin embargo, un singular acontecimiento ha ocurrido en el templo de Herodes. En el preciso momento en que Jesús expiraba, el espléndido velo de lino, de jacinto y púrpura teñido, que cubría el tabernáculo, se desgarró de arriba abajo. Y un levita que pasaba vio en el interior del santuario el arca de oro contorneada por querubines de oro macizo con sus alas tendidas hacia la bóveda. Y sucedió algo inaudito, porque los ojos profanos pudieron contemplar el misterio del santo de los santos donde el propio pontífice máximo no podía penetrar más que una vez al año. Los sacrificadores echaron a la multitud temerosos de que presenciara el sacrilegio.

He aquí el significado del hecho: la imagen del Querubín que tiene cuerpo de león, alas de águila y cabeza de ángel, semeja la de la esfinge y simboliza la evolución completa del alma humana, su descenso en la carne y

su retorno al Espíritu. Cristo hizo que se desgarrara el velo del santuario resolviendo el enigma de la Esfinge.

En adelante, el Misterio de la vida y de la evolución se hace asequible para cuantos osan y quieren.

Y ahora, para explicar la misión realizada por el espíritu de Cristo, mientras los suyos velaban sus exequias, debemos apelar una vez más al acto capital de la iniciación egipcia.

Permanecía el iniciado tres días y tres noches sumergido en letárgico sueño en el interior de un sarcófago, bajo la vigilancia del hierofante. Durante este tiempo y con relación a su grado de adelanto, efectuaba su viaje por el otro mundo.

Según el lenguaje de los tiempos era como resucitado y dos veces nacido, porque recordaba al despertar su anterior permanencia en él imperio de los muertos. También realizó Cristo su viaje cósmico mientras permanecía en el sepulcro antes de su resurrección espiritual a los ojos de los suyos. Todavía hay en ello un paralelismo entre la Iniciación antigua y los modernos Misterios que aportó Cristo al mundo. Paralelismo, aunque también mayor amplitud. Porque el viaje astral de un Dios que atravesara la prueba de la muerte física debía, necesariamente, pertenecer a una índole distinta, de más vasto alcance que el tímido bogar de un simple mortal en el reino de los muertos, en la barca de Isis. ***(Esta barca era en realidad el cuerpo etéreo del iniciado, que el hierofante separaba del cuerpo físico, arrastrado por el torbellino de las corrientes astrales).***

Dos corrientes psicoflúidas envuelven al globo terrestre con anillos múltiples como eléctricas serpientes en perpetuo movimiento. Moisés llama a una Horeb y Orfeo llámala Erebo. Podría llamarse también fuerza centrípeta porque tiene su centro en el interior de la tierra y a ella conduce todo cuanto se precipita en su flujo torrencial. Es el abismo de las generaciones, del deseo y de la muerte; la esfera de experimentación llamada también por las religiones purgatorio. Arrastra en sus remansos y torbellinos a todas las almas todavía sujetas a sus pasiones terrenas. A la otra corriente la denomina Moisés Yona y podríamos definirla como fuerza centrífuga, porque en ella subyace la potencialidad de expansión como en la otra la de contracción y se halla relacionada con todo el Cosmos. Por ella ascienden las almas al sol y al cielo y por su mediación también se hacen asequibles las divinas influencias. Por ella descendiera Cristo bajo el símbolo de la Paloma.

Si los iniciados predispuestos para el viaje cósmico por un alma altamente evolucionada hubieran sabido en todo tiempo alcanzar la corriente

yona después de su muerte, la inmensa multitud, de almas entenebrecidas por los vahos de la carne, difícilmente volverían, sin abandonar apenas de una encarnación a otra la región de Horeb.

El tránsito de Cristo por los limbos crepusculares, abrió una brecha perdurando en circuitos luminosos y franqueando de nuevo a las almas perdidas, como las del segundo círculo del Infierno del Dante, las rutas celestes.

Así alumbraría la misión de Cristo, ampliando los límites de la vida después de la muerte como ampliara y alumbrara la vida sobre la tierra.

Pero lo esencial de su misión consiste en llevar la certeza de la resurrección espiritual en el corazón de los apóstoles que debían divulgar su pensamiento por el mundo. Después de resucitar por sí mismo debía resucitar en ellos y por ellos para que este hecho planeara sobre toda la historia futura. La resurrección de Cristo debía ser la prenda de la resurrección de las almas en esta vida como de su fe en la otra.

Por ello no bastaba que Cristo se manifestara a los suyos en visión astral durante el profundo sueño. Necesitaba mostrarse durante la vigilia, en el plano físico, y que la resurrección tuviera para ellos, en cierto aspecto, una apariencia material.

Y tal fenómeno, aunque difícil para otros, podía fácilmente realizarlo Cristo, porque el cuerpo etéreo de los grandes Adeptos — y el de Cristo debía poseer una vitalidad particularmente sutil e intensa — se conserva durante mucho tiempo después de acaecida su muerte, perdurando en la materia una porción de su influjo. Basta que el Espíritu la anime para en determinadas condiciones hacerla visible.

La fe en la resurrección no nace bruscamente en los apóstoles, sino que debía insinuarse en ellos como una voz que persuade por el acento del corazón, como un soplo de vida que se comunica. Se posesiona de su alma como avanza paulatinamente el día, transcurrida la profunda noche.

Tal es el alba clara que se alza sobre la grisácea Palestina. Escalónanse las apariciones de Cristo para surtir efectos crecientes. Leves al principio y fugitivas como sombras, aumentan luego en radiación y fuerza.

Pero ¿Cómo ha desaparecido el cuerpo de Jesús?. ¿Lo ha consumido el Fuego Original bajo el aliento de las Potestades como el de Zoroastro, de Moisés y Elias y tembló por ello la tierra, la guardia derribada, como describe el Evangelista?. ¿O bien, sutilizado, espiritualizado hasta el punto de despojarse de toda partícula material fundióse entre los elementos como un perfume en el agua, como un bálsamo en el aire?. Sea lo que fuere, mediante

maravillosa alquimia se diluyó en la atmósfera su quintaesencia exquisita.

Pero he aquí a María Magdalena, portadora de esencias, viendo en el sepulcro vacío a “dos ángeles de faz radiosa y vestiduras niveas”. Vuélvese asustada y se encuentra con un personaje que no reconoció, sobresaltada, y cuya voz pronuncia su nombre: “María...” Conmovida hasta la médula reconoce al Maestro y se arroja a sus pies para rozar el extremo de su túnica.

Pero Él, como si temiera el contacto harto material de aquella de quien “alejara siete demonios”, dice: “No me toques... ¡Ve y di a los apóstoles que he resucitado!”.

Aquí habla el Salvador a la mujer apasionada, a la pecadora convertida en fervorosa del Señor. Con una sola palabra vierte hasta el fondo de su corazón el bálsamo de eterno Amor, porque sabe que al través de la Mujer alcanzará el alma de la humanidad.

Cuando Jesús se aparece luego secretamente a los once, reunidos en una casa de Jerusalén y les da cita en Galilea, el Maestro reúne su rebaño electo para la obra futura.

En el patético crepúsculo de Emaus, el divino sanador de almas enciende de nuevo la fe en el ardiente corazón de dos discípulos afligidos.

En las playas del lago de Tiberíades se aparece a Pedro y a Juan, preparándolos para su difícil misión.

Y cuando por fin se muestra a los suyos por vez postrera sobre la montaña de Galilea, les dice estas palabras: “Id y predicad el Evangelio por doquiera... ¡Yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo!”.

Es la solemne despedida del Maestro y el testamento del Rey de los Arcángeles solares.

Así el místico acontecimiento de la resurrección, que debía nacer entre los apóstoles como tímida aurora, se intensifica y aclara, finalizando en un glorioso poniente que consolida su pensamiento eterno, envolviéndolo en su púrpura suntuosa y profética.

Una vez más, años más tarde, aparecerá Cristo de una manera excepcional a Pablo, su adversario, en el camino de Damasco, para convertirlo en su más fervoroso defensor.

Si las precedentes apariciones de Cristo se hallan como revestidas de un nimbo de ensueño, posee ésta un carácter histórico incontestable. Más insólita que las otras, posee una radiación victoriosa. Todavía la cantidad de fuerza aplicada se equipara con el resultado perseguido. Porque de esta visión fulminante debía salir la misión del apóstol de los gentiles, que convertiría al Cristo a la humanidad greco-latina y por ella a todo el Occidente.

Como astro radiante, promesa de un mundo que vendrá, planea sobre la densa bruma del horizonte, así la resurrección espiritual planea sobre la obra entera de Cristo. Es su necesaria conclusión y su corolario.

Ni el odio, ni la duda ni el mal han sido desterrados. No deben desaparecer todavía, porque son a manera de fermentos para la evolución.

Pero en adelante, nada podrá arrancar del corazón del hombre la Esperanza inmortal. Por cima de fracasos y muertes, un coro inextinguible cantará al través de las edades: “¡Cristo ha resucitado!. ¡Se han abierto las rutas de la tierra y del cielo!”.